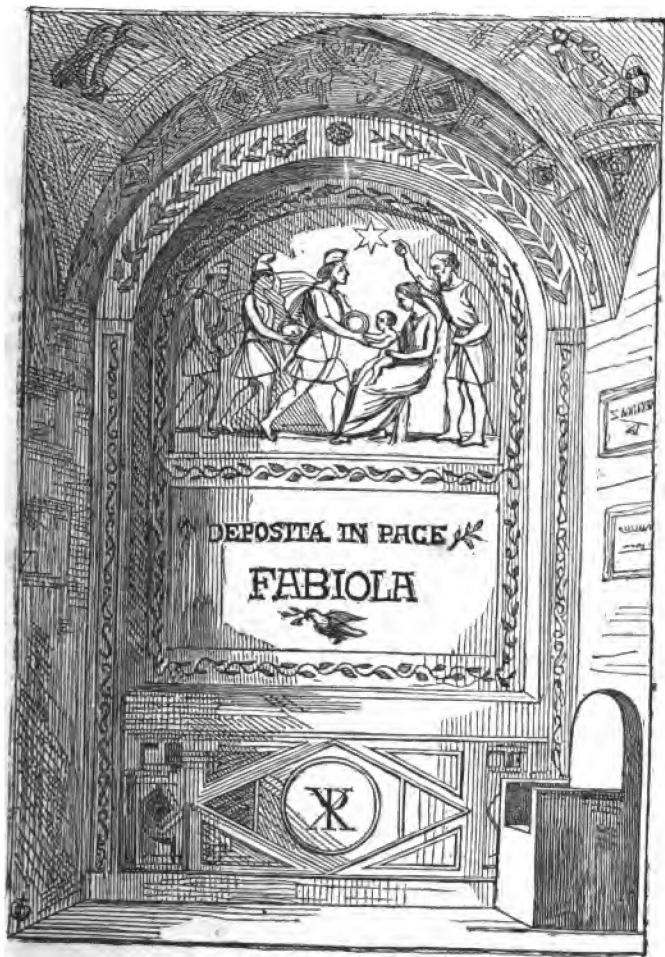


---

# FABIOLA.

---









# FABIOLA,

6

## LA IGLESIA DE LAS CATACUMBAS,

POR SU EMINENCIA

EL CARDENAL WISEMAN,

arzobispo de Westminster.

TRADUCIDA

POR A. GARCIA Y RAMIREZ.

CON UN PRÓLOGO-CENSURA

del

Dr. D. Buenaventura Ribas, presbítero.

---

Hæc, sub altari sita sempiterno,  
Lapsibus nostris veniam precatur  
Turba, quam servat proceram creatrix  
Purpureorum.

---

*Prudentius.*



BARCELONA.



SOCIEDAD EDITORIAL 'LA MARAVILLA,

calle de Aviñó, núm. 20.

1867.

---

**Barcelona. Imprenta de Narciso Ramirez y Comp.<sup>a</sup>, Pasaje de  
Escudillers, número 4.**

Excmo. é Ilmo. Sr. :

Al dar á V. E. I. cuenta de la honrosa mision que se sirvió conferirme para la revision y censura de la novela que motiva este escrito, me complazco en manifestar á V. E. I. que, en sentir del que suscribe, no tanto ha de llamar nuestra atencion la oportunidad de que con ella dé principio á sus nuevas tareas la sociedad editorial *La Maravilla*, cuanto la reproduccion en nuestro idioma de la obra del Eminentísimo Cardenal , traducida inmediatamente despues de su publicacion en los idiomas más cultos de Europa. Si han de volver para la Esposa del Crucificado aquellos tiempos en que los tormentos y la persecucion se cebaron con furia contra los discípulos de la cruz ; si el título de cristianos ha de ser muy

luego baldon de ignominia y un título para adquirir la gloria del martirio, ó para devorar las amarguras del destierro y de la confiscacion; si en fin están más ó ménos cercanos dias que nos recordaran los dias de los martirologios y aquellas épocas de las siete persecuciones, no debemos nosotros discutirlo; pero tampoco debemos adormecernos en ilusiones que la historia cuida de desvanecer y que no concuerdan con las palabras del divino Maestro, de Aquel que en los senderos de la vida del tiempo nos precede con la cruz á cuestas y la frente coronada de espinas. Por otra parte, recientes ejemplos nos acaban de recordar que las riberas y campos del Asia no son estériles para producir nuevos mártires ni para engendrar nuevos verdugos. De todos modos esta obra, como trabajo literario, interesa sobremanera al entendimiento, y como libro religioso sabe conmover con dulcísimas vibraciones las fibras más delicadas del corazon. Porque su autor ha sabido hermanar en ella la verdad histórica con los atractivos de la poesía, y con sus bellezas engalanar la sabiduría cristiana de que ha dado tantas pruebas quien ha dejado en los anales de la ciencia la memoria imperecedera de su saber y en los anales del catolicismo gloriosos monumentos de su apostolado.

Tiene la iglesia de las catacumbas un encanto tan vivo para el cristiano; respiran tanta poesía las variadas escenas de que fueron actores, protagonistas y espectadores los primeros fieles: habla tan alto á nuestra tibieza aquella devocion, á nuestra indiferencia aquel entusiasmo, á nuestra apatía aquel heroismo, y á nuestra veleidad aquella constancia, que instintivamente recogemos con santa avidez todo lo que tiene relacion con la vida subterránea de los que en dia

determinado habian de salir de aquellas tenebrosas profundidades para brillar con los resplandores del cristianismo vencedor sobre las ruinas del mundo pagano : manantial de sublimes descripciones , de bellísimos episodios : terreno poco ménos que virgen en literatura cristiana y que con ardor deseamos ver beneficiado por nuestros poetas que tanto saben entusiasmarse ante lo grande y tan sentidamente cantar ante lo bello.

Como en el decurso de esta obra es el ilustre Wiseman, no tanto el poeta que describe, como el filósofo que discurre y el historiador que dilucida, por esto arroja nueva luz sobre la clase de vida que los primitivos fieles vivian en aquellos tiempos, sobre las atenciones que merecian del derecho político y civil de los romanos, sobre la consideracion que les dispensaba la sociedad de aquellos siglos, sobre el carácter de las persecuciones de que eran objeto, sobre la conducta de los emperadores y sus subalternos ejecutores de los edictos. «Algun tiempo hacia ya, dice en el capítulo VI, que se cebaba en Oriente la persecucion impulsada por Diocleciano y Valerio, cuando llegó á manos de Maximiano el decreto para principiarla con no ménos encarnizamiento en Occidente. Los enemigos de la cruz se hallaban resueltos, no solo á reprimir, sino á exterminar á los cristianos; y el plan de aquella horrenda campaña contra la religion se reducía á empezar matando á los jefes (1) para comprender despues en un degüello general hasta á los de clase más ínfima y miserable. Era necesario al efecto concertarse de manera que todos los medios de destruccion funcionasen

(1) En aquellos tiempos ser elegido Papa equivalia á ser promovido al martirio. Cap. XI.

«en cruel armonía ; que todos los instrumentos posibles se empleasen para coadyuvar á la seguridad del éxito , y por último que el golpe exterminador fuese acompañado de la horrible pompa del mandato imperial.

«A este fin el emperador, aunque impaciente por ver realizado su sangriento designio , habia consentido en que se aplazase la publicacion del edicto hasta poderlo hacer simultáneamente en todas las provincias y gobiernos de Occidente ; pues de este modo la siniestra nube, cargada de rayos de venganza , permaneceria algun tiempo misteriosamente suspendida sobre las cabezas de las amenazadas y trémulas victimas , hasta que al fin , estallando de repente, descargase sobre ella sus mezclados y confusos elementos, fuego , granizo , nieve , hielo y atronador estruendo.» Y retratando con acabada precision á dos de los emperadores que empuñaban un cetro que pronto debía romperse y se sentaban á la vez en un trono minado por la corrupcion , se expresa en estos términos : «Fue elevado Maximiano á la púrpura por Diocles , otro bárbaro de origen como él é igual en todo , conocido por Diocleciano el emperador. Codicioso sin tasa y extravagantemente derrochador como este, esclavo de los mismos groseros vicios y autor de los inmundos crímenes que una pluma cristiana se resiste á escribir , sin freno alguno á sus pasiones, sin principios de justicia , sin sentimientos de humanidad , no habia cesado este mónstruo de oprimir , perseguir y matar cuanto se le ponía al paso ; de forma que para él la persecucion que se preparaba no era sino lo que la expectativa de un próximo banquete para un gastrónomo gloton que necesita del estímulo de un hartazgo para salir de la fastidiosa monotonía

«de sus excesos diarios. De una figura y complexion gigantesca , con las facciones bien conocidas de su raza , con el «cabello y la barba más bien amarillos que rojos , ásperos y «erizados como gavillas de paja , con los ojos girando sin cesar dentro de sus órbitas , expresando en confusion la sospecha , el libertinaje y la ferocidad.»

De este modo dispuso la Providencia que se proclamase con toda la solemnidad de los edictos imperiales el exterminio del nombre cristiano en un palacio sobre cuyas ruinas habia de levantarse un día la basilica matriz y primada de todas las iglesias de la ciudad y del mundo , y que en el mismo sitio en que estaba aquel trono se levantase una cátedra cuyas órdenes saldrian de una raza inmortal de soberanos , así espirituales como temporales , para ser obedecidos en mundos no visitados por las águilas romanas.

Tarea difícil y asax atrevida será enumerar las bellezas y los cuadros que más se destacan en esta novela , como es tarea difícil y atrevida en los embalsamados dias del mes de mayo entresacar de un jardín las flores más olorosas y galanas ; sin embargo , aun á riesgo de que pierdan algo de su atractivo , séanos permitido de tantas flores formar un ramillete que , si aparece místico en nuestras manos , permitirá al ménos que el lector aspire de una vez su fragancia , pudiendo luego contemplarlo nuevamente en su puesto con más vida y propiedad. Interesan sobremanera las amigables discusiones de Fabiola con Ines , que pinta con toda su negrura las brutales máximas de la religion de los dioses , oponiéndoles las generosas enseñanzas del cristianismo , y la voluptuosidad de las costumbres del imperio que se desmorona corroido por la corrupcion , y comparándolas con la pureza de la

nueva religion que se presenta lozana y llena de vida. No interesa ménos el modo con que pinta á la gracia que busca el corazon entreabierto de Fabiola cual mariposa que revolotea en torno del clavel; gracia que con el decurso de los acontecimientos y los desengaños obra como un sér misterioso que sentado golpea á la puerta de su espíritu, ó como la gota de agua que destila incesantemente hasta abrir su cavidad en la dureza de la piedra. Era que la grandeza inmutable de la filosofía cristiana se habia inoculado y abierto paso en su vasto talento, al probarle que puede tener cabeza y corazon una esclava como Syra, que prefiere la esclavitud en casa de la hija de Fabio, de cuya daga habia recibido una herida no cicatrizada todavía, á la libertad, ó á la nueva esclavitud que se le ofrecia en casa de Ines, cristiana como ella: con esto se prepara el cuadro peregrino en que una matrona de la más elevada aristocracia romana en el siglo IV, y adornada con una instruccion clásica, en el sentido literal de la palabra, ha de rendirse convertida por su misma esclava, contra la cual sentia toda la repugnancia que engendra el orgullo de las damas de elevada alcurnia. Esta repugnancia á su vez producía en Syra un cariño tanto más puro cuanto más desinteresado, ya que ni esperaba correspondencia ni lo disminuían las humillaciones, y la nueva luz que inundaba su alma con deslumbrantes resplandores la sorprendia con la contemplacion de nuevos horizontes encantadores y desconocidos hasta entónces y que se presentaban ante su vista más embelesantes á medida que los iba examinando con más avidez. ¡Oh! es que en el mundo moral como en el físico las leyes y las verdades están encadenadas con maravillosos anillos: basta asirse del primero para que los demas se nos



acerquen con fuerza irresistible ; y en este estado ¡ cuán tierna se presenta la conversacion entre la esclava que enseña y la señora que aprende ! «¿Es posible que haya un acto bastante grande tal como se supone que lo es el sacrificio por medio del cual le podamos tributar nuestros homenajes, «significarle nuestra sumision y adorarle ?—Syra titubeó en responder.—¿No podria yo , preguntó Fabiola aun con mayor humildad, instruirme en vuestra escuela para que me «fuera dado ofrecer ese sublime homenaje ?—Me parece que «sí, noble señora ; pero es indispensable que la víctima que «se ofrezca á Dios sea digna de su divinidad.—Seguramente, «respondió Fabiola. Un toro puede ser una víctima adecuada para Júpiter , ó un cabrito para Baco. Pero ¿ qué sacrificio puede haber digno de ese Ser cuya existencia y «atributos me has revelado ? — Debe ser digno de Aquel que «por su pureza es inmaculado , por su grandeza incomparable y por su bondad y gracia infinito.—Y ¿ cuál puede «ser, Syra ?—Solo El mismo. Fabiola se cubrió el rostro con «las manos, y al cabo de breves instantes, alzando las miradas hácia Syra , la dijo con solemne gravedad : Despues de «haberte oido explicar con tanta lucidez el profundo sentido «de la responsabilidad moral que debe dirigir habitualmente «todas nuestras palabras y acciones , no me cabe duda que «hay en lo que acabas de decir , por más que mi mente no «pueda abarcarlo, una significacion real.—La hay en verdad, «señora ; y tan cierto es lo que os he dicho , como lo es que «hay quien oye cada una de mis palabras, y ve y juzga cada «uno de mis pensamientos (Cap. XVI).»

Y como si faltara el último impulso para acabar de inclinarla á favor de una religion cuya moral cautivaba á Fabiola

por la sencilla grandiosidad de sus máximas, uno de aquellos acontecimientos que durante esta peregrinacion fugaz dejan huella más profunda en el corazon, la muerte de su padre, la condujo á sondear los inconmensurables abismos de la eternidad , y cara á cara con el cristianismo y el paganismo, que ambos le hablaban de la vida futura, *¡qué es de mi padre!* se preguntaba convulsa y ansiosa ; y al contemplar por una parte las nebulosas teorías del Pórtico , y por otra el ángel de la esperanza que llama bienaventurados á los muertos que mueren en el Señor, nada dudosa le fue la eleccion en la cual la acompañaban las vírgenes que vislumbraban las regiones de aquella bienaventuranza ante las torturas y las alegrías del martirio.

¿Quién al enarrar ó leer el relato de la historia de los mártires, cuya descripcion no está por cierto reñida con los floridos atavíos de la poesía , no siente hervir en sus venas la sangre de cristiano, y no recuerda con entusiasmo y como héroes de la más gloriosa de las epopeyas los santos nombres de Sebastian y Felicitas, de Ines y de Pancracio ? ¡ Qué imponentes habian de ser los salmos de David cantados por los confesores amontonados en la cárcel Mamertina en la víspera del martirio , nuevamente confortados sus espíritus por la fervorosa exhortacion del Pontífice , y nutridos con la recepcion del sagrado viático que les daba la fuerza que les negara quizas la naturaleza en aquella hora suprema ! ¡ Cuán sublime es la peticion que á Pancracio le dirige Sebastian cuando le suplica que desde el circo y entre las fieras le dirija la postrer mirada á él , que era decidido protector de los confesores de la fe y que por su destino de centurion debia encontrarse junto al estrado del emperador ! Es el nombre de

Pancracio el primer héroe que en esta novela nos llama la atención, y es el nombre de Pancracio que nosotros pronunciamos desde los primeros años de la vida cristiana, como ángel tutelar de los que pasan sus horas encorvados bajo el peso del trabajo para ganar el pan de cada día, y que aquí admiramos al verle morir despedazado en edad temprana flor que apenas había recibido los primeros rayos de sol y los primeros besos de la brisa matinal, se dobla y seca, pero que es más preciosa ahora que cuando la matizaban las gotas del rocío. Con la muerte de Sebastian, que más que martirizado murió asesinado, nos presenta el autor con vivos colores su repugnancia en quedarse siquiera por unos pocos días en este destierro, él que en las ansias de su primera agonía había saludado con jovial mirada las hermosas regiones do ciñen corona y baten palmas los soldados de la fe.

Feliz, muy feliz estuvo el gran Prelado de Westminster en el retrato de la ciegucecita Cecilia, tipo de candor y de inocencia, que hacía su profesion de fe á los sicarios que la acompañaban al tribunal que debía condenarla á muerte: pues que no marcando dolor alguno la serenidad de sus facciones, tendida como estaba en el potro, al preguntarla si alguna vez álguien le había hecho daño, respondió que no, *porque los cristianos nunca se hacen mal unos á otros*; y cuando sus miembros se iban descoyuntando, y el mandato de la aplicacion del fuego hizo prorumpir á los circunstantes en un estallido de horror, comprendió entónces que no estaba sola y murió de modestia. ¡ Medítese bien esta muerte de modestia, muerte peregrina, pero arrebatadora, fecunda en grandes consideraciones, porque la sufre una ciega, jóven,

inocente, cristiana !!! Y ¿qué diremos de la encantadora Ines, tan cariñosa por su nombre como por sus maneras y por su valor varonil, que entre los horrores de sus tormentos cambia miradas, besos y aleluyas con el coro de las vírgenes y de los ángeles y de los querubines que entonan el himno de la santidad ante el Cordero inmaculado, que con la cariñosa amiga de Fabiola pace entre lirios y azucenas? ¡Ay! ¡Quién contiene en sus ojos una lágrima de ternura y en su pecho un arranque de ternísimo entusiasmo, cuando al preguntar el prefecto por qué Ines estaba sin cadenas ante el tribunal: *No las necesita, señor*, respondió el verdugo: *obedece admirablemente nuestras órdenes, ¡y es tan joven!* ¡Cuando le mandaron poner esposas, estas se escurrieron de sus manos de alabastro porque sus muñecas eran menores en tamaño que los círculos de hierro que debían aprisionarlas, y luego, cuando dada la última orden para acabar con su preciosa vida, ella misma se arrodilla, levanta al cielo los ojos, inclínalos hacia el suelo que va á empaparse en su sangre, aparta sus sedosos cabellos para que no estorben el golpe, junta sus manos, cae el hacha, salta la cabeza y muere!!!! La entereza del lenguaje de Fabiola ante el cadáver de Ines llega hasta lo sublime, como que es el último impulso de la gracia que se ha de consumir con su bautismo en la cripta y su muerte en el Señor.

Tales son, Excmo. é Ilmo. Sr., descritos á grandes rasgos los puntos más culminantes que se destacan de ese libro que se destina á ser leído por nuestras masas populares tan estragadas en nuestros tiempos por escritos volcánicos y producciones tan románticas como monstruosas, en que el valor es confunde con la desesperacion, la constancia con el ci-

nismo, y con la tenacidad el heroísmo. Toda vez que el secreto de la fuerza que á los mártires les hizo desafiar los tormentos y la muerte, estaba en la union con Dios de un espíritu que sabia sobreponerse á la region de lo material y perecedero, ¡ojalá no se olvide lo que con exactitud suma y singular maestría nos dice del pueblo romano un escritor moderno! «En pocos años el pueblo romano se vió transformado, convertido en bestia feroz y sensual, pues de nada más cuidaba que de su comida y de sus espectáculos, mostrándose satisfecho cuando aquella era abundante y estos magníficos, es decir, sangrientos para así sazonar el ocio con el terror (1).» Lean, lean este libro los que conozcan los mártires sólo por denigrantes libelos, desmentidos por la crítica histórica; lean, lean este libro los que mientras caminan por este destierro sienten vacilar de vez en cuando el terreno de su constancia ó de su fe; que como se complace el hijo en recorrer y buscar recuerdos y emociones en los lugares do vió la luz primera y con ello se depura y aumenta a intensidad de su cariño, el cristiano á la lectura de esta novela se complace, paseando el espíritu por las catacumbas, en pararse ante los sarcófagos y las lápidas que guardan restos venerandos: cuna sangrienta, fecundísima semilla que se reproduce en el decurso de los siglos, que alienta nuestra fe, sostiene nuestra esperanza y enciende nuestro amor á Dios, por el cual tantos murieron.

Así es, Excmo. é Ilmo. Sr., que, salvo el parecer de V. E. I., entiendo que puede concederse el permiso de la reproduccion de la novela «Fabiola, ó la Iglesia de las catacumbas.»

(1) *L' Eglise et l' empire romain au. IV siècle*, par M. Albert de Broglie: t. I., pág. 10.

escrita por el Emmo. Cardenal Wiseman , que solicita la empresa editorial la *Maravilla*, con destino á la Biblioteca de escritores católicos.

Barcelona, 21 de enero, festividad de santa Ines, en 1867.

Dr. Buenaventura Ribas y Quintana , pbro.

Barcelona 22 de enero de 1867.

En vista de la favorable censura que antecede damos nuestro permiso para la publicacion de esta obra. Lo decretó y firmó S. E. I. de que certifico.

PANTALEON, Obispo de Barcelona.

Por mandado de S. E. I., mi Sr.,

Dr. Lázaro Bauluz, secretario.

# PARTE PRIMERA.

---

Paz.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### La casa cristiana.

Estamos en una tarde de setiembre del año 302, y si el lector se halla dispuesto á acompañarnos le rogamos siga nuestras huellas por las calles de Roma. Todavía tardará el sol dos horas para que llegue á su ocaso: sereno está el cielo, y á pesar de lo templado de la atmósfera comienza á refrescar el ambiente, por lo que van saliendo las familias de sus casas, dirigiéndose unas á los jardines de César y otras á los de Salustio, para disfrutar del paseo vespertino é inquirir las noticias que corren.

Sin embargo, por ser punto ménos concurrido nos dispensará el lector si le guiamos á la parte de la ciudad, designada y conocida con el nombre de Campo de Marte, el cual comprendia la llanura de aluvion que media entre las siete colinas de la antigua Roma y el río Tíber. Destinado este espacio en los tiempos antiguos á los ejercicios atléticos y militares del pueblo, ántes de terminar el período republicano comenzó á ser invadido por algunos edificios públicos. Pompeyo edificó en él su teatro, y Agripa el Panteon y los baños inmediatos; y poco á poco lo invadieron construcciones particulares, en tanto que se apropiaron las siete colinas más importantes fábricas, de manera que en la primera época del imperio ya formaban los barrios más aristocráticos de Roma.

Después del incendio de Neron el monte Palatino era sobrado reducido para la residencia imperial y el circo Máximo con la cual lindaba; los baños de Tito, levantados sobre las ruinas de la Casa Dorada, ocuparon el Esquilino, y los de Caracalla el Aventino. Y en el período de que vamos á tratar el emperador Diocleciano cubria con sus Termas un espacio en el Quirinal bastante para contener muchos palacios no léjos de los jardines de Salustio que acabamos de mencionar.

El sitio á donde enderezamos nuestros pasos se halla en el Campo de Marte, y es tan marcada su situacion y podemos describirla con tal exactitud, que le reconoceria cualquiera que esté enterado de la topografía de la antigua ó moderna Roma. Durante el gobierno republicano existia en el Campo de Marte un espacio cuadrado, llamado el *Septa* ú *ovile* por su semejanza con un redil, cercado con tablas y dividido en otros más pequeños á manera de jaulas, en el cual se celebraban los comicios de las tribus para emitir sus votos. Augusto realizó el plan descrito por Ciceron en una de sus cartas á Atico (1), trasformando esta tosca armazon en una magnífica y sólida fábrica. El *Septa Julia*, como se llamó desde entónces, era un suntuoso pórtico de mil piés de longitud por quinientos de anchura, sostenido por columnas y adornado de pinturas. Sus ruinas, que todavía se descubren, manifiestan que se hallaba en el espacio que hoy ocupan los palacios de Doria y Verospi, el Colegio romano, la iglesia de San Ignacio y el Oratorio del Caravita.

La casa á donde convidamos á entrar á nuestros lectores se halla precisamente en frente del lado oriental de este edificio, incluyendo en su área la iglesia dedicada en el día á San Marcelo, y extendiéndose por detras hasta la falda del Quirinal, ocupando como todas las casas nobles de Roma una extension considerable de terreno. Por fuera su aspecto es sério y triste, pues sus paredes, poco elevadas, carecen de adornos arquitectónicos, y presentan apénas una que otra ventana

(1) Libro IV, ep. 16.



En el centro de uno de los lados de este cuadrilátero existe una puerta *in antis*, es decir, formada tan solo por un tímpano ó cornisa triangular sostenida por dos columnas. Prevaliéndonos del privilegio que como á autores de imaginacion nos pertenece de ser invisibles en todas partes, entraremos con nuestro amigo ó sombra „ y atravesando el pórtico, en cuyo pavimento leemos con gusto, escrito en mosaico, el afectuoso *Salve ó Bien venido*, nos hallaremos en el *atrium* ó primer patio de la casa, rodeado por un pórtico ó galería de columnas (1).

En el centro del pavimento, que es de mármol, brota con suave murmullo un chorro de agua cristalina, traída de los collados Tuscúlanos por el acueducto de Claudio, que, elevándose y bajando alternativamente, cae en una ancha taza de mármol rojo, de cuyos bordes rebosa en mansas ondas, y ántes de llegar al ancho pilón salpica con menuda lluvia las raras y matizadas flores que crecen en elegantes jarrones colocados en derredor. Debajo del pórtico vemos varios muebles, ricos unos, extraños los otros; lechos con embutidos de marfil y hasta de plata; mesas de maderas orientales, y encima candelabros, lámparas y otros utensilios caseros de bronce ó plata, bustos esculpidos con primor, vasos, trípodes, objetos de puro arte. Cubren las paredes pinturas evidentemente de épocas anteriores, pero que todavía ostentan la frescura de colorido y la maestría de la composicion, separadas unas de otras por nichos con estatuas que, como los cuadros, representan asuntos mitológicos ó históricos, sin que ninguno pueda ofender la delicadeza más susceptible, cosa que podría parecer hija del acaso si no se distinguieran algunos nichos vacíos y algunas pinturas cubiertas.

Sobre las columnas exteriores de la galería hay en el centro del abovedado techo un tragaluz, conocido con el nombre de *impluvium*, y por encima de él se extiende una cortina ó toldo de lienzo oscuro como preservativo del sol y de

(1) El patio de Pompeya, en el palacio de cristal de Londres, habrá familiarizado á algunos de nuestros lectores con la estructura de una casa romana antigua.

la lluvia. Por este motivo no hemos podido ver lo que llevamos descrito sino á la claridad de un crepúsculo artificial; pero esta misma circunstancia presta mayor grandeza á lo que más adentro se encuentra. Más allá de un arco opuesto al que atravesámos al entrar se divisa un patio interior todavía más rico, enlosado con mármoles de diversos matices, y hermosado con molduras doradas. Como el toldo de la claraboya del techo se halla cerrado con una densa lámina de talco (*lapis specularis*), está en este momento entreabierto y penetra un tibio y amortiguado rayo de sol poniente, nos permite cerciorarnos de que no nos encontramos dentro de un palacio encantado, sino en una casa habitada.

Cerca de una mesa, colocada fuera de las columnas de mármol frigio, aparece sentada una matrona que aun no ha doblado el meridiano de la vida; sus nobles cuanto bondadosas facciones muestran las huellas de pasados sufrimientos; pero una poderosa influencia ha amortiguado el recuerdo de ellos ó los ha identificado con un pensamiento más placentero, porque ambos se ofrecen siempre juntos, y há largo tiempo que moran unidos en su corazón. La sencillez de su traje contrasta singularmente con la magnificencia de cuanto la rodea. Lleva el pelo descubierto, sin artificio alguno que encubra sus plateadas canas. Su vestido es del más modesto color y de la tela más comun, y sin otro bordado ni guarnicion que la cinta color de púrpura cosida en él, denominada *segmentum*, la cual sirve para indicar su estado de viudez. Ni una sola joya, ni dije de precio, que tan profusamente gastaban las damas romanas, se ostenta en su persona. La única alhaja que se le veía era una cadenilla de oro al rededor de la garganta, de la cual al parecer colgaba un objeto escondido cuidadosamente dentro del pliegue superior de su traje.

En el momento que paramos en ella la atencion está entretenida en una labor que evidentemente no destina á su propio uso, pues borda una larga y rica tira de brocado con hilo de oro, y de cuando en cuando escoge de entre varias cajitas esparcidas sobre la mesa, ora una perla, ora una

piedra preciosa engastada en oro para prenderla en el dibujo. Diríase que consagraba á un objeto más elevado las ricas joyas con que en otros dias se engalanaba.

Pero á medida que transcurre el tiempo observamos que la inquietud conturba su tranquila mente, al parecer absorta hasta entónces en su labor. Algunas veces levanta y dirige los ojos hácia el arco de entrada; otras aplica atentamente el oído como si sintiera pisadas, y se entristece al notar que se ha engañado; otras, en fin, consulta un *clepsydra* ó reloj de agua colocado en una repisa inmediata. Mas cuando el desasosiego empieza á mostrarse visiblemente en su rostro llaman alegremente á la puerta de la calle, y radiante de gozo se dirige al encuentro del bienvenido huésped.

## CAPITULO II.

### El hijo del mártir.

Es este un gallardo doncel, notable por su gracia, viveza y candor; cruza con andar tan ligero y rápido el atrio, dirigiéndose hácia el salon interior, que apenas tenemos tiempo para bosquejarlo ántes que penetre en él. Sólo contará unos catorce años, y sin embargo en su apuesta estatura campean la gallardía de sus formas y la gentileza de sus movimientos. Su desnudo cuello y todos sus miembros se ven perfectamente desarrollados por saludables ejercicios; sus facciones revelan un corazon franco y sensible, mientras que en su elevada frente, orlada por los abundantes rizos de sus cabellos castaños, brilla una clara inteligencia. Viste el traje propio de la juventud, la corta *prætexta*, que casi no le cubre la rodilla, llevando suspendida del cuello la *bullæ* ó esfera hueca de oro. Un legajo de papeles y un rollo de per-

gaminos, que trae el anciano criado que le sigue , nos indican que regresa de la escuela (1).

Mientras lo hemos descrito ha recibido un abrazo de su madre, á cuyos piés se sienta. Contéplale un rato silenciosamente como si quisiera descubrir en su rostro la causa de su desusada tardanza , pues ha entrado una hora más tarde de lo que acostumbra ; pero él responde á sus ojeadas con mirada tan franca y tal sonrisa de inocencia, que se desvanecen al punto todos los recelos, y dirigiéndole la palabra le dice :

—¿ Por qué has tardado tanto hoy, hijo mio ? Espero que nada desagradable te habrá sobrevenido por el camino.

—No, madre querida , te lo aseguro. Al contrario, todo ha sido placentero ; y tanto, que apenas me atrevo á referírtelo.

Una mirada y sonrisa suplicatoria arrancaron al expansivo niño una deliciosa carcajada , y prosiguió :

—Pues bien , me parece que debo contártelo. Ya sabes que no soy feliz ni hallo descanso si dejo de referirte lo malo y lo bueno que he hecho durante el trascurso del día.

Sonrióse otra vez la madre , sin acertar á discurrir lo que sería.

—He leído, há pocos dias, que los escitas echan todas las noches en una urna una chinita blanca ó negra , según ha sido el día venturoso ó desgraciado. Si yo hubiese de seguir esta costumbre , sería para señalar en blanco ó negro los dias en que tengo ó dejo de tener motivo de referirte cuanto he hecho. Pero hoy vacilo por primera vez , y me asalta el escrúpulo de si deberé ó no referírtelo todo.

Sea que el corazon de la madre latiera con desusado movimiento á impulso de la primera ansiedad , ó revelasen sus ojos más tierna inquietud , ello es que el doncel , tomando entre las suyas las manos de su madre , y llevándolas con ternura á los labios, continuó :

—No temas, madre mia ; nada ha hecho tu hijo que pueda

(1) Este uso sugiere á san Agustin la bellísima idea de que los judíos fueron los pedagogos de la cristiandad, porque llevaban para ella los libros que no podían entender.

apesadumbrarte. Dime si quieres saber cuanto hoy me ha acontecido, ó sólo lo que ha ocasionado mi tardanza.

—Cuéntamelo todo, querido Pancracio, respondió la madre, pues nada de cuanto te atañe puede serme indiferente.

—Así voy á hacerlo. Hoy, por ser el último de mi asistencia á la escuela, me parece que ha sido singularmente favorecido, y más aun si se consideran sus extraordinarios incidentes. En primer lugar he sido coronado como vencedor en el certámen de declamacion, que el bondadoso maestro Casiano nos señaló por primera tarea de la mañana, lo cual, como luego verás, dió lugar á extraños descubrimientos. Este era el tema: *El verdadero filósofo debe estar siempre dispuesto á morir por la verdad*. Jamas he oido cosa más fria é insípida (no creo que hago mal en decirlo) que las composiciones de mis compañeros. ¡No era suya la culpa, pobres muchachos! ¿Qué verdad pueden poseer, ni qué incentivo tener para dar la vida por sus vanas opiniones? Pero á un cristiano, ¡cuán encantadoras ideas le sugiere este tema! Así me aconteció á mí. Mi corazon ardia, y todos mis pensamientos parecian brotar fuego cuando escribia el ensayo. ¿Pudiera acaso ser de otro modo, instruido como estoy por tus lecciones y por los ejemplos que siempre presencio en casa? No, el hijo de un mártir no podia sentir de distinta manera. Mas cuando me llegó la vez de leer mi composicion por poco me descubren mis afectos. En el calor del recitado la palabra *cristiano* brotó espontáneamente de mis labios en lugar de la de *filósofo*, y la de *fe* en lugar de la de *verdad*. A la primera equivocacion noté en Casiano un movimiento de involuntaria sorpresa; á la segunda ví desprenderse de sus ojos una lágrima, é inclinándose afectuosamente hácia mí, díjome muy quedito: Cautela, hijo mio, que te escuchan oídos muy listos.

—Pues qué, interrumpió la madre, ¿Casiano es tambien cristiano? Escogí su escuela por la buena reputacion que goza de sabiduría y virtud, y ahora doy gracias á Dios por haber obrado así. En estos dias de peligro y zozobra nos vemos obligados á vivir como forasteros en nuestro propio suelo, sin conocer apénas los rostros de nuestros hermanos.

momento de sosiego volvería á gozar si no me lo contaras todo. ¿Qué más dijo ó hizo Corvino?

Serenóse el mancebo despues de una corta pausa y de una silenciosa plegaria , y prosiguió :

—No te irás así, exclamó Corvino, cobarde adorador de una cabeza de asno (1). Nos has ocultado tu morada , pero sabré encontrarte. Entre tanto conserva esta memoria del inquebrantable propósito que hago de vengarme. Y me dió un récio bofetón, que me hizo vacilar y casi perder el sentido, mientras que los muchachos que nos rodeaban aplaudían vociferando con salvaje alegría.

Rompió en esto el mancebo en copioso llanto, y ya algún tanto aliviado del peso que le oprimía el corazón, prosiguió:

— ¡Oh, con qué furor hirviómeme entonces la sangre! Parecía que el corazón iba á partirseme , y me figuré oír resonar una voz que escarnecléndome no cesaba de repetirme al oído: Cobarde, cobarde. Sin duda era la de algún espíritu infernal. Y sin embargo, me sentía con bastantes fuerzas, y más entonces que la ira las aumentaba , para asir de la garganta á mi injusto agresor y derribarle sin aliento. Imaginábame escuchar ya los aplausos saludando mi victoria, y los silbidos que le dirigían. Aquel fue el más rudo combate que ha experimentado mi pecho. ¡No permita Dios que vuelva á verme expuesto á otro tan tremendo!

—Y ¿qué hiciste, hijo del alma? preguntó ansiosa y trémula la matrona.

—Mi ángel de la guarda postró al demonio tentador. Acordéme de nuestro divino Maestro cuando rodeado en casa de Caifás de enemigos que le injuriaban y con ignominia le herían las mejillas, perdonándolos oponía su paciencia y mansedumbre. ¿Podía ni debía yo obrar de otra manera? Tendí la mano á Corvino, diciéndole: Dios te perdone como sinceramente yo te perdono, y te colme de bendiciones (2). Apareció en esto Casiano, que había presenciado de lejos ese

(1) Una de las infinitas calumnias que prodigaban los gentiles á los cristianos.

(2) Caso histórico.

lance, y á su aspecto dispersóse la caterva de muchachos. Roguéle por nuestra comun fe, reconocida y confesada por ambos, que no castigase á Corvino, y así me lo prometió. Y ahora, querida madre, murmuró el doncel con suave y blando acento, reclinándose sobre su seno, ¿crees que puedes llamar venturoso este día?

## CAPÍTULO III.

### La consagración.

Mientras así departían había principiado á anochecer. Una anciana criada entró con cautela y encendió las lámparas colocadas en candelabros de mármol y bronce, y se retiró lentamente. Una brillante claridad de improviso bañó de luz el enajenado grupo de la madre y del hijo, que permanecían silenciosos despues que la santa matrona Lucina había respondido á la última pregunta de Pancracio imprimiéndole un tierno beso en la enardecida frente. La emocion maternal no era la sola que agitaba su pecho, ni el inefable gozo que experimenta una madre, cuando, habiendo imbuido á su hijo en principios sublimes de dificultosa observancia, lo ve expuesto á una dura prueba, saliendo sin embargo incólume de ella; ni tampoco la satisfaccion de tener por hijo á quien en tan tierna edad daba muestras de tan acrisoladas virtudes, á pesar de que con mayor justicia que la madre de los Gracos, al presentar sus hijos á las maravilladas matronas de la republicana Roma como sus únicas y preciadas joyas, podia esta madre cristiana gloriarse del que había educado para la Iglesia.

En aquel instante otro sentimiento más íntimo la dominaba, por no decir más sublime. Había llegado la época que por largos años con tanta ansia anhelara: la hora suprema por cuya aparicion dirigiera al cielo sus fervorosas plegarias de madre.

Más de una piadosa madre ha consagrado á su hijo desde la cuna á la más santa y noble de las profesiones que existe en la tierra ; ha orado y suspirado por verle primero casto levita , y luego santo sacerdote en el altar ; ha estado observando con incansable vigilancia sus nacientes inclinaciones, y procurando dirigir suavemente sus pensamientos hácia el santuario del Señor. Y si este hijo es único, como Samuel lo era de Ana , la consagracion de cuanto más tiernamente se ama , con justicia debe ser considerada como un acto de heroísmo maternal. Y ¿ cómo ensalzar debidamente á aquellas matronas de la antigüedad, á una Felicitas, Sinforosa, ó á la madre sin nombre de los Macabeos , que apreciaron y entregaron á sus hijos , no uno, sino muchos , y hasta todos, para que fuesen , más que sacerdotes de Dios, víctimas devoradas por la hoguera?

Un pensamiento de esta especie era el que entónces embargaba el corazón de Lucina , que cerrando los ojos y en extático recogimiento elevaba la mente á Dios pidiéndole fortaleza ; y aunque se creyese llamada á hacer generosamente el sacrificio de lo que le era [más caro en la tierra , y lo tuviera previsto y deseado, no podía alcanzar el mérito de tanta abnegacion sin experimentar las mayores angustias.

Y en tanto ¿qué pasaba por la mente del mancebo que tan silencioso y absorto le ponía? No era por cierto la vision de algun eminente puesto á que se imaginase destinado, ni la de la venerable basílica que debía ser tan frecuentemente y con tanta diligencia visitada 1600 años despues por el infatigable anticuario y el devoto peregrino, y que hasta hoy daría nombre á la inmediata puerta de Roma (1); ni el presentimiento de la iglesia que en las márgenes del apartado Támesis en honra suya y en los siglos de fe se levantaría , y hasta despues de su profanacion debía ser elegida como último lugar de su reposo (2) por sus devotos , fieles

(1) Iglesia y puerta de San Pancracio.

(2) La antigua iglesia de San Pancracio en Lóndres el cementerio predilecto de los católicos, hasta que lo tuvieron propro.



aun á su querida y venerada Roma; ni presagiaba que el papa Honorio I (1) colocaria un dosel ó cimborio de plata maciza, de doscientas ochenta y siete libras de peso, sobre la urna de pórfido que encerraria sus cenizas; ni la más remotísima idea de que su nombre se incluiría en todos los martirologios y que su imagen coronada de rayos se veneraria en muchos altares, en conmemoracion del niño mártir de la primitiva Iglesia. Era únicamente el candoroso mancebo cristiano que consideraba como cosa corriente cumplir con los Mandamientos de Dios y observar los preceptos de su santo Evangelio; y aquel dia estaba satisfecho porque habia llenado su deber en tan terrible prueba. Ni el orgullo, ni la vanagloria tenian cabida en sus reflexiones, porque de otro modo su comportamiento dejara de ser heroico.

Cuando alzó los ojos despues de tan tranquilo y apacible arrobamiento reparó en la claridad que con vivo esplendor iluminaba el aposento, y se encontró con el rostro de su madre, radiante con tal expresion de majestad y ternura, como no recordaba haberle visto en ningun tiempo. Era la de un inspirado, su semblante la de una aparicion del cielo, y sus miradas las que se figuraba podrian ser las de un ángel. Extasiado y sin advertirlo varió de postura y fué á arrodillarse ante ella: adoracion muy merecida, tratándose de una madre que lo habia escudado de todo mal como otro ángel de la guarda, y dádole con las virtudes de su santa vida un modelo que imitar desde la más tierna infancia.

Rompió Lucina el silencio con grave y conmovido acento, diciendo:

—Por fin ha llegado el día, querido hijo mio, objeto há largo tiempo de mis más fervientes plegarias, y por el que he suspirado con ardiente afán. Con solícita vigilancia he estado observando en tí el desarrollo de cada virtud cristiana, dando gracias á Dios cuando comenzaba á germinar. He notado tu mansedumbre y piedad, tu amor á Dios y á los hombres. Con la mayor satisfaccion he visto tu ardiente fe,

(1) Anastasio, *Biblioth. In vitæ. Honorii.*

tu indiferencia por las cosas mundanas y tu compasion con los afligidos. Pero con ansiedad esperaba la hora que me patentizara si te contentabas con la corta herencia de las virtudes de tu madre, y si eras digno de las nobles prendas de tu padre el mártir. Esta hora, loado sea Dios, hoy ha sonado.

—Y ¿qué he hecho para que así se haya trocado el concepto en que me tenias? preguntó Pancracio.

—Escúchame, hijo mio: hoy, que era el último día de tu asistencia á la escuela, me parece que el Señor se ha dignado darte una leccion que vale más que todas las que allí has recibido, revelando que al despojarte de las cosas de niño debes en lo sucesivo ser tratado como hombre, porque sabes pensar y producirte, y lo que todavía es más, te conduces como tal.

—¿Qué quieres decir con eso, madre mia?

—Lo que me has referido de tu declamacion esta mañana, respondió Lucina, manifiesta cuán lleno debe de haber estado tu corazon de nobles y generosos sentimientos. Eres demasiado sincero y recto para escribir y expresar con tanto fervor la idea de que es un glorioso deber morir por la fe si no lo hubieras creído y sentido así.

—Y así lo creo y siento. ¿Qué mayor dicha puede un cristiano apetecer en la tierra?

—Sí, hijo mio, dices muy bien, prosiguió Lucina; pero yo deseaba que los hechos confirmasen tus palabras. Lo que aconteció despues me ha manifestado hasta la evidencia que puedes sobrellevar intrépida y resignadamente, no solo los trabajos, sino lo que todavía debe ser más duro para un patricio, en cuyas venas hierve la sangre de la mocedad, la irritante ignominia de un afrentoso bofeton, y las insultantes miradas y rechiflas de la desapiadada muchedumbre. Has hecho más: has demostrado que posees la suficiente fortaleza para perdonar á tu enemigo y rogar por él. Hoy has subido hasta los más ásperos y empinados senderos de la montaña con la cruz á cuestas: un paso más, y alcanzarás la cumbre. Te has portado como verdadero hijo del mártir Quirino. ¿Deseas asemejártele?

— ¡Madre, madre mía ! ¡ La más querida y tierna de las madres ! interrumpió el conmovido mancebo. ¿ Podría ser yo hijo suyo y no ansiar parecerle ? Y aunque no me ha cabido la dicha de conocerle, ¿ no he tenido siempre presente su imágen en mi alma ? ¿ No ha sido su recuerdo por ventura la gloria de mis pensamientos ? Cuando todos los años celebráramos su conmemoracion, como uno de los que con sus blancas túnicas componen el ejército que rodea al immaculado Cordero, en cuya sangre bañó sus vestiduras : ¿ con qué transportes de alegría ha celebrado mi corazon su gloria inmarcesible, y cuánto le he rogado con toda la efusion del amor filial que me alcance, no fama, distinciones, riquezas, ni goces mundanos, sino lo que preciaba más que todas esas cosas, que lo único que dejó en la tierra pueda aplicarse del modo que él considera que habria sido más útil y noble.

— Y ¿ qué es, hijo mio ?

— Su sangre, respondió el mancebo, que todavía corre por mis venas, y sólo por ellas. Estoy persuadido de que deseará que la mía, como la que circulaba por las suyas, se derrame tambien por amor á su Redentor y en testimonio de su fe.

— Basta, basta, hijo mio, exclamó la madre con santa conmocion. Quitate del cuello ese símbolo de la niñez, porque te guardo otra insignia de mayor significacion.

Obedeció Pancracio y se quitó la *bull*a de oro.

— Has heredado de tu padre, prosiguió diciendo la madre en tono todavía más solemne, un nombre ilustre, grandes riquezas, y cuantas ventajas ofrece el mundo. Pero entre tu patrimonio habia un inestimable tesoro, el cual guardé cuidadosamente hasta que té juzgara digno de poseerlo. Lo he escondido de tí hasta ahora, y aunque le aprecio imponderablemente más que el oro y las piedras preciosas, ya es tiempo de que te lo devuelva.

Y así diciendo se quitó con trémula mano la cadena que rodeaba su cuello, y por primera vez vió el mancebo que pendia de ella una bolsita ricamente bordada y recañada de piedras preciosas. Abrióla y sacó de ella un pedazo de espon-

ja seca, manchada de un color oscuro, diciendo con voz ahogada por los sollozos:

— Esta es tambien sangre de tu padre, Paneracio. Yo misma la recogí al manar de la herida mortal, cuando disfrazada presencié su martirio, y le ví morir en medio de los dolores que por Jesucristo padecía.

Contempló la matrona enternecida la preciosa reliquia, besóla fervorosamente, y sus copiosas lágrimas al caer sobre ella la humedecieron, devolviéndole la apariencia de la sangre fresca y color brillante, como si acabara entónces de brotar del corazon del mártir.

La piadosa matrona la acercó á los trémulos labios del mancebo que se enrojecieron por el santificante contacto. Conmovido profundamente por los afectos de hijo y cristiano, veneró la sagrada reliquia, y sintió como si el espíritu de su padre hubiera descendido sobre él y le hubiese penetrado hasta lo más recóndito del corazon, para que el flúido que encerraba circulase con toda rapidez; y obró de tal manera, que le pareció estar reunida toda su familia. Volvió á colocar Lucina el tesoro en su relicario, y lo colgó del cuello del mancebo, diciendo:

— Cuando se humedezca otra vez, que sea en un mancebo más puro y noble que las lágrimas de una débil mujer.

Estas palabras sin duda hubieron de llegar al trono del Altísimo, y el futuro combatiente fue ungido, y el futuro mártir consagrado con la sangre de su santo padre, mezclada con las lágrimas de su piadosa madre.

## CAPÍTULO IV.

### La familia pagana.

Mientras tenian lugar las escenas descritas en los anteriores capítulos ocurría otra de muy diversa índole en un

palacio situado en el valle que separa el Quirinal de las colinas Esquilinas. Pertenecía este á Fabio, patricio del orden ecuestre, cuya familia habia atesorado inmensas riquezas por medio del arriendo de los tributos de las provincias asiáticas.

Más grande y espléndido que la casa que acabamos de visitar, contenia un tercer peristilo ó patio, con numerosos aposentos al rededor; y ademas de varias obras maestras del arte europeo, abundaba en las más raras producciones del Oriente. Tapizaban los pavimentos alfombras de Persia; los muebles estaban forrados, unos de seda de la China, otros de telas de brillantes colores, tejidas en Babilonia, y otros, en fin, de brocados fabricados en la India y Frigia; primorosas y raras obras de marfil y varios metales lucian por todas partes, que se suponian labradas por los habitantes de las islas situadas allende los mares de la India, de formas monstruosas y fabuloso origen.

Fabio, dueño de todos estos tesoros y de dilatadas haciendas, era el verdadero tipo de los opulentos romanos, buen vividor, resuelto á gozar á sus anchuras de la vida, pues jamas ni siquiera habia soñado pudiese existir otra. Y aunque en nada creia, no por eso dejaba de venerar, como cosa corriente, y cuando se ofrecia ocasion, á la deidad que estaba de turno, pasando por varon tan bueno como el que más, sin que nadie tuviese derecho de exigirle otra cosa. Empleaba la mayor parte del dia en los baños públicos, que ademas de contener todo lo que indica su nombre, encerraban en su recinto muchas dependencias que equivalian á nuestros *clubs*, casinos, gabinetes de lectura, casas de juego, juegos de pelota y gimnasios. Allí se bañaba, conversaba ó leia, y mataba el tiempo, excepto en el caso que fuera á holgazanear al Foro para oir las arengas de algun tribuno, argüir algun abogado célebre, ó á cualquiera de los muchos jardines que encontraba al paso frecuentados por la gente de viso de Roma. Regresaba despues á su casa para disfrutar de una cena opípara, á la cual concurrían algunos huéspedes invitados de antemano, y otros que recogia por el camino entre la caterva

de parásitos que siempre están dispuestos á disfrutar de una buena mesa.

En su casa era bondadoso é indulgente. Su custodia, gobierno y aseo estaban encomendados á un enjambre de esclavos; y como lo que más aborrecia era incomodarse, con tal de que le sirvieran bien y halagasen su vista, dejaba el cuidado de lo demas á los libertos.

Pero más que con él deseamos que el lector trabé conocimiento con otra persona de su casa, la partícipe de sus magnificencias, la única heredera de sus riquezas, su hija, que segun la costumbre de Roma lleva el nombre de su padre en diminutivo, y se llama Fabiola.

Como lo hicimos ántes conduciremos al lector á su estancia, subiendo por una escalera de mármol que arranca del segundo patio, á cuyos lados se extiende una série de aposentos que dan á una azotea, adornada por una graciosa fuente y cubierta de delicadas y exóticas plantas.

En este aposento hállase reunido lo más exquisito y primoroso del arte romano y extranjero, observándose tanto en la eleccion como en la distribucion el gusto y esmero más exquisito que dispuso de abundantes y grandes medios.

Como ya se aproxima la hora de la cena, la moradora de esta primorosa estancia se ocupa en adornarse para aparecer con el esplendor que correspondé. Está reclinada en un lecho labrado en Atenas, incrustado de plata, en un gabinete de forma *cicena*, ó sea con ventanas de cristales desde el techo al suelo, y vistas á la florida azotea mencionada. De la opuesta pared cuelga un espejo de plata pulimentada, de tamaño suficiente para reflejar el cuerpo entero; debajo, y sobre una mesa de pórfido, hay una coleccion de cosméticos y perfumes raros, de que tan pródigas se mostraban y en que tan grandes sumas invertian las damas romanas (1). Sobre otra mesa de palo de sándalo de la India, ostentábanse

(1) En la preparacion de un cosmético para Poppæ, esposa de Neron, se consumia diariamente la leche de trescientas burras.

en primorosas cajitas ricos dijes y joyas para escoger las que habian de servir aquel dia.

No es nuestro intento, ni acertaríamos á describir las personas ni sus formas; preferimos ocuparnos de sus cualidades morales. Nos concretaremos, pues, á decir que Fabiola, que contaria unos veinte años, no cedia en belleza á las otras damas de su clase, edad y riqueza, y que muchos aspiraban á su mano, formando con su padre un verdadero contraste en índole y carácter. Arrogante, altanera, imperiosa y colérica, sojuzgaba como una emperatriz á todos los que la rodeaban, con una ó dos excepciones, y exigia humilde acatamiento de cuantos se le aproximaban. Hija única y huérfana, pues habia perdido á su madre al nacer, fue criada con excesivo mimo por su bondadoso é indolente padre. Instruida por afamados maestros se hallaba adornada de varias perfecciones; pero acostumbrada á satisfacer todos sus extravagantes antojos, no sabia sacrificar deseo alguno.

Abandonada de esta suerte á sí misma habia leído mucho, especialmente libros serios y profundos, y habíase declarado partidaria acérrima del refinado epicurismo intelectual que por largo tiempo estuvo en boga entre los romanos. Del cristianismo nada conocia, teniéndole por tan bajo, material y vulgar, que le consideraba indigno de su estudio y sólo le inspiraba desprecio. En cuanto al paganismo con sus dioses, vicios, fábulas y su idolatría, interiormente se mofaba de él, aunque por de fuera observaba sus ritos. En realidad sólo creia en la vida presente, y no se acordaba mas que de sus refinados placeres, escudando por fortuna su virtud el orgullo. Aborrecia la perversidad de la sociedad pagana, y despreciaba á los frívolos mancebos que le prodigaban los lisonjeros obsequios que les exigia, para divertirse con sus necedades. Teníanla por fria y egoista; pero nadie podia tildarla moralmente.

Si al comenzar esta historia al parecer nos complacemos en largas descripciones, confiamos que el lector se persuadirá de que son necesarias para enterarle del estado material y social de Roma en el período á que nos referimos, para que

la narracion sea más inteligible; y si por casualidad se figurase que exageramos el esplendor y magnificencia de algunas cosas en una época en que se generalizaba la decadencia en las artes y el buen gusto, le rogamos tenga presente que el tiempo de nuestra supuesta visita á Roma distaba tanto de los buenos tiempos del arte romano, el de los Antoninos, por ejemplo, como el período presente dista del de Cellini, Rafael y Donatello. Y sin embargo, ¿en cuántos palacios italianos no se conservan todavía las obras de estos eminentes artistas, justamente admiradas, ya que no imitadas? Pues lo mismo debía suceder en las casas pertenecientes á las antiguas y opulentas familias de Roma.

Encontramos, pues, á Fabiola recostada en su lecho, con un espejo de plata asido por el mango en la mano izquierda, y en la derecha un instrumento impropio de mano tan delicada. Es un puntiagudo puñal ó verduguillo, con puño de marfil primorosamente tallado, y un anillo de oro para sostenerle: arma favorita con que las damas romanas castigaban á sus esclavas, desahogando en ellas la menor contradicción.

Tres criadas rodean á Fabiola: pertenecen á diferentes razas, y han sido compradas á muy altos precios, no solo por su agradable presencia, sino por los conocimientos ó habilidades que se les suponían poseer. Una era negra, y no de la raza degradada, sino de las de Abisinia y Numidia, cuyas facciones son tan regulares como las de los pueblos asiáticos; llamábase Afra, designándola con el nombre de su nacion, y pasaba por muy entendida en el conocimiento de las plantas, sus usos medicinales y cosméticos, y otros usos tal vez más nocivos, como filtros, sortilegios y hasta venenos. Era la otra griega, escogida por su gracia en el vestir y por la elegancia y pureza de su acento: llamábasela por esto Graia. El de Syra, con que era conocida la tercera, indica su procedencia del Asia, la cual se distinguía por el primor de sus bordados y el esmero de sus servicios; era tan apacible, silenciosa, y tan exacta en el cumplimiento de sus deberes, como las otras locuaces, petulantes y jactanciosas por la cosa más insignificante que hacían. Ambas dirigen á su ama



las más extravagantes lisonjas, ó abogan por aquel de los pretendientes á su mano que las ha sobornado con más largueza ó más recientemente.

—¡Cuánto me deleitaria, mi noble ama, dice la esclava negra, si me hallara en el *triclinium* (1) cuando entreis, para presenciar la impresion que producirá en los convidados el asombroso efecto de este nuevo *stibium* (2)! Muchos experimentos me ha costado para obtenerlo tan perfecto; mas estoy segura de que no se ha visto otro igual en Roma.

—Pues yo, respondió la astuta griega, no me atreveria á aspirar á tan encumbrada honra. Contentárame con ver desde fuera de la puerta el efecto de esta admirable túnica de seda que vino con la última remesa de oro del Asia. Nada existe que pueda compararse con su belleza y hechura, que tanto me ha costado darle este corte gracioso, y que no desmerece de la tela.

—Y tú, Syra, preguntó el ama con desdeñosa sonrisa: ¿qué deseas, y qué tienes que alabar de tu trabajo?

—No deseo más, noble señora, respondió modesta y sinceramente la doncella, sino que seais muy dichosa; en cuanto á mis labores de nada tengo que alabarme, porque estoy persuadida de que no he hecho más que cumplir mi deber.

No agradó esta respuesta á la altiva dama, y añadió:

—Se me figura, esclava, que no eres dada á los elogios; nunca se oyen de tus labios palabras lisonjeras.

—Y ¿qué precio tendrian en boca de una pobre criada al dirigirse á una tan ilustre dama, acostumbrada á oirlas todos los dias de labios cultos y elocuentes? ¿No las despreciais cuando os las dirigimos nosotras?

Sus dos compañeras le despidieron una mirada de despecho. Irritóse tambien Fabiola, que imaginó traslucir una reconvencion en tan digna réplica. ¡Un sentimiento de dignidad en una esclava!

(1) El comedor.

(2) Antimonio negro que se aplica á los párpados.

—Con que ¿todavía ignoras, respondió altanera, que eres mía, y te he comprado á muy subido precio para que me sirvas á mi antojo? Tanto derecho tengo al servicio de tu lengua como al de tus manos; y si se me antoja que me alabes, lisonjees y celebres mis hechos, quieras que no tendrás que hacerlo. ¡Peregrina ocurrencia sería que una esclava tuviera otra voluntad que la de su ama, cuando ni siquiera su vida le pertenece!

—Es verdad, añadió Syra con digna mansedumbre; te pertenece mi vida y cuanto con ella acaba: tiempo, salud, fuerzas, cuerpo y aliento. Todo eso habeis comprado con oro, y es propiedad vuestra. Pero todavía poseo exclusivamente lo que no puede comprar un emperador sin embargo de todas sus riquezas y poder, ni encadenar los hierros de la servidumbre, ni encerrar los límites de la vida.

—Y ¿me podrás decir qué es?

—Un alma.

—¡Un alma! exclamó atónita Fabiola, que hasta entonces no habia oído reclamar á una esclava semejante propiedad. Y ¿qué entiendes por esa palabra?

—No podré expresarme en frases filosóficas, respondió la esclava; pero por esa palabra entiendo aquel sentimiento íntimo que mora en mí, que tiene existencia propia entre las cosas mejores que me rodean; que huye con horror de la destruccion, y por instinto de cuanto está asociado á ella, como la enfermedad lo está á la muerte, y por lo tanto aborrece la adulacion y detesta la mentira. Mientras posea este invisible don, no puedo adular ni mentir.

Las otras dos, que muy poco comprendieron de estas razones, en sus gestos mostraban el estúpido asombro que les causaba la presuncion de su compañera. Tambien Fabiola estaba admirada, empero, recobrando pronto su arrogante orgullo, exclamó con visible enojo:

—¿Dónde has aprendido todas esas locuras? ¿Quién te ha enseñado á charlar de esa manera? Yo, que he estudiado muchos años, he llegado á convencerme de que todas esas ideas de existencias espirituales son sueños de poetas ó sofistas,

y como á tales las desprecio. Y ¿tú, esclava ignorante y sin educacion, sabrás más que tu ama? Y ¿acaso te figurarás realmente que cuando arrojen tu cadáver en el monton de las esclavas muertas por la embriaguez ó de resultas de los azotes para ser quemadas en una ignominiosa pira, y cuando sus confundidas cenizas sean sepultadas en una hoya comun, resucitarás volviendo á gozar de una vida venturosa y libre?

—*Non omnis moriar* (1), como dice uno de nuestros poetas, replicó la esclava extranjera modestamente, si bien con una fervorosa mirada que llenó de asombro á su ama. Sí, espero y estoy segura de sobrevivir á todo eso. Todavía más: creo y sé de positivo que de esa fosa que tan al vivo habeis pintado una mano recogerá y juntará cada fragmento de mi carbonizado cuerpo, y que existe un poder que llamará á los cuatro vientos y les obligará á restituir hasta el más imperceptible átomo de mi polvo que en su furia hayan diseminado, y reconstruirá este cuerpo mio, no para ser esclavo vuestro ni de nadie, sino para ser rejuvenecido, libre, gozoso, resplandeciente de gloria, amante y amado eternamente. Esta firme é indestructible esperanza está grabada en mi pecho (2).

—Esos delirios de tu fantasía oriental son los que te impiden cumplir tu deber, y es preciso curarte de ellos. Pero dime: ¿en qué escuela has aprendido esos disparates que nunca he encontrado en ningun autor griego ni latino?

—En una de mi tierra, en donde no se conoce ni admite ninguna diferencia entre griegos y bárbaros, libres y esclavos.

—¿Qué estoy oyendo? exclamó irritada la soberbia y altiva romana. ¿Sin aguardar siquiera á esa soñada existencia futura te atreves á imaginarte igual á mí, si no superior? Vén y dilo de una vez, sin ambajes ni rodeos.

Y se incorporó en actitud de estar ansiando la contestacion. Por apacibles que fuesen las réplicas acrecentaban su

(1) De mí, no morirá todo.

(2) Job, XIX, 27.

agitacion , conturbando su ánimo las más violentas pasiones, cuando Syra continuó :

—Nobilísima señora , me superais de mucho en jerarquía , poder, instruccion , ingenio y en todo lo que enriquece y hermosea la vida ; y en belleza de formas , contornos, elegancia , gracia y lenguaje, nadie os puede disputar la palma, y mucho ménos un sér tan pobre y humilde como yo. Pero si debo hablaros con la franqueza que deseais...

É interrumpióse como perpleja ; pero obedeciendo á un ademan de su imperiosa ama , prosiguió :

—Someto á vuestro claro discernimiento decidir si una pobre esclava , íntimamente convencida de que en sí misma posee un espíritu inteligente y activo, sin más límites que la inmortalidad , cuya morada está más allá del firmamento, y cuyo prototipo es la divinidad misma , puede ni debe considerarse inferior en dignidad moral y elevacion de pensamientos á quien , si bien adornada y favorecida por todos los dones de la naturaleza y fortuna , confiesa que no aspira á más altos destinos , ni reconoce en sí más noble fin que el que aguardan esos lindos cantores de la naturaleza , que sin esperanzas de libertad baten las alas contra los dorados alambres de aquella jaula (1).

Sintiéndose Fabiola por primera vez en la vida humillada y vencida por una esclava , con los ojos centelleantes de furor empuñó la daga y asestó tan fiero golpe á la impasible Syra en el brazo que extendiera instintivamente para resguardar el pecho, que le causó la más tremenda herida que hasta allí recibiera , ya por su violencia , ya porque como su ama estaba en el lecho la punta le desgarró las carnes de abajo arriba. Lo agudo del dolor arrancó lágrimas á la esclava , y brotaba un arroyo de sangre de la herida. Avergonzóse al momento Fabiola de accion tan cruel , sintiéndose todavía más humillada que ántes por haberse dejado llevar de aquel arrebató en presencia de las otras dos esclavas.

(1) Véase la noble respuesta de Evalpisto, esclavo del emperador, al juez en las *Actas de san Justino*, Ruinnart , tomo I.

—Anda , anda , dijo á Syra que estaba restañando la sangre con un pañuelo , y dí á Eufrosina que te cure la herida. No era mi ánimo herirte tan gravemente. Pero aguarda un instante , pues debo de algun modo compensar el daño.

Y revolviendo las alhajas que tenia en la mesa , tomó una sortija y se la regaló , añadiendo :

—Retírate ; no te necesito esta noche.

Quedó Fabiola con la conciencia tranquila , considerando haber compensado ámpliamente el daño causado regalando á su esclava un dije de tanto precio ; y el domingo inmediato , en la iglesia del Santo Pastor , situada muy cerca de su palacio , se encontró en el cepillo de los pobres una costosa sortija de esmeraldas , que el buen sacerdote Policarpo dió por supuesto seria ofrenda de alguna opulenta dama romana ; pero Aquel que observa con penetrantes ojos el cepillo de las limosnas de Jerusalem , y toma en cuenta hasta el óbolo de la viuda , vió que la habia depositado el brazo vendado de una esclava extranjera.

## CAPÍTULO V.

### La visita.

Durante la última parte del diálogo que precedió á la catástrofe que acabamos de referir , apareció en el aposento una vision , que á haber sido notada ántes por Fabiola , hubiera abreviado el uno y prevenido la otra. Los aposentos interiores de las casas romanas se hallaban ordinariamente separados unos de otros por cortinas , más bien que por puertas ; siendo por lo tanto fácil , especialmente en momentos de agitacion , penetrar en ellos sin ser sentidos. Y así sucedió en efecto , pues cuando Syra se volvía para salir de la estancia casi retrocedió sorprendida al ver destacarse ante una cortina carmesí oscuro una persona que al punto reconoció , y á la cual vamos á bosquejar brevemente.

Era una dama, ó más bien una niña de doce á trece años, vestida de blanco y sin adorno alguno en su persona. Juntaba en su semblante el candor de la niñez con la inteligencia de la edad madura. No brillaba sólo en sus ojos la inocencia de la paloma que describe el sagrado poeta (1), pues á menudo los iluminaba un afecto intenso y puro como si los clavara más allá de los objetos que la rodeaban, y se fijasen en algun sér invisible para los demas y para ella sólo presente y con gran ternura amado. Su frente despejada, tersa y resplandeciente con el sello de la lealtad, era el verdadero asiento del candor y el reflejo de la inocencia. En sus labios retozaba una infantil sonrisa; sus frescas y juveniles facciones reflejaban sensible y sinceramente las impresiones que recibia su tierno corazon. Los que la trataban creian que nunca se ocupaba de sí misma, dividiendo su pensamiento entre la benevolencia hácia los que la rodeaban y el afecto por el invisible objeto de su predileccion.

Cuando Syra contempló esa hermosa aparicion tan parecida á un ángel, detúvose ante ella un momento. Tomóle la mano la niña, y la besó respetuosamente, diciendo:

—Todo lo he visto; agúardame cuando salga en el aposento contiguo á la entrada.

Adelantóse, y apenas la vió Fabiola se sonrojó, temiendo que hubiese presenciado su descompuesto arrebató de cólera. Con un movimiento de mano despidió secamente á las esclavas y saludó luego á su parienta con cordial afecto y aparente serenidad. Ya hemos dicho que pocas eran las personas que se libraban de los efectos de la altanería de Fabiola. Una de estas era su nodriza, la liberta Eufrosina, á quien estaba encomendado el gobierno de la casa y cuya exclusiva creencia consistia en que Fabiola era el más perfecto de los seres, la más discreta, la más cumplida y la más admirable dama de Roma. La otra, la jovencita que acababa de entrar á visitarla, á quien amaba y trataba con el afecto más entrañable, y cuya compañía la deleitaba siempre.

(1) Tus ojos son como los de las palomas. *Cántic. i. 14.*

—Muy complaciente eres, querida Ines, la dijo la ya apaciguada Fabiola; pues apenas acabas de recibir mi aviso cuando sin vacilar acudes para acompañarnos á cenar. Y como mi padre ha invitado á otras dos personas, yo deseaba tener álguien con quien conversar para excusarme de hacerlo con los demas. Sin embargo, tengo mucha curiosidad por conocer á uno de los convidados, á un tal Fulvio, cuya gentileza, opulencia y dotes me han encomiado, á pesar de que todos ignoran quién es, cuál su profesion, y de dónde proviene.

—Bien sabes, querida Fabiola, replicó Ines, cuánto me complazco en visitarte, y mis buenos padres me lo permiten gustosos. Con que déjate de apologías.

—Así te presentas como acostumbras, dijo Fabiola chancéandose, sin más joyas ni aderezos que tu vestido blanco, como si todos los días te fuéras á desposar. Mas ¿qué es esto, dioses inmortales? ¿Estás herida? ¿No reparas que tienes ahí en el pecho de la túnica una gran mancha colorada como si fuera de sangre? Vén, te mudarás al instante el vestido.

—Por todo lo del mundo no lo consentiria, Fabiola; esta sangre de una esclava, más noble y generosa á mis ojos que la que circula por tus venas y las mias, es la única joya, el único aderezo que he de llevar esta noche.

Revelóse entónces toda la verdad á Fabiola. Ines lo habia presenciado todo: humillada y confundida, dijo con aspereza:

—¿Deseas, pues, revelar á todo el mundo la prueba de mi arrebatado carácter en castigar la audacia de una esclava?

—Léjos de eso, querida prima. Sólo deseo conservarla como una leccion de fortaleza y magnanimidad que he recibido de una esclava, y que pocos filósofos patricios nos podrian proporcionar.

—¡Qué idea tan rara! En verdad, Ines, varias veces he pensado que dabas mucha importancia á esa clase de gente. Al cabo, ¿qué son?

—Criaturas humanas como nosotras, dotadas de la misma razon, los mismos afectos y la misma organizacion. Has-

ta aquí no podrás decir que exagero. Forman, pues, parte de la misma familia; y si Dios es nuestro padre, porque de él procede nuestra vida, lo es igualmente suyo, y por consiguiente son hermanas nuestras.

—¡Hermana mía una esclava, Ines! No lo permitan los dioses. Los esclavos son una propiedad como otra cualquier cosa. Y no acierto á comprender que puedan moverse, pensar ni sentir, sino cuando plazca ó acomode á sus amos.

—Vamos, vamos, respondió Ines con suave agrado; no nos engolfemos en una discusion acalorada. Eres demasiado sincera y noble para no sentir y conocer que una esclava te ha excedido hoy en lo que más admiras: en elevacion de ideas, discernimiento, lealtad y fortaleza heróica. No me respondas, que bien conozco lo que me vas á decir con esa lágrima; pero en adelante puedo evitarte ese disgusto si me concedieses un favor.

—Si está en mi mano, desde luego.

—Véndeme, pues, esa esclava extranjera, que creo se llama Syra. Me parece que en adelante deberá disgustarte tenerla á tu lado.

—Te equivocas, Ines. En lo sucesivo trataré de refrenar mi orgullo, y te confieso que ahora, no solo la estimaré más, sino que hasta la llegaré á admirar. Es la primera vez que una persona de su condicion me inspira ese sentimiento.

—Se me figura, Fabiola, que yo podría hacerla más feliz.

—Sin la menor duda, querida Ines. Tienes el don de hacer dichosos á cuantos te rodean. Jamas he conocido una familia como la tuya. No parece sino que te has propuesto poner en práctica esa extraña filosofía de que me hablaba Syra, en la cual no existe distincion entre libres y esclavos. Todos en tu casa están satisfechos y risueños; anhelosos de cumplir sus deberes. Parece que nadie allí se acuerda de mandar, ni obedecer (Ines se sonrió). Sospecho, hechicerita, que en aquella estancia misteriosa, que nunca me has permitido penetrar en ella, ocultas los sortilegios y filtros que empleas para hacerte amar de todos. Si fueses cristiana y te presenta-



ras en el anfiteatro, creo que hasta los leopardos vendrian arrastrándose á echarse á tus piés. Pero ¿por qué te pones tan seria, niña? ¿No consideras que me estoy chanceando?

Abstraída Ines fijaba los ojos con ternura al frente como si contemplase ó estuviese escuchando algun sér entrañablemente amado. Pero saliendo de su abstraccion, exclamó alborozada:

—Podria suceder muy bien, Fabiola; porque cosas todavía más extraordinarias han sucedido. De cualquier modo, si tuviera que pasar por tan terrible trance, Syra seria la única persona que desearia tener á mi lado. Por lo tanto, te ruego me permitas llevármela.

—Por los dioses, Ines, no tomes mis palabras seriamente, pues te aseguro que sólo me he estado chanceando. ¡Había de tener formado tan pobre concepto de tí, que llegase á figurarme tal desventura! En cuanto al cariño de Syra tienes razon. Cuando el verano pasado te ausentaste acometíome una calentura contagiosa y estuve de peligro. Sólo á latigazos podia lograr que las demas esclavas se acercasen á mi lecho, mientras que no habia fuerzas humanas para separar á la pobre de mi lado; me velaba y asistia de dia y noche, tanto, que á ella creo ser deudora de la vida.

—Y ¿no te la hizo amar ese proceder?

—¡Amarla! ¡Amar á una esclava! Recompenséla generosamente, eso sí. Ignoro lo que hace con lo que le regalo, pues las otras esclavas me dicen que nada ahorra, ni nada gasta en su persona. Y hasta ha llegado á mi noticia que todos los dias parte su comida con una muchacha ciega y mendiga. ¿Habrá más extraño capricho?

—Querida Fabiola, exclamó enternecida Ines; es preciso que Syra sea mia. Me has prometido acceder á lo que te pidiese; pues bien, díme el precio, y me la llevaré esta misma tarde.

—Como nada te puedo negar, te la cedo; pero dejemos ahora el ajuste. Manda mañana á quien quieras para que se aviste con el mayordomo de mi padre, y todo se arreglará.

Y ya que hemos terminado este gran negocio, bajemos á ver los convidados.

—Se te olvida ponerte las joyas.

—No importa que baje siquiera una vez sin ponérmelas : hoy no estoy para componerme.

## CAPÍTULO VI.

### El banquete.

Al entrar hallaron ya reunidos en una sala baja á todos los convidados ; pero no era un banquete de estado el que se disponia , sino la cena ordinaria de una casa opulenta , donde habia siempre mesa puesta para los amigos. Nos contentaremos por lo tanto con decir que todo era elegante y de exquisito gusto, dispuesto con el mayor arte, y nos limitaremos á los incidentes que puedan arrojar alguna luz sobre nuestra historia.

No bien penetraron las dos damas en la *exedra* ó sala , Fabio, saliéndoles al encuentro, dijo á su hija :

—¿Cómo, despues de hacernos esperar tanto te presentas tan desaliñada , sin una joya siquiera ?

Confundida Fabiola no acertaba á responder, avergonzándose por no haber podido dominar los ímpetus de su cólera, y más todavía por el castigo que neciamente á su parecer se habia impuesto. Acudió Ines á sacarla del apuro, y más encendida que la amapola dijo á Fabio :

— No la culpes , primo, al bajar tan tarde y tan sencillamente vestida , sino á mí que la he entretenido con mis habladurías , y sin duda me las quiere atajar con la sencillez del traje.

— Tú, querida Ines , gozas del privilegio de venir como mejor te plazca. Mas hablando formalmente debo manifestarte que se te podia disimular la respuesta cuando eras una

niña; pero ahora ya eres casadera (1), y es del caso que principies á componerte, á fin de granjearte el cariño de algun mozo bien parecido y que te convenga. Un rico collar de los infinitos que tienes acrecentaría tus naturales encantos. Pero observo que estás distraída, y casi me atrevería á apostar algo de que ya tienes puestos los ojos en alguno.

Miéntas Fabio así se expresaba con benévola, si bien mundana intencion, Ines parecia enajenada, con los ojos fijos, hechizada, como decia Fabiola; y absorta en risueño éxtasis, como si con atencion estuviera escuchando á álguien, aunque sin perder el hilo del discurso, ni notársele ninguna incoherencia, respondió:

— ¡Oh! Sí, ciertamente, en uno que ya me ha dado en arras el anillo y me ha adornado con sus inmensas joyas (2).

— ¿De veras? preguntó Fabio. Con que...

— De veras, respondió Inés con su natural sencillez y gravedad. Ha ceñido mis manos y mi garganta con piedras preciosas, y prendido en mis orejas aretes de inestimables perlas (3).

— Y ¿quién es? Algun día me confiarás tu secreto, Ines. Será tu primer amor. ¿No es cierto? ¡Ojalá sea duradero, y labre tu felicidad!

— Eternamente, respondió juntándose con Fabiola para encaminarse al comedor.

Afortunadamente Fabiola no habia oido el diálogo, pues se hubiera ofendido al considerar que Ines le ocultaba el suceso más importante de su vida, cuando la consideraba como su más predilecta amiga. Pero miéntas que Ines la estaba disculpando habia dejado á su padre yéndose á reunir con los otros convidados. Era uno de estos un obeso sofista romano, de gran cogote, mercader de ciencia universal, llama-

(1) Segun la legislacion romana á los doce años se podia contraer matrimonio.

(2) *An nullo fidei sum subarrabit me, et immensis me monilibus ornabit me. Oficio de santa Ines.*

(3) *Dexteram meam et collum meum cinxit lapidibus pretiosis, tradidit auribus meis inestimabiles margaritas.*

de Calpurnio. Otro era un tal Próculo, aficionado á buenos bocados, que frecuentaba mucho la casa. Los otros dos merecen que los describamos más detenidamente.

El primero, favorito tanto de Ines como de Fabiola, era un tribuno de la guardia pretoriana, y aunque todavía no contaba treinta años, habíase ya distinguido por su bizarría, la cual le granjeara la privanza del emperador Diocleciano en Oriente, y la de Maximiano Hercúleo en Roma. Apuesto y de ameno trato, y distinguido cuanto sencillo en su porte y modales, aborrecia los necios asuntos que divierten á la generalidad. En una palabra, era el tipo perfecto del jóven pundonoroso y de sentimientos delicados, de la fuerza y bravura, sin vanidad ni arrogancia.

Notable contraste formaba con él Fulvio, el otro convidado, mencionado ántes por Fabiola, por el continente afeminado, prolijo esmero en el vestido, las ricas sortijas y costosas preseas de que iba engalanado, su afectacion y acento extranjero en el habla, la exageracion en los modales, y la bondad aparente, lo cual en breve tiempo le franquearan los salones de la más encumbrada sociedad de Roma, en parte debido á haberle visto en la córte de los emperadores. Habia llegado á Roma acompañado únicamente de un anciano, el cual parecia serle muy adicto, pero que nadie sabia si era su esclavo, liberto ó amigo. A solas hablaban en una lengua extraña; y el atezado rostro, mirada penetrante y fogosa del acompañante, y la desagradable impresion de sus facciones inspiraban terror y aversion á los sirvientes; pues habiendo alquilado Fulvio una habitacion de las llamadas entónces insulas, ó casa arrendada por partes, despues de amueblarla lujosamente la llenó de mayor número de esclavos que requeria el servicio de un soltero por rico que fuese. Más que por la abundancia se distinguian por su profusion los gastos de la casa; y el corrompido y degradado círculo de Roma pagana muy pronto olvidó la oscuridad de su historia y repentina aparicion, deslumbrado por sus cuantiosas riquezas y por el fascinador embeleso de su palabra. Un observador experto, sin embargo, hubiera notado cierta inquie-

ta expresion en sus ojos y la reconcentrada atencion con que acechaba cuanto pasaba ó veia en torno suyo, lo cual revelaba su insaciable curiosidad; y en ciertos momentos de descuido el ceño siniestro, el brillo sombrío de su mirada y la contraccion de su labio superior, sobre inspirar cierto sentimiento de desconfianza, infundia la sospecha de que su benevolencia exterior fuese la máscara para encubrir su malignidad de tigre.

No tardaron los convidados en ponerse á la mesa, y como las damas comian sentadas y los hombres reclinados en sus lechos, Fabiola é Ines ocupaban un lado; los dos mozos que hemos mencionado, el del frente, y el amo de la casa con sus dos antiguos amigos el centro; si es que estos términos pueden valernos para describir la posicion que cada cual guardaba al derredor de las tres partes de una mesa circular, pues la otra quedaba desocupada para el *sigma* (1) ó lecho semicircular destinado á facilitar el servicio. Debemos observar de paso que la mesa por costumbre generalmente admitida estaba cubierta con un mantel, lujo desconocido en los tiempos de Horacio.

Luego que quedaron satisfechas las primeras exigencias del apetito y de la gula, animóse la conversacion.

— ¿Qué noticias corren hoy en los baños? preguntó Calpurnio. Yo no tengo tiempo para ocuparme en esas fruslerías.

— Muy interesantes, respondió Próculo. Parece que el divino Diocleciano ha mandado que se terminen sus *Thermas* dentro de tres años.

— Imposible, exclamó Fabio. El otro día me detuve á examinar las obras, al ir á los jardines de Salustio, y ví que el año pasado casi nada se habian adelantado. Queda aun mucho que hacer, muchos mármoles por labrar, y no pocas columnas por cincelar.

— Es verdad, dijo Fulvio; pero me consta que se han expedido órdenes á todas partes para que envíen y sean ocupados en las *Thermas* todos los prisioneros y condenados á las

(1) Llamado así por su semejanza con la letra C.

minas de España, Cerdeña y hasta del Quersoneso, que no sean allí indispensables. Algunos miles de cristianos que se destinen á trabajar en esa obra la concluirán en breve.

—Y ¿por qué cristianos más bien que otros criminales? preguntó con curiosidad Fabiola.

—En verdad, respondió Fulvio con una de sus atractivas sonrisas, que con dificultad acertaria á explicarlo; pero es un hecho. Entre cincuenta de esos condenados me atreveria á distinguir un cristiano.

—¿De veras? exclamaron varios á la vez. Y ¿cómo?

—Los forzados ordinariamente, dijo Fulvio, aborrecen, como es natural, la ocupacion á que se les destina, y preciso es recurrir al castigo del látigo para obligarlos á trabajar; y aun así, cuando el capataz no está á la vista, dejan la tarea, sin contar con que ademas son rudos, torpes, descontentadizos y alborotadores. Por el contrario, los cristianos condenados á esta clase de trabajos parecen estar siempre alegres, obedientes y sumisos. He visto á mancebos patricios destinados á ellos en el Asia, cuyas manos jamas habian manejado el azadon, y cuyos débiles hombros nunca habian sustentado la más leve carga, trabajando con afan y tan placenteros como cuando estaban en sus casas, y eso que los sobrestantes los apaleaban á menudo; y con razon, pues es la voluntad de los divinos emperadores que su condicion sea de las más duras. Sin embargo, jamas se les oia quejarse.

—No puedo decir que admiro esa justicia, replicó Fabiola. Pero ¿qué raza tan singular es esa? Quisiera que álguien me explicase el motivo ó la causa de esa estupidez y extraordinaria insensibilidad de los cristianos.

—A bien que aqui tenemos á Calpurnio, respondió Próculo con tono zumbon, que nos lo aclarará; pues es filósofo, y por lo que tengo entendido capaz de declamar una hora entera sobre cualquier tema, ya sean los Alpes, ya sea un hormiguero.

Aludido así Calpurnio, y considerándose altamente favorecido, abrió la boca y con cierta solemnidad dijo:

—Los cristianos son una secta extranjera, cuyo fundador

floreció siglos há en Caldea. Sus doctrinas fueron traídas á Roma en tiempo de Vespasiano, por dos hermanos llamados Pedro y Pablo. Algunos pretenden que estos son los mismos gemelos que los judíos llaman Moises y Aaron, el segundo de los cuales vendió al primero su primogenitura por un cabrito, para hacer con su pellejo *chirothecæ* (1); pero yo no admito esa identidad, porque consta en los libros místicos de los judíos que el menor de estos hermanos, despechado y envidioso de que las víctimas del otro daban mejores presagios que las suyas, le mató, como nuestro Rómulo á Remo, aunque con la quijada de un burro; por cuyo homicidio Mardoqueo, rey de Macedonia, le mandó colgar en una horca de cien codos de altura, á instancias de su hermana Judit. De todos modos, habiendo venido á Roma Pedro y Pablo, como llevo dicho, descubrióse que el primero era un esclavo fugitivo de Poncio Pilátos, quien le mandó crucificar en el Janículo. Sus secuaces, que eran muy numerosos adoptaron entónces la cruz por símbolo, y la adoran, teniendo á grande honra sufrir, no solo los azotes, sino hasta la muerte más ignominiosa como el mejor medio de asemejarse á sus maestros, pues se imaginan irán á reunirse con ellos en un lugar situado entre las nubes (2).

Esta lucida explicacion del origen del cristianismo fue escuchada con admiracion por todos los circunstantes, excepto dos. El oficial dirigió una mirada de conmiseracion á Ines, que parecia decirle: ¿Contestaré á este necio, ó me echaré á reir? Pero ella se puso el dedo en los labios y se sonrió implorando su silencio.

—Bien, repuso Próculo, la conclusion de todo esto es que las *Thermas* no tardarán en terminarse y que tendremos grandes diversiones, pues se anuncia que el divino Diocleciano asistirá en persona á su inauguracion. ¿No es así, Fulvio?

—Así es; y con este motivo habrá fiestas espléndidas y

(1) Guantes.

(2) Lucian: *De Morte Peregrini*.

magníficos espectáculos. Pero no tendrémós que esperar tanto , pues se ha mandado que se remitan de Numidia , ántes del invierno, cuantos leones y leopardos puedan reunirse.

Y volviéndose á su vecino y examinándole con escudriñadores ojos, prosiguió :

—Un bizarro soldado como vos , Sebastian , no podrá ménos de deleitarse con los nobles espectáculos del anfiteatro, especialmente cuando se dirigen contra los enemigos de los augustos emperadores y de la república.

Incorporóse el oficial sobre su lecho , miró á su interlocutor tranquila y majestuosamente, y respondió sin alterarse:

—Fulvio, no corresponderia al título que me has dado si fuese capaz de contemplar con placer y sangre fria la lucha, si es que tal nombre merece, entre una rabiosa fiera y un niño ó una mujer sin amparo, que no otra cosa son los espectáculos que calificais de nobles. Si estoy pronto á desenvainar la espada contra los enemigos del príncipe ó del estado, lo estoy igualmente á esgrimirla contra el leon ó el leopardo que se arroja, aunque fuera por mandato imperial, sobre el inocente.

Quedó Fulvio desconcertado é hizo ademán de levantarse; pero habiéndole puesto su pesada mano sobre el brazo, prosiguió Sebastian :

—Oídme hasta el fin. Ni soy el primero ni el más ilustre de los romanos que ha opinado así ántes que yo. Recordad las palabras de Ciceron (1). Magníficos son sin duda alguna estos espectáculos. Pero ¿ cómo puede recrearse una persona culta en ver á un hombre débil despedazado por una fiera, ó á un noble animal atravesado por un venablo ? No tengo á mengua pensar como el más grande de los oradores romanos.

—Con que ¿ no os verémos en el anfiteatro , Sebastian? preguntó Fulvio melifluamente, en tono burlon.

—Si me veis , replicó el soldado, podeis contar que será

(1) Magnificæ nemo negat; sed quæ potest esse homini polito delectatio, quum aut homo imbecillus a valentissima bestia laniatur, aut præclara bestia venabulo transverberatur? *Ep. ad Fam. lib. VII, ep. I.*



al lado del indefenso, no al de las fieras destinadas á despedazarle.

—Sebastian tiene razon, exclamó Fabiola palmoteando; y pongo fin á la discusion con este aplauso. Jamas he oido á Sebastian defender sino sentimientos generosos y magnánimos.

Mordiósse Fulvio los labios, y todos se dispusieron á salir.

## CAPÍTULO VII.

### Pobres y ricos.

Durante la última parte de esta conversacion se habia quedado Fabio completamente abstraído, discurrendo sobre lo que habia dicho Ines. ; Qué bien guardado ha tenido la niña su secreto ! Pero ¿quién será el afortunado que ha conquistado ya su corazon ? Recordó muchas personas, pero ninguna le satisfacía. El regalo de las ricas joyas era lo que más le confundía, pues á nadie conocía de la nobleza de Roma que las poseyera ; y en las grandes tiendas que recorría todos los días no habia oido decir que se hubieran encargado. Acudióle de repente la luminosa idea de que tal vez el favorecido seria Fulvio, el cual se presentaba siempre engalanado con nuevas y magníficas piedras, traídas de extrañas tierras; y como varias veces habia sorprendido las expresivas miradas que aquel hermoso extranjero dirigia á su prima, no le quedó la menor duda de que estaba perdidamente prendado de ella. Verdad es que Ines no parecia siquiera advertirlo; mas esto, se decía, entrará por de contado en el plan, y se afirmaba en su pensamiento. Convencido de la exactitud de su presuncion resolvió favorecer la supuesta inclinacion de ambos, gozándose en su imaginacion de la sorpresa que su sagacidad causaría á su hija cuando se la participase.

Pero dejemos ya á nuestros nobles convidados para pre-

senciar escenas más humildes, y sigamos á Syra desde que abandonó el aposento de su ama. Al presentarse á Eufrosina, estremecida la buena anciana al ver la profunda herida, no pudo contener una compasiva exclamacion; pero conociendo que Fabiola se la habia causado, vaciló perpleja entre encontrados afectos.

—¡Pobre niña! decia á medida que le lavaba la parte lastimada, aplicaba las hilas y vendaba. ¡Terrible herida! ¿Qué hiciste para merecerla? ¡Cuánto debes haber sufrido, pobrecita! El golpe es cruel, pero hálo asestado la criatura más bñdadosa del mundo. Toma este cordial para reanimarte, no sea caso que te desmayases por la mucha sangre que has perdido. ¡Sin duda se veria precisada á herirte!

—Sin duda, dijo Syra en tono irónico. Yo me tengo la culpa. ¿Quién me metia á argüir con mi señora?

—¡Argüir con ella! Dioses del Olimpo, ¿quién oyó jamas que una esclava se atreviera á discutir con una tan entendi-da y noble señora? El mismo Calpurnio se arredraria de disputar con ella. Ya no lo extraño, la irritarias tanto, que en su arrebató no habrá sabido el daño que te causaba. Pero es preciso que esto no se divulgue, ni se sepa la falta que has cometido. ¿No tienes alguna tela ó lienzo fino para envolverte el brazo á manera de adorno? Ya sé que las demas tienen prendas compradas ó regaladas; pero que no te importan estas cosas. Véamos, sin embargo.

Y penetrando en el dormitorio de las esclavas que comunicaba con su habitacion, abrió la *capsa* ó arca de Syra. y despues de haber revuelto inútilmente los pocos trapos que encerraba, sacó del fondo un pañuelo cuadrado, de la más preciosa tela, magníficamente bordado y aun adornado de perlas. Encendióse de rubor el rostro de Syra, y suplicó á la nodriza no le obligara á ponerse aquel adorno que tanto desdecia de su condicion, especialmente por ser un recuerdo de mejores dias, preservado con tanto cuidado. Pero Eufrosina, que anhelaba encubrir la falta de su ama, permaneció inexorable, y no paró hasta que lo hubo envuelto al redor del brazo.

Terminada esta operacion pasó Syra al pequeño locutorio, situado en frente de las habitaciones del portero, donde los esclavos de más distincion solian recibir á sus amigos. Llevaba en la mano un canastillo tapado con una servilleta, y apenas entró, con ligeros pasos atravesó saltando la habitacion una muchacha de diez y seis á diez y siete años, vestida pobremente aunque aseada y limpia, y le echó los brazos al cuello con tan risueño semblante, que cualquiera que la hubiese estado observando jamas adivinara que sus ojos, privados de vista, habian tenido comunicacion con el mundo exterior.

—Sientate, querida Cecilia, le dijo Syra cariñosamente y conduciéndola de la mano á una silla. Hoy vas á cenar suntuosamente, porque te traigo unos manjares muy exquisitos.

—Pues ¿no sucede así todos los dias?

—Sí, pero hoy mi ama me ha enviado de la mesa un plato muy delicado, y aquí te lo traigo.

—¡Cuán bondadosa es, y cuánto más lo eres tú, hermana mia! Pero ¿por qué no te lo has comido? Para tí y no para mí estaba destinado.

—Porque hablándote con sinceridad me complazco más en verte disfrutar una cosa que disfrutarla yo misma.

—No, querida Syra, no será así. Dios ha querido que yo sea pobre, y debo cumplir su voluntad. Ni pensaré en la comida, ni en llevar los vestidos del rico, mientras pueda tener los del pobre. Prefiero dividir contigo tu *pulmentum* (1); porque conozco que me lo da la caridad de una tan pobre como yo. De este modo te proporciono el mérito de la limosna, y tú á mí el consuelo de pensar que soy aun ante Dios una pobre ciega. Creo que me ha de amar más así que si comiese succulentos manjares. Prefiero más quedarme con Lázaro á la puerta, que sentarme con Dives á la mesa.

—¡Cuánto mejor y más discreta eres que yo, hija mia! Voy

(1) Especie de sopa.

á complacerte; llevaré el plato á mis compañeras, y ahí te dejo tu modesta comida ordinaria.

—Gracias, querida hermana. Aquí te aguardaré hasta que vuelvas.

Syra subió al aposento de las esclavas y colocó delante de sus envidiosas y glotonas compañeras la fuente de plata. Como quiera que alguna vez que otra solia su señora darles esta prueba de cariño, no las sorprendió mucho. Pero la pobre esclava tuvo la debilidad de avergonzarse de que sus compañeras la vieran con el rico pañuelo que traia arrollado al brazo, y se lo quitó ántes de entrar, bien que no queriendo desagradar á Eufrosina, volvió á ponérselo cuando hubo salido con la mano que le quedaba libre. Volviendo por el patio bajaba para reunirse con su amiguita la ciega, cuando divisó á uno de los nobles convidados que lo atravesaba cabizbajo con direccion á la puerta, y ocultóse detras de una columna á fin de evitar un desman, cosa que no dejaba de ser comun y hasta posible.

Era Fulvio, y al reconocerle Syra permaneció inmóvil por un momento, como si se hubiese quedado clavada en el suelo. Latióle el corazon con tan desusado movimiento, como si su accion fuese á quedar paralizada, entrechocáronsele las rodillas, un frio mortal le recorrió todo el cuerpo y bañósele la frente con glacial sudor. Sus ojos abiertos quedaron fascinados como los del pájaro cuando le mira la serpiente. Llevó la mano al pecho; hizo sobre él la señal de la cruz, y desvaneciéndose el encanto huyó precipitadamente sin ser vista. Apénas acababa de ocultarse detras de una cortina que cerraba las escaleras, cuando Fulvio llegó al sitio donde aquella habia estado escondida. Retrocedió espantado como si hubiese tropezado con algun objeto, y tembló violentamente; mas haciendo un esfuerzo miró á su alrededor y se cercioró de que se hallaba solo, y que nadie le miraba excepto uno en quien no pensaba, el cual leia en su perverso corazon. Volvió á contemplar el objeto, y al inclinarse para recogerlo más de una vez retiró la mano. Por fin, como oyese el ruido de pasos que se aproximaban y reconociese en ellos

el andar marcial de Sebastian , levantó apresuradamente del suelo el pañuelo que se le habia caído á Syra del brazo. Estremeciósse al doblarlo, y al observar con horror en él las recientes manchas de la sangre filtrada por el vendaje, salió bamboleándose como un ébrio por la puerta , y se retiró precipitadamente á su habitacion.

Pálido, calenturiento, manteniéndose á duras penas en pié, penetró en su dormitorio, rechazando con aspereza los servicios de sus esclavos , y sólo consintió que le siguiese su fiel acompañante , á quien indicó que cerrase la puerta. Ardia una lámpara sobre la mesa con vivos resplandores, en la que Fulvio arrojó, sin desplegar los labios , el pañuelo bordado, señalando con el dedo las manchas de sangre. Nada dijo el atezado anciano, pero inmutóse su cobrizafaz , y se tornó tan blanca como cenicienta y lívida estaba la de su amo.

—No hay duda que es el mismo, prorumpió al fin el anciano en su lengua extranjera ; pero *ella* murió.

—¿ Estás bien seguro, Eurotas ? preguntó el amo clavando en él su penetrante vista de halcon.

—Tan seguro como puede uno estarlo de una cosa que no ha visto. ¿ Dónde has tropezado con esto? Y ¿ esta sangre, de dónde es ?

—Mañana te lo referiré todo; esta noche me siento malo. En cuanto á esas manchas de sangre , estaban frescas cuando lo hallé , é ignoro de dónde procedan , á ménos que sean presagios de venganza, y de una venganza tan tremenda como son capaces de meditar y poner en ejecucion las Furias. Esa sangre no ha sido vertida ahora.

—¡ Ta , ta ! No es esta ocasion de sueños ni de fantasmagorías. ¿ Te vió álguien recogerlo?

—Nadie, estoy cierto.

—Siendo así ningun peligro corremos ; vale más que haya caído en nuestras manos que en las de otro. Una noche de descanso nos suministrará algun saludable consejo.

—Dices bien , Eurotas ; pero es menester que esta noche te quedes á dormir en mi aposento.

Acostáronse los dos. Fulvio en una hermoso lecho, y Eutrotas en una camilla baja, desde la cual, apoyado en el codo, estuvo largo rato observando á la luz de la lámpara con sombría y tenaz mirada el desapacible sueño del jóven, como si á la vez que su guardia fuera su genio malo. Atormentaba á Fulvio una agitacion extraña y gemia lastimosamente, atormentado por angustiosa y sofocante pesadilla. Primero vió una hermosa ciudad allá en regiones apartadas, atravesada por un río cristalino, en cuyas aguas estaba levando el ancla una galéra, destacándose en su cubierta una figura, agitando en señal de despedida un pañuelo bordado. La escena cambia de repente; el buque está en medio de los mares, bregando con una furiosa borrasca, y en el tope del mástil ondea el mismo pañuelo bordado, flotando como un gallardete á impulsos del viento. Choca la galera en una roca, y un lamento desgarrador resuena en los espacios, y nave y pasajeros se sumergen en lo profundo del piélago. El mástil, sin embargo, flota sobre las olas con su brillante flámula, y por entre las gaviotas que revolotean á su alderredor, despidiendo agudos graznidos, discurre una figura que con una antorcha en la mano y agitando sus negras alas arranca el pañuelo del mástil, y clavando en Fulvio una mirada aterradora, lo despliega ante sus ojos deteniendo el vuelo, y en letras de fuego lee escrita en él la palabra NEMESIS (1).

Pero ya es tiempo de que volvamos á nuestros convidados de la casa de Fabio.

Luego que Syra oyó cerrar la puerta por donde Fulvio salió, se detuvo un instante para serenarse, y elevando á Dios una plegaria fué á reunirse con la ciegucecita, la cual, habiendo acabado la frugal comida, aguardaba con paciencia la vuelta de la esclava. Syra principió entónces sus deberes diarios de cariño y hospitalidad; trajo agua, lavóle las manos y los piés, siguiendo la costumbre de los cristianos, peinó y arregló el cabello como si la pobre criatura fuese su

(1) Venganza.

propia hija; pues si bien no la excedía en muchos años, era tan tierna su mirada cuando la fijaba en su pobre amiga, tan suave su voz, todas sus acciones tan maternas, que más parecía una solícita madre cuidando á su hija, que una esclava sirviendo á una mendiga. Y parecía tan contenta y feliz esta pobre, hablaba con tanta alegría, y ¡decía cosas tan embelesadoras, que Syra prolongaba de intento la ocupacion para escucharla y contemplarla á sus anchuras.

En este momento se disponia Ines á acudir á la cita convenida, y Fabiola insistió en acompañarla hasta la puerta. Al levantar suavemente la cortina, y al sorprender una escena tan interesante, invitó con la cabeza á Fabiola para que la contemplara, pero guardando silencio. Tenia en frente á la ciegucecita y á un lado á su voluntaria sirvienta, muy ajena de que la observaran. Enternecióse el corazon de Fabiola porque nunca se hubiera imaginado que pudiese existir sobre la tierra un amor tan desinteresado entre extraños, bien que la caridad era una palabra desconocida en Grecia y Roma. Retiróse lentamente con lágrimas en los ojos, y despidiéndose de Ines le dijo:

—Debo retirarme; esa muchacha me ha probado esta tarde que una esclava puede tener entendimiento. Ahora me revela que tambien puede tener corazon. Há<sup>h</sup> pocas horas me quedé pasmada cuando me preguntaste si yo no amaba á una esclava. Pues bien, casi llevo á creer que podría amar á Syra y ya me pesa de habértela cedido.

Miéntas Fabiola iba retrocediendo hácia el patio, entró Ines en el aposento, y sonriéndose dijo:

—Muy bien, Cecilia, al fin he descubierto tu secreto. Esta es la amiga cuyo alimento dices que es mejor que el mío, y por eso no querías nunca comer en mi casa. Vamos, si mis manjares no son más sabrosos, convengo al ménos en que la que te los ofrece vale más que yo.

—No digais eso, señora, respondió la ciega. La comida es la que en verdad es mejor. Vos teneis mil ocasiones de ejercer la caridad; pero una pobre esclava sólo la tiene cuando encuentra á una que, como yo, es más pobre y necesitada

que ella, y esta idea contribuye á hacer que me parezca más exquisito el alimento que parte conmigo.

—Tienes razon, respondió Ines, y me alegro que estés presente para que oigas las buenas noticias que traigo á Syra. También te alegrarás tú. Fabiola ha consentido en que yo sea tu ama, Syra, y en que te lleve conmigo. Mañana serás libre y una hermana querida para mí.

Enajenada de gozo Cecilia palmoteaba de contento, y enlazando sus brazos al cuello de Syra, exclamó:

—¡ Oh, cuánta bondad ! ¡ Qué dichosa vas á ser, querida Syra !

Pero Syra, perturbada, replicó con voz balbuciente :

—Amable y cariñosa señora, ¡ qué bondadosa habeis sido en ocuparos de mi humilde persona ! Pero perdonadme si os suplico que me dejéis como estoy. Te aseguro, querida Cecilia, que vivo aquí muy dichosa.

—Pero ¿ por qué quieres quedarte ? preguntó Ines.

—Porque es más perfecto acomodarnos al estado en que Dios nos pone, respondió Syra (1). Confieso que no nací en el que ahora me encuentro, pues otros me han reducido á él.

Un raudal de lágrimas le embargaron la voz ; pero al fin continuó :

—Mas esto mismo me prueba que la voluntad de Dios ha dispuesto que le sirva en este. ¿ Cómo he de desear abandonarle ?

—Pues bien, dijo Ines con más insistencia ; todo puede arreglarse fácilmente. No te daré la libertad y serás mi esclava, que viene á ser lo mismo.

—No, no, respondió Syra sonriéndose ; no es lo mismo. Las instrucciones del grande Apóstol son para nosotros las siguientes : « Esclavos, estad sumisos con todo temor á vuestros amos, no solo á los apacibles y cariñosos, sino también á los soberbios (2). » Estoy muy lejos de contar entre estos á mi ama ; pero vos, noble señora, sois en extremo bondadosa conmigo. ¿ Dónde estaría mi cruz si viviera á vuestro

(1) I. Cor. VII, 24.

(2) I. Pet. II, 14.



lado? No sabeis qué indole tan soberbia y obstinada es la mia, y temerla por mí misma si no sufriera algunas humillaciones y penalidades.

Ines estaba ya casi pronta á ceder; pero deseando cada vez más adquirir tal tesoro de virtud, dijo:

—Veo, Syra, que ningun motivo dirigido á tu propio interes te convencerá; debo sin embargo hacer uso de razones más egoistas. Necesito tenerte á mi lado para que tus consejos y ejemplo me guien en el buen camino. Vamos, esta peticion no me la negarás.

—Nunca seréis egoista, señora; y por eso apelo de vuestra peticion á vos misma. Conoceis á Fabiola y la amais. ¡Qué noble alma y qué brillante entendimiento el suyo! ¡Qué raras prendas posee y cuán elevados serian sus conocimientos si los iluminase la luz de la verdad! ¡Con qué cuidadoso esmero guarda esa perla de las virtudes, cuyo valor solas nosotras podemos apreciar! ¡Qué verdadera y buena cristiana sería...!

—Prosigue, por amor de Dios, querida Syra, exclamó Ines con la más viva ansiedad. ¿Tienes esperanza de que llegue á serlo?

—Esa es mi oracion mañana y noche; es mi único pensamiento, el objeto principal de mis afanes y la ocupacion de mi vida. Procuraré atraerla con mi paciencia, por la constancia, y hasta con esas raras discusiones como la que hemos tenido hoy. Y cuando todo lo haya agotado emplearé otro recurso.

—¿Cuál? preguntaron ambas.

—Dar mi vida por su conversion. Bien sé que una pobre esclava como yo tiene pocas oportunidades de alcanzar la palma del martirio; sin embargo, dícese que nos amenaza una nueva persecucion más terrible que las pasadas, y acaso no desdeñará víctimas tan humildes. Pero sea lo que Dios quiera, he puesto mi vida en sus manos por la conversion de mi ama. No os interpongais, pues, amable señora mia, exclamó Syra cayendo á sus plantas y bañando con sus lágrimas la mano de Ines, entre mi premio y yo.

—Has vencido, hermana Syra, y no vuelvas á llamarme señora, dijo Ines ; permanece en tu puesto : corazon tan sencillo y virtud tan acrisolada deben necesariamente triunfar. Eres demasiado sublime para esfera tan humilde como la de mi casa.

—Y yo, por mi parte, añadió Cecilia con picaresca gravedad , digo que esta tarde ha dicho una cosa muy mala y otra que no es cierta.

—Y ¿cuáles son, queridita mia ? preguntó Syra sonriéndose.

—Dijiste que yo era más cuerda y mejor que tú porque no quise comer unas chucherías que hubieran regalado mi paladar por unos pocos minutos á costa de un acto de gula, mientras que tú has sacrificado tu libertad, tu dicha, el libre ejercicio de tu religion, y hasta has hecho voto de ofrecer tu vida por la salvacion de quien te tiraniza y atormenta. ¿No te avergüenzas de haberme dicho tal cosa?

En esto vinieron á avisar que la litera de Ines esperaba á la puerta. Cualquiera que hubiese presenciado la afectuosa despedida de las tres, la noble dama, la esclava y la ciega mendiga, hubiera exclamado con razon , como lo habia hecho tantas veces el pueblo : «Mirad cómo se aman unos á otros estos cristianos.»

## CAPÍTULO VIII.

### El fin del primer día.

Si nos entretenemos á la puerta para ver partir á Ines, y oimos la risueña conversacion que trae con Cecilia , y el empeño de que consienta que uno de sus criados la acompañe porque ha empezado á oscurecer, olvidando que el día y la noche son una misma cosa para la muchacha que por esta razon es la guia conocida en las catacumbas, cuyos intrinca-

dos laberintos recorre á todas horas con la misma seguridad que las calles de Roma ; en fin , si dejamos trascurrir algun tiempo más para informarnos de cómo lo ha pasado la señora despues de las ocurrencias del dia , hallarémos revuelta la casa de arriba abajo. Esclavos con lámparas y antorchas discurren en diversas direcciones registrando todos los sitios y escondrijos en que se figuran hallarse una cosa que se ha perdido. Eufrosina insiste en que se ha de encontrar, hasta que por fin , frustrada toda esperanza , se abandonan las investigaciones.

Ya habrá el lector sin duda resuelto el enigma. Como se le habia mandado Syra volvióse á presentar para que le curasen la herida , siendo de notar que iba sin el pañuelo que hasta allí habia llevado revuelto al brazo. No sabia explicar su desaparicion sino refiriendo que se lo habia quitado y vuelto á poner, no á la verdad tan bien como lo hiciera Eufrosina , manifestando las razones que habia tenido, porque detestaba la mentira. Hasta entónces no lo habia echado de ménos. La anciana y bondadosa nodriza deploraba la pérdida , considerando ser de mucha importancia para la pobre esclava , la cual probablemente lo guardaba para alcanzar su rescate. Tambien Syra se apesadumbró ; pero por razones que no hubiera podido hacer comprender á la bondadosa nodriza.

Eufrosina interrogó á todos los esclavos, y hasta hizo registrar á algunos con grande sentimiento y compasion de Syra ; y ordenó que se escudriñasen todos los sitios en que habia estado aquella. ¿Quién ni en sueños pudiera sospechar que un noble convidado á la mesa de Fabio hubiese sido capaz de hurtar un objeto por corto valor que tuviera ? La anciana quedó por lo tanto convencida de que el pañuelo habia sido escamoteado por algun procedimiento mágico, y empezó á sospechar que la negra Afra se habria valido de algun sortilegio para atormentar á la pobre muchacha. Creia que la mora era otra Canidia (1), porque se veia á menudo obligada á dejarla salir sola de noche, bajo pretexto de ir á buscar

(1) Hechicera famosa en tiempo de Augusto.

yerbas para sus cosméticos, á la claridad de la luna llena, como si cogidas en otra sazón no poseyesen las mismas virtudes, y sospechaba que era para componer venenos, cuando en realidad era para asistir con otras de su raza á las repugnantes bacanales del fetiquismo (1), ó para avistarse con algunos que consultaban su imaginaria ciencia.

Dábase ya el pañuelo por perdido, pero al hallarse sola la prudente Syra, reflexionando ya más tranquila sobre lo que le habia acontecido, recordó la detencion de Fulvio al atravesar el patio en el mismo sitio en que habia estado oculta, y despues su salida precipitada. Asaltóle entónces la idea de que habia perdido allí el pañuelo, y que él podria haberlo recogido, porque le parecia imposible que hubiera pasado cerca de él con indiferencia. Dió, pues, por sentado que estaba en su poder, y despues de formar diversas conjeturas para calcular las consecuencias posibles de esta desgracia, sin haber logrado hallar solucion satisfactoria, resolvió poner en manos de Dios el resultado, y se entregó al reposo que una conciencia pura no podia ménos de asegurarle apacible y consolador.

Cuando se despidió de Ines retiróse Fabiola á su aposento, y despues de los servicios acostumbrados que le prestaron las otras dos esclavas y Eufrosina, las despidió con más suavidad y agrado que lo habia hecho otras veces. Luego que se retiraron fué á recostarse en el lecho donde la encontramos la primera vez, y con singular disgusto descubrió sobre él la daga con que habia herido á Syra. Abrió una caja, la arrojó en ella con horror, y no volvió á usarla.

Cogió de nuevo el libro que habia estado leyendo y la habia entretenido mucho; pero ahora le pareció sobremanera frívolo é insípido. Volviólo á dejar, y dió libre rienda á sus pensamientos sobre los sucesos del día. Lo primero que la ocupó fue el recuerdo de su encantadora prima Ines. ¡Qué desinteresada, pura, sencilla, sensible y prudente era! Resolvió ser su protectora, su hermana mayor para todo. Como

(1) Idolatría del interior del África.

su padre, habia advertido tambien las frecuentes miradas que le dirigia Fulvio, miradas no en verdad de esas libertinas de que ella misma habia sido objeto y habia recibido con desprecio, sino astutas, pérfidas, que le parecian revelar algun designio ó premeditado artificio, del que Ines podia llegar á ser víctima. Resolvió frustrarlos cualquiera que fuesen, opinando de un modo diametralmente opuesto al de su padre respecto al forastero; y se decidió á evitar que se aproximase á Ines, al ménos en su casa, y hasta se reconvenia de haber traído á una tierna niña al extraño círculo que concurría á la mesa de su padre, particularmente desde que conocia que los motivos que la habian guiado eran interesados. Tenia esto lugar casi en los momentos que Fulvio, revolcándose en su lecho, determinaba no volver á pisar la casa de Fabio, y rehusar ó eludir sus convites.

Fabiola habia penetrado el carácter de Fulvio, y con su perspicacia habia discernido la afectacion de sus modales y la perfidia de sus miradas, resultando vivamente su contraste al compararle con el franco y generoso Sebastian. ¡Qué noble mozo es Sebastian, se decia! ¡Cuán diferente es de todos esos jóvenes que concurren aquí! Jamas sale de sus labios una palabra indiscreta, ni sus serenos y brillantes ojos miran con malignidad á nadie. Es tan parco en la comida como debe serlo un soldado, modesto como lo es el héroe respecto de su valor y hazañas que otros enaltecen. ¡Oh, si me tuviera la inclinacion que otros me muestran!

No habia aun terminado la frase, cuando una profunda melancolía pareció apoderarse de su alma. Ofrecióse de nuevo á su mente la conversacion con Syra y sus consecuencias, y aunque este recuerdo le era penoso, no podia desecharlo, y sentia como si aquel día se realizara una crisis en su vida. Su orgullo habia sido humillado por una esclava, y suavizado su corazon sin saber cómo ni por qué. Si sus ojos se hubieran abierto en aquel instante, y hubiera sido posible desviarlos de este mundo, habria visto una vaporosa nube semejante al humo del incienso, pero teñida de carmin, que elevándose del lado del lecho de una esclava, subian juntos

la oracion y el sacrificio voluntario de la vida , hasta tocar en el cielo las diamantinas gradas del solio de la misericordia , descendiendo luego en rocío de purísima gracia sobre su árido corazon.

No podia verlo Fabiola , y sin embargo era lo que estaba sucediendo sin que ella lo viese. Cansada al fin buscó el reposo; pero su sueño fue desapacible é intranquilo. Vió un lugar resplandeciente en un delicioso jardin , iluminado por una claridad semejante á la del medio dia , pero infinitamente más suave, miéntras que todo al rededor era densa oscuridad. Hermosas flores esmaltaban el suelo, plantas cubiertas de ellas ondeaban de árbol en árbol formando festones , de los cuales colgaban frutas doradas. En medio de este vergel divisó á la ciega mendiga , sentada sobre el césped con su expresion de felicidad y su risueño semblante, recibiendo las caricias que cada una le prodigaba , Ines con su candorosa mirada , y Syra con su apacible sonrisa. Fabiola experimentó un deseo irresistible de juntarse con ellas ; parecióle que estaban disfrutando una dicha que hasta entónces no habia conocido ni presenciado; y hasta se le figuró que le hacian señas para que se les reuniese. Corria para hacerlo, cuando descubrió aterrada un ancho y oscuro barranco , en cuyo fondo bramaba un torrente que la separaba de ellas ; crecieron las aguas hasta tocar la márgen superior del dique, y no obstante su profundidad corrian allí claras , refulgentes y difundiendo una grata frescura. ¡ Con cuánto afan deseaba tener valor para arrojarse á la corriente y ganar con seguridad la opuesta orilla ! Pero no podia , y en tanto sus compañeras no dejaban de hacerle señas, animándola á que pasase ; pero cuando estaba en el borde del precipicio , torciéndose las manos con desesperacion , vió salir á Calpurnio de la oscuridad , trayendo desplegada una gruesa y pesada cortina , en la cual aparecian pintados toda clase de mónstruos y repugnantes quimeras, unidas y enlazadas de una manera extraña. El negro velo se fué poco á poco desenvolviendo hasta que ocultó de sus ojos la hermosa aparicion. Desconsolóse sobremanera ; pero apareciósele luego un genio resplandeciente,

como ella le llamaba , en cuyas facciones reconoció un trasunto espiritual de Sebastian , quien en un principio había aparecido triste y apartado ; mas luego se acercó despacio y sonriéndose batió sus alas de oro y púrpura sobre su abrazada frente. Entónces se desvaneció la vision , y Fabiola quedó sumergida en sosegado y refrigerante sueño.

## CAPÍTULO IX.

### Las reuniones.

De las colinas de Roma la que más se presta á ser delineada por todos sus lados es el monte Palatino. Eligióle Augusto para residencia suya , y sus sucesores en el imperio siguieron su ejemplo ; pero la modesta mansion que al principio habitaron con el trascurso del tiempo llegó á trasformarse en un magnífico palacio , ocupando toda la colina. No satisfecho Neron con sus dimensiones mandó incendiar los edificios que le rodeaban y dilató la residencia imperial hasta el contiguo monte Esquilino, ocupado hoy por el Coliseo, invadiendo todo el espacio que media entre las dos colinas. Vespasiano derribó aquella *casa dorada* , cuyas suntuosas bóvedas , cubiertas de hermosas pinturas , subsisten todavía , y edificó con sus materiales el anfiteatro ya mencionado y otros edificios. La entrada del palacio se construyó poco despues de este periodo desde la *via Sacra* , ó camino sagrado , cerca del arco de Tito. Atravesando el atrio hallábase el viajero en un magnífico patio , cuyos restos se distinguen todavía en la actualidad , y volviendo á la izquierda se entraba en un inmenso espacio cuadrado , consagrado por Domiciano á Adónis , poblado de árboles , arbustos y flores.

Siguiendo siempre á la izquierda se iba á parar á una série de aposentos contruidos por Alejandro Severo en honor de su madre Mammæa , cuyo nombre llevaban , situados

en frente de la colina Celia, precisamente en el ángulo que termina en el último arco triunfal de Constantino y la fuente llamada *Meta sudans* (1). Allí tenía su aposento Sebastian, en calidad de tribuno ú oficial superior de la guardia imperial. Componíase aquel de algunos cuartos modestísimamente amueblados, como convenia á un soldado y á un cristiano, reduciéndose su servidumbre á dos libertos y una venerable matrona, que habia sido su nodriza y le amaba como á hijo. Todos estos eran cristianos, como todos los soldados de su cohorte; algunos por haberse convertido, y los más por el cuidado que habia tenido en elegirlos al admitir nuevos reclutas.

Pocas noches despues de las escenas referidas en el capítulo anterior, como á las dos horas de haber anochecido, subia Sebastian las gradas del vestibulo mencionado en compañía de un jóven, á quien ya tambien conocemos. Este era Pancracio, quien admiraba y amaba á Sebastian con el cariño que naturalmente experimenta un oficial jóven y entusiasta por un militar bizarro y de más edad que le distingue con su amistad y le trata con franqueza.

Consideraba el apenas adulto patricio en Sebastian, no tanto al soldado del César como al campeon de Cristo, pues su generosidad, valor y nobleza de alma iban envueltos en tanta sencillez y dulzura, y acompañados de tanta circunspeccion y prudencia, que inspiraba confianza y alentaba á cuantos con él trataban. No amaba ménos Sebastian á Pancracio por su sincero y ardiente entusiasmo, la inocencia y candor de su alma; pero previendo los peligros á que podian conducirle su impetuosidad y juvenil ardor, le estimulaba á permanecer siempre á su lado para dirigirle, y si necesario fuera, contenerle.

Iban entrando en la parte del palacio en que daba la guardia la cohorte de Sebastian, y dijo este á su compañero:

(1) La meta sudante era un obelisco de ladrillo que todavía existe, embutido en mármol, de cuyo extremo bajaba una corriente de agua que se derramaba en una gran taza colocada al pié.



—Siempre que entro aquí alabo la bondad de la Providencia divina por haber inspirado la idea de levantar casi á las mismas puertas del palacio del César el arco que recuerda á la vez la caída del primer sistema importante que estuvo en oposicion con el cristianismo, y el cumplimiento de la más solemne profecía del Evangelio : la destruccion de Jerusalem por los romanos (1). Creo que algun día se levantará otro en conmemoracion de una victoria no ménos decisiva sobre el segundo enemigo de nuestra religion , el gentil imperio romano.

—Pues que, ¿ consideras el desmoronamiento de este dilatado imperio como el medio de establecer el cristianismo?

—No lo permita Dios. Derramaria para conservarle hasta la última gota de sangre, como he vertido la primera. Pero tén por cierto que cuando el imperio se convierta , no será de esa manera lenta que presenciamos ahora , sino por medios tan sobrenaturales , tan divinos , que ni siquiera llegarían á imaginarlo nunca nuestros más vehementes deseos , y no habrá quien no exclame : Este es el cambio producido por la diestra del Altísimo.

—Sin duda ; pero tu idea del arco triunfal cristiano supone en la tierra un instrumento. ¿ Dónde imaginas que se podrá encontrar ?

—Hablándote con franqueza , Pancracio , te diré que cifro mis esperanzas en uno del linaje de los Augustos, en quien se vislumbra el gérmen de una inclinacion más favorable: en Constancio Cloro.

—Pero, Sebastian, ¿ cuántos varones de los más virtuosos y sabios si les hablastes así te responderían que las mismas esperanzas se concibieron en los reinados de Alejandro, Gordiano y Aureliano, y quedaron frustradas ! ¿ Qué razon existe para esperar ahora un resultado diferente ?

—Lo sé muy bien , querido Pancracio, y con frecuencia he deplorado amargamente esa desconsoladora manera de

(1) Alude al arco triunfal de Tito, en que están representados los despojos del templo de Jerusalem.

juzgar que enerva nuestra energía; esa penosa idea de que la venganza es perpétua la misericordia transitoria, y que la sangre del mártir y la oracion del virgen son ineficaces para acortar el tiempo de la prueba y apresurar las horas de la gracia.

En esto llegaron al aposento de Sebastian, cuyo salon principal estaba iluminado y dispuesto sin duda para alguna reunion. En frente de la puerta habia otra y caia á una azotea que corria á lo largo de la pared. La noche era tan clara que, atravesando como por instinto el cuarto, fuéron á detenerse en la azotea, y ofrecióse á sus ojos una vista esplendente y bella. La luna estaba en lo alto de los cielos; nadando en ellos como nada la luna en Italia; no como una superficie plana, sino como un globo de plata, bañándose en la refulgente atmósfera que le rodeaba. El brillo de las estrellas más cercanas se veia empañado, y parecia como que se hubiesen replegado en apiñados y resplandecientes grupos en las apartadas extremidades del azulado firmamento. Era una noche, en fin, parecida á la que contemplaron años despues Mónica y Agustin desde una ventana de Ostia, mientras discurrían acerca de las cosas divinas.

Verdad es que á sus piés y en derredor todo era grandioso y bello. A un lado descollaba el coliseo ó anfiteatro Flaviano enteramente concluido, mientras llegaba á sus oídos el suave murmurio de la fuente, cuyas cristalinas aguas formaban una brillante columna de plata, á manera de las olas del mar cuando retroceden resbalando sobre las escarpadas rocas. Al otro lado el soberbio edificio llamado *Septizonium* de Severo, y en frente, sobresaliendo sobre el Celiano, los suntuosos baños de Caracalla, que reflejaban en sus muros de mármol y majestuosos pilares los claros rayos de la luna de otoño. Empero los dos mancebos cristianos no paraban la atencion en estos colosales monumentos de las glorias mundanas, y permanecían callados, el mayor de ellos con el brazo derecho al rededor del cuello de su jóven compañero y descansando en sus hombros. Despues de largo rato, to-

mando de nuevo Sebastian el hilo de la conversacion anterior, dijo en tono más suave :

—Iba á señalarte al entrar aquí el sitio, precisamente á nuestros piés, donde siempre me he figurado que podia levantarse el arco de triunfo al cual me referia (1). Pero ¿quién puede ocuparse de cosas tan mezquinas teniendo sobre nuestras cabezas esa espléndida bóveda, tan brillantemente iluminada, como atrayendo al cielo nuestros ojos y nuestros corazones ?

—Dices bien, Sebastian, y muchas veces me he preguntado si la parte inferior de ese firmamento, al que el hombre más perverso y pecador puede alzar los ojos, es tan hermosa y brillante, ¿qué será la parte superior donde se digna bajar los suyos el que es la gloria infinita? Yo me la imagino como un velo ricamente bordado, por el cual asoman algunas puntas del hilo de oro, lo único que nos es dado divisar. ¡Qué inmensamente régia debe ser esa mansion superior, recorrida por las luminosas plantas de los ángeles y los bienaventurados !

—¡Hermoso pensamiento, Pancracio, y tan verdadero como bello ! Conviertes en un velo sutil y fácil de penetrar ese que se interpone entre nosotros que militamos en este mundo y la Iglesia triunfante que está en los cielos.

—Perdona, Sebastian, dijo el mozo considerando á su amigo con aquella misma mirada que pocas noches ántes dirigia al inspirado semblante de su madre. Perdóname, porque así como tú te complaces en figurarte la existencia futura de un arco que recuerde el triunfo del cristianismo, yo tambien considero construido y abierto el arco por el cual nosotros, débiles como somos, podemos conducir rápidamente la Iglesia á su glorioso triunfo, encaminándonos á la bienaventuranza.

—Y ¿dónde, dónde está ese arco, querido amigo ?

Y señalando Pancracio con la mano hácia la izquierda, y sin moverla, respondió :

(1) El arco de Constantino se halla exactamente debajo del sitio donde suponemos tuvo lugar esta escena.

—Allí, noble Sebastian. Cualquiera de esos arcos del anfiteatro Flaviano que conducen á su arena. Sobre ella, sobre ella está el velo de que hablabas, no por cierto más denso que la extendida lona que da sombra á nuestros espectadores. Pero escucha...

—Es el rugido de un leon que sale de debajo del Celiano, exclamó Sebastian sorprendido. Deben haber llegado recientemente algunas fieras al *vivarium* (1) del anfiteatro, porque ayer no las habia.

—Escucha, prosiguió Pancracio sin advertir la interrupcion. Son los clarines que nos llaman al combate; la música que celebrará nuestro triunfo.

Callaron ambos por algun tiempo, hasta que Pancracio, rompiendo de nuevo el silencio, dijo:

—Esto me recuerda que debo consultarte sobre un asunto, mi fiel consejero, y no tenemos tiempo que perder, porque pronto llegarán tus amigos.

—No tan pronto; ademas que irán entrando uno á uno. Hasta que estén todos, pasemos á mi cuarto, donde nadie nos interrumpirá.

Siguiendo por la azotea adelante entraron en el último aposento de la hilera de estancias que daba al ángulo de la colina, exactamente en frente de la fuente, y que sólo alumbraban los rayos de la luna que entraban por la ventana abierta. El militar permaneció en pié junto á esta, y Pancracio tomó asiento sobre la estrecha cama de campaña.

—Y ¿cuál es, Pancracio. el importante asunto acerca del cual deseas te dé mi sabio parecer? dijo el oficial sonriéndose.

—Una bagatela sin duda, replicó tímidamente el mancebo, para un hombre resuelto y generoso como tú; pero asunto de grande importancia para un muchacho ignorante y que como yo carece de experiencia.

—Muy bueno y virtuoso sin duda. Comunícamelo, que prometo ayudarte en lo que pueda.

(1) Sitio donde se encerraban las fieras destinadas á los espectáculos

—Pues bien, Sebastian... pero no me vayas á tener por necio, prosiguió Pancracio vacilando y sonrojándose á cada palabra: ya sabes que tengo en casa una gran cantidad de plata labrada, enteramente inútil para nuestro sencillo modo de vivir; y que mi querida madre, por más que la digo, no quiere ponerse sus antiguos dijes, que conserva arrinconados sin que nadie los use. Nadie hay que pueda heredarlos, porque soy y seré el último de mi linaje. Varias veces te he oido decir que en tales circunstancias los herederos naturales del cristiano son la viuda y el huérfano, el desamparado y el menesteroso. Y ¿por qué han de aguardar estos á que yo muera para entrar en posesion de lo que por derecho les pertenece? Y si sobreviniera una persecucion, ¿no sería imprudente exponerlos á la confiscacion ó la rapacidad de los lictores, cuando necesiten nuestras vidas, y que se perdiese ese tesoro para sus legítimos dueños?

—Pancracio, dijo Sebastian, he estado escuchando tu noble proposicion sin hacerte observacion alguna. Quería que fuese exclusivamente tuyo el mérito de manifestarla. Pero dime ahora: ¿de dónde proviene esa duda en ejecutar lo que tanto anhelas?

—A decir verdad temia que fuese altamente presuntuoso é impropio para mis pocos años y que se tomase como alarde de presuncion y soberbia ofrecirme á hacer lo que en concepto público se hubiese de calificar de grande ó generoso; y te aseguro, querido Sebastian, que no es así, pues nada pierdo con desprenderme de estas joyas que no tienen valor alguno para mí; mas pueden tenerlo para los pobres, especialmente en los tiempos calamitosos que nos amenazan.

—¿Consiente por de contado Lucina?

—¡Por supuesto! No tocara yo un grano del polvo de oro sin que me lo permitiera. Mas hé aquí para lo que necesito principalmente tu apoyo. Apesadumbrárame que se supiese que tengo la presuncion de hacer algo considerado como extraordinario, muy particularmente en un muchacho. ¿Me entiendes? Y así espero de tí y te ruego que ordenes la distribucion de las alhajas en cualquiera otra casa como la

de un... como la de una persona que necesita de las oraciones de los fieles , y más particularmente de las de los pobres y que desea permanecer incógnita.

—Te serviré con gusto, mi bueno y noble Pancracio. Pero escucha: ¿no has oído pronunciar el nombre de Fabiola, acompañado de un epíteto que no indica por cierto muy buena voluntad ?

Acercóse Pancracio á la ventana , debajo de la cual estaban conversando dos personas, y á juzgar por el metal de sus voces eran un hombre y una mujer ; pero tan cerca de ellos , que sólo la cornisa les impedía ver á los interlocutores. A los pocos minutos salieron á la azotea, iluminada por la luna que brillaba como si fuera de día.

—Reconozco á aquella mora , dijo Sebastian ; es Afra, la esclava negra de Fabiola.

—Y el hombre, añadió Pancracio, mi condiscípulo Corvino.

Consideraban ambos deber suyo coger , si fuese posible, el hilo de lo que tenia visos de intriga; mas como los interlocutores se paseaban arriba y abajo sólo pudieron percibir alguna que otra frase. No nos limitaremos sin embargo á estas palabras aisladas , y referiremos todo el diálogo; pero ántes diremos algo acerca de los interlocutores.

De la esclava sabemos ya lo que por ahora nos basta. Corvino, como en otra ocasion dijimos , era hijo de Tértulo, primer prefecto del pretorio. Este cargo, desconocido en los tiempos de la república y creado por los emperadores , habia ido absorbiendo desde el reinado de Tiberio todo el poder civil y militar , llegando el que las ejercia á desempeñar muchas veces las funciones de juez supremo criminal de Roma. Para desempeñarlo á satisfaccion de sus despóticos é inexorables amos , requeríase una energia á toda prueba. Estar todo el día sentados en un tribunal, rodeado de los repugnantes instrumentos del suplicio, sin conmovirse por los alaridos y lamentos de ancianos , mozos y mujeres puestos en el tormento ; dirigir un frio interrogatorio á un desgraciado extendido sobre el potro y en convulsiva agonía por un lado, miéntras en otro se ejecutaba la sentencia de muer-

te con plumadas sobre otras víctimas ; y despues de presentiar estas espantosas escenas irse á dormir tranquilo para levantarse con nuevo afan de repetirlo , era á buen seguro tarea á que no se podian mostrar muy aficionados los individuos del foro. Tértulo habia sido llamado de Sicilia para ocupar este puesto, no porque fuese cruel , sino por la frialdad de su corazon, cerrado á la compasion y á la parcialidad. Su tribunal habia sido la primera escuela de Corvino, quien, siendo todavia niño, sentado á los piés de su padre, pasaba horas enteras presenciando con deleite tan crueles espectáculos, y poniéndose de mal humor cuando alguno eludia el castigo. Creció, pues , torpe, brutal y grosero , y no bien hubo llegado á la pubertad , cuando ya su rostro abotagado y pecoso, y sus enfermizos ojos , de los cuales uno tenia á medio cerrar, daban clara muestra de su temprana disolucion. Sin gusto por el estudio, sin aptitud para instruirse, reunia á la astucia más refinada cierta considerable dosis de valor y robustez animal. Jamas habia experimentado sentimiento alguno generoso, ni sojuzgado ninguna de sus malas inclinaciones ; y el que le ofendia debia tener por cierta su aversion y que le perseguiria de muerte. A dos , sobretodo, habia jurado no perdonar en vida : al maestro de escuela que lo habia castigado con frecuencia por su terquedad y holgazaneria, y al condiscípulo que le habia bendecido en pago de su brutal é inmotivado ultraje. La justicia y la misericordia, el bien y el mal que recibia, le eran igualmente odiosos.

Tértulo no tenia bienes que dejarle, y segun muestras, él carecia de disposicion para adquirirlos. Pero las riquezas, como medio de satisfacer sus deseos, le parecian la felicidad suprema, y eran el objeto predilecto de todos sus afanes y deseos. Parecióle el medio más sencillo para adquirirlas alcanzar la mano de una heredera rica ; pero demasiado rudo, necio y estúpido para hacerse lugar entre la sociedad culta, excogitó otros caminos más adecuados á su carácter para realizar sus planes de ambicion ó avaricia. Cuáles fueron estos nos lo explicará su conversacion con la esclava negra.

—Esta es la cuarta vez que vengo á buscarte á la *Meta sudans* á hora tan incómoda. Veamos, pues, las noticias que me traes.

—Ninguna, si no es la de que mi ama sale para su quinta de *Cajeta* (1), y como es de suponer habré de acompañarla. Por lo tanto, necesito más dinero para concluir mis operaciones en vuestro provecho,

—¿ Más dinero todavía, cuando te he dado todo el que he recibido de mi padre durante muchos meses ?

—¡ Sabeis lo que es Fabiola !

—Sé que es la novia más rica de Roma.

—Pues bien la soberbia y desdenosa Fabiola, no se alcanza con tanta facilidad.

—Sin embargo, tú me has prometido que con tus filtros y sortilegios me alcanzarías su consentimiento, ó al ménos su fortuna. ¿ Qué pueden costarte las pócimas ?

—Mucho por cierto. Se requieren los más preciosos ingredientes y es preciso pagarlos muy caro. Y ¿ creéis por ventura que yo saldria á estas horas á buscar las yerbas que necesito entre los sepulcros de la via Apia, sin que se me pague con largueza ? ¿ De qué manera quereis auxiliar mis esfuerzos ? Ya os he dicho que ese es el único medio de apresurar el resultado.

—Y ¿ cómo quieres que los secunde ? Ya conoces que la naturaleza no me ha favorecido, ni he adquirido las dotes necesarias para granjearme el cariño de nadie. Así es que he preferido fiarlo al poder de tu negra arte.

—Pues me permitiréis daros un consejo. Ya que no teneis las prendas ni la gracia necesarias para granjearos el corazón de Fabiola...

—Su caudal, querrás decir.

—Son inseparables. Una sola cosa puede haceros irresistible si la poseéis.

—¿ Qué es ?

—Oro.

(1) Gaeta.



—Y ¿dónde se encuentra? Eso es cabalmente lo que me hace cavilar.

La negra se sonrió maliciosamente y dijo:

—¿Por qué no os lo proporcionais como Fulvio?

—Y ¿cómo lo hace?

—Con sangre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He hecho conocimiento con un viejo que le sirve, y que si no es tan negro como yo, tiene un corazón cuya negrura suple con ventaja á la que á su rostro falta. Además, su idioma se parece al mío para que nos sea fácil entendernos. Me ha hecho muchas preguntas sobre venenos, y me asegura que comprará mi libertad y me llevará á su tierra tomándome por mujer; pero como aspiro á mejor colocación, le he ido sacando cuanto me hace al caso.

—Y ¿qué te ha revelado?

—¿Qué? Que Fulvio había descubierto una grande conspiración contra Diocleciano, que por lo que me dió á entender un guiño de los terribles ojos del viejo comprendí que él mismo la había fraguado, y que ha venido comisionado á Roma provisto de eficaces recomendaciones con objeto de continuar en sus pesquisas.

—Pero yo no tengo habilidad para fraguar ó descubrir conspiraciones, por más que la tuviera para castigarlas.

—Hay, sin embargo, un medio fácil.

—¿Cuál?

—En mi tierra hay unas grandes aves, á las que el caballo más veloz intentaría en vano alcanzar; pero que si se buscan sin ruido y sosegadamente se entregan al momento, pues sólo esconden la cabeza.

—Y ¿á qué propósito te acuerdas de ellas?

—Me refiero á los cristianos. ¿No va á principiarse pronto otra persecución?

—Sí tal, y la más tremenda de cuantas hasta ahora han sufrido.

—Pues seguid mi consejo. No os canseis en cazarlas para no obtener á la postre mas que presas miserables. Tened los

ojos abiertos y seguid las huellas de una ó dos bien importantes de esas que tratan de ocultarse á medias. Abalanzáos luego sobre ellas, apropiáos la mejor porcion de los bienes que se les confisquen, y venid á buscarme con una buena parte, que yo en cambio os daré dos.

—Gracias, gracias. Te entiendo, y veo que no quieres bien á esos cristianos.

—¿Qué si los quiero? Aborrezco á toda su raza. Los espíritus que yo adoro son enemigos mortales hasta de su nombre.

Y con una sonrisa horrible y espantosa prosiguió:

—Sospecho que una de mis compañeras es cristiana. ¡Cuánto la aborrezco!

—Y ¿en qué lo presumes?

—En primer lugar nada del mundo le induciria á mentir, y con su estúpida veracidad nos pone á todos en mil conflictos.

—Bueno. Y ¿qué más?

—No hace caso de los regalos ni del dinero, é impide así que nos los ofrezcan.

—Tanto mejor.

—Y estoy persuadida de que es...

La última palabra espiró en los oídos de Corvino, quien replicó:

—¡Bien, por vida mía! He salido hoy fuera de puertas al encuentro de una caravana de tus compatriotas que ha llegado; pero en verdad te digo que los aventaja á todos.

—¿De veras? exclamó Afra regocijada. Y ¿quiénes son?

—Africanos puros (1), replicó Corvino soltando una cargada: leones, panteras, leopardos.

—¡Malvado! ¿Os atreveis á insultarme de ese modo?

—Vamos, vamos, tranquilízate. Los han traído expresamente para libertarte de los aborrecidos cristianos. Así, pues, separémonos amigos. Ahí tienes dinero, pero que sea el último; y avísame cuando principien á operar tus filtros. No ol-

(1) Nombre genérico para designar las fieras de aquel continente, en contraposición de los osos y otras del Norte.

vidaré tus indicaciones respecto del oro cristiano, porque me agrada infinito.

Cuando Corvino se alejó por la via Sacra fingió ella seguir las *Carinas*, ó sea la calle situada entre las colinas Celia y Palatina; pero retrocediendo en seguida exclamó, siguiéndole con gesto menospreciador: «¡Necio! ¡Imaginarse que por él habia yo de hacer experimentos en una persona de la importancia de Fabiola!»

Siguióle un corto trecho; pero luego, con grande asombro de Sebastian, dió media vuelta y penetró en el vestibulo del palacio, resuelta á velar por Fabiola contra esta nueva trama; pero con pesar echó de ver que no podia verificarlo hasta su regreso del campo.

## CAPÍTULO X.

### Otras reuniones.

Cuando Sebastian y Pancracio entraron en la sala hallaron ya congregada la reunion que aguardaban, muy numerosa y variada. pues se componia de clérigos y seglares, hombres y mujeres. Una frugal comida se veia sobre la mesa, más bien servida por precaucion para alejar las sospechas de cualquiera intruso que pudiese inesperadamente presentarse que como aliciente para la reunion, porque su objeto era concertar algunas medidas reclamadas á consecuencia de ciertos sucesos que habian tenido lugar recientemente en el palacio y que explicaremos con brevedad.

Sebastian, que gozaba de gran privanza con el emperador empleaba toda su influencia en propagar dentro del palacio la fe de Cristo. Debíansele numerosas conversiones, y entre ellas una muy importante acaecida pocos dias ántes, cuyos por menores vienen consignados en las *Actas* de este esforzado y glorioso caudillo cristiano. Fue el caso que, habiendo sido

muchos cristianos arrestados y sometidos á un juicio, que las más veces terminaba en sentencia de muerte, en cumplimiento de leyes anteriores, dos hermanos, llamados Marco uno y Marcelino otro, habian sido condenados por cristianos y estaban aguardando el momento del suplicio; pero sus amigos, á quienes se habia permitido visitarlos, les suplicaban con lágrimas en los ojos que apostatasen para conservar la vida. Comenzaron á vacilar y ofrecieron que lo pensarian, cuando sabedor de esto Sebastian corrió á salvarlos. Demasiado conocido para que no se le abriesen las puertas del lóbrego encierro penetró en el como un ángel de luz: á la sazón era una habitacion de la casa del magistrado bajo cuya vigilancia se hallaban, pues por lo regular se dejaba á los jueces la eleccion del lugar de la detencion de los reos; y habiendo obtenido Tranquilino, padre de los dos jóvenes, un plazo de treinta dias para ver si podia vencer su obstinada constancia, á fin de secundar sus esfuerzos se habia ofrecido el magistrado Nicostrato á guardarlos en su propia casa. Júzguese cuán peligrosa y arriesgada era la empresa de Sebastian, pues ademas de los dos cautivos cristianos habia en el mismo local diez prisioneros gentiles y los padres de los infelices mozos, persuadiéndoles con lágrimas y halagos á que se sustrajesen al destino que les amenazaba; y ademas estaban presentes el carcelero Claudio y el mencionado Nicostrato con su esposa Zoe, atraídos por el compasivo deseo de arrancar á los dos mancebos de manos del verdugo. Teniendo esto presente, ¿podia esperar Sebastian que entre tantos no hubiese uno que, ya en cumplimiento de sus deberes oficiales, ya para obtener su perdon, ó ya por aborrecimiento al cristianismo no pudiera delatarlo si se confesaba cristiano? ¿Podia en este caso desconocer que esa delacion le acarrearía la muerte?

Lo sabía bien; pero ¿qué le importaba? Y si en vez de dos se ofrecian á Dios tres víctimas, salia ganancioso; lo que temia era que no hubiese ninguna.

Serviales de calabozo un comedor, que como se abria raras veces de dia, necesitaba poca luz; y la que tenia en-

traba, como en el Panteon, por una claraboya abierta en el techo.

Ansiando Sebastian ser visto de todos se colocó debajo del rayo de sol que penetraba por ella, claro y brillante donde iluminaba, pero dejando casi á oscuras el resto del aposento. Reflejábase el rayo de luz en el oro y las piedras preciosas de la armadura del tribuno, el cual, si se movia, esparcíalos en destellos de brillantes colores hasta los rincones más oscuros de aquellas tinieblas, miéntras que continuaba descendiendo sereno é inalterable sobre su desnuda frente, iluminando sus nobles facciones, suavizadas por la expresion del tierno dolor con que contemplaba á los dos confesores. Trascurrieron algunos momentos ántes que pudiese desahogar en palabras la afliccion que le oprimia; mas vencida en algun tanto la emocion, rompió el silencio en estas sentidas frases:

—Santos y venerables hermanos, que habeis dado testimonio de Cristo, y que por su amor habeis sido encarcelados, y vuestros miembros surcados por duras cadenas, y padecido crueles tormentos, yo deberia postrarme á vuestros piés acatándoos, y pedir os vuestras oraciones en vez de presentarme á vosotros para exhortaros y mucho ménos para reprenderos. ¿Será cierto lo que he oido? ¿Será posible que cuando los ángeles estaban poniendo la última flor á la corona que para vosotros tejian, les habeis rogado que suspendan su tarea, y hasta habeis tenido la intencion de que las deshagan y arrojen sus flores á los vientos? ¿Puedo creer que vosotros, que ya teniais un pié en el umbral del paraíso, penseis retirarlo para retroceder al valle de destierro y de amargas lágrimas?

Al oir esas palabras inclinaron los dos mancebos la cabeza y llorando confesaron su fragilidad.

Sebastian prosiguió:

—Si no podeis sostener la mirada de un pobre soldado como yo, el último de los siervos de Cristo, ¿cómo sobrellevareis la majestuosa y colérica del Señor, á quien habeis estado á punto de negar ante los hombres (sin que podais hacerlo

en vuestros corazones) en aquel día terrible en que Él os niegue en presencia de los ángeles, y cuando en vez de ofreceros ante sus ojos dignamente como siervos buenos y leales, como hubierais podido hacerlo mañana, tengais que llegar á su presencia despues de haber arrastrado pocos años más una vida de infamia, expulsados de la Iglesia, despreciados por sus enemigos, y lo que es peor, devorados eternamente por un gusano interior, y víctimas de un perpétuo remordimiento?

—¡Cesa, cesa! por piedad, mancebo, quien quiera que seas! exclamó Tranquilino, padre de los dos mozos. No hables con tanta severidad á mis hijos. Si principiaron á ceder fue por las lágrimas de su madre y á mis ruegos, no por horror de los tormentos que con tanta fortaleza han resistido. ¿Por qué han de dejar á sus infelices padres en la miseria y el dolor? ¿Exige esto tu religion? Y si lo exige, ¿cómo puedes llamarla santa?

—Espera con paciencia, buen anciano, respondió Sebastian con benévola expresion y blando acento, y permíteme acabar de hablar á tus hijos. Ellos me entienden, y tú no, aunque con la gracia de Dios pronto me entenderás. Vuestro padre dice la verdad cuando asegura que solo por su amor y por el de vuestra madre habeis estado deliberando en preferirlos á Aquel que nos dijo: «El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí.» Pues bien, ¿podreis lisonjearos de comprar la vida eterna para vuestros ancianos padres, perdiéndola vosotros mismos? ¿Los convertiréis al cristianismo, abandonándolo vosotros? ¿Los haréis soldados de la Cruz, desertando vosotros de sus banderas? ¿Les persuadiréis de que las doctrinas de nuestra religion son de más precio que la vida, prefiriéndola vosotros á ellas? ¿Quereis alcanzar, no la vida transitoria y perecedera del cuerpo, sino la eterna del alma? Pues apresuráos á ir á gozarla, y deponed á los piés de nuestro Redentor las coronas que recibiréis, impetrando la salvacion de vuestros padres.

—Basta, Sebastian, exclamaron los hermanos; estamos resueltos.

—Claudio, dijo uno de ellos ; vuélveme á poner las cadenas que me quitaste.

—Nicostrato, añadió el otro, dad las órdenes para que se ejecute la sentencia.

Y ni Claudio ni Nicostrato se movieron al oír esas palabras.

—Quedáos con Dios, querido padre : á Dios, querida madre : añadieron abrazando á sus padres.

—No, dijo el padre : ya no nos separaremos. Nicostrato, participad á Cromacio que desde este momento soy cristiano con mis hijos. Quiero morir por una religion que hasta á los niños convierte en héroes.

—Y yo, añadió la madre, tampoco me separaré de mi esposo ni de mis hijos.

La escena que siguió es indescribible. Todos estaban conmovidos, todos lloraban : los encarcelados se sentian arrastrados por el tropel de esos nuevos sentimientos , y el mismo Sebastian se vió rodeado de un grupo de hombres y mujeres tocados de la gracia , rendidos por su influencia y subyugados por su poderío ; pero todo estaba perdido si uno solo resistia á su impulso. Sebastian vió el peligro de un descubrimiento repentino, no por él , sino por la Iglesia y por aquellas almas que estaban aun fluctuando en los confines de la vida. Unos se colgaban de sus brazos, otros abrazaban sus rodillas, otros besaban sus piés, cual si fuera el ángel de paz que se apareció á Pedro en el calabozo de Jerusalem.

Unicamente dos habian estado silenciosos. Nicostrato se habia conmovido, pero no subyugado. Su corazon estaba agitado, pero no habian variado sus convicciones. Su esposa Zoe se arrodilló delante de Sebastian , con los brazos extendidos y la mirada suplicante ; mas no desplegaba los labios.

—Vamos, Sebastian , dijo Nicostrato, archivero de las actas ; ya es hora de que te vayas. No puedo ménos de admirar la sinceridad y nobleza de corazon que te han impulsado y que impelen á esos dos mancebos á preferir la muerte ; pero mi deber es imperioso y debo acallar mis afectos.

—Pero ¿ no crees tú como los demas ?

—No, Sebastian ; no cedo con tanta facilidad. Necesito pruebas más evidentes que tu virtud.

—Pues háblale tú , dijo Sebastian á Zoe ; habla tú , esposa fiel , al corazon de tu marido ; porque mucho me engaño si tus ojos no revelan que tú al fin has creído.

Tapóse Zoe el rostro con las manos y prorumpió en copioso llanto.

—La has agitado en demasía , Sebastian , dijo Nicostrato áasperamente. ¿ No sabes que es muda ?

—No lo sabia , Nicostrato , porque cuando la ví la última vez en Asia hablaba.

—Há seis años , replicóle con voz trémula , que su lengua , ántes tan elocuente , está paralizada , y de entónces no ha vuelto á pronunciar palabra.

Calló Sebastian ; y extendiendo los brazos como acostumbraban los cristianos cuando oraban , alzando los ojos al cielo , prorumpió en estas palabras:

—¡ Dios , Padre de Nuestro Señor Jesucristo ! ¡ Tú has principiado esta obra ; acábala tambien ! Delega tu poder , ya que es necesario ; confíalo por una vez siquiera al más débil y pobre de tus instrumentos , y permíteme que yo , aunque indigno , empuñe la espada de tu victoriosa cruz , para ahuyentar los espíritus de las tinieblas , y todos nos salvemos. Zoe , mirame otra vez.

Reinaba un profundo silencio cuando Sebastian , despues de una corta oracion mental , haciendo la señal de la cruz sobre la boca de la muda , dijo :

—Habla , Zoe. ¿ Crees ?

—Creo en nuestro Señor Jesucristo , respondió con sonora y firme voz ; y cayó á los piés de Sebastian.

Exhalando una gran voz Nicostrato se arrodilló tambien delante de Sebastian , bañándole las manos con sus lágrimas.

La victoria fue completa ; todos se convirtieron , y al punto adoptaron las medidas conducentes para no ser descubiertos. La persona que respondia de los presos podia llevarlos á donde quisiese , y Nicostrato concedió á todos , incluso Tranquilino y su mujer , que dispusiesen libremente de su



casa. Sebastian se apresuró á confíarlos á la direccion del santo sacerdote Policarpo, de la iglesia del Santo Pastor. El caso era tan especial y requería tanto sigilo, los tiempos eran tan aciagos, é importaba tanto evitar todo pretexto que pudiera excitar nuevas irritaciones; que la instruccion se aceleró, y continuando de dia y de noche no tardaron en ser todos bautizados.

El nuevo rebaño de Cristo fue alentado y consolado por un nuevo milagro. Tranquilino, que padecía acerbamente de la gota, quedó sanado por el bautismo.

Cromacio era el prefecto de la ciudad, y como á tal la autoridad ante quien Nicostrato era responsable de los presos; por cuyo motivo este funcionario no pudo ocultarle por mucho tiempo lo que habia sucedido. Cuestion era aquella de vida ó muerte para todos; pero fortalecidos ahora por la fe, se hallaban dispuestos á cualquier evento. Afortunadamente Cromacio era recto y benigno, y escuchó con interes la relacion del suceso; pero cuando oyó lo de la curacion de Tranquilino, quedó sumamente sorprendido, porque él era víctima de la misma dolencia, que le hacia sufrir agudísimos dolores.

—Si lo que relatais es cierto, dijo, y yo puedo experimentar personalmente ese poder no resistiré á la evidencia.

Llamóse á Sebastian; juzgó que seria una supersticion sacrílega administrar el bautismo sin que precediera la fe, sólo para hacer un ensayo de su eficacia para devolverle la salud. Sebastian tomó otro camino, de que daremos cuenta más tarde, y Cromacio recobró la salud, recibiendo al poco tiempo el bautismo con su hijo Tibercio.

No siendo ya posible á Cromacio continuar desempeñando sus funciones, resignó su destino en manos del emperador. Tértulo, padre del aprovechado Corvino, á la sazón prefecto del pretorio, fue elegido para reemplazarle. Por lo que el lector vendrá en conocimiento de que los acontecimientos que referimos de las *Actas de san Sebastian* habian ocurrido poco ántes del principio de nuestra historia, pues en uno de los capítulos anteriores hicimos mencion del padre de Corvino, ejerciendo ya las funciones de prefecto de la ciudad.

Vengamos ahora á la noche en que Sebastian y Pancracio encontraron en el aposento del oficial la mayor parte de las personas mencionadas. Muchas de ellas vivian cerca ó dentro del palacio, y ademas se hallaban presentes Cástulo, que desempeñaba un alto puesto en la corte (1), y su esposa Irene. Ya se habian celebrado otras reuniones para adoptar las medidas de asegurar la completa instruccion de los convertidos, y sustraer de la observacion de los suspicaces á los muchos cuyo cambio de vida y renuncia de destinos podian causar extrañeza y provocar indagaciones.

Sebastian obtuvo licencia del emperador para que Cromacio se retirase á una quinta situada en Campania; y se habia acordado que gran número de neófitos fuéran á reunirse allí, á fin de que, formando una sola familia, continuaran su instruccion religiosa y practicasen congregados los ejercicios devotos. Habia llegado la estacion en que todos se trasladaban al campo, y hasta el mismo emperador se encaminaba á las costas de Nápoles para dirigirse al Mediodía de Italia. Propicio era, pues, el momento de llevar á cabo el plan concertado; y, segun se cuenta, el domingo inmediato á la conversion, el mismo papa celebró los divinos misterios en la casa de Nicostrato, y propuso la salida de Roma.

En esta reunion quedaron arreglados todos los pormenores de la partida. Los diversos grupos debian ponerse al dia siguiente en camino, y tomando unos la via Apia, otros la Latina, otros rodeando el Tiber, debian seguir un camino montañoso al traves del Arpino, para encontrarse todos en la quinta, poco distante de Cápua.

Durante la discusion que precedió á esas disposiciones enojosas, uno de los presos convertidos por la visita de Sebastian, llamado Torcuato, se hizo notable por su entrometimiento, impaciencia é impetuosidad. Criticaba cuanto se proponia; manifestaba descontento por las instrucciones que se le daban; hablaba casi con desprecio de lo que él llamaba huir del peligro, y se jactaba de estar pronto por su parte á presentarse

(1) No se dice cuál era.

por la mañana en el Foro, y como cristiano derribar un altar, ó á desafiar las iras de un juez. Nada les quedó por hacer ni por decir á los concurrentes para templarle y sosegarle, y todos se persuadieron de que era de suma importancia que se fué con los demas á la quinta. Sin embargo, él insistió en partir solo, tomando el camino que más le acomodase.

Un solo punto quedaba aun por decidir: ¿quién se pondría á la cabeza de la pequeña colonia para dirigir sus operaciones? Promovieron sobre este particular una competencia de amor entre el santo sacerdote Policarpo y Sebastian, empeñándose en quedarse en Roma para aprovechar la primera ocasion de sufrir el martirio. Pero una carta del papa, dirigida á su querido Policarpo, sacerdote de la iglesia del Santo Pastor, puso fin al debate. En ella le ordenaba que acompañase á los convertidos y encomendase á Sebastian la ardua tarea de alentar á los confesores y proteger á los cristianos de Roma. Enterarse de ella y obedecerla todo fue uno; y con esto disolvióse la reunion, hechas las debidas gracias.

Despues de despedirse Sebastian afectuosamente de sus amigos se empeñó en acompañar á Pancracio hasta su casa; y así que se encontraron solos, dijo el último:

—Sebastian, no me gusta ese Torcuato; temo que nos ha de dar que sentir.

—A decir verdad, respondió Sebastian, me alegraría que fuese otro su carácter; pero acordémonos de que es neófito, y esperemos que con el tiempo y mediante la gracia de Dios se enmendará.

Al pasar por el patio de entrada del palacio oyeron una algarabía de sonidos confusos y discordantes, acompañados de groseras carcajadas, y de vez en cuando alaridos estrepitosos, que venian del patio contiguo, donde tenian sus cuarteles los arqueros mauritanos. Parecia que en medio de él ardía una hoguera, pues el humo y las chispas subian por encima de los pórticos inmediatos.

Aproximóse Sebastian al centinela del patio, y le preguntó:

—¿Qué sucede entre nuestros vecinos?

—La esclava negra, respondió el soldado, que es su sacerdotisa, y que está prometida á su capitán como esposa si puede comprar su libertad, ha venido á celebrar ciertos ritos á media noche, y de ahí proviene la horrible baranda que se repite siempre que viene.

—¿De veras? dijo Pancracio. Y ¿podrías decirme qué religión profesan esos africanos?

—Lo ignoro, respondió el legionario, á menos que sean esos que llaman cristianos.

—¿Qué te induce á creerlo?

—Porque he oído decir que los cristianos se juntan de noche y cantan canciones abominables, y cometen toda suerte de crímenes, como cocer y comerse un niño que matan para su festín (1); que es lo que parece que están haciendo ahí.

—Buenas noches, camarada, dijo Sebastian.

Y al salir del vestíbulo exclamó:

—¿No es de maravillar, Pancracio, que á pesar de todos nuestros esfuerzos, nosotros, que adoramos á un solo Dios en espíritu y en verdad, que tratamos de conservarnos puros de pecado, y que moriríamos ántes que pronunciar una palabra impura, al cabo de trescientos años seamos todavía confundidos por la plebe con los secuaces de las más degradantes supersticiones, y considerada nuestra religión como esa idolatría que aborrecemos sobre todas las cosas? ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

—Hasta que dejemos de caminar en esta opaca luz y el sol de justicia se levante sobre nuestra patria con toda su belleza y la enriquezca con su esplendor, dijo Pancracio deteniéndose en las gradas superiores del vestíbulo y contemplando la luna que comenzaba á ocultarse. Dime, Sebastian: ¿desde dónde te gusta más ver salir el sol?

—La salida más hermosa del sol que he visto en la vida,

(1) Estas eran las ideas propaladas entre el pueblo acerca de la religión cristiana.

replicó el soldado como contestando por mera complacencia á la caprichosa pregunta de su compañero, fue desde la cumbre del monte Lacial (1), junto al templo de Júpiter. Des-punta el sol detras de la montaña y proyecta sobre el mar lejano su vasta y piramidal sombra. Así que va subiendo se disminuye esta hasta que al fin se retira. Cada momento baña la luz nuevos objetos; primero las galeras y los esquifes que flotan sobre las aguas, luego el puerto con sus juguetonas olas, y uno tras otro van resplandeciendo, ya este, ya el otro edificio blanco, hasta que al fin la majestuosa Roma con sus altas torres queda bañada con la claridad refulgente del dia. Perspectiva magnífica y encantadora, que ni siquiera alcanzarían á imaginar los que no la han contemplado desde el pié de la montaña.

—Precisamente lo que yo me figuraba, añadió Pancracio; y así sucederá cuando un sol aun más brillante se levante sobre este territorio sumido en tinieblas. ¡Qué encanto causará entónceś presenciar cómo se van retirando las sombras y dibujarse á cada instante en la luz una tras otra las bellezas, ahora recatadas, de nuestra religion y fe santa, hasta que la eterna ciudad resplandezca como tipo sagrado de la ciudad de Dios! Los que vivan en esos tiempos, ¿verán esas bellezas y conocerán todo su valor, ó mirarán sólo el estrecho espacio que los rodee, y se cubrirán los ojos con las manos para no ser ofuscados por el súbito resplandor? Duda es esta, querido Sebastian, que no acierto á resolver; pero abrigo la esperanza de que tú y yo contemplaremos tan sublime espectáculo desde el único lugar donde puede ser debidamente apreciado, desde un monte más elevado que el de Júpiter Albano, ó el de Júpiter Olímpico, desde aquel monte santo donde está el Cordero de cuyos piés brota el manantial de la vida (1).

Y en tanto que así departían seguían andando por las calles brillantemente iluminadas (2), hasta que llegaron á la

(1) Hoy monte Cavo, sobre Albano.

(2) Vidi supra montem Agnum stantem, de sub cujus pede fons vivus emanat. *Oficio de san Clemente.*

casa de Lucina, y despues de darse afectuosamente las buenas noches, como si vacilara Pancracio dijo:

—Sebastian, has dicho esta noche una cosa que me alegraría en extremo me explicases.

—¿Cuál?

—Cuando discutias con Policarpo acerca de cuál de los dos iria á Campania ó permanecería en Roma, prometiste que si te quedabas serias más cauto para no exponerte sin necesidad; y añadiste que tenias un proyecto que te refrenaría positivamente; pero que una vez logrado, te seria dificultoso calmar tu encendido anhelo de dar la vida por Jesucristo.

—Y ¿por qué deseas, Pancracio, con tal empeño conocer este pobre pensamiento mio?

—Porque yo quisiera conocer ese objeto tan poderoso que comprime tu aspiracion de alcanzar lo que se considera como el destino más encumbrado á que puede anhelar el cristiano.

—Siento, querido amigo, no podértelo revelar ahora; pero llegará día en que lo sepas.

—¿Me lo prometes?

—Muy solemnemente. ¡Dios te bendiga!

## CAPÍTULO XI.

### Cuatro palabras al lector.

Nos aprovecharemos de las vacaciones que han empezado en Roma, durante las cuales sus moradores se trasladan unos

(1) Amiano Marcelino nos dice que en la decadencia del imperio las calles estaban alumbradas de noche tan brillantemente que rivalizaban con el día. «Et hæc confidenter agebat (Gallus) ubi pernoctantium luminum claritudo dierum solet imitari fulgorem. Lib. XIV, cap. I.

á los montes y otros á las playas que se extienden desde Génova á Pæsto, á gozar de los recreos que proporciona el campo y el mar, á fin de suministrar á nuestros lectores algunos datos que puedan aclarar lo que hasta aquí hemos referido, y á prepararlos para la mejor inteligencia de lo que sigue.

A consecuencia del método compendioso con que generalmente se enseña la historia primitiva de la Iglesia, y por no observarse el debido órden cronológico en las biografías de los santos, nos hallamos expuestos á formar una idea equivocada del estado de los primeros cristianos nuestros antepasados: error en que podemos incurrir de dos maneras.

Ya podemos figurarnos que durante los tres primeros siglos estuvo la Iglesia sufriendo sin tregua una persecucion activa, y que los fieles celebraban el culto atemorizados, pues vivian encerrados en las catacumbas, que todo lo que á la religion le era permitido se reducía á su existencia, sin que pudiera gozar de su desenvolvimiento exterior, ni atender á su organizacion interior; en fin, que aquel era un período de conflictos y tribulaciones, sin intervalo alguno de paz ni consuelo; ó bien podemos considerar esos tres siglos divididos por diez persecuciones distintas, unas más largas, otras más cortas, aunque separadas por cortos intervalos de seguridad y de sosiego que entónces disfrutaron los fieles.

Pero como ambos modos de apreciar aquellos tiempos son erróneos, nos proponemos presentar con más exactitud la condicion en que realmente se encontró la Iglesia cristiana en las diversas circunstancias de esa parte tan fecunda de su historia.

Cuando se desató la primera persecucion contra los cristianos, no puede en verdad decirse que se mitigasen sus furrores hasta la pacificacion definitiva de la Iglesia bajo Constantino el Grande. El edicto de persecucion promulgado por un emperador raras veces era revocado, pues si bien solia suavizarse el rigor de su ejecucion, y hasta cesar cuando su-

bia al trono un soberano más benigno, nunca se llegaba á considerar como abolido el edicto; de manera que estaba siempre vigente aquella arma peligrosa en manos de cualquier gobernador cruel ó fanático de una ciudad ó provincia. De aquí que en los intervalos de las grandes persecuciones, ordenadas por nuevos decretos, encontramos muchos mártires que debieron su corona al furor popular ó al odio de las autoridades locales contra el cristianismo. Por eso tambien leemos la relacion de enconadas persecuciones en unas provincias ó distritos del imperio, miéntras que en otros gozaban de una completa paz.

Sin embargo, algunos pocos ejemplos de las diversas fases de la persecucion darán á conocer las relaciones de la primitiva Iglesia con el estado, mejor que la mera descripcion; pudiendo el lector erudito pasar por alto esta digresion, si no tiene la paciencia de oir lo que de puro sabido ha de parecerle trivial.

Bajo ningun concepto Trajano fue uno de los emperadores crueles, por el contrario, uno de los más justos y clementes; y sin embargo, á pesar de no haber promulgado nuevos edictos contra los cristianos, vemos que muchos de ellos glorificaron al Señor durante aquel reinado, entre otros en Roma san Ignacio, obispo de Antioquía, y san Simeon, en Jerusalem. Además, cuando Plinio el Joven le consultó sobre el modo con que debería tratar á los cristianos que le presentasen á su tribunal, como gobernador de Bitynia, el emperador dispuso que no los persiguiese, pero que si eran acusados los castigase: decision que demuestra cuán falsas eran las nociones de justicia de Trajano.

Adriano, que no promulgó edicto alguno de persecucion, dió la misma respuesta á una consulta semejante de Serenio Grariano, procónsul de Asia. Y tambien vemos en su mismo reinado, y quizá en virtud de sus propias órdenes, que sufrieron crueles martirios en Tibur ó Tívoli la intrépida Sinforosa y sus siete hijos. Una hermosa inscripcion encontrada en las catacumbas habla de Marcio, jóven oficial, que vertió su sangre por Jesucristo en tiempo del mismo empera-



dor (1). Y san Justino, mártir, el grande apologista del cristianismo, nos refiere que debió su conversión á la constancia de los mártires en el reinado de Adriano.

Del mismo modo, ántes que el emperador Séptimo Severo publicase sus edictos de persecucion, muchos cristianos habian sufrido el tormento y la muerte. Tales fueron los célebres mártires Scillitas en África, y las santas Perpétua y Felicitas con sus compañeras. Las actas de los martirios que se refieren en la vida de la primera de estas nobles heroínas, de edad de veinte años, escritas por su mano hasta la víspera de su muerte, son uno de los más patéticos y exquisitamente hermosos documentos que nos quedan de la antigua Iglesia.

Estos hechos históricos patentizan que, si bien de tiempo en tiempo se recrudecia y generalizaba en el imperio la persecucion contra el nombre cristiano, hubo tambien épocas en que cesaba en algunas localidades, y que hasta se suspendia su rigor en parte. A uno de estos intervalos debemos noticias interesantes, relacionadas con nuestra narracion.

Cuando se hubo aplacado en algunas provincias la persecucion de Severo, sucedió que Scápula, procónsul de África, la prolongó en la suya con una crueldad inexorable. Habia condenado entre otros á Mavilo de Adrumeto á ser devorado por las fieras, cuando le acometió una grave enfermedad. Tertuliano, el escritor cristiano más antiguo entre los latinos, le dirigió una carta en que le amonestó á que aprendiese en este aviso y se arrepintiese de sus crímenes, recordándole los varios castigos que el cielo habia enviado á algunos crueles jueces de los cristianos, en diferentes partes del mundo; y añadía que la caridad de estos santos varones habia sido tanta, que no cesaban de dirigir al cielo fervorosas oraciones para que restituyese la salud á su perseguidor. Manifestábale ademas que podia muy bien cumplir con sus deberes sin necesidad de ser cruel, obrando como otros magistrados lo habian hecho, citando como ejemplo á Cincio

(1) *Roma Subterr.*, lib. III, cap. 22.

Severo, que dictaba á los acusados las respuestas que debian dar para ser absueltos ; á Vespronio Cándido, que soltó á un cristiano pretextando que si le condenaba se suscitarian tumultos ; á Asper, que viendo á uno pronto á ceder así que se le aplicaron algunos tormentos, no quiso seguir adelante, y aun se manifestó pesaroso de que causa de tal naturaleza se hubiera traído ante su tribunal; y á Pudens, quien, al leer un acta de acusacion , declaró que el documento no estaba ajustado á lo prescrito , que era calumnioso y lo hizo pedazos.

Vemos, pues, por el anterior relato cuánto dependia de la indole y tendencias de los jueces y gobernadores el modo de ejecutar los edictos imperiales de persecucion. Y san Ambrosio refiere que hubo gobernadores que se vanagloriaban al regresar de las provincias de no haber ensangrentado sus espadas (*incruentus enses*).

Por eso podemos con facilidad comprender que al tiempo que la persecucion se encarnizaba contra los cristianos de las Galias, Asia ó África , la Iglesia disfrutaba de paz en el resto del imperio. Pero Roma era sin duda el lugar más expuesto á las frecuentes explosiones del espíritu hostil , de tal modo, que podia considerarse como privilegio de sus pontífices, durante los tres primeros siglos, sellar con su sangre la fe que predicaban. Ser elegido Papa equivalia á ser promovido al martirio.

En el período que comprende nuestra narracion se hallaba la Iglesia en uno de esos largos intervalos de paz relativa que favorecian su propagacion. Desde la muerte de Valeriano, acaecida el año de 268, no se habia verificado ninguna persecucion formal, aunque este tiempo esté glorificado por muchos nobles mártires. Durante este período los cristianos pudieron establecer con solidez y hasta con esplendor su disciplina religiosa. La ciudad estaba dividida en distritos y parroquias , cada una con su correspondiente iglesia, regentada por sacerdotes , diáconos y ministros inferiores : los pobres eran socorridos, los enfermos visitados, instruidos los catecúmenos : administrábanse los Sacramentos, el culto se celebraba diariamente, y los cánones penitenciales eran

cumplidos exactamente por el clero de cada iglesia ; y para subvenir á estas atenciones, así como á otras que se referían á la caridad religiosa y de consiguiente á la hospitalidad que de ella emana, se recogían limosnas de los fieles.

Consta que en el año 250, durante el pontificado de Cornelio existían en Roma 46 sacerdotes, 154 ministros inferiores, y 1500 pobres que se sostenían con las limosnas de los fieles (1). Este número de sacerdotes concuerda con el de las iglesias que, según refiere san Optato, se contaban en aquella sazón en Roma.

Aunque los sepulcros de los mártires en las catacumbas continuaron siendo objeto de devoción en aquellos tiempos más bonancibles, y á pesar de que estos asilos de los perseguidos se conservaban con esmero, no eran aun los lugares destinados al culto divino. Las iglesias á que hemos aludido eran por lo regular públicas, espaciosas y hasta espléndidas ; y los gentiles solían asistir á los sermones que se predicaban en ellas, y á aquellas partes de la liturgia que los catecúmenos podían presenciar. Por lo general las iglesias radicaban en las casas de los particulares, probablemente en los vastos salones ó *triclinia* que había en los palacios de las familias de suposición ; y sabemos que muchas iglesias de Roma eran de esta especie. Tertuliano, al mencionar los cementerios cristianos, los designa con un nombre y con circunstancias que prueban que estaban en alto, porque los compara á las eras, que naturalmente debían estar en campo raso.

Una costumbre generalmente establecida en las relaciones sociales de la antigua Roma desvanecerá la objeción que pudiera hacérsenos de cómo podía congregarse tanto gentío sin llamar la atención, y atraer por consiguiente la persecución de los paganos. Acostumbraban los potentados tener todas las mañanas una especie de corte, á la que acudían sus dependientes ó clientes, y mensajeros de sus amigos, esclavos ó libertos, los cuales eran admitidos por el dueño en el patio interior, mientras que otros no hacían mas que presentar-

(1) Euseb. E. H. I. VI cap. 49

se, y eran despedidos sin pasar adelante. Centenares de personas podian así entrar y salir de los palacios, como si formasen parte de la turba de los esclavos de la casa, artesanos y otros sugetos que tenian entrada en ellos, ya fuese por la puerta principal ó por la falsa, sin que nadie notara esta circunstancia.

Debemos tambien consignar otro fenómeno importante en la vida social de los primitivos cristianos, y difícil fuera resolverse á darle crédito, si no estuviera corroborado en las actas más auténticas de los mártires y en la historia eclesiástica: nos referimos al secreto que entre sí guardaban. No cabe la menor duda de que varios sugetos que figuraban entre la sociedad más distinguida, ú ocupaban destinos importantes y hasta puestos de confianza cerca de los emperadores, eran cristianos, sin que lo sospechasen sus más íntimos amigos gentiles; y hubo casos en que los más próximos deudos ignoraban esta circunstancia. Sin embargo, ni la mentira, ni la hipocresía, ni ninguna accion contraria á la moralidad ó á la verdad cristiana era permitida para mantener el secreto; pero se tomaban todas las precauciones compatibles con la probidad más completa, á fin de ocultar á los ojos del público la profesion de cristiano (1).

Bien que esta conducta fuese necesaria para prevenir las persecuciones, no bastaba á evitarlas. Y así debia ser, porque la sociedad pagana, tanto los que tenian algun cargo, valimiento ó componian la corte, como los que legislaban ó administraban la justicia á su capricho, junto con la multitud de adoradores de los goces mundanos que aborrecia la fe cristiana, se encontraba rodeada y penetrada por un sistema misterioso que

(1) Nada más difícil para una mujer que ocultar su religion al marido; y sin embargo Tertuliano supone que era cosa muy frecuente, porque hablando de una casada que comulgaba en casa, segun la práctica de aquellos tiempos de persecucion, dice: «Ocultad á vuestro marido lo que gustais en secreto, ántes que ningun otro alimento: y si os encuentra el pan, haced que ignore cómo se llama. *Ad Uxor.* lib. II, c. 5.» Tambien en otro lugar refiere que un matrimonio católico se daba recíprocamente la comunión. *De Monogamia*, cap. 2.

se difundía sin que nadie supiera cómo, y ejercía una influencia que nadie sabía de dónde dimanaba. Las familias se quedaban atónitas y aterradas al descubrir que un hijo ó una hija había abrazado la nueva doctrina, pues ni sospechaban siquiera hallarse en contacto con los que la enseñaban, teniéndola en su loca fantasía y vulgar juicio por gente estúpida, rastrera y antisocial. De aquí que el aborrecimiento al cristianismo participaba á la vez del carácter religioso y político, considerándose el sistema como antiromano, opuesto á la dilatacion del imperio y subordinado á un poder espiritual invisible. Los cristianos eran declarados *irreligiosi in Cæsares*, desleales á los emperadores, y eso bastaba. Por lo tanto su seguridad y sosiego dependían en gran manera del estado de la opinion del pueblo; y sucedía que cuando un demagogo ó fanático llegaba á excitarlo, ni que negasen los cristianos los cargos que se les dirigían, ni su conducta pacífica, ni consideracion alguna de civilizacion y humanidad eran suficientes para escudar á los cristianos de las medidas de persecucion que impunemente se solían provocar contra ellos.

Concluida esta digresion, reanudemos el roto hilo de nuestra historia.

## CAPÍTULO XII.

### El lobo y la zorra.

Las insinuaciones de la esclava africana no pasaron desapercibidas para la sórdida avaricia de Corvino. El odio que aquella profesaba á los cristianos provenía de que una ama suya, convertida al cristianismo, había manumitido á todos sus esclavos, excepto á esta Afra, ó Tubala, que era su verdadero nombre, porque temió dejar suelta en el mundo á una criatura de sus perversas inclinaciones.

Corvino había visto muchas veces á Fulvio en los baños y

otros sitios públicos, y le habia admirado y envidiado por su noble presencia, gusto en el vestir y amena conversacion. Mas como era tan rudo y huraño jamas se habia atrevido á dirigirle la palabra, á no haber descubierto ahora que, si bien más pulido que él, no era por eso ménos villano. Conocia perfectamente que el ingenio y la habilidad de Fulvio podian suplir la falta de estas cualidades, al paso que su fuerza brutal y descarada osadía podian servir á este de poderosos auxiliares para la ejecucion de sus designios; por lo cual, teniéndole ya en su poder, por el conocimiento que habia adquirido de su verdadero carácter é intenciones, determinó hacer un esfuerzo con el fin de asociárselo, consiguiendo ademas deshacerse de un rival muy peligroso.

Unos diez dias despues de la entrevista referida con la africana, paseábase Corvino por los jardines de Pompeyo, los cuales ocupaban los alrededores del teatro del mismo nombre, en las inmediaciones de la plaza llamada en el dia *piazza Farnese*. Un incendio acaecido en el reinado de Carino habia destruido últimamente el escenario del edificio que acababa de reparar Diocleciano con gran magnificencia. Estos jardines se distinguian de los demas por sus alamedas de plátanos, que difundian una deliciosa sombra, y por las estatuas de animales salvajes, fuentes y arroyos artificiales que los adornaban profusamente. Vagando por ellos divisó Corvino á Fulvio, y le salió al encuentro.

—¿Qué quieres? preguntó el extranjero mirando con sorpresa y desprecio el desaliñado traje de Corvino.

—Tener un rato de conversacion contigo, que puede redundar en provecho tuyo y mio.

—Y ¿qué puedes proponerme que redunde en provecho mio? Que redunde en el tuyo, no lo dudo.

—Fulvio, yo soy hombre franco y llano, y no tengo tus pretensiones de elegante; ni soy entendido y discreto como tú; pero como ambos seguimos la misma profesion, sospecho que aspiramos á un mismo fin.

Sobrecogióse Fulvio, y con el rostro encendido replicó en tono despreciativo:



—¿Qué quieres decir, truhan?

—Si cierras el puño, respondió Corvino, para mostrarme las preciosas sortijas de tus delicados dedos, bien está; pero si te propones amenazarme, mejor es que metas otra vez la mano entre los pliegues de tu toga, que así estás más airoso.

—Abreviemos. Te pregunto por segunda vez: ¿qué pretendes decirme?

—Que eres un espía y un delator, respondió Corvino acercándosele al oído.

Quedó Fulvio aterrado; pero recobrando en breve la serenidad, dijo:

—¿Quién te ha autorizado para dirigirme tan odiosa acusación?

—Tú descubriste (acentuando con extraño énfasis estas palabras) una conspiración en Oriente, y Diocleciano...

Interrumpióle Fulvio, y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Soy Corvino, hijo de Tértulo, prefecto de la ciudad.

Esta respuesta se lo reveló todo á Fulvio, y suavizando el acento, dijo:

—No hablemos más ahora, porque se acercan algunos amigos. Mañana al amanecer acude disfrazado á la calle Patricia (1), que te aguardaré bajo el pórtico de los baños de Novato, y allí hablaremos despacio.

Regresó Corvino á su casa regocijado en extremo de su primer ensayo de diplomacia, y poniéndose el vestido de uno de los esclavos de su padre, se encontró en el sitio señalado á los primeros albos del día. Largo rato hacia que aguardaba, y ya principiaba á perder la paciencia, cuando se le acercó su nuevo amigo.

Iba Fulvio envuelto en un ancho manto, cuya capucha le ocultaba el rostro, y saludando á Corvino le dijo:

—Buenos días, camarada. Siento haberte hecho esperar tanto tiempo, porque la mañana es fresca y vas muy desabrigado.

(1) El Vicus Patricius.

—Confieso que me hubiera aburrido á no distraerme lo que he estado observando.

—Y ¿qué es?

—Desde muy temprano, supongo que mucho ántes que yo llegase, ha acudido de todos lados y entrado en aquella casa, por la puerta que da á esa angosta callejuela, la coleccion más rara que puedes haber visto en la vida de ciegos, cojos, mancos, lisiados, tullidos y contrahechos de toda especie, miéntras que por la puerta principal han penetrado personas de muy diferente clase.

—Y ¿quién habita esa casa? Parece antigua y espaciosa, aunque muy deteriorada.

—Segun he oido decir, pertenece á un viejo patricio muy miserable. Pero, mira, todavía vienen más.

En aquel momento se acercaba un anciano, agobiado por los años, que apenas se arrastraba sostenido por una muchacha risueña que le hablaba cariñosamente.

—Ya hemos llegado, dijo la muchacha; unos pocos pasos más, y podréis sentaros á descansar.

—Gracias, hija mia, replicó el pobre anciano. ¡Qué bondadosa has sido viniendo á buscarme tan temprano!

—Sabia que necesitabais ayuda, y como soy la persona ménos útil de la vecindad, se me ocurrió ir á buscaros.

—Siempre he oido decir que los ciegos son egoistas, y me parece muy natural; pero tú, Cecilia, eres ciertamente la excepcion de la regla.

—No tal; á mi modo de ver es egoismo.

—¿Qué dices?

—Sí, porque como vos teneis vista y yo no, me servis de guia; y me ofreceis la satisfaccion de sosteneros. De modo que vos sois el ojo del ciego, y yo el pié del cojo (1).

En esto llegaron á la puerta.

—Esa muchacha es ciega, dijo Fulvio á Corvino. Pero ¿no ves con qué soltura anda, sin mirar á derecha ni á izquierda?

(1) Job. XXIX. 15.



—Así es, respondió Corvino. Seguramente este es el lugar tan famoso en Roma donde se juntan los pordioseros, y los ciegos ven, y los cojos andan, y todos se sientan en la mesa del festín. Aunque si he de decirte la verdad, he notado que son muy diferentes de los del puente Aricio (1), pues se presentan con cierta dignidad y alegría, y ninguno me ha pedido limosna al pasar.

—¡Es raro! Mucho celebraría averiguar ese misterio. ¡Quién sabe si nos proporcionaría una buena ganga! ¿No dijiste que el viejo patricio es riquísimo?

—Inmensamente.

—Bravo. Y ¿no podríamos atinar un medio para introducirnos en la casa?

—¡Vaya si lo encontraremos! Ya se me ocurre uno: me quitaré los zapatos, encojo una pierna como si estuviera tullido, incorpórome al primer grupo de lisiados que se aproxima, y me cuelo dentro imitándoles.

—No lo apruebo, porque es muy probable que los conozcan á todos en la casa.

—Estoy persuadido de que no, porque varios me han preguntado si esa era la casa de la señora Ines.

—¿De quién? preguntó Fulvio haciendo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué te admira? dijo Corvino. Esa es la casa de sus padres; pero ella es más conocida que ellos por ser una heredera muy rica, casi tanto como su prima Fabiola.

Calló Fulvio un momento, porque le asaltó una sospecha demasiado sutil é importante para comunicarla á su rudo compañero. Impulsado por ella dijo al fin á Corvino:

—Si estás seguro de que toda esa gente no es conocida en la casa, pon en ejecución tu plan. Yo conozco á la señora y me aventuraré á entrar por la puerta principal. Así serán dobles las probabilidades

—¿Sabes en qué estoy pensando, Fulvio?

(1) Lugar muy conocido en Roma, donde se juntaban los pordioseros.

—En alguna cosa muy extraordinaria sin duda.

—Que cuando tú y yo nos unamos para alguna empresa tendremos siempre dos ventajas.

—¿Cuáles?

—Las del lobo y la zorra cuando se confabulan para asaltar un redil.

Arrojó Fulvio sobre Corvino una mirada de desden, á la que correspondió este con otra horrible, y ambos se encaminaron á sus puestos respectivos.

## CAPÍTULO XIII.

### La caridad.

Como no nos acomoda entrar en casa de Ines con el lobo ni con la zorra, lo haremos de un modo más espiritual, y nos hallaremos dentro sin más rodeos:

Los progenitores de Ines representaban un noble linaje de antepasados, y su familia no era de las recientemente convertidas, sino que hacia algunas generaciones que profesaba la fe cristiana. Así como en las familias de los gentiles se conservaba con aprecio la memoria de los antepasados que habian alcanzado un triunfo ó desempeñado algun alto cargo en el estado, de la misma manera en esta como en otras casas cristianas se guardaba con piadoso respeto y afectuoso orgullo el recuerdo de los que, en los ciento cincuenta ó más años últimos, habian alcanzado la palma del martirio ú ocupado elevadas dignidades en la Iglesia. Pero aunque ennoblecida así, á pesar de la sangre derramada sin cesar y en abundancia por Jesucristo, el tronco de la familia no habia sido postrado jamas, como muchas de las ramas desgajadas de él, ántes habia resistido al embate de frecuentes tempestades. Esto parecerá sorprendente; pero si reflexionamos ~~cuantos~~ soldados asisten durante una larga campaña á

una série de funciones de guerra sin recibir una sola herida, ó cuantas familias se libran del contagio en una epidemia, no extrañaremos que la Providencia divina, velando por la Iglesia, quisiera conservar una sucesion de antiguas familias que preservasen íntegra una dilatada cadena de tradiciones para que los fieles pudieran decir: « Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese dejado una semilla, hubiéramos sido como Sodoma, hubiéramos sido iguales á Gomorra (1). »

Todos los honores y todas las esperanzas de esta familia estaban á la sazón concentradas en Ines, á quien ya conocen nuestros lectores, hija única de esta antigua casa. Concedida á sus padres cuando habian perdido la lisonjera esperanza de ver continuada su descendencia, habia mostrado desde la infancia un natural tan apacible, docilidad tanta, tan esclarecido entendimiento, tanta candidez é inocencia, que era el objeto del amor y casi de la veneracion de toda la familia, desde sus padres hasta los más ínfimos sirvientes, sin que tan merecida estimacion alterase sus bellas prendas, ántes bien sus excelentes cualidades se hallaban tan armónicamente ordenadas, que en la temprana edad en que la encontramos era ya un cumplido dechado de gracia y discrecion. No abrigaban sus padres un pensamiento virtuoso de que ella no participase, y teniendo tan poco apego como ellos al mundo, vivia en su compañía en una parte reducida del edificio, amueblada con elegancia, aunque sin lujo, siendo su servidumbre adecuada á sus necesidades. Allí recibian á los pocos amigos con quienes conservaban relaciones íntimas, los cuales eran contados, porque no las fomentaban y nunca salian á visitas. Visitábalos de vez en cuando Fabiola, aunque Ines preferia visitarla á ella; y muchas veces expresaba aquella á su jóven amiga el anhelo porque llegara el dia en que, enlazada ventajosamente, abriera su espléndido palacio á una elegante y distinguida reunion. Porque, aunque la ley Voconia, que prohibia heredar las hem-

(1) Is. I. 9.

bras (1), no estaba ya en uso, Ines habia heredado de sus parientes colaterales varias propiedades que acrecentaron los bienes de la familia.

En general, los amigos paganos que la visitaban atribulan su modesto género de vida á la avaricia, y calculaban las inmensas riquezas que sus tacaños padres acumulaban, concluyendo por decir que, excepto el sólido tabique que cerraba el segundo patio, todo el resto del edificio se vendria abajo.

Y no era así, sin embargo. El interior de la casa, que consistia en un extenso patio, en un jardin con un comedor separado ó *triclinium* convertido en capilla, y el piso superior que por esta parte se comunicaba, estaban destinados á las varias obras de caridad que constituian el objeto principal de la vida de la Iglesia. Estaban estas confiadas al celo y discrecion del diácono Reparado y su exorcista Segundo, nombrados oficialmente por el sumo pontífice para cuidar de los enfermos, pobres y forasteros en una de las siete regiones en que dividiera la ciudad unos cinco años ántes el papa Cayo, encomendando cada region á uno de los siete diáconos de la Iglesia romana.

Se habian designado salas para alojar á los extranjeros que venian de largas distancias recomendados por otras iglesias, y se les asistia con una frugal comida. En el piso superior otras habitaciones servian de hospital para los inválidos, los ancianos y los enfermos, encomendados al cuidado de la diaconisa y de cuantas se consagraban á contribuir á esta obra de caridad. Allí era donde se hallaba la celda de la ciegucecita, que segun tenemos visto rehusaba comer en la casa. En el *tablinum* ó archivo, que por lo general se hallaba situado entre los patios interiores, estaba la oficina donde se despachaban los negocios del establecimiento caritativo, y el depósito en que guardaban todos los documentos de la localidad, tales como las actas de los mártires, recogidas ó

(1) *No quis heredem virginem neque mulierem faceret.* Que nadie dejase por heredera á una soltera ó á una mujer. *Cicero, in Verrem., I.*

compiladas por uno de los siete notarios instituidos con este objeto en cada region , por disposicion de san Clemente I.

Una puerta de comunicacion permitia asistir á los de la casa á estas obras de caridad, y desde la infancia se habia acostumbrado Ines á entrar y salir allí muchas veces al dia y permanecer horas enteras , difundiendo , como si fuera un ángel de luz , el consuelo y la alegría sobre los dolientes y los afligidos. Esta mansion se podia muy bien llamar el arca de la hospitalidad y de la caridad en la region en que se hallaba situada. Entrábase en ella para todos estos objetos por el *posticum* ó puerta falsa que daba á una callejuela muy poco frecuentada. Con esto queda explicado en qué se invertian las riquezas de los dueños que en aquella casa moraban.

Ya recordará el lector que Pancracio tomó consejo de Sebastian sobre el modo más oportuno para distribuir su plata y joyas entre los pobres , sin que se llegara á vislumbrar á quién pertenecian ; y Sebastian, sin echar en olvido el encargo, habia escogido la casa de Ines como la más á propósito para el caso. La mañana que hemos descrito era la designada para el reparto, á cuyo efecto otras regiones habian enviado sus pobres acompañados de sus diáconos : Sebastian , Pancracio y otros varios sugetos de alta categoría habian entrado por la puerta principal para asistir á la distribucion y ayudar á los clérigos. Algunos de estos eran los que habia visto Corvino.

## CAPÍTULO XIV.

### Los extremos se tocan.

Acertó á venir hácia la puerta un grupo de pobres, con el cual se pudo confundir Corvino , remedándolos admirablemente en todo, excepto en su modesto porte y compostura. Arrimóse á ellos lo bastante para oir que decian al entrar *Deo*

*gratias*, gracias á Dios, que era la contraseña y el saludo adoptados por los cristianos de aquel tiempo.

Merced á estas místicas palabras que pronunció Corvino pudo penetrar, y siguiendo á los demas, cuyos modales y gestos remedaba, hallóse en el patio interior de la casa, el cual estaba ya lleno de pobres y enfermos colocados en dos filas, las mujeres á un lado, y al otro los hombres. Debajo del pórtico habia mesas cubiertas de rica plata, y junto á ellas otra llena de relucientes joyas, cuyos objetos pesaban y evaluaban escrupulosamente dos plateros para depositar despues en un monton la cantidad que por ellos ofrecian, con el fin de que luego fuese distribuida en justa proporcion entre los menesterosos.

Corvino, cuyo corazon se encendió en codicia á la vista de tanta riqueza, experimentó hasta el impulso de arrebatárselas y huir; y lo habria puesto por obra á no haber reconocido la demencia de semejante accion. Resolvió, pues, aguardar á que le dieran su parte, tomando entre tanto nota de cuanto veia para referirlo despues á Fulvio. Pero no tardó en observar cuán embarazosa se habia hecho su posicion, porque si al principio, confundiéndose con los pobres y moviéndose en todas direcciones, nadie se fijó en él, no habia de suceder lo mismo luego que aparecieron varios mancebos que con su singular afabilidad y cortesania demostraban en su porte los signos evidentes de la autoridad que ejercian. Llevaban estos el traje conocido con el nombre de *dalmática*, llamado así por traer el origen de Dalmacia, que consistia en una túnica que en vez de la toga se colocaba sobre la otra túnica, diferenciándose de ella en ser más corta y ajustada al cuerpo, con mangas anchas, aunque no largas ni holgadas con exceso; traje que usaban los diáconos, no solo en las ceremonias solemnes de la Iglesia, sino tambien cuando ejercian su ministerio, cumpliendo los deberes secundarios con los enfermos y los indigentes.

Andaban estos diáconos poniendo en orden á los asistentes, de entre los cuales cada uno conocia los de su distrito, y los acompañaban á lugares distintos debajo de los pórticos;

pero como nadie reconocia ni reclamaba á Corvino como pobre suyo, se quedó al fin solo en medio del patio. Entónces comprendió, á pesar de su estupidez, el atolladero en que se habia metido, pues siendo hijo del prefecto de la ciudad, cuya obligacion era castigar á los violadores del hogar doméstico, se encontraba allí como un intruso, en el interior de la casa de un patricio, donde habia entrado fraudulentamente, disfrazándose de mendigo y mezclándose con ellos, como si se propusiera algun fin ilícito ó siniestro. Conociendo lo arduo de su posicion todo se le volvia buscar algun camino para escurrirse; pero la única puerta que habia la vió guardada por el anciano Diógenes y sus dos robustos hijos, que apenas podian contener la irritacion que tamaña insolencia les causaba, bien que no dejaban de manifestarla con lo iracundo del mirar, la impaciencia del gesto y el fruncimiento de los labios. Entónces comprendió que era objeto de la conversacion de los jóvenes diáconos, que de vez en cuando clavaban en él miradas escudriñadoras; figuróse que hasta los ciegos le observaban, y se imaginaba ya ver levantadas las muletas de los tullidos y cojos prontos á maltratarlo. Sólo le restaba el consuelo de imaginarse que no le reconocerian y se lisonjeaba de salir del mal paso inventando cuálquiera excusa.

Al fin se le acercó el diácono Reparado, y dirigiéndosele cortesmente, le dijo:

—Amigo, segun veo no perteneceis á ninguna de las regiones citadas á esta reunion. ¿En dónde vivis?

—En la region de la Alta Semita (1).

Esta respuesta designaba la division civil de Roma, no la eclesiástica. Reparado continuó:

—La Alta Semita pertenece á mi distrito, y no recuerdo haberos visto allí nunca.

Miéntas decia estas palabras sorprendióse de ver tornarse el rostro del desconocido mortalmente pálido, y tambaleando como si fuera á caerse y con los ojos clavados en la

(1) La parte superior del Quirinal que conducia á la puerta Nomenta, *Porta Pia*.

puerta que comunicaba con la parte habitada de la casa. Miró Reparado en la misma direccion, y vió á Pancraccio que acababa de entrar y tenia trabada conversacion con Segundo, como si este le enterara de lo que ocurría. Corvino perdió toda esperanza y su terror se acrecentó luego que se halló frente á frente con el mancebo (que suplicó á Reparado que se retirase) casi en la misma posicion en que se habian encontrado últimamente, sólo que, en vez de la caterva de muchachos que entónces le aplaudian y aprobaban, se hallaba ahora rodeado de personas que daban ciertamente la preferencia á su rival. Corvino no pudo ménos de quedarse sorprendido al notar el porte varonil y gracioso continente que en el trascurso de pocas semanas habia adquirido su antiguo condiscípulo; y como era natural, aguardaba una nube de reprensiones, si ya no el desapiadado castigo que en igualdad de circunstancias le hubiera aplicado.Cuál seria, pues, su asombro, cuando Pancraccio le dijo con la mayor suavidad:

—¿Qué es eso, Corvino? ¿Qué te ha sucedido, que tan mal traído te veo? ¿Te has quedado cojo por alguna desgracia? ¿Has abandonado la casa paterna?

—No, todavía no he llegado á ese extremo, aunque fuera muy de tu agrado, replicó el fanfarron, alentado á insolentarse por la blandura con que Pancraccio le habia hablado.

—Te equivocas, porque no te guardo rencor. Si necesitas socorro, dímelo; porque aunque es evidente que no debes encontrarte en este lugar, yo te conduciré á un apartado aposento donde recibas lo que hayas menester sin ser conocido.

—Pues vaya, ya que es así, te diré la verdad. Me he introducido aquí por broma, y me alegraría de que me sacases sin escándalo.

—Corvino, dijo el mancebo con severidad, esto ya es grave. ¿Qué diría tu padre si yo ordenase á estos mozos, que muy de su grado me obedecieran, que te llevasen al foro ante su propio tribunal del modo en que te encuentras, con los piés descalzos, disfrazado de esclavo y con tu falsa co-



jera, para acusarte públicamente de tan reprobado delito como es violar el domicilio de un patricio?

—¡ Por amor de los dioses, buen Pancracio, no me impongas castigo tan terrible!

—Bien comprendes, Corvino, que tu propio padre se vería obligado á obrar contigo como Junio Bruto, ó á perder su destino.

—Te suplico, por lo que más amas en este mundo, por todo lo que te es más sagrado, que no nos deshonres tan cruelmente. Mi padre y mi familia, no yo, serian las víctimas de tal ignominia. Postrado á tus plantas te suplico el perdon de mis pasadas injurias; y si quieres otorgarme la merced que te pido...

—Basta, basta, Corvino; ya te he dicho que las injurias há tiempo que las tengo olvidadas. Pero escucha: cuantos aqui se hallan, excepto los ciegos, han presenciado tu desman, y todos se presentarían como testigos para probarlo. Así que si hablas jamas de esta reunion, ó si por acaso intentaras molestar á alguno de los que á ella han concurrido, te conduciremos ante el tribunal de tu padre para que te juzgue. ¿Me entiendes, Corvino?

—Perfectamente, respondió con acento lastimero. Mientras viva nadie sabrá en el mundo que he penetrado en este sitio temible. Lo juro por...

—Basta. No necesitamos juramentos. Toma mi brazo y sígueme.

Y volviéndose á los demas, añadió:

—Conozco á este sugeto; su venida á este sitio ha sido por equivocacion.

Los circunstantes, que habian interpretado los ademanes suplicatorios del villano como una relacion de su miserable estado, exclamaron á una voz:

—Pancracio, no le despidas sin darle algun socorro.

—Corre de mi cuenta, respondió Pancracio.

Apartáronse los porteros para abrirle paso; y así que puso en la calle á Corvino, que seguia fingiendo la cojera, le despidió diciéndole:

—Corvino, estamos en paz. ¡No olvides tu promesa!

Mientras que tan mal librado salía Corvino con su estratagemas, según su plan Fulvio se había dirigido á la puerta principal, y hallóla abierta como se acostumbraba en la antigua Roma, porque nadie hubiera podido admitir la posibilidad de que álguien entrase por ella en aquella hora. En vez de portero encontró guardándola á una muchacha de unos doce á trece años en traje de labriega, y por la circunstancia de encontrarse sola creyó la ocasion oportuna para averiguar lo que podían tener de cierto las sospechas que repentinamente había concebido. Así que preguntó á la porterita:

—Niña, ¿cómo te llamas y quién eres?

—Me llamo Emerenciana, y soy hermana de leche de la señora Ines.

—¿Eres cristiana? le preguntó Fulvio con pérfida blandura.

La pobre muchacha abrió los ojos desmesuradamente plintándose en ellos el estupor de la ignorancia, y respondió:

—No, señor.

Imposible era resistir la evidencia de su sencillez, y Fulvio quedó persuadido de que se había equivocado. En efecto, la niña era hija de una aldeana que había sido nodriza de Ines, y que acababa de fallecer, por lo que la bondadosa patricia había mandado por la huérfana para instruirla y bautizarla; y como sólo hacía uno ó dos días que había llegado, no tenía la menor idea del cristianismo.

Encontróse luego Fulvio sin saber qué partido tomar. La soledad en que se encontraba le tenía en una situación no ménos embarazosa que la de Corvino en medio de la concurrencia. Deseaba retirarse, pero eso hubiera dado al traste con todas sus esperanzas: iba á pasar adelante, pero reflexionaba que podía comprometerse desagradablemente. En tan crítica situación vió venir ligera, atravesando el patio de la casa, á Ines, alegre, hermosa como la primavera y brillante como el sol. Al reconocer á Fulvio detúvose la doncella como para saber el objeto que allí le conducía, y salién-

dole al encuentro con una de sus más blandas sonrisas y ademan cortes , le dijo:

—Como he anticipado la hora en que se acostumbra á recibir visitas , temo pareceros importuno ; pero estaba impaciente por inscribirme como humilde cliente de vuestra noble casa.

—Nuestra casa , replicó Ines sonriéndose , no se vanagloria de tener clientes , ni los busca , porque no ambicionamos influencia ni poder.

—Perdonadme : con su dueño y señor posee la mayor de las influencias y el más incontrastable poder que reina sin esfuerzo sobre el corazon como su súbdito más humilde.

Léjos de imaginar que estas palabras aludiesen á ella, respondió Ines ingénuamente:

—¡Oh cuán ciertas son vuestras palabras! El dueño de esta casa domina los afectos de cuantos en ella moran.

—Pero á lo que yo aludo, respondió Fulvio, es al suave y benigno dominio que sólo ejercen los encantos de la hermosura sobre los que la contemplan de cerca.

Ines parecia como arrobada: sus ojos contemplaban una imágen muy diversa de la de su malvado adulator, y dirigiendo con una expresion de intenso afecto su mirada al cielo, exclamó:

—Sí, Aquel, cuya hermosura contemplan y admiran en el alto firmamento el sol y la luna , á ese solo pertenecen mis servicios y mi amor (1).

Quedó Fulvio confundido y perplejo al oir aquellas palabras. La inspirada mirada, la actitud extática, la melodía del trémulo acento con que las anteriores palabras fueron pronunciadas, su misterioso sentido, lo extraordinario de la escena, le sellaron los labios, y quedó como clavado en el suelo, hasta que, conociendo que estaba perdiendo la ocasion más propicia que podia desear para declararla sus intenciones (pues no se podia llamar afecto), dijo con desenfado:

(1) *Cujus pulchritudinem sol et luna mirantur, ipsi soli servo fidem* (Oficio de santa Ines).

—De vos es de quien estoy hablando, y á vos es á quien he consagrado mi sincera admiracion é ilimitado cariño.

Y doblando las rodillas trató de asir la mano de Ines, la cual retrocedió trémula, volviendo al otro lado el encendido rostro.

Fulvio se puso instantáneamente de pié, porque divisó á Sebastian que, viniendo en busca de Ines, cuya ausencia extrañaban los pobres, se aproximaba á él con largos pasos y en actitud indignada.

—Sebastian, le dijo Ines tan luego como estuvo cerca, no te enojés. Este caballero ha entrado aquí por equivocacion, y se retirará en seguida.

Y diciéndo esto se alejó.

Dirigiéndose al punto Sebastian al intruso que se sintió anonadado por su mirada, le dijo con acento severo:

—¿Qué haceis aquí, Fulvio, y á qué habeis venido?

—Supongo, respondió este cobrando aliento, que habiendo conocido á la dueña de esta casa en el mismo lugar que vos, en la mesa de su noble prima, tengo igual derecho á visitarla que cualquiera de sus obsequiosos clientes.

—Pero me parece que no á hora tan intempestiva como esta.

—La hora que no es intempestiva para un oficial jóven, replicó Fulvio con insolencia, no debe serlo tampoco para uno que no lo es.

Sebastian tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener su indignacion al replicarle:

—Fulvio, medita lo que estais diciendo, y tened presente que dos personas pueden ser recibidas en una misma casa bajo muy distintos conceptos. Ni el trato familiar más estrecho, cuanto ménos un conocimiento formado en un banquete, pueden autorizar ó justificar la osadía de vuestra conducta há pocos momentos con la dueña de esta casa.

—Parece que estais celoso, bravo capitán, replicó Fulvio con el más refinado sarcasmo. Segun se dice, sois el pretendiente favorito, si ya no aceptado, de la mano de Fabiola; y como en la actualidad se encuentra en el campo, os pro-

poneis matar el fastidio viendo cómo podeis aseguraros las riquezas de una de las dos herederas más ricas de Roma... Bueno es tener dos cuerdas para un arco.

Este grosero y amargo sarcasmo hirió en lo más vivo los bellos sentimientos del noble soldado, que á no estar tan acostumbrado al dominio de la mansedumbre cristiana se habria ofuscado su razon por el acaloramiento de su sangre.

—A ninguno de los dos nos conviene que permanezcáis más tiempo aquí, Fulvio; y pues no os ha bastado la cortes despedida de la noble doncella á quien habeis insultado, tendré yo que ser el brusco ejecutor de sus mandatos.

Y asiendo fuertemente el brazo del intruso lo condujo á la puerta de la calle, y así que estuvo fuera, teniéndole aun trabado, añadió:

—Véte en paz, Fulvio, y no olvides que por tu indigno comportamiento te has hecho merecedor del castigo que señalan las leyes del estado. Yo te perdonaré siempre que sepas conducirte y no mezclarte en lo que no te atañe. Pero bueno es que entiendas que estoy al corriente de tu ocupacion en Roma, y tendré suspendido sobre tu cabeza el castigo de la insolencia de este día, como prenda de tu discrecion. Ténlo entendido, y véte en paz.

No bien acababa Sebastian de decir estas palabras y de soltar á Fulvio, cuando se sintió agarrado por un invisible y vigoroso adversario. Era este Eurotas, quien avisado por Fulvio, que como nada le ocultaba le habia revelado la entrevista con Corvino, le habia seguido y guardado los pasos, porque temia alguna traicion del hijo del prefecto, cuyo carácter bajo y brutal conocia ya por la esclava negra. Apenas vió en la puerta de la casa lo que le pareció lucha, se escurrió cautelosamente por detras de Sebastian, imaginándose que era el nuevó aliado de su pupilo, y se abalanzó sobre él con la ruda acometida de un oso. Pero habíaselas con un rival poco comun, y en vano forcejeaba ayudado por Fulvio en derribar al soldado; viendo que no lo lograria sacó de su cinturón un arma tan pequeña como mortífera, una hacha de

acero fino forjada en Siria , y ya iba á descargarla sobre la nuca de Sebastian , cuando sintió que se la arrancaban de la mano , y se encontró dando volteretas en el aire , á impulso de una mano de hierro que lo tendió como un costal en medio de la calle.

La mano que traía á Sebastian tan oportuno como inesperado socorro era la de su centurion Cuadrado, notable por su estatura y fuerzas hercúleas, que acudía á la junta de sus hermanos cristianos.

—Malparado dejas á ese pobre hombre , Cuadrado, le dijo Sebastian así que le vió.

—Bien lo merece , mi tribuno, por su cobarde acometida, replicó Cuadrado volviendo á entrar en la casa.

Escarmentados los dos extranjeros se escabulleron del teatro de su derrota , y cuando volvieron la esquina divisaron á Corvino , que ya no cojeaba , sino corriendo lo más aprisa que podía. Muchas veces despues de estos lances se encontraron ; pero ninguno de ellos hizo alusion á su aventura de aquel día , pues conocian el uno y el otro que habian salido burlados y malparados de ella , acabando por persuadirse los nuevos asociados de que en Roma al ménos existia un rebaño que en vano asaltarían el lobo y la zorra.

## CAPÍTULO XV.

### **Vuelve la caridad.**

Restablecida la tranquilidad despues de los dos incidentes referidos que la perturbaron , continuó sosegadamente en la casa de Ines la buena obra de aquel día.

Ademas de las cuantiosas limosnas de la Iglesia que san Lorenzo distribuía , sucedia frecuentemente en los primeros tiempos que repartían de una vez sus bienes aquellos que

deseaban retirarse del mundo (1); y naturalmente se debía esperar que no fuese perdido para Roma el ejemplo de la noble caridad de la apostólica Iglesia de Jerusalem. Pero este extraordinario desprendimiento acaecía más naturalmente en los períodos en que amenazaba á la Iglesia alguna grande persecucion, ó cuando los cristianos, ya por su posicion, ya por otras circunstancias, presentian el martirio y querian, segun la frase generalmente usada, tener libre para la lucha su casa y su corazon, alejando de sí cuanto pudiera aun apegarlos á la tierra, y evitando de este modo que fuese despojo de los impíos soldados lo que debía ser herencia de los pobres (2). Ni se perdía de vista la máxima divina de que la luz de las buenas obras debe brillar á los ojos de los hombres sin que se advierta la mano que la alimenta, penetrándolo sólo Aquel que lee en lo más recóndito de los corazones. La tasacion y venta pública de las alhajas de una noble familia y la distribucion de su justo precio á los pobres debía ser un magnífico ejemplo de caridad que consolaba á la Iglesia, animaba á los esforzados, avergonzaba á los avaros, movía el corazon de los catecúmenos y atraía las bendiciones y plegarias de los menesterosos. Y sin embargo, la mano derecha del que ofrecía estas limosnas se ocultaba cuidadosamente de la izquierda, y la humildad del noble bienhechor quedaba sepultada en el seno de Dios, que recibía el don de estos terrenales tesoros para devolverlos con ilimitada usura en el cielo.

Así sucedió tambien en el caso presente. Terminados los preparativos se presentó Dionisio, sacerdote y encargado de los enfermos, que habia reemplazado á Policarpo en la iglesia de San Pastor; y sentándose en una silla colocada en una extremidad del patio, habló así á los circunstantes:

—Amados hermanos míos: nuestro Dios misericordioso

(1) Dícese que Nepociano distribuyó todos sus bienes á los pobres el día de su conversion. San Paulino de Nola hizo lo mismo.

(2) Dabís impio militi quod non vis dare sacerdoti, et hoc tollit físcus, quod non accipit Christus. *San Agustín.*

ha movido el corazon de un caritativo hermano, quien compadecido de sus hermanos pobres se desprende de gran cantidad de sus bienes por amor á Jesucristo. Ignoro quién es, ni procuraré averiguarlo. Sólo sé que es uno que no se complace en esconder sus tesoros donde el moho los consuma, ó los ladrones los arrebatan, sino que, imitando al bienaventurado san Lorenzo, prefiere que llevados por los pobres se depositen en las arcas celestiales.

Recibidlos, pues, como una dádiva de Dios, que ha inspirado á la caridad este donativo que vamos á repartir, para que pueda servir de auxilio en los dias de tribulacion que se nos preparan.

## CAPÍTULO XVI.

### El mes de octubre.

El mes de octubre en Italia es la magnífica temporada del año. El sol templa sus ardores sin atenuar su esplendor, y abrasa ménos sin ser ménos brillante. Al aparecer en el horizonte derrama sobre la soñolienta naturaleza destellos sembrados de chispas de luz, á la manera que un príncipe indio al entrar en el salon régio esparce puñados de piedras preciosas á sus cortesanos; las montañas parecen adelantar sus erguidas frentes de granito, y los bosques alargar sus enramados brazos, como para recibir agradecidos las anheladas dádivas de la munificencia del astro del dia. Cruza despues majestuoso por un cielo despejado, y en llegando á su lecho de oro fundido en el Occidente, coronado con un dosel de purpúreas nubes, ribeteadas de bruñidas y transparentes orlas, dilata su disco y esparce suaves resplandores como para despedirse de su terminado curso; pero luego envia desde el otro hemisferio, al cual visita y alegría, resplandecientes mensajeros para recordarnos



que no tardará en regresar á regocijarnos con nuevos esplendores. Si sus rayos son ménos intensos, tienen en cambio mayor brillo. Algunos meses han bastado para que de la rugosa cepa broten primero verdes hojas, luego tiernos renuevos, rizadas tijeretas, y por último pequeños racimos de menudos y duros granos; mas ahora las hojas son anchas y extendidas, y los granitos menudos ya hinchados se han transformado en grandes racimos de uvas, de las cuales unas principian á amarillear como el ámbar, miéntras otras van convirtiendo en púrpura la tinta opalina que poco ántes las cubria, y con la cual compite en hermosura.

Muy agradable es estar sentado á la sombra en una ladera leyendo, y levantar de vez en cuando los ojos del libro, á la rica y sin cesar cambiante perspectiva. Al atravesar las juguetonas brisas otoñales los olivares de la colina vuelven sus hojas levantando oleadas de luz y sombra, producidas por la diversidad del color de sus dos lados; y segun que el sol ilumina ó las nubes oscurecen las vides en las vegas intermedias, el brillante tejido de las inmóviles hojas va presentando su delicioso verdor con matices amarillos ó pardos; á estos se mezclan los innumerables colores que abrillantan el paisaje, desde el oscuro ciprés y adusta encina al brillante castaño, á los dorados árboles frutales, á los agostados rastrojos y melancólicos pinos, que son para Italia lo que las palmas para el Oriente, irguiendo sus anchas copas sobre el box y los sonrosados madroños, los arbustos y laureles de las quintas; imagináos todo esto sembrado en las montañas los collados, la llanura, con fuentes que elevan sus cristalinos chorros, y con espumosas cascadas que se precipitan, y pórticos de pulido mármol, y estatuas de bronce y piedra, y trepando por las fachadas pintadas de los albergues rústicos infinitas flores de todo género, fajas de verde césped, y formaremos, siquiera imperfecta, una idea de los atractivos que convidaban en este mes, entónces como en nuestros dias, al patricio y al caballero romano á alejarse de lo que Horacio llama el bullicio y el humo de Roma, para ir á recrear sus ojos contemplando las tranquilas bellezas del campo.

Así que al acercarse este dichoso mes de octubre abríanse las habitaciones para que las purificase el aire, é innumerables esclavos las poblaban, unos sacudiendo el polvo, otros fregando los suelos, otros cortando en fantásticas figuras los vallados, ó limpiando los cauces para que corriesen libremente los arroyos artificiales, y otros, en fin, extendiendo arena por las alamedas y jardines: todos aguijados por las ásperas voces ó los latigazos del *villicus* ó capataz que hacia padecer á muchos para que se deleitara uno solo.

Aparecían por último los caminos y veredas polvorosos, atestados de toda especie de vehículos, desde la pesada carreta cargada de muebles y arrastrada por tardos bueyes, hasta el ligero carruaje tirado por veloces caballos berberiscos. Y como los mejores caminos eran angostos, y los auri-gas de aquellos tiempos eran tan sueltos de lengua como los de ahora, fácil es imaginar la algarabía, confusion y pendencias que se armarian en los caminos.

Las colinas Sabina, Tusculana y Albana estaban cubiertas de espléndidas *villas* ó palacios campestres que descollaban sobre modestas alquerías como las que un Horacio ó un Mecénas se complacerían en ocupar: todavía al mirar en la llana campiña de Roma tantas ruinas de inmensas casas de campo, bien se puede decir que desde la embocadura del Tíber, á lo largo de la costa, camino de Laurento, Lanuvio y Ancio hasta Gaeta y Bayas y otros lugares de baños muy frecuentados, al rededor del Vesubio, existía una calle de magníficas quintas. Ni bastaba tampoco este dilatado espacio para satisfacer la manía romana de ir á pasar la temporada de otoño en el campo; pues también las márgenes del Benacus, hoy Lago Maggiore, al Norte de Milan, las de Como y las deliciosas márgenes del Brenta eran visitadas, no solo por los moradores de las ciudades comarcanas ó los viajeros germánicos, sino también por los de la capital del imperio.

A uno de estos *tiernos ojos de Italia*, como llamaba Plinio á sus quintas, porque constituían su verdadera belleza, se había apresurado Fabiola á trasladarse el día después de la entrevista de su esclava negra con Corvino. Su mansion

estaba situada en la vertiente de la colina que descende á la bahía de Gaeta ; y como su palacio de la ciudad , era notable por el buen gusto que reinaba en la disposicion de sus lujosos y ricos muebles. Desde el terraplen que dominaba el frente de tan espléndido edificio se divisaban las azuladas aguas de la tranquila bahía, encerradas en la más soberbia playa como un espejo en un marco esmaltado, surcada por las blancas velas de innumerables galeras, esquifes, botes de recreo y lanchas de pescadores. Por aquí se oía la estrepitosa algazara de los paseantes, y por allí los alegres cantos mezclados con tiernos sonidos del arpa, pulsada por las familias que se divertían pasando el tiempo sobre el agua, ó los cantos chillones é incultos de los marineros. Una galería de enrejados, tapizada con enredaderas conducía á los baños de la playa, y á medio camino habia una abertura que daba paso á un bosque alfombrado con verde y menuda yerba, manteniendo su frescura un manantial cristalino que brotaba de las rocas artificiales, y caía en una cavidad natural, donde burbujeaba y se agitaba, rebosando por algun trecho en ondas rizadas , y susurrando corría á lo largo del enrejado á mezclarse con el mar. Dos corpulentos plátanos prestaban su sombra á este clásico sitio, donde crecían las más raras y matizadas flores allí aclimatadas á despecho del cierzo helado y del sol abrasador.

Por razones que más adelante explicaremos, Fabio aparecía raras veces en su casa, donde no paraba sino uno ó dos dias ; y cuando esto sucedía , estaba generalmente como de paso para algun paraje más frecuentado y divertido, en el que tenía ó suponía le llamaban negocios. Su hija se hallaba por lo tanto lo más del tiempo sola gozando de tan delicioso retiro, pues además de la bien provista librería de la quinta , que contenía principalmente obras de agricultura ó de interes local , solía llevar consigo un surtido de sus libros favoritos y otras producciones ligeras y nuevas , cuyas primeras y costosas copias le mandaban de Roma. También llevaba varios objetos de arte que, distribuidos en los aposentos, deleitaban sus sentidos y servían de pasto á su fecun-

da imaginacion. Pasaba la mayor parte de las horas de la mañana en el sitio que acabamos de describir , con un cesto de libros, de entre los cuales sacaba ya este, ya el otro volumen. Cualquiera de sus conocidos que la hubiese visitado en el transcurso del año de nuestra historia se hubiera sorprendido al encontrarla casi siempre con una compañera, y esta esclava.

Podemos figurarnos el asombro que le causaria Ines al informarla el dia despues del festin de que Syra se habia negado á abandonar su servicio , á pesar de su seductora promesa de ponerla en libertad, quedándose todavía más pasmada cuando supo que la razon de su negativa era el afecto que la profesaba. No recordaba haber merecido un cariño tan acendrado con ningun acto de benevolencia , ni siquiera con una leve muestra de gratitud por el cuidado con que en su enfermedad la habia asistido ; y por tanto al principio se sintió inclinada á creer que Syra era estúpida. Pero al cabo su claro discernimiento no quedó satisfecho con esta suposicion. Verdad es que habia leído ú oído ejemplos de fidelidad y abnegacion de esclavos para con amos que los habian cruelmente maltratado (1); pero siempre los juzgaba como á excepciones de la regla. Y ¿ qué eran al cabo algunos contados casos de cariño, en el espacio de varios siglos, comparados con los infinitos de aborrecimiento que diariamente presenciaba ? Sin embargo , tenia delante uno claro y palpable, y esto la impresionaba hondamente. Tomóse tiempo y observó vigilantemente á su esclava por ver si descubria algun indicio que manifestase hallarse persuadida de haber hecho una grande accion á que no podia su ama mostrarse indiferente. Pero nada ; Syra continuaba desempeñando sus obligaciones con la misma sencilla diligencia que siempre, y sin dar la menor muestra de imaginarse que se tuviese por ménos esclava que ántes. En su vista, poco á poco fué ablandándose el corazon de Fabiola, y empezó á per-

(1) Tales son los que citan Macrobio en su *Saturnalia* , lib. I, y Valerio Máximo.

suadirse de que no era tan dificultoso lo que en su conversacion con Ines habia considerado imposible: amar á una esclava. Y acabó por adquirir la evidencia de que podia existir en el mundo un amor desinteresado, un afecto sin la más remota mira de ser correspondido.

Sus conversaciones con la esclava despues de la memorable que ya hemos referido la convencieron de que Syra habia recibido una esmerada educacion; pero un sentimiento de delicadeza le impedía molestarla con preguntas para averiguar la historia de sus primeros años, máxime cuando sabia que existian amos que proporeionaban una educacion completa á sus jóvenes esclavas con el fin de lucrarse con su venta.

Siguiendo Fabiola sus observaciones descubrió que Syra leía los autores griegos y latinos con facilidad y elegancia, y que escribía correctamente ambas lenguas; y con gran descontento de sus compañeras fué mejorando la posicion que tenia en la casa, mandando á Eufrosina la señalase aposento aparte, que fue para la pobre muchacha una de las cosas más agradables que pudieron sucederle, y acabó por emplearla como amanuense y lectora. Mas á pesar de estas distinciones no echó de ver en su conducta la más leve alteracion, orgullo, ni pretensiones; léjos de ello, cuando se le presentaba una tarea servil como las de ántes, la desempeñaba con la naturalidad y alegría de siempre, sin que nunca diese la menor muestra de declinarla en quien correspondia.

La lectura á que se dedicaba generalmente Fabiola era de carácter abstracto y refinado gusto, porque consistia en producciones filosóficas; y sorprendíala no pocas veces que su esclava, con una mera observacion, refutase á menudo una máxima aparentemente sólida, rebajase el vuelo de alguna hinchada declamacion de virtud pagana, ó sugiriese alguna idea más elevada de moral ó un modo más práctico de realizar la justicia que los propuestos por los autores que estaba acostumbrada á admirar desde largo tiempo. Y no era este, por cierto, el resultado de un juicio perspicaz ó de una viveza notable de ingenio, ni de la instruccion adquirida con una larga

lectura , profunda meditacion ó superior enseñanza , pues si bien las ideas, palabras y acciones de Syra revelaban algo de esto, con todo las obras y doctrinas que entónces leía le eran de todo punto desconocidas. En la mente de su esclava parecia existir una norma oculta , infalible , de lo que debe entenderse por verdad ; una llave maestra que abria todos los depósitos de conocimientos morales , una bien templada cuerda que vibraba en armonía con todo lo justo y lo bueno, y discordaba con todo lo malo, vicioso ó falto de delicadeza. Fabiola deseaba escudriñar este misterio que le parecia asemejarse más á una ciencia infusa ó á un don especial de percepcion que á cuanto hasta entónces habia conocido.

Todavía no se encontraba en estado de saber que el último y el más ínfimo en el reino de los cielos (y ¿quién más ínfimo que un esclavo?) era mayor en sabiduría y luz espiritual y en celestiales privilegios que el mismo Precursor Bautista (1).

Aconteció, pues , que una deliciosa mañana de octubre, hallándose reclinadas ambas cerca de un manantial y leyendo ama y esclava , la primera fastidiada de la insulsez del libro buscó en la cesta alguna composicion más moderna y entretenida que pudiera distraerla , y sacando un manuscrito, dijo :

—Syra , deja ese insípido libro. Aquí tienes uno que me aseguran es muy divertido, y como acaba de publicarse nos ofrecerá alguna novedad.

Hizo la esclava lo que se le mandaba; pero así que pasó la vista por el título del libro, se puso encarnada como una amapola. Recorrió algunas líneas , y su disgusto se aumentó al persuadirse de que tenía en las manos una de aquellas despreciables producciones groseramente inmorales que escarneciendo toda virtud circulaban libremente , segun refiere san Justino lamentándose de ello, miéntras que los escritos de los cristianos eran recogidos ó desacreditados. Soltó Syra el manuscrito con calma, y dijo á su ama :

(1) Mateo, cap. XI, vers. 11.

—Mi buena ama, no me mandes que lea ese libro; pues ni es bien que yo le lea, ni que tú lo escuches.

Estas palabras de la esclava dejaron maravillada á Fabiola, que nunca siquiera habia soñado que á nadie se le ocurriera semejante cosa, tanto más cuanto que lo que en nuestra época se consideraria como inconveniente para la lectura vulgar formaba en aquellos tiempos parte de la literatura corriente. Desde Horacio hasta Anonio todos los escritores clásicos confirman esta asercion. Y ¿en virtud de qué regla de moral podia declararse lectura indecente la que sólo describia con la pluma un sistema que el pincel y el buril representaban constantemente en toda su desnudez? Fabiola no conocia norma más sublime para juzgar de lo bueno y de lo malo que el sistema bajo el cual habia sido educada y en el que se habia criado. Así es que con la mayor naturalidad preguntó sonriendo á la esclava:

—Y ¿qué daño puede encerrar ese libro para nosotras? No dudo de que referirá muchas atroces maldades y acciones perversas; mas por eso no nos inducirá á cometerlas, y nos entretendremos oyéndolas contar de otros.

—Y ¿las cometerias tú por nada del mundo, señora?

—Ciertamente que no.

—Sin embargo, al oirlas tu atencion debe necesariamente ocuparse de ellas; y puesto que te divierten, tus pensamientos se detendrán con complacencia en su contenido.

—Ciertamente. Y ¿qué sucederá?

—Pues bien, esa atencion es impureza, y ese pensamiento perversidad.

—Y ¿cómo puede ser? ¿No requiere indispensablemente la maldad un acto para que exista?

—Sí, señora. Mas ¿qué es la accion del espíritu ó alma, como yo la llamo, sino el pensamiento? Una pasion que engendra el deseo de la muerte de otro es la accion de ese poder invisible. accion tan invisible como él mismo; el golpe que mata no es sino la accion mecánica del cuerpo tan discernible como su origen. Pero ¿cuál es el poder que impulsa? ¿en cuál reside la responsabilidad del efecto final?

—Ya te entiendo, dijo Fabiola disgustada despues de una pausa. Sin embargo , se me ofrece una dificultad. Dices que somos responsables por el acto interior lo mismo que por el exterior. Pero ¿ á quién ? Si este sigue á aquel , ambos son mancomunadamente responsables á la sociedad , á las leyes, á los principios de justicia, al agente mismo para quien serán penosos los resultados. Mas si sólo existe el acto interno, ¿ á quién se es responsable ? ¿ Quién lo ve ? ¿ Quién lo juzgará ? ¿ Quién se atreveria á refrenarlo ?

—Dios , respondió Syra con sencilla solemnidad.

Fabiola quedó sorprendida , porque aguardaba la exposicion de alguna nueva teoría , algun principio extraordinario ; y todo esto quedaba reducido á lo que aun juzgaba mera supersticion , en que ella no creia tanto como en otro tiempo.

—¡ Cómo, Syra ! ¿ Crees, pues , realmente en Júpiter, en Juno, ó tal vez en Minerva, que es el personaje más respetable de la familia del Olimpo ? ¿ Piensas que tienen algo que ver en nuestros negocios ?

—Muy léjos de eso. Aborrezco hasta su nombre, y detesto la maldad que sus historias ó fábulas simbolizan en la tierra. No ; yo no hablo de dioses ni de diosas, sino de un solo y único Dios.

—Y ¿ qué nombre le das , Syra , en tu sistema ?

—No tiene mas nombre que el de Dios, y aun este se lo dan los hombres para poder hablar de él ; pero no representa su naturaleza, ni su origen , ni sus atributos.

—Y ¿ cuáles son esos ? preguntó Fabiola con creciente curiosidad.

—Su naturaleza es simple como la luz, es uno y siempre el mismo en todas partes, indivisible, indefinible. Penetra sin embargo por todo , está en todas partes , es infinito. Existe por sí mismo, existia ántes de todo principio, existirá despues de todo fin. Poder, sabiduría, bondad, amor, justicia , infalibilidad , forman parte de su naturaleza misma , y son estos atributos ilimitados é infinitos como Él. Él solo puede crear ; Él solo conservar ; Él solo destruir.



Fabiola habia leído mucho sobre las miradas de inspiracion de las sibilas ó sacerdotisas de los oráculos ; mas nunca hasta entónces las habia contemplado. Estaba la esclava inmóvil , resplandecíale el rostro , brillaban tranquilamente sus ojos , y las palabras salian de sus labios como si estos fueran una flauta á la que trasmitiera el armonioso sonido otro aliento oculto. Su expresion y postura recordaron á Fabiola las miradas absortas y misteriosas que habia notado en Ines , y que si en la niña eran tiernas y graciosas , parecian en Syra más graves y sentenciosas. « ¡ Con qué facilidad se inflaman y entusiasman estos orientales ! decíase Fabiola contemplando á su esclava. No me admiro que el Oriente sea la tierra de la poesia y la inspiracion. » Cuando vió que Syra habia ya perdido algo del manifesto arrobamiento de su alma , le dijo en el tono más cariñoso que pudo :

—Mas ¿ cómo crees , Syra , que un Ser como el que has descrito pueda dedicarse á observar las acciones y á escudriñar los ruines pensamientos de millones de criaturas ?

—Ninguna ocupacion es para Él , señora , ni le cuesta el menor trabajo. Le he llamado Luz. ¿ Es por ventura ocupacion ó trabajo para el sol penetrar con sus rayos las cristallinas aguas de esta fuente hasta las guijas de su lecho ? Observad cómo revelan cuanto en ella se encuentra de hermoso é inmundo , y no solo las chispas que al caer despide cada gota , no solo las burbujas que se levantan como perlas y brillan un rápido instante , estallan y desaparecen ; ni tampoco los dorados pececillos que se bañan en su luz , sino tambien los feos y repugnantes reptiles que se afanan por esconderse en las lóbregas cavidades , y no lo consiguen por que la luz los sigue á todas partes. ¿ Hay fatiga ni ocupacion en todo esto para el sol que nos alumbra ? Pareceríalo con mayor razon si tuviese que detener sus rayos en la superficie del trasparente elemento para impedirles que lo iluminasen. Y lo que hace en este manantial lo hace con la misma facilidad en el arroyo inmediato , y en el que corre á mil leguas de aquí , sin que por más que aumentásemos hasta donde es dado imaginar el número ó tamaño de los objetos

pudiésemos figurarnos ni creer que habian de faltar rayos y luz para escudriñarlos todos.

—Tus teorías son siempre bellas, Syra, y serian admirables si fuesen verdaderas, observó Fabiola despues de una corta pausa, durante la cual estuvo contemplando la fuente como si buscara en ella la confirmacion de las palabras de la esclava.

Enmudeció otra vez, y con la vista fija en un punto parecia absorta discurriendo en las palabras de Syra, pues al cabo de algun tiempo dijo con acento reflexivo:

—Y parecen verdaderas... Porque nunca la mentira ostentará la belleza que presenta la verdad. Sin embargo, es aterradora la idea de que una no haya estado jamas ni un instante sola; que no haya sentido un deseo, ni formado en secreto un pensamiento, ni abrigado el menor capricho, propio de la indómita fantasía, sin que lo haya conocido Aquel que en todo es perfecto. Si lo que dices es verdad, terrible cosa es pensar que hemos de vivir bajo sus miradas, en comparacion de las cuales es una sombra la luz del sol, puesto que penetran hasta el alma. Esto basta para que cualquier dia me sienta impelida al suicidio, á fin de sustraerme á tan atormentadora vigilancia. Y sin embargo, cuanto has dicho me parece verdadero.

Al expresarse de esta manera Fabiola estaba casi fuera de sí. Su orgulloso corazon pagano se rebelaba contra la suposicion de que ya no podria estar sola con sus pensamientos, ó de que existiese un poder capaz de enfrenar sus más recónditos deseos, oponerse á sus antojos y tener á raya su imaginacion. Y á pesar de todo, la idea de que la doctrina de Syra tenia las apariencias de verdadera volvía á apoderarse de su mente. Su claro entendimiento bregaba con su atormentado orgullo, como lucha el águila con la serpiente, avasallando á su acobardado enemigo más con la vista que con el pico y las garras. Cesó al fin el combate interior que habia estado sosteniendo y que revelaban su rostro y ademanes, y entró en completa calma. Entónces parecióle que por primera vez se hallaba en presencia de un Ser superior á ella,

al cual temia y deseaba sin embargo amar. Humilló su espíritu, puso su inteligencia á los piés de este Sér invisible, y su alma reconoció que tenia un Dueño y un Señor.

Syra, que observaba con intensa inquietud la agitacion que embargaba el ánimo de su ama, convencida de lo importante que seria para los progresos religiosos de su discípula que conociese la verdad que principiaba á manifestársele, oraba fervorosamente para alcanzar de Dios esta gracia.

Al fin alzó Fabiola la cabeza que parecia haber humillado al par de su espíritu, y dijo blanda y afablemente:

—Syra, estoy persuadida de que todavía no he penetrado toda la profundidad de tu doctrina, y que tendrás mucho más que enseñarme.

Al oír estas palabras encendióse el rostro á la esclava, y solamente sus lágrimas pudieron aliviar el peso que la oprimia.

Fabiola, con voz tranquila y sereno semblante, prosiguió diciendo:

—Hoy has abierto un nuevo mundo á mis ojos, y una nueva vida á mis pensamientos; una esfera de virtud independiente de los juicios y las opiniones de los hombres, la conciencia de un Poder que examina, aprueba y tambien recompensa. ¿No es así?... (Syra con una inclinacion de cabeza, al mismo tiempo que cruzaba las manos sobre el pecho, expresó su asentimiento). Que está presente y nos mira cuando nadie puede vernos, ni contenernos, ni estimularnos. Me has proporcionado el convencimiento de que, aun cuando estuviéramos reducidos á vivir en perpétua soledad, seríamos siempre los mismos, porque esa influencia ejerceria sobre nosotros una accion superior á la de todos los principios humanos, y nunca nos abandonaria. Tal es la elevacion moral en que tu teoría, si es que la he comprendido, colocaria á cada criatura humana. Descender de ella, aun observando una vida virtuosa, es mera y falaz ilusion, y maldad manifiesta. ¿Es ó no así, Syra?

—¡Oh, querida señora mía! Y ¡cuánto mejor que yo sabeis expresarlo!

—Nunca me has adulado, Syra, replicó Fabiola sonriéndose; no empieces ahora. Mas ya que has difundido nueva luz sobre puntos hasta hoy envueltos para mí en la mayor oscuridad, dime si eso fue lo que quisiste indicar al replicarme que para tí no existía diferencia entre ama y esclava. Con eso me quisiste decir que la diferencia era tan sólo física y social, exterior en una palabra, y que no admitía comparación con la igualdad que existe ante ese Sér Supremo tuyo y con aquella superioridad moral de una sobre la otra, que á Él solo le es dado discernir, y que está en razon inversa de nuestra visible categoría.

—En gran parte, noble señora, era mi idea; aunque envolvía otras consideraciones que apenas pudieran actualmente interesarte.

—Y, sin embargo, cuando enunciaste esa proposicion, me pareció tan absurda é insolente, que me dejé arrebatar por el orgullo y la cólera... ¿Te acuerdas, Syra?

—No, no, replicó la apacible esclava. Os ruego no volvais á recordarlo, señora.

—¿Me has perdonado el arrebato de aquel día? exclamó el ama con ternísima emocion, desconocida hasta entónces por ella.

La pobre esclava no pudo resistir más la suya; y arrojándose á los piés de su ama procuraba asirle las manos. Impidióselo empero Fabiola, que por la primera vez de su vida se arrojó al cuello de una esclava, y lloró tierna y abundantemente. Su corazon iba sobreponiéndose á su entendimiento, y era preciso que se ablandase. Recobróse al fin, y dijo al separar los brazos del cuello de la esclava:

—Una pregunta más, Syra. ¿Puede una atreverse á tributar culto á ese Sér que me has descrito, ó es demasiado grande y sublime y se encuentra demasiado elevado y distante de nosotros para eso?

—No, muy al contrario, noble señora, respondió la esclava. No está distante de nosotros; porque del mismo modo que en la luz del sol vivimos todos igualmente, y nos movemos y existimos en el esplendor de su omnipotencia, bondad

y sabiduría, podemos dirigirnos á Él, no como á un Sér que está fuera de nosotros, sino como á un Sér que está al rededor y dentro de nosotros, como nosotros estamos dentro de El. Y no nos escucha con sus oídos, sino que nuestras palabras llegan á su seno, y los deseos de nuestros corazones pasan directamente á su divino abismo.

—Pero, continuó Fabiola con timidez, ¿es posible que haya un acto bastante grande, tal como se supone que lo es el sacrificio, por medio del cual le podamos tributar nuestros homenajes, significarle nuestra sumision y adorarle?

Syra titubeó en responder, pareciéndole que la conversacion se iba trasladando insensiblemente al terreno místico y sagrado, en donde la Iglesia no consiente poner el pié á los profanos; y se concretó á dar una contestacion afirmativa y de un modo general.

—Y ¿no podría yo, preguntó Fabiola aun con mayor humildad, instruirme en vuestra escuela para que me fuera dado ofrecer ese sublime homenaje?

—Me parece que sí, noble señora; pero es indispensable que la víctima que se ofrezca á Dios sea digna de su divinidad.

—¡Seguramente! respondió Fabiola. Un toro puede ser una víctima adecuada para Júpiter, ó un cabrito para Baco. Pero ¿qué sacrificio puede haber digno de ese Sér cuya existencia y atributos me has revelado?

—Debe ser digno de Aquel que respecto á pureza es immaculado, respecto á grandeza incomparable, y respecto á bondad y gracia infinito.

—Y ¿cuál puede ser, Syra?

—Sólo Él mismo.

Fabiola se cubrió el rostro con las manos, y al cabo de breves instantes, alzando las miradas hácia Syra, le dijo con solemne gravedad:

—Despues de haberte oido explicar con tanta lucidez el profundo sentido de la responsabilidad moral que debe dirigir habitualmente todas nuestras palabras y acciones, no me cabe duda de que hay en lo que acabas de decir, por más

que mi mente no pueda ahora abarcarlo, una significacion real.

—La hay en verdad, señora; y tan cierto es lo que os he dicho, como lo es que hay quien oye cada una de mis palabras, y ve y juzga cada uno de mis pensamientos.

—Syra, suspendamos aquí nuestra plática. No tengo fuerzas para apurar esta materia, y mi ánimo necesita descanso.

## CAPÍTULO XVII.

### La comunidad cristiana.

Terminado el anterior coloquio retiróse Fabiola á su aposento, pasando el resto del día, ora en extremada agitacion, ora en apacible calma. Cuando contemplaba la extensa perspectiva de vida moral que en su mente se desenvolvía, la jóven experimentaba una tranquilidad extraordinaria, como si hubiera descubierto un gran fenómeno cuyo conocimiento la elevase á una altísima y desconocida region, desde la cual podia sonreirse de los errores y desvaríos de los hombres. Mas cuando consideraba la responsabilidad que este descubrimiento imponia, los cuidados que reclamaba, las secretas y no recompensadas luchas que requería, la desolacion en que temia encontrarse al practicar una virtud que no granjeaba aplausos ni siquiera simpatías, estremeciase espantada de la vida que la aguardaba y que iba á pasar sin sosten. Renunciar á la única regla que conocia de practicar la virtud era una idea que la aterraba, pues siéndole desconocida la verdadera causa se figuraba que carecia de los medios y disposicion para poner en práctica tan hermosa doctrina, y en su imaginacion la comparaba á una brillante lámpara, puesta en medio de un vasto y desamueblado salon, iluminando sólo el espacio. «¿Para qué sirve, se decia, tan inútil resplandor?»

Había pensado destinar la mañana siguiente para hacer á Cromacio , exprefecto de la ciudad , una de esas visitas anuales que en el campo acostumbraban hacerse los romanos. El lector no habrá olvidado sin duda que el antiguo funcionario público, despues de su conversion religiosa y de haber dimitido el cargo de prefecto, se habia retirado á su quinta de Campania , llevándose consigo á varios de los convertidos por el tribuno Sebastian , y juntamente con ellos al santo presbítero Policarpo para que insiguiese en su tarea de instruirlos. Aunque ignorante de todo esto Fabiola , habian sin embargo llegado á sus oídos los rumores que corrian referentes á la quinta, donde se suponía que pasaban cosas singulares. Decíase que este año tenia Cromacio hospedadas en su quinta multitud de personas que no frecuentaban ántes su casa , y que en ella no se celebraban ya las fiestas ni convites de otro tiempo; que ademas habia dado la libertad á todos sus esclavos, con la particularidad de que muchos de ellos habian preferido permanecer á su lado; siendo lo más extraño que á pesar de, no tolerarse regocijadas fiestas ni bulliciosas reuniones, una numerosa concurrencia que llenaba aquel recinto daba muestras de hallarse siempre contenta y satisfecha. Movida de la curiosidad , á la vez que deseosa de llenar un deber de cortesía hacía una de las personas que más afecto la habian demostrado desde niña , dispuso Fabiola la visita al antiguo magistrado, queriendo ver por sí misma lo que hubiera de cierto acerca de aquel caso práctico de platonismo, como ella lo llamaba , y que nosotros calificaríamos hoy de utopia.

Salió, pues , Fabiola muy de mañana para la quinta de Cromacio, en un ligero carruaje de campo tirado por excelentes caballos , y atravesó alegremente la hermosa llanura de la feliz Campania. Uno de esos aguaceros tan frecuentes en otoño habia desvanecido el polvo del camino , y cristalinas y lucientes gotas de agua salpicaban las hojas de las vides , que enlazándose de árbol en árbol en forma de festones suplían los vallados. No tardó Fabiola en subir el repecho (pues no merecia el nombre de colina ) cubierto de madroños , boj y

laureles, de entre los cuales se destacaban, rodeadas de altos pinos, las blancas paredes de la espaciosa morada de Cromacio, que coronaba la cima. Desde que llegó á la quinta echó de ver en ella cierta novedad de que en los primeros momentos no acertaba á darse cuenta; pero no bien hubo traspasado la verja, comprendió en seguida la causa de aquella innovacion, pues faltando de sus pedestales y nichos todas las estatuas que se levantaban ántes, artísticamente colocadas entre el perpétuo verdor de los vallados parecióle que la quinta habia perdido sin duda alguna su más bello adorno, al par que el distintivo particular á que debia el nombre, ya sin significacion, de *Ad Statuas*.

Cromacio, á quien habia visto la última vez cojeando de la gota, salió á recibirla con el aspecto de un hombre anciano ya, pero robusto y ágil, como si nada le agobiase. Saludóla afectuosamente, se informó de su salud y la de Fabio, su padre, y la preguntó si este preparaba, como se decia, un viaje al Asia. Era la primera noticia que Fabiola tenia de aquel viaje, que de ser cierto, se lo habia ocultado su padre. Manifestóse con tal motivo apesadumbrada la jóven, y Cromacio, sin duda para distraerla y consolarla de su disgusto, trató de persuadirla que la noticia del viaje seria uno de tantos rumores sin fundamento, y la invitó á dar un paseo con él por los jardines. Los cuadros y las innumerables plantas de que se hallaban llenos encontrólos Fabiola tan hermosos y bien cuidados como siempre; pero no podia acostumar su vista á la falta de las estatuas, que tanto echaba de ménos. Al llegar á una fuente encerrada dentro de una gruta, en la que ántes se veian retozar juguetonas ninfas y otras deidades anfibias, y ahora sólo presentaban su oscura y tersa superficie las aguas, fue imposible á Fabiola reprimir por más tiempo su curiosidad, y volviéndose al anciano, dijo:

—¿Quereis decirme, Cromacio, qué idea ha sido la vuestra al desalojar de estos jardines las estatuas que constituian su más bello adorno y la fisonomía especial de la quinta? Pues á fe mia que por más que discurro no acierto á explicarme innovacion tan extraña.



—Mo te enfades , hija mia , respondió sonriéndose el cariñoso anciano. ¿Acaso eran de alguna utilidad esas figuras?

—Vos lo creereis así , Cromacio , aunque seguramente no faltará quien piense de otro modo. Pero , en fin , ya que tanto os disgustaban esas estatuas , ¿qué habeis hecho de ellas?

—A decir verdad , hija mia , todas , absolutamente todas , han ido á parar al martillo.

—¿Es posible! y ¡sin avisarme á mí , que sabéis habria comprado con gusto algunas de ellas!

Cromacio soltó una estrepitosa carcajada , y con la franqueza que le permitia su trato familiar con Fabiola , á quien , como hemos dicho , conocia desde niña , dijo:

—¿Qué de prisa van estas muchachas! ¡No hay modo de dar alcance á su imaginacion! Querida mia , no es el martillo de la almoneda al que me referia yo , sino al de la fragua , á cuyos golpes han sido machacados dioses y diosas , y reducidos á polvo. Podrá ser , si lo deseas , que encontremos por ahí algun pequeño fragmento de pierna ó de mano sin dedos ; pero siento no poderte ofrecer del mismo modo un cráneo que no tenga abolladuras ó una cara que no esté sin narices.

Fabiola , cada vez más asombrada de lo que oía , exclamó:

—¿Quién creyera capaz á nuestro anciano y discreto magistrado de cometer tal acto de crueldad y barbarie! Porque ¿qué razon , siquiera sea aparente , podríais alegar que justificase determinacion tan violenta?

—¿Cómo ha de ser , hija mia! Segun voy envejeciendo la experiencia y los años van enseñándome cosas nuevas : hoy por hoy tengo ya la profunda conviccion de que ese señor Júpiter es tan dios como yo , pobre mortal , y esa señora Juno tan diosa como tú. Así es que sin ningun género de contemplaciones los he echado á todos de mi casa.

—Todo eso está muy bien , replicó Fabiola , y yo misma , sin tener vuestra edad ni vuestra ciencia , hace ya mucho tiempo que pienso de ese modo. Mas ¿qué se oponia á que conservaraís esas estatuas simplemente como obras de arte?

—El que esas estatuas no habian sido colocadas aquí en

tal concepto, sino en el de divinidades. Eran unos impostores que se habian entrado engañosamente en mi casa ; y así como tú echarias de la tuya por intruso cualquier busto ó retrato que, no teniendo nada que ver con tu familia, se hallase ocupando un lugar entre los de tus antecesores, del mismo modo , así que me he enterado del engaño, he expulsado yo á esos histriones ó farsantes que pretendian tener conmigo un parentesco más elevado. Si no he querido venderlos ha sido por no exponerme á que , pasando á otras manos , continuasen la misma superchería.

—Pero, decidme : ¿no es tambien una impostura , mi recto y severo juez , que vuestra quinta siga llamándose de *Las estatuas* , cuando ni una sola ha quedado en ella ?

—Precisamente por eso , respondió Cromacio , á quien agradó la agudeza , habrás observado que he mandado plantar palmas por todas partes : cuando empiecen á asomar sus copas por encima de los demas árboles , cambiaremos entonces el nombre de la quinta y la llamaremos de *Las palmas*.

—Y será muy lindo nombre , dijo Fabiola sin comprender la profunda y apropiada significacion que encerraba este título, puesto que ignoraba hallarse convertida la quinta de Cromacio en una escuela de cristianos , donde se preparaban muchos para el gran combate de la fe y la muerte del martirio, á la manera que en establecimientos á propósito solian prepararse los gladiadores ántes de presentarse en el circo. Los que entraban en aquella casa y los que de ella salian considerábanse con razon en camino de conquistar la palma del martirio para comparecer con ella ante el tribunal de Dios en testimonio de su victoria sobre el mundo ; y crecido número de ellas fueron desgajadas en breve de aquel plantel, fundado en el primer retiro de los cristianos.

Pero, suspendiendo por un momento nuestra narracion, vamos á referir aquí la historia de la demolicion de las estatuas de Cromacio, que en las *Actas de san Sebastian* constituye un episodio de los más notables.

Cuando Nicostrato dió cuenta á Cromacio , como prefecto

que era de la ciudad, de haber soltado á sus presos y de que Tranquilino habia sanado de la gota por medio del bautismo el prefecto, no sin haberse enterado ántes minuciosamente de la verdad del hecho, mandó llamar á Sebastian y le manifestó su propósito de hacerse cristiano para curarse de aquella enfermedad que , como á Tranquilino, venia de tiempo atras atormentándole. No siendo posible acceder en esta forma á su pretension , se discurrió otra manera de probarle la verdad y excelencia de la religion cristiana , que eludiria al mismo tiempo el grave inconveniente de recibir el bautismo tan sólo por interesadas miras particulares. Tenia nombre Cromacio por el extraordinario número de estatuas pertenecientes al paganismo que poseia , y Sebastian le aseguró que al punto sanaria de su dolencia si mandaba que las hiciesen todas pedasos. Dura como debió parecerle la condicion , el prefecto consintió en ella de buen grado ; pero su hijo Tiburcio enfurecióse de tal suerte que juró, si su padre no sanaba , que habia de echar en un horno encendido á Sebastian y Policarpo : cosa en verdad nada difícil para el hijo del prefecto.

Doscientas estatuas fueron destruidas en un solo día entre las de la quinta y las de su palacio de Roma : Cromacio no sanó sin embargo. Llamado de nuevo Sebastian y reconvenido severamente , dijo con la mayor conviccion y firmeza de ánimo : «Estoy seguro de que no todas las estatuas han sido demolidas ; es indudable que algunas han debido salvarse de la destruccion general acordada.» Y así era en efecto : algunos objetos de poco bulto, más bien tenidos como primores de arte que venerados como ídolos , habian sido escondidos como el codiciado botin de Achan (1). Presentados que fueron y destruidos , curó instantáneamente Cromacio , con lo cual , no solo se convirtió él , sino tambien su hijo Tiburcio, que desde entónces fue uno de los más entusiastas cristianos, y poniendo glorioso término á su vida con el martirio legó su nombre á una de las catacumbas.

(1) Josué, cap. VII.

Accediendo á los deseos que manifestó despues de su conversion se le permitió permanecer en Roma para animar y fortalecer la fe de sus hermanos en la nueva persecucion que se preparaba; encargo que podia llenar fácilmente á causa de sus relaciones en el palacio imperial y del extraordinario valor y actividad de que se hallaba dotado. A esta circunstancia debió tambien el hacerse amigo íntimo y compañero inseparable de Sebastian y Pancracio.

Pero, anudando el hilo de la conversacion entre Cromacio y Fabiola, oigamos á esta, que en su afan de conocer la razon para ella inexplicable de las acciones y palabras del exprefecto, le dijo :

—¿Sabeis, Cromacio...? Mas tomemos asiento aquí en este delicioso sitio, donde recuerdo habia ántes un precioso Baco..... ¿Sabeis que circulan extraños rumores por la comarca acerca de vos y del género de vida que llevais en esta quinta?

—¡Calle! De veras que no sé nada. Y ¿qué rumores son esos?

—Primeramente, dícese que teneis aquí, viviendo en vuestra compañía, multitud de personas á quienes nadie conoce; que no vais á ninguna parte ni recibis á nadie; que llevais la vida de un filósofo platónico, y os proponeis establecer en esta casa una pequeña república, con arreglo á las doctrinas de aquel maestro.

—Mil gracias, interrumpió el anciano sonriéndose y acompañando sus palabras de una cortesía burlona.

—No es esto todo, prosiguió Fabiola. Añaden que os recojis muy temprano, que careceis de todo género de diversiones, y que es tan exagerada vuestra frugalidad que os estais casi matando de hambre.

—Por supuesto, interrumpió Cromacio, que nos harán la justicia de añadir que pagamos corriente nuestras extravagancias, y no tenemos trampas con el panadero, ni con el tendero, ni...

—¡Oh! ¿Quién lo duda? respondió riendo Fabiola.

—¡Es mucha bondad la de esas gentes! repuso siempre

festivo y jovial el anciano. Ellos, ó por mejor decir el público, se ocupa grandemente de mis asuntos. Sin embargo, ¿no es de extrañar, mi querida Fabiola, que miéntras en mi casa ha estado reinando la libertad más omnímoda para comer, hablar y divertirse cada uno como queria, haciendo en sus zambras toda la bulla posible, incomodando por lo tanto á los vecinos con sus inconsideradas fiestas (dispénsame si menciono tales cosas); en una palabra, que cuando no éramos sobrios, ni moderados, ni irrepreensibles, no se le ocurriera á nadie ocuparse de nuestras acciones? Mas hé aquí que nos retiramos unos cuantos á la vida sosegada, que aparecemos frugales y trabajadores, indiferentes al bullicio, alejados de la política y de los negocios públicos, y al instante la curiosidad del vulgo se despierta para escudriñar lo que hacemos, y se apodera de los políticos desocupados el afán de comentar nuestros actos, yendo infatigables tras de calumniosas imputaciones y sospechas con que explicarse nuestro modo de vivir y los motivos que tenemos. ¿No es esto, dime, un verdadero fenómeno?

—Ciertamente que sí. Pero ¿cómo lo explicaríais, Cromacio?

—Únicamente atribuyéndolo á esos espíritus mezquinos que tienen cierta propension á envidiar siempre todo pensamiento ó acción más elevado que los suyos, y se esfuerzan, sin conciencia á veces de lo que hacen, en deprimir cuanto les parece superior á sus ruines aspiraciones.

—Pero ¿querréis decirme cuál es el objeto y el género de vida que realmente habeis adoptado?

—¿Por qué no? Escucha: la mayor parte del tiempo lo invertimos en cultivar nuestras facultades intelectuales. Madrugamos extraordinariamente, tanto que apenas me atrevo á decirte la hora á que nos levantamos: lo primero que hacemos es consagrar algunas á ejercicios religiosos; despues cada uno ocupa el tiempo de distinto modo, ya leyendo, ya escribiendo, ya tambien en las labores del campo; y por cierto, querida mia, que no hay labrador de oficio que trabaje con más empeño ni mejor que estos labradores improvi-

sados. Además, nos reunimos todos diferentes veces al día y cantamos en coro preciosos himnos que sólo respiran virtud y pureza; nos dedicamos también á lecturas ejemplares, ó bien recibimos lecciones de viva voz con que nos instruyen elocuentes maestros. Nuestras comidas son muy parcas, es verdad, pues todos nuestros alimentos se reducen á vegetales; pero al cabo de mis años he venido á descubrir que se pueden comer lentejas y estar sin embargo muy contentos, y que la alegría de una mesa no depende en modo alguno de lo exquisito de las viandas.

—¿Es decir que cuando yo creía que esa escuela no existía ya por rancia, os habeis hecho decididamente pitagóricos?... A lo ménos es preciso confesar que el sistema no puede ser más económico, observó Fabiola en tono de mofa.

—¡Ah picarilla maliciosa! exclamó el bondadoso y afable anciano. ¿Crees tú que con este plan de vida nos proponemos hacer algunas economías, no es eso? Pues te equivocas, porque léjos de pensar así hemos adoptado una resolución que calificarias de desesperada.

—Y ¿cuál es? preguntó vivamente la jóven.

—Impedir, nada ménos, que haya un solo pobre en toda la comarca, para lo cual este invierno vestiremos á todos los desnudos, daremos de comer á todos los hambrientos, asistiremos á todos los enfermos... ¿Qué tal? Con este sistema ¿faltará colocacion á nuestros ahorros?

—Ciertamente que la idea es tan generosa como inusitada en nuestros tiempos; mas tened por seguro que en pago de vuestra generosidad se levantarán de todas partes contra vosotros risas burlonas y amargas censuras. Dirán entónces de vosotros cosas peores, si cabe, de las que ahora dicen.

—¿Cómo?

—No os ofendais; pero se han adelantado ya á suponer que sois cristianos. Por supuesto que yo he salido á vuestra defensa, rechazando con la mayor indignacion esa calumnia siempre que la he oido.

Cromacio permaneció tranquilo y dijo sonriéndose:

—Y ¿por qué, hija mia, con indignacion?

—Porque os conozco demasiado á vos , á Tiburcio , á Nicostrato y á esa pobre muda Zoé , para que ni por un momento pueda suponerlos capaces de ir á abrazar esa religion, entreestúpida y malvada , que llaman cristianismo.

—Permíteme , hija mia , una pregunta : ¿te has tomado alguna vez la molestia de leer un libro cristiano, por el cual comprendas lo que realmente cree y practica esa tan despreciada comunión ?

—No, seguramente. Ni estoy dispuesta á emplear tan mal mi tiempo , ni tendria , aunque quisiera , paciencia para ello. Como enemigos de todo progreso intelectual , como ciudadanos sospechosos , como crédulos hasta la ceguedad, y como individuos asociados para toda clase de crímenes, inspiranme demasiado desprecio esos cristianos para que no evite con el mayor cuidado toda ocasion de conocerlos y tratarlos.

—Está bien , Fabiola ; pero has de saber que yo mismo pensaba ántes exactamente como tú , y sin embargo he tenido que reformar mi opinion , y pienso ya de muy distinta manera.

—Pues es extraño, y particularmente en vos , que como prefecto de la ciudad habreis tenido que castigar á no pocos de esos miserables por su costumbre de infringir las leyes.

Al oír esas palabras nublóse la frente del festivo anciano y apareció una lágrima en sus ojos : el recuerdo de su conducta pasada trájole á la memoria el tiempo en que san Pablo habia perseguido tambien sin descanso á la Iglesia de Jesucristo.

Fabiola conoció con pesar el efecto de sus palabras , y queriendo disipar la aflicción de Cromacio , apresuróse á decirle con el acento más cariñoso que pudo:

—Querido Cromacio , perdonadme si inadvertidamente he afligido vuestro bondadoso corazón , trasladando vuestra mente á una época en la cual teníais el triste deber de castigar.

El anciano movió la cabeza en señal de asentimiento , á la vez que estrechaba la mano á Fabiola.

Esta prosiguió con cierta locuacidad , como quien desea dar á la conversacion otro giro:

—Sabad, amigo mio, que uno de los objetos de mi visita ha sido preguntaros si habria alguna persona que pudiera encargarse de llevar á Roma una carta para mi padre (1), de cuyo proyectado viaje abrigaba yo algunas sospechas , y quiero escribirle , no sea que , como hizo en su último viaje , se ausente sin avisarme ántes , para evitarme el dolor de la despedida.

—Sí, contestó Cromacio ; precisamente tenemos aquí un jóven que va á salir mañana muy temprano para la ciudad. Vén á la biblioteca ; donde puedes escribir la carta , y allí encontraremos al portador probablemente.

Encaminándose luego á la casa, penetraron en una habitacion del piso bajo, llena de estantes con libros, en medio de la cual habia un jóven sentado á una mesa y copiando un voluminoso libro, que cerró y puso á un lado al ver entrar una persona extraña.

—Torcuato, dijo Cromacio al jóven , esta señora tiene á su padre en Roma y desea enviarle una carta.

—Con mucho gusto, respondió él; mañana salgo para allá, como sabeis , y en esta , como en otra cualquiera circunstancia , tendré un singular placer en servir á la noble Fabiola y á su ilustre padre.

—Pues ¡qué! ¿Los conoces? exclamó sorprendido el magistrado.

—Siendo muy jóven aun tuve el honor, como ántes mi padre, de ser empleado del noble Fabio en Asia: por falta de salud me ví obligado despues á dejar su servicio.

Hallábanse sobre la mesa varias hojas de fina vitela cortadas á igual tamaño y evidentemente destinadas á copiar algun libro. Cromacio tomó una de ellas y la puso delante de Fabiola , acercándole tinta y una caña ; la jóven escribió unas cuantas líneas cariñosas á su padre; dobló la vitela , la

(1) En aquel tiempo no existía el servicio de correos, y para mandar cartas habia que despachar un propio ó aguardar alguna oportunidad.



ató con un cordoncillo, púsole un poco de cera é imprimió en ella un lindo sello que sacó de una bolsa bordada. Reservándose recompensar oportunamente al mensajero, tomó en seguida otra hoja, escribió en ella el nombre y las señas de Torcuato, y la guardó cuidadosamente en su seno.

Despues aceptó algunos refrescos que le fueron ofrecidos, y por último subió á su carruaje y se despidió afectuosamente de Cromacio, en cuyo semblante distinguió al traves de sus miradas paternales cierta expresion de melancolía profunda. Fabiola creyó ver la causa en la afliccion que sienten los ancianos al despedirse de una persona querida, temiendo separarse de ella para siempre; pero indudablemente era otro el sentimiento que conmovia el corazon de Cromacio, pues al estrechar en sus manos las de la doncella se preguntaba á sí mismo: «¿Ha de permanecer siempre en tan deplorable estado la razon de esta bella jóven? ¿Podré con indiferencia dejarla morir en su ciega ignorancia? ¿Tan noble corazon y elevado entendimiento han de seguir arras-trándose por el lodo inmundo del paganismo, cuando el uno por sus afectos y el otro por sus pensamientos parecen hallarse dotados ambos de fibras extremadamente delicadas, aunque fuertes, con las cuales la verdad podría hacer el más rico tejido? No, no puede ser; no será.» Y á pesar de esa resolucion no se atrevieron sus labios por diferentes motivos á pronunciar una declaracion que, léjos de aproximarla á la fe, conocia el anciano que iba á producir el efecto contrario.

—¡A Dios, hija mia! exclamó al fin alejándose. ¡Que el cielo te colme de bendiciones, y realice mis deseos conduciendo tus pasos por caminos que ahora desconoces!

Fabiola se conmovió con la ternura y misterio de estas palabras, y empezaba á reflexionar sobre ellas cuando oyó á Torcuato que daba voces para que se detuviese el carruaje.

Al reparar en el jóven volvió á ocurrirle la misma idea que le asaltó momentos ántes en la biblioteca: el contraste que formaban el tono y desenfado del mancebo con el acento dulce y maneras reposadas del anciano.

—Perdonad que os detenga, señora, dijo Torcuato acercándose al carruaje; pero necesito saber si esta carta ha de ser entregada sin demora.

—Sí, por cierto; mi deseo es que llegue cuanto ántes á manos de mi padre.

—Si es así, difícilmente podré serviros, porque no tengo otro remedio que viajar á pié ó por los medios más baratos que encuentre, y esto retardará el viaje algunos días.

Fabiola titubeó un instante y dijo con timidez:

—Si no fuera demasiada libertad me ofrecería á pagaros un viaje más rápido.

—¡Libertad! ninguna, señora, respondió Torcuato disimulando apenas su alegría, por cuanto así podré servir mejor á vuestra noble casa.

Fabiola le alargó entónces un bolsillo de dinero, suficiente, no solo para los gastos del viaje, sino para recompensarle largamente su servicio. Torcuato recibió la suma con presteza é inequívocas muestras de contento, y se alejó apresuradamente desapareciendo en seguida por una de las alamedas laterales.

Fabiola, que le habia seguido con la mirada hasta perderle de vista, quedóse algo pensativa, preocupada con las palabras y maneras del mancebo, que le habian impresionado desagradablemente, viniendo á deducir por último que no convenian en modo alguno á Cromacio las relaciones que al parecer existian entre él y Torcuato. Si Cromacio, por su parte, hubiera presenciado el hecho, de seguro habria traído á su memoria el recuerdo de Júdas al ver el ahinco con que el jóven alargó la mano para coger el bolsillo.

Alegróse, sin embargo, Fabiola de haber satisfecho tan pronto, con sólo desprenderse de aquella suma, cualquier deuda de gratitud que hubiese podido contraer con su mensajero; y en esta conviccion sacó el apunte que habia guardado en el pecho, para rasgarlo como innecesario, cuando al ir á hacerlo advirtió que la hoja tenia escritas algunas líneas en el respaldo, las cuales probablemente habrian sido pasadas allí del libro que copiaba Torcuato cuando entró en la bi-

biblioteca. La hoja, que se hallaba apenas empezada, contenia sólo las siguientes frases, que la jóven leyó por mera curiosidad:

«Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen: y rogad por los que os persiguen y calumnian:

«Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (1).»

Imaginémonos la perplejidad de un indio selvático que ha recogido del álveo de un arroyo una blanca y trasparente guija, resquebrajada é informe por fuera, pero que al ver los destellos de luz que despiden por sus grietas se encuentra confuso y no sabe si posee un rico diamante ó una piedra sin valor, una alhaja preciosa digna de ser colocada en la corona de un rey, ó un objeto despreciable, á propósito tan sólo para ser despedido por los desnudos piés del mendigo. ¿Saldrá de su incertidumbre arrojando lejos de sí la guija, ó irá á mostrársela á un diamantista para que la aprecie, y acaso se le ría en su propia cara? Tales eran los sentimientos encontrados que se disputaban el ánimo de Fabiola mientras se dirigía á su quinta.

—¿De quién, se decía, serán estas sentencias? De seguro no pertenecen á ningun filósofo griego ni romano; y ó son muy falsas y de una degradacion infame, ó muy verdaderas y de una moralidad excelsa y sublime... ¿Habrà quién practique semejante doctrina, ó no será mas que una deslumbrante paradoja? Mas ¿para qué engolfarme en un mar de conjeturas pudiendo preguntar á Syra, ya que tanto se asemejan estas máximas á sus bellas cuanto irrealizables teorías? Pero no, añadió en seguida arrepintiéndose; vale más no decirle palabra. Syra me confunde y subyuga con sus admirables pensamientos, tan imposibles para mí como fáciles para ella; mi espíritu, por otra parte, se siente fatigado y necesita reposo; así pues, lo mejor será deshacerme de la

(1) San Mateo, cap. V, v. 44 y 45.

causa de mis dudas y olvidar tan angustiosas frases... ¡Bah! llévase el viento en buen hora el pliego, y vaya á confundir, como á mí, á quien lo recoja del camino.

Y dicho esto lo arrojó al aire con violencia. Pero apenas acababa de soltarlo, cuando dirigiéndose precipitadamente al cochero gritó :

—¡ Eh ! Formio, pára el carruaje y coge ese pliego que se me ha caído.

Formio obedeció, sin desconocer que el pliego había sido arrojado á propósito por Fabiola, y esta lo guardó de nuevo en su seno, para que le sirviese de escudo, pues su corazón empezó desde entónces á sosegar, y cuando llegó á su casa se sentía ya completamente tranquila.

## CAPÍTULO XVIII.

### La tentación.

Al día siguiente muy de mañana velase parado á la puerta de Cromacio un guía con una mula, de la cual colgaban dos ligeras alforjas, que contenian todo el hatillo de Torcuato. No pocos de sus amigos madrugaron para despedirlo y recibir de él ántes de su partida el ósculo de paz, que plegue á Dios no se parezca al del huerto de Gethsemani. Quiénes le hablaban por lo bajo exhortándole con dulces palabras á permanecer fiel á la gracia que había recibido, lo que el jóven prometia solemnemente y acaso con sinceridad; quiénes, conociendo su pobreza, le metian recatadamente en la mano algun regalito, acompañado de las más tiernas amonestaciones para que evitase sus antiguas amistades y guaridas. Pollicarpo, el director de la comunidad, le habló aparte, y entre súplicas y lágrimas le pidió que corrigiese las faltas de su conducta, temibles aunque leves, é hiciera por reprimir su natural ligero y voluble y por cultivar todas las virtudes

cristianas. Torcuato, enternecido, le prometió también obedecerle; arrodillóse, besó la mano del buen sacerdote y recibió su bendición, y tras ella cartas de recomendación y una corta cantidad para los gastos del viaje.

Listo ya todo, y acabadas las despedidas y cariñosas demostraciones de sus amigos, montó al fin Torcuato en la mula, y llevada del diestro por el guía tomó la angosta alameda que iba á parar á la puerta de salida. Todos habían vuelto á entrar en la casa, y aun permanecía inmóvil Cromacio en el umbral de la puerta, viéndole alejarse con aquella tierna inquietud que experimentaría el padre del Hijo pródigo al abandonar este el techo paterno.

Como la quinta no estaba situada en el camino real, se había alquilado esta incómoda cabalgadura para que condujese á Torcuato únicamente hasta Fundi (hoy Fondi), el punto más cerca no á la quinta de Cromacio de los situados en la carretera, en cuya ciudad se arreglaría del mejor modo posible para emprender su ruta. Torcuato, sin embargo, llevaba otras intenciones, pues la repleta bolsa de Fabiola le había hecho cambiar de pensamiento.

El camino que atravesaba ofrecía una variada y bella perspectiva: unas veces se deslizaba serpenteando á lo largo de las orillas del Liris, salpicadas aquí y allá de innumerables quintas y cabañas; otras veces se perdía en las gargantas de los Apeninos, que le abrian estrechos valles por entre rocas alfombradas de arrayán, aloes y vides silvestres, entre los cuales se distinguían las cabras por su blancura como montones de nieve; mientras que á un lado se despeñaba, con aires de torrente, un bullicioso y saltador arroyuelo, que, al saltar dos piedras á un tiempo, arrojaba alborozado su rizada espuma, satisfecho de haber formado cascada, é iba por último á sepultarse en un abismo oculto bajo una ancha hoja de acanto. Después el camino volvía á extenderse por la llanura y á gozar de la hermosa perspectiva que ofrecían los frondosos jardines de Campania, juntamente con la azulada bahía de Gaeta, divisándose en último término jaspeada de blanco por las velas de sus barcas, que de lejos

parecian bandadas de gaviotas enjugándose y flotando sobre un lago.

Ahora bien : ¿ cuáles eran los pensamientos de Torcuato en medio de las variadas y artificiosas escenas de esta nueva parte del drama de su vida ? ¿ Le divertian ? ¿ Le recreaban ? ¿ Le elevaban ó deprimian ? Apenas si se habian fijado en ellas sus ojos. Trasportado por la fantasía figurábase tener ya delante los sombríos pórticos y populosas calles de Roma : los jardines llenos de polvo, las fuentes artificiales, los baños de mármol y las artesonadas bóvedas tenian más atractivo á sus ojos que los frescos pámpanos de la vid, el cristalino arroyuelo, el verde mar y el azulado firmamento. Por supuesto que para nada se acordaba entónces, de sus depravadas acciones, ni de su impía conducta ; ni pensaba en sus liviandades, en sus profanaciones, en sus engaños, en sus calumnias y en sus impurezas... ¿ Para qué ? ¿ Podia temer, siendo ya cristiano, reincidir en los pasados desórdenes ? No obstante, algunas veces en su embelesamiento se le figuraba ver en un escondido rincon de las thermas una mesa rodeada en toda su extension de jugadores de rostro desencajado ó abatido que hacian rodar los dados : despertábase en él la pasion que le dominara en otro tiempo por este vicio, sentíase débil para reprimirla ; pero al fin se le representaba, viniendo en su ayuda, la fija y dulce mirada de unos ojos parecidos á los de Policarpo, que le observaban cariñosos. Otras veces creíase en un crapuloso festin, con la copa llena hasta los bordes de exquisito Falerno, que brillaba como el rubí engastado en oro ; y empezaba ya á tomar parte en los vergonzosos cantares y obscenas conversaciones de la embriaguez, cuando de repente se le aparecia la severa figura de Cromacio, prohibiéndole con adusto ceño que bebiese y tomase parte en la desenfrenada orgía.

Despues de esto volvia á pensar tan sólo en los placeres inocentes de la imperial Roma, en sus paseos, sus músicas, sus pinturas, su magnificencia y belleza. Olvidaba que no son otra cosa que incentivos de las pasiones y los malos deseos ; que despiertan la ambicion y la codicia, se apoderan

de la voluntad y enervan las almas de una multitud irreflexiva y turbulenta de seres humanos. ¡Pobre joven! ¡Confía que podría atravesar por medio del fuego sin abrasarse! ¡Incauta mariposilla! ¡Esperaba cruzar la llama sin que se quemasen sus alas!

Abismada su imaginación en estas quimeras caminaba por un estrecho y pendiente desfiladero, cuando de pronto vió delante una ensenada en cuyas aguas flotaba un inmóvil y desierto esquife. Ocurriósele con tal motivo un cuento, no sabía si verdadero ó falso, que había oído en su infancia, y cuyo suceso se le representaba ahora con tan vivos colores como si en realidad estuviera pasando á su vista.

Érase un joven y arrojado pescador que habitaba en la costa meridional de Italia. Cierta noche oscura y tempestuosa, en que ni su padre ni sus hermanos se atrevían á saltar en su bien carenada y resistente barca, decidióse á partir solo en el ligero esquife á ella sujeta, sin que bastasen súplicas ni reflexiones para disuadirle de su temerario intento. Aunque soplabá un viento récio supo resistir impávido bogando en su frágil barquilla, hasta que vino el día y apareció el sol despidiendo ardientes rayos y tornasolando las ya apaciguadas olas. Entónces quedóse dormido, sofocado de calor y fatigado de cansancio, sueño que sólo duró cortos instantes, pues al poco rato de haberse entregado á él vinieron á despertarle confusas y fuertes voces que á lo lejos resonaban. Sobresaltado tiende la vista á su alrededor, y descubre la barca de su familia, que era quien le gritaba desde cierta distancia, haciéndole señas de que retrocediera, pero sin poner nada de su parte para aproximarse. En vano procura explicarse la causa de aquel tumulto: su agitación crece, no obstante, á medida que aumentan los gritos de su familia: agárrase, pues, á los remos, é incontinentemente se pone á bogar con todas sus fuerzas en dirección á ella. Muy pronto, empero, observa con terror un fenómeno extraordinario: la barca pescadora, hácia la cual dirigia la proa de su esquife, le presentaba siempre la popa por más viradas que hiciese para cambiar el rumbo. Induda-

blemente estaba describiendo un círculo, pero círculo espiral que cada vez le encerraba en más estrecho círculo. Asaltóle una sospecha terrible, quitóse de un golpe la túnica, y lanzóse como un desesperado sobre los remos... Rema que rema, y mientras más remaba mayor era la fuerza irresistible que le impelia al centro del fatal círculo, donde arremolinadas veía hundirse, como 'por un embudo, las agitadas y espumosas olas. Desfallecido soltó el infeliz los remos, y extendiendo los brazos en la mayor angustia empezó á batir con fuerza las manos. Una ave marítima, que pasó entónces revoloteando y chillando sobre su cabeza, le dejó oír entre sus graznidos el nombre de *Caribdis* ! (1). El botecillo en tanto seguía girando en aquel cada vez más estrecho círculo voraginoso, hasta que por último el desdichado jóven, tendiéndose boca abajo en el fondo de su esquife, tapándose con las manos los ojos y los oídos, y conteniendo la respiración, sintió las arremolinadas ondas desplomarse sobre él y sumergirlo en el insondable abismo.

—¡ Desgraciado fin! murmuró entre dientes Torcuato, recordando los pormenores desastrosos de tan infausto suceso. ¿ Habrá en efecto perecido álguien de esa suerte, ó es tan sólo una simple alegoría? ¿ Podrá llegar alguno gradualmente, como ese temerario remador, á la más honda sima de la degradacion moral, y los pensamientos que me asaltan ahora recorrerán acaso otro círculo que me arrastre y...?

—¡ Fundi! gritó el guia señalando á una ciudad que tenían en frente.

Y á poco andaba ya la mula por el empedrado de la poblacion.

Torcuato examinó las cartas que llevaba, entresacó una cuya direccion era á Fundi, y se hizo conducir por su guia á una posada de las más pobres, en donde le despidió y gratificó con una propina que no debió dejarle muy satisfecho, pues que salió echando pestes del viajero y su tacañe-

(1) Hoya marítima entre Italia y Sicilia.



ría. De allí se encaminó á la morada de Casiano, el maestro de escuela, á quien encontró é hizo entrega de la carta, en virtud de la cual fue recibido con la misma cordialidad que si fuese de la familia, participando de su parca mesa y oyéndole referir su historia durante la comida, que en resumen venia á ser la siguiente :

Casiano, que era natural de Fundi, habia puesto escuela en Roma, segun recordará el lector, y con ella le iba perfectamente; pero conociendo que estaba próxima una persecucion y que sabian muy bien que era cristiano, se decidió á enajenarla, y fué á refugiarse al lugar de su naturaleza, en cuya ciudad le prometieron que pasadas las vacaciones le encomendarian la educacion de sus hijos las familias más principales.

Como Casiano veia en todo cristiano un hermano suyo querido, se franqueó sin reserva alguna con Torcuato, hablándole largamente, no ya sólo de sus pasadas aventuras, si que tambien de sus proyectos y esperanzas. Torcuato le escuchaba con atencion, porque miéntras le oia hablar habíale ocurrido el malvado pensamiento de que tal vez las confianzas que le hacia Casiano pudieran en su dia valerle dinero.

Era aun temprano cuando Torcuato se despidió de su huésped, y con pretexto de que tenia que hacer algunas diligencias en la ciudad se negó abiertamente á que le acompañase. Así que salió fué á comprarse un traje más decente, se trasladó á la mejor posada y mandó que le buscasen dos caballos y un postillon que los guiara, porque para evacuar la comision de Fabiola era indispensable en su concepto partir sin dilacion, cambiar de caballos en cada parada y caminar consecutivamente de dia y noche. De este modo efectuó el viaje hasta Boville, al pié de los montes de Albania, en donde se detuvo á descansar; y despues de sustituir el vestido de viaje con el que habia comprado, se dirigió alegremente á pié por entre las hileras de sepulcros que conducian á la puerta de aquella ciudad, que albergaba en sus muros tanto bueno y malo como otra cualquiera provincia del imperio.

## CAPÍTULO XIX.

## La caída.

Ya elegantemente vestido Torcuato se dirigió sin pérdida de tiempo á casa de Fabio, le entregó la carta de su hija, satisfizo todas sus preguntas , y concluyó por aceptar, sin grandes instancias , el ir á cenar á la noche en su compañía. Acto continuo fué á buscar un hospedaje decente, arreglado á sus nuevas circunstancias, y, como era natural , lo encontró sin dificultad alguna.

Como dejámos dicho en otro capítulo , Fabio no acompañaba á su hija al campo, y sólo le hacia alguna que otra rara visita , porque los placeres campestres no tenían para él el encanto que las intrigas y licenciosas costumbres de la ciudad de Roma. Así es que durante la época del año en que Fabiola estaba á su lado la presencia de la jóven era un freno que le contenia ; pero no bien se trasladaba esta con sus criados á Campania , cuando en la casa se representaban tales escenas y se reunian tales personas , que por ningún estilo habria permitido que su hija las viese. Se sentaban á su mesa hombres de vida desordenada y viciosa , que bebían y pasaban embriagándose hasta las altas horas de la noche, en que por lo general concluían sus espléndidos banquetes con vergonzosas conversaciones y ruinosos juegos.

Así que hubo convidado á cenar á Torcuato salió á buscar á algunos otros camaradas que le acompañasen. Pronto halló una multitud de parásitos que esperaban la ocasion , paseándose por los sitios en donde sabian era más fácil encontrarse á Fabio. Regresaba ya para su casa cuando al pasar por los baños de Tito distinguió dos hombres internados en un bosquecillo al rededor de un templete, que tenían una conversacion muy animada. Dirigió allí sus pasos ; mas ántes

de llegar á donde estaban se detuvo á cierta distancia para aguardar á que terminasen su diálogo.

—Con que, insistía el uno, ¿indudablemente son ciertas esas noticias?

—Certísimas: el pueblo se ha sublevado en Nicomedia y prendido fuego á eso que llaman iglesia los cristianos, cerca y en frente del palacio. Así se lo ha contado á mi padre esta mañana el secretario del emperador.

—Pero ¡qué estúpidos son esos cristianos! ¿A quién se le ocurre ir á edificar su templo, ahí como quien no dice nada, en el sitio más público de la metrópoli? Bien podían haber calculado que más tarde ó más temprano había de pronunciarse contra ellos el espíritu religioso de la nación y acabaría por destruir ese espectáculo que tanto ofende á sus ojos, como ofende siempre toda manifestación pública de una religión que no es la del imperio.

—Así es en efecto, y si, como dice mi padre, tuvieran un poco de talento esos cristianos, esconderían el rostro y harían que no se les viese, ya que hasta ahora nuestro humano príncipe ha usado con ellos de tanta tolerancia. Pero, una vez que se empeñan en hacer lo contrario, y que en lugar de tener sus templos como ántes en callejuelas apartadas, se ponen á edificarlos con la mayor frescura en los sitios más públicos, por mi parte no me disgustaría que hicieran con ellos un grande escarmiento. Es un medio muy fácil que nos presentan de ganar honra y provecho, pues no hay mas que perseguir á esa abominable casta y si es posible extinguirla.

—¡Bravo, Corvino! Estamos perfectamente de acuerdo, y por lo tanto convenidos en que cuando sepamos de cristianos ricos, mas no muy poderosos, á lo ménos por ahora, nos repartiremos bonitamente lo que tengan. A este fin nos ayudaremos mutuamente, tú proponiendo la manera de dar el golpe en seguro, y yo obrando como mejor me parezca para conseguirlo. Se entiende que esto no impide que cada cual se lleve por completo toda la ganancia que resulte de los descubrimientos que haga por sí, pues sólo se parte cuando se ha recibido ayuda... ¿No es esto, Corvino?

—Exactamente, Fulvio.

Estando en esto adelantóse Fabio y dijo á uno de ellos:

—¿Cómo estais, amigo Fulvio? Un siglo há que no os veia. Cuento con que vendréis á cenar con nosotros esta noche. ¿No es verdad? Y si vuestro amigo Corvino... ¿no se llama así este jóven? (el aludido hizo una extraña cortesía) quisiera favorecernos tambien, tendríamos en ello mucho gusto.

—Mil gracias, respondió Fulvio; pero siento estar ya comprometido...

—Esas son excusas, querido mio, replicó Fabio; pues no ha quedado en la ciudad nadie con quien podais ir á cenar si no es conmigo. Pues ¿qué! ¿Creeis apesada mi casa, á donde no habeis vuelto desde el dia en que comisteis con Sebastian y tuvisteis aquella disputa, ó quizá os ha ahuyentado de ella algun hechizo mágico?

Inmutóse Fulvio, y llevando aparte á Fabio:

—A decir verdad, le respondió, algo hay de eso.

—¿Por supuesto, replicó Fabio un tanto alarmado, que la esclava negra no os habrá hecho alguna de sus jugarretas? No veo el momento en que salga de mi casa... Pero, añadió recobrando su jovialidad, si no me equivoco, otro hechizo de mucho más valor os tenia encantado aquella noche... Sí, sí. ¿Creeis que no reparé en la impresion que os produjo mi primita Ines?

Fulvio se le quedó mirando atónito y en silencio.

—Aunque así fuera, dijo al cabo de algunos instantes, debisteis observar tambien, como yo, que vuestra hija parecia dispuesta á impedir que la cosa se formalizara.

—¿Fabiola? ¡Bah! Ahora me explico vuestra resistencia en volver á mi casa. Mi hija es una filósofa. ¿Qué ha de saber ella de amoríos? Más valiera que, en vez de estorbárselo á otras, dejara á un lado sus libros y pensara tambien en colocarse. A pesar de esto, las noticias que tengo no pueden ser mejores: lues abriga por vos tantas simpatías como vos por ella.

—¿Es posible! Y ¿cómo lo sabeis?

—Os lo habría dicho tiempo há , si no hubierais evitado con tal empeño el verme. Lo sé por la misma Ines , que me lo confió aquel día.

—¿ Ella misma?... Y ¿ á vos, Fabio ?

—Sí , á mí : Ines quedó prendada de vuestras joyas ; así al ménos me lo aseguró ella... Porque creo , es decir, estoy seguro de que erais y sólo podíais ser vos á quien aludia.

Fulvio pensó que se referia á las riquísimas joyas con que solia adornar su vestido, y las joyas de que hablaba Fabio no eran sino el presente que , segun la interpretacion que habia dado á las palabras de Ines, creyó que esta habia recibido de Fulvio. Sintióse, pues, halagado interiormente por la idea de que la conquista iba á ser más fácil de lo que era de esperar de una doncella tan modesta y tímida, y hasta se creia ya en posesion tranquila de las riquezas y elevada posicion que ambicionaba, con sólo que supiera manejarse con destreza.

Empero Fabio le hizo despertar de su agradable sueño, diciéndo :

—Ea, pues; estrecha del sitio, seguid en vuestros obsequios, y la victoria, no lo dudeis, será vuestra mal que pese á Fabio-la. Por otra parte, nada teneis que temer de ella por ahora, pues se halla en el campo con todas sus criadas. Sus aposentos están por consiguiente cerrados y hay que entrar en los mios por la puerta trasera ; pero no importa , pues es la que conduce al departamento más agradable del edificio. Con que ¿ vendréis ?

—Descuidad, respondió Fulvio ; iré sin falta.

—Y Corvino tambien , añadió Fabio con fina atencion y separándose de los dos camaradas.

A la hora señalada presentáronse todos los convidados al banquete , del cual sólo dirémos que se sirvieron toda clase de exquisitos vinos con tal profusion que , exceptuado Fulvio, que supo mantenerse despejado y sereno, los demas experimentaron en mayor ó menor grado los excitantes efectos de sus inmoderadas libaciones.

Despues de haber tratado diferentes puntos vino á recaer

la conversacion sobre las noticias recibidas de Oriente. Ademas de la destruccion de la iglesia de Nicomedia habian tenido lugar otros incendios en el palacio de los emperadores. Creíase generalmente con sobrado fundamento que estos atentados eran obra del mismo emperador Galerio, el cual sin embargo los atribuyó con aviesa intencion á los cristianos, como un medio de convencer á Diocleciano, que hasta entónces habia resistido, é incitarle á que se convirtiese en uno de sus más fieros y crueles perseguidores. Todo el mundo estaba, pues, en la creencia de que á la vuelta de pocos meses llegaria á Roma el edicto imperial ordenando la matanza y exterminio, y que en Maximiano encontraria aquella orden un obediente y decidido ejecutor.

Los convidados reunidos en casa de Fabio poseian almas demasiado innobles y perversas en su mayoría para que no se sintiesen inclinados á mirar con irritacion y ensañamiento á los cristianos: mostrarse generosos con los perseguidos por las exaltadas iras populares supone una elevacion de sentimientos, un espíritu esforzado, cuando no heróico y por lo tanto nada comun, que de nadie podia esperarse ménos que de aquella concurrencia. De aquí sucedió que aun los más benignos en sus deducciones opinaban que no debía guardarse miramiento alguno con los cristianos: decian los unos que era imposible tolerar por más tiempo el misterio en que se envolvian; otros mostrábanse irritados contra los progresos que atribuian á su religion; estos los acusaban de contrarios á las glorias del imperio; aquellos los veian como un elemento exótico que á todo trance era preciso exterminar: quien, por último, calificaba de abominable su doctrina, y quién de infame su culto; y durante toda esta discusion, si tal puede llamarse la conformidad en execrar el nombre cristiano en que venian á resolverse los pareceres de todos, Fulvio, despues de haber observado atentamente á cada uno de los circunstantes, detuvo sus escudriñadoras miradas en Torcuato.

Aunque el mancebo callaba, su rostro tan pronto se ponía encarnado como pálido. Háblale el vino dados fuertes

brios, pero reprimia sus ímpetus temiendo cometer alguna inconveniencia. Ya apretaba contra el pecho sus puños contraidos, ya se mordía los labios con reconcentrada ira; ora desmigajaba entre sus dedos el pan que tenía delante, ora apuraba de un sorbo maquinalmente su copa llena de vino.

—Esos cristianos, dijo uno, nos aborrecen, y nos exterminarian si pudieran.

Al oír esto Torcuato inclinó el cuerpo adelante en ademán de ir á replicar; mas se detuvo y permaneció en silencio.

—¡Vaya si nos exterminarian! añadió otro. ¿No incendiaron á Roma en tiempo de Neron? Ahora mismo ¿no acaban de pegar fuego al palacio del emperador en Asia?

Torcuato se incorporó en su asiento y extendió la mano como para responder; pero la retiró en seguida sin atreverse á proferir palabra.

—Lo peor de todo, lo más execrable de esos cristianos, añadió un tercero, son sus doctrinas antisociales, los espantosos excesos que cohonestan y su degradacion, que no puede ser mayor, pues llega al repugnante extremo de adorar una cabeza de asno.

No pudiendo Torcuato contenerse por más tiempo, pues estaba sufriendo horriblemente, púsose de pié y tenía ya levantado el brazo, cuando Fulvio, calculando friamente el tiempo y las palabras, añadió con irritante sarcasmo:

—Y en cada una de sus reuniones inmolan un niño, y devoran su carne y beben su sangre (1).

Torcuato, fuera de sí, dejó caer el brazo sobre la mesa y dió tan fuerte golpe, que hizo saltar y chocar unas con otras las copas y botellas.

—¡Eso es una vil mentira, una mentira infame! exclamó con voz ahogada.

—¿Qué sabes tú de eso? preguntó Fulvio con dulce acento y mirada.

(1) Los gentiles tenían generalmente esta idea de la sagrada Eucaristía.

—Te equivocas, que lo sé, respondió Torcuato, como cristiano que soy dispuesto á morir por mi fe.

Si la bella estatua de alabastro con cabeza de bronce que habia en un nicho detras de la mesa se hubiera caido haciéndose pedazos contra el mármol del pavimento, no habria producido sensacion tan terrible como la inesperada y repentina revelacion del mancebo. A la estupefaccion de los primeros momentos siguió despues un silencio sepulcral, pintándose en el semblante de cada uno los diferentes afectos que los dominaban. Fabio parecia estar atontado y como corrido de haber metido á semejante sugeto entre sus huéspedes: el pedante Calpurnio rabiaba de coraje, creyéndose rebajado porque entre los asistentes hubiese uno de quien pudiera creerse que sabia más que él acerca de los cristianos: un jóven miraba á Torcuato con la boca abierta y sin atreverse á separar de él los ojos, y un viejo adusto y colérico tendia su airada vista en derredor, buscando sobre quien descargar desatentadamente su ciega furia: Corvino contemplaba al pobre cristiano con la satisfaccion y fingida sonrisa de sencillez con que el campesino ve preso en la trampa al animal dañino; y á la verdad que el caso no era para ménos, pues tenia allí entre sus manos un hombre á quien podia extender en el potro cuando se le antojase. Pero la expresion del rostro de Fulvio valia seguramente por todas. Sólo el que haya observado con ayuda del microscopio el aspecto y actitud de la araña cuando despues de un largo ayuno ve á una mosca repleta de sangre acercarse poco á poco á su fina red, y sigue con ojos ávidos cada movimiento de sus alas, y discurre el modo de enredarla siquiera en el primer hilo, segura entónces de que ya no puede escapársele; sólo quien esa observacion haya hecho podrá formarse idea exacta de las miradas y de los sentimientos de Fulvio. Desde mucho tiempo deseaba encontrar un cristiano dispuesto á hacer traicion á los suyos y habia trabajado sin descanso para hallarle. Allí tenia ya uno, siempre que supiera manejarle. ¿En qué se fundaba, empero, su esperanza? En que conociendo demasiado á los cristianos sabia muy bien que uno que lo



fuera de todo corazon ni se habria excedido en beber, ni habria hecho alarde de estar pronto á arrostrar el martirio.

Los convidados abandonaron la mesa y se separaron del cristiano como de un apestado. El mancebo hallóse de pronto aislado, y empezaba ya á abatirse cuando Fulvio, despues de hablar algunas palabras por lo bajo á Fabio y á Corvino, se le acercó, le estrechó atentamente la mano y le dijo :

—Temo haber cometido una imprudencia dando márgen á que hayas hecho una declaracion que puede perjudicarte.

—Por mi parte nada temo , replicó Torcuato con nueva exaltacion. Moriré abrazado á mi bandera.

—Calla , calla , dijo Fulvio interrumpiéndole ; si te oyeran los esclavos podrian venderte. Vamos á otra pieza donde podamos hablar sin cuidado.

Y diciendo esto le condujo á una sala elegante en donde Fabio habia mandado llevar copas y botellas del mejor vino de Falerno para aquellos convidados que, conforme á la costumbre romana , quisiesen gozar de una *commissatio* ó libacion final. Únicamente Corvino los siguió á aquella sala á instancias de Fulvio.

Sobre una mesa con preciosos embutidos habia algunos dados. Despues de haber hecho beber á Torcuato algunas copas más de vino, Fulvio cogió negligentemente los dados y principió á echarlos como por distraccion miéntras hablabá de cosas de ningun interes.

—¡Qué suerte tan desgraciada tengo hoy ! decia á cada jugada hablando consigo mismo. Afortunadamente no es de veras, que si no ya me habria arruinado. ¿Quieres probar tu suerte conmigo, Torcuato ?

El juego habia sido causa de la ruina de Torcuato, y justamente á una desagradable ocurrencia proveniente del juego debia el hallarse preso en la cárcel cuando le convirtió Sebastian. Tomó, pues, los dados y los echó á rodar, impelido irresistiblemente por la pasion que les tenia. Fulvio en tanto le atisbaba como el lince á su presa. Veia que los ojos del mancebo se animaban , que sus labios y manos se estremecian con un temblor convulsivo ; y así por esto como por la

maestría en manejar los dados, la soltura de la muñeca y la facilidad con que á primera vista distinguía los puntos, comprendió Fulvio cuán fuertemente se hallaba poseído Torcuato de la tentación para caer en su antiguo vicio.

—Páreceme, amigo mío, díjole entónces aparentando indiferencia, que ninguno de los dos somos muy fuertes en este tonto pasatiempo. Sin embargo, ahí está Corvino, que jugará contigo si quieres arriesgar algún dinero.

—Admitido, respondió Torcuato, siempre que sólo se juegue una friolera para pasar el rato, porque he renunciado al juego... Y aunque es verdad que en una ocasión...; mas no importa.

—Pues á ello, dijo Corvino, á quien Fulvio había dirigido una mirada de inteligencia.

Y acto continuo empezaron á tirar los dados: las puestas eran casi insignificantes y generalmente las ganaba Torcuato, á quien Fulvio incitaba sin cesar á que bebiese, hasta que consiguió hacerle hablar más de lo conveniente.

—Corvino... Corvino... dijo al fin tratando de hacer memoria. ¿No es este nombre el mismo que mentó Casiano?

—¿Quién? preguntó Corvino sorprendido de repente.

—Sí... sí... continuaba hablando consigo Torcuato; es el mismo... aquel valenton, aquel bestiaza... Con que ¿eres tú, añadió dirigiéndose á Corvino y mirándole con fijeza, el que abofeteó á ese buen muchacho llamado Pancracio?

Corvino estuvo á punto de estallar de cólera; mas Fulvio le detuvo con un gesto, y mediando muy á tiempo en la conversación, dijo:

—Díme, Torcuato, ese Casiano á quien nombraste, ¿no es un maestro de escuela muy distinguido? ¿Quieres decirme dónde vive ahora?

Fulvio hizo esta pregunta para apaciguar á Corvino, pues conoció que deseaba averiguarlo. Torcuato respondió:

—Vive... vive... aguarda un poco... No, no; no quiero ser traidor. Estoy dispuesto á sufrir el martirio, á dejarme quemar vivo, á morir por mi creencia; pero en cuanto á vender á nadie, ¡oh! eso de ninguna manera.

—Cédeme tu asiento, Corvino, dijo Fulvio, que veía cada vez más interesado en el juego á Torcuato.

Ocupó en efecto el lugar de Corvino, y supo desplegar la destreza necesaria para estimular á Torcuato é ir redoblando su ahinco. Empezó poniendo una cantidad más crecida: Torcuato vaciló un momento en aceptar la puesta; pero al fin aceptó y la ganó. Fulvio pareció irritarse. Torcuato en vida entónces las dos sumas, y Fulvio, fingiéndose primeramente indeciso, hace luego como que se resuelve, y aceptando el envite pone una cantidad equivalente sobre la mesa y vuelve á perder. El juego continuó en silencio desde entónces: tan pronto ganaban como perdían, hasta que por último empezó á declararse la ventaja por parte de Fulvio, que era de los dos el que mayor imperio conservaba sobre sí mismo.

En una de aquellas alzó Torcuato la vista y se estremeció figurándose ver al buen Policarpo detras de la silla de su contrario. Restregóse los ojos como quien despierta de un sueño, y vió que era Corvino, que mirándole con insistencia parecia provocarle á entrar de lleno en la senda del crimen y de la perdicion. Exaltóse el natural ardimiento de Torcuato, y ya no hubo para él conciencia, ni fe cristiana, ni honra... El cielo le habia abandonado, y el demonio de la codicia, del robo y del desenfreno habíase apoderado del mancebo, llevando consigo otros siete demonios peores que él, é infundiéndolos en aquella alma cristiana, mal custodiada, para arrojar de su fondo cuanto en ella residia de bueno y santo.

En suma, irritado en alto grado por las frecuentes libaciones, desesperado y frenético por tan continuas pérdidas, Torcuato, despues de tantas veces recurrir al bien repleto bolsillo de Fabiola, tomó el bolsillo mismo y lo arrojó sobre la mesa. Fulvio lo abrió con la mayor sangre fria, lo vació, contó el dinero que contenia y puso en frente otro monton igual de oro. Preparáronse ambos para la jugada decisiva, rodaron en la mesa los fatales dados, y uno y otro examinaron sus puntos negros en silencio... Fulvio arrambló hácia

sí todo el dinero con ambas manos , y Torcuato cayó sobre la mesa anonadado , hundiendo y ocultando la cabeza entre los brazos. Fulvio entónces indicó por señas á Corvino que saliese.

Pateaba encolerizado Torcuato, gemia, rechinaban sus dientes, vomitaba injurias y amenazas, y se arrancaba el cabello. En tal disposicion hiere su oído una voz que le dice : *¿Eres cristiano?* ¿De cuál de los siete espíritus seria aquella voz? Del más perverso seguramente.

—No hay remedio para tí , continuaba la voz ; has afrentado tu religion , has vendido tu fe.

—¡No, no! exclamó entre gemidos y lleno de desesperacion el infeliz mancebo.

—Sí , sí , repetia la implacable voz , porque lo has revelado todo en tu embriaguez , todo, ó á lo ménos lo bastante para que jamas te sea posible volver al seno de los tuyos , á quienes ha vendido tu perfidia.

—¡Déjame ! ¡ Apártate de aquí ! ¡ Vete ! rugió el abrumado pecador con indecible angustia. Ellos me perdonarán aun... Dios...

—¡Silencio! no pronuncies ese nombre. Estás degradado; te has perdido inevitable, irremisiblemente; eres un infiel, un perjuró; te has quedado exhausto, sin recursos, y mañana mísero mendigo tendrás que implorar el pan que comas. Expulso y proscrito, disipador y pródigo, jugador y arruinado, ¿quién ha de ampararte? ¿Los cristianos? ¿Acaso serán ya tus amigos? ¿Acaso eres ya cristiano Nadie se acordará ya de ello; nadie te lo tendrá en cuenta como no sea para entregarte al tormento ó á una muerte cruel y horrorosa, que no te valdrá siquiera para que tus hermanos te consideren y rindan el culto de sus mártires... No, Torcuato, tú no eres ya cristiano; eres tan sólo un miserable hipócrita.

—¡Ah! exclamó el desdichado mancebo. ¿Quién es el que así se goza en atormentarme?

Y alzando la cabeza vió á Fulvio en frente de él en pié y con los brazos cruzados.

—Y aunque fuera cierto cuanto dices , añadió incorporán-

dose con grande esfuerzo, ¿qué te importa? ¿Qué más tienes que decirme?

—Mucho más de lo que piensas, Torcuato, respondió Fulvio. Estás absolutamente en mi poder; te has entregado tú mismo: desde hace un instante soy dueño de tu dinero (y le enseñaba el bolsillo de Fabiola), de tu reposo, de tu estimación, de tu vida. Bástame referir á tus correligionarios lo que esta noche has dicho, lo que has hecho, lo que has sido, y ni aun á su vista te atreverás á presentarte; bástame dejar que te tome por su cuenta ese valenton, ese bestiaza de Corvino, como há poco le llamabas, y cuida que es el hijo del prefecto, y nadie sino yo puede contenerle despues de tu injuriosa provocacion, para que mañana mismo tengas que comparecer ante el tribunal de su padre y te sentencien á morir por esa religion de la cual no eres ya mas que un miembro traidor, un apóstata que la deshonra. Echa sobre tí una mirada y dime, despues de examinar el estado en que te hallas, si te atreverías á ir al Foro tambaleándote y tartamudeando como un jugador embriagado á confesar tu religion ante el juez.

El desgraciado Torcuato, abrumado bajo el peso de su propia conciencia, no se sintió con fuerzas para seguir al Hijo pródigo en el arrepentimiento como lo habia seguido en la culpa. Habia muerto la esperanza en su corazon porque habia recaído en su vicio capital, en términos que apenas sentia arrepentimiento alguno. Permaneció por lo tanto silencioso, hasta que Fulvio le sacó de su estupor diciendo:

—Veamos: ¿has elegido ya? Reflexiónalo bien: ó ir como estás ahora á unirte con tus cristianos llevando encima el baldon de lo que has hecho esta noche, ó comparecer mañana ante el tribunal. ¿Por cuál de las dos cosas te decides?

—Ni por una ni por otra, respondió Torcuato levantando la cabeza y mirando á su inflexible interlocutor de una manera imbécil.

—¿Qué piensas hacer, pues? le preguntó Fulvio clavando en el mancebo su mirada de gavilan.

—Excepto esas dos cosas, lo que tú quieras, replicó Torcuato.

Viéndole rendido ya, acercóse á él Fulvio, sentóse á su lado, y díjole con acento blando y halagüeño:

—Óyeme, Torcuato: soy tu amigo, haz lo que voy á decirte y quedará todo arreglado. Te prometo casa, comida, ropa y hasta dinero para jugar.

—Y ¿qué debo hacer para eso?

—Levantarte mañana á la hora que acostumbras; presentarte como cristiano y reunirte á tus amigos; enterarte de todas sus conversaciones y actos; responder luego á mis preguntas y tenerme al corriente de cuanto veas y oigas... ¿Estás?

—¡Yo espía, traidor al fin! exclamó Torcuato dejando escapar un hondo gemido.

—Llámalo como quieras, que el nombre no hace al caso; pero elige entre esto ó la muerte, la muerte con todo el horror ¡imaginable... Desde aquí oigo á Corvino que está paseándose impaciente en el patio. Pronto: ¿por cuál de las dos cosas te decides?

—Por la muerte, no. ¡Oh! todo ménos la muerte.

—Corriente; quedamos, pues, en lo otro.

Fulvio salió de la sala y halló á su amigo tan encolerizado y ebrio que le costó no poco trabajo apaciguarle. Corvino, ocupado en otros negocios como sabe el lector, tenia ya casi olvidados á Pancracio y á su maestro Casiano; pero la provocacion de Torcuato habia reanimado sus antiguos odios y volvía á sentir su corazon sediento de venganza. Fulvio le prometió averiguar el paradero de Casiano para apaciguarle, y por este medio consiguió tambien que difriese por el pronto toda medida violenta, que por ningun estilo convenia á los fines del astuto extranjero.

Así que obtuvo de Corvino que se retirase á su casa, volvióse Fulvio á reunir con Torcuato, á quien se empeñó en acompañar á todo trance para saber dónde tenia su alojamiento.

Luego que Torcuato se halló solo en el cuarto de su po-

sada se levantó de la silla y principió á dar paseos de un lado á otro para ver si podia recuperar los sentidos y el dominio sobre sí mismo. Pero en vano, porque la embriaguez y las impresiones que habia recibido le producian vértigos que trastornaban su cerebro. La sala daba vueltas al rededor de su cabeza, parecia que iba á faltarle el suelo y sentia interiormente como un fuego voraz que le consumia las entrañas. La vergüenza, el remordimiento, el desprecio de sí propio, su desolacion y aislamiento en lo sucesivo, y la horrible desesperacion del condenado invadian su cerebro y se amontonaban como un mar de negras olas para ahogar su alma. No pudiendo tenerse por más tiempo en pié, dejóse caer de bruces sobre un lecho de seda, sepultó la encendida frente entre sus yertas manos y exhaló hondos y tristes gemidos. Ni aun así le fue posible recuperar la calma, pues todo seguia dando vueltas á su alrededor y zumbaban en sus oídos ayes y carcajadas que le volvian loco.

En tal estado le encontró Fulvio al día siguiente cuando fué á visitarle. Torcuato, al sentir que le tocaban en el hombro, se volvió, y viendo á Fulvio se estremeció y exclamó convulso y aterrado :

—¡Caríbdis!... ¡Será este Caríbdis!

# PARTE SEGUNDA.

## El combate.



(1)

## CAPITULO PRIMERO.

### Diógenes.

Los sucesos que llevamos referidos tuvieron lugar , más

(1) La inscripcion latina de esta viñeta dice en castellano: *Diógenes el sepulturero depuesto en paz ocho días ántes de las calendas de octubre* (24 de setiembre) (*Actas de san Sebastian*).—Boldetti, lib. 45, pág. 60.



bien que en un período de paz, durante una de esas fugaces treguas que mediaban á veces entre dos persecuciones. El lector mismo no habrá dejado de ver de cuando en cuando síntomas de una próxima guerra y habrá percibido claramente resonar los clarines que á ella convocan. El rugido de los leones cerca del anfiteatro que hizo estremecer á Sebastian sin intimidarle, las noticias de Oriente, las indicaciones de Fulvio y las amenazas de Corvino, todo parece advertirnos que no han de tardar en renovarse los horrores de una persecucion, y que el Paraíso de la Nueva Ley va á ser regado por un torrente de sangre cristiana más noble y copiosa que la vertida con igual ocasion hasta entónces. La Iglesia, siempre inalterable y pródiga, no puede mirar ya con indiferencia las señales del próximo combate, ni dejar de prepararse para hacerle frente; y en ese momento en que se aprestaba seriamente para la pelea es cuando comienza la segunda parte de nuestra narracion, esto es, el principio del combate.

A últimos del mes de octubre un jóven á quien ya conocemos, muy embozado en su toga, porque era cerca de oscurecer y el tiempo estaba fresco, recorría los estrechos callejones del distrito llamado de *Suburra*, cuya situacion y límites no han sido determinados hasta ahora con exactitud, pero que indudablemente ocupaba las inmediaciones del Foro. Como por desgracia la pobreza suele ser compañera inseparable del vicio, una y otro tenían allí su asilo.

Pancracio, pues era él el jóven á quien aludimos, no debia estar muy familiarizado con aquellos parajes, y dió no pocos rodeos ántes de acertar con la calle que buscaba; despues, como las casas no estaban numeradas, érale difícil encontrar la que queria, teniendo que guiarse por las señas que llevaba. Sabía que en toda la calle no habia otra de mejor aspecto, y habiéndole llamado la atencion una que se distinguia entre las demas por su limpieza y buen orden, llamó sin vacilar á su puerta. Salió á abrirle el anciano Diógenes, cuyo nombre no es esta la primera vez que pronun-

ciamos, y sobre el cual vamos ahora á decir algunas palabras al lector.

Diógenes era alto, ancho de hombros y algo encorvado, no tanto por la edad como por su continuo ejercicio de cargar pesadas moles. Tenia la frente espaciosa, la cabeza abultada, y sus cabellos, que le caian por las sienes, eran blancos como la plata. La expresion de su fisonomía, profundamente melancólica, revestia la solemne tranquilidad de su semblante de una amarga tristeza. A la simple vista se adivinaba en él al hombre que pasa la vida entre los muertos y se siente feliz en su compañía.

Estaban á la sazón con él sus dos hijos Mayo y Severo, mancebos de robustas y gallardas formas, el primero de los cuales estaba grabando, ó mejor dicho garrapateando un tosco epitafio sobre una losa de mármol ya usada, en cuyo reverso se descubrian aun los vestigios de una inscripcion sepulcral pagana, medio borrados por el dueño actual de la piedra. Pancracio, que se habia detenido á contemplar la obra del mancebo, no pudo ménos de sonreirse, pues en todo el epitafio no habia una sola palabra bien escrita ni una sola frase correcta. Decia así la inscripcion grabada :

#### DE BIANORA

**POLLEOLA QVE ORDEV BENDET DE BIANORA (1).**

El otro hermano, Severo, trazaba con carbon en una tabla, con ánimo sin duda de trasladarlo despues á otro objeto más permanente, unas figuras con las cuales pretendia representar la resurreccion de Lázaro y á Jonas en el acto de tragárselo la ballena.

En cuanto á Diógenes, cuando Pancracio llamó á la puerta, se ocupaba en poner mango nuevo á una vieja azada.

Esta variedad de ocupacionés en una misma casa habria indudablemente extrañado á cualquier visitador moderno,

(1) *De la calle Nueva. Pollecla que vende cebada en la calle Nueva.*  
—Esta inscripcion fue hallada en el cementerio de Calixto.

pero de ningún modo sorprendió al joven hijo de Lucina, porque sabia que aquella familia pertenecia al honrado y religioso gremio de los *fossore*s ó sepultureros de los cementerios cristianos, del cual era director Diógenes.

Apoyándose en lo que dice un escritor anónimo, contemporáneo de san Jerónimo, algunos modernos anticuarios han dado como cosa cierta que el *fossor* constituia una de las órdenes menores de la Iglesia primitiva, análoga á la del *lector*. Si bien esta opinion carece de fundamento, es muy probable, no obstante, que las personas dedicadas á aquella profesion fuesen nombradas y reconocidas por la autoridad eclesiástica. La uniformidad de sistema que se observa en las excavaciones, disposicion y nivelacion de los numerosos cementerios abiertos al rededor de Roma, sistema por otra parte tan completo desde un principio que no se notan señales de mejora ni mudanza en el trascurso del tiempo, nos autoriza á creer que estas venerables y sorprendentes obras se construian bajo un mismo plan y direccion, y probablemente por alguna corporacion instituida al efecto, no con el carácter especulativo de una sociedad mercantil, sino como una cofradia piadosa consagrada á objeto tan santo.

Una série de interesantes inscripciones halladas en el cementerio de Santa Ines prueban que esta profesion estaba como vinculada en algunas familias, pues se ve por ellas que abuelos, padres é hijos la ejercian sucesivamente en una misma localidad (1). Sólo así cabe comprender la maestría y uniformidad admirables que se observan en las catacumbas. Los *fossore*s, empero, desempeñaban un cargo más importante, pues ejercian cierta jurisdiccion en aquel mundo subterráneo. Aunque la Iglesia facilitaba espacio para la sepultura de todos sus hijos, natural era que aquellos que elegian un sitio especial y preferente, tal como el inmediato al sepulcro de algun mártir, pagaran el sitio donde querian colocar los suyos. Los *fossore*s eran los encargados de esta es-

(1) *Arquitectura de Roma subterránea cristiana*, obra publicada por Marchi en 1814 y de la cual hemos tomado numerosas noticias.

pecie de contratos, los cuales vienen consignados con frecuencia en las lápidas de los antiguos cementerios. En el Capitolio subsiste todavía la inscripcion siguiente :

**EMPTV LOCVM AB ARTEMISIVM VISOMVM HOC EST  
ET PRAETIUM DATVM FOSSORI HILARO IDEST  
POL NOOD PRAESENTIA SEVERI FOSS ET LAVRENTI.**

*«Este es un sepulcro para dos cuerpos, comprado por Artemisio; y su precio fue entregado al fessor Hilario, á saber :... (1) En presencia de Severo el fessor y de Lorenzo.»*

Probablemente el primero de los nombrados seria el testigo por parte del vendedor, y el segundo por parte del comprador. Mas, como quiera que sea, creemos haber dado á conocer al lector todo cuanto se sabe acerca de la profesion de Diógenes y sus hijos.

Pancracio, despues de estar entretenido largo rato contemplando los defectuosos ejercicios de Mayo en el arte del grabado, se dirigió á él preguntándole :

—¿Eres tú el que graba siempre estas inscripciones?

—¡Oh! no, respondió el artista levantando la cabeza y sonriéndose. Yo no grabo sino para los pobres que no pueden pagar una mano más hábil. Esta lápida es para una buena mujer que tenia una tiendecita en la *Vianova*, y bien podeis suponer que la tal no seria muy rica, puesto que era muy honrada. No obstante, miéntras tallaba la piedra se me ha ocurrido una idea bien original.

—A ver, amigo Mayo: ¿qué idea es esa?

—Háseme ocurrido que tal vez de aquí á mil años, cuando ya ni se lean ni conozcan los epitafios de uno solo de los emperadores que han perseguido la Iglesia, podrán todavía los cristianos leer en la pared con respeto mis rasguños y recordarán con interes á la pobre vieja Pollecla y su tienda de cebada.

(1) No continuamos el precio por estar en cifras y ser ininteligible.

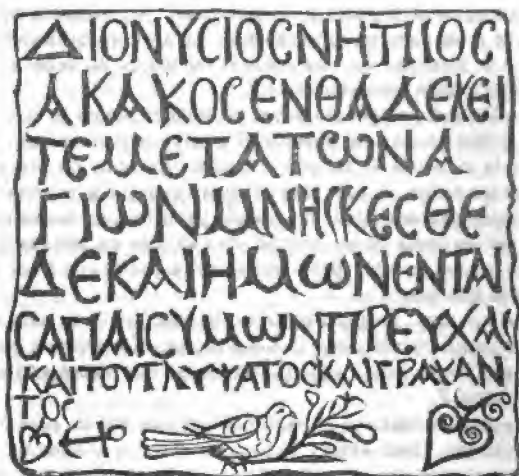
—No concibo, á la verdad, que los soberbios mausoleos de los soberanos puedan desmoronarse tan completamente, y que á tan remotas generaciones haya de trasmitirse incólume la memoria de una pobre revendedora de cebada. ¿En qué te fundas para pensar así?

—En nada, respondió Mayo; el fundamento no es otro que mi deseo de que la posteridad guarde perpétuamente más bien la memoria de un pobre virtuoso que la de un poderoso lleno de vicios. Y bajo este concepto ¿no puedo esperar que mi tosco grabado sea leído cuando ya ni los escombros existan de los arcos de triunfo? Mi obra es toda un mal rasguño, lo sé perfectamente; pero esto no quita que llegue á ser verdad lo que deseo.

—Y lo será, repuso Pancracio; la sencillez de tu obra vale tanto seguramente como la composicion más delicada y correcta... Pero, dime: ¿qué lápida es esa que tienes arrimada á la pared?

—¡Oh! un hermoso epitafio que nos han traído para colocar. Como observaréis, lo han grabado y compuesto dos personas distintas. Es para el cementerio de la quinta de la señora Ines, en la via Nomentana, y creo que está consagrado á la memoria de un amabilísimo niño, cuya muerte ha sumido en la mayor afliccion á sus virtuosos padres.

Pancracio aproximó una luz á la lápida y leyó lo siguiente:



*«Aquí yace entre los santos el inocente niño Dionisio. Acuérdate ¡oh niño! en tus santas plegarias del que ha escrito y del que ha grabado este epitafio.»*

—Y también del que lo lee ahora, añadió Pancracio alzando los ojos al cielo.

—¡Amén! respondió la piadosa familia.

Pancracio, que permanecía absorto mirando la inscripción que acababa de leer, volvióse al oír detrás cierta alteración en la voz de Diógenes, y vió al anciano forcejeando al parecer para cortar la extremidad de una pequeña cuña que había introducido en el mango de la azada con el fin de asegurar más el hierro; y como si se lo impidiese algún estorbo que tuviera en la vista, se restregaba de cuando en cuando los ojos con el envés de su callosa mano.

—¿Qué tienes, amigo mío? preguntóle el joven con ama-

ble solicitud. ¿Por qué el epitafio de este niño te afecta más que otros?

—Porque ese epitafio es para mí un recuerdo tan vivo del pasado y un presagio tan cierto del porvenir, segun todas las probabilidades, que, lo confieso francamente, de sólo pensarlo se me trastorna el sentido.

—No te comprendo, Diógenes.

—Oídme, señor. Nada más sencillo que coger en brazos el cadáver de un niño como Dionisio, envuelto perfectamente en un lienzo encerado y perfumado, y colocarlo despues en su fosa. Le llorarán sus padres, es verdad; pero se consolarán en breve... Mas es muy distinto, y requiere un corazon tan endurecido por el hábito como el mio (y volvió el pobre viejo á restregarse los ojos con la mano), tener que recoger á toda prisa las despedazadas carnes y los quebrantados miembros de tal otro inocente, envolverle corriendo en una mala mortaja, cubrirle luego con un lienzo, no ya perfumado, sino lleno de cal, y taparlo por último con un monton de tierra (1). ¡Ah! ¡no es así como quisiera tratar uno el cuerpo de un mártir!

—Tienes razon, Diógenes; mas un oficial bizarro prefiere la tumba del soldado en el campo de batalla al sarcófago primorosamente esculpido de la via *Appia*. Empero esas escenas que has descrito ¿son muy frecuentes en los tiempos de persecucion?

—Demasiado, mi buen señor. Estoy seguro de que un jóven tan religioso como vos no habrá dejado de visitar el día de su aniversario el sepulcro de Restituto, que está en el cementerio de Hérmes.

(1) En los sepulcros del cementerio de Santa Ines se han encontrado pedazos de cal perfectamente amoldados á las formas de diversas partes del cuerpo humano, en los cuales se descubria aun la existencia de un lienzo fino interior y de otro exterior más basto. En cuanto á las especies y bálsamos de que habla Diógenes, Tertuliano observa que los árabes y los sabeos aseguraban que los cristianos los consumian en mayor cantidad ¡para sus muertos que los paganos para el culto de sus dioses.

—No por cierto, y muchas veces casi he envidiado su temprano martirio. ¿Fuiste tú, por ventura, quien lo enterró?

—Sí, yo he sido; y por más señas que sus padres le mandaron construir un hermoso sepulcro; el *arcosolium* de su cripta se lo hicimos mi padre y yo con seis losas de mármol reunidas aceleradamente; la inscripcion que se lee en él la grabé yo, y me parece que lo hacia entónces algo mejor que Mayo, añadió sonriendo el anciano.

—Lo cual no es alabarte mucho, padre mio, replicó el hijo sonriendo á su vez; y si no, en prueba de ello, aquí está la copia de la inscripcion que escribiste.

Y sacó de entre varias hojas un pergamino que mostró á Pancracio.

—La conservo perfectamente en la memoria, dijo este pasando la vista por encima y corrigiendo, al paso que leía, los errores ortográficos, pero no las faltas gramaticales que se hallaban en lo siguiente:

AELIO FABIO RESTVTO  
 FILIO PISSIMO PARI N  
 TES FECERVNT QVIVI  
 XII ANNI. S XVIII MEVS  
 VII INIRENE.

Que traducido al castellano dice:

«A su muy piadoso hijo Elio Fabio Restituto erigieron (este sepulcro) sus padres. El cual vivió diez y ocho años y siete meses. En paz.»

—¡Qué gloria para un jóven, exclamó Pancracio, haber confesado á Jesucristo á tan tierna edad!

—Seguramente, replicó el sepulturero. Y ¿á que habeis creído hasta ahora que su cuerpo está solo en su sepulcro? Verdad es que á juzgar por la inscripcion no se debe creer otra cosa.

—Y ¡qué! ¿No es así?



—No, noble Pancracio ; descansa junto á él un compañero todavía más jóven. Escuchad : cuando íbamos ya á cerrar la sepultura de Restituto nos trajeron el cuerpo de un niño que apenas contaría doce ó trece años... ¡Mil años habia yo de vivir y no olvidaría nunca aquel horrendo espectáculo ! Le habian colgado poniendo debajo una hoguera, y las llamas habian penetrado su cabeza, el tronco y todos sus miembros hasta los huesos , dejándole tan horriblemente desfigurado, que era imposible reconocer ninguna de sus facciones... ¡Pobrecito ! ¡qué agonía tan cruel ! ¡cuánto debió sufrirla... Y sin embargo ¡dichoso él ! Ahora bien , como nos faltaba tiempo y supusimos que el guerrero de diez y ocho años no negaría un poco de lugar al soldado de doce, ántes bien le recibiría gustoso como á un hermano menor, le colocámos á los piés de Elio Fabio. Pero no teníamos una redoma llena de su sangre para indicar que yacía allí otro mártir, porque el fuego habia consumido toda la que corría por sus venas (1).

—¡Dichosos y bienaventurados ellos ! exclamó Pancracio. El primero era mayor que yo , el segundo más pequeño. ¡No te parece , Diógenes , añadió despues dirigiéndose al anciano, que el día ménos pensado es muy posible tengas que hacerme el mismo favor ?

—¡Oh ! ¡no lo permita Dios ! ¡Espero que no ! repuso el buen anciano con la voz otra vez alterada. Os suplico que no penseis en eso... Si fuese yo, sería otra cosa... Para mí es

(1) El sepulcro donde fueron sepultados Restituto y el niño á qu alude Diógenes fue descubierto el día 22 de abril de 1823. Estaba intacto y dentro de él se encontraron huesos blancos , brillantes y bruñidos como el marfil ; que parecían corresponder al esqueleto de un jóven de diez y ocho años. Cerca de su cabeza estaba la redoma de sangre. A sus piés, y tocando en ellos con la cabeza, yacía el esqueleto de un niño de doce á trece años, ennegrecido y chamuscado, principalmente el cráneo y toda la parte superior del tronco hasta la mitad del fémur, desde donde hasta los piés iban siendo los huesos gradualmente más blancos. Ambos cuerpos, ricamente envueltos, reposan juntos debajo del altar del colegio de padres jesuitas de Loreto.

tiempo ya de descansar... Y véd sin embargo, ¿no es de maravillar que se respeten los árboles viejos mientras se siegan las tiernas plantas?

—Vaya , amigo mio, dejemos esta conversacion , pues no quiero afligirte. Por otra parte, prosiguió Pancracio, casi me habia olvidado ya del recado que traia, el cual consiste en que mañana al rayar el alba vayas á casa de mi madre para concertar la manera de preparar los cementerios , segun es de necesidad en vista de la persecucion que nos amaga. Allí estarán nuestro santo Padre el Papa , los presbíteros de las iglesias titulares , los diáconos de las regiones y los notarios , cuyo número está ya completo ; y conviene que vayas tú tambien , como jefe de los sepultureros , á fin de que obréis todos de comun acuerdo.

—No faltaré, Pancracio.

—Y ahora , añadió el mancebo, quisiera pedirte un favor.

—¡A mí un favor! exclamó sorprendido Diógenes.

—Sí, y un favor que has de hacerme inmediatamente. Tengo visitados por devocion nuestros cementerios repetidas veces ; mas no los he examinado ni estudiado nunca , y quisiera hacerlo acompañado de tí , que tan bien los conoces.

—¡Oh ! con mucho gusto , contestó Diógenes , á quien no desagradó el elogio de Pancracio, y más que nada la predileccion de otro por lo que él tanto amaba. Tan luego como haya recibido mis instrucciones iré en seguida al cementerio de Calixto : esperadme media hora despues de medio dia, y desde allí iremos juntos.

—Te advierto que no estaré solo, dijo Pancracio. Dos jóvenes recién bautizados desean tambien recorrer nuestros cementerios , que apenas conocen , y me han pedido que se los enseñe.

—Todos vuestros amigos serán siempre bien recibidos; pero decidme sus nombres para evitar una equivocacion.

—El uno es Tiburcio, hijo de Cromacio , el anterior prefecto ; el otro es un mozo llamado Torcuato.

Severo al oir este nombre hizo un ligero movimiento de sorpresa y dijo :

—¿Estais bien seguro de él; Pancracio?

—Basta que venga en su compañía, replicó vivamente Diógenes como reprendiendo á su hijo por la desconfianza.

—Confieso, dijo Pancracio, que no conozco á Torcuato tan á fondo como á Tiburcio, que es realmente un mancebo gallardo y noble; pero le veo manifestar gran deseo de adquirir toda clase de informes acerca de nuestros negocios: no tengo motivos para dudar de su buena fe, é ignoro por qué pueda inspirarte temores.

—A decir verdad, respondió Severo, lo que es causa podrá no haberla; pero yendo esta mañana temprano al cementerio entré en los baños de Antonino (1)...

—¡Oiga! le interrumpió Pancracio riéndose. Con que ¿tú frecuentas también los lugares de moda?

—Alguna vez, respondió el honrado artista. Porque ¿ignorais quizá que Cucumio el *capsarius* (2) y su esposa son cristianos?

—¿De veras? Es decir que ya encontramos á los nuestros en todas partes.

—En todas, á Dios gracias. Y como los dos esposos se están construyendo su propio sepulcro en el cementerio de Calisto, fui á verlos para enseñarles la inscripción que les ha hecho al intento mi hermano.

—Miradla, esta es, dijo al punto Mayo presentando á Pancracio una en la que se leía:

**CUCUMIO ET VICTORIA**

**SE VIVOS FECERVNT**

**CAPSARIVS DE ANTONINIANAS (3).**

—¡Magnífico! exclamó Pancracio, á quien divertían los dis-

(1) Más conocidos por *baños de Caracalla*.

(2) La persona encargada de la ropa de los que se bañaban, porque la guardaba en una caja, en latín *capsa*.

(3) *Cucumio y Victoria se hicieron (este sepulcro) en vida. Capsarius de los de Antonino (baños).*—Encontrada en el cementerio de Calisto, que publicó por la primera vez F. Marchi, el cual la supone equivocadamente como perteneciente al cementerio de Pretextato.

parates del epitafio. Pero volvamos á nuestro asunto y sigue tu relato, buen Severo.

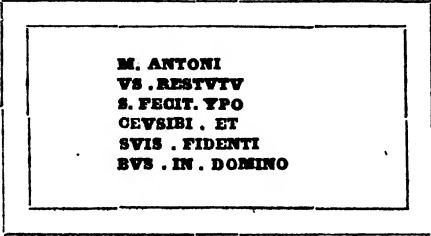
—Pues, como iba diciendo, continuó este, al entrar en los baños encontré con no poca sorpresa á ese Torcuato, allá en un rincon, departiendo muy amigablemente con Corvino, el hijo del actual prefecto... aquel que, fingiéndose liado, recordaréis que se coló en casa de Ines el dia que una persona caritativa y desconocida, que Dios bendiga, hacia repartir cuantiosas limosnas á los pobres. Ya veis... semejante compañía en tal sitio y á aquellas horas... no me parece para un cristiano... especialmente...

—En verdad que no vas descaminado, repuso Pancraccio vivamente sonrojado. Mas como por otra parte es tan nuevo en la fe, es natural que sus antiguos amigos ignoren su conversion. No debemos, pues, formar malos juicios.

La conversacion habia terminado y levantóse Pancraccio para retirarse. Los dos hermanos se ofrecieron á acompañarle hasta dejarle sano y salvo fuera de aquel barrio, en el cual se albergaba tanta miseria y corrupcion. Aceptó gustoso el mancebo tan cortes ofrecimiento y salió de allí despues que con la mayor cordialidad dió las buenas noches al antiguo sepulturero.

## CAPÍTULO II.

## Los cementerios.



M. ANTONI  
VS . RESTITV  
S. FECIT. YPO  
CEVSIBI . ET  
SVIS . FIDENTI  
EVS . IN . DOMINO

(1)

Entre los personajes de esta historia figura una persona de cuyos pensamientos y carácter nos ocupamos en las primeras páginas, y de la cual parece que nos hemos olvidado por completo : nos referimos á la piadosa Lucina. Como la vida pacífica y retraída que llevaba y sus recatadas virtudes no eran de las que brillan en el teatro del mundo ó influyen en los asuntos públicos, su casa, ademas de ser, ó por mejor decir, de contener la iglesia parroquial , acababa de ser distinguida con el honor de albergar al sumo Pontífice , que habia fijado en ella su morada. Amenazando de un momento á otro una violenta persecucion , en la que probablemente las primeras y más buscadas víctimas serian los pastores del rebaño de Jesucristo, fue necesario que la Cabeza de la Iglesia trocase su morada ordinaria por un asilo más seguro, eligiéndose al efecto la casa de Lucina , donde permaneció con gran contento de su ilustre huésped durante aquel pontificado, hasta que en el siguiente se mandó trasladar á ella

(1) *Marco Antonio Restituto hizo este subterráneo para sí y los suyos que confían en el Señor.*—Inscripcion encontrada recientemente en el cementerio de los Santos Nereo y Aquileo.

las fieras del anfiteatro para que las alimentase y cuidase el papa Marcelo: repugnante y bárbaro castigo, que acabó pronto con la vida de este Pontífice.

Admitida Lucina á los cuarenta años de edad (1) en la orden de las diaconisas, no le faltaron ocupaciones con sólo el cumplimiento de los deberes anejos á su cargo: el cuidado y vigilancia de las mujeres en la iglesia, la asistencia á los enfermos y pobres de su sexo, el arreglo y conservacion de las vestiduras sagradas, de las sabanillas y paños del altar, la direccion de la enseñanza de los niños y de las mujeres recién convertidas que se preparaban para el bautismo, á cuya ceremonia tenia que asistir, absorbían gran parte de su tiempo á más del que empleaba en sus atenciones domésticas. Su vida se deslizaba tranquilamente en el desempeño de estas dos clases de deberes, pues como su hijo se había consagrado al servicio de Dios y vivía preparado á derramar su sangre por la fe, y hallábase ya cumplido el principal objeto de sus aspiraciones, no la quedaba sino velar y orar por él, y esto lo consideraba como un placer más bien que como una obligacion.

En la mañana del día señalado tuvo lugar la reunion anunciada en nuestro anterior capítulo, y en ella se dieron amplias instrucciones para recoger la mayor cantidad posible de limosnas, que debían invertirse en agrandar los cementerios y enterrar los muertos, en socorrer á los que huyendo de la persecucion tuvieran que esconderse, en mantener á los presos y franquearse la entrada en sus cárceles, y por último en rescatar ó adquirir los cuerpos de los mártires. Nombróse un notario para cada region de la ciudad, encargado de redactar las actas y registrar los sucesos de mayor importancia. Los cardenales ó presbíteros de las iglesias titulares recibieron instrucciones referentes al modo de administrar durante la persecucion los sacramentos, en particular el de la santa Eucaristía, designándosele á cada

(1) La edad requerida eran los 40 años, pero la admision solia concederse á los 40.

uno de ellos el número de cementerios en cuyas iglesias subterráneas habian de celebrar los misterios sagrados. El santo Pontífice eligió para sí el cementerio de Calixto , lo cual llenó de cierto inocente orgullo á nuestro anciano Diógenes, que quedó elevado á la categoría de sepulturero mayor.

Los presentimientos de una próxima persecucion, más bien que entristecer , parecian regocijar al buen Diógenes : ningun comandante de ingenieros habria desplegado más actividad ni energía para la defensa de una fortaleza confiada á su pericia , que la desplegada por el anciano sepulturero, transmitiendo órdenes rápidas y precisas á sus subalternos los superintendentes de todos los cementerios que habia al rededor de Roma , convocándolos primero y reuniéndolos despues en su casa para comunicarles las decisiones tomadas por la asamblea superior.

La sombra del cuadrante de la puerta Capena (1) señalaba ya la hora de medio dia cuando salió por ella con sus hijos Diógenes al encuentro de los tres mozos, que le estaban aguardando. Así que se incorporaron siguieron de dos en dos la via Appia , y como á dos millas de distancia escurriéronse por entre los sepulcros contiguos al camino y llegaron todos por distintas veredas á una misma quinta situada á mano derecha. Allí encontraron todo lo necesario para bajar á los cementerios subterráneos , antorchas , linternas y avíos para encender luz si aquellas se les apagaban. Propuso Severo que siendo igual el número de los guias y el de los visitantes se encargase de cada visitador un guia y siguiesen de dos en dos ; y admitida esta proposicion hizo de modo que Torcuato fuese su pareja , por razones que adivinará fácilmente el lector.

Como pudiera parecer pesado referir toda la conversacion que sostuvo nuestra pequeña comitiva , diremos únicamente que Diógenes , no solo contestaba á cuantas preguntas le dirigian , sino que de vez en cuando daba luminosas explica-

(1) Hoy de San Sebastian. La antigua *Porta Capena* distaba cerca de una milla ménos de donde se halla la actual.

ciones sobre aquellos objetos más dignos de llamar la atención de los tres jóvenes. Compendiando en una narración más ordenada el minucioso relato de Diógenes, como sin duda preferirá el lector, vamos á referirle de paso la historia posterior, que quizás oirá con gusto, de las admirables excavaciones á donde hemos conducido á nuestros peregrinos.

La historia de los primeros cementerios cristianos, ó sea *catácumbas*, como se denominan comunmente, puede dividirse en tres partes: la primera comprende desde su origen hasta el período que bosquejamos en este libro, ó unos cuantos años después; la segunda desde esta época hasta el siglo VIII, y la tercera hasta nuestros días, en que podemos presumir con razón que se ha inaugurado otra nueva era.

De propósito nos hemos abstenido de emplear la palabra *catácumbas* para que el lector no incurriese en el error de creer que este era el nombre original ó genérico de las primitivas criptas cristianas. Roma estaba circunvalada por unos sesenta cementerios, y cada uno se designaba con el nombre de algun santo ó santos, cuyos cadáveres yacían bajo sus bóvedas, como por ejemplo los cementerios de los Santos Nereo y Aquileo, de Santa Ines, de San Pancracio, de Pretextato, de Priscila, de Hérmes, etc. A veces tomaban estos cementerios el nombre de los sitios que ocupaban (1). El de San Sebastian, que solían designar con el nombre de *Cæmenterium ad Sanctam Cæciliam* (2), tenía otros varios, entre ellos el de *Ad Catácumbas* (3); y aunque se ignora completamente la significación de este vocablo, podría muy bien atribuirse á la circunstancia de haber estado enterradas en él las reliquias de san Pedro y san Pablo, en una cripta que aun existe cerca de aquel cementerio. Aplicado, pues, en un principio á un solo cementerio particular el nombre de *catácumbas*, fue generalizándose más tarde hasta conver-

(1) Como *Ad Nymphas*, *Ad Ursum pileatum*, *Inter duas lauros*, *Ad Sextum Philippi*, etc.

(2) Cementerio del sepulcro de Santa Cecilia.

(3) Palabra formada, según parece, de una preposición griega y un verbo latino.



tirse en la frase comun y familiar con que se designa todo el sistema de esas excavaciones subterráneas.

El origen de las catacumbas fue en el siglo pasado asunto de una animada controversia. Apoyándose en dos ó tres citas un tanto vagas y equívocas, algunos escritores eruditos sostuvieron que las catacumbas habian sido primitivamente excavaciones hechas por los gentiles con el fin de extraer arena para la construccion de los edificios de la ciudad. Los hoyos ó minas de donde se sacaba la arena llamábanse *arenaria*, y con este mismo nombre se han designado tambien algunas veces los cementerios. Pero un más científico y minucioso exámen, debido á las atinadas investigaciones de F. Marchi, ha demostrado completamente lo infundado de esa suposicion. Esas minas de arena abrian la entrada á las catacumbas, como aun puede verse en la actualidad; pero multitud de circunstancias prueban que jamas se emplearon como sepultura de cristianos ni sirvieron de cementerios.

Quien desea extraer arena de la tierra hace naturalmente la excavacion tan cerca como puede de la superficie, para que sea más fácil y cómodo el acarreo del material, y al efecto la ensancha cuanto lo permite la seguridad de la bóveda, segun se advierte hoy mismo en todos los socavones ó *arenaria* que abundan aun al rededor de Roma. Pero las catacumbas están construidas con sujecion á reglas enteramente contrarias.

La catacumba por punto general desciende desde su boca misma por unos escalones muy pendientes, practicados más abajo de la capa de arena movediza y deleznable hasta la ya endurecida en forma de piedra, no muy dura, pero consistente, y en cuya superficie se distingue claramente la huella del azadon y el pico. Hasta aquí la profundidad forma tan sólo el primer piso del cementerio, pues se sigue bajando por escalones que conducen á un piso segundo y aun á otro tercero, contruidos todos segun el mismo plan.

Dividense las catacumbas en tres partes: pasadizos ó calles, aposentos ó salas, é iglesias. Los pasadizos son galerías largas y estrechas, cortadas con tanta regularidad que

el pavimento y el techo forman ángulos rectos con los costados, pero tan estrechas á veces que apenas pueden pasar de frente dos personas. Suelen prolongarse dos galerías en línea recta hasta una gran distancia; pero siempre cruzadas por otras, que á su vez lo están por otras, de modo que forman un intrincado laberinto de calles subterráneas en cuya complicada red seria tan funesto como fácil perderse.

Mas estos pasadizos ó calles no han sido contruidos solamente, como parece indicarlo su nombre, para conducir ó abrir paso á otra parte: no; constituyen el cementerio, son la catacumba misma. Así sus paredes como las que rodean las escaleras son verdaderas colmenas de sepulturas; todas están horadadas por hileras de excavaciones grandes y pequeñas, de capacidad proporcionada para contener el cadáver de un niño ó de un adulto, tendidos paralelamente á la galería. A veces se encuentran una sobre otra hasta catorce hileras de sepulcros; otras veces no pasan de tres ó cuatro, y las excavaciones vienen tan justas á la medida del cuerpo que contienen, que es de creer que el cadáver descansaba al lado de la sepultura mientras esta se cavaba.

Cuando el cuerpo, amortajado de la manera que hemos oido á Diógenes, era depositado en su reducido nicho, tapábase herméticamente la entrada de este con una losa de mármol, ó por lo comun con anchas tejas puestas de canto, encajadas en una muesca abierta en la roca y revocada al rededor con argamasa. Las inscripciones se esculpian en el mármol ó se grababan en la argamasa ántes de endurecerse. De las primeras hay miles en colecciones que se pueden ver en los museos é iglesias, y multitud de las segundas han sido ya copiadas y publicadas; pero son estas poquísimas comparadas con el infinito número de sepulturas anónimas ó sin ninguna inscripcion.

Si el lector desea saber ahora el período fijo en que se introdujo la costumbre de enterrar á los difuntos en las catacumbas, procuraremos satisfacer su curiosidad lo más brevemente posible.

No hay evidencia de que los cristianos hubiesen nunca

enterrado á los muertos en parte alguna determinada con anterioridad á la construccion de las catacumbas. Dos principios tan antiguos como la cristiandad misma regian é inspiraban el modo de sepultar á los difuntos cristianos: el primero era el modo como Jesucristo fue sepultado, cuyo cuerpo, envuelto en una sábana embalsamada con aromas, fue depositado en un sepulcro abierto dentro de una caverna, que taparon luego con una losa. Como san Pablo nos propone tan á menudo á Cristo por modelo de nuestra resurreccion, y dice que hemos sido sepultados con Él en el bautismo, muy natural era que sus discípulos desearan ser enterrados como su divino Maestro, para estar prontos á resucitar con Él en la vida eterna.

Este reposo del cuerpo que espera en el sepulcro su resurreccion era el segundo principio, el otro pensamiento que inspiró á los cristianos la construccion de esta clase de cementerios, y esto explica por qué las expresiones referentes á estos lugares de reposo aludian todas á la resurreccion. De aquí es que la palabra *enterrar* no se encuentra nunca en los epitafios de los cristianos; *depuesto en paz ó aquí está depositado* son las expresiones usadas en ellos, como queriendo indicar que los muertos descansan allí temporalmente y hasta que se los venga á buscar, como una prenda ú objeto precioso confiado á la custodia de los fieles. El nombre mismo de *cementerio* hace concebir la idea de un lugar en donde muchos entregados al sueño descansan por un tiempo dado como en un dormitorio, mientras no luce la aurora del dia eterno y los despierta el sonido de la trompeta. De aquí que á la sepultura se la designe tan sólo con los nombres de *lugar ó pequeña mansion* (1) de los que mueren en Cristo.

Estas dos ideas, que se presentan combinadas en el plan de las catacumbas, no eran ciertamente nuevas en la mente ni en el corazon de la cristiandad, sino que predominaban y existian ya demasiado arraigadas para inspirar á los fieles

(1) *Locus, loculus.*

horror á la costumbre pagana de quemar los cadáveres ; y así es que , en efecto, no hay el menor indicio de que semejante costumbre haya sido practicada por los cristianos.

Pero las catacumbas mismas nos suministran ámplias pruebas de que se remontan á un origen muy remoto. Las pinturas que aun se conservan pertenecen por su estilo al período en que florecian las bellas artes. Sus símbolos y hasta el gusto en elegirlos son el sello característico de una época muy apartada , pues vemos que ese gusto especial fué desapareciendo con el trascurso del tiempo. A pesar de que las inscripciones con fechas son muy raras, entre las diez mil que ha recogido y está para publicar el docto caballero Rossi, hay unas trescientas con fecha consular , que abrazan todos los períodos desde los primeros emperadores hasta mediados del siglo IV.

A otra costumbre singular é interesante debemos tambien la conservacion y el conocimiento de las fechas de las sepulturas : cuando se tapaba alguna de ellas los parientes ó los amigos solian , para distinguirla , hundir en el yeso, aun fresco, quién una moneda , quién un camafeo ó una piedra preciosa grabada , y los más pobres una concha , una simple guija ú otros objetos de ningun valor, los cuales se dejaban pegados para reconocer por su medio las sepulturas , y principalmente las que carecian de inscripciones. Pues bien, muchos de estos objetos se siguen encontrando y se forman con ellos colecciones. Hay más ; las monedas , ó hablando más científicamente , las medallas que se desprendian de las sepulturas , solia acontecer que dejaban estampado su huella en la argamasa , por donde á falta de ellas se venia en conocimiento de las fechas , que se remontan á veces al reinado de Domiciano, y otras hasta el de los primeros emperadores.

Se nos preguntará tal vez de qué nacia ese afan de los cristianos de reconocer la sepultura. Independientemente del cariño y la piedad individual hay otro motivo que se halla consignado sin excepcion en todas las antiguas inscripciones sepulcrales. Si por falta de espacio no se pudiese en nuestros

actuales cementerios consignar entera la fecha del fallecimiento de una persona, preferiríamos hacer constar el año más bien que el día en que hubiese ocurrido. Esto sería lo más natural, pues nada se consigue con saber el día que murió un sugeto, si al propio tiempo no se sabe el año; mas el año, aunque se ignore el día, es un recuerdo importante. No sucedía, sin embargo, lo mismo entre los primeros cristianos: mientras que tanto escasean las inscripciones antiguas que nos indican el año en que murieron los que yacen bajo ellas, en cambio hay miles que nos recuerdan el día que fallecieron en la esperanza de los fieles ó en la gloria de los mártires. Consistía esto en que como de unos y otros se hacía anualmente conmemoración el día mismo que habían cerrado los ojos á la luz del mundo, era indispensable saber este con exactitud y lo consignaban con preferencia al año.

En un cementerio contiguo al en que hemos dejado á nuestros tres mozos con Diógenes y sus hijos (el de los Santos Nereo y Aquileo) se han encontrado mezcladas unas con otras inscripciones pertenecientes á ambas categorías de difuntos, fieles y mártires. Una de ellas, que está en griego, despues de mencionar que fue depositada allí Augenda el día 13 ántes de las calendas, ó del 1.º de junio, añade este sencillo epitafio:

ZHCAIC ENKΩ KAI  
EPΩTA YΠEPHMΩN

*«Vive en el Señor y ruega por nosotros.»*

En otro fragmento se lee:

...N. IVN-  
...IVIBAS-  
IN PACE ET PETE  
PRO NOBIS

*«... Nonas de junio... Vive en paz y ora por nosotros.»*

Esta es la tercera :

VICTORIA . REFRIGERER (ET)  
ISSPIRITVS. TVS IN BONO

«Victoria, refrigérate y que tu espíritu esté en gozo.»

Esta última nos hace recordar una inscripcion singularísima que se encontró rasguñada en la argamasa en una sepultura del cementerio de Pretextato, á pocas varas de distancia del de Calixto. Es notable , primero por estar escrita en latín con caracteres griegos , despues por contener un testimonio de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y últimamente porque en ella se lee la oracion de sufragio por los difuntos. Suplirémos las palabras que faltan por haberse desprendido parte de la argamasa :

BEME	MERENTI	SORORI	BON	
		VIII	KAL	NOB
	ΔΕ		ΕΤΙ	
	ΟΥC		ΠΙΤ	ατ
	ΧΡΙC		ΤΟΥ	συμ
	ΤΟΥC		ΡΕΦ	ε
	ΟΝΝ		ΙΓΕΡΕ	τ
	ΙΠΟ		ΙΝ	Χ
	ΤΕC			

«A la benemérita hermana Bon... el octavo dia ántes de las calendas de noviembre.—Cristo Dios Todopoderoso refrigere tu espíritu en Cristo.»

A pesar de esta digresion sobre las oraciones esculpidas en las sepulturas, esperamos que el lector no habrá perdido de vista que estábamos comprobando nuestro aserto acerca de que los cementerios cristianos de Roma son de un origen que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia. Ahora vamos á determinar hasta qué época estuvieron en uso.

Después de la paz de la Iglesia la devoción despertaba en los cristianos el deseo de ser enterrados cerca de los mártires y santos difuntos de los siglos anteriores; pero por lo general contentábanse con hallar sepultura debajo del pavimento de las galerías. De aquí proviene que se hayan encontrado entre los escombros de las catacumbas, y aun á veces en sus respectivos sitios, piedras sepulcrales con fechas consulares del siglo IV, que son más gruesas, más grandes y mejor esculpidas, y presentan labores ménos sencillas que las colocadas en las paredes. Pero ántes de que concluyese aquel siglo vemos que esos monumentos van siendo cada vez más raros, y esto nos induce á creer que los entierramientos en las catacumbas cesaron del todo en el siglo siguiente á más tardar. El papa Dámaso, que murió el año 384, se abstuvo reverentemente, como nos lo declara en su epitafio, de entremeterse en la compañía de los santos, haciendo enterrar entre ellos su cadáver.

Por consiguiente, puede muy bien decirse que Restituto, con cuya lápida sepulcral hemos encabezado este capítulo, hablaba en nombre de los primeros cristianos y reclamaba como obra y propiedad exclusivamente suya las mil millas de ciudad subterránea, con sus seis millones de habitantes que en ella reposan confiando en el Señor y esperando su resurrección (1).

### CAPÍTULO III.

#### Lo que Diógenes no podía decir de las catacumbas.

Diógenes vivió á fines del primer período de la historia de los cementerios: si hubiese podido prever la suerte futura

(1) A esta cifra hace subir su cálculo F. Marchi. Advertirémos aquí que para construir estos cementerios se extraía la arena de una galería para arrojarla en otras ya abiertas. Por esto se encuentra hoy gran número de galerías cegadas.

que les estaba reservada, habria visto adelantarse una época que regocijara su corazon, y otra más léjos que le afligiera profundamente. Bien que no tenga relacion directa con nuestra historia la materia de este capítulo, servirá no obstante de enlace entre la narracion y la posicion topográfica del escenario en que pasan los incidentes que la constituyen.

Despues que la Iglesia recobró el sosiego y la libertad, fueron los cementerios lugares de devocion muy frecuentados. Cada uno recibió el nombre de uno ó de muchos de los más eminentes mártires sepultados allí, y al pié de sus sepulcros acudian en tropel los ciudadanos y los peregrinos el dia de los aniversarios de su muerte, en que se celebraban los divinos oficios y se pronunciaban panegiricos en recuerdo de sus virtudes. De esos panegiricos ó elogios fúnebres se principiaron á formar los primeros martirologios ó calendarios de los dias de mártires, destinados á indicar á los fieles los parajes á donde debian encaminarse, tales como á Roma por la via Salaria, ó Appia, ó Ardeatina. Estas indicaciones se leian casi diariamente en el Martirologio romano, del cual han ido desapareciendo á medida que se han aglomerado las adiciones en los siglos posteriores (1).

(1) Algunas anotaciones del antiguo *Kalendarium romanum* bastaran á aclarar esto.

III. Non. Mart. Lucii in Callisti.

IV. Id. Dec. Eutichiani in Callisti.

XIII. Kal. Feb. Fabiani in Callisti, et Sebastiani ad Catacumbas.

VIII. Id. Aug. Systi in Callisti.

Hemos elegido estas anotaciones de los cadáveres depositados en el cementerio de Calixto porque mientras escribíamos este capítulo hemos recibido la noticia de haberse descubierto los sepulcros y epitafios de cada uno de estos Papas y los de san Antero en una capilla del cementerio de Calixto, cuya identificacion se ha comprobado recientemente por esta inscripcion en verso compuesta por san Dámaso:

< Príd. Kal. Jan. Sylvestri in Priscilla.

IV. Id. (Aug.) Laurentii in Tiburtina.

III. Kal. Dec. Saturnini in Thrasonis.

(Publicadas por Ruinart.—*Acta*, t. III.)



Una persona vulgar que lea el Martirologio comprenderá difícilmente la importancia de esas indicaciones, y sin embargo han servido para determinar el lugar que ocupaban otros cementerios, cuya existencia seguiria siendo problemática. Además no pocos autores de nota con sus escritos han contribuido muchísimo á la investigacion que nos ocupa; mas ántes de citarlos echemos una ojeada sobre las alteraciones que produjo en los cementerios la devocion de los fieles. Construyéronse primeramente entradas y escaleras más cómodas; levantáronse luego paredes para sostener las galerías ya ruinosas; más adelante se abrieron en las bóvedas claraboyas en forma de embudos por donde pudiesen penetrar el aire y la luz, y por último se erigieron sobre sus entradas iglesias ó basílicas, por las {cuales se pasaba por via recta al sepulcro principal, que entónces se denominaba la *Confesion de la Iglesia*. De este modo el peregrino que al llegar á la Ciudad Santa visitaba una de estas iglesias, como se acostumbra en el dia, bajaba á las criptas, y sin tener que rodear ni buscar á tientas el camino, se dirigia sin vacilaciones por bien contruidos pasadizos al santuario del mártir principal, y desde allí á otros igualmente dignos de reverencia y devocion.

Durante este período no era permitido abrir las sepulturas, ni ménos aun exhumar ó extraer ningun cadáver. Por aberturas hechas en los sepulcros se introducian pañuelos y cintas, llamadas *brandea*, los cuales, tocados á las reliquias del mártir, eran trasportados para ser objeto de piadoso culto en las más apartadas regiones. No es por lo tanto de extrañar que san Ambrosio, san Gaudencio y otros obispos encontrasen tantas dificultades para obtener cuerpos de los mártires ó reliquias de alguna entidad con que enriquecer sus iglesias.

Habia otra clase de reliquia, llamada vulgarmente *óleo del mártir*, que era el aceite, aromatizado por lo general, que alimentaba la lámpara puesta al lado de su sepulcro. Contiguo á los monumentos osténtase á veces un pilar de piedra de unos tres piés de altura, cuya parte superior ter-

mina en forma cóncava; y es de inferir que el hueco de ese pilar serviría, bien para contener la lámpara, ó bien para receptáculo mismo del aceite. San Gregorio Magno escribió á la reina Teodolinda diciéndole que le enviaba una coleccion de los óleos de todos los papas que habian sufrido el martirio; la lista que los acompañaba fue copiada por Mabillon en la tesorería de Monza y publicada de nuevo por Ruinart (1), y aun existe allí con los mismos frascos que contenian los óleos, dentro de tubos de metal sellados.

El temor de turbar el reposo de los santos se halla patentemente demostrado en este interesante suceso que refiere san Gregorio de Tours: san Crysanto y Daría eran los mártires más venerados en la antigua Iglesia romana, y sus sepulcros habian adquirido tan extraordinaria celebridad por las milagrosas curas verificadas en ellos, que los cristianos construyeron, ó más propiamente dicho, excavaron sobre los mismos sepulcros un oratorio abovedado y preciosamente esculpido, en donde se reunia multitud de devotos. Fueron estos descubiertos por los gentiles, y el emperador mandó encerrarlos tapiando la entrada, y haciendo que les echasen por el *luminare* ó tubo ventilador una enorme cantidad de tierra y piedras, con lo cual quedaron sepultados en vida. Despues del restablecimiento de la paz de la Iglesia permaneció ignorado el sitio donde aconteciera tal acto de crueldad, hasta que al fin fue descubierto por designio de la Providencia divina. Desde entónces no volvió á permitirse á los peregrinos entrar en aquel lugar santificado, consintiéndose únicamente que lo contemplasen desde una ventana abierta en la pared, de modo que se podian ver, no solo los sepulcros de los santos mártires, sino tambien los cuerpos de los que habian sido enterrados en vida dentro de su santuario. Y como ese cruel asesinato se habia perpetrado en el momento mismo que se estaban haciendo los preparativos para ofrecer la sagrada Eucaristía,

(1) *Acta Martyr.*, t. III.

se distinguian aun desde la ventana caidas por el suelo las vinajeras de plata en que se habia llevado el vino para el incruento sacrificio (1).

Necesariamente las personas que iban en peregrinacion á Roma trataban de procurarse una guia de los cementerios, que les informase acerca de los que tuvieran que visitar ; al regresar á sus hogares es natural que quisiesen edificar á sus compatriotas refiriéndoles todo lo que habian visto ; y á estas circunstancias debemos nosotros la fortuna de poseer varios escritos de la mayor importancia , entre los cuales figuran en primer lugar los catálogos formados en el siglo IV (2), que contienen el uno la indicacion de los sitios donde estaban las sepulturas de los sumos Pontífices, y el otro las de los mártires ; y ademas de estos catálogos tres diversas guias de las catacumbas, tanto más interesantes cuanto que , conduciendo cada uno por distinto camino al curioso explorador , todas tres concuerdan sin embargo admirablemente en las relaciones que hacen de los cementerios.

Como prueba de la importancia de estos documentos , y al objeto de describir las alteraciones ocurridas en las catacumbas durante el segundo período de su historia , vamos á dar breve noticia de un descubrimiento hecho en el cementerio donde no habrá olvidado el lector que dejámos á nuestros sels conocidos. Entre los escombros hacinados junto á la entrada de una catacumba que todavía era de dudosa denominacion , si bien por largo tiempo habia pasado por la de *Pretextato* , se encontró el fragmento de una losa de mármol partida oblicuamente y en la que se leian grabadas estas letras :

(1) San Gregorio de Tours , *De gloria mart.* , lib. I , cap. 28. Edic. Marchi , pág. 81.—Véase tambien el epígrama de san Dámaso , *Carm.* , XXVIII.

(2) Publicados por Bucherius en 1634.



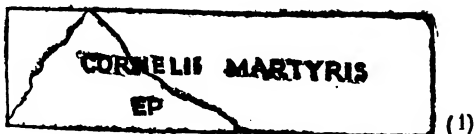
(1)

El joven caballero de Rossi asentó en seguida que este fragmento era parte de la inscripcion sepulcral del santo papa Cornelio; que probablemente se hallaria más abajo su sepulcro en la forma requerida para demostrar su identidad; y que coincidiendo todos los itinerarios mencionados en colocarle en el cementerio de Calixto, era este, y no el de San Sebastian, situado á pocas varas de distancia, al que por derecho correspondia la honra de llevar aquel nombre. Todavía se aventuró á decir más aquel distinguido anticuario, y predijo que, como los referidos itinerarios afirmaban que san Cipriano estaba enterrado junto á san Cornelio, algo se descubriría en la sepultura que viniese en apoyo de esta idea, á pesar de que el cuerpo de san Cipriano se daba por seguro que reposaba en África. Pronto se vieron cumplidas sus predicciones. Habiéndose descubierto la escalera principal (2), se vió que conducia directamente á un recinto más espacioso y que estaba reforzado á todo coste por una fábrica de mampostería del tiempo de la paz, recibiendo luz y aire de la parte superior. A la izquierda habia un sepulcro abierto como otros en la roca, sin arco exterior que le cubriese, pero desahogado y ancho; y exceptuando uno que habia sobre él á grande altura, ni arriba, ni abajo, ni á los lados tenia ningun otro sepulcro. Dentro de él se encontró el pedazo de la lápida que faltaba: trájose el anterior, que estaba depositado en el museo Kircheriano, y habiendo juntado per-

(1) De. . . nello mártir.

(2) Creemos que la cripta se descubrió ántes que la escalera.

fectamente los dos, resultó que ambos tapaban el sepulcro en esta forma :



Debajo de esta piedra habia en el suelo una losa de mármol con una inscripcion; la losa estaba rota y sólo se conservaba la extremidad izquierda; pues la derecha habia desaparecido hecha menudos pedazos. Encima del sepulcro habia otra lápida encajada en la roca, ó por mejor decir, el ángulo derecho de ella y algunos fragmentos recogidos entre los escombros; si no lo bastante para descifrar los renglones, lo suficiente al ménos para conocer que era una inscripcion en verso de las compuestas por el papa Dámaso. Y se revelaba fácilmente quién era el autor, porque no sólo sabemos que este santo Pontífice se complacia en componer versos y escribirlos en los sepulcros de los mártires (2), sino que todas las inscripciones de su composicion que se conservan distingúense por el carácter especial y elegante de las letras, que los anticuarios designan con el nombre de *damasianas*; y en los fragmentos de que hablamos se leen retazos de versos escritos en estos caracteres.

Pero prosigamos: en la pared á la derecha del sepulcro y sobre el mismo plano estaban pintadas dos figuras en pié de cuerpo entero con ornamentos sacerdotales y una auréola al rededor de sus cabezas, obra evidentemente bizantina del siglo VII; en la misma pared á la izquierda de cada figura estaban una debajo de otra las letras de sus nom-

(1) De Cornelio, mártir, obispo.

(2) Los epitafios constituyen la mayor parte de las obras en verso que aun nos quedan de este Pontífice.

bres, que, aunque en parte borradas, reconstruimos del modo siguiente:

**SCI CORNELI PP. SCI CIPRIANI (3).**

Preciso es convenir en que un extranjero al leer éstas dos inscripciones, y sabiendo que la Iglesia celebra en un mismo día la conmemoracion de los dos mártires, no podrá ménos de suponer que fueron allí depositados juntos. Por último, á la derecha del sepulcro se levanta una columna truncada de unos tres piés de altura, cóncava en la parte superior como las que hemos ántes descrito, y que contiene el óleo de san Cornelio, lo cual viene en confirmacion del uso que supusimos se haria de ellas en la lista de los óleos enviados por san Gregorio Magno á la reina de los lombardos.

Se ve, pues, que durante el segundo período se introdujeron mayores comodidades á la par que nuevos adornos en la primitiva sencillez de estructura y disposicion de los cementerios. Mas no por eso se crea que es fácil tomar equivocadamente esos embellecimientos posteriores por producciones de los primeros siglos. La diferencia entre ellos es tan notable que ántes incurriríamos en la torpeza de confundir un Rubens con un Beato Angélico, que una obra bizantina con otra de los primeros siglos.

(3) Es decir: «(Retratos) de san Cornelio papa (y) de san Cipriano.» Al otro lado, en una pared que sobresale formando un ángulo recto, hay otros dos retratos por el estilo; mas sólo es descifrable el nombre de uno de ellos, que es el de san Sixto, ó como allí y en otras partes se le llama *Sustus*. Sobre las imágenes de los dos santos principales se notan aun trazados en el yeso con caracteres del siglo VII los nombres de personas que han visitado el sepulcro. Dos sacerdotes han firmado así:

**LEO PRB. IOANNIS PRB.**

Por lo que pueda interesar consignarémos aquí la anotacion del Calendario romano:

«*XVIII Kal. Oct. Cypriani Africæ: Romæ celebratur in Eallist.*» Esto es: «Setiembre, 14. (La deposicion) de Cipriano en Africa: en Roma se halla en (el cementerio) de Calixto.»

Vengamos ahora al tercer período de esos sagrados cementerios, como si dijéramos al período más triste, al de su desolacion. Cuando los lombardos, y más tarde los sarracenos, principiaron á devastar los alrededores de Roma, temiendo los papas la profanacion de las catacumbas extrajeron de los sepulcros en que yacian los cuerpos de los más ilustres mártires y los depositaron en las basílicas de la ciudad. Así continuaron hasta el siglo VIII ó IX, en cuya época leemos que los soberanos Pontífices mandaron practicar algunas reparaciones en los cementerios. Dejaron las catacumbas de ser frecuentadas por los devotos, y las iglesias construidas sobre sus entradas fueron demolidas, ó se desmoronaron. Unicamente quedaron en pié las que estaban fortificadas y eran susceptibles de defensa, como las basílicas extramuros de San Pablo en la via Ostia, de San Sebastian en la via Appia, de San Lorenzo en la via Tiburtina ó en el *Ager Veranus*, de Santa Ines, en la via Nomentana, de San Pancracio en la via Aureliana y la de San Pedro en el Vaticano, que era la mayor de todas. La primera y la última se hallaban rodeadas de arrabales ó barrios separados, y el viajero puede aun examinar los vestigios de fuertes murallas levantadas al rededor de las obras.

No deja de extrañar, sin embargo, que el jóven anticuario, de quien varias veces hemos hecho tan honrosa mencion, haya descubierto de nuevo dos de las basílicas construidas sobre la entrada del cementerio de Calixto, sirviendo una de caballeriza y tahona y la otra de tienda de vinos. Una de estas será probablemente la erigida por el papa Dámaso, á quien tan á menudo hemos citado en este capítulo.

La tierra que fuéron introduciendo las lluvias en esos cementerios por sus respiraderos; las sustracciones cometidas por personas que se introducian desde los viñedos por mal guardadas entradas, y la accion más devastadora aun del tiempo, apénas nos han dejado restos informes de las catacumbas. Queda, sin embargo, en pié mucho que afortunadamente no ha desaparecido, y que basta para comprobar la exactitud de las noticias que nos han trasmitido épocas más

faustas, noticias que á su vez nos sirven de guía para la reconstrucción de las ruinas. El Pontífice actual ha hecho más en pocos años por estos santos lugares, que lo que ántes de él se había ejecutado en siglos. La comision mixta nombrada por él ha hecho prodigios, y, aunque con escasos recursos, prosigue sistemáticamente en su obra sin dejar de concluir nada de lo que emprende. Ni una piedra siquiera se separa ya del sitio donde se la encuentra ; en cuanto es posible se restaura cada cosa para volverla á su estado primitivo, y se sacan copias exactas de todas las pinturas y planos de todos los sitios que se exploran. Para conseguir tan excelentes resultados ha comprado el Papa de su bolsillo particular viñas y tierras, especialmente en Tor Marancia, donde está situado el cementerio de los Santos Nereo y Aquileo, y creemos que tambien el de Calixto. El actual emperador de los franceses ha enviado á Roma artistas que han hecho sobre las catacumbas un trabajo magnífico, quizas demasiado, empresa verdaderamente imperial.

Pero tiempo es ya de reunirnos á nuestra pequeña comitiva que hemos dejado en las galerías subterráneas, y guiados por nuestros amigos los sepultureros concluiremos la inspeccion de aquellas maravillosas ciudades, habitadas por un pueblo de santos que han pasado á mejor vida.

## CAPÍTULO IV.

### Lo que Diógenes podía contar de las catacumbas.

Es indudable que cuanto hemos dicho al lector referente al primer período de la historia de Roma subterránea, como los anticuarios eclesiásticos se complacen en llamar á las catacumbas, se lo habrá relatado mucho mejor el buen Diógenes á sus jóvenes oyentes mientras, hacha en mano, han estado recorriendo pausadamente una larga y estrecha gale-



ría , sin desviarse hácia ninguna de las muchas que la cruzaban.

Al fin torció Diógenes á la derecha , y mirando Torcuato con ansiedad al rededor preguntó :

—¿ Cuántas galerías laterales , habremos pasado ántes de salir de esta galería principal?

—Muchas, respondió secamente Severo.

—¿ Como cuántas? ¿ Diez? ¿ Veinte?

—Esas ó más, porque no lo sé : jamas las he contado.

Torcuato las habia contado perfectamente, y lo que deseaba era asegurarse de si habia llevado bien la cuenta.

Así es que, sin dejar de pararse á cada instante, prosiguió preguntando :

—¿ En qué conoces la galería por donde debe torcerse? ¡Hola! ¿qué es esto? añadió en seguida haciendo que examinaba un pequeño nicho en una esquina.

Pero Severo, que no le perdia de vista , reparó que estaba trazando una señal en la arena.

—Dáte prisa , le dijo, si quieres que veamos lo demas y vayamos juntos para no perdernos. Ese pequeño nicho sirve para colocar una lámpara, y encontrarás uno en cada esquina. En cuanto á conocer el camino, nosotros andamos con tanta facilidad por los pasadizos y revueltas encrucijadas de aquí abajo , como vosotros allá arriba por las calles de la ciudad.

Torcuato se tranquilizó algo con la noticia de las lámparas , que eran de barro cocido y construidas á propósito para las catacumbas , donde todavía se encuentran en gran número ; pero, no satisfecho enteramente , siguió contando las galerías que pasaba , y ya con una excusa, ya con otra, se paraba á cada instante para examinar todas las circunstancias locales. Por supuesto que nada de esto se escapaba á Severo, que seguia con ojos de lince todos sus movimientos.

Entraron al fin por un arco que conducia á una pieza cuadrada , adornada de pinturas.

—¿ Qué pieza es esta? preguntó Tiburcio.

—Una de las muchas criptas ó *cubicula* (1) que hay en nuestros cementerios : algunas son simples sepulturas de familia ; pero las más contienen el sepulcro de algún mártir , en cuyo aniversario nos congregamos en ellas. ¿ Veis aquel sepulcro de en frente , que aunque está al nivel de la pared , tiene encima un arco que le resguarda ? Pues en esos días se convierte en altar para la celebracion de los divinos oficios. Supongo que estaréis ya familiarizados con esta práctica y sabréis cómo se celebran.

—Quizas mis dos amigos, interrumpió Pancracio, no hayan oido hablar de ella , pues no há mucho que fueron bautizados ; pero yo la conozco perfectamente. Y por cierto que es privilegio de los más gloriosos mártires que la oblation del sagrado cuerpo y la preciosa sangre del Señor se verifique sobre sus cenizas, descansando así bajo el mismo pié de Dios (2). Mas examinemos con atencion las pinturas que revisten esta cripta.

—Precisamente para que las veais os he traído á esta pieza con preferencia á otras muchas del cementerio : es de las más antiguas y contiene una coleccion completísima de pinturas desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, pues algunas son debidas al pincel de mi hijo.

—Pues bien , Diógenes, dijo Pancracio , explicaselas por orden á mis amigos : yo tambien , aunque en su mayor par-

(1) Aposentos.

(2) « Sic venerari ossa libet ,  
Ossibus altar et impositum ;  
Illa Dei sita sub pedibus ,  
Prospicit hæc , populosque suos  
Carminè propitiata fovet. »

Prudentius, III. 43.

« Así se ha permitido honrar sus cenizas : se ha levantado un altar sobre sus huesos, y *descansa ella bajo los piés de Dios*, desde donde ve este homenaje y favorece á su pueblo á quien se ha hecho propicia con cantos de alabanza. » La idea de que *la mártir descansa bajo los piés de Dios* es una alusion á la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

te me son conocidas, tendré mucho gusto en oír tus explicaciones.

—Bien que mi inteligencia sea escasa en la materia, replicó modestamente el buen anciano, sin embargo, cuando se ha pasado toda la vida en una cosa, acaba uno por conocerla y tomarla cariño. ¿Supongo, añadió despues de una breve pausa, que todos los presentes habrán sido ya iniciados?

—Todos, respondió Tiburcio, aunque no poseemos la instrucción tan completa que se da á los convertidos. Torcuato y yo hemos recibido el don sagrado del bautismo.

—Pues basta, respondió el sepulturero; oid. Las pinturas del techo son naturalmente las más antiguas, como que fueron ejecutadas cuando se excavó la cripta, al paso que las paredes se fueron pintando conforme se iban abriendo las sepulturas. Como veis, hay pintado en el techo una especie de emparrado con racimos para representar la verdadera Viña, de la cual todos los fieles somos sarmientos. Allí tenéis á Orfeo sentado y tañendo la lira, cuya dulce armonía atrae á su alrededor, no solo á su rebaño, sino hasta las fieras del desierto.

—Esa pintura es realmente pagana, interrumpió Torcuato en tono acre y sarcástico. ¿Acaso tiene que ver Orfeo con el cristianismo?

—No es sino una alegoría, amigo Torcuato, objetó dulcemente Pancracio, y una alegoría de las más favoritas. Cuando son del todo inofensivas el uso de las imágenes paganas está permitido entre nosotros. En ese techo, por ejemplo, ves máscaras y otros adornos de los gentiles, porque pertenecen por punto general á un período muy remoto: así era representado nuestro Señor bajo el símbolo de Orfeo para preservar su sagrada imagen de las blasfemias y sacrilegios de los infieles. Dirige ahora la vista á aquel arco y verás una representación más moderna del mismo asunto.

—Sí, respondió Torcuato, allí veo á un pastor con una oveja en los hombros; es el Buen Pastor; eso lo entiendo porque me acuerdo de la parábola.

—Pero ¿por qué es este asunto uno de los predilectos? preguntó Tiburcio. Ya le he visto representado en otros cementerios.

—Mirad, si quereis, el *arcosolium* (1), respondió Severo, que en él hay una representacion todavía más acabada de la escena. Pero mejor será que continuemos lo empezado y acabemos de examinar el techo. ¿Veis esa figura de la derecha?

—Sí; es la de un hombre sentado, á lo que parece, en una arca; hácia él viene volando una paloma. ¿Representa acaso el Diluvio? preguntó Tiburcio.

—Justamente, dijo Severo; representa el Diluvio, como emblema de la regeneracion por el agua y el Espíritu Santo, y de la salvacion del mundo. Ese es nuestro principio; allí en aquella otra figura está nuestro fin: Jonas arrojado del navío y tragado por la ballena, y sentado luego gozoso en su cabaña. Ahí teneis el emblema de nuestra resurreccion en el Señor, y por consiguiente del descanso eterno.

—¿Cuán propias son de este lugar esas representaciones! exclamó Pancracio. Aquí en estetro lado, añadió, tenemos otro tipo de doctrina tan consoladora.

—¿En dónde? preguntó desdeñosamente Torcuato. No veo mas que una figura toda vendada, que está de pié como un niño gigante en un pequeño templo, y en frente otra persona.

—Precisamente, dijo Severo, así representamos siempre la resurreccion de Lázaro. Mirad aquí una patética y tierna alegoría de las esperanzas de nuestros padres en la persecucion: los tres mancebos en el horno encendido de Babilonia.

—Ya creo que podemos pasar al *arcosolium*, interrumpió Torcuato, y terminar el exámen de esta cripta. ¿Qué significan esas pinturas que rodean el arco?

—Si miras al lado izquierdo verás la multiplicacion de los

(1) Designábanse con este nombre los sepulcros semicirculares ó en arco. Para formarse una idea de esta clase de sepulcros imagínese un hogar ó chimenea en arco, tapiada su altura de tres piés. Las pinturas están en el interior sobre la tapia ó pared.

panes y los peces. El pez es, como sabes, el símbolo de Cristo (1).

—¿Por qué? preguntó Torcuato con visible impaciencia.

Severo se volvió á Pancracio para que como más instruido respondiese.

—Existen acerca de esto dos opiniones: una que halla el origen de esta significacion en la palabra misma, porque sus letras forman el principio de otras palabras que componen esta sentencia: «*Jesus Cristo, Hijo de Dios, Salvador* (2);» y otra que le halla en el símbolo mismo, porque así como el pez nace y vive en el agua, así también nace el cristiano en el agua y permanece sumergido en ella con Cristo por el bautismo (3). Por eso al paso hemos ido viendo esculpida en los sepulcros la figura ó el nombre de un pescado. Continúa tú, Severo.

—Así pues, prosiguió este, la multiplicacion simultánea de los panes y los peces nos enseña como Cristo se convierte en la Eucaristía en alimento para todos (4). En frente está Moises golpeando la roca con la punta de su vara y haciendo brotar el manantial de que bebió todo el pueblo escogido: simboliza á Cristo, que es nuestra bebida como es nuestra comida (5).

(1) La palabra se escribe generalmente en griego, y Cristo es llamado comunmente *Ichthys*.

(2) Esta interpretacion dan san Optato (*adv. Párm.*, lib. III) y san Agustín (*de C. D.*, lib. XVIII, cap. 23).

(3) Así lo explica Tertuliano (*de Baptismo*, lib. II, cap. 2).

(4) En el mismo cementerio hay otra pintura interesante. En una mesa están colocados un pan y un pez sobre los cuales extiende un sacerdote las manos, y en frente está una mujer adorándolos: el sacerdote es el mismo que está representado en una pintura inmediata administrando el sacramento del bautismo. En otra cripta despejada recientemente se han encontrado decorados muy antiguos, como máscaras y peces nadando que llevan en el lomo banastas llenas de panes y frascos de vino.

(5) El tipo de la figura es el de san Pedro tal como se nos representa en los cementerios. En un cristal en que está pintado este pasaje la persona que golpea la roca lleva escrita sobre la cabeza la palabra *Petrus*.

En esto se hallaban del diálogo cuando exclamó Torcuato parándose :

—Por fin llegamos ya al Buen Pastor.

—Sí, dijo Severo, ahí le teneis en el centro del *arcosolum* con su sencilla túnica y sus polainas, y con una oveja sobre sus hombros, que es la descarriada y vuelta al rebaño; y otros dos á su lado, que son el vagabundo carnero á la derecha y el manso cordero á la izquierda; es decir, el arrepentido en el lugar preferente. A su lado van ademas dos personas enviadas evidentemente por el Redentor para predicar su doctrina. Ambas están inclinadas hácia adelante y se dirigen á ovejas que no pertenecen al rebaño. A un lado del Buen Pastor hay una oveja paciendo tranquilamente sin hacer caso de las palabras que se le dicen, mientras otra, que tiene levantados los ojos y aun las orejas, está mirando y escuchando con la mayor atencion al que habla. Sobre ambas, sin embargo, cae una lluvia abundante que significa la gracia de Dios. Bien fácil es, por cierto, de entender la alegoría de esta pintura.

—Mas ¿qué razon hay, volvió á insistir Tiburcio, para escoger ese símbolo con preferencia á otros?

—Creemos, respondió Severo, que esas pinturas y otras semejantes pertenecen en su mayor parte á la época en que la herejía novaciana fue una plaga que afligió terriblemente á la Iglesia.

—Y ¿qué herejía era esa? preguntó Torcuato distraida y negligentemente, como si creyese que estaba perdiendo el tiempo.

—Era y es aun, respondió Pancracio, la de creer y enseñar que hay ciertos pecados que la Iglesia no tiene facultad de absolver, por ser tan grandes que no es posible que Dios quiera perdonarlos.

A Pancracio pasó desapercibido el efecto de sus palabras; mas Severo, que hemos dicho ya no perdía de vista á Torcuato, vió que su rostro se demudó repentinamente.

—Y ¿es eso una herejía? balbució confundido el traidor.

—Y de las más horrendas, respondió Pancracio, pues que

límite la misericordia de Aquel que vino al mundo, no para llamar al arrepentimiento á los justos, sino á los pecadores. La Iglesia católica ha sostenido constantemente que todo pecador, por graves y numerosas que sean sus faltas, puede si se arrepiente de corazón ser perdonado mediante la oportuna penitencia. Y de aquí la singular predilección con que miran los fieles á ese tipo del Buen Pastor, dispuesto siempre á correr al desierto para devolver al redil las ovejas descarriadas.

—Pero supongamos, dijo Torcuato visiblemente conmovido, que uno, después de hacerse cristiano y haber recibido el don sagrado, incurriese en la apostasía, recayera en el vicio y... y... (la voz parecía faltarle), y estuviera casi tentado de vender á sus hermanos (prosiguió haciendo un esfuerzo), ¿no le rechazaría tampoco la Iglesia? ¿No le cerraría la puerta de la esperanza?

—De ningún modo, respondió Pancracio. Esos crímenes son precisamente los que dan pie á los novacianos para fundar la necia acusación que formulan contra lo que ellos llaman la laxitud de los católicos. La Iglesia es una madre que tiene siempre abiertos los brazos para recibir á sus hijos extraviados.

Esa última frase hizo asomar una lágrima á los párpados de Torcuato, estremeciéronse sus labios y estuvieron á punto de abrirse y dejar escapar la confesión de su delito; empero, como si un dogal le anudase la garganta, quedó mudo y sollozando interiormente. Después brillaron sus ojos con una expresión de rabia desesperada, mordióse los labios y dijo afectando serenidad:

—Es ciertamente una doctrina consoladora para los que la han menester.

Sólo Severo advirtió que se había extinguido el rayo de gracia en el corazón de aquel desventurado y que algún pensamiento lúgubre había ahogado en su pecho la llama de la esperanza.

En este momento volvieron Diógenes y Mayo, que se habían ausentado un rato de la cripta para ir á examinar no

lejos de allí un sitio en donde trataban de abrir una nueva galería.

Torcuato entonces se dirigió al anciano sepulturero y dijo:

—Hemos visto ya las galerías y las criptas, y estoy impaciente por visitar la iglesia donde habrémos de reunirnos.

El pobre Diógenes, que no había concebido la menor sospecha contra Torcuato, iba á emprender ya el camino de la iglesia, cuando el perspicaz Severo le detuvo diciéndole:

—Me parece, padre, que es ya tarde, y sabes que tenemos un trabajo que concluir. Estos mancebos nos dispensarán, tanto más cuanto que el santo Pontífice piensa officiar en esa iglesia, y entonces tendrán ocasion de verla mejor arreglada y compuesta de lo que ahora está.

Conformárense todos con lo propuesto por Severo; y acto continuo empezaron la retirada por el mismo camino que habian traido. Al llegar al punto de la galería principal, cuya esquina habian doblado para ir á visitar la cripta, se detuvieron á una señal de Diógenes, que adelantándose hácia un pasadizo que tenian en frente les dijo:

—Siguiendo por este corredor y torciendo á la derecha se halla la iglesia. Ahora sólo me he propuesto enseñaros un *arcosolium* en el que hay una hermosa pintura. Vedla allí: es la virgen María, que tiene en sus brazos al Niño divino mientras le están adorando los magos de Oriente (1). Observaréis que son cuatro los magos, y no tres como generalmente se les representa.

Mientras se ocupaban todos en admirar la pintura el pobre Severo experimentaba el mayor sentimiento porque inadvertido su padre habia orientado á Torcuato de lo que deseaba saber, pues llamándole la atencion tan de cerca sobre un sepulcro que se distinguia fácilmente de los demas por una tan notable pintura, le habia suministrado un medio seguro para acertar con la deseada iglesia.

(1) De esta pintura se han sacado varias copias, una de las cuales se encontró, si mal no recordamos, en el cementerio de Nereo y Aquileo. Es muy anterior al concilio de Calcedonia, á cuya época se atribuye esta manera de representar á nuestro Salvador.



Cuando Pancracio y sus dos amigos salieron del cementerio comunicó Severo á su hermano todas sus observaciones y sospechas, y terminó diciéndole :

—Ese hombre nos ha de ocasionar muchos disgustos.

Y preocupados los dos hermanos con esta idea borrarón apresuradamente todas las señales que Torcuato habia hecho en las esquinas de las galerías. No contentos con esto imaginaron aun otro medio más seguro de precaucion , cual fue el enderezar el camino por otro lado, tapiando la entrada actual y abriéndola en otra parte. Al efecto hicieron acarrear la arena de las últimas excavaciones á las dos extremidades de una galería que atravesaba la principal por la parte más baja , y la dejaron amontonada allí hasta tanto que informasen á los fieles de su proyectado cambio.

## CAPÍTULO V.

### Sobre el suelo.

Suponiendo que el lector estará cansado de su expedicion subterránea, vamos á emprender con él una excursion por la feliz Campania , ó bienaventurada Campania , como la habria llamado un escritor antiguo. Allí dejamos á Fabiola perpleja por no saber qué interpretacion dar á los renglones de una hoja de vitela que se encontraba en sus manos como una carta venida del otro mundo y que estuviese escrita en caracteres que apenas conociera. Deseaba vivamente comprender á fondo el sentido de aquellos renglones ; mas no se atrevia á consultar á nadie , y aunque al otro dia y en los siguientes la visitaron muchas personas , y deseaba mostrarles las misteriosas sentencias, no le fue posible resolverse á ello.

La primera que la visitó fue una dama que, como ella, hacia una vida irreprochable bajo el punto de vista filosófico, pero friamente virtuosa , y su conversacion giró sobre los

asuntos que entónces estaban más en boga. A esta dama iba ya Fabiola á enseñar la hoja de vitela , cuando de pronto se retrajo temiendo cometer una profanacion. Hízole despues una larga visita un erudito muy versado en todos los ramos de las ciencias y la literatura , el cual se extendió cuanto se lo permitió su natural facundia , enalteciendo la sublimidad de las aspiraciones que abrigaban las escuelas antiguas ; y esto pareció al pronto á Fabiola que era una oportunidad para consultarle acerca de su descubrimiento, si bien no llegó tampoco á decidirse esta vez, porque sospechó que en las misteriosas frases de la vitela se trataba de cosa muy superior á la comprension de aquel sabiendo. ¡Cosa extraña , en verdad , que siempre que la noble y altiva romana necesitaba que la ilustrasen ó consolasen tuviese que recurrir como instintivamente á su pobre y sencilla esclava ! Eso mismo sucedió entónces ; y así que se vieron libres de los forasteros y visitas que en aquellos dias invadieron en gran número la quinta , sacó Fabiola la vitela y se la enseñó á Syra , la cual , presa de una súbita emocion que pasó desapercibida á su ama , pudo leer el escrito haciendo un grande esfuerzo, que todavía fue mayor para poder recobrar instantáneamente la serenidad que de ordinario se veia en su semblante.

—Estos renglones , dijo Fabiola , vinieron á mi poder en casa de Cromacio, donde pedí una hoja para hacer un apunte , y sin duda por una equivocacion me dieron esta , con esas frases escritas en el dorso , cuyo contenido me llena de dudas.

—Y ¿por qué, mi buena ama , si el sentido no puede ser más sencillo y claro?

—Pues esa misma sencillez es cabalmente lo que me confunde : mis sentimientos , mis ideas , todo se rebela en mí contra esas máximas. Yo nunca podria estimar á un hombre á quien no hiciese mella una injuria , que no devolviese odio por odio. Quiero suponer, aunque lo dude, que se pueda olvidar una ofensa ; pero en cuanto á volver bien por mal, creo que eso es exigir de la naturaleza humana un imposi-

ble... Por otra parte, Syra, no puedo desconocer que tu conducta conmigo tiene algo de estó que mi corazon y mi entendimiento rechazan como imposible.

—¡Oh! No hablemos de mí, querida señora; pensad solamente en la sencillez de la máxima, y considerad que vos misma respetais á los que obran con arreglo á su principio. Y si no, decidme: ¿no es verdad que admirais la generosidad de Aristides, que por servir á uno de sus enemigos, que así se lo pidió, escribió él mismo su nombre en la tablilla donde se inscribian los votos para condenarle al destierro? Como patricia romana que sois, ¿no honrais asimismo la memoria de Coriolano, que tan generosa clemencia usó con la ciudad?

—Sí por cierto; pero bien sabes que Aristides y Coriolano eran héroes, y no hombres como otro cualquiera.

—Y ¿por qué no habíamos de ser todos héroes? preguntó Syra.

—¡Qué ocurrencia! La vida se nos haria insoportable, atroz; porque no cabe duda que es agradable leer las proezas de esos varones extraordinarios. Pero ¿á quién no repugnarían si todos los días las viésemos llevar á cabo por los demas hombres?

—¿Por qué razon? volvió á preguntar la esclava.

—¡Por qué razon! ¿Gustaria á ninguna mujer encontrarse cuando ménos lo pensara con que su infantil é inocente hijo se divertia jugando con serpientes y ahogándolas en la cuna, como Hércules cuando niño? A ¿quién no causaria horror un convidado que con la mayor sangre fria se pusiera á contar en la mesa que aquel día habia dado muerte á un minotauro y estrangulado una hidra, como Teseo? ¡Librenme los dioses de una generacion de héroes!

—Es mucha verdad, repuso Syra en el mismo festivo tono con que habia dicho Fabiola su última frase. Y sin embargo, señora, suponed que por desgracia viviéramos en un país donde abundaran tales mónstruos, donde hubiese centauros, y minotauros, hidras y dragones: ¿no valdría más que hombres comunes fuesen bastante héroes para destruirlos, que no tener que mandar al fin del mundo para traer un Teseo ó

un Hércules que los exterminasen? A decir verdad , los hombres que lucharan con esos mónstruos no serian por eso más héroes que un cazador de leones en mi país.

—Y ¿qué tiene que ver tu razonamiento con lo que yo digo?

—Mucho... La ira , el odio, la venganza , la ambicion , la avaricia , ¿no son , decidme, mónstruos tan formidables como las serpientes ó los dragones? ¿No acometen del mismo modo á los hombres comunes que á los extraordinarios? Pues entónces, ¿por qué no hemos de procurar todos hacernos tan capaces de vencerlos como Aristides y Coriolano? ¿A qué dejar á cargo sólo de los héroes lo que todos podemos hacer tan bien como ellos?

—Y ¿no reparas que , erigiendo esa doctrina en principio de moral universal , se vendria á pedir al comun de los hombres que alzaran demasiado su vuelo?

—De ningun modo, señora. ¿No recordais vuestra sorpresa cuando me atreví á sostener que las virtudes interiores y de nadie vistas eran tan necesarias como las que se ejercen exteriormente y á la vista de todo el mundo? Pues bien, mayor sorpresa pienso causaros todavía si...

—Prosigue y no temas, Syra ; dímelo todo.

—Pues que así lo quereis, os diré que la doctrina que yo profeso nos manda considerar y practicar, no solo como una virtud corriente, sino como un deber imprescindible, todo cuanto en cualquier código de leyes, sean estas todo lo puras y sublimes que fueren , se considera como un acto de heroísmo y una prueba de virtud transcendental.

—¡Sublime regla, á fe mía, de perfeccion moral! exclamó Fabiola. Sin embargo, ¿has considerado la diferencia que existe entre uno y otro caso?... El héroe es objeto de las alabanzas del mundo, y cuando domina sus pasiones, cuando ejecuta una accion grande, verdaderamente extraordinaria , la historia la consigna para trasmitirla con su nombre á la posteridad. Pero ¿quién estima , ni récompensa , ni se para siquiera en el humilde y oscuro individuo que le imita en secreto?

Levantando al cielo los ojos y el brazo Syra, respondió en tono solemne y con reverente actitud :

—¿Quién? Su padre que está en los cielos, y hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores... Ese es quien ve, quien recompensa.

Guardó silencio Fabiola por un instante, como si la embargase un respetuoso temor, y dirigiéndose luego á Syra le dijo con afable acento :

—Has triunfado una vez más de mi filosofía. Tu doctrina y los principios de donde la derivas son tan sublimes como sólidos. Practicar la virtud llevada hasta el heroísmo, y adoptarla por norma en la vida comun y diaria, y ejercerla en la oscuridad, en el olvido... ¡Oh! ¡Cuánta grandeza! Pero, Syra, para eso seria menester que los hombres se convirtieran ántes en seres muy superiores á nuestros propios dioses... Es una filosofía tan eminente, que no la concibe superior el entendimiento humano... Syra, ¿puedes trasportarme aun á más altas regiones?

—¡Oh! sí, seguramente, á mucho más altas.

—Y ¿en dónde me dejarás al fin?

—En donde vuestro propio corazon os diga que ha encontrado ya la paz.

## CAPÍTULO VI.

### Deliberaciones.

Algun tiempo hacia ya que se cebaba en Oriente la persecucion impulsada por Diocleciano y Galerio, cuando llegó á manos de Maximiano el decreto para principiarla con no ménos encarnizamiento en Occidente. Los enemigos de la Cruz se hallaban resueltos, no solo á reprimir, sino á exterminar á los cristianos; y el plan de aquella horrenda campaña contra la religion se reducía á empezar matando á los jefes para

comprender despues en un degüello general hasta á los de clase más ínfima y miserable. Era necesario al efecto concertarle de manera que todos los medios de destruccion funcionasen en cruel armonía ; que todos los instrumentos posibles se empleasen para coadyuvar á la seguridad del éxito, y por último que el golpe exterminador fuéase acompañado de la horrible pompa del mandato imperial.

A este fin el émperador, aunque impaciente por ver realizado su sangriento designio, habia consentido en que se aplazase la publicacion del edicto hasta poderlo hacer simultáneamente en todas las provincias y gobiernos de Occidente ; pues de este modo la siniestra nube cargada de rayos de venganza permaneceria algun tiempo misteriosamente suspendida sobre las amenazadas y trémulas víctimas , hasta que al fin , estallando de repente , descargase sobre ellas sus mezclados y confusos elementos , fuego , granizo , nieve, hielo y atronador estruendo.

Habia convocado Maximiano Hercúleo para el mes de noviembre la asamblea en que debian arreglarse definitivamente sus planes, y á la cual fueron llamados para tomar parte en las deliberaciones los principales oficiales de su córte y los altos dignatarios del imperio. El principal de ellos, el prefecto de la ciudad , habia llevado consigo á su hijo Corvino , á quien propuso para capitanear un cuerpo de exploradores armados , escogidos entre los más feroces y encarnizados enemigos de los cristianos, y cuya mision era descubrir su paradero para acabar con ellos sin piedad ni descanso. Habian concurrido tambien para recibir instrucciones los principales prefectos de las provincias de Sicilia, Italia , España y Francia ; varios filósofos y oradores , entre los que se hallaba nuestro antiguo conocido Calpurnio, y muchos sacerdotes que, llamados tambien para que asistiesen , habian llegado de diversos puntos del imperio para pedir que se estableciese una persecucion más severa contra los enemigos de los dioses.

Los emperadores, como hemos visto, residian habitualmente en el Palatino ; pero tenian otro palacio muy de su

agrado y al cual Maximiano Hercúleo dispensaba particular preferencia. En el reinado de Neron habia sido acusado de conspirador el opulento senador Plaucio Laterano, y por consiguiente condenado á muerte y ejecutado. Sus cuantiosos bienes fueron confiscados, cual es de suponer, y como parte de ellos su casa, que, segun la describen Juvenal y otros escritores, era de una extension y magnificencia extraordinarias. Por su acertada situacion sobre la colina Celia en el extremo Sur de la ciudad se gozaba desde ella una perspectiva que no tenia igual ni aun en los alrededores de Roma. Extendiéndose por la undosa campiña, cruzada en aquel lado por desmedidos acueductos, festoneada por caminos orillados de sepulcros de mármol, y salpicada por todas partes de relucientes quintas, que parecian piedras preciosas engastadas en el verde oscuro esmalte de los laureles y los cipreses, se alcanzaba á ver por la tarde hasta las purpúreas faldas de las colinas, en las cuales aparecian tendidas como en blando y elegante lecho Alba y Túsculo, segun una frase oriental, «con sus hijas al lado recreándose á los brillantes rayos del sol poniente.» Cerraban y completaban este magnífico paisaje á la izquierda del espectador la fragosa cordillera de las Sabinas y á la derecha la trasparente y azulada superficie del mar.

Sería atribuir á Maximiano una cualidad que no poseia si creyéramos que por amor á lo bello preferia una mansion tan admirablemente situada. El esplendor del edificio, al que habia añadido nuevos adornos, y la facilidad de salir de la ciudad para la caza de osos y lobos, eran las únicas causas de la predileccion que manifestaba por aquel palacio. Natural de Sirmio, en Esclavonia, se le consideraba generalmente como un bárbaro de la más baja condicion; mero soldado de fortuna, sin la más leve idea de educacion, y casi sin otras dotes que una fuerza física verdaderamente brutal, que le habia valido el sobrenombre de Hercúleo, fue elevado Maximiano á la púrpura por Diócles, otro bárbaro de origen é igual á él en todo, conocido por Diocleciano el emperador. Codicioso sin tasa y extravagantemente derrochador

como este, esclavo de los mismos groseros vicios y autor de los inmundos crímenes que una pluma cristiana se resiste á escribir, sin freno alguno á sus pasiones, sin principios de justicia, sin sentimientos de humanidad, no habia cesado este mónstruo de oprimir, perseguir y matar cuanto se le ponía al paso; de forma que para él la persecucion que se preparaba no era sino lo que la expectativa de un próximo banquete para un gastrónomo gloton que necesita del estímulo de un hartazgo para salir de la fastidiosa monotonía de sus excesos diarios. De figura y complexion gigantescas, con las facciones bien conocidas de su raza, con el cabello y la barba más bien amarillos que rojos, ásperos y erizados como gavillas de paja, con los ojos girando sin cesar en sus órbitas, expresando en confusion la sospecha, el libertinaje y la ferocidad, este mónstruo, que fue casi el último de los tiranos de Roma, infundia terror á los que le miraban, excepto á los cristianos, y no es por lo tanto de extrañar que se aborreciese hasta su nombre.

Predispuesto así Maximiano entró en la espaciosa basílica, entónces sala del *Aedes Lateranæ* (1) á presidir su abigarrada asamblea, á la cual se impuso bajo pena de muerte el secreto de cuanto allí se acordara. Sentóse el emperador en el ábside semicircular que habia en un extremo del salon, sobre un trono de marfil ricamente adornado, y delante de él se colocaron en ala sus obsequiosos, amedrentados y casi trémulos consejeros. Una guardia de soldados escogidos custodiaba la entrada, y Sebastian, que era el oficial que los mandaba, se hallaba arrimado á la puerta, como por descuido; pero en realidad prestando atento oído á cada palabra que pronunciaba la asamblea.

Bien léjos estaria el emperador de imaginarse que aquella sala en donde á la sazón se hallaba sentado, y que poco despues cedió á Constantino con el palacio adyacente como parte del dote de su hija Fausta, habia de ser trasferida por este último al Jefe de la religion cuyo exterminio proyectaba, y

(1) Casa ó palacio Laterano.



que conservando su nombre de basilica de Letran llegaria á ser la catedral de Roma, *la matriz y primada de todas las iglesias de la ciudad y del mundo* (1). Méenos aun podria figurarse que en el mismo sitio en que estaba su trono se levantaria una cátedra, cuyas órdenes, expedidas por una dinastía inmortal de soberanos espirituales y temporales, saldrian para ser obedecidas en regiones completamente desconocidas entónces de las águilas romanas.

Concedióse primero el uso de la palabra á los sacerdotes por respecto á su ministerio: cada uno de ellos traia una desastrosa historia que narrar. Aquí habia salido de madre un rio causando grandes estragos en los vecinos llanos; allí un terremoto habia destruido media ciudad; en las fronteras del Norte amenazaba una irrupcion de bárbaros; si es la peste, hacia innumerables víctimas, diezmando muchas poblaciones y cubriéndolas de luto: de todas esas calamidades tenian la culpa los cristianos, pues con sus sortilegios atraian toda clase de males al imperio, y con la tolerancia que se les tenia se habia provocado la ira de los dioses. Así aseguraban que lo habian declarado los oráculos cuantas veces se les consultara; y lo que es más aun, algunos de ellos habian manifestado á sus adoradores, con no poco terror de estos, que enmudecerian hasta tanto que exterminasen á todos los nazarenos. El mismo oráculo de Delfos, añadian, habia asegurado que el *Justo* no permitia ya á los dioses que hablasen.

Siguieron en el uso de la palabra los filósofos y oradores pronunciando sus prolijos y estudiados discursos, que en Maximiano no produjeron mas efecto que el aburrimiento y el fastidio; pero como los emperadores de Oriente habian celebrado una asamblea con el mismo objeto, se resignó á soportar aquel mal rato como un deber enojoso. Repitieronse por la diezmilésima vez, acogiéndose con estrepitosos aplausos, las calumniosas fábulas de costumbre: díjose que los cristianos degollaban á los niños y se los comian; que co-

(1) Inscripcion del frontispicio y de las medallas de la basilica de San Juan de Letran.

metían los crímenes más abominables ; que rendían culto á los cuerpos de los mártires y adoraban una cabeza de asno, y por último, y á pesar de tan notoria contradicción , que no creían en ningún Dios ni le tributaban homenaje. Todas estas patrañas fueron firmemente creídas , si bien los que las relataban sabían muy bien que eran sólo meras imposturas de los paganos con el fin de hacer cobrar horror al cristianismo.

Llégame por fin su turno al hombre que pasaba por el más enterado de las doctrinas del enemigo y de sus peligrosos manejos. Suponíase que había leído todos los libros de los cristianos y que en la actualidad estaba escribiendo una refutación de sus errores , con la cual había forzosamente de confundirlos. Era tan grande el peso de sus palabras , tanta la autoridad que gozaba entre los suyos , que como él hubiese afirmado que los cristianos profesaban un principio monstruoso , ya podía haberse levantado el sumo pontífice para desmentirle en persona , porque todos se habrían mofado de que el pontífice fuese á tomar la palabra en punto á su propia religión contra las aseveraciones de un Calpurnio.

Presentando este la cuestión en diferente terreno que los que le habían precedido en el uso de la palabra , consiguió deslumbrar y dejar atónitos con su erudición á los sofistas sus compañeros. Aseguró con la mayor frescura que había leído todas las obras originales, no solo de los cristianos, sino también de sus antepasados los judíos. Dijo que estos , habiendo ido á Egipto en el reinado de Tolomeo Filadelfo, huyendo del hambre que afligía á su patria, lograron por medio del artificio de José, su caudillo, hacerse con todo el trigo que había y lo enviaron á su tierra. Que Tolomeo así que lo supo los mandó prender, diciéndoles que pues habían consumido todo el grano, se mantendrían con la paja y se ocuparían en hacer ladrillos para edificar una gran ciudad que tenía en proyecto. Demetrio-Falerio oyó de boca de estos prisioneros muchas curiosas historias de sus antepasados ; se propuso adquirir todas las noticias posibles , y encerró en una torre Moisés y á Aaron , que pasaban por los más sabios entre ellos. Allí los tuvo, después de haberles mandado afeitar la

mitad de la cara, hasta que escribieron en griego todo lo que sabian de su propia historia. Como Calpurnio habia visto estos libros raros, manifestó que fundaria exclusivamente en ellos sus argumentos, y prosiguió por lo tanto diciendo que aquella raza habia combatido á cuantos reyes y pueblos encontró al paso, y que los destruía á todos, porque cuando tomaban una ciudad era ley entre ellos pasar á cuchillo á todos sus habitantes, siendo debido esto á que se hallaban bajo el dominio de sus ambiciosos sacerdotes, los cuales llevaban su rigorismo hasta tal punto, que una vez, habiendo uno de sus reyes llamado Saul, ó por otro nombre Paul, otorgado su perdon á un desgraciado monarca cautivo, cuyo nombre era Agag, los sacerdotes mandaron que llevasen á despedazar al pobre prisionero.

—Pues bien, continuó el sofista, esos cristianos están aun dominados por esos mismos sacerdotes, y dispuestos bajo su direccion á destruir el grande imperio romano, á quemarnos vivos á todos en el Foro, y aun á levantar sus sacrílegas manos, si tanto fuera su poder, sobre las venerables y sagradas cabezas de nuestros divinos emperadores.

Resonó por toda la asamblea un murmullo de horror al oír un final tan terrorífico. No obstante, restablecióse muy pronto el silencio porque el emperador habíase revuelto en su silla, abriendo desmesuradamente la boca, señal infalible de que iba á tomar la palabra.

—Por mi parte, dijo, tengo otra y más poderosa razon para aborrecer á los cristianos. Han llevado su osadía hasta fundar en el centro del imperio, y aun aquí mismo, en esta ciudad, una suprema autoridad religiosa que era desconocida hasta ahora, independiente del gobierno del estado y tan poderosa como este. Antes acataban todos al emperador como á árbitro supremo, así en el orden civil como en el religioso, y de aquí el título que lleva aun de *pontifex maximus*. Pero esos cristianos han establecido una potestad separadamente de la mia, han fraccionado mi poder, y por consecuencia sólo me guardan una lealtad á medias. Abomino, pues, como una usurpacion en mis estados ese poder

sacerdotal sobre mis súbditos; y declaro solemnemente que preferiria oír que se habia levantado un competidor á mi trono, á saber la eleccion en Roma de uno siquiera de esos sacerdotes (1).

Ese discurso, pronunciado con voz áspera y dura, y con acento extranjero y tosco, fue recibido con los mayores aplausos. En seguida se concertaron las medidas para hacer la publicacion simultánea del edicto en Occidente y ponerlo en ejecucion en todas sus partes.

Dirigiéndose bruscamente el emperador á Tértulo, le dijo:

—Prefecto, me has dicho que tenias que proponerme un sugeto muy á propósito para encargarse de estas operaciones, y que trataria sin piedad á esos traidores.

—Señor, aquí le teneis: es mi hijo Corvino.

Y tomándole de la mano Tértulo condujo al jóven candidato á las gradas del trono, en donde se arrodilló.

Maximiano clavó en Corvino una mirada escrutadora, soltó luego una horrible carcajada, y dijo:

—¡Por mi vida que este es el hombre que necesitamos! No sabia yo, prefecto, que tuvieses un hijo tan extremadamente feo. En realidad es, como me habias dicho, el más á propósito, pues veo estampadas en sus facciones todas las cualidades de un desalmado y solemne pícaro.

Volviéndose luego á Corvino, que tenia el rostro inflamado de cólera, terror y vergüenza, prosiguió:

—Mira que quiero se ejecute bien la operacion; nada de pasos en vago ni de golpes al aire, sino en terreno firme y sobre seguro. Pago bien al que bien me sirve; pero al mismo tiempo el que me sirve mal lleva su merecido. Con que así,

(1) Las palabras que ponemos en boca de Maximiano son las pronunciadas por Decio cuando supo la eleccion de san Cornelio para la silla de san Pedro, á saber: «Cum multo patientius audiret levári adversum se æmulum principem, quam constitui Romæ Del sacerdotem (S. Cypr. pist. LII ad Antonianum, pag. 69, ed. de Maur).» ¡Puede aducirse prueba más convincente de que ya desde los tiempos del imperio de los gentiles es exterior y visible el poder de los Papas hasta el punto de excitar los celos de los emperadores?

ya lo sabes ; marcha , y no olvides que si tus espaldas son responsables de las faltas leves , las faltas graves las pagará tu cabeza. Las *fascas* de los lictores están formadas de hacecillos de varas ; pero en todas ellas hay tambien una afilada segur.

Iba á levantarse ya para partir cuando distinguió á Fulvio, que habia sido convocado á la asamblea como espía de la corte y se mantenía detras lo más oculto que podia.

—¡Hola, oriental ! gritó el emperador ; vén acá , acércate.

Fulvio obedeció con aparente satisfaccion , pero en realidad con mucha repugnancia , como si se le hubiese invitado á acercarse á un tigre atado á una cadena de cuya resistencia no estuviese muy seguro. Desde un principio habia observado que su ida á Roma no habia agradado al emperador, aunque no acertaba á explicarse el motivo. El tirano tenia ya bastantes favoritos á quienes aplacar su insaciable sed de riquezas, y sobrado número de buenos espías que pagar, sin necesidad de que Diocleciano se los enviara de Asia ; pero lo que más le disgustaba era el convencimiento íntimo que tenia de que Fulvio habia sido enviado para espiarle principalmente y escribir á Nicomedia cuanto se decía y hacia en la corte de Roma. Por eso á la vez que se veía obligado á tolerarle y emplearle desconfiaba de él y le miraba con disgusto, lo que tratándose de Maximiano equivalia á detestarle.

Corvino, por lo tanto, se consoló en cierto modo al oír que el tirano hablaba en público á su aliado con la misma grosera aspereza que á él , en estos términos :

—Basta de afectados gestos é hipócritas miradas. Lo que yo necesito son obras y no palabras. Has venido aquí recomendado como un famoso zahorí de conspiradores, como una especie de sabueso de excelente instinto para levantar la caza ó seguirla cuando ménos la pista. Pero hasta ahora no has lucido ninguna de tus habilidades , y á fe de emperador que no habrá sido por falta de dinero, pues ya tienes recibido bastante. Estos cristianos te darán sobradamente en qué ocuparte ; con que manos á la obra , y muéstrame pronto tu mérito. Ya sabes quién yo soy y cómo acostumbro á portarme:

así que, ó aguzas tu ingenio, ó te expones á que el día ménos pensado pruebe en tu pescuezo alguna cosa bien afilada... Los bienes de los reos convictos se partirán entre los denunciadores y el tesoro público, á ménos que por razones especiales juzgase yo más oportuno apropiármelo todo. Creo que ya estás advertido; ahora véte.

Todos los concurrentes comprendieron que las razones especiales de que hablaba el tirano no tardarian en convertirse en generales.

## CAPÍTULO VII.

### Muerte lúgubre.

Pocos dias despues de haber regresado Fabiola del campo creyó Sebastian que debía visitarla y poner en su conocimiento la parte del diálogo entre Corvino y la esclava Afra, que podia comunicarle sin necesidad de ocasionar á nadie sentimiento.

Hemos dicho ya que de todos los jóvenes que frecuentaban la casa de Fabio ninguno como Sebastian se habia captado la admiracion y el respeto de Fabiola: su franqueza, generosidad, modesta bizarria, dulzura, bondad en las palabras y en los actos, abnegacion respecto de sí, y solicitud hácia sus semejantes, el lazo íntimo, en suma, con que se hallaban hermanadas en un solo carácter la nobleza con la sencillez, la más completa sabiduría con el mejor sentido práctico, constituian á los ojos de Fabiola el tipo más acabado de las virtudes varoniles, tipo que jamas modificaria el tiempo ni se alteraria con la intimidad del trato.

No es extraño, pues, que al recibir la joven patricia el inesperado anuncio de que el tribuno Sebastian deseaba hablarle á solas sintiese latir su corazon con más violencia, perdiéndose en mil extrañas conjeturas acerca del objeto de

la solicitada entrevista. Su agitacion creció de punto cuando Sebastian , despues de haberse excusado, le dijo sonriéndose que no ignoraba con cuánta razon la tenian aburrida las impertinencias de tantos candidatos como aspiraban á su mano, y por lo mismo sentia en el alma venir á aumentar el catálogo de los pretendientes con el nombre de otro que no se habia aun declarado. Tan ambiguo exordio no es menester decir si aumentaria la inquietud de Fabiola y si la impresionaria satisfactoria y agradablemente ; mas sus gratas impresiones trocáronse pronto en desconsuelo y abatimiento al oir que el nuevo candidato era el vulgar y estúpido Corvino , epítetos con que Fabio , á pesar de no ser muy lince en distinguir caractéres , lo habia calificado á su hija por el juicio que de él formó en el banquete que hemos referido.

Sebastian , que temia de las drogas de la esclava africana más bien los efectos físicos que la influencia mágica, se creyó obligado á noticiar á Fabiola el pacto celebrado entre Corvino y Afra , cuya principal ciencia no era otra al parecer que la de sacar dinero á un bobo tan pertinaz como desconfiado. No dijo, por supuesto, ni una palabra de la plática sostenida por los dos cómplices en lo referente á los cristianos, limitándose únicamente á enterarla del riesgo que corria para que estuviese prevenida. Fabiola prometió á Sebastian que en lo sucesivo impediria las excursiones nocturnas de su esclava ; y aunque ni temia la supuesta ciencia de Afra, que despreciaba altamente , ni le pasaba siquiera por la mente que esta tuviese intencion de cumplir lo que habia prometido, pues por el soliloquio mismo de la maga se veia bien claramente que á quien ella se proponia hacer su víctima era á Corvino, no pudo sin embargo ocultar su indignacion ante la idea de ser objeto de tráfico entre seres tan villanos, que la suponian tan codiciosa y baja para ceder á la seducccion del oro.

—Os agradezco, dijo al fin á Sebastian , que hayais tenido la bondad de venir á prevenirme ; y aprecio infinito la delicadeza con que habeis tratado este asunto, como admiro á la

vez la consideracion y clemencia que habeis mostrado hácia las personas que en él han intervenido.

—No he hecho, respondió el tribuno, sino lo que haria en igual caso por cualquiera criatura humana: libertaria del peligro y del dolor.

—Se entiende que os referiréis á personas amigas, observó Fabiola sonriéndose, porque si no tendriais que emplear, toda vuestra vida en gratuitas acciones benéficas.

—Y ¡qué! ¿Acaso podria ser mejor empleada?

—De seguro, Sebastian, que os estais chanceando. ¡Cómo! Si una persona que os aborreciera y meditara vuestra ruina se viere amenazada de una calamidad que le impidiera haceros daño, ¿iriais á tenderle la mano para salvarla ó socorrerla?

—Ciertamente que sí. Cuando Dios envia el sol y la lluvia, así sobre sus enemigos como sobre sus amigos, ¿osaria el débil mortal establecer otra regla de justicia?

Fabiola quedó sorprendida al oir esas palabras, tan parecidas á las de su misteriosa vitela y tan idénticas á las teorías morales de su esclava.

En seguida, dirigiéndose á Sebastian:

—Si mal no recuerdo, le dijo de pronto, creo que habeis estado algun tiempo en Oriente. ¿Será allí donde habréis aprendido esos principios? Porque yo tengo en casa á una asiática, que es esclava mía por su voluntad, mujer adornada por cierto de cualidades bien extraordinarias, á quien he oido desarrollar ideas muy semejantes á las vuestras.

—Yo, sin embargo, replicó Sebastian, no las he aprendido en tan lejanas tierras: las he mamado con la leche de mi madre, si bien es verdad que traen su origen de Oriente.

—Confesaré que son bellísimas, consideradas en abstracto, observó Fabiola; pero si las adoptásemos como reglas de nuestra conducta, es indudable que la muerte nos sorprenderia ántes de haber podido practicar la mitad de ellas.

—Y ¿en qué ocasion mejor podria, no sorprendernos, sino hallarnos la muerte, que cumpliendo nuestros deberes, por más que fuese ántes de haber podido llenarlos todos?



—Pues por mi parte, replicó la dama, soy del parecer del antiguo poeta epicúreo. Este mundo es un festin que dejaré de buen grado cuando esté saciada, *ut conviva satur*, (1) y no antes. Quiero leer todo el libro de la vida, y así que haya concluido su última página lo cerraré con serenidad y calma.

Sebastian movió á uno y otro lado la cabeza y dijo sonriéndose :

—Tened presente que la última página de este mundo se halla colocada en el centro del libro, de donde no pasa, y en la cual suele encontrarse escrita la palabra muerte. Empero en la página siguiente es donde principia el brillante libro de otra vida, libro que no tiene última página.

—Comprendo, replicó Fabiola en tono festivo : hablais como militar valiente que sois. Vosotros debeis de estar siempre preparados á morir porque os hallais expuestos á mil accidentes que os pueden ocasionar la muerte ; pero á nosotras rara vez nos acomete tan de súbito, pues á los débiles se les acerca más despacio, más misericordiosa. Vosotros teneis ante los ojos un destino glorioso cuando presentais el pecho á los numerosos dardos del enemigo, y sucumbis cubiertos de honor en el campo de batalla, pensando en la hoguera fúnebre del soldado, coronada de trofeos. A vosotros, es verdad, os abre despues de la muerte sus doradas páginas el libro de la gloria.

—No, no, señora, exclamó Sebastian con expresivo entusiasmo ; no es esa mi idea. Yo no me cuido de la gloria que sólo puede gozarse con la imaginacion. Me refiero á la muerte comun, que lo mismo puede sobrevenirme á mí que al más pobre esclavo ; hablo de esa muerte que puede consumirme por una fiebre lenta y abrasadora, aniquilarme por medio de una pertinaz y larga tisis, atormentarme con cánceres que vayan comiendo poco á poco mis carnes, y lo que todavía es más cruel, exterminarme por la cólera y el odio de los hombres. Pues bien, esa muerte, bajo cualquier forma que se me presente, vendrá siempre de una region que amo.

(1) Como un huésped sacio.

—Y ¿estais cierto de que os seria grata la muerte bajo esos aspectos horribles que acabais de suponer?

—Tan cierto, señora, que la recibiria con el mismo placer que siente el epicúreo cuando se abren de par en par las puertas del festin y ve aparecer á la claridad de las lámparas la deslumbrante mesa cubierta de los más exquisitos manjares, y al pié de ella á los que han de servirla brillantemente vestidos y coronados de rosas: con el mismo inefable gozo con que la recién desposada oye anunciar la llegada del futuro esposo, que cargado de ricos presentes entra á tomarla de la mano para conducirla á su nueva morada: creedlo, señora, del mismo modo se regocijaria mi extasiado corazon cuando tomando cualquiera de sus formas venga la muerte á abrirme las puertas por este lado de hierro y por el otro de oro, que conducen á la mansion de una vida nueva y eterna. Nada me importa que sea espantosamente feo el mensajero que venga á anunciarme la próxima llegada de Aquel que es celestialmente hermoso.

—Y ¿quién es Aquel? preguntó Fabiola con viva curiosidad. ¿Acaso no se le puede ver sino por entre los descarnados huesos de la muerte?

—No, respondió Sebastian, porque Él es quien ha de recompensarnos, no solo por lo que hayamos hecho en vida, sino tambien por la manera de recibir la muerte. ¡Dichosos, mil veces dichosos aquellos que hayan conservado puros é inocentes sus corazones, en los que Él está siempre leyendo, y cuyas acciones hayan sido virtuosas! Ellos gozarán de la hermosa y resplandeciente vision y contemplarán á Aquel de cuyas grandes recompensas no será aquello sino un principio.

—¡Cuán parecidas son esas doctrinas á las de Syra! se dijo interiormente Fabiola.

Y se disponia ya á preguntar á Sebastian en qué fuente las habia bebido, cuando apareció en la puerta de la estancia un esclavo, que dijo respetuosamente:

—Señora, acaba de llegar un correo de Baia (1).

(1) Lugar cerca de Nápoles, famoso por sus baños.

—Con vuestro permiso, Sebastian, exclamó Fabiola. Que pase al momento.

El mensajero, cuyo caballo acababa de caer rendido á la puerta de la casa, entró cubierto de polvo y fatigado de cansancio, y presentó á Fabiola un pergamino sellado.

La jóven patricia lo tomó con mano trémula, y mientras desataba los cordones que le envolvían balbució estas palabras:

—¿Es de mi padre?

—Referente á él, por lo ménos, respondió el mensajero.

Extendió Fabiola el rollo, pasó rápidamente la vista por su contenido, exhaló un grito y cayó desmayada. Sebastian, que había seguido todos sus movimientos, la sostuvo ántes de que tocara al suelo, la colocó en un lecho, y dejándola después al cuidado de las esclavas, que acudieron presurosas al oír el grito de su señora, se retiró por un delicado miramiento.

Una ojeada había bastado para revelar á la jóven toda su desventura.

Su padre había muerto.

## CAPÍTULO VIII.

### Más lúgubre todavía.

Al cruzar Sebastian el patio de la casa encontró rodeado al mensajero de un grupo de esclavos que escuchaban los pormenores de la muerte de su amo.

La carta de que fue portador Torcuato había producido en Fabio el efecto apetecido, pues trasladándose á su quinta pasó en ella algunos días con su hija ántes de embarcarse para el Asia. Durante su corta estancia se había mostrado más cariñoso que nunca, y al despedirse pareció que padre é hija abrigaban el triste presentimiento de que no volverían á

verse. Fabio, sin embargo, recobró pronto su buen humor en Baia, donde una cuadrilla de parásitos le esperaba con impaciencia, y donde tuvo que detenerse mientras la galera en que debía hacer el viaje se cargaba de los mejores vinos y más delicados víveres que encontró en la Campania. En tanto que se hacían los preparativos de marcha se entregó con exceso á sus inmoderados placeres, y una noche, que salía del baño despues de una fuerte y opípara cena, le atacó un accidente repentino que á las veinte y cuatro horas le dejó cadáver. En el testamento institua como única y universal heredera á su hija. A la salida del correo que había traído la infausta noticia estaban embalsamando su cadáver para trasladarlo á Ostia en la misma galera.

Al oír Sebastian la triste relacion del mensajero sintió haber hablado á Fabiola, respecto de la muerte, en los términos que acababa de hacerlo, y salió de la casa poseído de profunda tristeza.

Tan repentina desgracia ocasionó á la jóven patricia un dolor tan intenso al principio que perturbó su razon; la fuerza de su juventud y la energía de su carácter lograron sostenerla, si bien el horizonte que ante sí veía se le presentaba como un Océano sin límites, sobre cuyas agitadas y negras ondas no flotaba mas sér viviente que ella. Empero su afliccion era tan grande que unas veces, cerrando los ojos caía en un profundo letargo, y otras, reanimada é inquieta, luchando entre la vida y la muerte, se movía de un lado á otro, en tanto que las esclavas le administraban los remedios que más adecuados les parecían, temiendo á cada instante verla sucumbir, ya en una convulsion, ya en un desmayo. Al fin se incorporó en el lecho, pálida, con los ojos enjutos, desencajados é inmóviles, y rechazando con movimientos casi imperceptibles la mano que le ofrecía los cordiales. Así permaneció durante algunos dias como paralizada por un estupor mortal, sin que la luz impresionase apénas sus pupilas, é inspirando á cuantos la rodeaban sérios temores de que padeciese su cerebro.

Deseando una vez probar el último esfuerzo, el médico

que la asistía se acercó á la jóven y le preguntó al oído con voz clara y fuerte: «¿Sabes, Fabiola, que tu padre ha muerto?» Al oír tales palabras se estremeció, cayó de espaldas y un repentino torrente de lágrimas alivió su corazón y despejó su cabeza. Principió entónces á hablar de su padre, á llamarle entre oprimidos sollozos, profiriendo multitud de palabras extrañas é incoherentes, pero llenas de cariño y dirigidas todas á él. Había momentos en que parecía olvidarse de la desgracia que la afligía, y cuando al poco rato recordaba que su padre había muerto volvía de nuevo á su inconsolable pena, y lloraba y gemía hasta que, rendidos su espíritu y cuerpo, venía el sueño á reemplazar sus lágrimas.

Eufrosina y Syra eran las únicas servidoras que la cuidaban. La primera había agotado para consolarla las triviales frases acostumbradas en estos casos, y todo se volvía recordarle el excelente amo, el honrado ciudadano y cariñoso padre que había sido Fabio; la cristiana, por el contrario, guardaba silencio, y si de vez en cuando desplegaba los labios era tan sólo para dirigir á su ama palabras tiernas y tranquilizadoras, asistiéndola con tal esmero y cuidado que aun en medio de su postración no pasaron desapercibidos á la enferma. Y ¿qué podía hacer la buena Syra sino orar? ¿Qué otra esperanza podía quedarle para aminorar la pena de su ama que la de que una nueva gracia se desarrollase en medio de su tribulación como una flor dentro de su capullo, y que un ángel resplandeciente agitase sus brillantes alas al través de la sombría nube que envolvía su abatida cabeza?

A medida que el dolor fué cediendo la reflexión acudía al pensamiento de Fabiola, presentándose bajo una forma tan suspicaz como tétrica. «¿Qué habrá sido de mi padre? se preguntaba. ¿A dónde habrá ido? ¿Habrá solamente dejado de existir, ó caído en los abismos de la nada? ¿Habrán sido inspeccionadas todas las acciones de su vida por Aquel que no vemos y cuya vista penetra sin embargo lo invisible? ¿Habrá salido triunfante de aquel escrutinio de que Sebastian y Syra me han hablado? ¡Imposible! Mas ¿qué será de

el entónces?» Estremeciase ante el pensamiento desgarrador que brotaba de estas dudas y hacia los mayores esfuerzos para desecharlo de su mente.

¡Oh! ¿qué no daría la noble doncella por un rayo de luz desconocida que, penetrando al traves de la sepultura de su padre, le hubiese mostrado la realidad ante sus ojos? Con la poesía habia pretendido iluminar la tumba y hasta glorificarla; pero no pasó de la puerta, donde quedó suspensa y con la antorcha vuelta hácia abajo como un genio simbólico: con la ciencia habia osado penetrar más adelante, y sólo consiguió salir semiasfixiada, con las alas caidas y la linterna apagada al contacto de aquel aire fétido, no habiendo descubierto mas que un pudridero: con la filosofía apénas se habia atrevido á dar vueltas en torno de ella y echarle alguna que otra mirada de terror, para retroceder súbitamente y entregarse despues á una inútil charla, hasta que, encogiéndose de hombros, venia al fin á declarar que aun estaba el problema por resolver y sin rasgar el velo del misterio. ¿Dónde hallaría, pues, algun medio ó persona que le ayudase á salir de aquellas terribles dudas mejor que la poesía, la filosofía y la ciencia?

En tanto que esos pensamientos se agrupaban como una negra nube sobre el corazón de Fabiola, su esclava Syra contemplaba extasiada una esplendente vision, revestida de forma humana, diáfana y radiante, que se alzaba del fondo de un sepulcro como de un crisol, donde habia dejado las groseras particulas de la materia sin alterar la esencia pura de su naturaleza. Espiritualizada y libre, bella y gloriosa, surgia del seno mismo de la corrupcion y podredumbre. Y tras aquella vision otras y otras que salian de la tierra y del mar, de los vapores del cementerio, de debajo del sagrado altar, del espeso bosque donde en secreto ha caido el justo bajo el puñal asesino, y de los campos donde el pueblo de Israel dió sus antiguas batallas en honra de Dios; y todas ellas semejantes á cristalinas fuentes que brotan del suelo, como luminosos cohetes que suben de la tierra hácia el firmamento vuelan á millones, lucientes espíritus que volvian

á poblar la creacion de seres dotados de una vida gozosa é imperecedera. Mas ¿cómo podian estar esos prodigios al alcance de una pobre esclava? Porque un Sér más grande y mejor que los poetas, los sabios y los sofistas habia hecho ya la prueba, bajando á la tenebrosa estancia de la muerte, bendiciendo el sepulcro como habia bendecido la cuna y santificado la infancia, y santificando igualmente la muerte y convirtiendo en santuario su morada. Aquel Sér entró con las más negras sombras de la noche y salió con la más brillante luz de la mañana. Allí fue depositado envuelto en un sudario embalsamado, y de allí se levantó vestido de su propia y fragante incorruptibilidad. Desde aquel dia el sepulcro ha dejado de ser un objeto de terror para las almas cristianas, porque desde entónces ha seguido siendo lo que Él le hizo, esto es, el surco en que debe echarse imprescindiblemente la semilla de la inmortalidad.

Sin embargo, no era todavía oportuno hablar de esas cosas á Fabiola, que seguia acongojada y en el mayor desconuelo, como han de estarlo los que gimen sin esperanza. Dias tras dias pasó de este modo entregada á la sombría meditacion del misterio de la muerte, hasta que afortunadamente vinieron á sacarla de su abstraccion otros cuidados. Llegó al fin á Roma el cadáver de su padre, y se le hicieron unos funerales como raras veces habia presenciado la ciudad. En procesion nocturna acompañóle un largo cortejo con antorchas fúnebres y llevando las efigies en cera de sus antepasados; levantada una grande hoguera de maderas aromáticas, empapadas en las más exquisitas esencias de la Arabia, fue depuesto sobre ellas el cadáver hasta consumirse y quedar reducido á un monton de huesos calcinados, que encerrados despues en una urna de alabastro fueron depositados en un nicho del sepulcro de la familia con el nombre del finado escrito en la losa.

Calpurnio pronunció la oracion fúnebre, en la cual, ajustándose á las ideas que dominaban, puso en parangon las virtudes y la hospitalidad del desprendido é industrioso ciudadano con la supuesta moralidad de los llamados cristianos,

que ayunando y orando todo el día se afanaban á la vez en introducir cautelosamente sus odiosas doctrinas en las familias nobles, sembrando la deslealtad y la inmoralidad en todas las clases sociales. Dijo despues el orador que en el caso de haber esa existencia futura, en que tan divididas se hallaban las opiniones de los filósofos, no dudaba que Fabio estaria en aquel momento recreándose al sol en el verde y frondoso Eliseo, bebiendo hasta la saciedad el néctar de los dioses. «¡ Ah ! terminó diciendo con voz aparentemente conmovida el viejo hipócrita : ¿ quién seria tan necio que sintiera trocar una copa de Falerno por una ánfora de aquel licor divino ? ¡ Dichoso yo si los dioses se dignaran anticipar el día en que me sea dado á mí, su humilde cliente, ir á reunirme con Fabio y partir con él el sosiego y los sobrios banquetes de que goza bajo la deliciosa y fresca sombra. » La concurrencia aplaudió entusiasmada aquel arranque de sentimiento.

A esas ocupaciones de Fabiola se siguió despues el cuidado de examinar y poner en orden los complicados asuntos de su padre. Y ¡ cuántas veces en aquella improba tarea la afligia descubrir lo que no podia ménos de parecerle injusto, fraudulento y tiránico en las operaciones de aquel á quien el mundo habia elogiado como á uno de los más honrados y generosos contratistas públicos !

Algunas semanas despues salió Fabiola en traje de rigoroso luto á visitar á algunas de sus amigas, siendo su prima Ines la primera á quien visitó.

## CAPÍTULO IX.

### El falso hermano.

Necesario es que al llegar aquí retrocedamos un poco en la historia de Torcuato. La mañana despues de su caída halló al despertarse á Fulvio á la cabecera del lecho, como el



cazador que dueño de un buen halcon le amansa y enseña el modo de arrojarle sobre las palomas que ha de entregarle en pago de una esclavitud bien mantenida.

Con la astucia más fria y refinada comenzó Fulvio trayendo á la memoria del desdichado mancebo todas las circunstancias de la borrascosa noche anterior, su incontinencia, completa ruina y el único medio de salir de sus apuros; y al paso que le exponia su difícil situacion iba reforzando con implacable esmero todos los hilos de la red que le habia tendido, y añadiendo, siempre que podia, nuevas mallas para que no se escapase.

Terrible era en verdad la situacion que le presentaba: si por debilidad intentaba dar un paso hácia los cristianos, cosa que Fulvio le aseguraba que era ya inútil, seria al punto entregado al juez y castigado con una muerte horrible; si por el contrario deseaba estar seguro y que nada le faltase, sólo podia conseguirlo permaneciendo fiel á su pacto de traicion.

—Estás excitado y calenturiento, le dijo por último Fulvio; por lo tanto creo que con el aire fresco de la mañana te sentaria bien dar un paseo.

Avínose á ello la pobre víctima, y no bien habian llegado al Foro cuando Corvino les salió como por casualidad al encuentro y díjoles despues de cambiar un saludo:

—Me alegro de haberos encontrado, porque quisiera que vieseis el taller de mi padre.

—¿El taller? preguntó sorprendido Torcuato.

—Quiero decir donde tiene sus instrumentos, que por cierto acaba de arreglar en estos dias. Vedlo, añadió indicando una casa vecina; aquel que abre la puerta es el capataz. ese malcarado y viejo Catulo.

Dirigiéndose á la casa que Corvino les habia indicado entraron los tres en un espacioso patio rodeado de un cobertizo lleno de instrumentos de tortura de todas las formas imaginables.

Al verlos Torcuato retrocedió espantado.

—Adelante, mis amos, no hayais miedo, les dijo el ver-

dugo. Aun no está encendido el fuego, y nadie os hará el menor daño, á ménos que alguno de vosotros sea de sos perversos cristianos, para cuyo servicio acabamos de limpiar y afilar todo esto.

—Pues bien, Catulo, dijo Corvino, si estás desocupado, puedes explicar á este amigo, que es forastero, el uso de esos lindos juguetes.

Catulo con el mayor agrado les hizo dar una vuelta por su horroroso museo, enseñándoles cuanto contenia y acompañando sus explicaciones con bromas y pullas que no son para referidas en este libro. Deseando hacer más comprensibles sus palabras por medio de ejemplos prácticos se servia algunas veces de Torcuato, y una vez que hacia con él un ensayo en poco estuvo que le agarrase las orejas entre dos afiladas tenazas; otra vez pasó un enorme y pesado mazo á tan corta distancia del mancebo, que no faltó mucho para saltarle los dientes.

El potro, unas enormes parrillas, un sillón de hierro con un hornillo debajo para calentarle, grandes calderas para baños de agua y aceite hirviendo, cucharones para derretir plomo é introducirlo en seguida en la boca de las víctimas, tenazas, garfios y cardas de diferentes formas y tamaños para arrancar la carne de las costillas y mondar los huesos, escorpiones ó sean látigos con bolas de hierro ó plomo á la punta, collares, esposas y grillos, tambien de hierro, y en fin, espadas, cuchillas y hachas de todas clases, todo les fue especificado por Catulo, que se extendia con feroz complacencia en sus comentarios, gozándose de antemano en los efectos que producirian tan horribles instrumentos aplicados á las duras cabezas y correosa piel de los cristianos (1).

Tan prolija inspeccion apuró las ya desfallecientes fuerzas de Torcuato, que salió de allí farto de aliento y fue conducido por sus dos compañeros á los baños de Antonino, donde para mayor desgracia lo reconocieron el anciano Cu-

(1) Instrumentos de tortura que se hallan mencionados en las *Actas de los mártires* y en las historias eclesiásticas.

cumlo, *capsarius* ó jefe del guardaropa, y Victoria su esposa, que le habian visto ántes en la iglesia. Despues de un abundante almuerzo que allí le sirvieron, y con el que reparó algun tanto sus perdidas fuerzas, le llevaron á una sala de juego en las *Thermas*, donde por de contado perdió, pres-tándole Fulvio diligente el dinero que queria, no sin exigirle ántes de entregárselo un documento de las sumas que le daba. Con estos y otros medios que siguieron empleando con él no tardaron en tener á su más completa devocion al infeliz mancebo.

Aunque verdaderamente no le perdian nunca de vista sus dos amigos dejábanle en completa libertad una gran parte del dia para no exponerse á perder sus servicios si despertaban las sospechas de los cristianos. Resuelto Corvino á emprender contra ellos una tremenda agresion así que se publicase el imperial edicto, exigia á Torcuato que se enterase bien de todas las circunstancias locales del cementerio principal en que iba á celebrar el Sumo Pontífice, y sin más objeto que feste practicó la visita que hemos visto hacer en el cementerio de Calixto. Entónces fue cuando Severo observó en su rostro señales inequívocas de la lucha que sostenia su alma entre la gracia y el pecado, lucha en la que el recuerdo de Catulo con sus cien instrumentos de tortura, y el de Fulvio con sus cien vales, hicieron inclinar la balanza hácia su perdicion. Por consiguiente Corvino recibió una instruccion detallada de cuanto deseaba saber, y con arreglo á ella determinó invadir el cementerio el dia despues de la publicacion del edicto.

Fulvio formó su plan distinto del de Corvino: consistia en conocer personalmente á los principales sacerdotes y cristianos que hubiese en Roma; una vez conocidos, estaba persuadido de que ningun disfraz del mundo bastaria á ocultarlos á sus penetrantes ojos, y le seria fácil irse apoderando uno á uno de todos ellos. Por eso exigió de Torcuato que le llevase á la primera ceremonia religiosa en que debieran congregarse muchos presbíteros y diáconos al rededor del Papa. El renegado mancebo no dejó de oponer algunos

reparos; pero Fulvio disipó sus temores, asegurándole que como obtuviese la contraseña de entrada se conduciría en todo como un perfecto cristiano.

Con tales seguridades Torcuato le notificó en seguida que muy pronto se le ofrecería excelente coyuntura en la ceremonia de las ordenaciones, que precisamente iba á verificarse en aquel mismo mes de diciembre.

## CAPÍTULO X.

### La ordenacion en diciembre.

El que haya leído la historia de los primeros Papas no podrá ménos de recordar un hecho que se encuentra reproducido casi indefectiblemente en la de todos: las ordenaciones que se celebraban en el mes de diciembre, en las cuales se creaban tantos presbíteros, diáconos y obispos como exigían las necesidades de las diferentes iglesias. Las dos primeras órdenes las conferían para proveer de sacerdotes á la ciudad y la otra para enviar pastores á otras diócesis. Posteriormente las cuatro témporas de diciembre, arregladas por la festividad de santa Lucía, eran la época en que el Sumo Pontífice nombraba sus cardenales, presbíteros y diáconos, y preconizaba, como se dice, á los obispos de toda la cristiandad. Aunque esta ceremonia no coincide ya con el período de las ordenaciones, continua esencialmente con el mismo objeto.

El papa Marcelino, bajo cuyo pontificado pasaron los sucesos que referimos, segun la historia celebró dos ordenaciones en el mes de diciembre de dos diferentes años, siendo una de estas la que hemos dicho iba á tener lugar dentro de pocos dias.

En dónde se verificaria el acto era lo que Fulvio deseaba saber, lo que preguntó y lo que indudablemente debe ser de

grande interes al anticuario cristiano. Incompleto seria en verdad el conocimiento que tendríamos de la antigua Iglesia romana si ignorásemos el lugar predilecto donde sucesivamente predicaron los Pontífices, celebraron los divinos misterios y tuvieron los concilios y esas gloriosas ordenaciones, de las que salian para gobernar otras iglesias, no ya simplemente obispos, sino mártires; donde fue ordenado de diácono un san Lorenzo, y de presbíteros un san Novato y un san Timoteo; donde un Policarpo ó un Ireneo visitaron al sucesor de san Pedro, y donde, en fin, recibieron su mision apóstoles como los que convirtieron á la fe al rey británico Lucio.

La casa en que habitaron los Pontífices romanos y la iglesia donde oficiaron hasta que los instaló Constantino en el palacio y basílica de Letran, residencia y catedral de esa ilustre sucesion de papas mártires que gobernaron la Iglesia por espacio de 300 años, no pueden, no, ser un lugar desconocido. Al indagar dónde estaban deseamos no ser extraviados por preocupacion alguna nacional ó local, por lo que seguiremos á un sabio anticuario moderno, que en las investigaciones de otro género que ha practicado ha reunido accidentalmente todos los datos que para nuestro intento se requieren (1).

Hemos dicho que la casa de los padres de Ines estaba situada en el *Vicus Patricius*, ó sea en la calle Patricia, la cual era conocida tambien con el nombre de *Vicus Corneliorum*, porque vivia en ella la esclarecida familia de este nombre. A ella pertenecia el centurion Cornelio á quien convirtió san Pedro (2), y á él debió probablemente el Apóstol el hacer conocimiento con el jefe de su familia Cornelio Pudens. Este senador casó con Claudia, noble señora de la Gran Bretaña, y es muy de notar que un poeta tan libre

(1) « Sopra l'antichissimo altare di legno, rinchiuso nell'altare papale. » Sobre el antiquísimo altar que se conserva dentro del altar pontificio de la santa basílica de Letran. Por D. Bartolini. Roma, 1852.

(2) Act. Apost. I.

como Marcial se esmerase en competir con los escritores más puros en su epitalamio en honor de tan virtuosos cónyuges.

En casa de esos dos esposos fue donde habitó san Pedro: el apóstol san Pablo cuenta á sus moradores entre sus amigos íntimos, segun se ve en una de sus Epístolas, en que se lee: «Y tambien Eubulus y Pudens y Linus y Claudia, y todos los hermanos te saludan (1);» y de ella salieron, en fin, los obispos á quienes el Príncipe de los apóstoles envió en todas direcciones para que propagasen la fe de Cristo y muriesen por ella. A la muerte de Pudens pasó la casa á sus hijos ó nietos, dos varones y dos hembras (2), de los cuales esas dos últimas son más conocidas por haber alcanzado un lugar en el calendario general de la Iglesia, y porque han dado su nombre á dos de las más ilustres iglesias de Roma, las de Santa Práxedes y Santa Pudenciana. Esta última iglesia, que Albano Butler califica de *la más antigua del mundo*, indica á la vez el *Vicus Patricius* y la casa de Pudens.

En Roma, como en todas las demas ciudades, el sacrificio de la Eucaristía se ofrecia en un solo sitio y por solo el obispo. Aun despues de construirse varias iglesias en donde se congregaban los fieles, la Comunión se les llevaba de aquel altar único por los diáconos y luego se les administraba por los presbíteros. El papa Evaristo, cuarto sucesor de san Pedro, fue el que multiplicó las iglesias de Roma con circunstancias en alto grado interesantes.

Este papa hizo dos cosas: primeramente dispuso que todos los altares que se erigiesen fueran de piedra y que se consagrasen, y luego distribuyó los *títulos*, esto es, dividió á Roma en parroquias, á cuyas iglesias dió aquel nombre. La conexión entre estas dos disposiciones la comprenderá fácilmente el que consulte el Génesis, donde leerá que despues de haber gozado Jacob de una vision de ángeles mientras dormia con una piedra por almohada, se refiere que dijo despavorido: *¡Cuán terrible es este lugar! No hay*

(1) 2 Timot., cap. iv, v. 21.

(2) Se hace mencion de un segundo ó jóven Pudens.

*aquí otra cosa, sino casa de Dios, y puerta del cielo;» y cuando se levantó por la mañana «tomó la piedra que se habia puesto por cabecera, y la alzó por título, derramando aceite sobre ella (1).»*

La iglesia donde se celebraban los oficios divinos era verdaderamente la casa de Dios, y el altar de piedra levantado en ella fue consagrado vertiendo sobre él aceite, como se practica en nuestros dias por subsistir en todo su vigor la disposicion del papa Evaristo; y así se convirtió la iglesia en un *título* (*titulus*) ó monumento (2).

Dos hechos interesantes se desprenden de lo que acabamos de referir. El primero es que por aquel tiempo no habia en Roma mas que una iglesia y un altar, iglesia que nadie ha puesto en duda jamas que fuese la conocida despues, y aun actualmente, con el nombre de Santa Pudenciana. El otro hecho es que el altar único que entónces existia no era de piedra, pues en efecto era de madera el altar usado por san Pedro, y que se conservó en aquella iglesia hasta que le mandó trasladar san Silvestre á la basilica de Letran, en donde hoy está el altar mayor (3). Dedúcese ademas que e mandato no tuvo efecto retroactivo, y que el altar de madera de los Papas fue conservado en la iglesia donde fue erigido, por más que en algunas ocasiones se haya trasladado y empleado temporalmente en otros sitios. La iglesia del *Vicus Patricius*, por lo tanto, que existia con anterioridad á la creacion de los *titulos*, no pasó á ser un *título*, sino que continuó siendo la iglesia episcopal, ó mejor dicho, la pontifical de Roma.

(1) Cap. XXVIII, v. 17 y 18.

(2) Creemos innecesario entrar en la explicacion de los usos clásicos de la palabra *titulus*.

(3) En este altar sólo puede decir misa el Papa ó un cardenal, en virtud de una bula especial. Ultimamente ha sido decorado con gran magnificencia. No há mucho se cotejó la madera de este altar con la tabla que del mismo se dejó en la iglesia de Santa Pudenciana en el altar llamado de San Pedro, y se ha visto que es idéntica la madera de una y otra tabla.

El pontificado de san Pio I, que duró desde el año 142 al 157, constituye un período de los más interesantes en la historia de esta iglesia. En primer lugar este Papa, sin alterar el carácter de la misma, le añadió un oratorio que constituyó en *título* con el nombre de *titulus Pastoris* (1), por haberle dado colación de él á su hermano Pastor, y esta denominación ha conservado durante mucho tiempo el cardenalato anexo á dicha iglesia, lo cual prueba evidentemente que la iglesia misma era algo más que un *título*. En segundo lugar fue en este pontificado cuando vino á Roma por segunda vez y sufrió el martirio el santo y sabio apologista san Justino, de cuyos escritos, comparados con sus actas (2), sacaremos algunas consecuencias llenas de interés acerca de este mismo asunto.

—¿En qué sitio se reúnen los cristianos? le preguntó el juez.

—¿Pensais, respondió san Justino, que nos reunimos todos en un solo sitio? No es así.

Y cuando le preguntaron en dónde vivía y dónde tenía sus reuniones, respondió:

—Hasta ahora he vivido cerca de la casa de un tal Martin en los baños llamados Timotinos; es la segunda vez que vengo á Roma, y no conozco otro lugar que el mencionado.

Los baños Timotinos ó Timoteanos formaban parte de la casa de la familia Pudens, y son donde dijimos se habían citado una mañana muy temprano Fulvio y Corvino. Novato y Timoteo eran hermanos de las santas vírgenes Práxedes y Pudenciana, y por eso aquellos baños fueron llamados sucesivamente Novacianos y Timotinos, por haber pasado del dominio de un hermano al del otro.

San Justino vivía en aquel lugar, y como *no conocía otro en Roma*, claro está que era allí donde asistía al culto divi-

(1) El sitio donde san Pio fundó este oratorio lo ocupa en la actualidad la capilla Caetani.

(2) Que encabezan la edición de sus obras publicadas por Mourist: pueden verse también en Ruinart, I.



no. Los deberes de la hospitalidad, por otra parte, le obligarian á ello. Ahora bien; describiendo en su Apología la liturgia cristiana, naturalmente tal como la presenciaba, habla del sacerdote celebrante en términos que no puede ménos de aludir al obispo ó supremo Pastor del lugar, pues no sólo le da un título aplicado en la antigüedad á los obispos (1), sino que le designa ademá como la persona que cuidaba de los huérfanos y las viudas, que socorria á los enfermos, á los pobres, á los encarcelados y á los forasteros que reclamaban hospitalidad, en una palabra, que tenia el cargo de acudir á cuantos lo habian menester. ¿Podia ser otra esta persona que el obispo ó el Papa mismo?

Debemos tambien observar que san Pío erigió una pila bautismal en esta iglesia, prerogativa de la catedral, que fue trasferida á la basílica Laterana. Las historias refieren asimismo que el santo papa Estéban bautizó el año 257 en el título de Pastor (2) al tribuno Nemesio, á su familia y á otros muchos; y allí fue, por fin, donde el bienaventurado diácono san Lorenzo distribuyó los ricos vasos de la Iglesia á los pobres.

Trascurriendo el tiempo fue reemplazado este nombre con otro; pero el sitio es el mismo, y no cabe dudar de que la iglesia de Santa Pudenciana fue en los primeros tres siglos la humilde catedral de Roma.

Allí fue, por consiguiente, á donde Torcuato se comprometió á despecho de sí mismo á llevar á Fulvio para que presenciase la ordenacion de diciembre.

Así en las inscripciones sepulcrales como en los martirologios y en la historia eclesiástica hallamos copiosas noticias

(1) *Præpositus*. Heb. XIII, 17, Víctor, obispo de los romanos; y Euseb. H. E. 4, v. 24. La palabra griega es la misma que emplea san Justino.

(2) El erudito Bianchini conjetura con fundamento que la *estacion* del Domingo de Pascua de Resurreccion no está en la catedral de Letran ni en San Pedro, donde oficia el Papa, sino en la basílica Liberiana, porque se servian ordinariamente de ella para la administracion del bautismo en Santa Pudenciana, cuya iglesia dista tan solo algunos pasos de aquella.

del modo cómo se conferían entónces las órdenes que se siguen aun confiriendo en la Iglesia católica; y como las inscripciones mencionan más comunmente las de lector y exorcista, daremos un interesante ejemplo de cada una.

De un lector, en el cementerio de San Pablo :

**CINNAMIVS OPAS LECTOR TITVLI FASCIOLÆ AMIOVS PAVPERVM QVI VIXIT ANN. XLVI. MEENS. VII. D. VIII. DEPOSIT IN PAGE X. KAL. MART (1).**

De un exorcista, en el cementerio de los Santos Thraso y Saturnino, en la via Salaria :

**MACEDONIVS  
EXORCISTA DE KATOLICA (2).**

Existía empero la diferencia de que una orden no era necesariamente un escalon para otra superior, sino que había ordenados que permanecían á veces durante toda su vida en alguna de las menores; por cuya razon no se administraban con tanta frecuencia, ni probablemente en público como las órdenes superiores ni al mismo tiempo que ellas.

Provisto de la indispensable contraseña entró Torcuato en la iglesia acompañado de Fulvio, que pronto demostró su habilidad en hacer lo mismo que veía á los que le rodeaban. La congregacion no era muy numerosa y se habia reunido en una sala de la casa, convertida en oratorio y ocupada principalmente por los individuos del clero y los que aspiraban á ordenarse. Encontrábanse entre estos últimos Márcos y Marceliano, los dos hermanos gemelos que se habian convertido cuando Torcuato: los dos fueron ordenados de diáconos y su padre Tranquilino de presbítero.

Fulvio examinaba atentamente sus facciones para rete-

(1) «*Cinnamus Opas, Lector del título de Fasciola (hoy iglesia de San Nereo y San Aquileo), amigo de los pobres, el cual vivió 46 años, 7 meses y 8 días. Fue depuesto en paz el día 10 ántes de las calendas de marzo (el 20 ó el 21 de febrero).*»

(2) «*Macedonio, Exorcista de la Iglesia Católica.*»

nerlas bien en la memoria, y con mayor cuidado las de todos los individuos más eminentes del clero romano, que se hallaban allí reunidos. En uno sobre todos se detuvieron más largo tiempo sus penetrantes miradas, no separándolas de él hasta que hubo estudiado minuciosamente su fisonomía, sus gestos, la expresion de sus ojos, su voz y el más insignificante de sus movimientos. Era este por de contado el Pontífice que oficiaba.

Hacia seis años que Marcelino gobernaba la Iglesia. De edad muy avanzada, sus facciones benignas y tranquilas apenas revelaban aquella fortaleza que requiere el martirio, y, de que sin embargo dió tan señaladas puebas en su muerte por Cristo. Como en aquellos tiempos se ocultaba cuidadosamente toda señal exterior por donde los lobos del paganismo pudiesen reconocer al Pastor de la Iglesia cristiana, vestían ordinariamente los Papas el traje que usaban los ciudadanos respetables; pero cuando oficiaban delante del altar se revestían de una túnica blanquísima, precursora de la amplia casulla de nuestros días, á la que el obispo añadía una corona ó *infula*, de donde tomó su origen la mitra, y tenía en la mano el báculo, emblema del cargo y autoridad pastoral de que gozaba.

De Marcelino, pues, que estaba delante del altar sagrado de San Pedro, dando el frente á la congregacion (1), era de quien el espía no apartaba un solo momento la vista. Examinábale escrupulosamente, media con los ojos su estatura, inspeccionaba el color de su rostro y el de sus cabellos, reparaba sus movimientos, el porte, la accion, el sonido de su voz y hasta casi su respiracion, y no cesó en tan minucioso espionaje hasta que pudo decirse á sí mismo:

—Por más que se disfrace, seguro estoy de que le reconoceré y no podrá escaparse de mis uñas: es una presa que sé muy bien lo que vale.

(1) En la antigua y grande basílica de Roma el celebrante oficiaba siempre de cara á los fieles.

## CAPÍTULO XI.

## Las vírgenes.

PRIB IVN PAVSA  
 BET PRAETIOSA  
 ANNORVN PVLLA  
 VIRGO XII TANTVM  
 ANCIILLA DEI ET XPI  
 FL. VINCENTIO ET  
 FRAVITO. VÖ. CONES

(1)

Si cuando el docto Tomasino demostró con tanta riqueza de erudicion que en la primitiva Iglesia se podia hacer voto de virginidad á los doce años hubiese conocido esta inscripcion, descubierta hace poco, indudablemente la hubiera citado (2). Porque ¿cómo no reconocer que la muchacha virgen *tan sólo* de doce años y sierva de Dios y de Cristo lo era por haberse consagrado al Señor? De otro modo, cuanto más tierna hubiese sido su edad, ménos de admirar habria sido su doncellez.

Mas si bien la Iglesia permitia que las doncellas se consagrasen á Dios á los doce años, que era la edad nubil segun la ley romana, reservaba para otra más madura el acto solemne de poner el velo de la virginidad, que celebraba el obispo generalmente el domingo de Pascua de Resurreccion.

(1) «El dia ántes del 1.º de junio dejó de vivir Preciosa, muchacha, virgen, tan sólo de doce años, sierva de Dios y de Cristo. En el consulado de Flavio Vincencio y Fravito, varon consular.» Hallada en el cementerio de San Calixto.

(2) *Vetus et Nova Ecclesiæ Disciplina: circa Beneficia*, Par. I, lib. III. (Luc. 1727.)

La primera de estas ceremonias consistia únicamente en recibir de manos de los padres ó allegados un traje negro sin adornos de ninguna clase ; pero si amenazaba algun peligro á los fieles la Iglesia anticipaba la segunda ceremonia de la consagracion , fortificando en su santo propósito con su benediction solemne á las esposas de Cristo (1).

Estando ahora para estallar de un momento á otro la más fiera de las persecuciones , en la que no habria perdon ni aun para las más tiernas ovejas, no es de extrañar que las que en su corazon se habian consagrado á perpétua castidad y desposado con el Cordero quisieran ántes de morir celebrar sus desposorios , deseando entrelazar la blanca azucena de la virginidad con la palma que podia caberles en suerte.

Ines habia elegido desde la infancia este venturoso estado. La discrecion y prudencia sobrenatural que revelaran todas sus palabras y acciones , y por otra parte la sencillez y candor de sus años pueriles , la habian hecho acreedora á una de las dispensas que concedia la Iglesia á los corazones que suspiraban porque se anticipase la hora de sus castos desposorios. Aprovechándose del conflicto que se temia solicitó con vehemencia que se acortase en su favor el plazo que con arreglo á la ley retardaba por espacio de diez años el cumplimiento de sus deseos. Al propio tiempo que Ines se presentó otra doncella pidiendo lo mismo.

Desde la primera entrevista que tuvieron y hemos referido nació entre Ines y Syra una santa amistad que se habia desarrollado y arraigado con los continuos elogios que de su esclava favorita hacia Fabiola á su prima. Así por las relaciones de Fabiola como por las más humildes de Syra , hallábase persuadida Ines de que podia dejarse exclusivamente al cuidado de la esclava la obra de convertir á la jóven patricia, obra que progresaba visiblemente, merced á la divina gracia y á la prudencia con que era dirigida. Por eso en las frecuentes visitas que hacia á su prima contentábase Ines con admirar y aprobar lo que Fabiola le referia de las conversacio-

(1) Thomass., pág. 792.

nes de su esclava , procurando no soltar ninguna expresion que despertase sus sospechas y la hiciese comprender que procedian de comun acuerdo:

Syra como dependiente de Fabiola é Ines como parienta vestian luto por la muerte de Fabio, y á esta circunstancia debieron no tener que hacer alteracion alguna en sus trajes , y que Fabiola no pudiese recelar que mantenian relaciones secretas para algun plan concertado entre ambas. Tranquilas en cuanto á esto pudieron pedir con seguridad que se las admitiese á pronunciar solemnemente el voto de virginidad perpétua. Otorgóseles desde luego lo que pedian ; mas por razones bien fáciles de comprender tuvieron tan oculta la concesion que sólo la víspera ó antevíspera de su desposorio espiritual fue cuando Syra comunicó la noticia como un gran secreto á su querida ciegucecita.

—¡Hola! le dijo esta fingiéndose resentida al oirla. Con que ¿todo lo bueno lo guardas para tí sin contar con las demas? ¿Te parece esto muy caritativo?

—Vamos, querida niña, respondió Syra acariciándola; no tienes por qué ofenderte... Era preciso guardar el secreto.

—Segun eso ¡pobre de mí! Supongo que no podré asistir á la ceremonia...

—¡Oh! eso sí , Cecilia ; te prometo que irás y lo verás todo, replicó Syra riendo.

—No te cuides de si lo veré ó no lo veré , repuso la ciegucecita ; eso poco importa. Pero ¿qué vestido vas á llevar?... Quiero que me lo cuentes todo... ¿Qué tienes ya preparado?... Todo quiero saberlo, todo.

Deseando complacer á su amiga hizole Syra una descripcion minuciosa del traje y del velo, del color y la hechura.

—Bien , dijo Cecilia despues de haberla escuchado con atencion. Y dime ahora : ¿qué es lo que tienes que hacer ?

Divertida Syra con una curiosidad que no habia observado nunca en la ciega, siguió enterándola punto por punto de todas las particularidades del corto ceremonial.

—Oye otra pregunta, añadió concluido el relato de Syra: ¿dónde y cuándo tendrá lugar la fiesta ? ¿No dices tú que

podré concurrir? Pues entónces necesito saber la hora y el sitio.

—En el *título* del Pastor, de aquí á tres dias, al romper el alba, dijo Syra. Pero ¿cómo te has vuelto tan preguntona, querida mia? añadió despues sonriéndose. ¿Sabes que temo te vayas aficionando al mundo?

—No tengas cuidado, replicó Cecilia. Ademas que si otros tienen secretos para mí, justo será que yo tenga los míos.

Rióse Syra del afectado enojo de su amiga, porque demasiado conocia que el corazon de la pobre niña era tan sencillo como humilde, y despues de abrazarse afectuosamente se separaron.

Cecilia sin perder tiempo encaminó sus pasos á casa de la buena Lucina, que como todas las casas cristianas estaba siempre abierta para ella. Pero no bien se halló en presencia de la noble matrona cuando se precipitó en sus brazos prorumpiendo en desconsolado llanto. Lucina con su habitual dulzura la consoló y colmó de caricias, y por lo visto consiguió calmar su afliccion, pues al poco rato se la veia alegre y radiante en animada conversacion con la bondadosa señora, y como si tratasen de la ejecucion de algun designio que la enajenaba de contento. De casa de Lucina se dirigió saltando de gozo á la de Ines, en cuyo hospital vivia el buen sacerdote Dionisio. Hallóle en su estancia, y cayendo á sus piés de rodillas le habló con tal fervor que le hizo derramar lágrimas de ternura y le arrancó palabras llenas de consuelo. En aquel tiempo no se habia compuesto aun el *Tedeum*; mas á juzgar por el semblante de la pobre ciega es indudable que algo muy parecido á tan inspirado canto debia exhalarse de su corazon cuando al salir de allí se dirigia á su humilde morada.

Llegó por fin el venturoso dia, y ántes de que apuntara el alba se habian celebrado ya los misterios más solemnes y retirado la mayor parte de la congregacion. Quedaron sólo en la iglesia aquellos que debian officiar en la ceremonia ó habian sido invitados como testigos, entre los cuales figuraban Lucina y su hijo Pancracio, los ancianos padres de Ines, y

por de contado Sebastian el tribuno. Buscaba Syra con la vista á su ciegucecita, pero inútilmente; por lo que no viéndola por ningún lado pensó que se retiraría cuando los demás fieles, quizás resentida por la reserva que con ella habia guardado ántes de su última entrevista, y de la que en aquellos momentos se sentia ya pesarosa la amable esclava.

Aun estaba la sala medio á oscuras, iluminada apenas por la dudosa luz de un crepúsculo de invierno; si bien fuera de aquel recinto parecia en los arreboles del Oriente que se irradiaba un día claro y brillante de diciembre. Ardian sobre el altar cirios perfumados de gran tamaño, y al rededor riquísimas lámparas de plata y oro que bañaban de suave resplandor el santuario. En frente del altar se habia colocado una silla no ménos venerable que el altar mismo, que se conserva hoy como una reliquia en el Vaticano, la silla de Pedro, y sentado en ella veíase al Pontífice con el báculo en la mano y una corona en la cabeza, y al rededor de él sus ministros, casi tan respetables y piadosos.

Del fondo de la oscuridad que envolvía la capilla principiaron á salir primero cual si fueran de ángeles dulcísimas voces que entonaban en armonioso coro un himno, que expresaba ya los sentimientos desarrollados más tarde en el himno de *Jesu corona virginum*; despues apareció á la luz del santuario la procesion de las vírgenes ya consagradas, á cuyo frente iban conduciéndolas los presbíteros y diáconos que las tenían á su cuidado, y en medio de ellas veíanse dos cuyas blancas vestiduras resaltaban con deslumbrante brillo entre los hábitos negros de las demás. Eran estas las novicias, las cuales así que la procesion se abrió en dos filas á derecha é izquierda del altar, fueron conducidas cada una por dos profesas al pié del mismo, donde se arrodillaron ante el Pontífice con sus dos madrinas cerca para asistirles.

A cada una se les preguntó solemnemente qué deseaban, y cada una á su vez respondió que su deseo era tomar el velo y cumplir con las obligaciones que le imponía, bajo la direccion de los guías que se habian elegido; pues aun cuando en aquella época habian principiado á vivir en comunidad



las vírgenes consagradas al Señor, muchas continuaban residiendo en sus propias casas porque la persecucion hacia muy difícil la clausura. No obstante habia en la iglesia un lugar separado por un tabique de tablas destinado á las vírgenes, y se reunian aparte para su instruccion particular y especiales actos de devocion.

Acto continuo pronunció el obispo una plática en la que manifestó á las jóvenes postulantes, con palabras llenas de uncion y cariño, cuán sublime vocacion era la que las llamaba á vivir en la tierra la vida de los ángeles, que no se casan, y á subir por la misma senda de castidad que eligió el Verbo encarnado para su propia Madre á las moradas celestiales, donde irian á aumentar la escogida hueste que sigue al Cordero á donde quiera que se dirige. Se extendió sobre la doctrina de san Pablo, que en una carta á los corintios escribió acerca de la superioridad de la virginidad sobre cualquier otro estado, y describió con sentidas frases la felicidad de no tener en la tierra mas que un solo amor, que en vez de marchitarse y entibiarse se desarrolla y crece en la inmortalidad de los cielos. «La bienaventuranza eterna, dijo, no es otra cosa que la flor perfecta que el amor divino lleva en gérmen sobre la tierra.»

Despues de ese breve discurso y del exámen de las dos aspirantes procedió el santo Pontífice á bendecir con oraciones probablemente idénticas á las que en el dia se usan las diferentes prendas de sus hábitos religiosos, que las madriñas colocaban sobre sus respectivas patrocinadas á medida que se iban bendiciendo. Luego las dos nuevas religiosas reclinaron las frentes sobre el altar en señal de que se ofrecian en holocausto. Como en el Occidente no se habia adoptado aun la costumbre que se usaba en el Oriente de cortar la cabellera, dejóseles caer esta flotando sobre los hombros y en seguida les ciñeron las sienes con una guirnalda de frescas y olorosas flores, de las que á pesar de ser invierno no faltaban en el bien resguardado jardin de la azotea de Fabiola.

Todo parecia estar concluido : Ines, puesta de rodillas á

los piés del altar, permanecía inmóvil y con los ojos levantados y fijos, embelesados sus sentidos y suspendido su espíritu en un profundo éxtasis : Syra , por el contrario, que estaba junto á ella , inclinaba la cabeza humildemente, abismada y como admirada de que la hubiesen considerado digna de favor tan señalado. Tan enajenadas estaban ambas y tan absorbidas en sus oraciones de accion de gracias , que no advirtieron la ligera conmocion que produjo entre los congregados un incidente al parecer inesperado.

Despertó sin embargo su atencion la voz del obispo, que hizo esta pregunta : «Hija mia , ¿ qué pides ?» Y ántes de que tuvieran tiempo para volver la vista se sintió cada una asida de una mano , y oyeron una voz muy querida de entrambas que respondió al obispo : «Santo Padre, deseo recibir el velo de las consagradas á Jesucristo, mi único amor en la tierra, bajo la custodia de estas dos piadosas vírgenes , que son ya dos de sus bienaventuradas esposas.»

Sobrecogidas de júbilo y de ternura reconocieron en la que así hablaba á la pobre ciega Cecilia , la cual apenas supo la felicidad de que iba á gozar Syra fué precipitadamente, como hemos visto, á arrojarle á los brazos de la bondadosa Lucina , que la consoló fácilmente haciéndole concebir la esperanza de obtener igual gracia. Prometióle además la buena señora proporcionarle lo necesario para la ceremonia , y Cecilia aceptó el ofrecimiento á condicion de que su traje habia de ser tosco, cual correspondia á una pobre muchacha mendiga. El presbítero Dionisio se encargó de presentar al Pontífice su instancia y obtuvo la merced que esperaba; pero como Cecilia deseara tener por madrinas á sus dos amigas , se convino en no llevarla al altar hasta que las otras estuviesen consagradas , proyecto del que nada sabian porque la ciegucecita habia guardado sobre él el mayor secreto.

Pusiéronle ya bendecidos el hábito y el velo, y al preguntarle si no habia traído una guirnalda de flores , sacó tímidamente de debajo de la ropa una rama de espinó torcida en forma de aro , y la presentó diciendo :

—Yo no tengo flores que ofrecer á mi Esposo, ni Él las

lleva tampoco por mí; y como no soy mas que una pobre muchacha, mi Señor no se ofenderá si le pido que me corone como él mismo consintió en ser coronado. Las flores ademas representan virtudes en las que las llevan, y mi estéril corazon no ha producido hasta ahora sino estas.

La buena ciegucecita no pudo ver la prontitud con que sus dos compañeras se quitaban las guirnaldas de la cabeza para colocarlas en la suya, pues detenidas en su accion por una señal del Pontífice, la venturosa ciega, en medio de una multitud conmovida, fue aproximada al altar resplandeciente de gozo con su corona de espinas, emblema de la doctrina que constantemente ha enseñado la Iglesia: que la reina de las virtudes es la inocencia coronada por los sufrimientos.

## CAPÍTULO XII.

### La quinta Nomentana.

El camino Nomentano parte desde Roma hacia el Este, y entre él y la via Salaria hay un profundo barranco, allende del cual empieza un terreno quebrado, pero que se desliza en graciosas ondulaciones. En medio de él se eleva un pintoresco templo de figura circular, inmediato al cual se ve una basílica verdaderamente hermosa dedicada á Santa Ines, por haber sido allí donde estuvo la quinta que perteneció á la santa, distante legua y media de Roma. En aquel lugar habian convenido reunirse las tres vírgenes recién consagradas para pasar en el sosiego y el retiro uno de los pocos dias buenos que quizas les quedaban que disfrutar en la tierra.

Pasarémos por alto la descripcion de esta residencia campestre, y sólo diremos que en ella todo parecia respirar felicidad y contento. El dia era de esos alegres y brillantes con que suele brindar el invierno en Roma. Los escarpados Apenninos aparecian ligeramente salpicados de nieve, la tierra

seca empezaba á endurecerse, y el sol brillaba al traves de una atmósfera trasparente en un cielo sin nubes. Sólo algunas cenicientas espirales de humo que salian de las casas de campo y las cepas despojadas de sus hojas podian indicar que se estaba en el mes de diciembre. Allí todo sér viviente parecia reconocer y amar á la dulce señora de aquella posesion : las tórtolas bajaban á posarse en sus hombros y en sus manos, y los corderos triscaban así que la veian acercarse, y corrian hácia ella para tomar de su mano con evidente placer las olorosas y frescas yerbas que solia ofrecerles. Ninguno empero acataba tanto su dulce dominio como Molo, el enorme perro que guardaba la entrada. Aunque atado con una cadena cerca de la puerta, era tal su ferocidad que nadie se atrevia á arrimársele, como no fuese algun que otro criado de preferencia ; y sin embargo, no bien aparecia Ines se arrastraba por el suelo y meneaba la cola, aullando y gimiendo hasta que le desataban, y entónces ya podia acercársele sin temor aunque fuese un niño. No se apartaba jamas del lado de su ama, iba detras de ella como un cordero, y si se sentaba echábase á sus piés, mirándola satisfecho con sentir en su abultada cabeza las caricias de tan delicada mano.

En tanto que las tres amigas conversaban, ya felicitándose por su dicha, ya chanceándose con Cecilia por el chasco que les habia dado, llegó Fabiola á la quinta para hacer á Ines su primera visita despues de la pérdida que acababa de experimentar, y para darle las gracias por la participacion que habia tomado en su dolorosa pena. Cuando se dirigia al sitio donde se hallaba tan dichoso grupo detúvose de repente, porque al divisar á las dos á quienes era dado mirar la brillantez del cielo, que inclinadas contemplaban á aquella que parecia poseer dentro de su alma todo el esplendor del firmamento, recordó y vió, ó se figuró ver, realizada ante sus ojos la vision que habia tenido en sueños. No queriendo sorprenderlas sin anunciarse, y deseando hablar á solas á Ines, retrocedió ántes de que pudiera ser vista y se dirigió paseando á lo más apartado del jardin.

—¿Por qué no he de estar tan alegre ni ser tan feliz como

ellas? se dijo interiormente. ¿Por qué se ha de interponer entre ellas y yo ese inmenso golfo?

Sin embargo, aquel día había sido demasiado dichoso para este mundo si hubiese concluido sin nubarrones que turbaran su serenidad. A la vez que Fabiola otra persona había salido de Roma para hacer á Ines una visita no tan agradable como la de su prima: era Fulvio que, no habiendo olvidado un momento las seguridades que le diera Fabio de lo mucho que habían trastornado la ligera cabeza de Ines sus seductoras maneras y deslumbrantes joyas, había esperado á que pasasen los primeros días de luto, contenido además por cierto respeto á la casa de la ciudad en que tan secamente había sido recibido, y de la cual fue despedido tan sin ceremonia. Supo que Ines por la primera vez de su vida había ido á su quinta sin que la acompañaran sus padres, y salió á caballo por la puerta Nomentana y al poco rato se apeaba en la puerta de la quinta. Manifestó al portero que deseaba ver á la señora para un asunto grave y urgente, consiguiendo de este, después de algunas dificultades, que le permitiese entrar y le indicase una calle de árboles por donde le dijo encontraría á la joven patricia.

En efecto, al fin de aquella alameda divisó Fulvio á Ines, que estaba sola, sentada en un sitio alumbrado por los últimos rayos del sol, ya moribundo, con el viejo Moloso acostado á sus pies. Un sordo aullido del perro, cosa muy rara en él cuando estaba al lado de su ama, hizo que esta, entretenida en formar un ramo con flores que le traían del invernadero sus amigas, levantase la vista y suspendiera su obra, al mismo tiempo que con una ligera indicación de su dedo reprimía la instintiva antipatía del mastín.

Fulvio se adelantó, si bien respetuosamente, con alguna más familiaridad de costumbre, como quien se cree seguro de su pretensión.

—He venido, noble señora, comenzó diciendo, á ofreceros de nuevo mis respetos; y en verdad que no podía haber escogido día mejor, porque con dificultad lucirá otro más brillante y hermoso en el estío.

—Muy hermoso en efecto y brillante ha sido para mí, respondió Ines con indecible expresion de dulzura; sol tan hermoso, prosiguió, no habia alumbrado nunca mi vida, ni creo que volverá á alumbrarla hasta que luzca aquel que es para mí hermoso entre los hermosos.

Fulvio, lisonjeado con la idea de que estas palabras aludiesen á su presencia en aquel sitio, respondió:

—¿Os referis indudablemente al dia en que hayais de unir os al que tenga la dicha de cautivar vuestro corazon?

—Está ya cautivado, replicó Ines, y el dia venturoso es hoy.

—Y ese velo y esa guirnalda que llevais ¿os lo pusisteis aguardando este feliz momento?

—Sí, es la señal que mi Amado ha puesto en mi rostro para que no admita otro amante que á Él (1).

—Y ¿quién es el afortunado mortal?... Yo tenia mis esperanzas, á que no he renunciado todavía, de ocupar un lugar en vuestro pensamiento... y acaso en vuestro corazon.

Parecia que Ines no fijaba su consideracion en las palabras de Fulvio, pues ni en su semblante ni en sus maneras se notaba señal de timidez ó siquiera de turbacion. Su rostro infantil conservaba la habitual expresion de su ingenuidad y candor; sus ojos levantados se fijaban atentamente en Fulvio con tan sencilla inocencia, que este se sentia confuso y casi anonadado en presencia de la jóven.

Por último levantóse Ines, y con gentil dignidad le dijo:

—Miel y leche tomé de sus labios, y su sangre tiñó mis mejillas (2).

Fulvio creyó tan incoherentes esas palabras, que le asaltó el temor de que la jóven tuviese trastornado el sentido; pero la mirada de Ines, que brillaba inspirada y al parecer fija en algun objeto que sólo ella veia, le hizo experimentar

(1) «Posuit signum in faciem meam, ut nullum præter eum amato-rem admittam.» *Oficio de santa Ines.*

(2) «Miel et lac ex ejus ore suscepti, et sanguis ejus ornavit genas meas.» *Ibid.*

una especie de respetuosa conmocion que desarmó su osadía. Pasados algunos instantes salió de su éxtasis la jóven, y Fulvio se repuso algun tanto de su sorpresa. Resuelto á no perder la ocasion que se le presentaba, dijo al fin sin ninguna clase de miramientos :

—Señora: ¿estais jugando con el corazon de un hombre que sinceramente os admira y ama? Nuestro difunto amigo Fabio me aseguró del modo más terminante que os habiais dignado pensar favorablemente de mi persona, y que le habiais indicado que no os desagradarian mis aspiraciones á vuestra mano. Vengo, pues, á pedíroslo con el deseo más vehemente de mi alma. Sé que esta declaracion podrá pareceros estemporánea y brusca, pero no dudeis que es hija de la sinceridad y la passion.

—Apártate de mí, pábulo de corrupcion, dijo Ines con tranquila majestad, porque ya pertenezco á otro Amante; y á Él sólo guardo mi fe, y á Él solo me entrego con entera confianza; sólo á Él amándole me conservo casta, acariciándole me conservo pura, y abrazándole me conservo virgen (1).

Fulvio, que al concluir su declaracion habia caido de rodillas, atrayéndose con aquella accion la severa repulsa de la doncella, se levantó lleno de furor y despecho por verse tan completamente chasqueado.

—Con que ¡no basta que se me rechace, despues de haberme hecho concebir esperanzas, exclamó poseido de frenesí, sino que tambien se me ha de insultar y decir en mi propia cara que acaba otro de ganarme por la mano! Supongo que ese dichoso será Sebastian, que se atraviesa otra vez en mi camino.

—Y ¿quién sois vos, exclamó detras de él una voz indignada; quién sois que os atreveis á pronunciar con desprecio el nombre de uno que jamas manchó su honor, y cuya virtud es como su valor de todos conocida?

(1) «Discede a me pabulum mortis, quia jam ab alio amatore pręventa sum.» «Ipsi soli servo fidem, ipsi me tota devotione committo.» «Quem cum amavero casta sum, cum tetigero munda sum, cum accepero virgo sum.» *Oficio de santa Ines.*

Volvió la cara Fulvio al oír estas palabras y se halló frente á frente con Fabiola, que despues de haber dado algunas vueltas por el jardin , creyendo que encontraria sola á su prima se habia acercado de pronto y oído las últimas frases del extranjero.

Confundido este bajó la vista y permaneció en silencio.

Poseída de noble indignacion continuó diciendo Fabiola :

—¿Quién sois, pues, que no satisfecho de haberos introducido subrepticamente en casa de mi prima para insultarla, osais ahora venir á perturbarla en su retiro?

—Y vos, señora, replicó Fulvio, en quien el orgullo habia reemplazado ya á la vergüenza : ¿quién sois para usar ese tono imperioso y echarla de ama en casa ajena ?

—¿Quién soy yo? interrogó Fabiola. La que por haber consentido que Ines os conociera en su mesa, y sabedora hoy de vuestros pérfidos designios contra una niña inocente, se cree obligada por honor y por deber á frustrarlos y esconderla contra ellos.

Y dicho esto cogió de la mano á Ines, que al retirarse con su prima tuvo que contener á Moloso dándole en la cabeza cariñosos golpecitos, para que el noble animal se contentara tan sólo con gruñir á Fulvio. Desesperado este, murmuró rechinando de cólera los dientes y en voz bastante alta para que pudiera oírsele :

—¡ Altanera romana ! Yo haré que recuerdes con lágrimas de amargura este día y esta hora. Tú sabrás por experiencia cómo se venga un asiático.

## CAPÍTULO XIII.

### El edicto.

Llegó por fin el día señalado para la publicacion del terrible edicto, ó por mejor decir, de la sentencia fulminada para exterminar hasta el nombre de cristiano. Conociendo



Corvino la importancia de la comision que se le habia confiado de fijar en el Foro aquel documento, y sabedor de que en Nicomedia lo habia arrancado y hecho pedazos un valiente soldado cristiano, que sufrió la muerte con el mayor denuedo, adoptó desde luego toda clase de precauciones para evitar que sucediese otro tanto en Roma, porque sabia muy bien las consecuencias que le acarrearía la reproduccion de hecho semejante. El edicto imperial estaba escrito en grandes caracteres sobre hojas de pergamino pegadas unas á otras, y le habia clavado en una tabla firmemente sostenida por un pilar, en el cual la colgó, á corta distancia del *puleal libonis*, ó silla del magistrado en el Foro. Mas esta operacion no se verificó hasta ya muy entrada la noche y cuando el Foro estuvo completamente desierto; porque la intencion de Corvino era que los ciudadanos al levantarse á la mañana siguiente se encontrasen con el edicto, y el terror que produjese en los ánimos su lectura fuese tanto mayor cuanto más repentina era la aparicion del decreto.

Para impedir toda posibilidad de un atentado nocturno contra el precioso documento, con la misma exquisita precaucion que tomaron los judíos para estorbar la resurreccion de Jesucrito, pidió y obtuvo Corvino que para custodiar aquella noche el Foro le diesen una compañía de la cohorte Pannonia, compuesta de soldados que pertenecian á las razas más fieras del Norte, dacios, panonios, sármatas y germanos, cuyas rudas facciones, salvaje aspecto, largos cabellos y espesos bigotes rojos repugnaban y parecian horribles y feroces á los romanos. Aquellos hombres, que apenas sabian hablar en latin, eran mandados por oficiales de sus respectivos países, y en los últimos años de la decadencia del imperio constituian la guardia más fiel de los tiranos reinantes, compatriotas suyos por lo general, no ordenándoseles atrocidad, por monstruosa que fuese, que no estuvieran prontos á cometer en el acto.

Por disposicion de Corvino se colocó una partida de estos salvajes para guardar las avenidas del Foro, con orden terminante de atravesar de parte á parte ó derribar á sablazos

á cualquiera que intentara acercarse sin dar la consigna ó *symbolum*, como la llamaban los romanos. Esta consigna la daba todas las noches el general en jefe, y por medio de los tribunos y centuriones, que la recibían, llegaba á conocimiento de las tropas; pero el astuto Corvino, para evitar que ningún cristiano pudiese usarla si por casualidad acertaba á descubrirla aquella noche, eligió una que estaba seguro no habría cristiano que quisiera pronunciarla, y esta fue **MUMEN IMPERATORUM**: Divinidad de los emperadores.

Antes de retirarse Corvino á descansar aquella noche recorrió todos los puestos y dió las órdenes más severas y precavidas á los centinelas, especialmente al que había colocado cerca del edicto. el cual fue elegido por él para llenar aquel servicio á causa de su fuerza brutal, enorme corpulencia y ferocidad reconocida de su aspecto y carácter. Dióle las instrucciones más rígidas, repitiéndole cien veces que no perdonase á nadie que intentara aproximarse ó tocar al sagrado edicto; no fue ménos incansable en repetirle la consigna para que no la olvidase, y por último le dejó, medio trastornado como estaba ya por la *sabaia* ó cerveza (1), casi sin más idea clara que la de que estaba allí para alancear con su jabalina ó matar á sablazos á álguien, no importaba á quién, ántes de que amaneciese el día.

Estaba la noche cruda y tempestuosa y caía una lluvia que arremolinaba el viento. Envuelto el soldado dacio en su tabardo se paseaba de arriba abajo, acariciando con frecuencia un frasco que llevaba oculto y que contenía un licor extraído, segun decían, de las cerezas silvestres de los bosques de Turingia; y en los cortos intervalos que mediaban de un trago á otro pensaba confusamente, no en las selvas ni en el río donde estarían sus hijos jugando, sino en cuándo llegaría la hora de degollar al emperador y saquear á Roma.

(1) Est autem sabaia ex hordeo vel frumento in liquorem conversis paupertinus in Illyrico potus. Quiere decir: La sabaia es una bebida compuesta de cebada ó trigo convertidos en licor, de la cual usan los pobres en Iliria.—*Ammian. Marcellinus*, lib. XXVI, 8, p. 422, ed. Lips.

Mientras tanto Diógenes y sus hijos se hallaban en su pobre casa de la Suburra, no muy lejos por cierto de allí, haciendo los preparativos de su frugal cena. Interrumpiéndolos en esta tarea un ligero golpecito dado en la puerta, al que siguió el ruido del pestillo, que levantaron dos jóvenes á quienes el anciano sepulturero reconoció al punto y saludó cordialmente.

—Adelante, mis amos, les dijo. Os agradezco la bondad de venir á honrar mi humilde casa. Apenas me atrevo á brindaros con mi pobre cena; pero si quereis probarla recibiremos gran favor y tendremos una fiesta cristiana.

—Gracias, mi buen Diógenes, respondió el de más edad, que era Cuadrado, el nervudo centurion de la cohorte de Sebastian. Pancracio y yo venimos expresamente á cenar con vosotros; pero algo más tarde, porque tenemos un negocio entre manos por esta parte de la ciudad, que debemos evacuar cuanto antes. Así que concluyamos volveremos y entonces sí que nos vendrá muy bien tomar un bocado. Mientras puede uno de tus muchachos ir á comprar algunas frioleras es preciso que nos regalemos esta noche y que para animarte bebas una copita de vino generoso.

Y diciendo esto sacó la bolsa, que entregó á uno de los mancebos encargándole trajese manjares más exquisitos que los que componian el alimento ordinario de la familia. Sentáronse, y Pancracio, por entablar conversacion, se dirigió al anciano diciéndole:

—He oido decir á Sebastian, buen Diógenes, que tú te acuerdas aun de cuando presenciaste la muerte del glorioso diácono Lorenzo por la fe de Cristo. Dínos algo de ella.

—Con mucho gusto, respondió el sepulturero, pues aun cuando han pasado ya cuarenta y cinco años desde que aconteció (1), era yo entonces de más edad que vos ahora, y me acuerdo de todo tan perfectamente como si lo estuviera viendo. ¡Qué mancebo tan bueno, tan hermoso y tan gallardo era Lorenzo! ¡Qué dulzura la suya, qué lenguaje tan afable

(1) A. D. 258.

para con todos , especialmente cuando hablaba á los pobres! Así le querian entrañablemente. Yo, que le seguia á todas partes, estaba á su lado el dia que, encontrándose con el venerable pontífice Sixto , á quien conducian al martirio, se le reunió quejándosele tiernamente, segun podria hacerlo un hijo cariñoso á su amado padre , de que no le permitiese ser compañero suyo en el sacrificio de su persona, como lo habia sido asistiéndole en el sacrificio incruento del cuerpo y sangre de Nuestro Señor.

—¡Qué tiempos tan gloriosos aquellos! ¿No es verdad, Diógenes? exclamó Pancracio. ¿Cómo hemos degenerado, y qué diferente es la generacion actual! ¿No es esto, Cuadrado?

El rudo soldado se sonrió al oir la generosa inculpacion de Pancracio y suplicó á Diógenes que prosiguiera.

—Tambien le ví cuando distribuyó á los pobres los vasos sagrados de gran precio y los ricos utensilios de la Iglesia. De entónces acá no ha vuelto á tener tanta magnificencia. Allí habia lámparas y candelabros de oro, incensarios, cálices, patenas , etc., y ademas una inmensa cantidad de plata (1): todo fue fundido y repartido entre los ciegos , impedidos y menesterosos.

—Pero cuéntanos , dijo Pancracio, cómo sufrió su último horroroso tormento. Debió ser un espectáculo verdaderamente desgarrador.

—Todo lo presencié , respondió el anciano sepulturero, y con efecto en cualquiera otro habria sido horrible y espantoso. Despues de extenderle en el potro y de atormentarle de distintos modos , no pudiendo arrancarle ni un gemido, irritado el juez ordenó que prepararan y calentaran las horribles parrillas. Ver aquella tierna carne ampollándose y abriéndose sobre el fuego; verla surcada de heridas que le hacian los hierros transversales penetrando hasta los huesos; ver levantarse de su cuerpo un espeso humo y oir chisporrotear el fuego con la grasa derretida de sus carnes; observar la

(1) Prudense refiere todos estos pormenores en su Himno al mártir san Lorenzo.

contraccion gradual de su piel, el temblor que producía la agonía en sus músculos y las convulsiones espasmódicas que encogían sus miembros... ¡ah! confieso que fue la escena más desgarradora y horrible que he presenciado en mi vida. Pero se le miraba al rostro, y todo se olvidaba. Levantando la cabeza sobre su cuerpo carbonizado la inclinaba hácia adelante como si enajenado estuviese contemplando alguna vision celestial, parecida á la de su compañero el diácono Estéban. Es verdad que su cara estaba enrojecida por el calor excesivo del fuego y que un copioso sudor manaba de su frente; mas el resplandor de aquel fuego al iluminar los dorados rizos de sus cabellos formaba al rededor de su cabeza una auréola de gloria, que no parecia sino que estaba ya en los cielos. Todas sus facciones, serenas y apacibles como siempre, expresaban con sus miradas elevadas á lo alto tan vivo anhelo de subir á la mansion de los bienaventurados, que de buena gana, creedme, habríais trocado vuestro lugar por el suyo.

—Yo le trocaría, respondió Pancracio, tan pronto como fuese la voluntad de Dios. No abrigo la pretension de creer que podría resistir lo que el esforzado Lorenzo, pues él era un noble y heróico levita, y yo no soy mas que un débil muchacho lleno de imperfecciones. Pero ¿no te parece, Cuadrado amigo, que en aquel trance se nos conceden fuerzas proporcionadas á los sufrimientos, cualesquiera que estos sean? Tú de seguro que lo resistirías todo, porque eres un soldado fuerte acostumbrado á los trabajos y al dolor de las heridas; mas yo sólo tengo una buena voluntad que ofrecer en sacrificio... ¿Es esto suficiente?

—Y ¡tanto, hijo mio! exclamó el centurion conmovido y mirando con ternura al mancebo que, animados sus ojos por fervoroso entusiasmo, se habia levantado de su asiento y apoyaba las manos sobre los hombros del soldado. Dios, que te ha dado valor, te dará tambien fortaleza... Mas no olvidemos lo que esta noche tenemos que hacer. Embózate bien y cúbrete con la toga la cabeza, porque la noche está fria y lluviosa. Tú, buen Diógenes, echa más leña en el fuego y tén dispues-

ta la cena para cuando volvamos, que no tardaremos mucho. Casi sería mejor que dejases entornada la puerta de la calle.

—Id con Dios, señores, y que Él os ayude en vuestra empresa, dijo el anciano, porque cualquiera que sea estoy seguro que no podrá ménos de ser loable.

Cuadrado se envolvió en su clámide ó capa militar, y ambos jóvenes se internaron por las oscuras callejuelas de la Suburra. Mientras los dos amigos caminaban en direccion al Foro volvió á abrirse la puerta de la casa de Diógenes, y tras el conocido saludo de *Deo gratias* entró Sebastian preguntando por ellos al anciano; pues habiendo tenido aviso de la intencion de los dos mancebos, venia lleno de inquietud á saber si los habia visto el sepulturero. Este le respondió que los estaba aguardando de un momento á otro; y en efecto, apenas habria trascurrido un cuarto de hora, sintióse el rumor de pasos acelerados que se acercaban; la puerta fue abierta de pronto, y cerrada en seguida del mismo modo, y asegurada ademas con el cerrojo. Eran Cuadrado y Pancracio que volvian.

—Aquí le teneis, dijo este último riéndose estrepitosamente y mostrando un lio de arrugados pergaminos.

—Y ¿qué es eso? preguntaron á un tiempo todos con viva curiosidad.

—El famoso, el gran decreto, contestó con alegría infantil Pancracio. Mirad, mirad: *Domini nostri Diocletianus et Maximianus, invicti, seniores Augusti, patres Imperatorum et Cæsarum*, etc., etc. (1). ¡Al fuego con ellos!

Y diciendo y haciendo arrojó los pergaminos á las llamas, y los robustos hijos del sepulturero echaron encima un haz de leña para aplastarlos y ahogar sus estallidos. Allí se rizaron, se encogieron, crujieron y se arollaron, desapareciendo ya esta letra ó palabra, ya un elogio del emperador, ya una blasfemia anticristiana, hasta quedar reducidos á un puñado de negras cenizas.

(1) Nuestros señores Diocleciano y Maximiano, los invictos, descendientes de Augusto, padres de los Emperadores y de los Césares, etc.

¿Ni á qué otra cosa quedarían reducidos dentro de pocos años los que habían mandado publicar aquel arrogante documento, cuando despues de quemados sus cadáveres sobre una hoguera de leña de cedro perfumada se recogiese de ellos un puñado de ceniza, apenas suficiente para llenar una urna dorada? ¿Ni qué otra cosa había de ser dentro de algunos años más aquel paganismo á que por medios tan crueles se proponían dar vida los tiranos, sino un monton de ascuas tan apagadas y consumidas como las de aquel hogar? Y, en fin, ¿qué más había de ser aquel imperio que esos *invictos Césares* destrozaban á fuerza de crueldades é injusticias? ¿A dónde irían á parar dentro de breves siglos los monumentos de su grandeza? Todos, como aquel pergamino, serían aniquilados, deshechos y convertidos, si no en cenizas, en polvo, para proclamar con su destruccion que no hay mas verdadero Señor que el Señor Dios, más poderoso que los Césares, Señor de los señores, contra el cual no prevalecerán jamas la fuerza ni las astucias de los hombres.

Algo parecido á eso estaria pensando Sebastian mientras distraído contemplaba cómo iban desapareciendo los últimos restos del pomposo y cruel edicto, arrancado de su sitio y arrojado al fuego, no por mero capricho ó necia diversion de los dos jóvenes, sino porque contenia blasfemias contra Dios y su santa religion. Sabían muy bien que si llegaban á ser descubiertos espirarian en tormentos horribles; pero los cristianos de aquellos tiempos, cuando se preparaban para recibir el martirio, jamas tomaban en cuenta los tormentos. Morir por Cristo era el único fin á que aspiraban, y con tal de lograrlo, lo mismo les daba que la muerte fuese pronta y dulce, como prolongada y dolorosa. A fuer de bizarros guerreros al entrar en combate no se detenían á reflexionar si serían heridos por flechas ó espadas; si una herida mortal acabaría de un golpe con su existencia, ó si tendrían que estar durante horas enteras tendidos en el suelo, heridos y mutilados horrorosamente, y espirar sin socorro ni consuelo entre montones de cadáveres.

Vuelto Sebastian de sus meditaciones, no se sintió con

valor bastante para reprender á los intrépidos autores de aquella hazaña , sino que por el contrario se halló más inclinado á reirse del chasco y del asombro que á la mañana siguiente produciria en los enemigos del nombre cristiano la desaparicion del edicto. Acabó , pues , por tomar á broma la ocurrencia , tranquilizando así á Pancracio, que visiblemente inquieto no separaba la vista de su semblante, mientras que Cuadrado, su centurion , se manifestaba temeroso y desconcertado. La risa de Sebastian se comunicó á los demas, y restablecido el buen humor entre los concurrentes sentáronse todos alegremente á la mesa con ánimo de emprenderla con las viandas , pues siendo ántes de la media noche no era todavía la hora en que principiaba el ayuno de los que habian de recibir al día siguiente la sagrada Eucaristia.

El objeto de Cuadrado al mandar disponer la cena para sus amigos los cristianos congregados en casa del anciano Diógenes era , en primer lugar, para tener una excusa en caso de que los sorprendieran reunidos á aquellas horas ; y en segundo, inspirar ánimo á la familia de Diógenes y á su jóven compañero si el atrevido golpe que acababan de dar llegaba á producir alguna alarma. Pero tal recelo carecia de fundamento , y la conversacion continuó muy animada , recayendo sobre los recuerdos de la juventud de Diógenes y los buenos antiguos tiempos de fervor, como Pancracio persistia en llamarlos. Concluida la cena Sebastian acompañó á su jóven amigo hasta dejarle seguro en su casa , y despues de un largo rodeo llegó á su habitacion sin haber pasado por el Foro.

Quien hubiera observado aquella noche á Pancracio, cuando ya solo en su aposento se disponia á acostarse , le habria visto reirse alegremente como quien recuerda alguna aventura tan singular como chistosa.



## CAPÍTULO XIV.

## El descubrimiento.

Al rayar el alba del día siguiente se levantó Corvino, y á pesar de la densa niebla que reinaba se encaminó en derecha al Foro. Encontró á las centinelas avanzadas en sus respectivos puestos, y se apresuró á ir á dar un vistazo al objeto de su especial solicitud. Inútil sería querer describir su sorpresa, asombro y cólera cuando vió la tablilla desocupada con sólo algunos trozos de pergamino al rededor de los clavos, y parado delante de ella, inmóvil como una estatua, al soldado dacio.

El bravo Corvino se habría arrojado á su cuello como un tigre, á no haber visto en los centelleantes ojos del bárbaro algo parecido á la fiera de la hiena, que le convenció con más facilidad que el mejor argumento de que le tenía más cuenta estarse quieto. No pudiendo, sin embargo, reprimir su ira, exclamó encolerizado:

—¿Cómo es que ha desaparecido el edicto? Responde pronto.

—Poco á poco, Herr Kornweiner (1), respondió el imperturbable hijo del Norte; ahí está como lo dejasteis.

—¿En dónde, imbécil? Vén y mira.

El dacio se acercó, miró de hito en hito por primera vez á la tablilla, y dijo despues de contemplarla algunos momentos:

—Pues que, ¿no es esa la tablilla que colgasteis anoche en ese poste?

—La misma, bruto. Pero ¿y el escrito que estaba clava-

(1) El nombre que el centinela da á Corvino es un equívoco, que se podría traducir *granos de vino*: *korn* (granos), *Wein* (vino).

do en ella? Para custodiar el escrito y no la tabla te puse aquí de centinela.

—¡Bah! capitán, yo no soy hombre de letras; además, como ha estado lloviendo toda la noche, quizás lo habrá borrado el agua.

—¡Eso es!... Y como hacía viento, querrás decirme que habrá arrastrado también el pergamino.

—Cabalmente, Herr Kornweiner; así ha debido suceder.

—Basta ya de bromas. ¿Quién ha estado aquí anoche?

—Estuvieron dos.

—¿Dos qué?

—Dos hechiceros, dos duendes, ó dos cosas todavía peores.

—No me vengas con necedades, porque sino...

Los ojos del beodo dacio detuvieron el arranque de Corvino: habían despedido otra mirada centelleante parecida á la primera.

Corvino, más reportado, prosiguió diciendo:

—Corriente, armenio. Pero, ¿no podrás decirme qué gentes eran esas y qué hicieron?

—¿Qué gente, eh? El uno era un mozalvete, un chiquillo alto y delgado, que se arrimó al pilar; y probablemente se llevaría eso que echais de ménos interin yo me las había con el otro.

—Y ¿ese otro, quién era? ¿qué señas tenía?

El soldado abrió la boca y los ojos, miró sin pestañear largo rato á Corvino, y dijo al fin con una especie de solemnidad estúpida:

—¿Qué señas tenía? Ninguna; pero si no era el mismo Thor en persona, jamás he visto cosa más parecida. No es posible un hombre de más fuerzas.

—Pues ¿qué hizo para que tal asegures?

—¡Friolera! Primero se me acercó y empezó á hablarme amistosamente del frío que hacía y de otras cosas por el estilo; pero acordándome entónces de que mi obligación era atravesar al primero que se me acercase...

—Justamente, le interrumpió Corvino. ¿Por qué no lo hiciste?

—Por nada... porque no me lo permitió... Dijele que se fuera si no queria que le atravesara, y retrocediendo enristré la lanza. Mas yo no sé cómo diablos lo hizo, que de la manera más sencilla del mundo me la arrancó de la mano, la partió en dos pedazos contra sus rodillas como si fuese la espada de caña de un muñeco, y tiró el hierro á más de cien pasos de distancia, allí mismo donde le veis ahora.

—Y ¿por qué no te arrojaste sobre él con la espada y le despachaste á cuchilladas? Pero ¡calle! ¿Tienes vacía la vaina? ¿Dónde tienes la espada?

El dacio señaló con el dedo al tejado de la próxima basilica y respondió:

—Allí... ¿No la veis relucir sobre las tejas?

Corvino dirigió la vista á aquel lado y vió en efecto brillar á los rayos del sol naciente una cosa parecida á una espada.

No obstante, resistiéndose á dar crédito á sus ojos, exclamó con ira:

—Y ¿cómo se encuentra tan alta, estúpido miserable?

Al oir el soldado tal apóstrofe se retorció sus largos bigotes y gesticuló de tan expresiva manera, que obligó á Corvino á que repitiese la pregunta con palabras más corteses.

—¿Qué sé yo? respondió entónces el soldado. Él, ó lo que fuese, sin el menor esfuerzo, como por arte de magia, me la arrancó de la mano, y de la suya la pasó al tejado, con la misma facilidad que pudiera yo tirar una caña á veinte pasos. Despues el mozalvete salió de detras del poste, y ambos desaparecieron juntos.

—¿Háse visto cosa más extraña? pensó Corvino. Y sin embargo, todo parece indicar que el bárbaro no miente. Esta fechoría no es de seguro un cualquiera quien la ha llevado á cabo. Mas, dime: ¿por qué no llamaste para que te auxiliaran á las demas guardias?

—En primer lugar, capitán, porque allá en mi país acostumbramos á batirnos con cualquier hombre, pero no corremos nunca detras de fantasmas ni duendes. Y luego ¿para qué, si dejaban allí sana y salva la tablilla cuya custodia me encargasteis?

—Bruto, animal, murmuró entre dientes Corvino. Y en seguida continuó en voz alta: Esta ocurrencia te puede costar bien cara. ¿No conoces que es un delito que tiene pena de muerte?

—¿Cuál?

—Permitir que nadie se aproxime y hable al centinela sin pedirle la consigna.]

—Y ¿quién te dice que no la he pedido? Se la pedí y me la dió.

—¿Te la dió de veras? Entónces no sería cristiano.

—Vino en derechura, y me dijo muy clarito: *Nomen Imperatorum* (1).

—¿Cómo?

—*Nomen Imperatorum*, repitió el bárbaro.

—¡Imbécil! *Numen Imperatorum* era la consigna, gritó enfurecido el desesperado romano.

—*Nomen* ó *Numen*, allá se va todo; no hay mas diferencia que una letra. Vosotros me llamais á mí armenio, y yo me llamo Hermann, y los dos nombres significan sin embargo lo mismo. Yo no estoy obligado á saber las sutilezas de vuestra lengua.

Corvino bramaba de cólera, más irritado consigo mismo que con el dacio, pues conoció que habria conseguido mejor su objeto poniendo de centinela á un soldado pretoriano inteligente y astuto, en lugar de un extranjero imbécil y salvaje.

—Bueno, le dijo al fin, tú darás cuenta al emperador de tu conducta, y ya puedes calcular lo que te espera.

—En cuanto á eso, replicó el soldado, los dos estamos unidos al mismo yugo, capitán (Corvino palideció, pues sabia que era la verdad). Por lo tanto procurad no perderme á mí si quereis salvaros. El emperador os hizo responsable de la tablilla... y...

—Tienes sobrada razon, amigo. Yo diré que he averiguado que un grupo muy considerable de gente armada te atacó y mató en tu puesto. Quédate escondido algunos dias en el

(1) Nombre de los emperadores.

cuartel hasta que se olvide el lance : yo te enviaré allí cerveza en abundancia.

El soldado partió y fué á ocultarse ; pero algunos dias despues apareció en las márgenes del Tiber el cadáver de un soldado dacio con todas las señales de haber sido asesinado. Supúsose que habria caído al rio en alguna riña de borrachos , y no se hizo ningun género de indagaciones. Así habia en efecto sucedido; pero Corvino habria podido explicar el hecho con todos sus pormenores.

Antes empero de alejarse del Foro, el hijo del prefecto registró escrupulosamente el malhadado sitio de la ocurrencia para ver si encontraba algun indicio por donde venir en conocimiento de quiénes eran los autores de aquel atentado, y desgraciadamente junto al pilar donde habia estado expuesto el edicto se encontró una navajita que recordó haberla visto en manos de uno de sus compañeros de escuela. Guárdosela como un medio precioso de futura venganza, y corrió á proporcionarse otra copia del decreto.

## CAPÍTULO XV:

### Explicaciones.

Así que fue de dia acudió la gente en tropel al Foro para leer el tremendo edicto con que se venia por tanto tiempo amenazando ; mas al hallarse con la tablilla desnuda se armó una tumultuosa vocería por la ciudad. Unos se admiraban del valor de los cristianos , á quienes generalmente se tenia por cobardes ; otros se indignaban de tamaña audacia ; quién se reia de los funcionarios que habian entendido en la proclamacion del edicto, y quién se irritaba pensando que se aguaría la fiesta que esperaba.

Desde muy temprano no se hablaba de otra cosa en todos los sitios públicos y paseos : en las grandes *Thermas Anto-*

nianas conversaba sobre lo mismo un grupo de sus concurrentes más madrugadores. Entre ellos se encontraban Scauro el abogado, Próculo, Fulvio y el filósofo Calpurnio, que parecía estar muy ocupado examinando unos libros viejos.

—¿Sabeis, dijo uno, que es singular la desaparición del edicto?

—Mejor diríais, respondió Fulvio, que es un traidor ultraje á los divinos emperadores.

—Pero ¿cómo ha sido? preguntó un tercero.

—¿No habeis oído, dijo Próculo, que han hallado muerto con veinte y siete puñaladas al centinela dacio que custodiaba el Puteal, y que de las veinte y siete puñaladas una sola habría bastado para dejarle muerto en el acto?

—¡Bah! la cosa no ha pasado así, respondió Scauro. Según parece el hecho no es debido á la violencia, sino á la magia. Se acercaron dos mujeres al soldado, y este, que no era manco, arremetiendo á una de ellas con la lanza la pasó de parte á parte sin hierirla, yendo á caer la lanza al otro lado de la mujer, donde se quedó clavada en el suelo. Entonces se arrojó sobre la otra y le dió con la espada infinidad de cuchilladas, que rebotaban en su cuerpo como si dieran en una figura de mármol. Echó ella sobre el soldado un puñado de no sé qué polvos que le hicieron volar por el aire, y esta mañana apareció dormido sin la menor lesión sobre el tejado de la basílica Emiliania. Un amigo mío, que salió esta mañana muy temprano, vió puesta todavía la escalera por donde bajaron al soldado.

—¡Qué suceso tan prodigioso! exclamaron varios. Esos cristianos deben ser hombres extraordinarios.

—Pues yo, observó Próculo, no creo de todo esto una palabra. La magia no tiene tanto poder, y aunque lo tuviese, no sé por qué razón esos miserables habian de poseerla mejor que otros que valen infinitamente más que ellos. Veamos, Calpurnio, continuó, cierra ese librote viejo y respóndeme á lo que voy á preguntarte, pues me acuerdo que, estando un día de sobre mesa, te oí decir respecto de esos cristianos más que en todos los días de mi vida. ¡Qué memoria tan

pasmosa la tuya para tener presente todas las particularidades de la genealogía é historia de ese pueblo bárbaro! Dínos: ¿es ó no posible lo que acaba de contar Scauro?

Calpurnio respondió con su acostumbrada petulancia:

—No hay razon para calificarlo de imposible, porque el poder de la magia es ilimitado. Lo único que se necesita para preparar unos polvos capaces de hacer volar á un hombre por el aire, es tener á la mano ciertas yerbas en las que el aire predominase sobre los tres elementos restantes, tales son, por ejemplo, segun Pitágoras, las legumbres llamadas lentejas reuniéndolas cuando el sol está en Libra (cuyo signo tiene la propiedad de mantener suspendidos en la atmósfera los cuerpos pesados), y en el momento de su conjuncion con Mercurio, que, como sabeis, es un poder alado. Comunicando á dichas yerbas la conveniente energía, mediante ciertas palabras misteriosas pronunciadas por una maga hábil, y reduciéndolas por último á polvo en un mortero hecho de un aerólito, ó sea piedra que haya subido al aire y bajado despues, no cabe duda que se pueden obtener unos polvos que, administrados oportunamente por un hábil mago, tengan la fuerza necesaria para hacer volar á una persona. Es bien sabido de todos que las brujas de Tesalia se trasladan cuando se les antoja de un lugar á otro atravesando las nubes, y claro está que no podrian hacerlo si no contaran con un ensalmo de esa especie. Pero viniendo ahora á los cristianos, recordarás, excelente Próculo, que en la oracion á que me has hecho el honor de aludir, y que pronuncié en la mesa del ya divinizado Fabio, dije, si mal no me acuerdo, que esa secta es originaria de Caldea, país famoso en todos tiempos por sus encantamientos, segun viene confirmado en la historia con multitud de hechos. Un ejemplo de ello hemos tenido aquí en Roma, donde es público que un tal Simon, conocido indistintamente por Simon Pedro ó Simon Mago, llegó á volar remontándose á una grande altura, si bien por habérsele desprendido del cinto el hechizo que le sostenia cayó y se rompió las dos piernas, por cuyo motivo le crucificaron con la cabeza abajo.

—¿Segun eso, preguntó Scauro, todos los cristianos han de ser necesariamente hechiceros?

—Por fuerza; es una supersticion que forma parte de su sistema. Creen que sus sacerdotes se hallan revestidos de un poder extraordinario sobre la naturaleza. Piensan, por ejemplo, que bañando estos en el agua el cuerpo de las gentes adquieren sus almas por este medio dones maravillosos, y una superioridad completa, si son esclavos, sobre sus amos y hasta sobre los divinos emperadores.

—¡Qué horror! exclamaron todos á un tiempo.

—Por otra parte, prosiguió Calpurnio, todos nosotros sabemos el espantoso crimen que cometieron algunos de ellos la noche pasada arrancando un decreto dado nada ménos que por las divinidades imperiales; pues supongamos ahora (lo que no permitan los dioses) que llevasen más allá todavía su traicion, hasta el punto de atentar contra sus sagradas vidas; creen que aun en este caso no tienen mas que ir á uno de esos sacerdotes, confesarle su crimen y pedirle perdon; y si se lo concede se consideran inocentes.

—¡Oh! ¡Eso es horrible! dijeron todos en coro.

—Semejante doctrina, añadió Scauro, es de todo punto incompatible con la seguridad del estado. Porque es cosa que salta á la vista: el hombre que cree puede ser absuelto por otro hombre de toda especie de crimen, no tendrá gran reparo en cometerlos todos.

—Y hé aquí, sin duda, repuso Fulvio, el motivo por qué se ha publicado ese nuevo y terrible edicto contra ellos. Despues de lo dicho por Calpurnio, ninguna disposicion, por severa que sea, podrá extrañarnos contra hombres tan atroces.

Durante esta conversacion se les habia agregado Sebastian; y Fulvio, que le habia estado espiando atentamente, se dirigió á él de pronto, aunque en forma cortesana, y le preguntó:

—¿Qué opinais de esto, Sebastian?

—Opino, respondió tranquilamente el tribuno, que si los cristianos son, como los ha descrito Calpurnio, unos infames



hechiceros, merecen ser exterminados hasta no dejar uno de ellos sobre la haz de la tierra. Mas en este caso , aun les daria yo probabilidades de salvarse.

—¿Cómo? preguntó Fulvio.

—No permitiendo que pudiesen contribuir á destruirlos sino aquellos que pudieran probar que estaban más exentos de crímenes que ellos. No consentiria , por ejemplo, que levantase la mano sobre un cristiano quien no acreditase ántes que jamas habia sido adúltero, ni opresor, ni concusionario, ni borracho, ni mal marido, mal padre ó mal hijo, ni licenciado, ni ladron , ni cualquiera de esas otras muchas cosas de que nadie acusa á los pobres cristianos (1).

Este índice de vicios, y más que todo la mirada indignada aunque serena de Sebastian miéntras iba enumerándolos, produjo una fuerte inmutacion en Fulvio, que se estremeció de piés á cabeza al oir la palabra *ladron*. ¿Le habria visto Sebastian recoger y guardarse el pañuelo de Syra en casa de Fabio? Como un relámpago le asaltó este recelo, y sin detenerse á reflexionar más , la aversion que experimentó hácia el tribuno la primera vez que le conoció , y que al verle la segunda en casa de Ines se habia trasformado en odio, convirtiósese desde aquel punto en una sed rabiosa de venganza , que en un corazon como el suyo sólo se podia apagar con sangre.

En cuanto á Sebastian , salió de allí con el alma acongojada por lo que acababa de oir contra su fe, y para desahogar su pena exclamó conforme iba andando :

—¡Hasta cuándo, Señor! ¿Qué esperanzas podrémos abrigar de que se conviertan muchos á la fe, ya que no todo este vasto imperio, miéntras haya tantos hombres instruidos y honrados que crean á ojos cerrados cuantas calumnias se nos prodigan , acumulando de siglo en siglo todas las fábulas y cuentos que se han inventado contra nosotros, y miéntras se

(1) Puede verse la alocucion de Luciano al juez que condeno á Tolomeo, en la segunda *Apología* de san Justino , y tambien en Ruinart, tomo I, pág. 120.

nieguen á examinar nuestras creencias, porque dan por sentado que son falsas y dignas de desprecio?

Como aunque hablaba consigo mismo lo hacia en voz alta creyendo estar solo, otra voz, muy suave, le respondió á su lado:

—Buen jóven que así hablas, quién quiera que seas, cuyo acento no me es desconocido, acuérdate que el Hijo de Dios dió vista á los ojos ciegos del cuerpo cubriéndolos con una capa de arcilla, con la que en manos del hombre habria cegado el ojo sano. Seamos polvo bajo sus piés, si hemos de llegar á ser los instrumentos de que Él se ha de servir para comunicar la vista á las almas de los hombres: dejemos que nos huellen algun tiempo más, que tal vez de nuestras propias cenizas brotará la chispa que inundará de luz al mundo.

—Gracias, Cecilia, exclamó Sebastian acercándose afectuosamente á la ciega; gracias por tu bondadosa y justa reprension. Pero ¿á dónde vas tan animada, hoy primer día del peligro.

—¡Pues qué! ¿No sabes que he sido nombrada guia del cementerio de Calixto? Voy á tomar posesion de mi cargo, y Dios haga que sea yo la primera flor de esta nueva primavera.

Y dichas esas palabras disponíase Cecilia á seguir su camino, cantando alegremente; mas Sebastian le rogó que se detuviera y le prestase atencion un momento.

## CAPÍTULO XVI.

### El lobo en el aprisco.

Despues de la aventura del edicto pocas horas quedaban de la noche á nuestros animosos mancebos para entregarse al descanso; porque, como cristianos que eran, tenian que levantarse ántes del alba para ir á reunirse en uno de los *titu-*

los, á fin de que terminada la fiesta pudieran dispersarse ántes que fuese día claro. No pudiendo esperarse de todos los fieles que ni siquiera el domingo asistieran con seguridad á los cementerios, que distaban algunas millas de la ciudad (1), se les concedía como un gran privilegio en épocas de tribulacion como aquella que pudiesen guardar en sus casas la sagrada Eucaristía y administrársela por sí mismos por la mañana «ántes de tomar otro alimento», como dice Tertuliano (2).

Considerábanse los fieles, no como corderos inocentes conducidos al matadero, ni como criminales que se preparan para la ejecucion, sino como soldados que se aprestan al combate; y en el altar del Señor, á cuyo banquete asistian, iban á proveerse de sus armas, de su alimento, de su valor y fuerza. Hasta los tibios y medrosos se reanimaban y fortalecian con el pan de vida. En las iglesias, como puede todavía verse en los cementerios, habia sillas para los penitenciaros, ante los cuales se arrodillaba el pecador, se confesaba y recibia la absolucion de sus culpas, acortándose la duracion de la penitencia cuando, como en aquellos momentos se encontraba la cristiandad en peligro inminente. Toda aquella noche la habia invertido el celoso clero en preparar á sus feligreses para la Comunión pública, que debia ser para no pocos de ellos la última en la tierra.

No necesitamos recordar al lector que el oficio que á la sazón se celebraba era en su esencia como en casi todos sus pormenores el mismo á que asistimos hoy diariamente. No sólo era considerado entónces al par que ahora como el sacrificio del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo; no solo se efectuaban la oblacion, consagracion y comunión del mismo modo, sino que las más de las oraciones son idénticas; así es que el católico que las oye hoy

(1) El cementerio llamado *ad sextum Philippt* se hallaba situado, segun se presume, á seis millas de Roma; otros distaban sólo tres millas del centro de la ciudad.

(2) *Ad Uxorem*, lib. II, cap. 5.

dia recitar, y con mayor motivo el sacerdote, que las recita en la misma lengua que hablaba la Iglesia romana de las catacumbas, pueden creerse en comunión activa y real con los mártires que celebraban y asistían á los divinos misterios.

En la función especial que estamos historiando, al llegar el momento de darse el ósculo de paz los fieles, verdadero abrazo fraternal, oyéronse por todas partes llantos y sollozos, presintiendo todos que aquel abrazo sería para muchos el último á Dios. Más de un hijo permanecía abrazado al cuello de su padre, no sabiendo si en aquel día los separaría la muerte y no volverían á verse hasta que reunidos en el cielo agitasen juntos sus palmas victoriosas. Y las madres ¡cuán-  
as estrechaban á sus hijas contra el seno, henchido de un afecto avivado por el temor de pronta separación! Tras esto vino la Comunión, que fue administrada con más solemnidad y recibida con más recogimiento y devoción que nunca. *Este es el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo*, iba diciendo el sacerdote á cada uno de los fieles presentándole el divino manjar. *Amén*, respondía cada cual con una emoción que patentizaba su amor y fe, al propio tiempo que extendiendo en sus manos un *orarium*, ó sea un paño de blanco y fino lienzo, recibía en él una porción del pan de vida, que pudiese bastarle hasta tanto que se celebrase la próxima venidera fiesta; y después de doblar cuidadosa y devotamente este *orarium*, envuelto en otro más precioso paño ó metido en una cajita de oro, se lo guardaba debajo de la ropa sobre el pecho (1). Entónces fue cuando sintió la pobre Syra por primera vez la pérdida de su rico pañuelo bor-

(1) Cuando se exploró el cementerio del Vaticano encontráronse en unos sepulcros dos pequeños vasos de oro, de forma cuadrada, con un anillo en la tapa. Bottari en su *Roma subterránea* opina que estos antiquísimos vasos sagrados estaban destinados á llevar la sagrada Eucaristía colgados al cuello (tom. I, fig. 41); y Pellicia en su *Christianæ Eccle. Politia* corrobora la mencionada opinión con diversos argumentos (tom. III, pág. 20).

dado, que mucho ántes lo habria dado de limosna á no reservarlo para ocasiones como aquella.

Antes de que se esparciese por Roma la noticia de lo ocurrido con el edicto se habian disuelto ya las varias congregaciones de las iglesias para volverse á reunir en los templos de los cementerios. Las frecuentes entrevistas de Torcuato con sus dos confederados gentiles en los baños de Caracalla habian llamado muy particularmente, segun dejamos dicho, la atencion del *capsario* y su esposa Victoria, que espiándolos incesantemente habian oido su plan de invadir el cementerio de Calixto el dia siguiente á la publicacion del decreto. Considerándose ya seguros los cristianos, al ménos por todo aquel dia, con la desaparicion del edicto, aprovecharon esta circunstancia para inaugurar con solemnes oficios las iglesias de las catacumbas, que por haber estado desiertas por espacio de muchos años acababan de ser reparadas y arregladas por los *fossores*, y provistas de todo lo necesario para el culto divino.

Corvino, empero, luego que se repuso de su primer asombro y se proporcionó lo más pronto posible otra copia del edicto, que hizo fijar en el sitio oportuno, principió á comprender mejor las consecuencias probables y funestas de la cólera de su divino emperador; porque, segun le habia dicho con sobrada razon el dacio, la responsabilidad inmediata de lo sucedido era exclusivamente suya y no de ningun otro. Greyó por lo tanto que ántes de exponerse al ceño del tirano debia apresurarse á borrar con algun hecho notable la falta en que habia incurrido, y á este fin resolvió anticipar su proyectada empresa, dando en aquel mismo dia el ataque que contra el cementerio tenia dispuesto para el siguiente.

Encaminóse, pues, sin pérdida de tiempo á los baños, en donde encontró ya á Fulvio, que sospechoso de la fidelidad de Torcuato le tenia allí sin perderle de vista un sólo instante, aguardando la llegada de Corvino para concertar entre los tres su plan, como en efecto lo verificaron. Acordóse que Corvino, guiado por el apóstata, que asintió mal de su grado, penetraria al frente de una compañía de soldados escogi-

dos en el cementerio de Calixto, y perseguiría y arrancaría de él al clero y á los cristianos de más nota. Fulvio entre tanto debía estar afuera con otra compañía para interceptar el paso á los fugitivos y apoderarse de los más importantes, y con especialidad del Pontífice y de los individuos del clero superior, á quienes podia fácilmente reconocer por haberlos visto en la ordenacion de diciembre. Este era el papel que en la ejecucion del plan se habia reservado el astuto asiático, el cual muy satisfecho decia para sus adentros: «Hagan los muy bobos las veces del huron en la madriguera, que yo seré el cazador que esté á las bocas y me apoderaré de las piezas que vayan saliendo.»

Pendiente siempre Victoria de los tres cómplices, les habia oído ya bastante para desear oírlo todo; hizo la ocupada aparentando no escuchar ni entender nada, y siguió barriendo y limpiando la apartada estancia á donde se habian retirado para confabularse. Aterrada ya con lo que habia oído, refiriósele todo inmediatamente á su esposo Cucumio, el cual á fuerza de discurrir dió con un medio muy adecuado para informar á sus hermanos cristianos del riesgo que corrían.

Sebastian, no pudiendo permanecer mucho tiempo fuera de palacio, á donde le llamaban sus deberes, despues de asistir al servicio divino habia salido ántes de que este concluyese, y siguiendo la costumbre casi general se dirigió á los baños con la doble idea de vigorizar sus miembros con aquel saludable refrigerio y de alejar de sí las sospechas que pudiera despertar su ausencia de la corte aquella mañana. Mientras se estaba bañando escribió el anciano *capsario* en una tira de pergamino cuanto habia oído su esposa acerca de la invasion inmediata del cementerio y del arresto del sumo Pontífice, y prendió el pergamino con un alfiler en lo interior de la túnica de Sebastian, de la cual estaba encargado como guardaropa que era del establecimiento, inventando esto por no atreverse á hablar al tribuno en presencia de los demas concurrentes.

Cuando salió del baño pasó Sebastian á la sala en donde se discutía con animación el suceso de la mañana, y en donde Fulvio estaba aguardando que viniese Corvino á noticiarle que todo lo tenía ya dispuesto. Alejándose disgustado por las imposturas y necedades que acababa de oír, y apenas había dado algunos pasos sintió que le pinchaba algo en el pecho: examinó su ropa y pronto dieron sus dedos con el pergamino. Su contenido se distinguía por el mismo elegante latín del epitafio de Cucumio que ya conocemos; mas Sebastian lo entendió bastante para persuadirse de la necesidad de retroceder hacia la vía Appia en vez de continuar en dirección al Palatino, y transmitir cuanto antes el importante aviso á los cristianos reunidos en el cementerio.

Habiendo hallado, sin embargo, en la pobre ciega un mensajero más ágil y aun más seguro que él mismo, porque no llamaría tanto como él la atención, la detuvo, sacó el escrito, le añadió algunas palabras con la pluma y tinta que llevaba siempre consigo, y se lo entregó encargándole que lo llevase á su destino todo lo más de prisa que pudiera. Pero no bien había dejado los baños cuando Fulvio recibió la noticia de que Corvino y su tropa, atravesando apresuradamente los campos para evitar toda sospecha, se dirigían al lugar designado. Montó Fulvio inmediatamente á caballo y tomó el camino real á la sazón que el soldado cristiano estaba dando en un apartado sendero sus instrucciones á la ciegucecita.

El lector no habrá olvidado que cuando Diógenes, sus hijos, Pancracio y sus amigos estuvieron recorriendo las catacumbas, se detuvieron á poca distancia de la iglesia subterránea por no haber querido Severo que Torcuato tomase conocimiento del camino. En aquella iglesia era donde á la sazón se hallaba reunida con su pastor al frente la congregación cristiana, y estaba construida bajo el plan común á todas las excavaciones de su género, pues que hablando con propiedad no podríamos llamarlas edificios.

Figúrese el lector dos de las *cubiculas*, aposentos ó salas ya descritas en otro capítulo, situadas una á cada lado de un

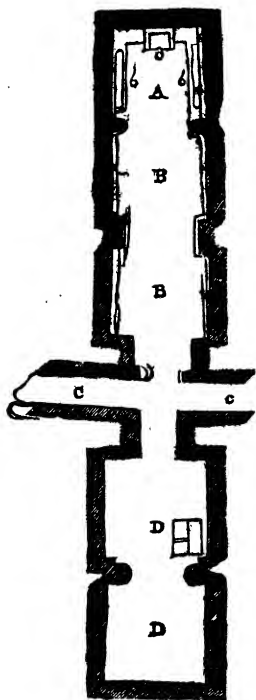
corredor ó galería, de modo que sus puertas, ó mejor dicho sus anchas entradas, estaban una enfrente de otra. En el fondo de una de ellas habia un *arcosolium* ó sea altar levantado sobre un sepulcro. Lo probable es que en esta *cubicula* ó primera division se reuniesen los hombres bajo la custodia de los *ostiarii* (1), y en la otra las mujeres á cargo de las diaconisas. La separacion de los dos sexos era en la Iglesia primitiva un punto de disciplina que se observaba estricta y rigurosamente.

Estas iglesias subterráneas no carecian algunas de adornos arquitectónicos. Las paredes, especialmente á las inmediaciones del altar, estaban revocadas con yeso y pintadas, y las diversas divisiones de que se componian las formaban medias columnas de estructura graciosa abiertas en la piedra calcárea, las cuales adornaban tambien las entradas. En una basílica del cementerio de Calixto, que es la de mayores dimensiones descubierta hasta el dia, hay un aposento sin altar que se comunica con la iglesia por medio de una abertura en forma de embudo, la cual atraviesa la pared de barro, que tiene allí unos doce piés de espesor, y va á parar en direccion oblicua al aposento, que por estar á un nivel mucho más bajo que el de la iglesia, queda la abertura á unos cinco ó seis piés del piso; y de este modo las personas reunidas en esta pieza oian cuanto en la iglesia se hablaba sin que pudiesen ver nada de lo que en ella se hacia. Supónese fundadamente que este seria el lugar reservado para los penitentes públicos llamados *audientes* (oyentes ó que escuchan), ó para los catecúmenos no preparados aun suficientemente para recibir el bautismo.

La basílica en donde se hallaban congregados los cristianos cuando Sebastian les envió el aviso era parecida á otra subterránea descubierta en el cementerio de Santa Ines y cuyo plano puede verse al márgen de la página siguiente.

(1) Ostiarios ó porteros, funciones desempeñadas por un órden inferior en la Iglesia.





- A.** Coro ó santuario con silla episcopal (a) y escaños para el clero (bb).
- B.** División ó departamento para los hombres, separado del coro ó santuario por dos pilares que sostienen un arco.
- C.** Corredor ó galería de la catacumba que da entrada á la iglesia.
- D.** División para las mujeres. Hay un sepulcro en ella. Cada división está subdividida por medias columnas que sobresalen de la pared.

Cada una de las dos divisiones era doble, es decir, que se componian de dos espaciosos aposentos ligeramente separados por medias columnas en la division que podemos llamar iglesia de las mujeres, y por columnas de cuatro ángulos ó pilastras la de los hombres. En una de estas pilastras se ve un pequeño nicho destinado á contener una imágen ó lámpara. Pero lo más notable de esta basilica es la prolongacion de uno de los aposentos para proporcionar espacio á una especie de coro ó presbiterio, cuya prolongacion tiene exactamente de longitud la mitad de cada una de las otras divisiones de las cuales está separada por dos columnas pegadas á la pared, distinguiéndose ademas por la elevacion de la bóveda que la cubre, que es mucho menor como sucede en los templos modernos. Cada separacion de las dos divisiones de la iglesia presenta en la pared un alto sepulcro bajo un arco grande, y encima de este cuatro ó cinco hileras de nichos, al paso que la elevacion del techo del presbiterio ó coro apenas excede á la de esos arcosolios ó sepulcros-altares. En el centro del fondo del presbiterio hay una silla con respaldo y brazos trabajada en la misma piedra sólida del muro, y

de cuyos lados arranca un poyo tambien de piedra , que se extiende á derecha é izquierda á lo largo de la pared hasta la entrada del santuario mismo. Como la mesa del arcosolio situada detras de la silla está más elevada que el respaldo de esta , que no se puede mover, es de presumir que no se celebrarían sobre este altar los divinos misterios , é indispensablemente colocarian delante del trono un altar portátil y aislado en medio del santuario. Este altar, segun la tradicion, no podia ser otro que el altar de madera de san Pedro.

Tenemos , pues , aquí la exacta disposicion de las iglesias fundadas despues de la paz , y que todavía se observa en todas las basílicas antiguas de Roma : la silla episcopal en el centro del ábside, el presbiterio ó asientos para el clero á derecha é izquierda , y el altar entre el trono y los fieles. Por manera que los primitivos cristianos establecieron en sus excavaciones subterráneas las reglas que en lo sucesivo habian de regir como principios para la arquitectura eclesiástica.

Suponemos que en una basílica como esta se hallaban reunidos los cristianos cuando llegaron Corvino y sus satélites á la entrada del cementerio. Guiados por Torcuato habian tomado el camino que este conocia , el cual , partiendo de un edificio ruinoso, medio oculto por montones de haces de leña , conducia por pendientes gradas al interior de la catacumba. Hallando despejado el campo, los invasores concertaron sobre la marcha sus movimientos. Fulvio al frente de diez ó doce hombres se quedó guardando la entrada para apoderarse de los que intentasen entrar ó salir : Corvino y Torcuato seguidos de ocho soldados se dispusieron á bajar la escalera.

—No es gran cosa lo que me agrada esta expedicion subterránea, dijo un viejo legionario de barba cana. Soy soldado y no cazador de ratones. Que me pongan el enemigo donde uno y otro veamos claro, y pelearé con él mano á mano y cuerpo á cuerpo ; pero ser ahogado por el humo ó envenenado como un animalucho en un albañal , francamente, maldito lo que me gusta.

Este discurso fue bien recibido por los soldados, uno de los cuales añadió:

—También podría ser que hubiera agazapados por ahí centenares de cristianos, mientras que nosotros no sobramos muchos de media docena.

—Por otra parte, dijo un tercero, á nosotros no nos pagan para esta clase de servicio.

—A mí no es que me intimide el valor de los cristianos, repuso otro; de eso me río yo; lo que temo únicamente son sus hechizos.

Fue menester que Fulvio desplegara toda su elocuencia para inspirarles resolución y ánimo. Les aseguró que nada habría que temer; que los cristianos huirían cobardemente como liebres, y que en sus iglesias encontrarían más plata y oro que el que recibían por la paga de un año. Alentados por la codicia fueron bajando encorvados y á tientas hasta el fin de la escalera, desde donde distinguieron á lo lejos lámparas que difundían su opaca luz por los oscuros y largos corredores.

—¡Silencio! dijo un soldado. Escuchad; se oye una voz.

Y en efecto, llegábanles de lejos acentos medio apagados por la distancia, pero que procedían de una voz fresca y juvenil, á que seguramente no hacía temblar el miedo, y tan clara que no perdieron los soldados una sola palabra cuando entonó los siguientes versos:

*Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo?*

*Dominus protector vitæ meæ, à quo trepidabo? (1)*

Y en seguida resonó un coro de voces, semejantes al ruido que forman las aguas de una cascada, que cantaba:

*Dum appropriant super me nocentes, ut edant carnes meas:*

(1) «El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿á quién temeré?»

«El Señor es protector de mi vida, ¿de quién temblaré?» *Salmo XXVI, v. 1.*

*Qui tribulant me inimici mei , ipsi infirmati sunt, et ceciderunt* (1).

Apoderóse de los agresores un sentimiento de rabia mezclado de vergüenza al oír estas palabras de tranquila confianza y desprecio á los peligros. La voz primera volvió á cantar sola , pero con más sordo acento :

*Si consistant adversum me castra , non timebit cor meum* (2).

—Conozco esa voz , dijo Corvino. ¡ Oh ! entre mil la reconocería : es la de mi odiado enemigo, el causante de todos los disgustos de anoche y de las fatigas de esta mañana : sí, es la voz de Pancracio, el que ha arrancado el edicto. ¡ Adelante, compañeros , adelante, y cuente con muy buena recompensa quien me lo entregue vivo ó muerto !

—Detengámonos un momento, dijo uno de ellos, y encendamos las teas.

—¡ Chist ! dijo otro mientras las encendían. ¿ No oís un ruido extraño á lo lejos , como si cavasen la tierra y diesen martillazos ? Hace ya rato que lo estoy oyendo.

—Mirad , añadió otro ; las luces que se divisaban á gran distancia han desaparecido ; la música ha cesado : indudablemente nos han oído.

—Nada temais , dijo Torcuato aparentando un valor que ni con mucho tenía. Ese ruido lo producen Diógenes y los dos topos de sus hijos , que están cavando las sepulturas para los cristianos que nosotros cogerémos.

Torcuato había prevenido en vano á los soldados que no llevasen teas , sino que se proveyesen de linternas como la que usaba Diógenes y lleva en la viñeta que le representa, ó al menos de cerillas como las que él traía para su uso ; mas los soldados juraron que no bajarían sino con tantas luces

(1) «Mientras que se llegan á mí los dañadores , para comer mis carnes :

«Los enemigos míos que me atribulan, ellos mismos fueron debilitados, y cayeron.» *Salmo XXVI, v. 2.*

(2) «Si se asentaren campamentos contra mí, no temerá mi corazón.» *Ibid., v. 3.*

que no pudiera apagarlas una corriente de aire, ni aun cuando se las dejase caer un golpe en el brazo. Resultó, pues, lo que era de esperar. A medida que se fueron internando silenciosa y cautelosamente por la baja y angosta galería, las resinosas teas crujían y chisporroteaban despidiendo grandes llamaradas que les daban demasiado calor y les impedían distinguir el camino, mientras que un humo denso, después de haber dado en el techo, bajaba sobre ellos y casi los ahogaba, envolviéndolos en una espesa atmósfera que ofuscaba el resplandor de las luces. Torcuato marchaba al frente de la tropa contando todas las encrucijadas que hallaba á derecha é izquierda, según lo ejecutó en su primera visita. Observó con extrañeza que estaban borradas todas las señales puestas por él, mas no por eso concibió el recelo de no encontrar la iglesia. ¡Imagínese cuál no sería su desmayo y asombro cuando, después de haber contado poco más de la mitad de las esquinas, cuyo número sabía con exactitud, se encontró el camino completamente cerrado!

Ojos más perspicaces de lo que se figuraba le habían espiado desde que penetraron sus pérfidos designios. Severo, que resuelto á no dejarse sorprender, no descuidaba un solo instante el vigilarle, se hallaba cerca de la entrada baja del cementerio cuando Corvino y sus soldados llegaron á la de arriba, y corrió al momento al lugar donde tenía amontonada la arena para cerrar la galería, y en donde su hermano y otros intrépidos trabajadores estaban ya apostados por si sobrevenía algun peligro. Inmediatamente, con aquel silencio y rapidez á que tan acostumbrados estaban, empezaron á acumular con palas la arena á los lados y en medio del bajo y estrecho corredor, y con los picos arrancaron de la parte del techo que tenían á la espalda grandes pedazos de piedra con que acabaron de tapiar el camino.

Detrás de aquella barrera se quedaron, pudiendo apenas contener la risa al oír los dichos que se ocurrían de la otra parte á sus perseguidores. El ruido que habían oído ántes los soldados, la desaparición de las lejanas luces

y el silencio que sucedió á los cánticos , no reconocian otra causa que la construccion de esta improvisada muralla , que los habia comunicado con la mayor parte del cementerio.

La nutrida descarga de juramentos, maldiciones y amenazas que le dispararon los soldados, calificándole de traidor y bruto, no aminoró por cierto la perplejidad de Torcuato.

—Esperad un poco, les decia , que quizas habré errado la cuenta. Conozco perfectamente el corredor por donde debemos torcer, porque á los pocos pasos de su entrada hay un sepulcro muy notable : veré si doy con él examinando uno ó dos de los últimos corredores.

Y dicho esto, retrocedió algunos pasos, dobló por la primera galería de la izquierda y desapareció completamente.

Los soldados, que le habian acompañado hasta la entrada misma del corredor, se quedaron sin poderse dar cuenta de la desaparicion instantánea del mancebo y de la luz que llevaba en la mano : habia tenido lugar como por encanto, y no hallaron dificultad en creerlo así.

—No daremos un paso adelante, exclamaron. Torcuato es un traidor ó un imbécil , ó de lo contrario se lo han llevado las brujas.

Rendidos de cansancio, abrasados de calor en aquella atmósfera caldeada por las llamas de las teas, trastornados por el mal olor que estas despedian, tiznados, cegados y ahogados casi por el humo , emprendieron la rétirada desanimados y abatidos ; y como sabian que el camino continuaba recto hasta la entrada del cementerio, iban arrojando á las galerías laterales las encendidas teas para quitarse el estorbo de encima. Al volver atras la vista parecióles que una iluminacion triunfal alumbraba las avenidas de aquellos sombríos corredores. De las bocas de los diversos subterráneos salian reflejos de vivo resplandor, y el humo condensado y suspendido en la parte superior flotaba en nubes de ámbar á lo largo de la galería. Los sepulcros tapiados, al recibir estos insólitos reflejos sobre sus amarillas tejas ó sus losas de mármol , relucian como láminas de plata ú oro engastadas en el adamascado carmesí de las paredes. Hubiérase creído que

todo aquello era un homenaje tributado á los mártires por las furias del paganismo el primer día de la persecucion: las teas encendidas para destruir á los fieles sólo servian para hacer resplandecer aquellos monumentos, que eran un testimonio de esa virtud de abnegacion y holocausto por la fe que ha salvado constantemente al cristianismo.

Antes empero que aquellos burlados canes llegasen cabizbajos á la salida del cementerio se detuvieron sorprendidos á la vista de una extraña aparicion. Imagináronse al principio divisar á lo léjos una vislumbre de la luz del día, mas pronto advirtieron que era el resplandor de una lámpara sostenida en alto con mano firme por una figura en pié é inmóvil, que recibia parte de la luz sobre sí misma. Vestida de negro asemejábase á una de esas estatuas de bronce, que tienen la cabeza y las extremidades de mármol blanco, y se parecen tanto á personas vivas que se atemoriza uno al verlas por primera vez.

—¿Qué será esto? se preguntaban los soldados.

—Una hechicera, respondió uno.

—El *genius loci* (1), dijo otro.

—Un duende, observó un tercero.

Y cuando calladamente se acercaban paso á paso á la figura echaron de ver que no se movia y que en sus ojos no habia expresion ni mirada. Dos soldados al fin llegaron bastante cerca para asirla de los brazos.

—¿Quién eres? le preguntó Corvino furioso.

—Una cristiana, respondió Cecilia con la afable mansedumbre que la caracterizaba.

—Traédla, les dijo Corvino; habrá al ménos quien nos pague el chasco que hemos llevado.

(1) Genio custodio del hogar

## CAPÍTULO XVII.

**La primera flor segada.**

Prevenida ya Cecilia habia llegado al cementerio por diferente entrada que los soldados, si bien no distante de ella. Desde los primeros pasos que descendió empezó á percibir el olor penetrante y desagradable de las teas, y dijo para sí:

—Este no es el olor de nuestro incienso; ya está el enemigo dentro de casa.

Dióse prisa para llegar al punto en donde estaban reunidos los fieles y les entregó el aviso de Sebastian, participándoles además lo que ella habia observado. Aconsejábales el tribuno que se dispersasen al momento y se refugiasen en las galerías interiores más profundas, y suplicaba al sumo Pontífice que no se moviese de allí hasta que él mismo fuése á buscarle, porque el objeto que principalmente se proponían sus perseguidores era apoderarse de su persona.

Pancracio instó á la ciega mensajera para que se pusiese á salvo como los demás; pero se negó diciendo que su obligación era estar de guardia en la entrada para servir de guía á los fieles.

—Y ¿si los enemigos se apoderan de ti? le preguntó Pancracio.

—No importa, respondió sonriéndose; tal vez apoderándose de mí se salvarán otras vidas más preciosas que la mía. Dadme una lámpara.

—¿Para qué? observó el mancebo. ¿De qué te servirá si no puedes ver con ella?

—A mí de nada, es cierto; pero alumbrará á otros.

—Y ¿no pudiera suceder que alumbrase á nuestros enemigos?

—Aunque así fuese, replicó la ciega, dadme la lámpara. No quisiera que se apoderasen de mí en la oscuridad. Demas



de esto, si mi Desposado viniera á verme en la noche oscura de este cementerio, ¿no seria bueno que encontrase la lámpara dispuesta?

Partió sin más demora, y así que llegó á su puesto, como no oyese mas ruido que el apenas perceptible de unas pisadas lentas, pensó que serian las de algunos cofrades y alzó la lámpara sobre su cabeza para guiarlos. Los soldados la prendieron entónces.

Al verlos Fulvio salir con la cautiva por toda presa se enfureció mucho más que si nada hubiesen encontrado, pareciéndole, no ya una derrota, sino una verdadera ridiculez el haber penetrado en las entrañas de la tierra para sacar despues un pobre raton. Insultó y se mofó de Corvino, que le oia pateando y arrojando de rabia espuma por la boca; y cuando ya no tuvo más que decirle, echó de ménos á Torcuato y le preguntó por su paradero. Con tal motivo fue menester que los soldados volviesen á sus comentarios acerca de la desaparicion repentina del traidor, oyendo de su boca Fulvio cosas tan estupendas como las que se habian contado de la aventura del centinela dacio. El lance, sin embargo, le causó profundo disgusto, porque no abrigaba la menor duda de que habia sido engañado por su supuesta víctima, la cual habria fingido perderse en los impenetrables escondrijos del cementerio. Como de haber sucedido así era probable que lo supiese la cautiva, se decidió á interrogarla, y le dijo con semblante aterrador y duro acento:

—Mírame, muchacha, y díme la verdad de todo.

—Os diré la verdad, pero sin miraros, señor, porque soy ciega, contestó Cecilia con su sonrisa y amabilidad habituales.

—¡Ciega! exclamaron todos á la vez rodeándola para verla.

Pero en el rostro de Fulvio la impresion que se pintó fue tan ligera como la ondulacion que produce la brisa al deslizarse sobre las doradas mieses. Tenia delante de sí un indicio; veia en sus manos una clave con que descifrar el enigma, y eso bastaba.

—Seria harto ridículo, dijo, que veinte soldados nada menos atravesasen la ciudad escoltando á una pobre ciega. Volveos al cuartel, que ya veré de recompensaros generosamente. Tú, Corvino, monta en mi caballo y vé á referírselo todo á tu padre : yo te seguiré con la prisionera en un carruaje.

—Cuidado, Fulvio, con una traicion, dijo Corvino humillado y colérico. Es preciso que la lleves, porque el dia no puede concluir sin un sacrificio.

—No temas, fue la contestacion que con marcado desden le dió Fulvio.

Quedóse este despues reflexionando si le convendria, ya que habia perdido un espía, proporcionarse otro; pero la plácida mansedumbre de la pobre mendiga le tenia más perplejo que el jactancioso celo del jugador Torcuato, y aquellos ojos faltos de luz le herian más que las miradas incesantemente inquietas del beodo. Sin embargo, creyó que podia persistir en su primer designio, y luego que estuvo solo con ella en el coche, le habló así en tono afectuoso, sabiendo que no habia oido su diálogo con Corvino :

—¡Pobre niña! ¿Cuánto tiempo há que eres ciega?

—Desde que nací, respondió Cecilia.

—¿Cuál es tu historia? ¿De dónde eres?

—Yo no tengo historia. Mis padres, que eran pobres, me trajeron á Roma cuando tenia cuatro años porque venian á cumplir un voto que habian hecho para obtener por la intercesion de los santos mártires Crisanto y Daria mi restablecimiento de una grave enfermedad que me afligia. Miéntas iban á hacer sus oraciones dejáronme á cargo de una piadosa anciana coja que estaba á la puerta del *título* de Fasciola. Como esto fue en aquel dia memorable en que tantos cristianos quedaron sepultados vivos debajo de la tierra y de las piedras que les arrojaron, mi padre y mi madre tuvieron la dicha de contarse en aquel número.

—Y ¿cómo te has sostenido desde entónces?

—Dios ha sido mi padre, y su Iglesia católica mi madre. Él alimenta á los pájaros del aire; Ella cuida de las ovejas débiles de su rebaño. Nada me ha faltado desde entónces.

—Pero tú andas libremente y sin temor por las calles , lo mismo que si vieras.

—¿Cómo sabeis eso?

—Porque recuerdo que en una mañana del pasado otoño te he visto guiando á un viejo cojo por el *Vicus Patricius*.

Ruborizóse la muchacha y guardó silencio, meditando en su interior si la habria visto aquel hombre echar en la bolsa del anciano mendigo la parte que de la limosna repartida le habia tocado á ella.

—¿Con que tú misma confiesas que eres cristiana?

—¡ Oh ! ciertamente. ¿Cómo podria negarlo?

—Y entónces ¿la reunion de aquella mañana seria una reunion de cristianos?

—Claro está. ¿Podia ser otra cosa?

Fulvio no necesitaba saber más : sus sospechas eran bien fundadas. Ines, de quien Torcuato no habia podido ó querido adquirir informes, era indudablemente cristiana. Su resolucion estaba ya tomada: ó Ines cederia, ó él quedaria vengado.

Al cabo de un rato, y mirándola sin pestañear, preguntó á la ciega :

—¿Sabes á dónde te llevo?

—Supongo, respondió ella , que ante el juez de la tierra, que me enviará á mi Esposo, que está en los cielos.

—Y ¿vas con esa calma? preguntó pasmado de ver la inalterable tranquilidad de su víctima.

—Decid más bien con esta alegría, replicó la ciega.

Averiguado ya cuanto deseaba Fulvio entregó su prisionera á Corvino á la puerta de la basilica Emiliana, y la dejó abandonada á su suerte. El dia estaba muy frio y lluvioso; de modo que el mal tiempo y el incidente de la noche habian templado el entusiasmo de los perseguidores : el prefecto habia tenido á causa de la intemperie que trasladar su tribunal á una sala interior donde no cabia gran número de espectadores, y como ademas hubiesen trascurrido ya muchas horas sin hacerse una prision ó saber una noticia, muchos curiosos se habian retirado y sólo quedaban unos cuantos de los más perseverantes á la hora en que era costumbre

pasearse por los jardines. Mas ántes de que llegase la cautiva entró en el tribunal una multitud de espectadores, los cuales se situaron de pié cerca de una de las puertas laterales, desde donde podian enterarse perfectamente de todo.

Como Tértulo se hallaba impuesto de antemano por su hijo Corvino, movido á compasion y figurándose que seria poco difícil de vencer la obstinacion de una infeliz mendiga, ciega é ignorante, amenazó con un severo castigo á los concurrentes que no guardasen un perfecto silencio, para que creyéndose ella á solas con él le hiciesen más efecto sus persuasiones.

Sucedió lo que el prefecto habia calculado, pues Cecilia ignoraba que hubiese allí nadie más que él, cuando este le habló con acento dulce y benévolo diciéndole :

—¿Cuál es tu nombre, hija mia ?

—Cecilia (1).

—Llevas un nombre ilustre. ¿Le tienes por tu familia ?

—No, yo no soy noble, á no ser porque mis padres, aunque pobres, tuvieron la dicha de ennoblecerse muriendo por Cristo. Como soy ciega, los que se hicieron cargo de mí me llamaban *Cæca* (2), y poco á poco por cariño y bondad han ido convirtiendo ese apodo en el nombre de Cecilia (3).

—¡Vamos ! ¡Supongo que ahora te prestarás á renunciar á todas las locuras de esos cristianos, que te han dejado vivir miserable y ciega, y acatarás los decretos de los divinos emperadores, ofreciendo sacrificios á los dioses; pues de hacerlo así tendrás ricos vestidos y exquisita mesa, y los más afamados médicos probarán de volverte la vista.

—Ved, señor, si teneis otras razones más poderosas para persuadirme, pues las cosas que tratais de quitarme son precisamente las que doy gracias á Dios y á su divino Hijo de poseer.

—¿Qué quieres decir con eso ?

(1) *Cæcilia*.

(2) *Ciega*.

(3) *Cieguecita*.

—Que doy gracias á Dios de ser pobre, de vestir miserablemente y de no comer manjares delicados, porque así me asemejo más á Jesucristo, mi único Esposo.

—¡Qué insensata! exclamó el juez empezando á impacientarse. ¿Ya te han llenado la cabeza de todas esas absurdas necedades? ¿Serías capaz de dar tambien gracias á Dios porque te ha privado de la vista?

—Por eso más que por ninguna otra cosa le doy gracias de todo corazon todos los dias y á todas horas.

—¡Cómo! ¿Imaginas acaso que es un don precioso de Dios no haber visto nunca un rostro humano, ni el sol, ni la tierra? ¡Qué extraña obcecacion!

—No lo es, señor, porque en medio de lo que llamais oscuridad diviso yo un objeto basado en lo que puedo llamar luz, por el inmenso contraste que le distingue de todo lo que le rodea. Ese objeto es para mí lo que para vosotros el sol, del cual sé que se mueve porque así me lo indica la varia direccion de sus rayos. Y ese objeto se me presenta bajo un aspecto de singular belleza que constantemente me sonrie. Sé que este aspecto es el de Aquel á quien amo con exclusivo amor; y no quisiera por todo lo del mundo ver ofuscado su esplendor por el del sol más luminoso, ni confundida su admirable belleza con las facciones de otros seres, ni que mis miradas se desviasen un momento de El por vision alguna terrestre. Le amo demasiado para desear mirar á otro que á Él.

—¡Basta ya de necedades y de insulsa charla! exclamó el prefecto. Obedece de una vez los mandatos del emperador, ó me obligarás á que pruebe el efecto que produce en tí un poco de dolor. Eso te amansará muy pronto.

—¡Dolor! repitió inocentemente la candorosa víctima.

—Sí, dolor. ¿No lo has experimentado nunca? ¿Nadie te ha hecho daño hasta ahora?

—¡Oh! no. Los cristianos jamas se hacen daño unos á otros.

El potro estaba, como de costumbre, delante del juez, el cual ordenó á Catulo por medio de una señal que exten-

diese sobre él á Cecilia. Cogióla el verdugo por los brazos y empujándola hácia atras sin que la jóven opusiese resistencia alguna la tendió fácilmente sobre el duro leño. Rodeó en seguida á las gargantas de sus piés y de sus muñecas los cordeles, que estaban siempre preparados con nudos corredizos, las ató fuertemente, y luego le estiró los brazos sobre la cabeza. Entre tanto la pobre ciega no veía quién ejecutaba todo esto, y creía que era la misma persona que le hablaba. El silencio que reinara hasta allí se hizo más profundo y solemne desde aquel instante, pues los espectadores, no ya solo callaban, sino que sobrecogidos de horror ni á respirar se atrevían. Los labios de Cecilia se agitaban de prisa y calladamente movidos por una fervorosa plegaria.

—Por última vez, ántes de pasar más adelante, te mando que sacrifiques á los dioses para sustraerte á mayores tormentos, dijo el juez en tono cada vez más severo.

—Ni los tormentos, ni la muerte, repuso con entereza la víctima atada al altar, me separarán del amor á Jesucristo. Sólo á Dios vivo ofreceré sacrificio, y la ofrenda será yo misma.

A otra señal del prefecto el verdugo dió una vuelta rápida á la rueda del potro y arrastró hácia sí las cuerdas, con lo cual quedaron tan estirados los miembros de la doncella, que si no los descoyuntó, como hubiera indudablemente sucedido á la segunda vuelta, le ocasionó agudísimos dolores en todo el cuerpo. Eran aquellos dolores tanto más intensos cuanto que Cecilia no habia visto prepararlos é ignoraba la causa que los producía; á lo cual podia agregarse ademas el horror que la oscuridad comunica al sufrimiento. A pesar de todo, una repentina palidez y una contraccion en sus facciones fueron los únicos indicios que revelaron el tormento atroz que la desgarraba.

—¿Qué es eso? dijo el juez. Ya parece que te duele, ¿eh? Haz que baste por ahora: obedece y te dejarán en libertad.

Cecilia, sin prestar atencion á lo que le decian y absorta en sus oraciones, continuó:

—Te doy gracias, Señor mío Jesucristo, porque has per-

mitido que la primera vez que he sentido el dolor haya sido por tu causa. Te he amado en la paz, en el consuelo, en la alegría; y ahora, en medio de los padecimientos, te amo más que nunca. ¡Cuánto más dulce es estar como estuviste tú, extendida en tu cruz, que sentarse, aunque sea en duro lecho, á la mesa del pobre!

—¿Te estás burlando de mí? exclamó el juez exasperado y colérico. ¡Abusas de mi conmiseracion! Corriente; ensayaremos un tormento más cruel. Catulo, anda y aplicale al costado una antorcha ardiendo (1).

Un estremecimiento de espanto é indignacion produjeron estas palabras en los concurrentes; arrastrados por un sentimiento de compasion y simpatía hácia la pobre ciega, y de todos los ángulos de la sala se levantó un murmullo en forma de protesta.

Entonces conoció Cecilia que se hallaba rodeada de una muchedumbre, y el rubor y la modestia tiñeron su rostro poco ántes blanco como el mármol. El irritado juez reprimió la conmocion general, y restablecido el silencio oyeron todos pronunciar á Cecilia esta plegaria con mayor fervor y voz más clara aun que la primera:

—¡Oh Dios y Esposo mio! Yo te he sido siempre fiel. Déjame sufrir por tí dolores y tormentos; pero evítame la vergüenza ante los hombres. Déjame volar á tí, y haz que al comparecer ante tu presencia no tenga que ocultar el rostro avergonzada con mis manos.

Oyóse otro murmullo de lástima.

—Catulo, clamó exacerbado y confundido el juez, ¡cumple con tu deber, miserable! ¿Vas á estar ahí todo el dia con la antorcha en la mano, sin saber qué hacer con ella?

Acercóse el verdugo y alargó el brazo para levantar la ropa y dejar desnuda la parte del cuerpo que iba á quemar;

(1) El potro se empleaba de dos modos, uno como instrumento para atormentar por sí solo, y otro para sujetar el cuerpo que debía ser atormentado con otros suplicios, entre los cuales el del fuego era el más comun.

pero retrocedió algunos pasos ántes de efectuarlo, y volviéndose al juez dijo con apagado acento:

—Ya es tarde: está muerta.

—¡Muerta! exclamó Tértulo. ¡Muerta á la primera vuelta de la rueda!... ¡Imposible!

Catulo hizo girar el potro al revés y el cuerpo permaneció inmóvil. Era cierto: Cecilia había pasado del potro al trono de gloria; de la presencia del impío juez á los abiertos brazos de su celestial Esposo. ¿Había exhalado su alma pura como un fragante perfume envuelto en el incienso de la plegaria? ó ¿se había hecho pedazos su corazón, incapaz de resistir esta primera emoción de su virginal sonrojo (1)?

En medio del silencio y del terror que imponía tan lúgubre escena salió del grupo aglomerado á la puerta una voz clara y juvenil que dijo:

—¡Tirano impío! ¿No ves que una pobre ciega cristiana tiene más poder sobre la vida y la muerte que tú y tus desalmados señores?

—¡Cómo! ¿Por la tercera vez en veinte y cuatro horas te atreves á cruzarte en mi camino?... No te me escaparás ahora.

Acompañando Corvino sus palabras de una furiosa imprección, dejó el lado de su padre y corrió al rededor de la valla que separaba el tribunal para abalanzarse al grupo de donde la voz había salido. Mas en su ciega precipitación tropezó con un oficial de talla hercúlea, que sin duda por casualidad se adelantaba en dirección opuesta por el mismo sitio; y al ver que el golpe le hacía perder el equilibrio le sostuvo con afectada cortesanía y le preguntó:

—¿Te has hecho daño, Corvino?

—No, no: suéltame, Cuadrado, suéltame.

—Pero, hombre, ¿á dónde vas tan precipitadamente? ¿Puedo servirte de algo?

Y mientras que así le hablaba le tenía sujeto.

(1) En las vidas de los mártires hay numerosos ejemplos de haber alcanzado una muerte instantánea por la eficacia de la oración. Véanse las de santa Práxedes, santa Cecilia, santa Águeda, etc.



—Suéltame, te digo, que se me va á escapar.

—¿Quién?

—Pancracio, respondió Corvino; el mismo que acaba de insultar á mi padre.

—¡Pancracio! dijo Cuadrado echando un mirada al redor.

Y cerciorado de que el mancebo habia desaparecido ya de la sala, añadió con admirable calma y soltando á Corvino:

—Pues no le veo.

Pero ya era tarde, porque Pancracio se habia puesto á salvo y refugiado en casa de Diógenes.

En tanto que pasaba esta escena el prefecto, despechado y furioso, ordenó á Catulo que hiciese arrojar al Tiber el cadáver de la doncella. Mas otro oficial embozado en la toga se acercó al verdugo y le hizo una seña, que este debió comprender al punto, pues alargó la mano para recibir el bolsillo que le ofrecia.

—Fuera de la puerta Capena, en la quinta de Lucina, una hora despues de ponerse el sol, le dijo Sebastian.

—Allí se os entregará intacta, respondió el verdugo.

—¿De qué piensas que ha muerto esa infeliz muchacha? preguntaba un espectador á otro al retirarse.

—Supongo que de terror, respondió este.

—De vergüenza cristiana, repuso un forastero que pasó por su lado y prosiguió su camino.

## CAPÍTULO XVIII.

### Justicia retributiva.

Del tribunal pasó el prefecto al palacio imperial á dar cuenta de los sucesos del dia y á disculpar en lo posible las malogradas tentativas de su hijo. Halló al emperador de un humor endemoniado: si Corvino hubiese acertado á presen-

tarse por la mañana despues de la ocurrencia del edicto, su cabeza habria estado en inminente riesgo; y en el momento de aparecer Tértulo empezaban á avivarse de nuevo las iras imperiales con el ridículo resultado de la invasion del cementerio de Calixto. Sebastian habia procurado estar de guardia para ser testigo de aquella conferencia.

—¿Dónde está el estúpido de tu hijo? fue el primer saludo que dirigió al prefecto el irritado César.

—Ahí fuera esperando humildemente las órdenes de vuestra divinidad, y ansioso de aplacar vuestra cólera por el mal éxito con que la Fortuna ha coronado los esfuerzos de su celo.

—¡La Fortuna! exclamó el tirano. La Fortuna, ¡sí por cierto! Su propia estupidez y cobardía. ¡Buen principio por mi vida!... Pero no se quedará sin su merecido. Que entre.

Apareció el infeliz sollozando y temblando y se arrojó á los piés del emperador, que de un puntapié le hizo rodar como un perro hasta el medio de la sala. Afortunadamente para Corvino aquel arranque de augusta barbarie divirtió á la imperial divinidad y contribuyó á calmar su enojo.

—Levántate, villano, le dijo, y vén acá á referirme lo que ha pasado. ¿Cómo desapareció el edicto?

Corvino le hizo una relacion llena de absurdos que de cuando en cuando divertia á Maximiano, á quien el hecho en sí no dejaba de hacerle gracia por lo atrevido del desacato.

—Está bien, dijo al fin el emperador. Por esta vez quiero ser clemente contigo. Lictores, desatad vuestros haces.

Obedecieron los lictores, sacaron las hachas y reconocieron sus filos. Aterrado Corvino se arrojó de nuevo á los piés del emperador exclamando:

—No me quiteis, señor, la vida, que tengo importantes revelaciones que haceros.

—Y ¿quién piensa en eso, majadero? ¿Para qué quiero yo tu inútil vida? Lictores, soltad las hachas: para este con las varas hay bastante.

Cogieronle al momento las manos y se las ataron, despojaronle de la túnica y descargaron sobre sus desnudas es-

paldas una lluvia de palos que le arrancó fuertes alaridos, obligándole á encorvarse y hacer mil contorsiones que divertían á su imperial amo, ante el cual volvió á postrarse el malparado mozo lleno de vergüenza.

—Vamos á ver, le dijo el emperador: ¿qué importantes revelaciones eran esas?

—Que yo sé quién fue el osado que cometió anoche el desacato de arrancar el edicto imperial.

—¿Quién ha sido?

—Un mancebo llamado Pancracio, cuya navaja hallé cerca del poste en donde se había fijado el edicto.

—Y ¿por qué no le has prendido y llevado al tribunal?

—Por dos veces he oído su voz y ha estado á punto de caer en mis manos; pero las dos veces se me ha escapado.

—Pues que no te se escape la tercera, porque tu cabeza me responde de la suya. Pero ¿cómo le has conocido, cómo sabes que es el dueño de la navaja?

—Ha sido condiscípulo mío en la escuela de Casiano, quien se ha descubierto despues que es tambien cristiano.

—¡Cómo! ¡Un cristiano se atreve á dar lecciones á mis súbditos para enseñarles á ser enemigos de su patria, desleales á su soberano y profanadores de sus dioses! Por supuesto que él habrá inducido á esa víbora de Pancracio á arrancar nuestro imperial edicto. ¿No sabes dónde mora?

—Sí, señor, me lo ha dicho Torcuato, que ha abjurado la supersticion cristiana.

—¿Quién es ese Torcuato?

—Uno que ha vivido algun tiempo en el campo con Cromacio y una partida de cristianos.

—Esto se llama ir de mal en peor... Con que ¿es decir que se ha hecho tambien cristiano el antiguo prefecto?

—Sí, señor, y vive con otros muchos de esa secta en Campania.

—¡Pérfido, traidor, infame! ¿Si sabrá uno de quién fiarse? Prefecto, manda inmediatamente arrestar á toda esa gente, incluso el maestro de escuela y Torcuato.

—Este último no es ya cristiano, observó el juez.

—¿Qué me importa? respondió con aspereza el emperador. Arréstame á cuantos puedas y trátalos como merecen... ¿Me entiendes? Ahora retiraos, que voy á cenar.

Corvino se fué á su casa, y á pesar de los remedios que le aplicaron pasó toda la noche calenturiento, dolorido y encolerizado. A la mañana siguiënte pidió á su padre que le confiase el mando de la expedicion á Campania, para dejar bien puesto su honor y evitar las burlas y sarcasmos de que seguramente iba á ser objeto en Roma.

Despues que Fulvio entregó á su prisionero en la puerta del tribunal se encaminó tambien á su morada para contar, como de costumbre, sus aventuras al viejo Eurotas, quien le escuchó con imperturbable seriedad, y al concluir le dijo desanimado:

—Poco provecho vamos á sacar de todo eso, Fulvio.

—Por de pronto es verdad; pero al ménos se nos abre una lisonjera perspectiva.

—¿En qué te fundas?

—En que tengo en mi poder á la rica Ines. Me he cerciorado al fin de que es cristiana, y ó la conquisto ó la aruino. En ambos casos seré dueño de su hacienda.

—Pues te aconsejo que optes por lo segundo, dijo el viejo asestándole una mirada siniestra, (pero sin alterarse lo más mínimo su semblante. Es el camino más corto y más seguro.

—Sí, pero mi orgullo está interesado: yo no puedo permitir que se me desprecie del modo que lo ha hecho esa muchacha.

—Es verdad que te ha despreciado y deberias vengarte; mas reflexiona que no tienes tiempo que perder en niñerías. Los fondos están casi consumidos y los recursos completamente agotados: es indispensable dar un golpe decisivo que nos proporcione dinero.

—Con todo, Eurotas, ¿no preferirias tú que, pudiendo, adquiriese estas riquezas por medios honrosos, y no por medios indignos?

Eurotas no pudo ménos de sonreirse, extrañando que se-

mejante idea pasase por la mente de Fulvio, y sobretodo que este supusiese que podia pasar por la de él.

—Adquiérelas, dijo al fin con sequedad, y no importa de qué modo con tal que sea el más seguro y breve. Ya sabes nuestro pacto: ó vuelve la familia á su pasado lustre y opulencia, ó irremisiblemente se extingue en tí. De ningun modo se arrastrará por más tiempo en la degradacion, ó lo que viene á ser lo mismo en la pobreza.

—Sin necesidad de que me lo repitas á cada instante tengo muy presente esa dura condicion, dijo Fulvio torciéndose las manos y estremeciéndose todo su cuerpo. Dame tiempo y todo se arreglará.

—Corriente. Te doy de plazo hasta que se haya desvanecido la última esperanza; y como por ahora la que tenemos no es muy halagüeña, creo llegado el momento, Fulvio, de descubrirte quién soy.

—¡Pues qué! ¿No sois el dependiente adicto y fiel á cuyo cuidado me confió mi padre?

—No, Fulvio. Soy el hermano mayor de tu padre, y por su muerte el jefe hoy de la familia. Óyeme ahora: durante toda mi vida no he tenido más idea ni objeto que el de levantar nuestra casa haciéndola recobrar todo el esplendor y la grandeza de que la privaron la negligencia y prodigalidad de mi padre. Convencido de que el tuyo y hermano mio era más hábil y diestro que yo para llevar á cabo la empresa, le trasferí mis derechos y cedí mis haberes bajo ciertas condiciones, entre ellas la de que yo seria tu tutor y el encargado exclusivamente de educarte é instruirte. Ya sabes que el principio que más he tratado de inculcar en tí ha sido que jamas repararas en los medios con tal de conseguir esas mis constantes aspiraciones.

Fulvio, que le escuchaba con sorpresa y ansiedad, se encendió de vergüenza al ver que tan sin rebozo ponía al descubierto la perversidad de su corazon. El viejo le miraba cada vez con más intencionada sijeza, y prosiguió:

—¿Te acuerdas del negro y complicado crimen que co-

metimos para llegar á reunir en tus manos los diseminados restos del patrimonio de la familia?

Fulvio se cubrió el rostro con las manos y experimentó un profundo estremecimiento.

—¡ No me recuerdes eso ! Eurotas , dijo en tono de súplica. ¡ No me lo recuerdes, por los dioses !

—Pues bien , prosiguió el tío con la misma impasibilidad, seré breve. Tén presente, sobrino, que quien no se arredra ante una brillante posicion á que piensa elevarse por medio del crimen , no debe estremecerse tampoco al recuerdo del perpetrado ántes para abrirse el camino ; porque claro está que lo que hoy es futuro será más tarde pasado. Cumplamos, pues , exacta y fielmente nuestro pacto, que tambien entre los malos cabe la fidelidad. La naturaleza ha sido pródiga con nosotros , dotándote á tí de egoismo y de astucia , y haciéndome á mí audaz é inaccesible á los remordimientos para dirigir y aplicar esas tus excelentes dotes. El destino ha resuelto que corramos una misma suerte. Con que , ó nos enriquecemos juntos , ó juntos moriremos.

Fulvio maldijo en su corazon el dia en que fué á Roma y se ligó á tan inflexible dueño con un vínculo más estrecho de lo que hasta entónces habia creído. Pero se hallaba dominado y sujeto á él como por encanto, y se sentia tan débil é impotente como el cabrito en las garras del leon. Pensando en esto se retiró á su estancia con el corazon más triste y oprimido que nunca, si bien no dejaban de inquietarle y afligirle todas las noches terribles y congojosas pesadillas que le pronosticaban un desastroso fin.

Mas,dejemos á estos dos personajes entregados á sus malvados designios, y como es natural que el lector desee saber qué fue del apóstata Torcuato cuando tan súbitamente desapareció á la vista de Corvino y sus satélites , debemos decirle que así que confuso y desorientado se metió por la galería lateral en busca del sepulcro notable que le habia de servir de faro, tropezó con una escalera abandonada abierta en la piedra , que conducia al piso bajo de las catacumbas. Los escalones estaban redondeados y resbaladizos de puro

gastados , de modo que el descenso por ellos era rápido y expuesto. Torcuato, que llevaba la luz en frente para distinguir la senda y andaba de prisa y sin mirar dónde ponía la planta , cayó de cabeza por la abertura y fué rodando á parar al fondo, quedando en él atontado y sin sentido hasta mucho despues de haberse alejado sus compañeros. Cuando volvió en sí continuaba aun tan aturdido que no sabia siquiera dónde estaba. Levantóse y anduvo á tientas hasta que recobrado el sentido se acordó de que estaba en las catacumbas. Sin embargo, no podía comprender cómo se hallaba á oscuras y solo. Ocurriósele entónces que llevaba cerillas y avíos para encenderlas ; lo efectuó y se reanimó al verse de nuevo en la claridad. Empero, como se había alejado de la escalera , cuya existencia desconocia completamente, segun que iba andando cada vez se extraviaba más y había ménos probabilidad de que pudiese hallar salida en aquel inextricable laberinto subterráneo.

Conflaba, sin embargo, en que la descubriría ántes que se le concluyera la luz y se le agotaran las fuerzas. Mas por grados empezó á alarmarse sériamente : las cerillas iban consumiéndose una tras otra ; sus fuerzas desfallecian por momentos, porque no había tomado alimento alguno desde por la mañana , y á todo eso debemos añadir que despues de pasar horas enteras dando vueltas y revueltas había venido á parar al mismo sitio.

Al principio miraba con indiferencia al rededor de sí y leía distraidamente las inscripciones de los sepulcros ; luego, á medida que le abandonaban las fuerzas y la esperanza de ser socorrido, aquellos solemnes monumentos de la muerte hablaban á su alma en un lenguaje que no podía desoir ni negarse á comprender en toda su grandeza. DEPUESTO EN PAZ , decia uno ; AQUÍ REPOSA EN CRISTO, decia otro ; y los muchísimos que carecian de epitafio ostentaban elocuentemente en su tranquilo silencio el significativo sello de la solicitud maternal de la Iglesia. Dentro de sus sepulcros los cadáveres embalsamados aguardaban el dia en que la trompeta de los ángeles viniese á llamarlos para resucitar á una

nueva vida de paz y bienaventuranza... También él dentro de pocas horas estaría muerto como ellos : ya había encendido la única cerilla que le quedaba ; ya se negaban sus piernas á sostenerle ; ya rendido de cansancio se había dejado caer sobre un monton de escombros. Pero ¿sería depuesto en paz como ellos por manos piadosas ? ¡ Ah ! ¡ que él iba á morir allí sobre la fria tierra , solo, sin que nadie le compadeciese, sin que nadie le llorase, y de todos ignorado ! Allí se pudriría y se disolvería ; y si al cabo de siglos llegaban á encontrarse sus huesos fuera de toda sepultura cristiana , la tradicion los designaria como restos execrables de un apóstata extraviado en el cementerio, y los arrojarían probablemente de aquel lugar bendito, como lo estaba ya él de la comunión de los cristianos.

Conocía que se acercaban rápidamente sus últimos instantes. Los vértigos le turbaban la cabeza y ofuscaban la vista ; los latidos de su corazón empezaban á apagarse : la cerilla era ya tan diminuta que para no quemarse los dedos tuvo que colocarla sobre una piedra : allí habría podido continuar ardiendo tres minutos más si una gota de agua, que se filtró por el techo y cayó sobre ella , no la hubiese apagado en el acto. Tal era el ansia que sentía por esos tres minutos ; tan avaro se mostraba de ese átomo de vela ; tan vehemente era su deseo de echar una mirada más á los objetos exteriores, para no verse obligado á mirar los que se hallaban reconcentrados dentro de su alma , que sacó su pedernal y eslabon y estuvo trabajando más de un cuarto de hora para prender un pedazo de yesca humedecida por el sudor que le bañaba. Ya que tuvo encendida la cerilla , lejos de aprovecharse de su llama para buscar la salida del subterráneo, no separaba la vista de ella mirándola con estúpida atención arder y consumirse, como si aquella luz fuese el talisman que sostuviera su vida , y esta hubiese de espirar con ella. Por fin la mecha despidió su última chispa , que brilló un instante sobre la tierra como una luciérnaga , y en seguida todo quedó envuelto en las más espesas tinieblas.

¡ Misero Torcuato ! Allí estaba sumergido en completa y



perpétua oscuridad y completamente aislado de todo sér viviente. Su boca no volveria á probar más alimento, sus oídos no volverian á oir más sonido, ni sus ojos á ver más luz. Hallábase en compañía únicamente de los muertos: su sepultura era más espaciosa que las demás, pero igualmente tenebrosa, solitaria y cerrada para siempre... ¿Qué otra cosa, pues, es la muerte?

Y sin embargo, no era la muerte aun: la muerte debia ir seguida de algo: tambien este algo se acercaba. El gusano del remordimiento empezaba á roerle la conciencia, crecia con rapidez, y convertido ya en víbora se le enroscaba al redor del corazon. Intentó distraer la imaginacion con ideas halagüeñas y trajo á su memoria la vida apacible de la quinta de Cromacio, la afabilidad de este y la bondad de Policarpo, sus afectuosas palabras, su último abrazo... Pero ¡ay! un rayo asolador destruyó de improviso tan hermosa vision: él los habia delatado, vendido... Y ¿á quién? ¡A un Fulvio, á un Corvino!... Una vez tocada esta cuerda fatal, vibró como el trémulo nervio de una muela dolorida que trasmite directamente el dolor al cerebro. La intemperancia, la embriaguez, el funesto juego, el fraude, la baja hipocresía, la apostasía cobarde, la vil traicion, los sacrilegios todos de aquellos últimos días y la homicida tentativa de la mañana, todos aquellos recuerdos le asaltaron á la vez como una horrenda legion de demonios que se le ponian delante en la oscuridad, chillando, aullando, soltando carcajadas, dando saltos, exhalando gemidos, llorando, haciendo mil raras contorsiones y rechinando los dientes; al mismo tiempo que, sacudiendo las antorchas que el infeliz se creía llevaban en las manos, le cubrian de una lluvia de chispas que solo brotaban en realidad de su debilitado cerebro. Cubrióse el rostro con ambas manos y cayó tendido en tierra.

—¿Estaré en efecto muerto? se decia. En los abismos del infierno no es posible que haya nada peor que esto.

Como se hallaba demasiado debilitado para encenderse en ira se dejó caer en la impotencia de la desesperacion. Iban muy pronto á abandonarle por completo las fuerzas,

cuando se le figuró oír á lo léjos un sonido. No hizo caso al pronto creyendo que seria una ilusion ; pero á aquel ruido sucedió inmediatamente el eco de una lejana y dulce armonía. Incorporóse y aplicó el oído : la armonía se dejaba oír cada vez más clara , y era tan suave , se parecia tanto á un coro de voces angélicas , que Torcuato se dijo interiormente :

—¿Quién habia de pensar que el cielo estuviese tan cerca del infierno ? ¿ Será producida esa armonía por las voces de los que acompañan al terrible juez que ha de juzgarme ?

Vió entónces aparecer á lo léjos una vaga claridad en la misma direccion que los sonidos, y oyó, sin perder una sola, las siguientes palabras :

*«In pace, in idipsum, dormiam et requiescam (1).»*

—Esas palabras , se dijo , no son para mí. Podrian servir para el entierro de un mártir, no para el de un réprobo.

La claridad fué aumentando hasta que tomó la semejanza de una especie de crepúsculo matutinal , que atravesando la galería mostraba en su seno una vision demasiado clara para no ser real y verdadera. Primero se veian varias virgenes veladas con lámparas en las manos ; seguíanlas luego otras cuatro conduciendo un cadáver envuelto en un sudario blanco y con una corona de espinas en la cabeza ; detras iba el jóven acólito Tarcisio agitando un incensario que despedía nubes de humo perfumado, y finalmente precedido de una larga hilera de sacerdotes venia el venerable Pontífice, acompañado de Reparado y otro diácono. Diógenes y sus dos hijos, compungidos y cabizbajos, y otros muchos fieles , entre los cuales distinguió á Sebastian, cerraban la comitiva fúnebre. Como todos llevaban lámparas ó antorchas encendidas , las figuras parecian moverse en medio de una atmósfera brillante de dulcísimos é inmóviles resplandores.

Al pasar por delante de Torcuato cantaban el siguiente verso de los salmos :

(1) «En paz dormiré juntamente, y reposaré.» *Salmo IV, 8.*

*«Quoniam tu Domine singulariter in spe constituisti me (1).»*

—Eso, esto sí que es para mí, exclamó levantándose.

Con este pensamiento cayó sobre sus rodillas, y por un instinto de la gracia volvieron á resonar en sus oídos aquellas fervientes palabras como aplicables á su situación, como palabras que no le era dado dejar de repetir. Arrastróse como pudo, extenuado y vacilante, hasta el ángulo de la galería por donde pasaba la procesion y la siguió de léjos recatándose para no ser visto. La procesion entró en un aposento, inundándole de tanta claridad que Torcuato pudo distinguir la pintura del Buen Pastor, como si le estuviera mirando compadecido; mas él no se atrevió sin embargo á traspasar el umbral, y se quedó allí golpeándose el pecho é invocando la misericordia de Dios con fervorosas oraciones.

El cadáver fue depuesto en el suelo y se recitaron delante de él varios otros salmos y oraciones, en que dominaban la alegría y el consuelo inspirados por la esperanza con que la Iglesia ha contemplado siempre la muerte. Por último se le colocó en la sepultura que le estaba preparada debajo de un arco.

Durante esta operacion acercóse Torcuato á uno de los asistentes, y con acento conmovido le preguntó en voz baja:

—¿De quién es este entierro?

—De la bienaventurada ciega Cecilia, respondió el interrogado, que cayó esta mañana en poder de los soldados dentro de este cementerio, y cuya alma Dios ha tenido á bien llamar á sí.

—¡Ah! exclamó el desdichado despidiendo un hondo gemido, yo he sido su asesino.

Y tropezando y cayendo fué á postrarse á los piés del santo obispo, en cuya actitud permaneció largo rato sin que la emocion le permitiese hablar, hasta que al fin pudo pronunciar estas palabras:

(1) «Porque tú, Señor, singularmente me has afirmado en la esperanza.» *Salmo IV, v. 10.*

—¡Padre! he pecado contra Dios y contra ti, y no soy digno de que me llames tu hijo.

El Pontífice le levantó cariñosamente diciéndole:

—Bien venido, hijo mío, quien quiera que seas, que vuelves á la casa de tu padre... Pero estás débil, extenuado, según veo, y necesitas descanso.

Prestósele inmediatamente algun socorro; mas Torcuato se negó á descansar hasta que á presencia de todos hubo confesado todas sus faltas, incluso los abominables crímenes de aquel día. Regocijéronse los fieles por la vuelta del hijo pródigo y el hallazgo de la oveja perdida. Ines, que tenia clavados los ojos en el sudario de su querida Cecilia, elevó una mirada enternecida al cielo, donde le parecia contemplar, ya á la virgen sentada al pié del Esposo con la sonrisa en los labios, los ojos vívidos y claros y las manos echando flores sobre la cabeza del penitente, como primer fruto de su intercesion en los cielos.

Diógenes y sus hijos se encargaron de cuidar á Torcuato y le buscaron una humilde habitacion en la cabaña de una familia cristiana vecina suya, para tenerle á cubierto, así de su propia tentacion como de la venganza de sus antiguos cómplices; y fue agregado á la clase de penitentes, de la cual no habria de salir hasta que al cabo de algunos años de expiacion, abreviados por la intercesion de confesores ó sea de futuros mártires, estuviese convenientemente preparado para ser restituido al goce de los privilegios que por sus pecados habia perdido (1).

(1) Es sabido y consta por las obras de san Cipriano que á los que flaqueaban durante la persecucion se les sometia á una penitencia pública, cuya duracion podia acortarse mediante la intercesion de los confesores ó de los cristianos encarcelados por la fe.

## CAPÍTULO XIX.

## La doble venganza.

La visita de Sebastian al cementerio no habia tenido simplemente por objeto asistir al entierro del primer mártir, sino tambien consultar con Marcelino los medios más á propósito para salvarle, pues la vida de este pontífice era demasiado preciosa á la Iglesia para sacrificarla prematuramente, y á Sebastian no se le ocultaba el insaciable afan con que le andaban buscando. No tan sólo lo sabia Sebastian, sino que Torcuato, al declarar los designios de Fulvio y el motivo por que asistió á la ordenacion de diciembre, corroboró asimismo la persuasion en que se estaba de la inminencia del peligro. La residencia ordinaria del papa no ofrecia ya seguridad, y el valiente soldado, el protector de los cristianos, como se le apellida en sus actas, concibió la atrevida idea de salvarle alojándole donde nadie pudiese sospechar que estaba, donde á nadie le pasaria por la mente hacer el menor reconocimiento, en el palacio mismo de los Césares (1). Convenientemente disfrazado el santo obispo dejó el cementerio, y escoltado por Sebastian y Cuadrado fue instalado sin el menor obstáculo en las habitaciones de Irene, señora cristiana de elevada alcurnia que moraba en una parte retirada del Palatino, y cuyo esposo ocupaba un alto puesto en la servidumbre imperial.

Muy de mañana al dia siguiente fué Sebastian á visitar á Pancracio y se entabló entre los dos este diálogo:

—Querido mio, le dijo el tribuno, es preciso que salgas cuanto ántes de la ciudad y te vayas á Campania. Tengo

(1) Véanse las actas á que hemos aludido, en las cuales se refiere este hecho.

preparados caballos para tí y Cuadrado, que te acompañar. Con que vamos, no hay tiempo que perder.

—Y ¿por qué, Sebastian, me alejas de estos lugares? preguntó el mancebo entristecido y arrasados de lágrimas sus ojos. ¿He cometido alguna falta? ¿Dudas tal vez de mi fortaleza?

—Nada de eso, te lo aseguro; pero me tienes prometido dejarte guiar en todo por mí, y considero que nunca ha sido más necesaria que ahora tu obediencia.

—Dime por qué, Sebastian.

—Es un secreto que al presente no puedo revelarte.

—¿Otro secreto más!

—No; los dos son uno mismo, y ya lo sabrás á su tiempo. Por ahora te diré únicamente lo que deseo de tí, y eso creo que bastará para dejarte satisfecho. Corvino ha recibido ya la orden de prender á Cromacio y á su comunidad, no muy firmes aun en la fe, como lo ha demostrado recientemente el ejemplo del desdichado Torcuato. Tiene además la de hacer sufrir una muerte cruel á vuestro anciano maestro Casiano en Fundi. Urge, pues, que te adelantes á sus satélites, si es que no va el mismo Corvino en persona, y que los adviertas á todos del peligro.

El rostro de Pancracio se reanimó al ver que Sebastian seguía fiándose de él y le dijo sonriendo:

—Aunque un deseo tuyo es sobrado motivo para mí, con todo, iría gustoso hasta el fin del mundo para salvar á mi buen Casiano ó á cualquier otro hermano nuestro.

Hechos muy pronto sus preparativos despidióse afectuosamente de su madre, y ántes que los habitantes de Roma hubiesen despertado de su sueño trotaban á paso largo él y Cuadrado montados en dos vigorosos potros para ir á tomar la ménos frecuentada, pero más segura senda de la via Latina.

Por empeñarse Corvino en ponerse al frente de la expedición, que consideraba grata, honrosa y lucrativa, tuvo que retardarla dos días, así para que sus espaldas se repusiesen del daño causado en ella por las varas de los lictores, como para dar tiempo á los preparativos necesarios. Alquiló un co-

che y ajustó una compañía de ágiles y corredores numidas que pudiesen seguir el carruaje á todo andar, mas como partieron con dos dias de retraso, nuestros cristianos les habian ganado la delantera.

Al llegar Pancracio á la quinta de las Estatuas halló la pequeña comunidad toda conmovida y alarmada por los rumores que hasta allí habian llegado de la publicacion del edicto. Recibiéronle, sin embargo, de la manera más cordial y afectuosa, y la carta de aviso de Sebastian, informándoles del peligro que les amenazaba, fue leida con profundo respeto. Terminada su lectura y recitadas algunas preces, pusieronse á deliberar y se adoptaron resoluciones importantes. Márcos y Marceliano se hallaban en Roma con su padre Tranquilino, á cuya ciudad habian ido como sabemos á ordenarse en el mes de diciembre, acompañados de Nicostrato, Zoe y algunos otros. Cromacio, que no estaba designado por el cielo para recibir la corona del martirio, si bien ha merecido que la Iglesia haga conmemoracion de él y de su hijo el dia 11 de agosto, deseoso de permanecer algun tiempo más en las cercanías de Roma se refugió en la quinta de Fabiola, que la puso á su disposicion, accediendo al ruego de su anciano amigo, aunque sin saber el motivo de su demanda. En suma, la quinta de las Estatuas quedó abandonada al cuidado de algunos criados fieles de toda confianza.

Así que los dos mensajeros descansaron un buen rato y dejaron tomar aliento á sus caballos, se dirigieron por el mismo camino que vimos tomar á Torcuato á la ciudad de Fundi, donde se alojaron en una humilde posada situada en los arrabales sobre la via Romana. Pancracio encontró sin gran trabajo á su maestro, que le abrazó con la mayor ternura, y le manifestó el objeto de su venida, rogándole que huyese ó cuando ménos se ocultara.

—No, le contestó el buen anciano; soy ya viejo y estoy harto de mi estéril profesion. Yo y mi criado somos los únicos cristianos que hay en Fundi; y aunque es verdad que las familias más distinguidas de la poblacion han enviado sus hijos á mi escuela, porque están persuadidos de que recibirian

la moralidad que permite el paganismo, no es ménos cierto también que no tengo un solo amigo entre todos mis discípulos por causa de esa misma moralidad. Todos ellos carecen hasta de la cultura natural de los paganos de Roma, y creo que los más crecidos serian capaces de atentar contra mi vida si pudiesen hacerlo impunemente.

—Compadezco, Casiano, tu triste situacion, y al par que tú deploro no hayas podido recoger ningun fruto de esas almas desgraciadas.

—¿Cómo quieres que lo logre, si me veo obligado á darles á leer esos libros corruptores atestados de las fábulas que contienen la literatura romana y la griega? He alcanzado muy poco con mis palabras, querido Pancracio: quien sabe si alcanzaré más con mi muerte.

Pancracio insistió en que se ocultase; pero fueron inútiles todos sus ruegos, y acaso se habria unido á Casiano en su resolucion de morir si no hubiese prometido á Sebastian que no arriesgaria su vida en este viaje. Resolvióse, sin embargo, á no salir de la ciudad hasta ver el resultado.

Corvino llegó con sus satélites á la quinta de Cromacio y al amanecer echó abajo las puertas brutalmente é invadió la casa. La encontró vacía y la registró minuciosamente de una parte á otra, sin que en su pesquisa hallase una sola persona, un solo libro ni un símbolo cualquiera del cristianismo. Quedóse desconcertado, confundido, colérico; y habiendo por fin encontrado en los jardines á un esclavo que estaba trabajando, le preguntó por su amo.

—Amo no decir al esclavo dónde ir, respondió el jardineiro en un latin bárbaro, de que puede formarse idea por la fraseología que aquí empleamos.

—¿Te estás burlando de mí, bellaco? Pronto, dí: ¿qué camino tomaron, por dónde salieron él y sus compañeros?

—Por aquél portalon salir.

—Y ¿luego?

—Tú mirar hácia allí, añadió señalándole el camino. ¿Tú ver puerta? Bien, tú no ver más. Mí trabajar aquí; mí ver puerta; mí no ver más.



—Y ¿cuándo marcharon? Al ménos podrás responder á esta pregunta.

—Despues que dos llegar de Roma.

—¿Quiénes? ¡Siempre dos!

—Uno jóven, muy hermoso, ¡cantar tan dulce! Otro muy récio, mucha fuerza: ¡oh! mucha. ¿Tú ver ese arbolito arrancado? Él arrancar de raíz tan fácil como mí sacar azada de la tierra.

—¡Los mismos! exclamó Corvino furioso. Otra vez ese aborrecido muchacho ha frustrado mis planes y destruido mis esperanzas. ¡Oh! no hay cuidado; él me las pagará y bien caro.

Luego que descansó un rato prosiguió su camino, resuelto á desfogar su ira contra su antiguo maestro, si es que aquel á quien consideraba como su genio malo no le hubiese ya prevenido. Durante el camino no pensó en otra cosa que en el género de venganza que podría tomar del maestro y del condiscípulo, siendo grande su contento cuando al llegar á Fundi se cercioró de que encontraría cuando ménos á uno de los dos que buscaba. Mostró al gobernador la órden que llevaba de prender y castigar á Casiano como uno de los cristianos más peligrosos; pero este funcionario público, hombre de más humano corazon, declinó su jurisdiccion y abandonó la ejecucion del mandato á Corvino, que se hallaba revestido de ámplios poderes. Ofrecióle, sin embargo, un verdugo y otros requisitos que Corvino no aceptó porque llevaba en su guardia de numidas toda la fuerza é instrumentos de crueldad que necesitaba. Lo único que tomó fue un agente público de los destinados á aquella localidad.

Fuése en derechura á la escuela de Casiano en ocasion que estaba llena de discípulos; entró, cerró las puertas, y el modo que tuvo de corresponder al franco y cordial ademán con que el anciano se adelantaba gozoso á recibirle, fue acusarle de ser un pérfido cristiano y un conspirador contra el estado. Suscitó esta acusacion una espantosa algazara entre los estudiantes, por cuyas descompuestas frases

y aviesas miradas de algunos conoció Corvino que habia allí muchos que se le parecían y eran cachorros de osos como él con corazones de hiena.

—¡Muchachos! les gritó. Vengo á ajustar á vuestro maestro Casiano, que en otro tiempo lo ha sido mio, la cuenta de las muchas reprimendas que nos debe. ¿Qué os parece?

Un feroz clamor salió de todos los bancos y atronó el aula.

—Os traigo buenas noticias, continuó Corvino. Aquí tenéis un permiso del divino emperador Maximiano para que hagais del maestro lo que se os antoje.

Los alumnos, al oír esto, arrojaron á Casiano una andanada de libros, tablillas y otros proyectiles de escuela, que el anciano preceptor recibía inmóvil, de pié y con los brazos cruzados delante de su perseguidor. En seguida saltaron por encima de los bancos y se precipitaron como fieras sobre él encolerizados, insultantes y amenazadores.

—¡Poco á poco! exclamó Corvino; Procedamos con más orden.

Acordóse de los días en que iba á la escuela; de los días que ningun hombre recuerda sin sentir la tierna emocion que raras veces produce la memoria de otros goces posteriores. Abandonóse al recuerdo de aquella primera y feliz época de la vida, en que otros no ven sino imágenes de alegría, de felicidad y desinteresado afecto; mas era tan sólo para discurrir el género de venganza que entónces le habria causado más placer, y proponérsele como diversion á los jóvenes que le rodeaban. Nada le pareció tan delicioso como devolver á su maestro uno por uno todos los castigos que le impusiera, y escribir en su cuerpo con letras de sangre cuantas reprensiones le dirigiera en otro tiempo.

No lastimarémos los buenos sentimientos del lector con la descripción de los crueles tormentos á que sujetaron á los primeros cristianos sus perseguidores gentiles; empero pocos fueron más horrorosos, ni se hallan más auténticamente comprobados que los sufridos por el mártir Casiano. Atado en medio de aquellos feroces tigrezuelos, ensayaron lentamen-

te en él durante horas enteras su refinada y temprana crueldad : unos refiere el poeta cristiano Prudencio que grabaron sobre sus carnes con los estilos los temas que les señalara; otros emplearon cuantas torturas les sugeria su precoz brutalidad para martirizar el lacerado cuerpo del anciano. Anquiladas sus fuerzas con tan agudos y prolongados dolores, y extenuado por la pérdida de sangre, cayó al fin postrado en el suelo, y aquellos demonios celebraron su triunfo con estrépitosos aplausos volviendo á ensañarse en él con nuevos ultrajes, hasta que cansados se dispersaron para ir á contar en sus respectivas casas la historia de su atentado.

Los perseguidores de los cristianos jamas pensaron en enterrar decentemente sus cadáveres; en cuanto á Corvino despues de saciarse con el sangriento espectáculo de su venganza, para la cual encontró con sus excitaciones instrumentos tan dóciles y dispuestos, retiróse dejando tendido en el suelo á su antiguo maestro para que espirase sin socorro alguno. Empero su fiel criado le levantó y condujo al lecho, avisando en seguida á Pancracio, segun de antemano convinieran, y este acudió en breve al lado del moribundo, mientras su compañero se ocupaba en los preparativos de la marcha. El amable mancebo quedó horrorizado al oir los tormentos de su anciano amigo, y no ménos edificado al saber la paciencia con que los sufriera, pues de sus labios no habia salido una sola palabra de indignacion; únicamente se abrieron para orar, así como su pensamiento no se desvió un instante de su divino Redentor.

Casiano reconoció á su discípulo predilecto, y le estrechó la mano, pero no pudo hablarle. Vivió padeciendo toda aquella noche, y al amanecer espiró plácidamente. Sepultáronle humildemente con las ceremonias cristianas en la casa donde habitaba, que era suya; y Pancracio, despues de rendirle el último tributo de gratitud y cariño, abandonó el lugar de tan desastrosa escena con el corazon oprimido é indignado contra el fiero y desalmado Corvino, que sin remordimiento habia podido ocasionar y presenciar tan desgarradora tragedia.

Se equivocaba , sin embargo , pues no bien satisfecho aquel su sed de venganza , cuando comenzó á comprender la infamia é ignominia que entrañaba su abominable accion. Temia que llegase á noticia de su padre , que estimaba á Casiano , é igual temor abrigaba respecto de los padres de los muchachos , á quienes acababa de desmoralizar excitándoles á cometer poco ménos que un parricidio. Mandó enganchar los caballos , y como se le dijese que necesitaban algunas horas más de descanso, creció su disgusto y se sentó á beber para ahogar los remordimientos que le atormentaban y hacer tiempo. Por fin salió para Roma , y despues de algunas paradas continuó su viaje muy entrada ya la noche. El camino, malísimo á causa de las incesantes lluvias y en medio de una alameda , costaba la orilla del gran canal en que desaguan las lagunas Pontinas.

Corvino, que continuó bebiendo en cada parada , llevaba trastornada la cabeza por el vino , la cólera y los remordimientos. Irritado por la lentitud con que andaban sus fatigados caballos no cesaba de castigarlos con furiosos latigazos, y al oir estos el galope de otros que venian detras echaron á correr á todo escape, dejando á gran distancia á la escolta. En su espantada carrera se salieron del camino atravesando por entre dos árboles y entraron desbocados en la estrecha senda de la orilla del canal, sacudiendo y haciendo bambolear el carruaje. Cuando los dos jinetes que galopaban detras oyeron el ruido de las herraduras y de las ruedas y los gritos de los numidas, clavarón las espuelas á sus briosos potros y partieron á escape animosa y decididamente. Habíanse adelantado ya bastante á los demas cuando oyeron un estallido y el estruendo de un cuerpo arrojado al agua. Una rueda habia chocado contra un árbol, y el carruaje volcó despidiendo al conductor , medio ebrio, que fué á parar de cabeza en medio de la corriente. Al momento echaron pié á tierra Pancracio y su compañero acercándose á la orilla del canal.

A la débil claridad de la luna, que principiaba á aparecer y por el sonido de la voz reconoció nuestro patricio á Corvi-

no, que bregaba por salir de la cenagosa corriente. Aunque las márgenes no estaban hondas, como eran altas y resbaladizas, cada vez que intentaba trepar por ellas se le escurrian los piés y volvía á caer en medio del canal, en donde la profundidad era mayor. Empezaba ya á perder las fuerzas y el sentido.

—Casi merecía que le dejáramos aquí enterrado en el fango, murmuró el desabrido centurion.

—Calla, Cuadrado. ¿Cómo puedes decir eso siendo cristiano? Dame la mano... así, dijo el mancebo inclinando el cuerpo hácia la orilla y asiendo del brazo á su enemigo, justamente en el momento en que este, agarrado á un seco arbusto que se habia roto con el peso, iba otra vez á caer en el agua acaso para no volver á aparecer.

Sacáronle entre ambos y le pusieron en el camino, donde presentaba tan lastimosa figura, que moviera á compasion al enemigo más encarnizado. Rociáronle el rostro, le frotaron las sienes y las manos, y principiaba ya á recobrar los sentidos cuando llegaron algunos de su séquito, á cuyo cuidado le dejaron entregádoles la bolsa que se le cayera del cinturon al sacarle del agua. Pancracio guardó su navaja, que vió caer al propio tiempo que la bolsa, y que Corvino llevaba siempre consigo como una prueba evidente de que habia sido él quien arrancara el edicto. Los numidas hicieron creer á Corvino cuando volvió en sí que ellos le habian sacado del pantano, y que el bolsillo y la navaja estarían sepultados en el cieno. Miéntas se componia el carruaje le trasportaron á una casita inmediata, yéndose despues á beber á costa del malparado hijo del prefecto.

Dos venganzas quedaron satisfechas en aquel dia: la del gentil y la del cristiano.

---

## CAPÍTULO XX.

## En las obras públicas:

Si ántes de la publicacion del edicto estaba decidido emplear á los prisioneros cristianos en la construccion de las Termas de Diocleciano, no debe admirarnos que el número de forzados y sus padecimientos aumentase considerablemente con la creciente intensidad de la más feroz persecucion. Esperábase de un día á otro á aquel emperador para inaugurar su edificio predilecto, y á fin de activar la conclusion se duplicaron los operarios. Todos los días llegaban nuevas cuerdas de supuestos culpables procedentes, ya del puerto de Luna, ya de Cerdeña, de la Crimea ó del Quersoneso, donde les empleaban en la explotacion de minas y canteras, y si de allí salian era para ocuparlos en los trabajos más duros de las obras públicas. Los sentenciados á causa de su religion debian acarrear los materiales, aserrar y tallar piedras y mármoles, hacer la argamasa, levantar las paredes y desempeñar otros trabajos no ménos serviles, á que los más no estaban acostumbrados. La recompensa que recibian era igual á la de las mulas y bueyes ocupados en la misma tarea, pues poco ménos que una cuadra era el lugar donde dormian, los alimentos apénas bastaban á sostener sus fuerzas, y el vestido escasamente les preservaba de la inclemencia. Los grillos que sujetaban sus piés y las pesadas cadenas que les hacian arrastrar para que no pudieran escaparse acrecentaban considerablemente sus padecimientos; pero nada igualaba á la crueldad con que los capataces, tanto más seguros en sus destinos cuanto más inhumanos se mostraban, los vigilaban por brigadas con vara ó látigo en mano, dispuestos siempre á añadir el dolor á la fatiga, ya para desahogar su mal humor ó natural crueldad sobre víctimas

indefensas , ya tambien para agradar á sus señores , más crueles aun que ellos.

No obstante, los cristianos de Roma cuidaban con especial solicitud de aquellos santos confesores , que les inspiraban profunda veneracion. Los diáconos los visitaban en sus prisiones sobornando á sus guardias ; jóvenes de esforzado corazon aventurábanse á mezclarse entre ellos, y ya les distribuian más nutritivas y sanas viandas, ya les llevaban ropas de más abrigo, ya les facilitaban medios de granjearse la benevolencia de sus carceleros obteniendo de ellos mejor trato, y al despedirse de los santos mártires besaban las cadenas y las magulladuras que llevaban por Cristo, rogándoles que se acordasen de ellos en sus oraciones.

Aquella multitud, condenada al castigo por su fidelidad al divino Maestro, era ademas útil á sus opresores bajo otro aspecto. Como el vivero donde el gloton Lúculo cebaba sus lampreas para ostentarlas en sus festines ; como las jaulas en que se guardaban las aves más raras y los corrales que encerraban los bien cuidados animales destinados á los sacrificios ó fiestas imperiales ; como las cavernas en donde se alimentaban las fieras más atroces para presentarlas en los juegos del Anfiteatro, las obras públicas eran asimismo depósitos que en cualquier tiempo podian suministrar materiales para una sangrienta hecatombe , ó para satisfacer la insaciable aficion del populacho á los más crueles espectáculos en los dias de regocijo ó festividad.

Acercábase una de estas ocasiones. La persecucion no parecia tomar grande incremento , pues que ninguna persona notable habia sido aun arrestada. El mal éxito de las primeras tentativas no estaba reparado; el pueblo esperaba algo más estrepitoso, y clamaba porque se le dieran espectáculos. El próximo aniversario del nacimiento del emperador parecia justificar debidamente su demanda ; las fieras que oyeran Sebastian y Pancracio seguian rugiendo por su prometida presa , y los gritos de *Christianos ad leones !* repetidos por las turbas manifestaban claramente la suerte que á los cristianos aguardaba.

Una de las últimas tardes de diciembre fué Corvino á las Termas de Diocleciano acompañado de Catulo, harto conocido por su excelente acierto para elegir á los combatientes más á propósito para el Anfiteatro, á la manera que un traficante en ganado escoge á primera vista en el mercado las mejores cabezas. Mandó llamar á Rabirio, superintendente de los penados, y le dijo :

—Rabirio, de orden del emperador vengo á escoger unos cuantos de esos odiosos cristianos que están á tu cargo, para que en la fiesta próxima tengan la honra de luchar en el Anfiteatro.

—Mucho lo siento, contestó Rabirio, pero no me es posible daros ninguno. Estoy comprometido á concluir la obra en un plazo dado, y será imposible si me desprendo de brazos.

—¿ Qué importa ? Si te se quitan unos, te se traerán otros que los reemplacen. Condúcenos á Catulo y á mí á donde trabajan, y déjanos escoger los que mejor nos parezcan.

Rabirio cedió, aunque refunfuñando por aquella exigencia, y los guió á una espaciosa sala que acababa de ser abovedada, en la cual se entraba por un vestibulo circular que recibía la luz por una claraboya á semejanza del Panteon. De allí se pasaba á uno de los brazos más cortos de otra vasta sala en forma de cruz, con la cual comunicaba gran número de habitaciones más reducidas, pero no ménos bellas. En cada ángulo de la sala de donde arrancaban los brazos de la cruz debía levantarse un enorme pilar de granito de una sola pieza ; dos estaban ya colocados en sus respectivos sitios, y otro en el suelo rodeado de maromas atadas á varios cabrestantes, para colocarlo á la mañana siguiente. Algunos trabajadores se ocupaban diligentemente en los últimos preparativos. Catulo señaló á Corvino dos robustos mozos que, desnudos hasta la cintura como todos los esclavos, mostraban sus formas verdaderamente atléticas.

—Necesito que me entregues al instante esos dos, Rabirio, dijo aquel oficioso abastecedor de víctimas para pasto de las fieras. Esos me servirán perfectamente, y estoy seguro de que son cristianos porque trabajan de buena voluntad.



—Ahora no puedo deshacerme de ellos, contestó Rabirio. Hacen el trabajo de seis hombres ó valen cuando ménos por dos caballos. Dejad que concluyan esa pesada maniobra y los pondré en seguida á vuestra disposicion.

—Pues dime sus nombres, que quiero apuntarlos, y haz por tenérmelos bien conservados.

—Se llaman Largo y Esmaragdo; ambos pertenecen á distinguidas familias, aunque trabajan como plebeyos, y confío en que os seguirán sin resistencia.

—Si lo desean, no tardaremos en complacerles, replicó Corvino con feroz alegría.

Y efectivamente, pocos dias despues le fueron religiosamente entregados.

Los dos verdugos siguieron recorriendo las obras, escogiendo aquí y allá, no obstante la resistencia generalmente inútil que oponia Rabirio á entregárselos. Al fin se acercaron á una de las habitaciones que daban al Mediodía del brazo más largo de la sala. Desde allí divisaron un grupo de condenados (si nos es lícito valernos de esta palabra) que descansaban despues de concluida su tarea, y en cuyo centro aparecia un anciano de aspecto venerabilísimo, cuya larga y blanca barba le llegaba al pecho. Su apacible mirada, su palabra dulce y cariñosa, y reposados ademanes, revelaban á pesar de su extremada flaqueza la energía y tranquilidad de su alma. Era el confesor Saturnino, de edad á la sazón de ochenta años, lo cual no impedía que arrastrase dos pesadas cadenas. A sus lados estaban dos mozos, llamados Ciriaco y Sisinio, de los cuales refiere la tradicion que al propio tiempo que desempeñaban sus rudas tareas procuraban acompañar al anciano para sostenerle las cadenas; y que su mayor placer era ayudar á sus hermanos más débiles trabajando por ellos para que descansasen, despues de concluir su tarea (1). Mas no les habia llegado aun su hora, pues ántes de alcanzar la palma del

(1) Puede verse la obra de Piazza acerca de las Estaciones de Roma en la parte que se refiere á la iglesia de *Santa Maria degli Angeli*.

martirio debían ordenarse de diáconos en el siguiente pontificado.

Tendidos en el suelo veíanse otros muchos presos á los piés del anciano, quien sentado sobre un trozo de mármol les hablaba con tal dulzura y gravedad que cautivaba su atención y los absorbía hasta hacerles olvidar sus sufrimientos. ¿Qué les diría? ¿Trataría de premiar la extraordinaria caridad de Ciríaco pronosticándole que en conmemoración de ella se consagraria con el tiempo al servicio de Dios una parte de aquel inmenso edificio para el cual estaban todos trabajando, y se convertiría en iglesia bajo su advocación, y que el último de sus titulares sería el poseedor de un nombre ilustre (1)? O ¿les referiría como visión aun más gloriosa el que este pequeño oratorio sería reemplazado por un suntuoso templo dedicado á la Reina de los ángeles, que comprendería toda aquella espaciosísima sala y su vestibulo, y construido bajo el plan y dirección del más grande genio artístico que ha existido en el mundo (2)? Y ¿qué idea más consoladora podía inspirar á aquellos infelices cautivos, tan cargados de trabajos, que la de que no estaban construyendo solamente unos baños para voluptuosidad de un pueblo pagano ó muestra de la prodigalidad de un emperador perverso, sino uno de los templos más grandiosos y magníficos, donde sería adorado el verdadero Dios y amorosamente reverenciada la santísima Virgen en cuyo seno encarnó?

Al observar desde cierta distancia aquel grupo detúvose Corvino y preguntó al superintendente los nombres de los que le componían, este se los enumeró en seguida, añadiendo:

—Si os conviene podeis llevaros á ese viejo, que á fe mia no gana con su trabajo lo que come.

(1) El último titular de la iglesia de San Ciríaco, construida con una parte de las Termas de Diocleciano, fue el cardenal Bembo.

(2) La iglesia á que se alude es la noble y bellísima de Santa María de los Angeles, en la cual se incluyó la gran sala central y el vestibulo circular descrito. Elevado despues el pavimento, se ha disminuido en muchos piés la altura de los pilares y de todo el edificio.

—Gracias , amigo , te lo cedo , replicó Corvino. ¡ Bonita figura haria en el Anfiteatro! El pueblo no gusta de esos viejos decrepitos sin vigor, que mueren al primer rasguño de un león ó tigre , sino que anhela ver correr sangre de jóvenes en toda la plenitud de vida , que luchen porfiada y valerosamente á despecho de las heridas y los golpes hasta que la muerte venga á decidir la victoria... Pero allí distingo uno cuyo nombre no nos has dicho, y que vuelto de espaldas nos oculta el rostro. No lleva el traje de los penados, ni grillos, ni cadenas. ¿ Quién será ?

—Ignoro su nombre, respondió Rabirio ; no sé sino que es un bello jóven que pasa muchas horas entre los penados, que los consuela y socorre y aun á veces los ayuda á trabajar. Si se lo consentimos es porque nos paga bien ; así es que no nos incumbe averiguar sus proyectos.

—Pues yo pienso de otro modo, dijo Corvino bruscamente adelantándose.

Su voz llegó al forastero y se volvió para mirarle.

Corvino se abalanzó á él con feroz mirada y terrible ademán , y agarrándole por el brazo exclamó enajenado de gozo:

—¡ Pancracio !... No me engañaba el corazón... ¡ Al instante, vengan grillos para este !... ¡ Ahora sí que ya no te escapas !

## CAPÍTULO XXI.

### Las cárceles.

El cristiano que en nuestros días desee enterarse bien de lo que sufrieron por la fe nuestros antepasados durante los tres siglos de persecucion, no debe contentarse con visitar las catacumbas, que hemos procurado darle á conocer , ni con forjarse en la mente una idea del género de vida que llevaban. Le aconsejamos que lea las *Actas de los mártires* , esas

perennes anales que le mostrarán cómo morían por Cristo y por su Iglesia. Si exceptuamos las Sagradas Escrituras no conocemos libro alguno tan tierno, tan consolador, tan patético y que inspire tanta fe y esperanza como esos venerables documentos. Y si por acaso le faltase tiempo para dedicarse á tan vasta tarea, lea al ménos como una preciosa muestra las *Actas auténticas de santas Perpétua y Felicitas*. Verdad es que su mérito sólo será suficientemente apreciado por los doctos que entiendan el sencillo latin africano en que están escritas, mientras no exista una buena traduccion de estos y otros documentos igualmente interesantes de los primitivos tiempos del cristianismo. Las actas á que nos referimos son las mismas que conocia san Agustin, y no se pueden leer sin profunda emocion.

Compare el lector la sensibilidad febril y la exagerada exaltacion que un escritor frances se propuso producir con su imaginaria descripcion del *Ultimo dia de un reo de muerte*, á la melancolia sin afectacion y encantadora sencillez que resaltan en la análoga narracion de Vivia Perpétua, jóven romana de elevada alcurnia, de veinte y un años, y no vacilará en afirmar que las sencillas narraciones cristianas son infinitamente superiores en naturalidad, gracia é interes á las más atrevidas ficciones de la imaginacion. Si estamos apesadumbrados y sentimos inclinados nuestros débiles corazones á quejarse de las pequeñas persecuciones de la época presente, nada mejor podremos hacer que repasar esas veridicas historias, ó las de los nobles mártires de Lyon y Viena, ú otras de las muchas crónicas idénticas que existen, seguros de que lograremos reanimar nuestro desfallecido valor, considerando lo que sin exhalar una queja sufrieron por Jesucristo ancianos y niños, hombres y mujeres.

Pero volvamos á nuestra relacion. Pancracio y otros veinte, cargados de grillos y encadenados formando cuerda, fueron paseados por las calles más públicas y conducidos á la cárcel. Como apenas podían andar y con las cadenas á que estaban sujetos vacilaban y tropezaban á cada paso, sus conductores, no solo los apaleaban sin piedad, sino que permitian á

lo transeuntes que les abofeteasen y aporreasen cruelmente, ó les arrojasen piedras é inmundicias prodigándoles las injurias más soeces (1). Llegaron por fin á la cárcel Mamertina, en donde fueron introducidos á empellones entre otras muchas víctimas de ambos sexos que aguardaban la hora de ser arrastradas al sacrificio. Nuestro jóven patricio, miéntras era maniatado, aprovechó la ocasion para pedir á uno de sus aprehensores, prévia entrega de su bolsillo, que informara á Sebastian y á su madre de aquel acontecimiento.

Una cárcel en la antigua Roma no era ciertamente un lugar á donde el más miserable desvalido pudiese desear que le llevaran, con la esperanza de encontrar allí mejor manutencion y más cómodo albergue que el sthyo. Aun existen dos ó tres de aquellas cavernas, pues no merecen otro nombre, y por la breve descripcion que vamos á hacer de la ya mencionada podrá formar el lector idea de los tormentos por que pasaban los confesores de Cristo ántes de sufrir el martirio.

La cárcel Mamertina se componia de dos grandes salas subterráneas construidas una sobre otra, sin mas abertura que un agujero en el centro de la bóveda, por el cual entraban la luz, el aire, los alimentos, el ajuar y hasta los presos. Puede figurarse el lector la claridad y el aire que entrarian en el piso inferior cuando el superior estuviese completamente lleno. En las paredes, formadas con enormes peñascos, hállanse aun vestigios de fuertes anillos de hierro que servian para amarrar á los presos, aunque á muchos de estos se les tendia en el suelo con los piés metidos en el cepo. Por un refinamiento de crueldad los bárbaros opresores, para aumentar las ya insoportables incomodidades del húmedo piso, solian esparcir por él pedazos de vasijas rotas, y aquel era el único lecho donde los atormentados cristianos podian descansar sus doloridos y ensangrentados miembros. No es de extrañar, pues, que en África varios mártires á cuyo frente se hallaban los santos Saturnino y Dativo sucumbiesen á causa de los padecimientos que sufrieron en la cárcel. Las

(1) Véase la relacion de san Pothinus, *—*Augier, 1, pág. 146.

actas de los mártires de Lyon confirman que muchos de los recién llegados espiraban en la prision, víctimas de sufrimientos crueles, ántes de ser sometidos al tormento, mientras que otros, que regresaban á ella tan bárbaramente torturados que apenas daban señales de vida, recobraban á veces la salud sin asistencia de médico ni medicina alguna (1). Los cristianos solian proporcionarse por medio del soborno la entrada en aquellas moradas de dolor, mas no de tristeza, y facilitaban á sus amadísimos y venerados hermanos cuanto podia aliviar sus penas y aumentar sus consuelos temporales y espirituales.

La justicia romana exigia al ménos la observancia de ciertas fórmulas de enjuiciamiento, y por eso conducian siempre á los cristianos desde el calabozo al tribunal, en donde se les sujetaba á un interrogatorio, del que nos quedan abundantes y preciosas muestras en las actas proconsulares de los mártires, levantadas por el notario ó archivero del tribunal.

En el interrogatorio de Pothinus, obispo de Lyon, que contaba ya noventa años, al preguntarle quién era el Dios de los cristianos, respondió con sencilla dignidad: «Cuando seas digno, le conocerás (2).» A veces discutia el juez con el acusado, quedando casi siempre vencido, aunque los reos se limitaban por lo general á reiterar á cada pregunta su profesion de fe; pero en los más de los casos, como en el de cierto Tolomeo, galanamente narrado por san Justino, y en el de santa Perpétua, se contentaba el magistrado con preguntarles: «¿Eres cristiano?» Y al oír su respuesta afirmativa los condenaba á la pena capital.

Pancracio y sus compañeros fueron conducidos á presencia del juez tres dias ántes del *munus*, espectáculos públicos en los que debian luchar con las fieras.

—¿Quién eres? preguntó el juez á uno de ellos.

—Un cristiano por la gracia de Dios, le respondió.

—Y ¿tú? dijo el prefecto á Rústico.

(1) Ruinart, pág. 145.

(2) *Et dignus fueris, cognosces*. Ibid.

—Un esclavo del César; pero desde el momento en que profesé el cristianismo recibí la libertad del mismo Jesucristo, y por su gracia y misericordia participo de iguales esperanzas que esos otros á quienes teneis delante.

Volviéndose entónces el magistrado al santo sacerdote Luciano, no ménos venerable por sus virtudes que por sus años, continuó :

—Acércate : supongo que te prestarás de buen grado á adorar á los dioses y obedecer los decretos imperiales.

—Nadie, respondió el anciano, puede ser reprendido y castigado por cumplir con los preceptos de Cristo, nuestro Redentor.

—¿A qué ciencia y estudios te dedicas?

—He procurado poseer la ciencia toda y estudiado todos los ramos del saber humano; pero acabé por adherirme á las doctrinas del cristianismo, por más que desagraden á los que siguen los errores de falsas opiniones.

—¡Insensato! ¿Qué atractivo pueden tener para tí esos estudios?

—Inmenso, porque he conocido las doctrinas de los cristianos, las únicas verdaderas.

—Veamos esas doctrinas.

—Consisten en creer en un solo Dios, verdadero autor y criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en nuestro Señor Jesucristo, su único Hijo, anunciado por los profetas, el cual vendrá á juzgar á los hombres; predica la salud y concede la salvacion á los que de veras escuchan su palabra. Yo, débil y miserable criatura, no me considero capaz de explicaros dignamente su *infinita Divinidad* : eso sólo es dado á los profetas (1).

—De lo que pareces muy capaz, dijo el prefecto, es de embaucar á los incautos enseñándoles el error, y tu castigo debe ser por lo tanto más severo. ¡Hola! Poned á este Luciano en el cepo con los piés extendidos hasta el quinto agujero (2).

(1) *Actas de san Justino*.—Ruinar, pág. 129.

(2) La mayor dilatacion del cepo, de que se hace mencion.

Dirigiéndose luego á dos mujeres que tambien fueran conducidas al tribunal, preguntólas :

—Y vosotras dos ¿cómo os llamais? ¿Cuál es vuestro estado?

—Yo soy cristiana, me llamo Segunda y no tengo otro esposo que Cristo, replicó la primera.

—Y yo, añadió la otra, soy viuda, de nombre Rufina, y profeso la misma salvadora creencia.

Después de dirigir idénticas preguntas á los demas presos y obtener de todos respuestas parecidas , á excepcion de un desgraciado que , con gran pesar de sus compañeros , vaciló y convino en sacrificar á los dioses, encaróse el prefecto con Pancracio diciéndo:

—En cuanto á tí, audaz mancebo, que osaste arrancar el edicto de los divinos emperadores , tambien serás perdonado si ofreces holocausto á las deidades. Muéstranos tu piedad y cordura, pues que todavía cuentas pocos años.

Pancracio después de santiguarse respondió con firmeza:

—Soy siervo de Cristo: le confiesan mis labios, reina en mi corazon y le adoro incesantemente. Acatando á un solo Dios, mi adolescencia posee la sabiduría de la edad madura. Vuestros dioses y sus adoradores están condenados á destruccion eterna (1).

—Dad á ese muñeco una bofetada en la boca por su blasfemia y azotadle, vociferó el prefecto encolerizado.

—Te agradezco, dijo con mansedumbre el mancebo, que me impongas algun castigo igual al que sufrió el Señor mi Dios (2).

El prefecto pronunció la sentencia en la siguiente usada forma :

« Mandamos que Luciano , Pancracio , Rúsico y compañeros, y las mujeres Segunda y Rufina, que declarándose cristianos se niegan á obedecer á los sagrados emperadores y á sacrificar á los dioses de Rom 1, sean expuestos á las fieras en el anfiteatro de Flavio.

(1) Ruinart, pág. 56, *Actas de santa Felicitas y sus hijos*.

(2) Ibid., pág. 220, *Actas de santa Perpetua*, etc.



La muchedumbre acogió la sentencia con exclamaciones de frenético y sañudo gozo, y siguió á los confesores hasta á la cárcel con desaforadas voces, si bien calmóse pronto, sorprendida y desarmada por el digno porte y serenidad impasible de los sentenciados, y aun alguno aseguró que los cristianos debían haberse perfumado, porque la atmósfera, que les rodeaba despedía una suavisima fragancia (1).

## CAPÍTULO XXII.

### El Viático.

Notable era en verdad el contraste que formaban el furor y el tumulto de afuera con la escena que tenía lugar dentro de la cárcel. En ella todo era paz, serenidad y contento, y en las toscas piedras de los muros y en las negras bóvedas resonaban los himnos que dirigía y entonaba Pancracio. A los cánticos que elevaban los presos del calabozo inferior contestaban los cánticos de los de arriba, como si un abismo respondiese á otro abismo, y alternando y en coro cantaban versos de los salmos adecuados á las circunstancias.

La víspera de la lucha de los cristianos con las fieras, ó por mejor decir del día en que debían ser despedazados por ellas, era el en que gozaban de mayor libertad; los amigos de las víctimas designadas podían visitarlas, y aprovechándose de aquel permiso los fieles acudían en tropel á la cárcel para encomendarse á las oraciones de los bienaventurados confesores de Cristo. Por la noche los sacaban de sus mazmorras y les servían la *cena libre*, que era una especie de banquete público abundante y aun delicado. Multitud de gentiles se agrupaba al rededor de la mesa, atraída por la curiosidad de observar el porte y semblante de los próximos combatientes. Para los sentenciados cristianos aquella cena

(1) Págs. 146 y 219, *Actas de los mártires de Lyon*.

era un verdadero *agape* ó fiesta de amor, porque comían y conversaban tranquila y jovialmente; de modo que los curiosos no veían en ellos las bravatas ni las imprecaciones, abatimiento ó amarga tristeza de los reos ordinarios. Pancracio, sin embargo, reprendió una ó dos veces la impía curiosidad y las ofensivas observaciones de la muchedumbre, diciendo:

—¿No os basta con el espectáculo de mañana, que venís á contemplar de antemano los objetos de vuestro odio? Pues examinad detenidamente nuestras facciones para que nos reconozcáis en el día del juicio.

Retiráronse muchos avergonzados de aquella severa reprensión, que en varios produjo el saludable efecto de convertirlos (1).

Pero mientras que los verdugos pretendían fortalecer con un banquete los cuerpos de las víctimas, su madre la Iglesia preparaba otro más exquisito para las almas de sus hijos. Los diáconos no habían dejado un solo instanté de asistirlos, con especialidad Reparado, que de buena gana se uniera á ellos para sufrir el martirio si no le privaran por entónces de esta gloria los deberes de su ministerio. Despues de provistas en lo posible las necesidades temporales de los sentenciados, púsose de acuerdo con el piadoso presbítero Dionisio, que aun seguía morando en casa de Ines, para mandar despues de oscurecer suficiente cantidad del Pan de vida para confortar por la mañana á los campeones de Cristo ántes de la hora del combate. Aunque segun la práctica establecida eran los diáconos quienes trasportaban las formas consagradas desde la iglesia principal á las subalternas, en donde las distribuían los titulares, se confiaba á los ministros inferiores el cargo de llevarlas á los mártires y moribundos. En aquel día, más que en ningun otro, era peligrosísimo el cumplimiento de tal deber, pues no solo estaban sobreexcitadas las pasiones de los gentiles con la próxima carnicería de tantas víctimas cristianas, sino que por las re-

(1) Pág. 219, *Actas de los mártires de Lyon.*

velaciones de Torcuato se sabia que Fulvio había anotado minuciosamente y transmitido á sus espías las señas de todos los ministros del santuario.

- Preparado ya en la iglesia el Pan sacrosanto , el sacerdote que oficiaba tendió una mirada por los congregados para calcular quién podia ser su portador más seguro. Antes que otro alguno se ofreciese á desempeñar tan arriesgada como caritativa comision estaba ya de rodillas ante el sacerdote el jóven acólito Tarcisio , quien con las manos extendidas en actitud de recibir el sagrado depósito, y animado su rostro de serafín por una expresion atractiva de angelical inocencia , parecia, no ya que solicitaba una preferencia, sino que reclamaba un derecho.

—Eres aun demasiado niño, hijo mio, le dijo el buen sacerdote admirado del hermoso cuadro que ante sí tenia.

—Mis pocos años mismos , santo padre , contestó Tarcisio, me servirán de proteccion y escudo. No me rehuséis tan señalada honra.

Arrasáronse de lágrimas los ojos del niño y en su rostro se retrató una modesta emocion. Alargando más y más los brazos era tal el fervoroso anhelo de su súplica , que fue imposible al sacerdote resistirla por más tiempo. Tomó, pues, el Sacramento, y envolviéndole cuidadosamente en un blanco lienzo, y este en otra tela , lo puso en las manos del jóven acólito, diciendo :

—No olvides que es un tesoro sin igual el que confiamos á tu débil custodia. Evita los lugares públicos en tu camino, y tén presente que las cosas santas no deben ser pasto de los perros , ni las margaritas arrojarse á los puercos. ¿ Guardarás con fidelidad estos dones sagrados de Dios ?

—Primero moriré que entregarlos , respondió el piadoso mancebo ocultando en su pecho debajo de la túnica el celestial depósito, y alejándose con alegre reverencia.

Con una gravedad de continente impropia de sus pocos años atravesó de prisa el portador del divino manjar las calles de la ciudad , evitando las muy concurridas con igual cuidado que las demasiado solitarias.

Al pasar con los brazos cruzados sobre el pecho por delante de un magnífico edificio, la dueña de aquel palacio, señora rica y sin hijos, se prendó tanto de su belleza y dulce expresión que saliéndole al paso le dijo:

—Detente un momento, querido niño, y dime cómo te llamas y dónde viven tus padres.

—Soy el huérfano Tarcisio y sólo tengo una casa, cuyo nombre acaso no oirías con agrado.

—Pues entra en la mía y descansa, que deseo hablarte. ¡Ah! ¡si tuviera yo un hijo como tú!

—Ahora, noble señora, no puedo. Debo cumplir una obligación sagrada y solemne sin detenerme ni un instante.

—Siendo así, prométeme que vendrás mañana. Esta es mi casa.

—No faltaré si vivo, respondió el mancebo con cierta inspiración en la mirada, que le asemejaba á un mensajero de otra más alta esfera.

Siguióle con la vista la dama, y después de algunas vacilaciones se determinó á seguirle. Al poco rato oyó desaforadas voces de un tumulto que la obligaron á detenerse, hasta que apaciguadas del todo prosiguió de nuevo su camino.

Mientras tanto Tarcisio, con el pensamiento ocupado en algo más alto que la herencia de la opulenta matrona, seguía andando con acelerado paso, y llegó á una plaza en donde varios muchachos escapados de la escuela se disponían á jugar.

—Falta uno para estar completos, dijo el que parecía capitanearlos. ¿Dónde le hallaremos ahora? añadió tendiendo á su alrededor una afanosa mirada.

—Aquí está ya, exclamó gozoso otro de los rapazuelos. Ahí llega Tarcisio, á quien no he visto hace un siglo, y es muy hábil en toda clase de juegos. Vén acá, Tarcisio, añadió dirigiéndose á él y deteniéndole por un brazo. ¿A dónde vas tan de prisa? Vén y juega con nosotros; no seas huraño.

—Ahora no puedo, Petilio; de veras que no puedo. Voy á una diligencia muy importante.

—Pues has de jugar quieras ó no, exclamó, asegurándole el primer interlócutor, que era un mocito robusto y fanfar-

ron. Yo no aguanto terquedades ni sufro desaires cuando deseo una cosa. Con que quédate con nosotros, y á jugar.

—Dejadme seguir mi camino, dijo el pobre muchacho con acento suplicante; os lo ruego.

—No lo esperes, replicó el otro. Pero ¡calle! ¿Qué llevas escondido en el pecho con tanto misterio? ¿Alguna carta?... A bien que no echará á volar porque esté media hora fuera del nido. Dámela y te la pondré en sitio seguro mientras jugamos.

Y así diciendo llevó la mano al pecho de Tarcisio para sacarle el sagrado depósito.

—¡Jamás, jamás! exclamó el niño levantando sus miradas al cielo.

—Pues me acomoda ver, insistió bruscamente el otro, qué secretitos son esos.\*

Y principió á forcejear con él para separarle los brazos. Al ruido de la contienda acudieron varios vecinos preguntando el motivo de ella; mas sólo vieron á un muchacho que cruzado de brazos parecia estar dotado de una fuerza sobrenatural, segun resistia los esfuerzos de otro mayor y más robusto que se obstinaba en hacerle descubrir lo que llevaba en el pecho. Pescozones, puñadas, puntapiés, todo era en balde; todo lo sufría el niño sin murmurar una sola queja, sin hacer lo más mínimo para defenderse, pero firme en su propósito de no soltar su tesoro.

—¿Qué será? ¿qué no será? se preguntaban los circunstantes á tiempo que acertó á pasar por allí Fulvio, y se acercó al corro que rodeaba á los combatientes. Al punto reconoció á Tarcisio por haberlo visto en la ordenacion de diciembre, y como al reparar en su elegante porte le dirigiesen las mismas preguntas, les respondió en tono despreciativo volviendo la espalda:

—¿Qué ha de ser? Un asno cristiano que lleva á cuestas los misterios (1).

No fue menester más. Fulvio, al paso que desdeñaba presa

(1) *Asinus portans mysteria*.—Proverbio latino.

para él tan insignificante, estaba convencido de que sus palabras infundirían en los gentiles el deseo de conocer aquellos misterios y el ansia de insultarlos. Así fue que se alzó una voz general exigiendo á Tarcisio que mostrase lo que llevaba.

—¡ Jamas , jamas , jamas ! repetia por toda contestacion el niño.

Un herrero le descargó entónces sobre la cabeza un terrible golpe que le aturdió y dejó casi sin sentido, al cual siguieron otros muchos , hasta que el infeliz , cubierto de contusiones , pero con los brazos siempre cruzados sobre el pecho, no pudo ya sostenerse y dió con su cuerpo en tierra. Arrojóse á él la desapiadada turba , é iba ya á desencajarle los brazos para apoderarse del sacratísimo depósito, cuando de repente abren paso los garfios de uñas manazas de gigante, y estos van rodando á un extremo de la plaza , aquellos voltean por el aire sin saber quién los arroja, y caen medio reventados en el mismo lugar que ocupaban, mientras que otros, apelando á sus piernas se dispersaron al contemplar al soldado de talla atlética , autor de tal zafarrancho. Puesta ya en derrota la infantil canalla , y despejado el lugar de la escena , púsose de rodillas y con el rostro bañado en lágrimas incorporó al moribundo niño con la misma ternura que una madre, y le preguntó con cariñoso acento:

—¿ Te han hecho mucho daño, Tarcisio ?

—No pases pena por mí , Cuadrado , respondió el niño abriendo los ojos y sonriendo como un ángel. Llevaba los divinos misterios... no puedo ya... cuida tú de ellos.

Levantó el soldado en sus brazos al niño con doble respeto, como si llevara en ellos, no solo á la tierna criatura sacrificada en flor, sino tambien al mismo Rey y Señor de los mártires , á la divina Víctima inmolada por la redencion del linaje humano. El niño descansaba confiadamente la cabeza en los hombros del centurion , pero sus manos y brazos no abandonaban un momento la custodia del tesoro que se le confiara. Al esforzado centurion parecia ligera la doble carga, y con ella siguió caminando sin que nadie saliese á de-

tenerle, á no ser una dama que se le quedó mirando de hito en hito espantada. Acercósele para ver más de cerca al que conducía, y cuando le reconoció :

— ¡Es posible ! exclamó horrorizada. ¿Es ese el Tarcisio que pasó por frente de mi casa hace un instante tan bello y gracioso? ¿Quién le ha desfigurado de esa manera?

— Señora, replicó Cuadrado, le han asesinado porque era cristiano.

Conmovida la dama quedóse contemplando por un momento el rostro del niño, el cual abrió los ojos, los fijó en ella con angélica sonrisa y exhaló el último suspiro. De aquella mirada debió brotar la luz de la fe, pues la noble matrona corrió apresuradamente á abrazar la religion de Cristo.

Cuando Cuadrado entró en la cárcel con Tarcisio muerto en sus brazos inundáronse de lágrimas los ojos del venerable Dionisio, en términos que apenas veía al separar las manos del niño para sacar de entre su ropa inviolado é intacto al Santo de los santos. Ahora que dormía el sueño de los mártires le pareció que el niño se asemejaba más todavía á un ángel que cuando una hora ántes respiraba lleno de vida. El cadáver fue trasladado por el mismo Cuadrado al cementerio de Calixto, donde le enterraron en medio de la admiración de otras muchas personas antiguas en la fe, que no se cansaban de contemplarle; y el santo papa Dámaso le compuso más tarde el siguiente epitafio, que nadie podrá leer sin convencerse de que entónces como ahora era de fe la presencia real del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía :

*«Tarcisium sanctum Christi sacramenta gerentem,  
Cum male sana manus peteret vulgare profanis ;  
Ipse animam potius voluit dimillere cæsus  
Prodere quam canibus rabidis cælestia membra (1).»*

El Martirologio romano menciona á Tarcisio el 15 de agos-

(1) «Queríéndole á Tarcisio almas brutales  
Arrebatár de Cristo el Sacramento

to como á un mártir, cuyo aniversario se celebraba en el cementerio de Calixto, desde donde fueron á su debido tiempo trasladadas sus reliquias á la iglesia de San Silvestre del Campo, segun lo testifica una inscripcion antigua.

La noticia de aquel suceso no llegó afortunadamente á conocimiento de los prisioneros hasta despues del banquete, pues el solo temor de que les faltara el alimento espiritual en el cual cifraban su principal fortaleza podria turbar la serenidad de sus almas. En esto entró Sebastian y conoció al punto que sabian ya la deplorable nueva del sacrificio del niño, que le refriera su centurion Cuadrado. Para reanimar y consolar á los confesores de Cristo aseguróles que no serian privados del suspirado manjar, y acercándose al diácono Reparado le habló al oído algunas palabras.

Sebastian, que por su elevada posicion social era conocido de todos los guardias, entraba y salia fácilmente de la cárcel, en donde con su infatigable actividad iba todos los dias á alentar á los futuros mártires y á dulcificar sus padecimientos. Esta vez llevaba, ademas del dicho objeto, el muy especial de despedirse de su amadísimo Pancracio, que deseaba con vehemencia aquella entrevista. Retiráronse los dos á un rincón, y el noble mancebo fue el primero en tomar la palabra.

—¿Te acuerdas, Sebastian, le dijo, de aquella noche en que desde tu ventana oímos los rugidos de las fieras y divisámos los arcos del Anfiteatro, como abiertos para dejar paso al triunfo de los cristianos?

—Sí, mi querido amigo; tengo muy presente esa noche, en que parecia que el corazon te presagiaba la escena que mañana debes presenciar.

Dió de su vida el postrimer aliento  
Por no entregar los miembros celestiales.»

#### *Cármén XVIII.*

Véanse tambien las notas de Baronio al Martirologio. Las palabras *Christi celestia membra*, aplicadas á la sagrada Eucaristia, suministran una prueba accidental, pero concluyente, de la identidad de los pensamientos habituales en la antigüedad, que son de más valor que las frases estudiadas ó convencionales.



—En efecto: presentia entónces que seria uno de los primeros en saciar la voracidad, el implacable furor de esos instrumentos de la crueldad humana. Mas conforme se va acercando la hora más indigno me considero de tan inmensa honra. Sí, Sebastian, ¿qué he hecho yo, no ya para merecer, sino siquiera para obtener esta preferencia?

—¡Oh! tú sabes Pancracio, que no es el que la desea ni el que corre en pos de ella sino al que Dios quiere concederla quien tiene la dicha de alcanzar su misericordia y ser uno de sus escogidos. Pero dejando eso á un lado, dime: ¿qué sientes á la vista del glorioso destino que te aguarda mañana?

—Me parece tan magnífico, tan superior á mis escasos merecimientos, que á veces dudo si es realidad ó sueño lo que me sucede. Tú mismo ¿no consideras como una increíble maravilla que yo, que pasaré esta noche en una mazmorra fria, oscura y horrorosa, esté mañana ántes de ponerse el sol escuchando el sonido de las arpas seráficas, presenciando la procesion de los santos vestidos de blancas túnicas, aspirando la dulce fragancia del incienso del Paraíso y bebiendo en las cristalinas y refrigerantes aguas del manantial de vida?

—Y ¿no sientes más, amigo mio?

—¡Oh! sí, muchísimo más de lo que es dado decir sin presunción ni orgullo. Y ¿no lo es que yo, niño que acaba de salir de la escuela y nada ha hecho por Cristo, pueda decirme: «Mañana le veré cara á cara, y le adoraré, y recibiré de Él una palma y una corona, y, lo que es todavía más, un amoroso abrazo?» Se me figura esta esperanza tan deliciosa, que casi me estremezco al pensar que en breve dejará de serlo. Y sin embargo, Sebastian, continuó fervorosamente estrechando las manos de su amigo; eso que á veces dudo si será un sueño, es la verdad.

—Sí, la verdad, repitió Sebastian.

—Sí, amigo mio, sí, continuó con creciente exaltacion el tranchebo; y aun alcanzaré más: cerrar los ojos á los semblantes de los hombres para abrirlos á la faz de Dios; dor-

mirse para no mirar miles de rostros que sólo expresan odio, desprecio y cólera, para encontrarse al despertar ante ese Sol de inteligencia, cuyo esplendor nos abrasaría ó deslumbraría si sus rayos no nos rodeasen, penetrasen y vivificasen; sumergirse luego en el fondo del corazón de Dios y en el ardiente océano de su amor y misericordia... ¡Ah, Sebastian, Sebastian! ¿No te parece demasiada presunción en mí decir que mañana... Pero ¿oyes? la guardia del Capitolio anuncia la media noche... ¡Oh! ¡no es ya mañana, no! ¡es hoy, hoy mismo cuando mi espíritu estará gozando de todo esto!

—¡Dichoso tú, Pancracio mío, exclamó el soldado, que así te anticipas algunas horas el goce de las inefables delicias que te esperan!

—Pero, querido Sebastian, continuó el mancebo como si no advirtiese la exclamación del tribuno, lo que más me enajena y acredita la bondad y misericordia que Dios muestra conmigo es el género de muerte que me concede, porque ¡cuánto más voluntaria y gozosamente no debe uno á mi edad arrostrar una muerte que pone fin á todo lo abominable de la tierra, evitándonos el aspecto de fieras horrendas y hombres pecadores, poco ménos horrendos que ellas, y apagando en nuestros oídos los aullidos infernales de los unos y los bramidos de las otras!... ¡Cuánto más doloroso no sería ver á mi lado á madre tan tierna como la mía, y espirar llevándose su última mirada y cerrando los oídos á sus resignados ayes! Mañana, sin embargo, la veré y oiré su voz amada ántes de la lucha, segun tenemos convenido; pero estoy cierto de que no tratará de enervar mi fortaleza.

Al recuerdo de su madre aparecieron las lágrimas en los ojos del afectuoso mancebo; pero enjugándolas con presteza tomó un aire jovial y añadió:

—Ahora que recuerdo, Sebastian, no me cumpliste tu doble promesa de revelarme los secretos que me ocultabas. Aprovecha esta ocasión, porque es la única.

—¿Recuerdas qué secretos eran?

—¡Cómo no, si me han hecho cavilar muchísimo! En primer lugar, la noche que nos reunimos en tu aposento dijiste

que existia un motivo bastante poderoso para refrenar tu ardiente deseo de morir por Cristo; y posteriormente rehusaste manifestarme la razon que] te asistia para mandarme salir precipitadamente para la Campania, añadiendo que los dos secretos no eran más que uno, cosa que en verdad no comprendo.

—Y sin embargo es así, replicó Sebastian. Prometi, Pancracio, velar por tu verdadera felicidad: era un deber de amistad y de caridad que me habia impuesto. Veia el ansia con que aspirabas al martirio; conocia el ardiente temperamento de tu corazon inexperto, y temia no te comprometieses por alguna acción atrevida, capaz de empañar la pureza de tus deseos, siquiera fuese tan ligeramente como el aliento empaña el más fino acero; temia, en una palabra, que marchitases una sola hoja de tu palma. Para evitarlo resolví dominar mis no ménos vehementes aspiraciones hasta alejarte del peligro. ¿Obré bien ó no, Pancracio?

—¡Oh qué bondad tan noble la tuya, Sebastian! Pero ¿qué relacion puede existir entre esto y el viaje que luego me ordenaste?

—Al permanecer en Roma te habrian arrestado por el atrevimiento de arrancar el edicto, ó por las invectivas que dirigiste al magistrado que presidia el tribunal. Es indudable que te habrian condenado y padecerias por Cristo; pero la causa de tu sentencia apareceria muy distinta, porque calificarian tu justa indignacion de delito civil y de traicion á los emperadores. Tal vez los paganos te elogiarian señalándote como á un mancebo valiente y osado; tal vez una fugitiva nube de vanagloria nublara entónces la pureza de tu alma; y aun cuando así no fuera, te privarian de esa ignominia, que constituye el mejor blason y la gloria especial de los que mueren sólo por ser cristianos.

—Tienes razon, Sebastian, dijo Pancracio ruborizándose.

—Así es que cuando llegó á mi noticia tu arresto en el momento de ejercer un generoso acto de caridad con los confesores de Cristo; que te condujeron atado á una cadena de penados como un criminal ordinario, escarneciéndote y ape-

dreándote como á los demas creyentes ; en fin , cuando oí que la sentencia contra tí pronunciada te confundia con los demas presos, sin otra causa para condenarte que la de ser cristiano, me consideré libre del empeño contraído y ni un dedo habria levantado para salvarte.

—¡Oh! el amor que me profesas se asemeja al de Dios. ¡Cuánta sabiduría , cuánta generosidad , cuánto desprendimiento ! exclamó Pancracio sollozando y arrojándose al cuello de su amigo. Un favor más quisiera merecerte : prométeme que estarás cerca de mí hasta el último momento y que entregarás mi último legado á mi querida madre.

—Así lo haré aunque sea á costa de mi vida. Corta será nuestra separacion , Pancracio.

En esto avisó el diácono que todo estaba dispuesto para ofrecer el santo holocausto en el calabozo mismo. Los dos amigos miraron al rededor, y Pancracio quedó verdaderamente sorprendido al observar lo que pasaba. El santo sacerdote Luciano yacia en el suelo con los piés metidos en la *catasta* ó cepo, en una posicion penosísima que no le permitia incorporarse. Sobre su pecho habia desplegado el diácono Reparado los tres lienzo que para cubrir el altar se requerian , y encima de ellos estaba el pan sin levadura y el cáliz con vino y agua , que el diácono aseguraba con la mano. El venerable sacerdote con los ojos levantados al cielo recitaba las oraciones prescritas por la Iglesia para ántes de la oblacion y la consagracion. En seguida fuéron acercándosele devotamente los fieles, y con lágrimas de gratitud recibieron de sus manos consagradas cada uno su parte—es decir, la totalidad—del místico manjar (1).

¡Bello al par que maravilloso ejemplo de la facultad de la Iglesia de Dios para adaptarse á las circunstancias ! Si bien son inmutables las leyes porque se rige , hasta cuando consiente en que se modifique su estricta observancia en-

(1) En Antioquía se celebraron de igual suerte los divinos misterios por un sacerdote, llamado tambien Luciano, segun consta de sus actas.—Rulmart , t. III , pág. 182; en la nota.

cuentra con su ingeniosa y maternal solicitud medios para demostrar los principios en que aquellas se fundan, y aun las mismas excepciones no son sino una aplicacion más sublime de los principios. Yacia allí un ministro de Dios, un dispensador de sus misterios, á quien por sola una vez le era concedido el privilegio de asemejarse más que los otros de su clase á Aquel á quien representaba, haciendo á un mismo tiempo, como Él, de sacerdote y de altar. La Iglesia prescribia que el santo sacrificio sólo podia ofrecerse sobre las reliquias de los mártires, y hé aquí un mártir que por una singular prerogativa pudo ofrecerle sobre su propio cuerpo. Aunque vivo, yacia «bajo los piés de Dios.» Palpitábale todavía el pecho y latíale el corazon bajo los divinos misterios; pero esta era la única parte de accion del sacerdote: todo lo demas estaba ya muerto en él: ya habia hecho el sacrificio de su vida, y un solo golpe faltaba para consumarlo. La vida de Cristo era la única que animaba exterior é interiormente el santuario de aquel pecho. ¿Cabia preparar más dignamente el Viático para mártires (1)?

## CAPÍTULO XXIII.

### La lucha.

Amaneció el dia claro y frio, y dorando con sus rayos el sol los chapiteles de los templos y otros edificios públicos parecia quererles dar cierto aire de fiesta, engalanándolos con su resplandeciente brillo. El pueblo tambien principiaba á transitar por las calles, ataviado con mayor esmero y riqueza, en direccion al Anfiteatro de Flavio, conocido hoy con el nombre de Coliseo, punto en donde desembocaban todas

(1) *Vivo aulem, jam non ego; vivit vero in me Christus.* Y vivo ya no yo; mas vive Cristo en mí.—*Ad Galat.*, cap. II, v. 20.

las vías. Cada cual dirigía sus pasos hacia el arco que indicaba su billete, y el enorme monstruo absorbía poco á poco torrentes de seres animados, hasta que subiendo y ocupando unos tras otros los andamios quedó henchido de una move-diza masa de rostros humanos. Luego que se halle sácia de sangre é inflamada de cólera volverá esa masa á desbordarse saliendo por las mismas puertas por donde entró, que llevarán entónces con mayor propiedad su nombre de *vomitorios*, porque jamas tan hediondo depósito vomitó corriente más corrompida y enturbiada por el cieno de la humanidad, que aquel populacho de Roma que, saciado de la sangre de los mártires, destilaba por los poros del espléndido Anfiteatro.

El emperador asistía al espectáculo, rodeado de su corte y con la faustosa pompa que correspondía á una fiesta imperial, no ménos ávido que sus vasallos de presenciar los crueles juegos y alimentar sus ojos con un festín de sangre. Alzabase su trono en la parte oriental del edificio, en medio de un ancho espacio magníficamente adornado y reservado para la corte, llamado el *pulvinar*.

Sucedieronse varios juegos, y más de un gladiador muerto ó herido regó con su sangre la blanca arena, cuando sediento de más atroces combates principió el pueblo á clamar, ó por mejor decir á rugir, pidiendo que saliesen los cristianos y las fieras.

Pero hora es ya de que volvamos á nuestros cautivos.

Antes de que los ciudadanos se encaminasen hacia el Anfiteatro fueron aquellos trasladados de la cárcel á un aposento bien amurallado y guardado, llamado el *spoliatorium*, donde les quitaron las cadenas y los grillos. Se intentó vestirles los trajes pomposos de los sacerdotes y sacerdotisas gentiles, mas se resistieron alegando que, pues habian venido espontáneamente á la lucha, era injusto obligarles á entrar en ella con un disfraz que aborrecían. Durante la primera parte del día permanecieron allí juntos animándose unos á otros y cantando alabanzas al Señor, á pesar de la algazara que de vez en cuando ahogaba sus voces.

Mientras se preparaban de este modo á bien morir entró

repentinamente Corvino, y con una insolente mirada de triunfo se dirigió á Pancracio diciéndole :

—Gracias sean dadas á los dioses que al fin lució el día por mí tan deseado. Larga y terrible ha sido la lucha entre los dos... pero el triunfo es mío.

—No entiendo, Corvino, lo que dices. ¿Cuándo y dónde luché yo contigo?

—Siempre y en todas partes. Fuiste mi pesadilla por la noche, y de día vagabas ante mí como un fantasma que se desvanecía cuando iba á echarle la mano. Has sido mi verdugo, mi genio malo. Te aborrecí, te condené á los dioses infernales, te maldecí, te execré; pero al fin llegó el día de mi venganza.

—Páreceme, dijo Pancracio sonriéndose, que no puede llamarse lucha aquella en que sólo entra un lidiador, puesto que yo nada de eso he sentido ni deseado contra tí.

—Con que ¿no? ¿Piensas que te creeré, á tí que te has arrastrado á mis plantas como una víbora para mordirme y derribarme?

—¿En dónde? vuelvo á preguntarte.

—Repito que en todas partes; en la escuela, en casa de Ines, en el Foro, en el cementerio, en el mismo tribunal de mi padre, en la quinta de Cromacio... en todas partes.

—Y en otro lugar que no has citado. Cuando tu carruaje corría desbozado impetuosamente por la vía Appia, ántes de hacerse pedazos. ¿No oíste el galope de dos caballos que procuraban alcanzarte?

—¡Ah malvado! exclamó enfurecido el hijo del prefecto. Con que ¿fue tu maldito caballo el que espantó á los míos y por poco me ocasiona la muerte?

—No tal, Corvino; óyeme con calma, pues es la última vez que nos hablamos. Yo viajaba á paso lento hácia Roma en compañía de un amigo, despues de dar sepultura á nuestro maestro Casiano...

Corvino hizo un movimiento de sorpresa, porque ignora aun este detalle. Pancracio continuó:

—De pronto llegó á nuestros oídos el ruido de un carrua-

je que iba delante , tirado al parecer por caballos desbocados , y entónces aguijámos á los nuestros ; lo cual no fue poca fortuna para tí.

—¿ Por qué ?

—Porque llegué justamente cuando extenuado, casi yerto de frio á causa de tus repetidas zabullidas en el agua del canal , y desprendido del último arbusto á que se asieron tus entumecidas manos , ibas á caer de nuevo y á hundirte para siempre en la corriente Pontina. Te ví , te conocí al sacarte á la orilla... Tenia en mi poder al asesino del hombre á quien tanto estimaba. Parecia que la justicia divina descargaba sobre tí: sólo faltaba mi voluntad para aniquilarte... Aquel era mi dia de venganza , y la tomé cumplida.

—¿ Cómo ?

—Sacándote del agua , extendiéndote en la orilla , calentándote para que tu corazon recobrara sus latidos , y entregándote al cuidado de tus numidas despues de haberte arancado de los brazos de la muerte.

—¡ Mientes ! gritó Corvino , pues ellos fueron los que me sacaron del agua.

—Y ¿ fueron tambien tus numidas los que te entregaron despues de salvarte mi navaja y tu bolsillo de piel de leopardo , que encontré en el suelo ?

—No: me dijeron que el bolsillo se habria quedado en el agua. Era efectivamente de piel de leopardo , regalo de una hechicera africana. Pero ¿ qué decias de la navaja ?

—Que aquí la tienes ; mírala , aun está enmohecida por el agua. El bolsillo lo entregué á tus esclavos , pero guardé la navaja. Vuelve á mirarla. ¿ Me crees ahora ? ¿ He sido siempre una vibora para tí ?

Falto de generosidad para confesarse vencido en la lucha , Corvino experimentó tan sólo el dolor de verse humillado , rebajado ante su antiguo condiscipulo , reducido en sus manos á menudo polvo. La vergüenza penetraba hasta el fondo de su corazon. Sintióse mareado y vacilante al andar , y cabizbajo y silencioso alejóse maquinalmente , maldiciendo del emperador , de los juegos del Anfiteatro , de la infernal alga-



zara de la plebe, de las fieras, de sus caballos y carruaje, de su padre y [hasta de sí mismo ; de todo, en fin , excepto de uno solo á quien no le era posible execrar ya... á Pancracio.

Llegaba casi á la puerta cuando le llamó nuestro mancebo. Volvióse Corvino mirándole con respeto, si no con afecto. Entonces Pancracio, asiéndole suavemente del brazo, le dijo:

—Corvino, libre y espontáneamente te perdono de todo corazon ; empero hay Uno arriba que no puede perdonar sino al que se arrepiente. Esfuérzate en obtener su misericordia , pues de lo contrario te pronostico que perecerás de la misma muerte que yo, sea cual fuere la que hoy me aguarda.

Corvino se escabulló y no se presentó más en público aquel día , privándose del espectáculo que acariciara de antemano su deseo rencoroso, y cuya realizacion con tanta vehemencia anhelara durante meses enteros. Concluida la fiesta le encontró su padre completamente ebrio, único medio con que pretendia acallar sus remordimientos.

Al salir él de la cárcel entraba el *lanista* ó jefe de los gladiadores para anunciar á los presos que era llegada la hora del combate. Abrazáronse unos á otros y se dieron la última despedida hasta el cielo. De allí pasaron á la *arena* ó circo del Anfiteatro, que estaba frente al palco imperial, atravesando por entre dos filas de *venatores* ó monteros, á cuyo cuidado estaban las fieras , y que provistos de gruesas fustas descargaban un latigazo sobre cada preso, á medida que pasaba. Despues fueron expuestos al furor de las fieras, individualmente ó en grupos , segun lo pedia el público ó lo disponian los directores del espectáculo. A veces se colocaba la víctima sobre una elevada plataforma para que se la distinguiese mejor, ó se la ataba á un poste para que estuviese más indefensa. Una de las diversiones favoritas consistia en meterlos en una especie de red para que los cuernos del toro les revolcasen por el suelo ó les arrojasen al aire (1). Una sola

(1) Véanse las Actas de los mártires de Lyon (Ruinart, tom. I, página 152), donde se lee la relacion detallada del martirio de un mancebo de quince años. Pueden verse tambien las de las santas Perpétua y Felicitas, pág. 221.

embestida de las fieras bastaba á menudo para acabar con el mártir, al paso que otras veces le embestian dos ó tres diferentes animales sin causarle herida alguna mortal. Cuando esto acontecia volvian al confesor á la cárcel para que se le aplicaran nuevos tormentos, ó al *spoliatorium*, en donde los aprendices de gladiadores se divertian en rematarle.

Pero nos contentarémos por ahora con seguir á nuestro jóven héroe Pancracio en sus últimos momentos. Al cruzar el corredor que conducia al Anfiteatro vió á un lado á Sebastian con una dama envuelta y rebozada en su manto. Reconocióla al punto, detúvose ante ella, se arrodilló, le tomó la mano y le dijo besándosela con el mayor cariño :

—En esta hora de triunfo dame tu bendicion, madre mia, segun me prometiste.

—Hijo mio, contestó Lucina con acento sereno, levanta los ojos al cielo, en donde te aguarda Cristo con sus santos. Combate por la bienaventuranza de tu alma, y muéstrate firme y leal en tu amor á nuestro Salvador (1). Acuérdate tambien de tu padre, cuya preciosa reliquia pende de tu cuello.

—Esta reliquia tendrá doble estimacion á tus ojos, querida madre mia, ántes de pocas horas.

—Ea, adelante y basta de charla, exclamó el *lanista* descargando un varapalo sobre Pancracio.

Lucina se retiró, miéntras Sebastian, apretando la mano al mancebo, le decia en voz baja :

—¡Animo, Pancracio ! ¡ valor, y que Dios te bendiga ! Yo voy á colocarme cerca del emperador : envíame allá tu bendicion y tu última mirada.

—¡Hola, hola ! dijo detras de él una voz seguida de una carcajada que sonó como si saliese del infierno. Sebastian volvió la vista y sólo divisó los pliegues de un manto detras de un pilar, no acertando á adivinar quién pudiera ser. Era Fulvio, que en las palabras dirigidas por el tribuno á su jóven amigo, acababa de hallar el último anillo de la larga ca-

(1) Véanse las Actas de santa Felicitas, y sus siete hijos.—Ruinarí, tom. I, pág. 53.

dena de pruebas que eslabonaba hacia tanto tiempo, adquiriendo el convencimiento de que Sebastian era cristiano.

No tardó Pancracio en aparecer en medio de la arena: era el último de los mártires de aquel día, y se le reservó para el fin del espectáculo, con la esperanza de que los padecimientos de sus compañeros amenguarían su constancia. El ardor, sin embargo, produjo el efecto contrario. Viósele con rostro apacible y sereno colocarse en el lugar que le designaron en medio del circo: su delicada y alabastrina figura contrastaba notablemente con los cobrizos y musculosos miembros de los verdugos que le rodeaban. Alejáronse estos dejándole aislado, y la escena que siguió no puede ser mejor descrita que copiando la narración hecha por Eusebio como testigo ocular del martirio de otro mancebo de poca más edad que Pancracio.

«Era de ver allí, dice, un delicado mancebo, que todavía no contaba veinte años, á pié firme, sin grillos ni cadenas, con los brazos extendidos en forma de cruz y los labios orando fervorosamente, sin el menor temor ni sobresalto, sin desviarse en lo más mínimo del sitio donde le colocaron, sin inmutarse cuando los osos y los leopardos respirando furor y muerte en cada rugido se precipitaban sobre él para destrozarle. Y sin embargo, al acercársele, las garras y las fauces entreabiertas de las fieras parecían cerrarse y encogerse por alguna influencia misteriosa y divina, y retrocedían intimidadas sin causarle el menor daño (1).»

Tales fueron la actitud y el privilegio de nuestro heroico mancebo. Exacerbóse la plebe al observar que una y otra fiera rondaban rugiendo furiosamente y sin atreverse á acercar al mártir, que permanecía inmóvil en su sitio como dentro de un círculo encantado. Soltaron un toro, que apenas le divisó partió á embestirle embravecido con el testuz inclinado; pero detúvose de improviso como si chocaran sus astas contra un muro, atronó con roncós bramidos el Anfiteatro y escarbó la tierra con sus pezuñas levantando nubes de polvo.

(1) *Hist. Eccles.*, lib. VIII, c. 7..

—¡ Provócale, cobarde! vociferó el emperador fuera de sí y bramando aun con más fuerza que el toro.

Al oírle Pancracio levantó la vista como si despertase de un éxtasis y partió hácia el furioso bruto (1), que dió á huir espantado cual si le persiguiera un leon, y hallando al vaquero en la puerta, arremetió con él despidiéndole á una enorme altura y haciéndole dar mil volteretas en el aire. El asombro era general: solo el noble mancebo, que volvió á su primera actitud, continuaba imperturbable orando con el mayor recogimiento.

—¡ Lleva un talisman al rededor del cuello! clamó uno de los espectadores. ¡ Es un hechicero!

La estúpida multitud repitió con desaforadas voces:

—¡ Lleva un talisman, un talisman!...

Entónces el emperador, despues de imponer silencio con una señal, dijo á Pancracio:

—Quítate ese talisman que llevas al cuello, y arrójale muy léjos, si no quieres que te lo arranquen de otro modo.

—Señor, dijo el mancebo con una voz llena de armonía, cuyo acento resonó por todo el silencioso Anfiteatro: no es talisman ni hechizo lo que llevo, sino una memoria de mi padre, que en este mismo sitio hizo gloriosamente la confesion que yo hago ahora con humildad. Soy cristiano, y por el amor de Jesucristo, Dios y Hombre, doy con placer mi vida. No me arrebatéis este último legado de mi padre, que prometí dejar á otra persona más precioso que cuando de ella lo recibí. Probad de nuevo: una pantera fue la que dió á mi padre su corona: tal vez se la dará tambien al hijo.

Reinó por un momento el más sepulcral silencio entre la muchedumbre, avasallada y fascinada al parecer. La apostura y donaire del gallardo mancebo, su rostro iluminado é inspirado por la fe, la dulzura de su armónica voz, la intrepidez de su lenguaje y el heroico y generoso sacrificio en favor de su causa, produjeron honda impresion en aquella cobarde

(1) Euseb., *Hist Eccles*. Véase tambien la carta de san Ignacio á los romanos en sus *Actas*.—Ruinar, tom. I, pág. 40.

plebe despertando sus simpatías. Observólo Pancracio, y le aterró aquella conmisericordia más que la cólera, porque confiaba subir al cielo aquel día, y temió que su esperanza quedara frustrada. Brillaron las lágrimas en sus ojos, y extendiendo otra vez los brazos en cruz exclamó en un tono que vibró de nuevo en todos los corazones:

—¡Hoy, sí, hoy, bendito Salvador mío, es el día señalado para llegar hasta tí! No lo demores más tiempo. Ya has patentizado suficientemente tu poder á los que no creen en tí. Muestra ahora tu misericordia con este humilde confesor tuyo.

—¡La pantera! gritó una voz: ¡la pantera! repitieron ciento: ¡la pantera! clamaron cien mil á la vez con el estruendo de un desencadenado torrente (1).

Salió entónces como por ensalmo de debajo de la tierra una jaula, cuyas puertas, plegándose hácia el suelo, apenas apareció sobre la arena, dieron libre paso á la pantera (2), la cual, á pesar de hallarse exasperada por la oscuridad, el encierro y el hambre, parecia tan contenta que se puso á dar saltos y vueltas y á pasearse por el circo. Divisó al fin la presa, y á su vista comenzó toda la astucia y crueldad de la fiera á manifestarse en sus cautelosos y pérfidos movimientos y en el encrespamiento de su sedoso pelo. Los circunstantes enmudecieron, y con los ojos clavados en la sangüinaria fiera observaban la recelosa precaucion con que paso á paso se aproximaba á la víctima. Pancracio en tanto permanecía inmóvil en su sitio, de cara al emperador, y tan absorto y sublimemente embargado su ánimo, que ni siquiera reparaba en los movimientos de la pantera. Arrastróse esta al rededor de él hasta colocarse en frente, como si desdeñase atacarle de lado ó por la espalda. Agachándose y adelantando primero una pata y luego la otra, se situó al cabo á la distancia conveniente para saltar, deteniéndose allí algunos

(1) El Anfiteatro podia contener unas 450,000 almas.

(2) Era el medio generalmente adoptado. En el Coliseo se han descubierto excavaciones subterráneas que lo facilitaban.

instantes, en medio de cien mil almas que ni á respirar se atrevían. De repente sonó un prolongado y siniestro aullido, y en seguida viósele cruzar el aire y caer sobre el pecho del mártir, contrayéndose como una enorme sanguijuela, y clavando en él las zarpas hincarle en la garganta sus afilados dientes.

Mantúvose todavía Pancracio algunos segundos en pié; volvió á Sebastian el risueño rostro, y llevándose la mano derecha á los labios le envió con una expresiva demostracion la última despedida, y cayó muerto. La pantera había roto las arterias de su cuello, y el sueño de los mártires selló instantáneamente los párpados de Pancracio. Su sangre se mezcló con la de su padre, contenida en la esponja que Lucina le colgara al cuello. El cielo aceptaba el sacrificio de la madre (1).

## CAPÍTULO XXIV.

### El soldado cristiano.

El cadáver del mártir Pancracio fue depositado en paz en la vía Aureliana, en el cementerio que poco despues tomó su nombre, trasladado á la puerta inmediata de la ciudad, como dijimos ántes. Posteriormente terminadas las persecuciones de la Iglesia, se erigió sobre su tumba la basilica que todavía existe para honra y memoria de su gloria y virtud.

La persecucion fué acreciendo en furia y multiplicando cada dia el número de sus víctimas. No pocos de los que en

(1) El mártir Saturio, desgarrado por un leopardo, poco ántes de espirar se dirigió al soldado Pudens, que aun no era cristiano, exhortándole á que se convirtiera, y luego le pidió la sortija que llevaba puesta, la mojó en su sangre y se la devolvió, dejándole este legado y este recuerdo.—Ruinart, tom. I, pág. 223.

nuestras páginas figuran , y en especial la comunidad de la quinta de Cromacio , desaparecieron rápidamente unos tras otros. La primera víctima fue Zoe, la muda á quien Sebastian curara, quien, sorprendida por una gavilla de paganos mientras oraba junto al sepulcro de san Pedro, r a d a a tribunal y colgada cabeza abajo sobre un brasero ardiendo hasta que exhaló el último suspiro. Su esposo con otros tres de la misma comunidad fue tambien arrestado, sometido repetidas veces al tormento y últimamente decapitado. Tranquilino, el padre de Marcos y Marceliano, ansioso de la corona de Zoe, se fué á rezar públicamente junto á la sepultura de san Pablo, donde le prendieron y fue muerto á pedradas. Sus dos hijos gemelos sufrieron una muerte no ménos cruel. Facilitó en gran manera los medios para tan terrible destruccion en los cristianos la traicion de Torcuato, que dió las señas de sus compañeros en Cristo, y especialmente las del bizarro Tiburcio, que murió decapitado (1).

En medio de tal matanza agitábase Sebastian , no como el arquitecto que ve derribar su obra por el huracan , ó como el pastor que contempla sus ovejas presa de salteadores, sino como el general en el campo de batalla , que atento sólo á alcanzar la victoria, considera como á héroes á los que para vencer combaten á costa de su vida , y se siente dispuesto á entregar igualmente la suya con idéntico objeto. Cada amigo sacrificado era un vínculo ménos que le ataba á la tierra , y un eslabon más de la cadena que le unia al cielo ; un cuidado ménos acá abajo, y un aliciente más allá arriba. A veces iba á sentarse ó á pasearse á solas por los sitios donde habia conversado con su amigo Pancracio, deleitándose en ellos con el recuerdo del aire jovial, las graciosas agudezas y puras virtudes del amable y apuesto mancebo. Mas no por eso se imaginaba entónces más separado de él que cuando le envió en comision á Campania. Cumplido estaba ya el empeño contraido con su propia persona , y conocia

(1) Se celebra su fiesta el 11 de agosto, al propio tiempo que la de su padre Cromacio, como dejamos ya dicho.

que le llegaba por momentos el turno de partir. Sentía henchido su pecho con la gracia del martirio, y aguardaba su hora con tranquila certidumbre. Para estar preparado en cualquier instante, cuanto poseía de algun valor lo distribuyó á los pobres; y sus haciendas las vendió para evitar que fuesen confiscadas.

Fulvio apropióse no pequeña parte de los despojos cristianos, pero no satisfacía ni con mucho sus brillantes esperanzas. No se halló obligado á pedir nuevos subsidios al emperador, de cuya presencia huía; pero tampoco acumuló nada: no se enriqueció. Todas las noches era el blanco de los humillantes interrogatorios, de las agrias reconvenciones y despreciativas burlas de Eufotas sobre el mal éxito de sus operaciones del dia. Al fin una noche aseguró á su desapiadado amo (porque el cruel viejo no era ya para él otra cosa) que iba á realizar una grande operacion, pues pensaba denunciar á un personaje importantísimo, nada ménos que al oficial favorito del emperador, el cual necesariamente habria acopiado cuantiosas riquezas en el servicio.

Pronto se le presentó oportunidad para cumplir su promesa. El 9 de enero siguiente fue dia de córte, y acudieron por de contado á palacio los aspirantes á las mercedes del emperador ó los que temian su enojo. Fulvio acudió tambien y, como de costumbre, fue recibido con frialdad. No obstante, despues de sobrellevar impasible y silenciosamente todos los ultrajes de la fiera imperial se adelantó con cierto aire de importancia, y poniendo una rodilla en tierra le habló de este modo:

—Señor, vuestra divinidad me ha echado más de una vez en cara que mis servicios no correspondian dignamente á vuestra benevolencia y generosos subsidios. Ahora bien, señor, acabo de descubrir la más infame conspiracion, la más negra ingratitud en sugetos que están cerca de vuestra divina persona.

—¿Qué estás diciendo ahí, mentecato? preguntó impaciente el emperador. Explicate de una vez, ó mando que te saquen las pala'ras con un garfio.



Levantóse Fulvio, y extendiendo el brazo y señalando con la mano al tribuno, dijo con tono intencional aunque suave:

—Señor, Sebastian es cristiano.

Dió un salto el emperador en su trono y exclamó encolezado:

—¡Mientes, bellaco! Y, ó pruebas al punto tu acusacion, ó vas á morir ahora mismo entre lentos y horribles tormentos, como jamas sufrió ningun perro cristiano.

—Aquí traigo pruebas suficientes, repuso Fulvio mostrando un pergamino y alargándosele de rodillas.

Iba el emperador á rechazarlo indignado, cuando con asombro general se presentó Sebastian y le dijo con la mayor tranquilidad:

—Sí, señor; es inútil molestarse en buscar pruebas. Soy cristiano y me glorió de serlo.

Maximiano, guerrero hábil y bizarro, pero tosco y sin educacion alguna, si apenas sabia expresarse en un latin decente cuando estaba sereno, cuando se encendia en cólera su lenguaje no era otra cosa que un conjunto de frases sueltas é incoherentes acompañadas de los epítetos más soeces y vulgares. Encontrándose ahora en este último caso desatóse contra Sebastian en denuestos, acusándole de todo género de crímenes y calificándole con los apodos más infamantes de su bien surtido vocabulario. Los crímenes de que más le acusaba eran de ingratitud y traicion, reconviniéndose á sí propio por haber alimentado en su seno una vibora, un escorpion, un demonio, que todo esto le llamó, y mostrándose admirado de que estuviera aun vivo.

El oficial cristiano afrontó la violenta descarga de injurias con la misma intrepidez que los ataques del enemigo en los campos de batalla, y al fin dijo:

—Escuchadme, señor, siquiera sea esta vez la última. Dije que soy cristiano, y esta confesion es la más preciosa prenda de seguridad y reposo para vuestra persona.

—¡Calla, ingrato! ¿Cómo puede ser eso?

—Vais á saberlo, noble emperador. Si deseais una guardia de hombres que estén dispuestos á derramar en vuestra

defensa hasta la última gota de sangre, mandad sacar de las cárceles á los cristianos, que yacen en el suelo metidos en cepos ó atados con cadenas á las argollas de los muros; envid á los tribunales á arrancar del potro y las parrillas á los descoyuntados confesores; despachad órdenes al Anfiteatro para sacar de entre las garras de los tigres los ensangrentados cuerpos de los que aun respiren; armadlos, colocadlos al rededor de vuestra persona, y hallaréis en esa calumniada y perseguida cohorte más fidelidad, más lealtad, adhesion y arrojo que en todas vuestras legiones de dacios y panonios. Habeis hecho derramar la mitad de su sangre: ellos darán gustosos en vuestro servicio la otra mitad que les queda.

—¡Absurdo delirio! replicó el salvaje con una risa sardónica. Mejor quisiera rodearme de lobos que de cristianos. Tu traicion me prueba evidentemente lo que podria esperar de ellos.

—Y ¿qué obstáculo me impediria obrar como traidor si lo fuese? ¿No estuve cerca de vuestra real persona á todas horas, de dia como de noche? ¿Os hice traicion? No, emperador; nadie os guardó más fidelidad. Però tengo otro Señor más alto á quien servir; otro que nos juzgará á entrambos, y cuyas leyes debo obedecer primero que las vuestras.

—Y ¿por qué ocultaste tu religion como un cobarde? Sin duda para evitar la dura muerte de que eres digno.

—No, señor; ni soy cobarde ni traidor; nadie lo sabe mejor que vuestra majestad. Miéntas que podia servir de algo á mis hermanos me resigné á vivir en medio de su exterminio y de la afliccion de mi alma; pero he perdido al fin toda esperanza, y agradezco de todo corazon á Fulvio que me saca con su denuncia de la indecision en que me hallaba, dudando sobre si debia buscar la muerte ó resignarme á vivir.

—Yo decidiré por tí. Morirás, pero lenta, muy lentamente. Mas esto, añadió en voz baja como hablando consigo mismo, no debe tener publicidad, sino que se hará con el mayor sigilo en este mismo palacio, para que la traicion no se pro-

pague. ¡Hola! Cuadrado, arresta á tu tribuno. ¿No me oyes, imbécil? ¿Por qué no te mueves?

—Porque tambien yo soy cristiano.

Al oir tan inesperada respuesta desatóse ya sin freno la imperial persona en rabiosas imprecaciones de sorpresa, despecho é ira, hasta que al fin con voz enronquecida por la cólera ordenó á uno de sus satélites que inmediatamente condujesen al intrépido centurion al suplicio. En cuanto á Sebastian, tenia ya decidida el emperador la muerte que debia dársele.

—Llamadme á Hyphax, dijo rugiendo el tirano.

Pocos minutos despues apareció un numida, alto y medio desnudo, ostentando el distintivo de capitan de los flecheros africanos, que era un arco de desmedida longitud, un carcaj pintado de colores vivos y lleno de flechas, y una espada ancha y corta. Al llegar delante del emperador se mantuvo derecho é inmóvil, semejante á una estatua de bronce con ojos de esmalte.

—Hyphax, tengo que hacerte un encargo para mañana, dijo el emperador, y es preciso que lo ejecutes bien. ¿Estamos?

—Muy bien, señor, replicó el jefe negro con una feroz sonrisa, que dejó ver sus blanquísimos dientes.

—¿Ves al capitan Sebastian?

El negro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien, prosiguió el emperador; acabo de descubrir que es cristiano.

Si Hyphax hubiese pisado de improviso un áspid ó huido el pié en un nido de escorpiones, no sintiera más fuerte estremecimiento que el que conmovió todo su cuerpo al oir aquellas palabras. Luego que por el gesto que tomó el ateizado rostro del numida quedó satisfecho el emperador del efecto que en él produjeran, prosiguió en los términos siguientes, en tanto que Hyphax llevaba el compas marcando cada frase con una reverencia en muestra de asentimiento y con una contorsion casi satánica que él suponía sonrisa:

—Llevarás á Sebastian á tu cuartel, y por la mañana tem-

prano, no esta noche, porque á esas horas sé que todos estais borrachos, sino mañana temprano, que tendréis el pulso firme, le ataréis á un árbol en el parque de Adónis y le asaetearéis poco á poco hasta que muera. Poco á poco, ¿lo entiendes? Nada de esos certeros disparos, que van directamente al corazon y al cerebro; sino flechazos, flechazos hasta que este inicuo espire transido de dolor y sin una gota de sangre... ¿Lo entendiste bien? Pues llévatele de aquí, y mucho sigilo, porque si no...

## CAPÍTULO XXV.

### Tentativa para libertar á Sebastian.

A pesar de cuantas precauciones se tomaron para guardar el secreto pronto circuló entre los cortesanos la noticia de que Sebastian era cristiano y que por ello iba á ser muerto á flechazos al dia siguiente. Pero en nadie produjo la doble noticia tan profunda impresion como en Fabiola.

—¡Sebastian cristiano! decia para sí. ¿El más noble patricio romano, el más puro, inteligente y discreto, pertenecer á esa vil y estúpida secta? ¡Imposible! Y sin embargo el hecho parece cierto. Con que ¿habré sido engañada? Con que ¿no era lo que aparentaba, sino un impostor que afectaba virtud siendo un libertino? ¡Imposible tambien, imposible!

Y en efecto, para ella que tenia pruebas de lo contrario, para ella que á la menor indicacion del noble soldado le habria entregado con el mayor placer su mano y fortuna, la idea de que fuera un villano ó un miserable, si no era imposible, debia presentársela y se la presentaba como tal.

—No, no, decia incesantemente. ¡Tanta delicadeza, tanta generosidad, bondad, talento y valor no pueden ser simple oropel, sino oro, oro puro de incalculables quilates... Mas ¿cómo explicarme el fenómeno de que un cristiano pueda ser el tipo de lo bueno, de lo virtuoso y lo amable?...

Y no obstante, á pesar del empeño de Fabiola en comprender cómo podía Sebastian poseer tan bellas prendas *siendo* cristiano, no se le ocurrió ni remotamente la sencilla explicacion de que las poseia precisamente porque lo *era*.

Tanto revolvió en su mente la cuestion que se propuso, que al fin principió á reflexionar si tal vez tendria razon el anciano Cromacio, y si el cristianismo no seria lo que ella imaginara sin pararse, como debiera, á examinarlo minuciosamente.

—Estoy segurísima, proseguia diciéndose, que Sebastian jamas cometió ninguno de esos horribles crímenes que á los cristianos se imputan. Y, sin embargo, ¿cómo es que todo el mundo acusa á esa secta de cometerlos? ¿No podrá ser que esa religion posea tal vez una forma vulgar y grosera y otra más refinada y pura, como sucede con nuestras dos especies de epicurismo, uno soez y material que se arrastra por el cieno del sensualismo, y el otro noble, investigador y reflexivo? Siendo así, Sebastian pertenecerá á la más elevada clase del cristianismo, y abominará y despreciará las supersticiones y los vicios del vulgo de los cristianos.

Esta hipótesis no dejaba de ser halagüeña y sostenible; mas al claro entendimiento de Fabiola se le resistia creer que un soldado tan esclarecido pudiese pertenecer, de modo alguno, á secta tan universalmente odiada. Y con todo, ¡Sebastian estaba dispuesto á morir por su fe!

De Zoe y de los demas nada sabia, porque el dia ántes habia regresado de un viaje hecho á Campania con objeto de arreglar los negocios de su padre.

—Siento no haber hablado más detenidamente de esto á Sebastian, exclamaba. Pero ya es tarde: mañana no existirá.

Ante esta última idea sentia Fabiola que la pena le desgarraba el corazon como una aguda saeta. Parecía que con Sebastian iba á perder una parte de sí propia, y que la suerte de él se hallaba íntimamente ligada á cuanto personalmente la era caro.

Sus pensamientos tomaban más tristes y aflictivas tintas á medida que profundizaba más estas ideas en medio de las

tinieblas de la noche que empezaban á extenderse por la ciudad. Interrumpióla de pronto la entrada de una esclava con una vela encendida. Era la negra Afra, que venia á preparar la mesa para la cena de su señora, quien cenaba sola aquella noche. Mientras Afra disponia lo necesario preguntó:

—Señora, ¿sabeis la noticia?

—¿Qué noticia?

—La de que mañana temprano va á ser muerto á flechazos Sebastian. ¡Qué lástima! ¡Tan gallardo mozo!

—Calla, Afra, á ménos que puedas darme pormenores de este suceso:

—Sí puedo, mi ama; y pormenores muy interesantes. ¿Greeréis, señora, que era uno de esos malvados cristianos?

—Silencio, Afra, y no hables de lo que no entiendes.

—Lo haré así, puesto que me lo mandais. Supongo, sin embargo que la muerte del jóven os es indiferente. En cuanto á mí poco me importa. No será el primer oficial á quien mis paisanos dan la muerte á flechazos. Muchos murieron de ese modo; pero á veces, debido sin duda á la casualidad, algunos tambien se salvaron.

Revelábase en las palabras y acento de la negra tan marcada intencion que no se escapó á la perspicaz inteligencia de Fabiola. Levantando entónces la vista la fijó de una manera escrutadora en el atezado semblante de la esclava, quien no descubrió emocion alguna; parecia exclusivamente ocupada en colocar sobre la mesa algunos frascos de vino, como si nada hubiera dicho. Al fin le preguntó su señora:

—¿Qué intentaste darme á entender, Afra?

—¿Yo, señora? Nada, nada. ¿Qué puede saber una pobre esclava, y sobretodo qué es lo que puede remediar?

—Afra, algo pretendiste indicarme con tus palabras, y deseo saberlo.

Dió la esclava una vuelta al rededor de la mesa y se acercó al lecho en que descansaba Fabiola. Despues miró en torno suyo y la preguntó en voz baja al oído:

—¿Os interesa salvar la vida á Sebastian?

Fabiola saltó de su asiento y respondió:

—¡Seguramente!

Afra se llevó un dedo á los labios para indicarle que bajase la voz, y dijo:

—Costará muy caro.

—¿Cuánto?

—Unos cien sesteracios (1) y mi libertad.

—Acepto las condiciones. ¿Qué seguridades me ofreces?

—Que sólo estaréis obligada al pago del dinero y á darme la libertad en el caso de que Sebastian viva aun veinte y cuatro horas despues de la ejecucion.

—Bien. Y tú ¿qué seguridades exiges?

—Vuestra palabra, señora.

—Anda, Afra, y no pierdas un momento.

—No corre tanta prisa, replicó tranquilamente la negra, y siguió hasta terminar los preparativos de la cena.

Poco despues se encaminaba con ligera planta á palacio, y entraba en el cuartel de los mauritanos pasando á la habitacion de su jefe.

—¿Qué buscas á estas horas, Jubala? le dijo este. No hay funcion esta noche.

—Ya lo sé, Hyphax; pero traigo un asunto muy importante que tratar contigo.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de tí, de mí y del preso.

—Mírale allí, dijo el bárbaro señalando al patio á que daba la ventana de su habitacion. ¿Quién diria que mañana va á morir asaeteado al contemplar su profundo sueño? No dormiria de seguro más sosegado si se fué á casar.

—Como lo haremos tú y yo al dia siguiente.

—¡Alto ahí! Antes es preciso concertar ciertas condiciones, amiguita.

—¿Cuáles?

—La primera tu libertad, porque no considero decoroso casarme con una esclava.

—Eso está allanado; mi libertad es ya segura.

(1) Unos 80,000 reales.

—La segunda que traigas dote ; pero no un dote exiguo, sino bueno, decente, pues nunca me hallé más escaso de dinero que ahora.

—Tambien está seguro. ¿ Cuánto necesitas ?

—¿ Qué ménos que treinta mil reales (1)?

—Pues te traigo sesenta mil.

—¡ Bravo, bravísimo ! Y ¿ de dónde has sacado todo ese dinero ? ¿ A quién robaste ó envenenaste, adorable sacerdotisa mia ? ¿ Sabes que es demasiado esperar hasta pasado mañana ? Casémonos mañana ; esta misma noche si quieres.

—¡ Alto ahí , amiguito ! Ese dinero está ganado legítimamente ; pero ántes de recibirlo fuerza es cumplir tambien ciertas condiciones. Ya te dije que venia á hablarte ademas del preso.

—¿ Qué tiene que ver él con nuestra boda ?

—Muchísimo.

—¿ Y es ?

—Que no morirá.

Quedósela mirando el capitan con una expresion mezclada de estupidez y de cólera : parecia que iba á levantar la mano para abofetearla ; mas ella, intrépida , inmóvil y sin inmutarse, le contenia dominándole con la extraña fascinacion de sus ojos, como una serpiente de su tierra lo ejecutaria con un buitre.

—¿ Estás loca ? exclamó al fin el africano. Eso es como si se te antojara mi cabeza. Si hubieses visto la cara del emperador cuando me dió sus órdenes te convencerias de que no se chanceaba.

—¡ Bah ! ; Si el preso debe aparecer como muerto, y así se le debe decir al emperador !

—Y ¿ si reviviera ?

—Ya cuidarian de ocultarle sus hermanos cristianos.

—¿ Pides que viva veinte y cuatro horas ? Eso no es tan fácil. ¡ Si te hubieras comprometido sólo por doce !

(1) Empleamos para mayor claridad la nomenclatura de nuestra moneda.



—Sí, pero como yo sé que eres buen calculador, no me paré en eso. Que muera á las veinte y cinco horas ; poco me importa.

—Es imposible, Jubala , imposible. Se trata de Sebastian, que es un personaje demasiado importante.

—Pues nada hemos dicho , porque el dinero sólo se me entregaba con esa condicion. ¡ Qué lástima ! ¡ perder así sea senta mil reales !

Y se volvió en ademan de retirarse.

—Espera , mujer, espera un momento, dijo apresuradamente Hyphax, de quien el demonio de la codicia principiaba á apoderarse. Pero ¿qué? si la mitad cuando ménos de esuma tendré que gastarla en sobornar á mis flecheros.

—Si esa es la única dificultad , todo está arreglado, porque para ese objeto reservo otros veinte mil reales.

—¿ De veras , princesa mia , hechicera mia , demonio seductor de mi alma? Mas esa cantidad es demasiada para esos bribones. Les daremos la mitad y añadiremos la otra mitad á tu dote. ¿ Te conviene ?

—Lo que quieras, con tal que la cosa se haga.

—Queda cerrado el trato. Vivirá las veinte y cuatro horas, y celebraremos despues una boda magnífica.

Entre tanto Sebastian, que estaba muy ajeno de las negociaciones entabladas para salvarle, dormia profundamente como san Pedro entre dos centinelas, recostado contra la pared del patio, en cuyo enlosado de piedra descansaba su cuerpo como en la más mullida cama. Al cabo de algunas horas de sueño se despertó con las fuerzas reparadas , y observando el silencio que reinaba en torno suyo se levantó calladamente, extendió los brazos y se puso á orar.

La oracion de un mártir no es seguramente un medio de prepararse á morir, porque la muerte de los mártires no necesita preparacion. El soldado que, proclamándose repentinamente cristiano, mezcla su sangre con la del confesor, ó el amigo, cuyo nombre se ignora (1), que por saludar al már-

(1) Por eso en el Martirologio se le da el nombre de *san Adauctus*.

tir en el camino del cadalso es aprehendido y llevado á perecer de buen grado en su compañía, están ya tan bien preparados para el martirio como el que pasó meses enteros en la cárcel entregado á la oracion. No es esta para él una súplica pidiendo el perdon de sus pasadas culpas ; porque el que va á morir así está penetrado de ese perfecto amor que aleja todo recelo ; está interiormente seguro de esa suprema gracia , que es incompatible con el pecado.

Tampoco la oracion de Sebastian era pidiendo á Dios valor y fortaleza ; porque no conocia el miedo y no dudaba que quien habia arrostrado intrépidamente la muerte en los campos de batalla por su señor en la tierra la desafiaria tambien gozoso en cualquier parte por su Señor celestial.

Su oracion hasta que rayó el alba no fue, pues , sino un alegre himno de gloria en honor del Rey de los reyes , una incesante adoracion unida en espíritu á la que tributan al Padre eterno los serafines con sus miradas centelleantes y sus siempre estremecidas alas.

Si alzando los ojos al trasparente firmamento divisaba las brillantes estrellas , las requería para que á fuer de centinelas vigilantes , como él lo era , trasmitiesen la consigna de las alabanzas al Señor ; y si el viento de la noche al abrirse paso por entre los deshojados árboles del bosquecillo de Adónis producía un silbido áspero interrumpido por intervalos , le mandaba que dulcificase la música de las vibradoras ramas, haciéndoles entonar himnos más suaves y armónicos, ya que eran los únicos que la tierra podía elevar al cielo en aquellas nocturnas horas de invierno.

En esto cantó el gallo, y ocurriósele el dulce pensamiento de que se acercaba la mañana y no tardaría en oír sobre su cabeza el susurro de aquellas ramas , junto con el agudo silbido de las veloces flechas disparadas certeramente contra sus carnes. Y ofrecióse contento como blanco á sus afiladas lenguas, que se le agarrarían como las de las serpientes para beber su sangre ; ofrecióse tambien en holocausto para honrar á Dios y aplacar su cólera, y muy especialmente al To-

dopoderoso como una víctima expiatoria para que se mitigasen los padecimientos de la afligida Iglesia.

Arrebatada despues su mente á más sublime esfera, de la Iglesia de la tierra trasladóse á la celestial, remontándose al cielo, como el águila al sol, desde el pico más alto de la cumbre de la montaña. Arrolladas las nubes desaparecieron ante su vista, y vió rasgarse el azul y bordado velo de la mañana como se rasgó en otro tiempo el del santuario, dejando patentes sus más altas regiones hasta más allá del cónclave de los santos y las legiones de los serafines, hasta allí donde Estéban divisó la más recóndita é intensa vision de gloria. Suspendió entónces su himno: la armonía que de allí descendia hasta él era demasiado dulce y perfecta para permitir las disonantes voces terrestres; esa armonía bajaba sin esperar retorno; le traía las delicias del cielo que inundaban su alma... ¿Qué podia él dar en cambio? Era como una pura y fresca fuente, que vertiendo raudales, no de agua, sino de fulgurante luz, y manando de los piés del Cordero, caía en el fondo de su corazon, el cual no podia hacer mas que admitir pasivo la celeste dádiva. Y sin embargo, en las esplendorosas ondulaciones de esta luminosa corriente podia discernir ya uno, ya otro de los felices amigos que le precedieran en la muerte, cual si estuvieran refrigerándose, abismados en aquellas vivas y eternas aguas.

Su rostro brillaba como iluminado por los reflejos de la vision misma; y los primeros rayos de la nueva aurora, para él más que nunca refulgentes, herian su rostro. Y en pié, con los brazos extendidos en cruz y la cara vuelta al Oriente, estaba tan trasfigurado, tan divino, que cuando Hyphax abrió la puerta y le vió estuvo á punto de atravesar el patio é ir á postrarse á sus piés con la faz en tierra para adorarle.

Sebastian volvió al fin de su éxtasis, y el caudillo negro, en cuyos oídos sonaba sin cesar el retintín de los sestercios, sólo pensó en poner en ejecucion los medios para ganarlos. Para cómplices escogió de entre los cien hombres que mandaba cinco tiradores tan diestros que eran capaces de partir por medio una flecha en el aire; los reunió en su habi-

tacion , les especificó la recompensa que recibirían , sin participarles por supuesto la parte que reservaba para sí , y arregló lo concerniente á la ejecucion. Por el cadáver ofrecían ya los cristianos secretamente una suma bastante considerable , y dos esclavos debían aguardar afuera para llevarselo. De manera que contando Hyphax con la discrecion de sus satélites el negocio estaba ya arreglado.

Condujeron á Sebastian al vecino parque del palacio , que estaba separado de la habitacion que ántes ocupara por el cuartel de estos flecheros africanos , y lo cubrían varias calles de árboles consagrados á Adónis. Caminaba alegre en medio de sus cinco verdugos y seguido de todos los demas flecheros , á los cuales sólo se les permitió asistir en calidad de meros espectadores , como si se tratase de un ejercicio de extraordinaria destreza. Ya en el sitio designado despojósele de sus vestidos y atósele á un árbol : los cinco flecheros escogidos se colocaron en frente de él serenos é impassibles.

Aun más que estos se mostraba sereno nuestro héroe , regocijado con la proximidad de una muerte que presentaba en verdad un aspecto lúgubre y triste. No tenia cerca de sí ni un amigo , ni una simpatía , ni un solo cristiano que llevase á los fieles su último á Dios , que recogiese sus últimas palabras , ó les refriese la constancia que hasta el fin conservara. Estar en medio de un anfiteatro lleno de gente , rodeado de cien mil testigos de la fortaleza cristiana ; encontrar miradas que animan y oír las bendiciones pronunciadas en voz baja por personas queridas , era hasta cierto punto consolador , sublime ; era la débil ayuda de las emociones humanas , añadida al auxilio más poderoso de la gracia. Hasta la vociferacion de una plebe que se desataba en insultos contribuía á redoblar el valor natural , á la manera que los gritos del cazador infunden energia al acosado ciervo. Pero esta muda y silenciosa escena , ejecutada al amanecer , dentro del parque de un palacio ; ser atado á un árbol con la mayor indiferencia , como un haz de leña ó un muñeco relleno de paja , para servir de blanco á unos pocos flecheros ; ballarse solo en medio de una gavilla de negros salvajes que ha-

blaban una lengua extraña é ininteligible, y en la que aquellos bárbaros estaban, á no dudar, profiriendo groseras burlas y repugnantes chistes, como quien se prepara á gozar de una divertida fiesta ó pasatiempo; todo esto se asemejaba más á un acto de crueldad perpetrado por una turba de bandidos á la sombra de un bosque que á la confesion pública y gloriosa del nombre de Cristo; tenia más apariencias de asesinato que de martirio.

Sebastian, sin embargo, en nada de esto pensaba. Los ángeles le miraban por encima de los muros, y el sol nascente, que iluminando de lleno su rostro haciale presentar más descubierta blanco á los flecheros, no derramaba para él tanto resplandor como la mirada de Aquel á quien únicamente deseaba tener por testigo de los tormentos que por él sufriese.

Extendió el primer moro la cuerda de su arco hasta tocar con ella la oreja, crujó la flecha y fué á clavarle retemblando en las carnes del tribuno. Los cinco dispararon por turno, y cada tiro iba acompañado de una salva de aplausos para celebrar la habilidad y acierto con que cada uno de ellos clavaba la saeta lo más cerca de los órganos vitales del cuerpo sin tocarlos, segun ordenara el emperador. Y así continuó la funcion entre las carcajadas, la algazara, la befa y el regocijo, sin demostrar los circunstantes el menor sentimiento ante los dolores de la desfalleciente víctima, cuyo cuerpo estaba teñido en sangre (1). Todos se divertian como si asistiesen á un juego, mientras que el mártir sufría valerosamente la punzada cruel de cada saetazo, el escozor de las heridas, el desfallecimiento, el cansancio, la opresion de los nudosos cordeles y la forzada postura en que le colocaran. La fortaleza de su corazon, la firmeza de su ánimo, la constancia de su fe, su inalterable paciencia y anhelo nunca satisfecho de padecer por el Señor sobrepujaban empero á la congoja de sus dolores. Real y fervorosa era la oracion que salia de sus labios, extáticas eran las miradas que sus ojos elevaban al cielo, profunda la atencion que sus oídos prestaban al coro

(1) *Membraque pícta cruore novo.*—Prud. III, 29.

celestial con que los ángeles custodios le saludarian al abrirle las puertas del paraíso.

Pero ¡ah! la hora de su completo triunfo no era llegada; la muerte no bajó á sellar sus párpados; las puertas de oro permanecieron cerradas... El mártir de intencion, reservado todavía para mayor gloria en la tierra, en vez de pasar súbitamente de la muerte á la vida, cayó desmayado en el regazo de los ángeles. Sus verdugos, viendo que habian cumplido cuanto se les previniera, desataron las cuerdas que le sujetaban, y Sebastian cayó exánime y al parecer sin vida sobre la alfombra de sangre que de su cuerpo habia saltado y teñido el pavimento. ¿Caería allí extendido cual un noble guerrero, en la postura en que hoy se contempla su imagen de mármol debajo del altar de la iglesia que lleva su nombre? Sea como fuere, no es posible representársele más bello. Y no solo reverenciamos esa iglesia con especial predileccion, sino tambien la antigua capilla que existe en medio del ruinoso Palatino, edificada allí para marcar el sitio mismo á donde vino á caer desde el árbol (1).

## CAPÍTULO XXVI.

### Vuelve Sebastian á la vida.

Era ya muy entrada la noche cuando la esclava negra regresaba á casa de su señora, despues de arreglar á su satisfaccion las negociaciones relativas á su matrimonio. Hacía mucho frio; así es que la africana iba bien tapada y sin gana de que la detuviesen. Pero la noche estaba clara y la luna

(1) El que visite el palacio de cristal de Sydenham, cerca de Londres, hallará en el patio romano un hermoso modelo del Foro, sobre el terraplen más alto del monte Palatino, y verá entre los arcos de triunfo de Tito y Constantino una capilla aislada de bellas proporciones: es la capilla á que aludimos. Últimamente la reparó á sus expensas la familia Barberini.

parecía tocar con su disco el musgoso tapiz de la *Meta sudans* (1). Quedóse Afra parada delante de ella, y al cabo de un momento de silencio prorumpió en una fuerte carcajada, como si aquel hermoso monumento le trajese á la memoria el recuerdo de algun suceso ridículo y burlesco. Volvíase ya para proseguir su camino cuando la asieron bruscamente del brazo.

—A no oírte reír, dijo con iracundo acento el que la sujetaba, no te habria conocido; pero no es posible equivocarse entre mil tu risa de hiena. Oye cómo responden á ella rugiendo desde el Anfiteatro tus hermanas las fieras. Vaya, pues, ¿me dirás de qué te reías?

—¿Por qué no, Corvino? Me reía de tí.

—¿Cómo de mí?

—Sí. Me acordaba de nuestra última entrevista en este sitio, y de lo neciamente que en ella te condujiste.

—Muy bien, Afra; siempre es de agradecer que te acuerdes de mí, precisamente cuando no era en tí en quien yo pensaba ahora, sino en tus paisanas las que rugen en esas cuevas, dijo Corvino sonriéndose con feroz ironía y apretando con ira los puños.

—Ea, basta ya de impertinencias y llama á las personas por su nombre, dijo en tono resuelto la negra. Yo ya no soy Afra la esclava; no lo seré á lo ménos dentro de pocas horas. Me llamo Jubala y soy la futura esposa de Hyphax, capitán de los flecheros mauritanos.

—Sugeto muy respetable sin duda si hablara otra lengua que su jerigonza, replicó Corvino sin poder ocultar el efecto que le producía Afra en su nueva calidad de esposa del capitán africano. Pero en las pocas horas de intervalo que aun quedan, prosiguió, pudiéramos concluir nuestro negocio. Me parece que te equivocas al decir que aquella noche me conduje como un necio. Tú sí que fuiste la que me engañaste como á un necio. ¿No es así? Si no, dime: ¿qué se hicieron tus promesas y el dinero que en cambio de ellas te

(1) Fuente descrita en otro lugar.

entregué? Mis monedas estoy cierto de que eran de buena ley, pero tus promesas temo que se hayan convertido en polvo.

—Es verdad; mas dice un proverbio de mi tierra que «vale más el polvo que se recoge en la falda del vestido del discreto, que el oro del cinturon del tonto.» Pero vengamos al asunto: con que ¿creiste formalmente en el poder de mis encantos y filtros?

—Ciertamente. ¿Acaso dirás que eran patrañas?

—Todos no, pues ya ves que nos hemos desembarazado de Fabio y tenemos á la hija en posesion absoluta de sus bienes. Ese era un paso preliminar indispensable.

—¡Cómo! Segun eso, el fallecimiento del padre ¿fue obra de tus hechizos? preguntó Corvino, lleno de sorpresa y haciéndose atras por temor á lo que sólo era una ocurrencia audaz de la africana.

Mas viendo esta el buen efecto de sus palabras se propuso sacar partido de ellas, y replicó:

—Claro que sí. Pues ¡qué! ¿No es facilísimo deshacernos de una persona que nos estorbe?

—Buenas noches, Afra, hasta la vista, dijo asustado el hijo del prefecto, disponiéndose á dejar á la negra.

—Aguarda un momento, repuso esta acercándosele algo más propicia. Mira, Corvino, recuerdo que aquella noche te dí dos consejos que bien valian todo tu oro, y tú obraste contrariamente al uno y no seguiste el otro.

—¿Cómo?

—Te aconsejé que no te empeñaras en correr á caza de cristianos, sino que procurases armarles redes para envolverlos en ellas. Fulvio procedió así y le ha valido algo. Tú, obrando al contrario, ¿qué ganaste?

—Nada más que rabia, humillacion y palos.

—Ya ves como uno de mis consejos era bueno: procura seguir el otro.

—Y ¿cuál era?

—Que cuando te enriquecieses con los despojos de los cristianos fuéses á ofrecer á Fabiola tu mano y tus riquezas.



Es verdad que hasta ahora rechazó desdeñosamente á cuantos aspiraban á ser sus esposos ; mas he observado que ninguno de ellos era rico , sino todos gente disipadora que la solicitaba para remediar su ruina. Y créeme , Corvino, el que anhele obtener el premio debe partir del principio de que dos y dos hacen cuatro. ¿Entiendes?

—Demasiado. Pero ¿de dónde adquiriré yo esos dos para hacer cuatro?

—Escúchame bien , Corvino, porque esta será nuestra última entrevista. Confieso con franqueza que te profeso afliccion , porque aborreces de todas veras, sin escrúpulo, piedad ni tregua.

Atrájole Afra hácia sí , y siguió diciéndole en voz baja :

—Eurotas , á quien sonsaco todos sus secretos siempre que se me antoja , me ha dicho que Fulvio intenta apropiarse algunos despojos cristianos de gran valor, y que en particular anda tras de uno que... Vén acá á la sombra y te explicaré el modo infalible de interceptar su tesoro. Déjale perpetrar el cruel asesinato que medita , y luego colócate entre él y los despojos de su víctima. No receles, porque seguramente haria él otro tanto contigo.

Bajando más la voz siguió la negra dando instrucciones á Corvino, las cuales juzgaria este muy acertadas para el logro de sus deseos, pues apenas concluyó de hablar Afra, exclamó saltando de gozo :

—¡Bravo! ¡magnífico!

La esclava contuvo aquel arranque del estúpido mozo tirándole del brazo, y le dijo señalando el edificio de en frente:

—¡Chit! Mira.

Tendió Corvino la vista en la direccion que Afra le indicaba. ¡Qué cambio tan grande se habia verificado allí en tan pocos dias! La última vez que estos dos perversos seres se reunieron en aquel lugar para conspirar contra otros, ocupaban la ventana de aquel edificio dos jóvenes virtuosos, que como dos genios bienhechores les escuchaban atentos cuanto decian para enterarse de sus malos designios y frustrarlos. Ambos habian desaparecido ya : el uno estaba durmiendo el

sueño del sepulcro; el otro dormitando la víspera de su ejecución. La muerte se nos figura un poder santo al observar la predilección con que se apodera de los buenos y desdén a los malos: siega las flores, y deja á la mala yerba su ponzoñosa vida hasta que el tiempo la consuma y reduzca á polvo.

Pero volvamos á los hechos. La ventana en que pocas noches ántes conversaban Pancracio y Sebastian estaba ocupada en aquel momento por otras dos personas muy distintas.

—Aquel que se asoma allí, dijo Corvino, es Fulvio.

—Sí, contestó Afra; y el otro es Eurotas, su demonio tentador.

Corvino y Afra desde su escondrijo se pusieron á observar y á escuchar atentamente.

Fulvio se retiró de la ventana y volvió á aparecer al punto trayendo en la mano una espada, cuya empuñadura examinó con ahinco á la claridad de la luna. En seguida la arrojó lejos de sí y exclamó tras de un furioso voto:

—¡No es mas que bronce!

Eurotas vino tras él trayendo un cinturón de oficial que parecia muy rico, y despues de examinarlo de cerca con no ménos escrupulosidad que Fulvio la espada, dijo:

—Todas las piedras son falsas. Te luciste, Fulvio, no hay siquiera una prenda de valor.

—Y ¿qué quieres, Eurotas? ¿Vas á reconvenirme tambien? ¿A mi mala estrella tendré que añadir tus insultos, cuando ese miserable botín cuesta la vida á uno de los oficiales más queridos del emperador?

—Que probablemente ni aun te lo agradecerá, observó Eurotas con razón sobrada.

Y volviendo la espalda desapareció de la ventana con su chasqueado sobriño, que le seguía como el perro al amo que lo castiga.

Volvamos ahora á nuestro Sebastian.

Terminado en el bosque de Adónis el sangriento acto que dejámos referido fueron á recoger el cuerpo del mártir unos

esclavos , que caminaban indiferentes con la preciosa carga, cuando acercándoseles una mujer de atezado semblante que parecia encontrarse allí por casualidad , les dijo en voz baja:

—Aun está vivo.

Advertidos por aquella misteriosa revelacion, y siguiendo las indicaciones de una persona que acompañaba la conduccion del cuerpo de Sebastian , en vez de llevarlo al cementerio lo subieron á las habitaciones de Irene, lo que pudieron ejecutar fácilmente por lo temprano que era y por haberse trasladado el emperador la noche ántes á su favorito palacio Laterano. Llamóse al instante al médico Dionisio, el cual declaró curables todas las heridas por no interesar ninguna flecha los órganos vitales ; pero que tan grande era la pérdida de sangre que pasarían muchas semanas ántes de que el enfermo se restableciera y hallara en disposicion de moverse.

Mientras que trascurrieron las primeras veinte y cuatro horas ni una dejó pasar la esclava sin informarse del estado de Sebastian; y así que espiró el término convenido condujo á Fabiola á la habitacion de Irene para que se cerciorase por sí misma de que aun respiraba el tribuno, con lo cual recibió al instante su carta de libertad y sus cien sestercios ; y el Palatino y el Foro resonaron poco despues con la escandalosa zambra y algazara que acompañaron las repugnantes ceremonias con que fueron sus nupcias celebradas.

Mostraba Fabiola tan tierno interes por la salud de Sebastian que Irene supuso que era tambien cristiana. Al principio se limitó á informarse en la puerta y dejar á la dueña de la casa una respetable suma para atender á los gastos del enfermo; pero á los dos dias , cuando este empezó á mejorar, la instaron cortesmente á que entrase, y por la primera vez de su vida se halló á sabiendas en el seno de una familia cristiana.

Irene, segun nos refiere la tradicion, fue la esposa de Castulo, uno de los convertidos que componian la congregacion de Cromacio. Su marido acababa de morir mártir de su fe ; mas ella permanecia aun desapercibida en el departamento que

ocupaban en palacio. Vivian con ella dos hijas, cuya marcada diferencia de conducta no pudo ménos de notar Fabiola, así que principió á adquirir alguna intimidación con la familia. Importunaba de tal modo á una de ellas la presencia de Sebastian, que rara vez ó ninguna se acercaba á verle; trataba á su madre con despego y altanería; sus principales faltas eran las de ser mundana, egoísta, ligera y entrometida. La otra, de ménos edad, se distinguía por su mansedumbre, docilidad, dulzura, amabilidad y atenciones con los demas; era cariñosa y sumisa con su madre, caritativa, buena y cuidadosa con el pobre enfermo. En cuanto á Irene, era el tipo de la matrona cristiana de la clase media. No hallaba en ella Fabiola grande inteligencia, instrucción, amenidad, ni refinado gusto; pero en cambio la veía siempre serena, activa, sensible, honesta y sincera, porque en efecto poseía un corazón tierno, y era amable y bondadosa, y estaba dotada de una dulce resignación y una paciencia inalterable. La pagana Fabiola no había conocido jamás una familia que á esta se asemejase, tan sencilla, tan frugal, de tanto orden, cuya paz sólo era turbada por el carácter de la hermana mayor. A los pocos días supieron que la dama que diariamente las visitaba no profesaba el cristianismo; mas no por eso alteraron en manera alguna el modo afable de recibirla. Fabiola por su parte hizo otro descubrimiento que no dejó de disgustarla, y fue que la mayor de las hermanas era aun pagana. Pero por ahora todos sus pensamientos estaban concentrados en Sebastian, cuyo restablecimiento progresaba con la mayor lentitud. Formaba planes con Irene para trasladarle á su quinta de Campania, donde contaba con que se le ofrecerían sobradas ocasiones de conferenciar con él sobre materias religiosas; pero dispuso la suerte que un insuperable obstáculo viniese á desbaratar aquellos planes.

No intentaremos hacer penetrar al lector en los sentimientos de Sebastian al hallarse restituido á la vida. Suspirar tanto tiempo por el martirio, pedirle incesantemente en sus plegarias, experimentar todas sus dolorosas angustias, creer

su muerte cierta, puesto que de sus resultas quedó sin sentido; perder de vista al mundo para volver á aparecer en él, no ya como mártir, sino otra vez como peregrino sometido todavía á pruebas y expuesto aun á perder su alma, todo esto era seguramente un tormento mayor que el martirio mismo. Era parecerse á un hombre que, despues de luchar en noche tempestuosa para atravesar un rio desbordado ó un brazo de mar proceloso; despues de voltejear con su barca temiendo á cada instante verla sumergirse, y despues de sufrirlo todo ménos el naufragio, se encontrase á la mañana siguiente sobre la misma costa de donde partiera: era parecerse á san Pablo, devuelto al mundo para luchar de nuevo con Satanas despues de oir las palabras misteriosas que sólo podia proferir la Suprema Inteligencia. Y sin embargo, ni una queja se escapó de sus labios, ni experimentó pesar alguno. Adoró sumiso la voluntad del Señor, esperando que el designio de esta divina voluntad seria proporcionarle el mérito de un doble martirio; y tan vivo era el ardor, tan vehemente el anhelo que sentia por esta segunda corona, que rechazó cuantas proposiciones se le hicieron para que huyera ó se ocultase.

—Tengo ganado, decia generosamente, uno de los privilegios de los mártires, el de hablar intrépidamente á los que los persiguen. Haré uso de él el primer día que pueda abandonar el lecho. Cuidadme bien, para que llegue pronto.

## CAPÍTULO XXVII.

### La segunda corona.

El memorable proyecto que la esclava negra reveló á Corvino era el mismo á que se ha hecho alusion al referir la conversacion entre Fulvio y su tutor. Firmemente convencido Fulvio por el inocente asentimiento de la ciguecita de que Ines era cristiana, se figuró que tenia ya dos cuerdas para

su arco, pues, ó la obligaría por medio del terror á casarse con él, ó la delataría y obtendría gran parte de las riquezas que le fuesen confiscadas : es decir que contaba con dos medios para apoderarse de su fortuna. Excitábanle á optar por la segunda alternativa los crueles sarcasmos y exhortaciones criminales de Eurotas. Desesperanzado, pues, de conseguir otra entrevista con la jóven patricia, le escribió una respetuosa, pero apremiante carta, pintándole su desinteresado amor é instándole á que le correspondiese, y en la cual sólo al fin dejó deslizar vagamente la insinuacion de que el deber podria compelerle quizas á tomar otro camino en el caso de ser desoída su humilde súplica.

Recibió aquella carta una respuesta atenta, pero que desvanecía hasta el más leve destello de esperanza, pues encerraba una terminante, formal é irrevocable negativa. Manifestábale ademas Ines sin rebozo que, estando ya desposada con el Cordero inmaculado, no le era posible admitir de criatura alguna protestas amorosas. El corazon del malvado quedó cerrado con tal repulsa á todo sentimiento de piedad; pero no por eso le determinó á proceder con ménos prudencia.

Entre tanto, convencida Fabiola de lo resuelto que estaba Sebastian á no huir ni ocultarse, concibió la romántica idea de salvarle á pesar suyo, arrancando su perdon á Maximiano. La jóven patricia no conocia aun los abismos de perversidad que existen en el corazon humano. Imaginábase que el tirano se enfureceria al pronto; pero que á poco que reflexionase no condenaria á muerte por dos veces á un mismo hombre. «Aun conservará su pecho, se decia, un resto de compasion y misericordia, y mis lágrimas y ardientes súplicas le extraerán de él, como el calor extrae el bálsamo escondido en el más duro leño.» Pidióle, pues, por escrito una audiencia, y conocedora de la avaricia imperial acompañaba la solicitud con una sortija que engastaba piedras preciosas de rara belleza é inmenso valor, como ligero testimonio, le decia, de la leal adhesión que le profesaron siempre tanto ella como su difunto padre. El presente fue aceptado; pero

se le contestó simplemente que el día 20 acudiese con su memorial al Palatino, y aguardase como los demás postulantes en la escalera principal la bajada del emperador, á la hora en que este iria al templo para sacrificar á los dioses. Aunque tal respuesta no era la más á propósito para alentar sus esperanzas, Fabiola resolvió arrostrarlo todo para salvar á Sebastian.

Llegó al fin el día designado, y vestida de negro por su doble condicion de suplicante y de huérfana, se colocó en una larga fila de personas mucho más desventuradas que ella: madres, hijos y hermanas que impetraban misericordia para los que amaban y gemian en las mazmorras y en las minas. A la vista de aquellos desventurados, sobrado numerosos para que todos lograsen obtener gracia, sintió desfallecer las escasas esperanzas que hasta entónces alimentara. Cuando puede decirse que se extinguió en su alma la última llamarada de esa misma esperanza, y empezó á abandonarla la resolucion, fue al ver bajar al emperador por las gradas de mármol, no obstante que en sus huesosos dedos relumbraban los brillantes de su sortija. El tirano, á cada escalon que bajaba arrebatava un memorial de manos de un pretendiente que se lo presentaba temblando, pasaba por él desdeñosamente la vista, y ya lo rasgaba, ya lo arrojaba al suelo con violencia. Muy rara vez alargaba alguno á su secretario, personaje poco ménos imperioso que el monarca mismo.

Iba á llegar su turno á Fabiola, pues el emperador estaba á dos gradas de ella, y el corazon de la jóven latia violentamente, no de temor al tirano, sino de inquietud por la suerte de Sebastian. ¡Cuánto no hubiera orado entónces si supiera cómo y á quién dirigir sus oraciones! Maximiano extendia el brazo para tomar un papel que le presentaban, cuando oyéndose llamar sin tratamiento alguno y con un imperioso acento que parecia salir de un sepulcro, retrocedió un paso y volvió la cara. Fabiola miró tambien hácia arriba, porque reconoció aquella voz inesperada.

En frente, en lo alto del muro de mármol, distinguió una

ventana, abierta allí para dar luz á un corredor oscuro, que conducia á las habitaciones de Irene. Guiada por la voz alzó los ojos en aquella direccion y divisó en el negro antepecho de la ventana un cuadro hermoso al par que aterrador. Era Sebastian, que flaco y descolorido, aunque sereno y grave como si ya no fuera capaz de sentir pasion ni emocion alguna que no procediese de su misma alma, estaba allí de pié dejando entrever su pecho y brazos lacerados por entre la túnica que le envolvía. Al oír el bien conocido toque de las trompetas anunciando la proximidad del emperador dejó el lecho y arrastróse hasta allí para saludarle (1).

—¡Maximiano! exclamó con voz apagada, si bien perceptible.

—¿Quién eres tú, que así te atreves á llamar á tu emperador? preguntó el tirano, volviéndose en ademan colérico.

—Un hombre que viene de entre los muertos para advertirte que se acerca á grandes pasos el día de la ira y de la venganza. Regaste el pavimento de esta ciudad de Roma con la sangre de los santos, arrojando sus sagrados cadáveres á los ríos y á los muladares, y por esto y por tus propios crímenes, por tu disolucion, injusticias y tiranías, avaricia y soberbia, Dios te ha juzgado y descargará en breve su cólera sobre tu cabeza. ¡Oyeme, oh Maximiano! Sufrirás la muerte de los disolutos: y el Señor dará á la Iglesia un emperador segun su propio corazon: y tu memoria será execrada, y tu nombre maldecido por el mundo entero hasta la consumacion de los siglos. Arrepiéntete mientras es tiempo, impío, y pide perdon á Dios en nombre del Crucificado, á quien hasta ahora perseguiste.

Reinó un profundo silencio durante aquel discurso. El emperador parecia sobrecogido de un espanto que paralizaba todos sus miembros: habia reconocido al punto á Sebastian y se figuraba estar en presencia de un muerto. Mas volviendo pronto en sí, y dominado nuevamente por la ira, voceó á sus guardias:

(1) *Actas de san Sebastian.*



—Id y traedme á ese... (evitaba pronunciar su nombre).  
¡Hyphax! ¿Dónde está Hyphax? ¡Si acabo de verle!

El moro en cuanto reconoció á Sebastian se alejó á toda prisa á sus cuarteles, por temor á la cólera del tirano.

—¡Ah! Se ha alejado, añadió despues de algunos instantes en que con los ojos chispeantes de rabia habia estado buscando á Hyphax.

Y luego, volviéndose á Corvino, que estaba junto á su padre, le dijo :

—Y tú, bestia, ó como te llames, vuela al parque de los numidas y dile á Hyphax que venga al instante.

Obedeció Corvino temblando de miedo.

Hyphax entre tanto informó de lo ocurrido á sus soldados y con ellos se puso en actitud defensiva, dejando abierta sola una entrada en la extremidad del patio; pero el hijo del prefecto no se atrevió á pasar del umbral, porque divisó á los soldados formados en batalla en dos filas de á cincuenta hombres cada una, á un lado y otro de la plaza, con Hyphax y Jubala en el fondo. Silenciosos é inmóviles, desnudos sus negros pechos y brazos, cada cual con el arco extendido y la flecha apuntando á la entrada, parecíanse á la doble hilera de estatuas de basalto que conduce á los templos egipcios.

—Hyphax, dijo Corvino con voz trémula, el emperador me envia á buscarte.

—Pues dí á su majestad respetuosamente de mi parte, replicó el africano, que mis soldados todos han jurado no dejar entrar ni salir por el umbral de esa puerta á persona alguna, hasta que el emperador nos envíe una prenda segura de su perdon, cualquiera que sea la ofensa que le hayamos inferido.

Corvino se apresuró á trasmitir esa contestacion á Maximiano, que la recibió con una carcajada, porque no le convenia enemistarse con aquellos hombres que le eran de gran utilidad en cualquier batalla ó insurreccion para derribar á sus caudillos.

—¡Astutos bellacos! exclamó.

Y en seguida , entregando á Corvino la espléndida sortija de Fabiola, le dijo :

—Toma y lleva eso á la mujer de Hyphax.

Corrió otra vez Corvino al cuartel de los numidas , y despachó su benévola embajada arrojando al patio la sortija. Al momento se bajaron todos los arcos y se aflojaron las cuerdas. Jubala se abalanzó llena de gozo á la sortija y la recogió; pero su marido, derribándola de un tremendo bofetón al suelo en medio del aplauso general , le arrebató la joya de las manos, con cuya accion Jubala comprendió que su nueva esclavitud era más prolongada y dura.

Al presentarse Hyphax al emperador se excusó diciéndole:

—Si nos hubieseis permitido atravesarle el corazon ó las siones con una flecha todo estaria concluido; pero nos lo prohibisteis , y por lo tanto la responsabilidad no puede ser nuestra.

—De todos modos, dijo Maximiano, esta vez quiero prescindir yo la operacion , para asegurarme de que está bien ejecutada. Que vengan dos de los tuyos con sus mazas.

Al punto se adelantaron hácia el emperador dos verdugos de su comitiva. Sebastian, sereno é intrépido, permanecia en su puesto, apoyado en la pared para sostenerse en pié.

—Muchachos, dijo á los africanos el emperador : no mancheis con sangre estas gradas, sino arrancadle la vida de un porrazo.

Volviéndose en seguida á Fabiola, le alargó cortesmente la mano y le dijo:

—¿Cuál es ahora tu peticion , hermosa patricia ?

Horrorizada la dama y próxima á desmayarse ante el espectáculo que presenciaba, replicó :

—Señor, temo que sea ya demasiado tarde.

—¿Cómo demasiado tarde ! exclamó pasando la vista por el papel que le entregaba Fabiola.

Un relámpago cruzó entónces por los ojos del emperador, que exclamó furioso:

—Con que ¡ sabias que Sebastian estaba vivo ! ¿ Eres tambien cristiana ?

—No, se... ñor.

¡Ah Fabiola! ¿Por qué tu negativa se queda casi atascada en tu garganta? ¿Por qué preferirías la muerte á ese no, con el cual sin embargo dices la verdad? ¡Ah Fabiola, no puede estar lejos tu día!

—Tú misma lo acabas de decir, continuó el emperador devolviéndola el memorial; tienes razon, es ya demasiado tarde... Mira á mi africano... Ese porrazo será, si no me engañó, el golpe de gracia (1).

—Señor, dijo Fabiola respetuosamente, me siento desfallecer. Permitidme que me retire.

—Como gustes. Mas ántes recibe las gracias por la preciosa sortija que me enviaste y acabo de regalar á la mujer de Hyphax (¡su propia esclava pocos dias atras!): brillará más en una mano negra que en la mia. Véte en paz.

Y la envió un beso acompañado de una repugnante sonrisa, como si no estuviese inmediato el cadáver de un mártir clamando contra él y denunciando su barbarie.

No se equivocó el infame tirano: un sólo mazazo en la cabeza envió á Sebastian, libre ya de toda persecucion, á donde tanto ansiaba volar, llevando consigo doble palma y doble corona. Y sin embargo, la segunda ejecucion fue tan ignominiosa á los ojos del mundo como la primera. ¡Muerto á palos, sin ceremonia alguna, miéntras el emperador conversaba tranquilamente! ¡Oh! ¡cuánto más aumenta ésta ignominia el brillo de su martirio! ¡Desventurados los que saben que sus padecimientos les granjearán fama y honores de sus semejantes!

Viendo ya consumada su obra mandó el emperador que el cuerpo de Sebastian no fuese arrojado al Tiber ni expuesto en las gemonias (2).

(1) El *ictus gratiozus*, como se llamaba al golpe que ponía término á los padecimientos del ajusticiado. En los que morían crucificados se llamaba *ictus gratiozus* el quebrarles las piernas.

(2) Despeñadero en el monte Aventino, desde donde precipitaban como por gradas á los delinquentes muertos en la cárcel, arrastrados hasta allí con un garfio.

—Cargadle con bastante peso, dijo, y echadle en la Cloaca (1), para que allí se pudra y sea pasto de animales inmundos. De ese modo no irá á parar á manos de los cristianos.

Hizose así. Pero las *Actas de los mártires* nos refieren que aquella misma noche se apareció el santo á la piadosa matrona Lucina, revelándola dónde se hallarian sus restos sagrados, los cuales, encontrados efectivamente, fueron enterrados con honor en el lugar donde se ostenta ahora la basílica de su advocacion.

## CAPÍTULO XXVIII.

### Primera parte del día crítico.

Encuéntrense dias críticos en la vida de cada hombre como en la de la humanidad. Y no lo son solamente aquellos como los de Maraton, Cannas ó Lepanto, en los cuales un resultado diverso del que tuvieron tales batallas podria influir en la suerte social ó política del mundo, sino que es muy probable que Cristóbal Colon reflexionase, no solo sobre el dia, si que tambien sobre la hora precisa en que tomó la atrevida resolucion á que deben los hombres los beneficios de su descubrimiento, y él la gloria de ser uno de los primeros entre los más ilustres. Cada uno de nosotros, por pequeño é insignificante que sea, ha tenido su dia crítico; su dia singular que decidió de su suerte por toda la vida; su dia providencial, que cambió su posicion y relaciones con sus semejantes; su dia de gracia, en que el espiritu prevaleció sobre la materia. Como quiera que sea, toda alma ha tenido, como Jerusalem, su dia (1).

(1) El grande albañal de Roma.

(4) ¡Ah! si tú reconocieses siquiera en este tu dia, etc.—San Lucas cap. XIX, v. 42.

Fabiola tambien tuvo el suyo, para cuya crisis venia conspirando cuanto hasta entónces la rodeara. Por una parte, emperador y esclava, padre y convidados, buenos y malos, cristianos y gentiles, ricos y pobres; por otra, la vida y la muerte, el placer y la amargura, la erudicion y la sencillez, el silencio y la conversacion, ¿no eran para ella otros tantos activos agentes que bregaban en sentido contrario con su ánimo, pero impeliendo su alma noble y magnánima, aunque impetuosa y altanera, en una misma direccion, como el viento y el timon luchan entre sí tan sólo para encaminar la nave por acertado rumbo? ¿Cuál será la influencia, cuál el impulso que determine el resultado final de estas encontradas fuerzas? Hé aquí lo que el hombre no puede prever: el problema pertenece al dominio de la Intelligencia Suprema, y la filosofia es impotente para resolverlo.

Los sucesos que acabamos de referir acaecieron el 20 de enero; vea el lector en el calendario los que sobrevinieron al dia siguiente, y convendrá con nosotros en que debe ser un dia muy importante en esta narracion.

De la audiencia pasó Fabiola á la habitacion de Irene, en donde halló á la familia atribulada. Observó empero que la afliccion que ella sentia era de muy diversa naturaleza: la de la familia de Irene no era una postracion, sino que por el contrario brotaba de ella una especie de gozo parecido á un triunfo, que se mezclaba por intervalos á su pesadumbre; la nube que la rodeaba era de cuando en cuando herida por el sol, y entónces resplandecia. La afliccion de Fabiola era en cambio un mortal abatimiento, una lúgubre melancolia; como si sufriendo una pérdida irreparable hubiese muerto en su corazon toda esperanza. Su deseo de hacer investigaciones sobre el cristianismo parecia ya apagado, desde que no existia el maestro escogido por ella para que la ilustrase.

Así fue que apenas la gente desocupó el palacio se despidió afectuosamente de la viuda y sus hijas. Sola, sentada en su aposento, tomó uno tras otro varios libros, que trataban

de la muerte, de la fortaleza, de la amistad ó de la virtud; pero todos le parecieron á cual más insulsos, superficiales y falsos. Su melancolía fué creciendo progresivamente hasta el anochecer, en que vino á sacarla de ella una carta que le entregaron. Graia, la esclava griega que se la trajo, se retiró á un extremo del salon, asustada y perpleja al notar la impresion de sobresalto que revelaba el rostro de su ama. Esta, no bien leyó la carta, se levantó frenética, y yendo de un lado para otro, azorada, mesándose los cabellos, que cayeron en desórden sobre su rostro, apretándose las sienes como si se le saltaran á impulso del dolor, estuvo por un momento mirando hácia arriba con ojos desencajados, hasta que exhalando un hondo gemido cayó desmayada en su asiento, en donde permaneció durante algunos minutos con la carta fatal entre sus crispadas manos, con los brazos caidos y al parecer completamente exánime.

—¿Quién ha traído esta carta? preguntó al fin, recobrada un tanto de su desmayo y haciendo un esfuerzo.

—Un soldado, señora, respondió la esclava.

—Que entre.

Mientras iba la esclava á buscar al mensajero procuró Fabiola serenarse y se arregló el cabello. No bien apareció el soldado, le dijo:

—¿De dónde vienes?

—Estoy de guardia en la cárcel Juliana.

—¿Quién te entregó la carta?

—La misma señora Ines.

—¿Por qué la han conducido allí?

—Porque un sugeto, llamado Fulvio, la acusó de ser cristiana.

—¿Nada más?

—Nada más que por eso: estoy seguro.

—Entonces todo quedará remediado pronto; yo puedo acreditar que la acusacion es falsa. Dile que voy al momento, y toma por tu servicio, añadió dando algunas monedas al mensajero.

Retiróse este y quedó sola Fabiola, la cual, cuando era

preciso obrar recobraba toda su energía y se concentraba en un solo pensamiento, si bien, pasada la urgencia, se despertaba en ella con más vigor la sensibilidad propia de su sexo. Se envolvió perfectamente en su manto, se dirigió sola á la cárcel y fue conducida, sin impedimento alguno, al cuarto separado, que Ines habia solicitado y conseguido en consideracion á su jerarquía y á las cuantiosas dádivas de sus padres.

—¿Qué significa esto, Ines? le preguntó Fabiola con la mayor solicitud despues de abrazarla tierna y cordialmente.

—Que he sido arrestada hace algunas horas y conducida á esta cárcel.

—Y ese Fulvio ¿es tan mentecato y malvado que presenta contra tí una acusacion que quedará desvanecida en cinco minutos? Yo misma me presentaré ahora á Tértulo y destruiré la calumnia con que te ofenden.

—¿Qué calumnia, prima mia?

—Que eres cristiana.

—Lo soy, por la gracia de Dios, contestó Ines persignándose.

Esta inesperada confesion habria herido á Fabiola como un rayo si con la muerte de Sebastian no estuviese ya embotado el filo y aligerado el peso de sus preocupaciones anticristianas. Observando que adoptaba la fe de Cristo una persona, tipo á sus ojos de todas las virtudes varoniles, no se sorprendió de que la profesara tambien otra á quien amaba y admiraba como modelo de perfeccion femenina. Fabiola casi adoraba á Ines por su sencilla grandeza de alma, que la elevaba sobre las demas mujeres, por su candorosa inocencia é ilimitada bondad con todos; así que la revelacion que acababa de oirle disminuía sus dudas y dificultades, facilitándole la solucion del problema que la confundia, pues le mostraba que esos dos seres incomparables que considerara como dos plantas nacidas al acaso eran procedentes de una misma semilla.

Inclinó Fabiola la frente en señal de acatamiento á su jóven prima, y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo há que eres cristiana?

—Toda mi vida, querida Fabiola. Hé mamado la fe, como suele decirse, con la leche de mi madre.

—Y ¿por qué me lo ocultabas?

—Porque observaba las violentas preocupaciones que contra nosotros abrigabas; porque veía que nos odiabas como seres que alimentábamos las supersticiones más ridículas y perpetrábamos los crímenes más abominables. Observaba que te inspirábamos el más alto desprecio como gente estúpida, ignorante y sin educacion; que rehusabas oír hablar de nosotros, y que el único objeto que aborrecía tu corazón, en todo lo demás tan generoso, era el nombre de cristiano.

—Es verdad, querida Ines, es verdad; pero, á pesar de todo, me figuro que á saber que tú ó Sebastian profesabais el cristianismo no lo odiara, sino que lo amaría en vosotros.

—Ahora piensas así, Fabiola. Pero ¿olvidas la irresistible fuerza de una prevencion cuando es general, y el poder de una calumnia cuando se repite diariamente y á todas horas? ¡Cuántas almas generosas, cuántas inteligencias ilustradas, cuántos corazones sensibles no arrastró esa preocupacion á creer que somos nosotros muy otra cosa de la realidad, y aun peores que los más depravados!

—Bien, Ines; conozco que seria un egoismo imperdonable en mí discutir contigo en tu situacion presente. ¿Supongo que obligarás á Fulvio á probar que eres cristiana?

—¡Oh! no, prima mia: lo confesé ya, y cuento con repetirlo mañana en público.

—¿Por la mañana? preguntó Fabiola sorprendida y asustada á la idea de que estuviese tan próximo el desenlace.

—Sí, por la mañana. Para prevenir toda manifestacion ruidosa ó disturbio que pudiera ocurrir en la vista, si bien creo serán contadas las personas á quienes excite interés, van á tomarme las declaraciones muy temprano y á juzgarme lo más sumariamente posible. ¿No es una buena noticia, querida mia? preguntó Ines asiendo apresuradamente ambas manos á Fabiola. Hé aquí que lo que tanto anhelaba lo veo ya, exclamó despues embelesada y alzando al cielo su mira-



da extática; ya poseo lo que tanto esperé; ya me veo unida en los cielos al mismo á quien amé en la tierra con toda mi alma (1). ¡Oh! ¡qué hermosísimo es mi amado, Fabiola! ¡Es mucho más bello que los ángeles que le rodean! ¡Cuán dulce es su sonrisa! ¡Cuán suave su mirada, y la expresion de su rostro qué placida y adorable! Pues y ¡esa dulcísima Señora, llena de gracias, que nunca se aparta de su lado, nuestra Reina, nuestra Soberana, que sólo á Él adora, ¡Cuán complacida me está llamando para que forme parte de su séquit!... ¡Voy! ¡voy!... Desaparecieron ya, Fabiola; pero volverán por mí mañana muy temprano... muy temprano. ¿Lo oyes?... Y ya jamas nos separaremos.

Sintió Fabiola palpar y dilatarse su corazon, como si empezara á germinar en él un elemento nuevo. No atinaba á explicarse lo que era; pero lo consideró algo más elevado que una emocion puramente humana. Jamas había oído las palabras *gracia divina*. Ines observó el cambio favorable que se operaba en el ánimo de su prima, y dando interiormente gracias á Dios rogó á Fabiola que volviese ántes del amanecer para despedirse de ella por la vez última.

Tenia lugar miéntras tanto en casa del prefecto una conferencia entre aquel digno funcionario y su aun más digno hijo. El lector quedará mejor enterado de dicha conferencia trasladándosela aquí palabra por palabra.

—En efecto, decia el magistrado, si acertaba la hechicera en una cosa, debe acertar en la otra. Lo que puedo por experiencia decirte es que el dinero es lo más poderoso para vencer todo género de resistencia.

—Y me concederás tambien, repuso Corvino, que por la cuenta que acabamos de ajustar cuantos han aspirado á la mano de Fabiola pueden llamarse aspirantes á sus riquezas.

—Incluso tú mismo, mi querido Corvino.

—Convengo en ello si sólo atiendo á lo que ahora valgo;

(1) Ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo; ipsi sum juncta in cœlis quem in terris posita tota devotione dilexi.—*Oficio de santa Ines.*

pero no ciertamente si llego á poder ofrecerle con mi persona los inmensos bienes de Ines.

—Con tal que lo verifiques de modo que no pueda ménos de agradarle, si su indole es altanera y generosa como la pintan ; es decir, entregándole esos bienes sin condicion y ofreciéndote luego como aspirante á su mano, lo cual la pondrá en el caso de aceptarte por esposo ó devolverte las riquezas.

—¡Admirable, padre mio! Hasta ahora no se me habia ocurrido la segunda alternativa.

—Fulvio quizá reclame su parte , y en tal caso es probable que el emperador intente apropiárselo todo , porque le aborrece. Pero si yo le propongo el término medio, más popular y evidentemente razonable, cual es que la propiedad de los bienes de Ines pase á su pariente más cercano que adore á los dioses, ¿serán de Fabiola , no es verdad ?

—Sin duda , padre.

—Entónces opino que el emperador se conformará con mi dictámen ; pues en cuanto á cederme los bienes graciosamente, no solo es improbable, sino que la proposicion le enfiereceria partiendo de un juez.

—Y ¿cómo lo arreglaréis, padre ?

—Prepararé esta noche un rescripto imperial y mañana despues de la ejecucion me presentaré en palacio ; exageraré la impopularidad de la muerte de Ines culpando á Fulvio , é insinuaré al emperador que la trasmision de la propiedad al heredero más inmediato redundará en aumento de su gloria y fama. Maximiano es tan vano como avariento y cruel : procuraremos halagarle un vicio para sofocar los otros.

—¡Excelente idea, padre mio! Me voy á descansar tranquilo. Mañana será el dia crítico de mi vida. Mi felicidad ó desdicha depende de que Fabiola me acepte ó rechace.

—Hubiérame alegrado , añadió Tértulo levantándose, de conocer á esa incomparable dama y sondear la profundidad de su filosofía ántes de quedar tu trato concluido.

—¡Oh ! En cuanto á eso descuida , que es digna de ser vuestra nuera. Sí , sí : mañana será el dia en que se decida mi suerte.

Y padre é hijo se separaron satisfechos del porvenir que parecia sonreirles.

Ahora bien : si hasta Corvino podia tener su dia critico, ¿por qué no Fabiola?

Mientras se verificaba tal conferencia Fulvio y su amable tio celebraban otra no ménos edificante. Eurotas regresó tarde á su posada, y hallando á su sobrino sentado, solo y taciturno, se le acercó hablándole así :

—Y bien, sobrino, ¿tienes ya enjaulada á tu avecilla?

—Sí, tio, y tan á buen recaudo como permiten las fuertes barras y gruesos muros de una cárcel. Pero su espíritu se mantiene libre é independiente como nunca.

—¡Bah! Contra espíritus libres aceros bien templados. Mas díme : ¿está decidida su ejecucion y asegurada la herencia?

—Lo primero se verificará mañana á no estorbarlo algun suceso imprevisto ; lo segundo dependerá del capricho imperial. Confíesote, sin embargo, que me causa pena y hasta remordimiento sacrificar esa vida en flor sin estar seguro del éxito.

—¡Ay, Fulvio! ¿Ahora sales con escrúpulos y ternezas?... ¿Recuerdas qué dia es mañana?

—Sí, el doce ántes de las calendas de febrero (1).

—Que para tí fue siempre un dia critico. En esa misma fecha para apropiarte las riquezas de otra cometiste...

—¡Calla, calla! interrumpió Fulvio con amargura. ¿Por qué ese empeño en recordarme lo que más desearia borrar de la memoria?

—Porque desees olvidarte de tí mismo y no puedo consentirlo. Estoy resuelto á alejar de tí toda idea de conciencia, virtud y honor. ¡Qué insensatez! ¡Afectar compasion hácia quien estorba tu enriquecimiento, despues de lo que hiciste para descartarte de *aquella*!

Mordióse Fulvio los labios de rabia y se cubrió con las manos el ruborizado rostro. Eurotas le reanimó diciendo:

—Pues bien, mañana será otro dia critico para tí, tal vez

el último. Calculemos ahora todas las probabilidades. Irás á reclamar al emperador la parte que te corresponde de los bienes confiscados. Supongamos que te la otorga: ¿qué harás?

—La venderé tan pronto como pueda, pagaré mis deudas y me retiraré á donde nadie me conozca.

—Y ¿si te la niega?

—¡Imposible! ¡no puede ser! exclamó Fulvio, á quien tal idea sacaba de juicio. Me pertenece de derecho y la tengo bien ganada. No es posible; no me la negará.

—Calma, hijo, calma; discutamos con serenidad. Acuérdate del refran que dice: *del estribo á la silla se da la caída*. Supongamos por un momento que se conculca tu derecho.

—Entonces estoy arruinado. No me queda recurso alguno para recobrar aquí mi fortuna, y me será forzoso abandonar este suelo.

—Bueno. Y ¿cuánto debes en los portales de Jano (1)?

—Sobre doscientos sestercios entre capital y réditos, compuestos á cincuenta por ciento, que he tomado de ese Efrain, judío sin conciencia.

—¿Con qué garantía?

—Con la esperanza casi segura de entrar en posesion de parte de esos bienes.

—Y si te llevas chasco, ¿piensas que te dejará escapar el judío?

—No, ciertamente, si lo sabe. Y por eso debemos prepararnos á toda eventualidad y observar el mayor sigilo.

—Déjalo á mi cuidado, Fulvio. Ya ves lo azaroso que se te presenta el día de mañana, ó por mejor decir de hoy, porque empieza á amanecer: será el más importante de tu existencia, pues de él depende tu vida ó tu muerte, segun el éxito que obtengas. Con que ármate de valor y constancia.

(1) En el Foro ó en sus alrededores habia varios portales dedicados á Jano, donde solian residir los usureros que prestaban dinero.

## CAPÍTULO XXIX.

## Segunda parte del mismo día.

No principia aun á despuntar el día , y ya hablamos de su segunda parte. ¿Cómo lo explicaremos? De la manera que condujimos al lector á sus primeras vísperas, divididas entre Sebastian , el mártir de ayer, é Ines , la mártir de hoy. ¿No las entonaron ambos fraternalmente , el uno en el cielo, á donde subió por la mañana , y la otra en la mazmorra donde la sepultaron por la tarde ? ¡ Oh gloriosa Iglesia de Jesucristo ! Grande en la inmutable combinacion de tu unidad , te extiendes desde el cielo hasta debajo de tierra , en el más profundo encierro del justo.

Salió Fulvio de su casa á respirar el aire frio y penetrante de la noche para ver si conseguia apagar el ardor de su sangre y calmar su agitacion. Al principio caminó sin direccion fija , pero repentinamente se encontró cerca de la cárcel Tulliana. No sintiendo su corazon afecto alguno ¿qué podría atraerle hácia aquel sitio ? Era que se hallaba dominado por una sensacion inexplicable, mezcla extraña de los elementos más amargos que emplear pudiera en sus filtros un envenenador. El desgarrador remordimiento, el orgullo abatido, la insaciable codicia , la vergonzosa humillacion, y, en fin , la idea horrenda de que en breve se consumaria el crimen atroz por él urdido, eran otros tantos verdugos que torturaban sin piedad su alma. «Es verdad , se decia , que fui rechazado, escarnecido y burlado por una simple niña , cuando más necesitaba sus riquezas para librarme de la mendicidad y de la muerte ; no obstante , preferiria obtener la mano de Ines por cualquier medio, á verla arrastrada al suplicio.» Parecíale atroz é infame el asesinato de la noble doncella , y resolvió intentar la última prueba para persuadirla.

Llegó á la puerta de la cárcel, pronunció la contraseña, entró y se hizo conducir al calabozo de su víctima. Al verle entrar no manifestó Ines azoramiento ni fué á arrinconarse como el ave en cuya jaula se introduce el gavilán, sino que sosegada, serena é intrépida se mantuvo de pié ante su verdugo.

—Respetadme, Fulvio, á lo ménos en este lugar, le dijo con dulzura. Pocas horas me quedan ya de vida; dejádmelas pasar en paz.

—Señora, respondió Fulvio, vengo precisamente á proponeros los medios de convertir esas horas en años, y á ofreceros felicidad en vez de la paz que me pedís.

—Sí, os entiendo perfectamente; pero pasó para mí el tiempo de esas tristes vanidades. Hablar así á quien acabais de entregar á la muerte es cuando ménos un cruel sarcasmo.

—No tal, señora; repito que de vos depende salvaros, y que sola vuestra obstinacion será la causa de vuestra muerte. Vengo á renovaros el ofrecimiento de mi persona y de vuestra vida, que para vos es la última esperanza.

—¿No os dije ya que soy cristiana, y que sacrificaría mil vidas que tuviera ántes que renegar de mi fe?

—Es que tampoco os exijo eso. Las puertas de la cárcel se abrirán ante mí. Huid conmigo, y á pesar de los decretos imperiales seréis cristiana y viviréis con quien os ama.

—¿No os dije también que soy ya esposa de mi Señor y Salvador Jesucristo, y que á él solo guardo fe y se la guardaré eternamente?

—¡Necedad, locura! Perseverad en ella hasta mañana, y os acontecerá algo que os repugna más que la muerte y que disipará vuestra alucinacion.

—Nada temo estando Jesucristo de mi parte, porque sabed que un ángel guarda y defiende mi cuerpo, y no consentirá que la sierva del Señor sea profanada (1). Cesad, pues, en vuestras indignas importunidades y no me privéis

(1) *Mecum enim habeo custodem corporis mei, angelum Domini.*—*Brebiario.*

del último privilegio de los condenados, la soledad y el silencio.

Fulvio, cuya impaciencia crecía por grados, no pudo ya refrenar la cólera. ¡Rechazado, burlado otra vez por una niña que tenía la cuchilla suspendida sobre la cabeza!... Una llama devoradora brotó del sofocado fuego que abrasaba su pecho, y reuniendo los deletéreos elementos que dijimos dominarle, produjo, combinándolos entre sí, una sola y negra gota, la venganza.

Con ojos centelleantes y ademan furioso exclamó:

—¡Desdichada! Por última vez te lo propongo. ¿Qué eliges? ¿Vivir conmigo ó morir?

—La muerte; hasta yo misma la elegiría para ella; la muerte ántes que la vida asociada á un mónstruo como tú, dijo una voz de mujer desde la puerta.

—Pues morirá, replicó Fulvio amenazando con el puño cerrado y la mirada iracunda á la nueva interlocutora; morirá, y tú también si vuelvo á hallar en mi camino tu pestífera sombra.

Fabiola se encontró sola por última vez con su prima. Presenció, sin ser vista, durante algunos momentos aquel combate, que á ser cristiana comparárale al de un ángel de luz con un espíritu de tinieblas, pues jamas criatura humana tuvo tanto de ángel como Ines en presencia de Fulvio. Preparándose para la próxima celebracion de sus desposorios con Jesucristo, en que debía sellar con su sangre el contrato de eterno amor, como lo hiciera su divino Esposo, habíase vestido Ines sobre el traje negro de luto un ropaje nupcial de inmaculada blancura; y en medio de aquel oscuro calabozo, alumbrado escasamente por una sola lámpara, se ostentaba resplandeciente de gracia y belleza, al paso que su tentador enemigo, envuelto en su negro manto é inclinándose para salir, se asemejaba á un demonio humillado que corría á sumergirse en los abismos del infierno.

Contemplaba Fabiola admirada el semblante de su prima, en el cual jamas hallara tal expresion de dulzura: no se notaba en él indicio alguno de enojo, desasosiego, agitacion ni

miedo; no palidecía, ni se encendía por intervalos, ni presentaba las alternativas de una excitación febril ó de una postulación macilenta. Sus ojos brillaban con más suavidad é inteligencia que nunca; su sonrisa era tan plácida y alegre como en la infantil edad en que departían juntas; su porte tan noble, y tan notable la majestad de su aspecto y maneras, que de buena gana Fabiola la igualara á aquellos seres extraordinarios bajados del Olimpo á la tierra, que según la mitología poética se distinguían y daban á conocer por el aparato régio y la atmósfera de ambrosía que les rodeaba (1). No eran señales de inspiración, porque no existía pasión en ella: era un conjunto admirable de dulzura y severidad reflejadas en su rostro y ademanes, que sólo la unión de la más pura virtud y alta inteligencia era capaz, en opinión de Fabiola, de transmitir del alma á la forma exterior para que en ella se patentizase. Por eso el amor que profesaba á su querida Ines trasformóse insensiblemente en afectos más elevados de respeto, por no decir de reverente acatamiento.

Tomó Ines entre sus manos las de Fabiola, cruzólas sobre su tranquilo pecho, y mirándola con inefable dulzura le dijo:

—Fabiola, deseo pedirte un favor antes de morir: jamás me rehusaste ninguno, y estoy segura de que no me negarás el último.

—No me hables así, Ines querida. No tienes ya que pedir-me favores, sino dictarme órdenes.

—Pues bien, prométeme que te dedicarás inmediatamente á estudiar á fondo las doctrinas del cristianismo. Estoy cierta de que las abrazarás, y entonces no serás para mí lo que ahora.

—Y ¿qué soy para tí, Ines?

—Una ciega, queridísima Fabiola; una pobre ciega, á pesar de que posees una noble inteligencia, carácter generoso, un corazón lleno de sensibilidad, entendimiento cultivado, exquisito sentido moral y conducta irreprochable. ¿Qué más se puede apetecer en una mujer? Y sin embargo, sobre todas

(1) *Incessu patuit Dea.*



esas admirables prendas ven mis ojos una negra nube que las cubre con la sombra de la muerte. Rásgala, y todo será en tí claro y refulgente.

—Lo conozco, querida Ines. A tu lado sólo parezco una mancha negra, comparada con el esplendor que te circunda. Pero ¿cómo obtendré la luz que te ilumina aun abrazando el cristianismo?

—Es preciso, Fabiola, que salves el torrente que nos separa (Estremecióse Fabiola recordando su sueño). Aguas refrigerantes cubrirán tu cuerpo y el óleo de alegría embalsamará tus carnes; purificada tu alma quedará tan blanca como la nieve, y ablandado tu corazón será tierno como el de un niño. Saldrás regenerada de ese baño y renacerás á una vida eterna.

—Y ¿perderé entónces todas esas dotes que acabas de apreciar en mí? preguntó Fabiola.

—No, prima mia, respondió la mártir. Así como el jardinero escoge una planta leñosa y robusta, pero inútil, é ingerta en ella un delicado y pequeño vástago de otra bella y olorosa, y las flores y frutos que luego produce pertenecen á aquella sin privarla de la hermosura, gracia y lozanía que ántes poseía, así también la nueva vida que recibirás del cristianismo ennoblecerá, elevará, santificará (al presente no puedes entender el sentido de esta palabra) las preciosas dotes naturales y adquiridas que tanto te distinguen. ¡Oh, Fabiola mia! ¡qué criatura tan admirable serás cuando seas cristiana!

—Ya que me trasladas á una region tan nueva para mí, ¿por qué te vas y me dejas á los umbrales?

—Escucha, exclamó Ines en un éxtasis de gozo. ¡Ya se acercan, ya llegan! ¿No oyes los pasos de los soldados en el corredor? Son los testigos de mi boda que vienen á buscarme. Pero allá en las alturas, sobre las doradas nubes del sol naciente, veo á mis compañeras vestidas de blanco que me llaman... Sí, mi lámpara está bien preparada, luce con todo su esplendor y voy á reunirme con mi Desposado. ¡A Dios, Fabiola, á Dios! ¡Oh! ¡quién pudiera hacerte gozar de la in-

comparable dicha de morir por Jesucristo ! Y ahora, querida prima mia, escucha esta palabra que jamas me oiste : *¡Dios te bendiga !*

Y diciendo esto hizo en la frente de Fabiola la señal de la cruz. En seguida diéronse las dos nobles jóvenes el último abrazo en la tierra, abrazo convulsivo por parte de Fabiola, tranquilo y tierno por la de Ines, y se separaron dirigiéndose la primera á su casa preocupada con un designio nuevo y generoso, y siguiendo la otra el camino que le indicó su avergonzado carcelero.

Correremos un velo sobre la primera parte de las pruebas por que pasó la casta doncella, aunque algunos santos padres y la Iglesia misma en sus oficios las refieren calificándolas de doble corona (1). Bastará decir que su ángel tutelar la libertó de toda profanacion (2), y que la pureza de su presencia trasformó un antro de prostitucion é infamia en precioso santuario (3). Por la mañana temprano fue conducida otra vez al tribunal del prefecto en el Foro. Presentóse inmutable, inmaculada, sin sonrojarse su risueño semblante, sin que la angustia del dolor agitase su inocente corazon. El cabello suelto, como símbolo de virginidad, caía en ondas de oro sobre su vestido blanco como la nieve (4).

La mañana era tan deliciosa y apacible como habrá pare-

(1) Duplex corona est prastita martyri.—*Prudentius*.

(2) Ingressa Agnes turpitudinis locum, Angelum Domini preparatum invenit.—*Breviario*.

(3) La iglesia de santa Ines, en la plaza Navona, una de las más bellas de Roma.

Cui posse soli Cunctipotens dedit  
Castum vel ipsum reddere fornicem

. . . . .

Nil non pudicum est, quod pia visere  
Dignaris, almo vel pede tangere.

*Prudentius*.

(4) Non intorto crine caput comptum (el pelo de su cabeza no estaba trenzado).—*San Ambrosio*, lib. I, *De virg.*, c. 2. Véase la descripción de santa Eulalia por Prudentius : Hym III, 31.

cido á los que, estando en Roma en el aniversario de este día, hayan pasado por la puerta Nomentana, hoy *Porta Pia*, dirigiéndose á la iglesia que lleva el nombre de nuestra virgen mártir, para asistir á la bendicion sobre su altar de los dos corderos con cuya lana se tejen los pálios que el Papa envia á los arzobispos católicos. Blanquean ya los almendros, no por la escarcha, sino por las flores; la tierra está mullida al rededor de las cepas, y la primavera parece encerrada dentro de los botones de las plantas, que sólo aguardan la señal de la brisa del Sur para abrirse y dilatarse (1). La diáfana atmósfera deja ver un cielo sin nubes y reina esa agradable temperatura que producen los rayos de un sol ya vigoroso, pero que aun no abrasa y sólo templá el aire todavía helado del invierno. Así hemos disfrutado varios días de santa Ines en compañía de otros mil, encaminándonos gozosos á visitar su santuario.

El juez estaba sentado al aire libre en el tribunal del Foro, como era costumbre en aquellos tiempos, y numerosa concurrencia rodeaba el espacio en donde, á excepcion de los cristianos, todos se horrorizaban de entrar. Distinguiáanse entre los espectadores dos personas que llamaban la atencion por su porte y maneras, las cuales se hallaban de pié y en frente á las extremidades del semicírculo que formaba la muchedumbre. Era una de ellas un hombre embozado en su toga hasta los ojos, lo cual impedía distinguir su fisonomía; la otra era una dama alta y esbelta, de aspecto tan aristocrático que nadie se imaginaria poder encontrarla en semejante sitio. Como la hermosa estatua antigua conocida entre los artistas con el nombre de la *Modestia*, cubríala de la cabeza á los piés un rico velo ó manto de la India de púrpura y oro, gala verdaderamente imperial y más extraña aun que su presencia en aquel teatro de gemidos y sangre. Junto á ella divisábase una criada de clase superior, envuelta tambien en un velo tan cuidadosamente como su ama. La dama, que parecia absorta en la contemplacion de un solo objeto, es-

(1) Solvitur acris hyems, grata vice veris et Favoni.—*Horattus*.

taba inmóvil con el codo apoyado contra una columna de mármol.

Ines fue conducida por los guardias al espacio libre y presentóse intrépida y tranquila en frente del tribunal : sus pensamientos estaban en otra parte ; así es que no reparó en los dos personajes que hasta el momento de su entrada eran objeto de la atencion general.

—¿Por qué viene suelta y sin cadenas? preguntó el juez enfadado.

—Porque no las necesita, señor ; anda con tan buena voluntad y es tan joven , respondió Catulo.

—Sí, pero tan obstinada como la más vieja. Ponle al momento esposas.

Buscólas el verdugo entre un monton de ellas , que eran consideradas por los cristianos como joyas , y escogiendo las más ligeras y pequeñas las colocó en las delicadas muñecas de la virgen. Sonrióse Ines dulcísicamente , inclinó sus manos y las esposas de hierro cayeron sonando á sus piés , como en otro tiempo las de san Pablo (1).

—Pues no las hay más pequeñas, señor, dijo el verdugo medio enternecido. A una niña como esta sentarian mejor otros brazaletes.

—¡Silencio, esclavo! repuso exasperado el prefecto.

Y volviéndose á Ines le dijo en tono más blando:

—Niña , me inspiran compasion tus pocos años , tu noble estirpe y la mala educacion que has recibido. Deseo salvarte. Piénsalo bien , que aun es tiempo. Abjura las falsas y perniciosas doctrinas del cristianismo, y acatando los edictos imperiales acércate á sacrificar á los dioses.

—Es inútil, respondió Ines , que continúes tentándome. Mi resolucion es irrevocable. Desprecio tus falsas divinidades, y sólo quiero amar y servir al Dios vivo. ¡ Eterno Dispensador de todas las cosas , abre de par en par las puertas del cielo cerradas hasta ahora á los humanos ! ¡ Cristo bendito ! llama á tí al alma que á tí está asida , y que se sacrificó

(1) San Ambrosio, *De virgine*.

primero á ti consagrándote su virginidad , y ahora se sacrifica á tu Padre ofreciéndose en holocausto por el martirio (1).

—Vaya , veo que estamos perdiendo el tiempo, dijo impaciente el prefecto que advirtió síntomas de compasion en la muchedumbre. Secretario, extiende la sentencia : Condenamos á Ines á ser decapitada por desacato á los edictos imperiales.

—¿En qué camino y sobre cuál de los miliarios que señalan las distancias debo ejecutar la sentencia? preguntó el verdugo (2).

—Ejecútala aquí mismo y en el acto.

Levantó Ines un instante los ojos al cielo, dobló sumisamente las rodillas, y echando sobre su rostro el fino y lustroso cabello suelto que le colgaba á la espalda, extendió el cuello y lo presentó al filo de la cuchilla (3). Siguióse á aquellos preparativos una corta pausa , porque trémulo de emocion no acertaba el verdugo á blandir el arma homicida (4). Arrodillada la niña sobre su vestido blanco, con los brazos cruzados modestamente sobre el pecho, y los rizos de ámbar sobre el rostro y tocando casi al suelo, podia con propiedad compararse á una planta cuyó blanquísimo y delicado tallo se dobla al peso de la multitud y lozanía de sus dorados frutos.

Reprendió el juez con acritud al verdugo por su vacilacion y le ordenó imperiosamente que llevara á cabo la sen-

- (4)           Eterne Rector, divide januas ,  
               Cæli, obserratas terrigenis prius,  
               Ac te sequentem, Christe, animam voca,  
               Cum virginalem, tum Patris hostiam.

*Prudentius, 14.*

(2) La costumbre general era decapitar á los reos fuera de las puertas de Roma, sobre el segundo, tercero ó cuarto miliario. Por la relacion de Prudencio es evidente que santa Ines sufrió la muerte en el mismo lugar en que fue pronunciada la sentencia, de lo cual hay varios ejemplos.

(3) *Prudentius.*

(4) San Ambrosio.

tencia. Enjugóse Catulo las lágrimas con el envés de su rugosa mano izquierda y levantó con la derecha la cuchilla. Brilló un instante en el aire, y tallo y flor quedaron en seguida separados. La actitud de la víctima era tal que pudiera equivocarse con la de una persona que ora prosternada, si lavado su blanco traje en la sangre del Cordero no se hubiera teñido de encendida púrpura.

El hombre que estaba de pie á la derecha del juez miró el golpe sin pestañear y acompañó la inmolacion de la víctima con una perversa sonrisa de triunfo. La dama que se hallaba en el lado opuesto permaneció con la cara vuelta para no presenciar el bárbaro espectáculo, hasta que el murmullo que sucede en toda multitud al involuntario silencio de la respiracion comprimida la advirtió de que el sacrificio estaba consumado. Adelantóse entónces con resuelto ademán hácia el fatal recinto, se despojó del magnífico manto de brocado que la cubria y lo extendió como un pálido sobre el mutilado cuerpo de la mártir (4). Ruidosos y prolongados aplausos saludaron tan animoso acto de sensibilidad femenina, miéntras la dama, en pie ante el prefecto y en traje de riguroso luto :

—Señor, dijo con voz clara é inteligible, pero anegado en lágrimas su semblante, otorgadme una gracia ; no permitais que las toscas manos de vuestros criados vuelvan á tocar y profanar los sagrados restos de la que amé sobre cuanto existe en el mundo. Dejádmela conducir al sepulcro de sus mayores, pues era tan ilustre como buena.

—Señora, respondió Tértulo visiblemente encolerizado, quien quiera que seais, no puedo acceder á vuestro ruego. Catulo, cuida de que el cuerpo sea arrojado al rio ó quemado como de costumbre.

—Os lo suplico, señor, insistió la dama, si algo puede para con vos la virtud de una mujer: por las lágrimas que

(4) Así como Fabiola extendió sobre el cadáver de Ines su rico manto, refiere Prudencio que una nevada repentina cubrió el cadáver de santa Eulalia tendido en el Foro, como sirviéndole de sudario.

hayais costado á vuestra madre, por las palabras de consuelo con que vuestras hermanas hayan mitigado vuestras dolencias ó amarguras, por cuanto debais á su cariñosa solicitud, os imploro que no desoigais mi humilde súplica. Al volver esta noche á vuestra casa saldrán á la puerta á recibir vuestras hijas y os besarán las manos teñidas con la sangre de una á quien os vanagloriais de que se asemejasen. ¡Oh! Decidlas á lo ménos que no negasteis este ligero tributo al pudor de una doncella.

Produjeron aquellas palabras una demostracion tan general de simpatía que, deseando Tértulo reprimirla, preguntó bruscamente á la dama:

—¿Eres tú tambien cristiana?

—No, señor, no lo soy, respondió no muy segura Fabiola; mas confieso que si algo pudiera inclinarme al cristianismo seria lo que acabo de presenciar.

—¿Qué quieres decir?

—Que es ciertamente indigno que para conservar la religion del estado exterminéis á criaturas tan perfectas como la que acabais de degollar (y las lágrimas apagaban la voz de Fabiola), mientras viven y prosperan mónstruos que son el oprobio de la especie humana. ¡Ah, señor, no sabeis qué tesoro arrebatasteis á la tierra! Aunque tan niña era la más pura, dulce y santa que he conocido, la flor de nuestro sexo. Y sabed que viviria aun á no despreciar la mano de un vil advenedizo, que la persiguió con infames ofertas en el retiro de su quinta, en el santuario del hogar doméstico, hasta en el encierro de su calabozo. Por eso ha sido sacrificada; porque no accedió á entregar sus riquezas ni á ennoblecér con su mano á ese espía asiático.

Y señaló con el dedo y con expresion de soberano desprecio á Fulvio, que adelantándose de un salto exclamó lleno de rabia:

—¡Miente; señor! ¡es una calumnia infame! Ines confesó que era cristiana.

—Dispensadme vuestra indulgencia un instante más, replicó con noble dignidad la dama. Voy á confundirle; en su

mismo semblante hallaréis, señor, la prueba patente de mi acusacion. Di, Fulvio: ¿no te introdujiste esta mañana temprano en el encierro de Ines, para decirla (yo estaba oculta y te oí) que si aceptaba tu mano, no solo le salvarias la vida, sino que á despecho de los edictos imperiales podria seguir siendo cristiana?

Pálido como un cadáver se quedó Fulvio inmóvil durante un momento, cual si de improviso le atravesaran el corazon ó le hiriese un rayo. Parecia un reo á quien fuesen á leer la fatal sentencia, no ya de muerte, sino de infamia ó de atarle á la picota, cuando el juez le dirigió la palabra y dijo:

—Fulvio, tu palidez y turbacion confirman la verdad de acusacion tan grave. Fundándome sólo en ella podria hacer caer al punto tu cabeza, mas prefiero darte un consejo. Auséntate para siempre; huye; despues de tan atroz villanía ocúltate de la indignacion de los hombres de bien y de la venganza de los dioses. No vuelvas á presentarte en el Foro ni en sitio alguno de Roma. Si esa dama quisiera consignaria ahora mismo por escrito su declaracion. Señora, añadió luego con respetuosa cortesía, ¿podré tener el honor de saber vuestro nombre?

—Fabiola, respondió la dama.

Al oír aquel nombre volvióse el juez con afable continente á la que en breve esperaba que seria su nuera, y dijo:

—He oído elogiar repetidas veces vuestro talento sin igual y relevantes prendas. Sois ademas parienta inmediata de esa víctima de la traicion y podeis reclamar su cuerpo. Está á vuestra disposicion, señora.

Esas palabras fueron al principio interrumpidas por los silbidos y vocería que acompañaron la salida de Fulvio, el cual se alejó confundido de vergüenza, inmutado y trémulo de terror y rabia.

Fabiola conmovida dió las gracias al prefecto, llamó á Syra, que la acompañaba, y á una seña de esta aparecieron cuatro esclavos trayendo en hombros una litera. Fabiola no consintió que otro que Syra le ayudase á levantar del sue-



lo los restos de Ines. Entre las dos los colocaron en la litera y los cubrieron con el precioso manto.

—Conducid ese tesoro á su propia casa, dijo, y siguió detrás haciendo el duelo con su esclava.

Acercóse en esto una jovencita llorando, y preguntó tímidamente si le permitian acompañar tambien el cadáver.

—Y ¿quién eres tú? preguntó Fabiola.

—Soy la pobre Emerenciana, respondió la niña, su hermana de leche.

Fabiola la abrazó y llevó consigo trabada cariñosamente de la mano.

Luego que el cadáver fue recogido se abalanzaron al lugar de la ejecución multitud de cristianos, hombres, mujeres y niños, con esponjas y lienzos que empapaban en la sangre, sin que bastasen á impedirlo los guardias cargando sobre ellos con látigos, palos y hasta con sus propias armas, no faltando algunos que vieron mezclada su sangre con la de la mártir doncella.

El monarca que en el día de su coronación ó al entrar por primera vez en la capital de su reino arrojaba antiguamente al pueblo puñados de monedas de oro y plata, no promovía más empeñada lucha que la que se entablaba entre los primitivos cristianos por adquirir lo que ellos apreciaban más que el oro y las piedras preciosas, esto es, las gotas de sangre que vertía el corazón de un mártir por amor á Cristo. Pero todos respetaron el derecho de uno á ser el primero en recogerla, al diácono Reparado, que sin temor al riesgo que corría su vida echaba en una redoma la sangre de Ines, para luego suspenderla sobre su sepulcro como sello fiel y recuerdo perenne de su martirio.

---

## CAPÍTULO XXX.

## Tercera parte del mismo día.

Tértulo pasó inmediatamente á palacio, por fortuna ó desgracia de aquellos que, recogiendo la sangre de la víctima, eran otros tantos candidatos que aspiraban al martirio. Allí encontró á Corvino con el rescripto preparado y escrito en elegantes *iniciales* ó sean letras mayúsculas. Aprovechándose el prefecto del privilegio de entrada de que gozaba, se presentó al emperador y noticióle oficialmente la muerte de Ines, exagerando el descontento que probablemente produciría y atribuyéndolo al poco tacto de Fulvio, cuyo delito capital no mencionó por temor de verse obligado á formarle un proceso en el cual se descubriría lo que estaba en aquel momento fraguando él mismo. Tras eso rebajó cuanto pudo el valor de los bienes de la víctima, y terminó insinuándole que sería considerado como una resolución magnánima dictada por la clemencia y muy á propósito para calmar la irritación popular trasferirlos á su prima Fabiola como á heredera más inmediata. Por último, dijo que Fabiola era una jóven de extraordinario talento y profunda erudición, que veneraba devotísimamente á los dioses, y tan adicta á la persona de Maximiano que sacrificaba diariamente á la deidad tutelar de los emperadores.

—La conozco, dijo Maximiano riendo como si el nombre le trajese á la memoria algun lance chistoso. La desventurada me envió una magnífica sortija y vino á pedirme ayer que perdonase la vida á ese miserable Sebastian, justamente cuando acababan de matarlo de un porrazo.

Y soltando otra carcajada añadió:

—Está bien. Ciertó que una pequeña herencia podrá con-

solaria de la pérdida de aquel bellaco. Haz extender el rescripto y le firmaré.

Tértulo le presentó el que llevaba preparado previendo, dijo, su magnánima clemencia, y el bárbaro emperador puso en él una firma de que se avergonzara un niño de la escuela. El prefecto regocijado lo entregó á su hijo.

No bien salió Tértulo de palacio cuando entró Fulvio, el cual pasó ántes por su casa para vestirse de gala y borrar de su semblante con el baño y los cosméticos las huellas de su reciente disgusto por las acusaciones de Fabiola.

Presentia el codicioso asiático la inutilidad de las gestiones que á palacio le conducian; presentimiento inspirado por la fria discusion que sostuviera con Eurotas la noche anterior, y robustecido despues por los reveses y contradicciones que todos sus designios venian sufriendo durante la mañana. Una mujer, que parecia nacida sólo para atormentarle, se le oponia en todos los caminos desbaratando sus planes.

—Pero esta vez, se decia, no me servirá de estorbo, gracias á los dioses. Si pudo cubrirme para siempre de ignominia, no podrá privarme de mi legítima recompensa. Si sus acusaciones me expulsan de la república, al ménos no me harán mendigar.

Sin otra esperanza é impulsado por la desesperacion llegaba resuelto á disputar su derecho sobre los bienes confiscados de Ines al único competidor que podia inspirarle recelos, al mismo emperador, cuya rapacidad le era bien notoria. Estaba decidido á arriesgar la vida en aquella entrevista, pues si no conseguia su objeto su ruina era segura.

Despues de largo rato de espera entró al fin en la sala de audiencia, y con la más blanda sonrisa fué á postrarse á los piés del tirano.

—¿Qué buscas aquí? fue el primer saludo de este.

—Señor, respondió Fulvio, vengo á implorar humildemente de vuestra justicia las debidas órdenes para que se me ponga desde luego en posesion de la parte que me corresponde de los bienes de la jóven patricia Ines. Yo descubrí que era

cristiana ; por acusacion mia fue juzgada , y acaba de sufrir la pena merecida por su desobediencia á los edictos imperiales.

—Todo eso estaria muy bien, replicó Maximiano, si no tuviese ya noticia de la estupidez y torpeza con que en esta ocasion como en tantas otras manejaste el asunto , excitando contra mí las quejas y descontento de la muchedumbre. Por tanto lo mejor que puedes hacer es alejarte para siempre de mi presencia , de este palacio y de la ciudad. ¿ Comprendes?... Y cuenta que no acostumbro á repetir estas insinuaciones.

—Acato la menor intimacion de vuestra suprema voluntad ; pero considerad que me hallo sin recursos. Ordenad, señor , que se me entregue lo que de derecho es mio , y al punto partiré.

—Márchate en seguida y déjame en paz , replicó el emperador. Esos bienes que con tanta pertinacia solicitas no puedo concedértelos. Acabo de trasferirlos por un rescripto irrevocable á una excelente y digna persona , á la patricia Fabiola.

Sin atreverse á proferir palabra besó Fulvio la mano del emperador y se retiró pausadamente , confuso y arruinado. Sólo al atravesar la puerta se le oyó exclamar :

—Al fin conseguí tambien reducirme á la miseria.

Cuando llegó á casa leyó Eurotas en sus ojos la repulsa que acababa de recibir , y admirado de la serenidad que demostraba :

—Veo, le dijo secamente, que ya nada tienes que esperar.

—Nada absolutamente. ¿ Están hechos los preparativos de viaje ?

—Poco falta. Vendí las joyas, muebles y esclavos, con alguna pérdida ; mas su producto y una corta cantidad que aun reservaba nos bastarán para trasladarnos á Asia. Sólo conservo á Stabio, por ser el más leal de nuestros criados : él llevará nuestro equipo en su caballo, y nosotros le seguiremos en otros dos que se están ensillando. Una sola cosa falta para partir inmediatamente.

—¿Cuál?

El veneno. Mandé prepararlo anoche, pero no estará hasta medio día.

—Y ¿para qué quieres ese veneno? preguntó Fulvio un tanto alarmado.

—Para lo que sabes tan bien como yo, respondió Eurotas sin inmutarse. Consiento gustoso en hacer una segunda tentativa en otro país. Mas no ignoras nuestro convenio. La familia de mi padre no se extinguirá mendigando, sino con honor.

Mordióse Fulvio los labios y dijo:

—Sea. Estoy ya cansado de la vida. Abandonad la casa lo más pronto que podais, no sea que nos sorprenda Efrain, y en cuanto anochezca aguardadme con los caballos á tres millas de la puerta Latina. Así que termine cierto negocio que traigo entre manos iré á reunirme con vosotros.

—¿Un negocio? ¿Cuál? preguntó el tío con mal reprimida curiosidad.

—No puedo comunicarlo ni aun á tí mismo. Pero si no estoy á tu lado dos horas despues de puesto el sol, no te ocupes de mi suerte y ponte en salvo sin contar conmigo.

Eurotas clavó en Fulvio una de aquellas penetrantes y escudriñadoras miradas con que descubria siempre sus más ocultas intenciones. Sospechó si trataria de sustraerse á su dominio. Mas vió que Fulvio permanecía impassible, conservando en el semblante una expresion franca como nunca, y no juzgó necesario dirigirle mas pregunta.

Durante aquel diálogo trocó Fulvio el vestido de corte por otro de viaje; y tan completamente se preparó para ponerse en camino sin necesidad de volver á casa, que tomó hasta sus armas. Al ceñirse la espada ocultó debajo del manto una de aquellas dagas corvas, de bien templado acero y fatal estructura, conocidas tan sólo en el Oriente.

Así que Eurotas quedó solo dirigióse al cuartel de los mauritanos y preguntó por Jubala, que no tardó en aparecer trayendo en la mano dos frasquitos de diferente tamaño. Comenzaba la liberta Afra á explicar á Eurotas el uso más eficaz

de los breviajes que contenian , cuando divisaron á Hyphax, que medio borracho y furioso se acercaba, y apenas dió al viejo el tiempo preciso para ocultar los frascos en el cinto y deslizar una moneda en la mano de la africana. Jubala habia contado á su marido las proposiciones que le hiciera Eurotas ántes de casarse, con lo cual excitó en el ardiente corazón del moro rabiosos celos que en él equivalian á implacable odio. Así fue que el salvaje arrojó de un empuellon á su consorte fuera del cuarto, y de seguro llegara á las manos con el sirio , si conseguido ya su objeto no se hubiese retirado este, prometiendo al capitán de los flecheros que no volveria jamas á ver á Jubala.

Tiempo es ya de que pensemos en Fabiola. El lector esperará tal vez la noticia de que regresó á su casa convertida al cristianismo ; mas, sin embargo, no sucedió así. Porque ¿ qué nociones tenia de esta religion ? En Sebastian é Ines admiraba sinceramente, es cierto, la virtud desinteresada , heróica y sobrehumana que ambos ante su vista habian desplegado y que la jóven patricia no vacilaba en atribuir á la fe cristiana. Veía que esta inspiraba unas reglas de conducta, comunicaba una elevacion al ánimo, un valor á la conciencia y una energia y fortaleza á la voluntad para todo lo virtuoso y bueno, que jamas inspiró ningun otro sistema religioso. Pero si (como perspicazmente presumia y detenidamente se proponia examinar) las sublimes revelaciones de Syra, relativas á una esfera invisible de perfeccion , y al poder de verlo todo, que suponía en un Sér Supremo que gobierna el mundo, procediesen del mismo origen , ¿ qué otra cosa vendrian á constituir que un gran sistema moral é intelectual, en parte práctico y en parte especulativo, como todas las teorías filosóficas ? El cristianismo era muy distinto. Fabiola aun no habia oido explicar sus verdaderos y esenciales fundamentos, ni tenia idea de las insondables, pero accesibles profundidades de sus misterios, ni de la imponente dilatada estructura del edificio de la fe , que se eleva hasta los cielos y que sin embargo puede contener el alma más sencilla, como los ojos del niño pueden reflejar la imagen entera de la grandiosa

montaña que no podría escalar el gigante. Jamás había oído hablar del Dios Uno y Trino, ni de su coeterno Hijo igual al Padre y hecho Hombre; nunca la refirieron la maravillosa historia de la redención del linaje humano por los padecimientos y muerte de ese Dios, ni tenía noticia de Nazaret, ni de Belén, ni del Calvario. ¿Cómo podía llamarse cristiana, y mucho menos serlo, la que todo esto ignoraba?

Debía aun familiarizarse con los dulces nombres, para ella desconocidos y disonantes, de María, José, Juan, Pedro y Pablo, sin mencionar el más dulce de todos, el de Aquel cuyo solo nombre es bálsamo al corazón llagado, ó miel destilada del panal recién partido de la colmena. Y ¡cuánto no la sería preciso aprender acerca de los medios de salvación que posee la Iglesia para sus hijos en la gracia, en los Sacramentos, en la oración, en el amor y la caridad para con el prójimo! ¡Cuántas desconocidas regiones no le quedaban por recorrer más allá del reducido terreno que pisaba!

Así que Fabiola regresó á su casa, rendida por las emociones del día y la noche anteriores, y traspasada de dolor por las tristes escenas de la mañana, se recogió á su aposento, no ya filósofa, pero tampoco cristiana. Separó á todos los criados del lugar que ocupaba, á fin de que ningún ruido la molestase, y prohibió terminantemente la recepción de toda persona extraña. Durante algunas horas permaneció en la soledad y el silencio, demasiado excitada para poder conciliar el sueño. Lloraba por Inés como llora una madre por la hija que le ha sido de repente arrebatada. Pero la oscura nube que rodeaba el fin de su prima presentábase á Fabiola con cierta transparencia luminosa que no rodeaba el ataúd de su padre. Parecíale un insulto á la razón, un ultraje á la humanidad, pensar que Inés hubiese muerto del todo, que la habían hundido en los abismos de la nada con su blanco vestido, risueño semblante y corazón alegre y candoroso. ¿Cómo creer que la conciencia, la justicia, la pureza y la fe no eran sino falsos halagos para arrastrarla, al tiempo de abrazarlas, á un precipicio en donde por toda recompensa sería completamente aniquilada? No, no. Estaba segura de que

Ines era feliz en alguna parte, ó la justicia era una palabra vacía de sentido.

—¡Es singular, pensaba luego, que cuantas personas he conocido dotadas de cualidades superiores y perfectas, hombres como Sebastian, mujeres como Ines, resulten pertenecer á esa escarnecida raza de cristianos! Una sola me queda que examinar, y la interrogaré mañana mismo.

Y cuando apartando sus pensamientos del mundo cristiano que conociera los volvía al mundo pagano, á Fulvio, á Tértulo, al emperador, á Calpurnio, y á... (se estremeció al pronunciar involuntariamente el nombre de su padre), no podía ménos de notar con disgusto el contraste que resultaba entre la bajeza del uno y la elevacion de sentimientos del otro, entre el vicio y la virtud, la estupidez y la sabiduría, la sensualidad y la pureza. De esta manera vaciábase poco á poco su entendimiento en un molde que se rompería ó tomaría una forma de perfectibilidad práctica. Hallábase su alma como la tierra abrasada por el sol, que se convierte en perpetuo desierto si no recibe del cielo lluvias que la empapen y refrigeren.

Ines merecía ciertamente la gloria de alcanzar por la muerte la conversion de su prima. Pero ¿no existía también otra con derecho de reclamar la preferencia, otra que había sacrificado la libertad y ofrecido desinteresadamente la vida por obtener ese galardón?

Seguía Fabiola sumida en la soledad y el dolor cuando vino á distraerla de sus reflexiones la entrada de un extraño que le anunciaron con el ominoso título de *enviado del emperador*. Negábase el portero á darle paso; mas como el enviado dijese traer una misión importante del soberano, creyóse aquel obligado á consultar al mayordomo, el cual declaró no poderse rehusar la entrada á persona revestida de tal carácter.

Sobrecogióse al pronto Fabiola, pero la presencia del ridículo enviado calmó un tanto sus temores. Era Corvino, que se acercó no muy airoosamente, y en un discurso florido que llevaba aprendido de memoria como su lección un chico de la



escuela, pero que se le atragantó en parte al pronunciarlo, puso á los piés de la jóven patricia el rescripto imperial y la declaracion de su apasionado afecto, es decir, los bienes de Ines y su propia mano. Fabiola no podia comprender la relacion que existiese entre ambas dádivas, y ménos figurarse que la una sólo fuese un amaño para obligarla á aceptar la otra. Rogó por lo tanto á Corvino que diera en su nombre las gracias al emperador, disculpándola de no ir en persona á tributarle su homenaje.

El enviado replicó entónces confuso y desconcertado :

—Sí, pero no ignorais que esas haciendas iban á ser confiscadas, y que mi padre ha empleado todos sus esfuerzos para que se os adjudiquen.

—Hace ya tiempo, repuso Fabiola, que fui instituida heredera de esos bienes, los cuales pasaron á ser míos desde el momento... (faltóle el aliento y continuó haciendo un esfuerzo para dominarse) desde el momento en que dejaron de pertenecer á otra. No podian ser objeto de confiscacion.

Corvino se quedó cortado sin saber qué responder. Al fin pudo balbucir algunas palabras que se figuró contenian una humilde súplica aspirando á la mano de Fabiola; mas esta, pensando que le pedia simplemente la recompensa de procurarle y traerle tan importante documento, le respondió que no dejaria de atenderle generosamente en ocasion más oportuna; pero que estaba entónces sumamente fatigada é indispuesta, y se veia obligada á suplicarle que la dejase sola. Corvino se retiró muy satisfecho figurándose que tenia ya asegurada la presa.

Luego que desapareció echó Fabiola una mirada distraida sobre el rescripto, que dejara abierto encima de una mesita al lado de su lecho; y volviendo á sus interrumpidos pensamientos siguió meditando sobre las escenas de horror que presenciara, hasta una hora ántes de ponerse el sol. Repasando ya uno, ya otro acontecimiento, vino al fin á parar en el careo sostenido con Fulvio por la mañana en el tribunal del Foro. Representósele tan al vivo en la memoria aque-

lla desagradable escena , que excitada penosamente su imaginacion exclamó en voz alta para desahogarse:

—Afortunadamente ya no volveré á ver el rostro de ese malvado.

Mas no bien salieron tales frases de sus labios cuando incorporándose y defendiendo sus ojos de la luz con la mano, miró sorprendida hácia la puerta. ¿Era una alucinacion de su exaltada fantasía , ó una realidad lo que divisaba ? La duda quedó resuelta al oir estas palabras:

—¿Podréis decirme, señora , á quién dedicais tan lisonjero recuerdo?

—A vos , Fulvio, dijo Fabiola levantándose con dignidad; á vos, que no contento con violar la casa , la quinta y el encierro de una joven patricia , os atreveis á invadir el aposento de otra en su soledad , y, lo que es peor, cuando se halla abrumada de dolor por la pérdida del amado objeto que le habeis arrebatado. Salid al punto, porque sino os haré arrojar ignominiosamente.

—Sentáos y serenáos, señora , respondió el intruso, porque será esta la última vez que nos veremos. Mas ántes de separarnos debemos ajustar una cuenta importante, Fabiola. Inútil es que llameis ; nadie acudirá. Las órdenes que disteis á vuestros criados para que se alejasen han sido fielmente obedecidas, y ni uno siquiera podrá oiros.

En efecto , Fulvio encontró el camino abierto por Corvino. El portero, aunque le conocia por haberle visto comer dos veces en la casa , le manifestó las órdenes estrictas que tenia de no dejar pasar á nadie , á ménos que viniese de parte del emperador. Fulvio le aseguró que se hallaba en este caso y el portero le franqueó la entrada , no sin admirarse de que llegasen en un dia á la casa tantos mensajeros imperiales. Suplicóle Fulvio que en caso de alejarse de su puesto no cerrara la puerta , porque estaba de prisa y no queria turbar el sosiego de la casa en momentos de tanta afliccion , añadiendo que no necesitaba acompañante que le guiase á las habitaciones interiores, porque sabia perfectamente por dónde dirigirse al aposento de Fabiola.

Sentóse Fulvio en frente de esta y prosiguió :

—No debeis ofenderos, señora, porque me presente de improviso, ni porque haya sorprendido vuestro amable soliloquio acerca de mi persona. Sigo el ejemplo que me disteis en la cárcel Tuliana. Pero principiaré mi cuenta desde más atras. La primera vez que me convidó á su mesa vuestro digno padre encontré á una (parecíame que no necesito nombrarla), á una que cautivó mi afecto y cuyo corazon correspondió al mio como por instinto.

—¡Insolente! exclamó Fabiola. ¿Cómo os atreveis á tocar aquí ese punto? Es falso, completamente falso que jamas existiese semejante afecto, ni en vos ni en ella.

—Por lo que respecta á Ines, continuó Fulvio, fúndome para creerlo en la mejor autoridad, en la de vuestro malogrado padre, que no pocas veces me animó á perseverar en mi pretension, asegurándome que vuestra prima le habia confiado que me amaba.

Recordó Fabiola con sentimiento las indicaciones hechas á ella misma por su padre, inducido á error por la interpretacion equivocada que diera á las palabras de Ines, y dijo :

—Sé muy bien que mi querido padre estaba alucinado sobre este punto ; pero no yo, á quien nada ocultaba esa amada niña.

—Excepto su religion, interrumpió Fulvio con amarga ironía.

—¡Silencio! prosiguió Fabiola. Esa palabra parece en vuestra boca una blasfemia. Me consta la repugnancia que le causabais ; me consta que os detestaba.

—Sí, despues que lograsteis prevenirla contra mí. Desde nuestra primera entrevista os convertisteis en mi encarnizada irreconciliable enemiga, en union de ese pérfido oficial que ya recibió el merecido pago, y á quien destinabais la mano que yo solicitaba. Reprimid, señora, vuestra indignacion, porque estoy resuelto á que me escucheis hasta el fin. Sí, me rebajasteis á los ojos de Ines, emponzoñasteis sus sentimientos para enajenarme su cariño, y vuestra es la culpa si mi amor se trocó necesariamente en odio.

—¡Vuestro amor! exclamó Fabiola sin poder contener por más tiempo su indignacion. Aun suponiendo que todo cuanto referis no fuera un tejido de falsedades, ¿qué amor podiais vos sentir por ella? ¿Cómo podiais apreciar su sencilla naturalidad, su rectitud, extraordinario talento y cándida inocencia, á no ser como el lobo aprecia la mansedumbre del cordero ó el buitre la sencillez de la paloma? No: lo que ambicionabais de mi querida Ines eran sus riquezas, la alianza á una ilustre familia, su elevada jerarquía en fin. Eso fue lo único que me reveló el impuro fuego de vuestras miradas cuando por primera vez se clavaron en ella vuestros ojos como los de un basilisco.

—No es verdad, replicó Fulvio. A aceptarse mi creciente afecto, á verificarse el enlace que yo deseaba, hubiérame conducido cual ella merecia, y siempre á su lado rendido y amante viviria contento, mostrándome tan digno de poseerla como...

—Como sin duda es dado serlo, interrumpió Fabiola, al que al ofrecer su mano se manifiesta igualmente dispuesto á casarse que á asesinar dentro de tres horas al objeto de su cariño, y al observar que este prefiere morir, cumple su palabra... ¡Aléjate de mi presencia, mónstruo, que inficionas hasta el aire que te rodea!

—Así lo haré despues de terminar el objeto que me ha traído, y espero que para entónces no tendréis motivo de regocijaros. Ahora escuchadme. Deliberadamente y sin provocacion de mi parte habeis ahogado y destruido en mí toda resolucion ó plan de honrada vida, marchitado mi última esperanza, desterrádome de la sociedad, privádome de la consideracion que en ella disfrutaba, arrebatádome la felicidad doméstica y hasta los medios para adquirir la subsistencia. Y no paró aquí vuestro odio; os habeis convertido en espía, en eso que me echasteis en rostro esta mañana, y despues de escuchar mi conversacion os valisteis de ese medio para perderme, y desnudándoos de todo pudor os presentasteis descaradamente en el Foro para completar en público lo que empezasteis privadamente, para atraer sobre mí

las iras del tribunal y por consiguiente del emperador, para suscitar en la plebe tales vociferaciones y deseos de venganza, que á no ser por un sentimiento superior al miedo, que es el que aquí me conduce, ¿qué otra cosa me quedaria que hacer sino ir arrastrándome furtivamente como un lobo acosado en busca de la más próxima puerta de la ciudad?

—Y el dia que de ella salgais, miserable, dijo Fabiola, crecerá la proporcion de las virtudes en esta corrompida capital. Alejáos de mi casa á lo ménos, ó me veré precisada á marcharme, pues vuestra presencia me ofende hasta tal punto que no puedo resistirla.

—No saldréis mientras me quede algo que deciros, dijo Fulvio, cuyo rostro encendiase por grados al paso que sus labios palidecian mortalmente.

Asiála bruscamente del brazo, y empujándola hácia su asiento añadió:

—Guardaos de intentar otra vez escaparos ni llamar en vuestro socorro, porque la primera voz que deis será la última; cuéstemme lo que quiera... No contenta con que me proscriban de la sociedad y de Roma; no satisfecha vuestra venganza con reducirme á la condicion de desterrado, de vago, sin hogar en tierra enemiga, me robais mi oro, mi riqueza tan legal como penosamente adquirida... Paz, reputacion, medios de subsistencia, todo me lo habeis robado.

—¡Miserable é insolente! exclamó la indignada romana sin arredrarse por las resultas. ¿Os atreveis á llamarme ladrona en mi propia casa?

—Me atrevo, sí, y os repito que sois vos y no yo quien en este dia debe dar cuentas. Habia ganado... si quereis, por medio del crimen, que eso no es á vos á quien importa, una parte de los bienes confiscados á vuestra prima; y los gané duramente, á costa de mil penas y tormentos, de insomnios, de combates con enemigos que triunfan al fin, y principalmente con uno doméstico, el más terrible é inexorable de todos; á costa, en suma, de improbo trabajo diario en busca de pruebas, y en medio de la desolacion de que era constantemente presa mi espíritu altanero, aunque degradado.

Ahora bien : ¿ no tengo harto derecho á gozar de esas riquezas que tan caras me cuestan ? Llamadlas como se os antoje ; llamadlas , si os place , la paga del asesino : cuanto más infame sea su origen , tanto mayor será vuestra bajeza en arrebatarélas. Sois como el rico que arrancase de las fauces del perro el pedazo de carne corrompida , despues que el animal se estropeó las uñas y desgarró el pellejo para cogerla.

—Basta ya ; no quiero buscar nuevos epítetos con que calificaros ; veo que estais ofuscado por algun vano sueño , dijo Fabiola con seriedad , aunque no exenta de inquietud , pues conocia hallarse en presencia de uno de esos locos furiosos cuya cólera violenta , excitada por una imaginacion arrebatada y sin freno , va creciendo hasta llegar á ese extremo que constituye el frenesí ó estado moral en que el mismo asesino no ve ya en su crimen sino un acto de virtuosa venganza. Fulvio , continuó con estudiada calma y mirándole de frente , ahora os suplico que os alejeis. Si necesitais dinero , se os proporcionará ; pero alejáos , alejáos ántes que la cólera os haga perder enteramente la razon.

—¿ Mas de qué *vano sueño* hablabais ? preguntó Fulvio.

—¿Cuál otro puede ser , respondió Fabiola , sino la suposicion de que yo haya podido en un dia como este pensar en las riquezas de Ines , ó aprovecharme de su horrenda muerte ?

—Pues es lo sucedido ; sé de boca del mismo emperador que os trasmitió todos los bienes. Y ¿ querréis decirme cuándo este liberalísimo príncipe se desprendió de la más ínfima cosa sin mediar instancia ó soborno ?

—No puedo explicar cómo ha sido ; sólo sé que preferiria morirme de hambre á solicitar un óbolo de los bienes de mi prima.

—¿ Si intentaréis convencerme de que alguna persona desinteresada ha presentado la solicitud sin consultar siquiera vuestro deseo ? No , no , señora ; ese es un miserable cuento... Mas ¿ qué veo ? exclamó de pronto precipitándose hácia el rescripto que trajera Corvino y en el cual Fabiola apenas fijara su mirada.

La sensacion que produjo en Fulvio aquel documento fue semejante á la que experimentó Enéas al ver el cinturon de Pálas en el cuerpo de Turno. Su furia, que parecia calmarse con los raciocinios en que se esforzaba para convencer á Fabiola de culpabilidad, estalló con duplicada violencia á la vista del fatal documento.

—Ahora sí, ilustre dama, dijo rechinando de rabia los dientes, que puedo hacer patente vuestra bajeza, codicia y desnaturalizada crueldad, que exceden sobre toda ponderacion á cuantos cargos osais hacerme. Mirad este rescripto, extendido en hermosas letras de oro, con las márgenes primorosamente adornadas, y atrevéos á sostener que ha sido preparado en la hora que trascurrió entre la muerte de vuestra prima y el momento en que oí de boca del emperador que ya estaba firmado. Atrevéos á decir que no conoceis al amigo generoso que para vos obtuvo tal merced. Sí, mientras Ines estaba encarcelada aguardando de un momento á otro que la condujesen al suplicio, mientras llorabais y gemiais por su triste suerte, mientras me acusábais de crueldad y alevosía, á mí que era extranjero y no me unian con ella vínculos algunos, vos entre tanto, la benéfica dama, la filósofa virtuosa, la cariñosa y predilecta parienta, vos, el severo censor y denunciador de mis actos, urdiais á sangre fria la trama para apoderaros de sus bienes, aprovechándoos de mi crimen y buscando al elegante calígrafo que dorase con su pincel vuestra negra codicia y velase con su *minium* (1) la traicion que haciais á vuestra propia sangre.

—¡Basta, insensato, basta! exclamó Fabiola tratando en vano de dominar las fulminantes miradas de Fulvio.

Però este continuó en tono aun más fiero:

—Y ¡despues de robarme tan vilmente me ofrecéis dinero! Habeis sido más astuta y diestra que yo, y me teneis lástima... Me reducís á la mendicidad, y luego me ofrecéis limosna, limosna sacada de mis ganancias, de esas ganancias

(1) Bermellen.

que no niega el infierno á sus malhadadas víctimas mientras están en la tierra.

Levantóse otra vez Fabiola, pero Fulvio, asiéndola con la fuerza de un loco furioso, la obligó á sentarse, y sin soltarla continuó:

—Escuchad las últimas palabras que tengo que deciros, y acaso las últimas que oiréis en la tierra. Devolvedme esos bienes que injustamente habeis adquirido, pues no es razon que yo cometa el crimen y vos os lleveis el lucro. Renunciad la herencia; cedédmela en el acto con vuestra firma como una donacion libre y espontánea, y partiré. De lo contrario, pronunciais vuestra propia sentencia.

Y acompañó aquella amenaza con una mirada fiera y sombría.

Despertóse de nuevo el orgullo en el pecho de Fabiola y renacieron los brios de su corazon romano, nunca avasallado. La presencia misma del peligro duplicó su fortaleza lejos de abatirla, y recogiendo su manto con toda la dignidad de una matrona, dijo:

—Escucha, Fulvio, tambien mis últimas palabras, sean ó no las últimas que deba pronunciar. ¡Cederte yo esos bienes!... Antes los entregaria al primer leproso que acertara á encontrar en la calle... ¿A tí? ¡Jamás! No tocarás objeto alguno que haya pertenecido á la bendita doncella, no ya una alhaja de valor, ni un triste desecho. Toma de mis arcas cuanto oro ambiciones; pero prenda alguna de Ines no la cederé por todos los tesoros del mundo. Entre sus legados hay uno para mí de más valor que toda su herencia: acabas de ponerme entre dos alternativas como la pusiste á ella anoche: ó ceder á tu demanda, ó la muerte... Pues bien; Ines me enseñó á elegir... Vuelvo á repetirte que te vayas, infame.

—¡Irme y dejarte en posesion de lo que me pertenezca! ¡Dejarte gozar del triunfo que has alcanzado sobre mí con tus amaños! ¡Dejarte rica mientras yo perezco, tú feliz y yo desgraciado! No; eso no. Si no puedo dejar de ser lo que tú me has hecho, impediré á lo ménos que seas tú lo que no mere-



ces ser. Para eso vine: este es el día de mi Némesis (1). ¡Muere!

Y conforme hablaba empujábala lentamente con la mano izquierda, mientras con la derecha buscaba trémulo entre los pliegues de la túnica que le cubría el pecho. Al pronunciar la última palabra la arrojó violentamente sobre el lecho agarrándola por los cabellos. Fabiola, ya por terror y desfallecimiento, ya por un sentimiento de noble orgullo en no aparecer indignamente amedrentada ante tan despreciable enemigo, ni opuso resistencia ni exhaló un quejido. Cerró empero los ojos al ver relumbrar sobre su cabeza un como relámpago, que no distinguió si era el resplandor de las miradas de Fulvio ó el brillo de una hoja de acero.

Luego se sintió oprimida y sofocada, cual si hubiese caído sobre ella un gran peso, y con el pecho empapado en un líquido caliente.

Al propio tiempo oyó una voz suave y sentida que exclamaba:

—Detente, Oroncio. Soy tu hermana Miriam.

A lo que Fulvio respondió con furioso acento:

—¡Mientes! Déjame mi presa.

Siguiéronse á estas varias otras palabras proferidas con voz débil en lengua extranjera, que Fabiola no entendió. La mano que la asía por el cabello la soltó; en seguida oyó el rebote de la daga arrojada con violencia al suelo, y á Fulvio que exclamaba desesperado precipitándose fuera de la sala:

—¡Miriam! ¡Oh Cristo! Esta es tu Némesis.

Volviendo Fabiola á recobrar sus fuerzas notó que se aumentaba el peso que la oprimía: hizo un esfuerzo para libertarse de él, y vió tendido otro cuerpo ocupando su lugar, muerto al parecer y cubierto de sangre.

Era el de la fiel Syra, que se había interpuesto entre su ama y la daga de su hermano.

(1) Venganza.

## CAPÍTULO XXXI.



Dionisio.

Los pensamientos que inspirara á Fabiola el terrible trance por que acababa de pasar quedaron acallados por de pronto, no cuidándose de otra cosa que de acudir al socorro de su esclava. Púsose á restañar la sangre que brotaba de la herida, aplicándole cuantos paños halló á mano, y aun estaba en ello cuando llegó en tropel á la habitacion toda la servidumbre de la casa.

Principiando á inquietarse el portero por la larga visita de Fulvio, ó más bien Oroncio (pues ya sabe el lector que este era el verdadero nombre del extranjero), y viéndole salir precipitadamente como un loco, manchado el traje de sangre, alarmó á los criados y provocó la invasion de todos ellos en el aposento de la señora.

Detúvolos Fabiola con un gesto á la puerta de la sala y mandó que sólo entrasen Eufrosina y la esclava griega, la cual así que estuvo libre de la perniciosa influencia de Afra habíase aficionado á la que aun nos vemos precisados á designar con el nombre de Syra, y escuchaba sus consejos con gran docilidad. Inmediatamente salió un esclavo á llamar á

(1) «(Sepulcro) de Dionisio médico (y) presbítero.»—Inscripcion recientemente encontrada á la entrada de la cripta de san Cornelio, en el cementerio de Calixto.

Dionisio, el médico que asistía á Syra en todas sus enfermedades, quien ya dijimos que habitaba en casa de Ines.

Dedicada exclusivamente Fabiola al cuidado de su esclava, advirtió con indecible gozo que la sangre corría con ménos rapidez, acabando de infundirle alguna esperanza el verla abrir por un momento los ojos y dirigirle una blanda mirada seguida de una sonrisa angelical, que la jóven patricia no habria cambiado por ningun tesoro.

Pocos momentos despues llegó el bondadoso médico, examinó atentamente la herida y declaró que por entónces no ofrecia gravedad.

A juzgar por la direccion de la herida, aquel golpe indudablemente habria atravesado el corazon de Fabiola, si la amante esclava no se interpusiera entre el puñal y su señora. A despecho de la prohibicion Syra no se separó de allí en todo el dia, no por afan de escudriñar, sino anhelando ocasion de afirmar el resultado de las saludables impresiones que las escenas de la mañana debieron producir en el ánimo de Fabiola. Hallándose en un aposento inmediato al de esta oyó hablar con extraña violencia una persona cuyo acento le era bien conocido, y se apresuró á dar cautelosamente la vuelta colocándose detras de la cortina que cubria la puerta de la habitacion en que pasaba la escena, y manteniéndose oculta en el mismo sitio donde Ines un dia la habia consolado. No llevaba mucho tiempo de estar allí cuando principió la última lucha que dejamos descrita, y mientras Fulvio hacia retroceder á Fabiola empujándola, Syra iba tras él á pasos quedos y casi rozándole la ropa, hasta que viéndole alzar el brazo para descargar el golpe se adelantó y cubrió con su cuerpo el de la víctima. Entónces la daga de Fulvio, desviada en su direccion por tropezarle Syra en el brazo, causó en el cuello de esta una herida que habria sido más profunda á no dar el arma con el hueso de la clavícula.

Conocidos como nos son los personajes que figuraban en el sangriento drama, juzgamos excusado manifestar lo que costó á la esclava su sacrificio. No la aterraba el temor de la herida ni de la muerte; lo que la angustiaba era el horror de

imprimir en la frente de su hermano la señal de Cain con el baldon de un doble fratricidio. Pero habia ofrecido dar la vida por su señora y deseaba cumplir su palabra. Hubiera sido inútil luchar con el asesino, cuyas fuerzas y agilidad conocia; y llamar á la servidumbre en su socorro ántes de que descargase el golpe, tal vez lo aceleraria. Así, pues, no quedaba mas recurso que consumir el sacrificio sustituyéndose á la amenazada víctima. Como deseaba, empero, evitar que su hermano perpetrase el crimen, no pudo prescindir de revelar delante de Fabiola el verdadero nombre de ambos y el grado de parentesco que le unia con el asesino.

Poseido Fulvio de su ciego furor no dió crédito á las palabras de Syra; pero al oirla decir en su lengua nativa: «Acuérdate del pañuelo mio que levantaste aquí del suelo,» vino á la memoria un suceso de familia tan horrendo, que si en aquel instante tuviera abierto á sus piés un precipicio se hubiera arrojado para sepultar en él su remordimiento y vergüenza.

Es por cierto bien extraño que jamas permitiera Fulvio á Eurotas apoderarse de aquella reliquia de familia, que guardaba cuidadosamente desde el dia que la recobró; y cuando empaquetó toda su ropa la dobló con esmero metiéndosela en el pecho. Al tiempo de sacar ahora la daga se le salió también el pañuelo, y por eso fue encontrado en el suelo junto al cuerpo de Syra.

Luego que Dionisio concluyó la primera cura de la herida y administró los tónicos convenientes á la enferma para que se reanimara, ordenó conservara el mayor sosiego, que no le permitieran hablar sino lo más preciso, á fin de evitar el recargo, y que siguieran puntualmente hasta media noche el tratamiento que dejaba prescrito.

—Volveré, dijo, mañana muy temprano, y entonces deseo hablar á solas con la enferma.

Al salir murmuró algunas palabras al oído de esta, que parecieron aliviarla más que todas las medicinas, pues iluminó su rostro una sonrisa de ángel.

Fabiola la trasladó á su propio lecho y envió á sus sir-

vientas á la pieza próxima, reservándose el exclusivo privilegio, que tal le consideraba, de asistir y velar á la enferma, á aquella misma esclava que pocos meses ántes apenas le inspiró la más leve gratitud por el cariño con que la cuidó durante la fiebre contagiosa que la postrara. Refirió á todos cómo Syra recibió la herida, pero sin descubrir el parentesco que mediaba entre el agresor y su libertadora.

Aunque fatigada y calenturienta no se desvió un instante de la cabecera de la enferma, y sólo despues de la media noche, cuando cesaron de administrarla remedios, cayó rendida en una camilla que habia mandado poner junto á la de Syra. ¿Cuáles serian los pensamientos que á la débil luz de la estancia se apoderaron de la mente de la jóven patricia? Tenia á la vista patente la realidad y sinceridad de cuanto le dijera su esclava. En su última conversacion con ella habíale oido principios que, si bien excitaron toda su atencion é interés, la parecieron tan sólo bellas teorías incapaces de realizarse en práctica. Al describirle Miriam ese sistema de virtud en el que nada significaba el aplauso ni la recompensa de los hombres, sino la aprobacion de Dios, cuyo ojo veia hasta lo invisible, si bien Fabiola comprendia y admiraba tan sublime doctrina, rebelábase contra la posibilidad de adoptarla como norma de su conducta de todos los dias y horas. Y sin embargo, si la daga á cuya afilada punta presentó Miriam el pecho la hubiese privado de la vida en el acto, como fácilmente pudo suceder, ¿cuál hubiera sido la recompensa de la pobre esclava? ¿Pudo impulsarla otro motivo que el de esa misma teoría de la responsabilidad ante un poder invisible?

¡Cuán quimérico no le habia parecido tambien el principio sostenido por Miriam de que la virtud llevada al heroismo era la norma ordinaria á que debian ceñirse todos los actos! Y con todo, allí estaba una esclava que sin premeditacion, con completa serenidad, sin idea alguna de gloria, ántes bien con marcado deseo de ocultarlo, habia hecho el sacrificio de sí misma llevando á cabo un acto de abnegacion á todas luces heróico. ¿De qué podia proceder eso sino de

ese heroísmo habitual de virtud, dispuesto á hacer á todas horas lo que inmortalizaria para siempre al más bizarro guerrero? No era, pues, aquella esclava una utopista, ni propagadora de teorías, sino una persona que practicaba y comprobaba con su ejemplo la doctrina que enseñaba. ¿Sería aquella una nueva filosofía? ¡Oh! no; debía ser una religión, la religión de Ines y Sebastian, á cuya altura no vacilaba en colocar á su esclava. ¡Oh! ¡cuánto ansiaba volver á conversar con ella de silla á silla!

Por la mañana temprano volvió el médico según prometiera, y encontró bastante mejorada á la enferma. Quedóse á solas con ella, y extendiendo sobre la mesa un lienzo fino y colocando encima dos cirios encendidos, sacó del pecho un pañuelo bordado y desenvolvió una caja de oro, cuyo sagrado contenido era bien conocido de Syra.

Acercándose entónces á ella Dionisio le dijo:

—Querida hija mía, aquí te traigo, conforme te prometí, no solo el remedio mejor para toda dolencia así del alma como del cuerpo, sino al Médico mismo; al que con sola su palabra lo restaura todo (1); al que con sólo el tacto abre á la luz los ojos del ciego y vuelve el oído á los sordos; al que con sólo un acto de su voluntad limpia al leproso, y con la orla de su túnica cura todos los padecimientos. ¿Quieres recibirle?

—Con toda mi alma, respondió Syra juntando las manos. Anhelo poseer á Aquel á quien únicamente amo, al único en quien creo y á quien pertenecen mi corazón y mi alma.

—¿No guardas odio ni resentimiento alguno contra el que te hirió? ¿No sientes orgullo ni vanagloria por lo que has hecho? ¿Recuerdas alguna otra falta que deba ser confesada y requiera absolución ántes de recibir el divino manjar de vida, el don sacrosanto?

—Reconozco, padre mío, que estoy llena de imperfecciones y soy pecadora; mas no me acuerdo en este momento de haber cometido voluntariamente falta alguna determinada.

(1) Qui verbo suo instaurat universa.—*Breviario.*

No necesito perdonar á la persona á quien aludis, porque la amo extremadamente y daria gozosa por su salvacion mi propia vida: Por otra parte, ¿de qué puede vanagloriarse una pobre esclava que no ha hecho mas que cumplir los preceptos de nuestro Señor Jesucristo?

—Invita, pues, al Señor á que baje á tu morada, para que te cure y te llene de gracia.

Y aproximándose el sacerdote á la mesa tomó una partícula de la sagrada Eucaristía, que estaba bajo la forma de pan sin levadura, y humedeciéndola en agua, por estar seca, la puso en los labios de Syra (1). Cerrólos esta despues de haberla recibido, y permaneció largo rato sumergida en contemplacion.

Así desempeñó el santo Dionisio la doble funcion de médico y sacerdote que se le atribuye en la lápida de su sepulcro.

## CAPÍTULO XXXII.

### El sacrificio aceptado.

Durante todo aquel día pareció estar embebida la enferma en profundas, pero agradabilísimas reflexiones. Fabiola, que solamente se separaba de su lado cortos instantes para dictar las disposiciones necesarias, la contemplaba con una mezcla de placer y de respeto. Figurábasele que su criada, apartando completamente sus pensamientos de los objetos que la rodeaban, se ponía en comunicacion con seres de un mundo diverso. Ya veía pasar una sonrisa como un fugitivo destello de luz al traves de su rostro, ó asomar á sus párpados una trémula lágrima que se deslizaba por sus mejillas;

(4) Hablando de Serapion dice Eusebio que se administraba de este modo el Viático á los enfermos, esto es, sin cáliz y sólo bajo la especie de pan.

ya la veía alzar los ojos, y despues de tenerlos largo rato clavados en el cielo con una expresion de perfecto y tranquilo gozo, volverlos tierna y afectuosamente á su señora, asiéndole una mano y estrechándola entre las suyas. Así pasaba Fabiola horas enteras en silencio, segun lo recomendara el facultativo, considerándose muy honrada y mirando como un bien estar en contacto con tan sin par dechado de virtud.

Ya bastante adelantado el dia y despues de tomar la enferma algun alimento, se aventuró al fin á decirle :

—Paréceme, Miriam , que estás muy aliviada. Tu médico debe haberte dado algun remedio maravilloso.

—¡ Oh ! sí , muy maravilloso, mi querida ama.

Entristeciósese Fabiola al oirse dar este nombre , é inclinándose hácia Syra le dijo en voz baja con afectuosa ternura:

—Te ruego que no vuelvas á llamarme así. Si aquí hubiera ama , tú deberías serlo mia. Ademas, realizado lo que hace tiempo me proponia, he mandado se te extienda la carta de libertad , no en calidad de *liberta* , sino de *ingenua* (1), porque ahora me consta ya que lo eres.

Miriam dió gracias á Fabiola con una simple mirada por no apenarla , y ambas continuaron callando, si bien contentas y gozosas de hallarse juntas.

Al anochecer volvió Dionisio y encontró tan notablemente mejorada á la enferma, que ordenó se le diesen alimentos más nutritivos, y le permitió que conversase algunos ratos siempre que fuese sosegadamente.

—Ahora , dijo Fabiola cuando quedaron solas, llegó el momento que tan vivamente anhelé de darte las gracias. Siento no conocer otra palabra más expresiva... no tanto por la vida que me salvaste , cuanto por tu magnánimo sacrificio de la tuya , ó más bien por el sin igual ejemplo de heroíca virtud que te lo inspiró.

(1) Los emancipados de la esclavitud tomaban el nombre de *libertos* del amo á quien pertenecían ; pero si habian nacido de padres libres, al recobrar la libertad volvian á su primitiva categoría y se llamaban *fr-génuos* (bien nacidos).



—Con todo, respondió Miriam, no hice mas que cumplir mi obligacion. Mi vida os pertenecia de derecho y podiais disponer de ella, aun con motivo no tan importante como el de salvar la vuestra.

—Sin duda así lo pensarás tú, que profesas la asombrosa doctrina de que los actos más heróicos no deben considerarse sino como deberes ordinarios.

—Y ¿qué otra cosa es lo que...?

—No, no, interrumpió Fabiola con entusiasmo; no te esfuerces en rebajarme y envilecerme á mis propios ojos, enseñándome á tener en poco lo que no puedo ménos de ensalzar como un acto de sin igual virtud. Desde que lo presencié no he hecho mas que meditar en él dia y noche, ansiando vivamente la ocasion de hablarte de ello. Ahora mismo me detiene el temor de agravar con la vehemencia de mis afectos el estado de debilidad en que te encuentras. Tu accion para conmigo ha sido noble, magnánima, superior á todo elogio, aunque sé que no le necesitas ni deseas, y no acierto á discurrir cómo ni por dónde podria excederse la sublimidad de tu accion, ni elevarse más alto la virtud humana.

Miriam, que se incorporó mientras Fabiola hablaba, le tomó una mano diciéndola con acento blando y sosegado, pero en tono grave:

—Amable y bondadosa señora mia, hacedme la merced de escucharme un momento. No con el objeto de rebajar lo que sólo por vuestra bondad teneis en mucho, ya que esto os causa pesadumbre, sino para persuadiros de cuán distante he estado de hacer todo lo que era posible, permitidme que os refiera una escena análoga, pero en la que están invertidos los papeles. Supongamos un esclavo (veo que esta palabra os aflige en mis labios, pero perdonadme que la pronuncie por la última vez); supongamos, digo, un esclavo embrutecido, ingrato, que se ha rebelado contra el más benigno y generoso de los amos; supongamos que á este esclavo amenaza, no el puñal del asesino, sino la espada de la justicia: ¿qué nombre dariais á la accion, cómo caracterizarias la virtud de ese amo, si por puro amor y sólo por

redimir al esclavo se apresurase á recibir el golpe del hacha, despues de sufrir los ignominiosos azotes destinados al culpable, y si no contento aun con esto dejase en su testamento al esclavo por heredero de sus títulos y riquezas, ordenando ademas que se le considerara como hermano suyo?

—¡ Oh, Miriam! El cuadro que acabas de trazar es demasiado sublime para ser verosímil en la tierra. No consigues, pues, eclipsar el mérito de tu accion, porque yo hablaba de acciones humanas, y la que tú acabas de presentar sólo un Dios seria capaz de ejecutarla.

Estrechó Miriam contra su seno la mano de Fabiola; míróla con una expresion de inspiracion divina, y respondió tierna y solemnemente:

—Pues bien, ilustre dama, JESUCRISTO, QUE HIZO TODO ESTO POR EL HOMBRE, ERA VERDADERAMENTE DIOS.

Cubrióse Fabiola el rostro con las manos y estuvo largo rato abismada en profundo silencio, durante el cual oraba Miriam fervorosamente desde el fondo de su corazon tranquilo.

Al fin, alzando la cabeza, exclamó Fabiola:

—¡ Gracias, Miriam, gracias! Has cumplido la promesa que me hiciste de guiarme. Por algun tiempo me inquietó la duda de si serias cristiana; no me parecia posible, pero ahora veo palpablemente que no podias ménos de serlo. Mas dime: las formidables aunque dulces palabras que acabas de proferir, y que han caido en mi corazon tan profunda, imperceptible é irrevocablemente como cae en los abismos del Océano la moneda de oro que se arroja á la superficie; esas palabras ¿ constituyen una sola parte del sistema cristiano, ó son su principio, su base fundamental?

—Una simple alegoría, mi querida señora, ha sido suficiente para que vuestro elevado entendimiento alcance y se apodere de la clave de todas nuestras creencias. El crisol de vuestra cultivada inteligencia sublima y condensa en un solo pensamiento las más vitales y prominentes doctrinas del cristianismo; habeis extraido de ellas lo que constituye su

esencia. El hombre, hechura y esclavo de Dios, se rebeló contra su Señor; la justicia inevitable le condenó y le perseguía; ese mismo Dios tomó la forma de un siervo y se hizo semejante en apariencia al hombre; en esta forma fue azotado, abofeteado, escarnecido, condenado á muerte afrentosa y clavado en una cruz, en donde espiró y por lo que le llaman el Crucificado; rescató por este medio al hombre y le hizo partícipe de sus propias riquezas y de su reino. Todo esto, señora, encierran y abarcan las palabras que proferí; pero vos habeis sacado de ellas la verdadera conclusion: que sólo Dios podia ejecutar accion tan sobrehumana y ofrecer holocausto tan sublime.

Fabiola volvió á quedar embargada en silenciosa meditacion, y al fin preguntó con timidez:

—Y ¿era esto á lo que aludias en Campania cuando me dijiste que sólo Dios era una víctima digna de Dios?

—Precisamente; pero aludia ademas á la continuacion de este sacrificio, que por una maravillosa disposicion de su amor infinito y todopoderoso se ha perpetuado hasta nosotros. Mas no debo hablaros de esto todavía.

—Cada vez comprendo mejor, dijo Fabiola, cuán estrecha relacion y enlace guarda cuanto me dijiste hasta ahora; un principio brota de otro como las diferentes partes de una planta. Figurábame ¡necia de mí! que tu doctrina ostentaba solamente las hermosas flores de una bella teoria; pero tu conducta me ha demostrado cuán fácilmente pueden convertirse en sólidos y sazonados frutos. En la doctrina que acabas de explanar paréceme distinguir el noble tallo de donde parten todos los demas vástagos, y hasta ese mismo fruto. Porque ¿quién podrá negarse á hacer por otro lo que, por mucho que sea, será inmensamente ménos de lo que por él hizo Dios mismo? Pero, Miriam, ese árbol debe tener necesariamente una profundísima é invisible raiz de que brote todo; tan oculta, que no esté al alcance de nuestra contemplacion; tan complicada, que el entendimiento más claro no pueda analizarla; y tan sencilla, sin embargo, que pueda comprenderla todo espíritu dócil y despreocupado. Si no te-

miera hablar en mi actual estado de ignorancia , te diria que esa raíz debe ser bastante dilatada para extenderse por toda la naturaleza ; bastante rica para llenar la creacion con cuanto es bueno y perfecto, y bastante robusta para sostener el tronco de vuestro frondoso árbol , hasta que llegue á perderse su copa más allá de las estrellas y se extiendan sus ramas á las extremidades de la tierra. Así entiendo tu idea acerca de ese Dios á quien me hiciste temer cuando de él me hablaste como filósofo , representándomelo como un juez escrutador que todo lo ve ; pero á quien estoy segura me harás amar ahora que, ya como cristiana, me le presentas siendo la raíz y fuente de amor y misericordia tan infinita. Verdaderamente que sin un profundo misterio en la naturaleza de ese Dios , al que aun no conozco, no puedo formarme idea cabal de la pasmosa doctrina de la redencion del hombre.

—Fabiola , replicó Miriam , á otros más doctos que yo les está reservada la tarea de instruir á persona de tanta penetracion y vastos conocimientos. Empero ¿ tendréis confianza en mí si me aventuro á daros algunas explicaciones?

—Miriam , exclamó con entusiasmo ardiente Fabiola , LA QUE ESTÁ DISPUESTA Á DAR SU VIDA POR OTRA , NO TRATARÁ SEGURAMENTE DE ENGAÑARLA.

—Ahora mismo, dijo la enferma sonriendo, acabais de descubrir otro gran principio, cual es el de la fe. Me limitaré, pues , á referiros lo que nos enseña Jesucristo, que murió verdaderamente por nosotros. Dadme tan sólo crédito á mí como á testigo, y creed á él como á Dios infalible.

Inclinó Fabiola la cabeza y se puso á escuchar con reverente recogimiento á la que ántes respetara como profesora de una sabiduría aprendida en alguna escuela desconocida, pero á quien acataba ahora como á un ángel que le abria las compuertas del eterno Océano, cuyas aguas son la insondable sabiduría que inunda la tierra.

Miriam expuso en los sencillos términos de la enseñanza católica el sublime misterio de la Trinidad ; y despues de referir la prevaricacion del primer hombre explicó el miste-

rió de la Encarnacion , narrando con las mismas palabras de san Juan la historia del Verbo Eterno hasta que se encarnó y habitó entre los hombres. Interrumpíanla á cada instante en su exposicion las exclamaciones de admiracion y asentimiento de su neófito , que no expresó duda alguna ni opuso la menor dificultad. La filosofía habla cedido ya su puesto á la religion , la sutileza á la docilidad , la incredulidad á la fe.

Mas de pronto reparó Miriam que la tristeza anublaba el semblante de Fabiola , y solícita le preguntó la causa de su pesar.

—Apénas me atrevo á decírtela , respondió. Cuanto me has referido es tan bello, tan divino, que me parece necesario no pasar más adelante. ¡El Verbo! ¡qué nombre tan noble! El Verbo, es decir, la expresion del amor de Dios , la manifestacion de su Sabiduría , la evidencia de su poder omnipotente, el soplo de su vida vivificante, fue hecho carne. Y ¿quién se la suministrará? ¿La recogerá de los inmundos desechos de una humanidad corrompida , ó creará expresamente para sí una humanidad nueva? ¿Irá á tomar lugar en una doble genealogía , recibiendo dentro de sí mismo una doble corriente de corrupcion? Y ¿hallará en la tierra hombre tan elevado y poderoso, de especie tan superior que pueda llamarse su padre?

—No, respondió Miriam en voz baja ; pero hallará una mujer bastante santa y humilde para ser digna de llamarse su madre. Como ochocientos años ántes de que Dios viniese al mundo un profeta habló y consignó estas palabras en un libro que dejó en poder de los judíos, enemigos inveterados de Jesucristo: «Hé aquí que concebirá una Virgen , y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel (1),» que en hebreo significa Dios con nosotros , es decir, con los hombres. Esta profecía se cumplió en la concepcion y nacimiento del Hijo de Dios en la tierra.

—Y ¿quién fue Ella? preguntó Fabiola con profundo respeto.

(1) Isaias, c. VII, v. 14.

—Una cuyo solo nombre es bendecido por todos los que aman de corazón á su Hijo. Conócesela con el nombre de María, *Miriam* en su lengua nativa, que es con el que yo la adoro. Ya podeis suponer si por su santidad y virtudes estaria tan privilegiada madre preparada para tan alto destino: y en efecto no tenia mancha que lavar, porque era sin mancilla; no necesitaba ser purificada, porque fue siempre pura; ni libertada de pecado, porque nació inmaculada. Esa corriente de que hablabais encontró en Ella el dique de un eterno decreto por el cual se impidió que la santidad de Dios se mezclase con el pecado, que sólo podía Jesucristo redimir permaneciendo ajeno al pecado mismo. Traspasante y limpia como la sangre de Adán cuando el soplo de Dios la hizo circular por sus venas; pura como la carne de Eva mientras estaba aun en las manos todopoderosas que la arrancaban del costado del primer hombre dormido, fueron la sangre y la carne que formó el espíritu de Dios para la gloriosa humanidad que Jesus recibió de María. Y ahora, Fabiola, despues de tan extraordinario privilegio concedido á nuestro sexo en María, ¿te sorprenderá que mujeres como tu dulce Ines hayan escogido por modelo á esta Virgen sin par, viendo en la que Dios eligió para Madre el espejo de todas las virtudes, y queriendo mejor remontarse en alas de un amor exclusivo como el suyo, que dejarse uncir al carro de este mundo, aun cuando fuese con los más tiernos vínculos?

Tras una breve pausa, en que tomó aliento, continuó Miriam el resumen de la historia del nacimiento del Salvador, de su trabajosa juventud, de su vida tan activa como llena de sufrimientos, y por último de su dolorosa cuanto ignominiosa pasion. Interrumpiéronla no pocas veces los suspiros y sollozos de su discípula, que la oía con atencion y dispuesta á instruirse. Llegada la hora de descansar le preguntó Fabiola humildemente:

—¿Estarás demasiado cansada para contestar á otra pregunta que deseo hacerte?

—¡Oh! no, respondió afanosa la enferma.

—¿Qué esperanza, dijo Fabiola, le queda á la que no puede alegar ignorancia, porque presumía saberlo todo; á la que no desdeñaba aprender, porque andaba desalada por adquirir toda clase de conocimientos; á la que ahora reconoce y confiesa que despreciaba la verdadera sabiduría y escarnecía al Dispensador de ella; en suma, á la que se burlaba de los tormentos de Aquel á quien llamaba por befa el *Crucificado*, y hasta ridiculizaba su muerte sin reflexionar que sus tormentos atestiguaban su amor y su muerte redimía á los hombres? ¿A esta desventurada puede quedarle alguna esperanza de...?

Y un torrente de lágrimas ahogó la voz de Fabiola.

Miriam aguardó á que el copioso llanto se convirtiera en el suave rocío que ablanda el corazón del que llora, y dijo después con la mayor dulzura:

—En los días del Señor vivía una mujer que se llamaba como su inmaculada Madre, pero que había cometido en público pecados tan vergonzosos, que de sólo pensarlos os horrorizaríais, noble Fabiola. Conoció al Salvador, no se sabe cómo, y meditando seriamente sobre su vida pasada acabó por amar intensamente aquella benigna familiaridad de Jesús con los pecadores, y la indulgencia y misericordia singulares con que juzgaba y perdonaba á los culpables. Amó al Señor y amóle cada vez más vivamente; y olvidándose de sí, no pensó ya sino en cómo podría manifestarle su amor que redundase en honra de Él aunque ligerísimamente, y la avergonzase y humillase á ella siquiera fuese de una manera terrible. Dirigióse aquella mujer á la casa de un hombre rico que había rehusado la hospitalidad á su divino Huésped, y luego pasó á la de un orgulloso que en su altanería trató con menosprecio á la pública pecadora. Quería ella suplir ciertas atenciones que no se observaran con El que amaba, y según previó de antemano fue vilipendiada como intrusa por la manifestación intempestiva de su dolor.

—Y ¿qué hizo, Miriam?

—Se arrodilló á los pies del Señor, que estaba sentado á la mesa, vertió sobre ellos un torrente de lágrimas, los en-

jugó con sus largos y hermosos cabellos, los besó fervorosamente y los ungió con ricos perfumes.

—Y ¿cuál fue el resultado?

—Que habiéndola llenado de improperios el amo de la casa, Jesus la defendió y dijo que sus pecados le eran perdonados á causa de su amor, despidiéndola llena del más dulce consuelo.

—Y ¿qué fue de ella?

—Cuando Jesus estaba crucificado en el Calvario sólo dos mujeres obtuvieron el privilegio de permanecer junto á él: una fue María la inmaculada, la otra María la penitente; para patentizar así que el amor sin mancilla y el amor arrepentido pueden caminar de la mano ante Aquel que vino al mundo á predicar el arrepentimiento, no á los justos, sino á los pecadores.

Suspendiendo aquí su plática no volvieron á pronunciar una palabra más aquella noche Fabiola y Miriam. Fatigada esta por los esfuerzos que habia hecho cayó en un sueño plácido y tranquilo; Fabiola continuó sentada á su lado, con el corazon y la mente rebosando de aquella doctrina de amor. Meditando incesantemente sobre cuanto acababa de oír cada vez se penetraba más de la sólida union que existia entre todas las partes de tan admirable sistema. Porque si Miriam, imitando el amor del Redentor, estuvo pronta á morir por ella, no lo estuvo ménos á perdonarla cuando inconsideradamente la injuriara. Ahora ya entendia cómo todo cristiano debe imitar á su Maestro. «La que duerme aquí tan tranquila, decia para sí, es una viva copia de su modelo, y bien puede representar al mismo Jesucristo.»

Al despertar Miriam halló á su ama (pues no estaba aun concluida de extender su carta de libertad) echada á sus piés, sobre los cuales habia llorado hasta quedar dormida. Comprendió al punto toda la significacion y mérito de este acto de espontánea humillacion, y absteniéndose de hacer el menor movimiento dió gracias á Dios en el fondo de su corazon por haberse dignado aceptar su sacrificio.

Fabiola cuando despertó se deslizó á su lecho creyendo



que no habia sido observada. Costóla un dolor secreto y supremo ejecutar esta humillacion voluntaria, pero logró abatir completamente su soberbia. Por la primera vez conoció que su corazon era cristiano.

## CAPÍTULO XXXIII.

### Historia de Miriam.

Cuando á la mañana siguiente volvió Dionisio, enferma y enfermera hallábanse tan contentas y alegres, que las felicitó de haber pasado una buena noche de sosiego. Sonriéronse blandamente las dos manifestando que en efecto habia sido aquella la más feliz noche de su vida. Mirábalas Dionisio sorprendido, hasta que Miriam, cogiendo á Fabiola de la mano, se la presentó diciendo :

—Venerable siervo de Dios, confío á tu paternal cuidado á esta catecúmena, que desea instruirse á fondo en los misterios de nuestra santa religion y ser regenerada por las aguas de la vida eterna.

—Pues qué, preguntó Fabiola admirada, ¿sois más que un médico?

—Soy ademas, hija mia, respondió el anciano, sacerdote, aunque indigno, de la Iglesia de Dios.

Echóse Fabiola sin vacilar á sus piés y le besó la mano. Dionisio le puso la diestra sobre la cabeza, y dijo :

—Animo, hija mia, que no eres la primera de tu familia á quien Dios acoge en el gremio de su santa Iglesia. Hace ya muchos años fui llamado aquí por otra esclava, que por cierto ya no existe, á pretexto de visitar á una enferma; pero en realidad para administrar el bautismo, como lo verifiqué pocas horas ántes que espirase, á la esposa de Fabio.

—¡A mi madre! exclamó Fabiola.

—Sí, á tu madre, que murió inmediatamente despues de darte á luz.

—Y ¿murió cristiana?

—Sí; y no tengo la menor duda de que su espíritu ha acompañado al ángel de tu guarda, guiando toda tu vida hasta esta venturosa y bendita hora, y orando por tí incesantemente ante el trono del Altísimo.

Enajenáronse de gozo los corazones de las dos amigas, y despues de concertar con Dionisio las disposiciones necesarias para la instruccion y preparacion del bautismo de Fabiola, acercóse esta á Miriam, y tomándole la mano le dijo con voz suave y afectuosa:

—Miriam, ¿me permitirás que de hoy en adelante te llame hermana?

Y por toda respuesta recibió un apretón de mano y gozosas lágrimas de la enferma.

Siguiendo el santo ejemplo de su ama se pusieron también la anciana nodriza Eufrosina y la esclava griega bajo la direccion del venerable Dionisio, para aprender la doctrina y prepararse á recibir el bautismo la víspera de Pascua de Resurreccion, uniéndose á ellas Emerenciana, la hermana de leche de Ines, que estaba ya en la lista de los catecúmenos y que desde que Fabiola la recogiera todo su afán era servir de algo, y ocupada ahora en llevar los recados mantenía en comunicacion el cuarto de la enferma con el resto de la casa.

En el trascurso de su convalecencia y á medida que iba recobrando fuerzas contó Miriam á Fabiola varias particularidades de su vida, y como arrojan no poca luz sobre pasajes que llevamos referidos; vamos á trasmitirlas al lector en forma de historia.

Años ántes de la época en que principia nuestra narracion vivía en Antioquía un hombre que, si no de antiguo linaje, era rico y estaba relacionado con las familias más ilustres de aquella ciudad, emporio á la sazón de la opulencia y el lujo. Para conservar su posicion habíase visto obligado á hacer grandes gastos, y por falta de arreglo y economía se halló al fin abrumado de deudas. Estaba casado con una dama de virtud ejemplar, que fue cristiana primero en secreto, y luego á sabiendas y con el beneplácito de su marido, que se lo

concedió no sin gran dificultad. Fruto de aquel matrimonio fueron un varon y una hembra, de cuya educacion religiosa se encargó la madre.

El hijo, llamado Oroncio, nombre del rio que bañaba la ciudad, contaba ya quince años cuando el padre descubrió las creencias religiosas de su esposa; y á esa edad el niño, no solo habia aprendido de su madre muchas de las doctrinas del cristianismo, sino que ademas asistia con ella á las ceremonias del culto, poseyendo el conocimiento de ellas de que más tarde hizo tan funesto uso. No se sentia, sin embargo, con la menor inclinacion para abrazar las doctrinas ni sujetarse á las prácticas cristianas, y mucho ménos prepararse para el bautismo. Voluntarioso por naturaleza al par que astuto, no gustaba de poner freno á sus pasiones, ni se hacia notar por una moralidad severa. Su ambicion, el ansia que más principalmente le dominaba consistia en gozar á sus anchas de todas las diversiones y placeres del mundo. Habia comenzado y continuaba recibiendo una brillante educacion: ademas de la lengua griega, que era la que entónces se usaba generalmente en Antioquía, hablaba con suma facilidad y elegancia la latina, si bien, como queda observado, con acento algo extranjero. El idioma nativo no lo oia sino en las conversaciones familiares ó para entenderse con los esclavos. Con tales dotes no es de extrañar que Oroncio se alegrase mucho cuando su padre le separó de la vigilancia maternal é insistió en que permaneciera adicto á la religion del estado.

Respecto á la hija, tres años menor que Oroncio, no importaban gran cosa sus creencias al jefe de la familia, porque consideraba necia puerilidad ocuparse de cuestiones religiosas, é indicio de debilidad el renunciar á las creencias del imperio: sólo podia admitirlo en las mujeres, por ser más propensas á dejarse arrastrar de la fogosa imaginacion y sensibilidad que las caracteriza. En conformidad con esta idea consintió que su hija Miriam, cuyo verdadero nombre era Syra, por descender la madre de una acaudalada familia de Edesa, continuase en el libre ejercicio de su nuevo culto. Miriam creció sencilla y retirada, cultivando esmeradamente

su inteligencia y siendo modelo perfecto de virtud. Consignáremos al paso que en aquella época la ciudad de Antioquía gozaba de gran fama por la sabiduría de sus filósofos, de los cuales no pocos eran tambien eminentes cristianos.

Algunos años despues, cuando entrado Oroncio en su mayor edad iba desarrollándose ya su perversa índole, pasó á nueva y mejor vida su virtuosa madre. Como no se ocultaba á esta la ruina que amenazaba á su marido, resuelta á que su hija no dependiese de la malversacion del padre ni del ominoso egoismo y ambicion del hermano, aseguró su propia fortuna de la codicia de entrambos, instituyéndola en toda forma su heredera universal. Vanos fueron los esfuerzos empleados para disuadirla á que no testase é involucrase sus bienes con el caudal de la familia, para hacer frente á los compromisos que sobre ella pesaban; nada consiguieron de la firme y esforzada matrona, que, entre otros consejos que dió á su hija en el lecho de muerte, le exigió la promesa solemne de que no consentiria nunca, cuando llegase á la mayor edad, que se alterasen en lo más mínimo sus disposiciones.

Crecieron de día en día los apuros de la casa, y apremiado el padre por los acreedores habia mal vendido parte de las propiedades, cuando se presentó y agregó á la familia un personaje misterioso, que se llamaba Eurotas. Nadie sino el jefe de la casa parecia conocerle, y aun este le consideraba unas veces como salvador y bienhechor de la familia, y otras como verdugo y destructor de ella.

El lector conoce ya las relaciones que mediaban entre la familia de Syra y este personaje, por lo cual bastará añadir que á pesar de ser Eurotas el hermano mayor, conociendo que su genio brusco, displicente y sombrío le incapacitaba para estar al frente de una familia y administrar tranquila y discretamente la hacienda, y dominado de la orgullosa ambicion de elevarla á más alta posicion y aumentar su fortuna, tomó una suma moderada, desapareció, se dedicó al arriesgado tráfico del Asia interior, penetró en la China y la India, y al cabo de años regresó con un crecido capital en piedras

preciosas y raras, con el cual facilitó á su sobrino la breve carrera de ostentacion que en Roma le vino á conducir á su ruina.

En lugar de una familia rica á quien prodigar sus sobradas riquezas, halló Eurotas á su regreso una casa á punto de declararse en quiebra; pero el orgullo triunfó en él, y despues de repetidas reconvenciones y violentos altercados con su hermano, bien que ignorados de los demas, pagó con su capital todas las deudas, y se convirtió virtualmente en dueño de los restos de la fortuna de su hermano y en tirano de la familia entera.

Despues de unos cuantos años más de trabajosa existencia murió el padre, y en su lecho de muerte informó á Oroncio de que nada poseia que dejarle, y que cuanto gastara en los últimos tiempos, y aun la casa misma que habitaban, pertenecian á su amigo Eurotas, por cuya razon debia mirarlo como su único protector y guia.

Ocultóle el estrecho parentesco que le unia con el viejo, y el soberbio, ambicioso y libertino mozo se halló súbitamente en manos de un hombre sin corazon, insensible á los remordimientos y con no ménos ambicion que la suya, el cual empezó por prescribirle, como base de mútua confianza, la sumision más absoluta á su voluntad, y el deber de obrar siempre como un inferior, en la inteligencia ademas de que nada en ningun caso habia de parecerle demasiado pequeño ni demasiado grande, ninguna accion buena ni perversa, con tal que condujera al exclusivo fin de restaurar la fortuna y posicion de la familia.

Continuar residiendo en Antioquía despues de la ruina de la casa era punto ménos que imposible, al paso que con un capital mediano se podia con mejor éxito tentar fortuna en otra parte. Mas luego se encontraron con que vendido todo lo que quedaba apenas alcanzaba á cubrir las obligaciones que aparecieron despues del fallecimiento del padre. Estaba sin embargo intacta aun la herencia de la hermana, y ambos convinieron en la necesidad de arrancársela. Al efecto ensayaron todo género de artificio, pero ella les opuso una

firme, aunque tranquila resistencia, ya porque no queria faltar al mandato de su moribunda madre, ya porque proyectaba fundar una comunidad religiosa y pasar el resto de su vida en compañía de las vírgenes consagradas. Como por entonces acababa de entrar en la edad legal y podia disponer de su hacienda libremente, ofrecióles que haria en su obsequio cuanto pudiera y les propuso que viviesen cierto tiempo á sus expensas. La proposicion no llenaba sus deseos; hiciéronse nuevas tentativas, y advirtiéndole que todas fracasaban empezó Euretás á insinuar á Oroncio que seria preciso deshacerse á toda costa de una persona que les obstruia el paso.

Estremecióse el mozo de horror al oir por primera vez proposicion tan inícuá; mas Euretás fué gradualmente familiarizándole con ella, hasta que no deteniendo ya á Fulvio más que la repugnancia de cometer por su propia mano un fratricidio, se figuró que haria casi un esfuerzo de virtud (el mismo que debieron figurarse los hermanos de José), adoptando medios más lentos y no tan sanguinarios para desembarazarse de la hermana que le servia de estorbo. Nada más á propósito para la realizacion de su pensamiento que una estratagema, una violencia oculta, de que no pudiesen conocer los tribunales ni ser denunciada por nadie: y tales fueron precisamente los medios de que se valió.

Entre los privilegios que disfrutaban los cristianos primitivos llevamos mencionado el de conservar en su casa la sagrada Eucaristía y administrársela á sí mismos, y hemos descrito cómo la envolvian en un *orarium* ó lienzo, y este á su vez en una más rica tela, encerrando tan precioso don en un arca con tapa, segun consigna san Cipriano (1). Todo esto lo sabia perfectamente Oroncio, como tambien que aquel

(1) «Cum arcam suam, in qua Domini sanctum fuit, manibus indignis tentasset aperire, igne inde surgente deterrita est, ne auderet attingere.» Intentando abrir con manos indignas su arca, en que estaba el santo (cuerpo) del Señor, fue aterrada por una llama que brotó de allí para que no osara tocarle.—*De Lapsis.*

objeto era tenido en más estima por los cristianos que la plata ó el oro; que el dejar caer por descuido una partícula del pan consagrado se consideraba, segun los padres de la Iglesia, como un gran crimen (1), y que el nombre de *perla* que daban al más pequeño fragmento (2) patentizaba que era tan precioso á los ojos de los buenos creyentes, que se desprendieran ántes que de él de cuantas riquezas poseyesen, y todo en el mundo lo sacrificarían por salvarlo de una profanacion sacrilega.

El rico pañuelo recamado de perlas con que más de una vez hemos llamado la atencion del lector era la envoltura exterior en que la madre de Miriam preservaba este tesoro, y la hija lo apreciaba en el doble concepto de legado querido y reliquia sagrada, pues continuaba aplicándole al mismo uso. Una mañana temprano se arrodilló Miriam delante de su arca, y procedió á abrirla despues de prepararse con fervorosas oraciones. Grande fue su consternacion y desconuelo cuando notó que el arca estaba descerrajada y sustraído su tesoro. Echóse á llorar amargamente como María Magdalena en el sepulcro, porque le habían llevado su Señor y no sabia dónde le habian depositado (3); y como ella tambien, llorando todavía, se inclinó y miró otra vez dentro del arca, y descubrió un papel que á causa de su primera sorpresa y turbacion no advirtió ántes, en el cual leyó que el objeto que buscaba se hallaba intacto en poder de su hermano, y que si ella lo deseaba le era fácil rescatarlo. Corrió al punto á la habitacion de Oroncio, que estaba encerrado con el hombre siniestro á cuya presencia se estremecía siempre, y arrodillada á sus piés le suplicó le devolviese lo que estimaba en más que todas sus riquezas. Movido á compasion por sus lágrimas y súplicas estaba Oroncio á punto de acceder, cuando

(1) Martenne, *De antiquis Ecclesiæ ritibus*.

(2) Lo mismo en la liturgia del Oriente. Fortunato llama á la Sagrada Eucaristia *la grande perla del Cuerpo Cordero* (Corporis Agni margarita ingens). Lib. III.

(3) San Juan, c. XXI, v. 13.

con una mirada severa le intimidó Eurotas, quien dirigiéndose á la desolada doncella, le dijo :

—Miriam, te cogemos la palabra. Deseamos poner á prueba la firmeza y sinceridad de tu fe. ¿Piensas realmente cumplir lo que ofreces?

—Sacrificaré cuanto poseo por evitar la profanacion del Santo de los santos.

—Firma, pues, este papel, dijo Eurotas con diabólica sonrisa.

Tomó Miriam la pluma, y despues de pasar una rápida ojeada por el documento puso en él su firma, accediendo nada ménos que á la donacion de todos sus bienes al viejo Eurotas. Enfurecióse Oroncio de que el hombre á quien él mismo sugiriera aquella traza contra su hermana se aprovechase de ella dejándole burlado. Mas era ya tarde, y tuvo que continuar más que nunca entre sus inexorables garras. De allí á poco exigieron de Miriam una renuncia más explícita de sus derechos, que fue revestida de las formalidades prescritas por la legislacion romana.

Al principio los dos cómplices trataron con suavidad á su víctima, pero luego le insinuaron la necesidad en que estaba de dejar la casa de Antioquía, á causa de que Oroncio y su amigo tenian resuelto pasar á Nicomedia, residencia de los emperadores. Pidió Miriam que la enviasen á Jerusalem, donde esperaba ser admitida en alguna comunidad de religiosas, y al efecto fue embarcada á bordo de un buque cuyo capitán no gozaba de la mejor reputacion. Llevaba al cuello aquel pañuelo que manifestó apreciar sobre todas sus riquezas, porque los cristianos, como reflere san Ambrosio de su hermano Sático, aun catecúmeno, llevaban rodeada al cuello la sagrada Eucaristía (1). Miriam tambien la llevaba cuidadosamente envuelta en el único objeto de valor que se cuidó de sacar al ausentarse de la casa paterna.

Cuando el buque se halló en alta mar, en vez de enderezar el rumbo hácia Joppe ú otro cualquier punto de la costa, con-

(1) De morte Satyri.



tinuó navegando mar adentro como en'dirección á algun país lejano. Cuál fuese su designio era difícil conjeturarlo; mas bastó para que los pocos pasajeros que llevaba principiaron á alarmarse y provocaran una reñida disputa, á la que vino á poner término una repentina borrasca. Impelida la embarcación durante algunos días á merced de los vientos fué á estrellarse en los arrecifes de una isla cerca de Chipre. Arrojada sana y salva á la playa atribuyó Miriam su salvación, como Sátiro, al precioso tesoro que llevaba consigo. Creyó ser la única persona salvada del naufragio, porque no vió por allí otros náufragos; mas no faltó sin embargo quien se salvó también, y al regresar á Antioquía esparció la noticia de la muerte de Miriam y de los demás pasajeros y tripulantes.

Recogieron á Miriam en la isla varios hombres que vivían de despojos de los náufragos, y viéndola sin recursos ni amigos la vendieron á un traficante en esclavos, que la llevó á Tarso en el continente, y allí la volvió á vender á una persona de alta clase, que la trató con suma bondad.

Poco tiempo después, habiendo encargado Fabio á uno de sus agentes en Asia que le proporcionase, sin reparar en precio, una esclava virtuosa y de maneras distinguidas para cuidar á su hija, vino Miriam bajo el nombre de Syra para traer la salvación á la casa de Fabiola.

## CAPÍTULO XXXIV.

### Muerte gloriosa.

Pocos días después de los sucesos ocurridos en nuestro penúltimo capítulo anunciaron á Fabiola que deseaba hablarle un anciano al parecer muy acongojado. Bajó Fabiola y le preguntó su nombre y el objeto que le traía, á lo cual respondió el viejo :

—Noble señora, me llamo Efrain. Soy acreedor á una suma considerable, asegurada sobre los bienes de la señora Ines; y como segun tengo entendido acaban de pasar á vuestras manos, vengo á reclamaros su pago, porque si no lo realizo estoy arruinado.

—No comprendo cómo pueda ser eso, dijo Fabiola con extrañeza. No creo posible que mi prima haya contraído nunca deudas.

—No fue ella precisamente, repuso algo turbado el usurero, sino un sugeto llamado Fulvio, á quien por medio de la confiscacion debian pasar esos bienes y sobre ellos le adelanté crecidas sumas.

El primer impulso de Fabiola fue despedir á aquel hombre sin otra réplica; pero acordándose en aquel momento de Miriam, hermana del deudor, dijo al usurero:

—Satisfaré las deudas contraídas por Fulvio, mas sólo con el interes legal y sin respetar vuestros contratos usurarios.

—Sin embargo, señora, considerad los riesgos, y observaréis que no he cargado más que lo justo.

—Bien, respondió Fabiola; entendedos con mi administrador, y pensad que ahora no correis riesgo alguno.

Fabiola dió al efecto las órdenes oportunas al liberto que administraba sus bienes para que pagara la deuda bajo la condicion dicha, la cual redujo á una mitad las pretensiones del usurero. Arreglado este asunto dedicó luego al mismo liberto á una tarea más complicada, la de examinar las cuentas de su difunto padre, para subsanar por medio de una restitucion pronta todos los daños y perjuicios ocasionados por injusticia ó vejacion. Por último, habiendo averiguado que Corvino obtuvo efectivamente con la influencia de su padre el rescripto imperial por el que se sustrajeron de la confiscacion los bienes de su prima, si bien se negó siempre á recibirle, le envió en calidad de remuneracion la suma suficiente para que pudiese vivir con desahogo el resto de sus dias.

Desembarazada ya de los negocios temporales distribuyó Fabiola su tiempo entre el cuidado de la enferma y su pro-

pia preparacion para el bautismo. Con el fin de acelerar el restablecimiento de Miriam la trasladó con una pequeña escogida parte de la servidumbre á la quinta Nomentana, sitio que tan agradable era á entrambas. Como habia entrado ya la primavera solian aproximar el lecho de la enferma á la ventana, y aun á las horas más templadas del dia trasladarle al jardín, donde en medio de Fabiola y de Emerenciana, y con el pobre Moloso á sus piés, conversaban de los amigos que ya no existian, y especialmente de una que les recordaban todos los objetos presentes. Y no bien resonaba el nombre de Ines, pronunciado por alguna de ellas, cuando su fiel guardian enderezaba súbitamente las orejas; agitaba la cola y miraba al rededor, hasta que desengañado volvía á acurrucarse con la enorme cabeza metida entre las manos. Discurrían tambien con frecuencia sobre materias de religion, y entónces continuaba Miriam desarrollando humildemente y sin pretensiones, pero con el fervoroso entusiasmo que desde el principio cautivara á Fabiola, la instruccion principiada por el santo Dionisio.

Así, por ejemplo, cuando el sacerdote les habia hablado de la significacion y virtud de la señal de la cruz que se hacia al administrar el sacramento del Bautismo, ya sobre la frente de los catecúmenos, ya sobre el agua que los iba á regenerar, ó sobre el aceite y el crisma con que eran ungidos, ó sobre la hostia con que se los alimentaba (1), explicaba Miriam á las catecúmenas los usos más domésticos y prácticos de aquella señal y las exhortaba á imitar en esto á todos los buenos cristianos, persignándose al principio de todo trabajo, al entrar y salir, al vestirse y calzarse, al lavarse, al sentarse á la mesa, al encender la luz, al acostarse ó al sentarse y al principiar toda conversacion (2).

Entre tanto todos ménos Fabiola observaban con dolor que,

(1) San Agustín: *Tract. CXVIII, in Joan.*

(2) Tertuliano, que vivió unos doscientos años despues de Jesucristo, y es el más antiguo de todos los autores eclesiásticos latinos.—*De Corona Milit.*, c. 3.

si bien curada ya de la herida, no recobraba la enferma completamente las fuerzas. ¡Es tan ciego el amor y renuncia tan difícilmente á la esperanza! Las chapetas propias de la tisis aparecian ya en las mejillas de Miriam; estaba débil y flaca, y de cuando en cuando la acometia una tos ligera y seca. Dormia muy poco y pedia le colocasen la cama de modo que apenas amaneciera pudiese tender la vista sobre el lugar para todas ellas más agradable que el más ameno vergel.

Existió siempre en la quinta una entrada que conducia al cementerio, el cual llevaba ya el nombre de Ines por haber sido la santa mártir enterrada en él muy inmediata á la puerta. Su cadáver descansaba en un *cubiculum* debajo de un sepulcro abovedado. Sobre la entrada de aquel aposento hallábase en medio del terreno una abertura cercada de un parapeto bajo, oculto expresamente con espesos arbustos, la cual servia para facilitar luz y ventilacion á la bóveda inferior. Hácia aquel sitio se complacia Miriam más principalmente en dirigir sus miradas, porque en el estado de su salud era el único medio que le quedaba de acercarse al sepulcro de la que tanto reverenciaba y amaba.

Una mañana, serena por cierto y templada, pues se acercaba ya la Pascua, estando la enferma mirando en aquella direccion, divisó unos cuantos jóvenes que iban á pescar en las aguas del Anio, rio inmediato, y por acortar camino se entraron por medio de la quinta. Al pasar por junto á la abertura uno de ellos, que se asomó á mirar al fondo, llamó á sus compañeros diciéndoles:

—Venid y veréis una de esas guaridas subterráneas de los cristianos.

—Sí, una de sus madrigueras.

—Bajemos á examinarla, dijo uno.

—Y ¿cómo volverémos á subir? preguntó otro.

Miriam no pudo oír aquel diálogo, pero sí vió muy distintamente lo que en seguida hicieron. Uno, que habia estado mirando dentro de la cripta, defendiendo con las manos sus ojos de los rayos del sol, incitó á los demas á que le imita-

sen , pero recomendándoles por señas que guardasen silencio. Al momento empezaron todos á arrancar pedruscos de un peñasco artificial construido á espaldas de una fuente vecina y á dispararlos contra un objeto que estaba abajo. Alejáronse luego riendo á carcajadas, y Miriam supuso que habrian visto alguna culebra ú otro animal dañino y se habrian divertido en matarlo á pedradas.

Cuando se levantaron los de la casa refirió Miriam el hecho para que fueran á recoger las piedras, y la misma Fabiola bajó acompañada de sus criados, porque atendia con el mayor celo á la conservacion del sepulcro de Ines. ¡Cuál no fue su afliccion al hallar allí bañada en sangre y muerta á la pobre Emerenciana, que habia bajado á orar al sepulcro de su hermana de leche! Súpose luego que la tarde ántes, pasando por cerca de varios paganos que celebraban unas bacanales á orillas del rio, no solo rechazó la invitacion que le hicieron de tomar parte en la fiesta, sino que les echó en cara su disolucion y la crueldad que desplegaban contra los cristianos. Enfurecidos los malvados la persiguieron á pedradas y la hirieron gravemente. Pudo sin embargo sustraerse á su ira, pero sintiéndose herida y casi exánime se arrastró penosamente y sin ser vista á orar al pié del sepulcro de Ines, en donde se quedó por no poder moverse. Allí fue descubierta, como hemos visto, por sus agresores de la tarde anterior; y los fieros paganos, anticipándose al sacramento del bautismo que iba á conferirle la Iglesia, le confirieron el bautismo de sangre. Enterráronla cerca de Ines, y la niña campesina conquistó la gloriosa honra de ser conmemorada anualmente entre los santos.

Fabiola y sus compañeras siguieron el curso preparatorio de doctrina cristiana, que fue sin embargo abreviado á causa de la persecucion que sufría la Iglesia. Como vivian á la misma entrada de un cementerio que contenia muchas espaciosas iglesias, les fue fácil pasar por los tres grados prescritos á los catecúmenos. Primero eran oyentes (*audientes*), es decir, admitidos á oir la lectura de las lecciones; luego pasaban á la clase de adoradores (*genuflectentes*), á

quienes se permitía asistir á una parte de las oraciones litúrgicas, y finalmente á la clase de escogidos ó postulantes (*electi y competentes*) para ser bautizados. Cuando entraban en esta última categoría debían asistir con frecuencia á la iglesia, con especialidad los tres miércoles de la primera, cuarta y última semana de Cuaresma, en cuyos dias el misal romano reza aun una segunda colecta y leccion que proceden de aquella antigua costumbre. Cualquiera que lea el rito con que la Iglesia católica administra hoy el bautismo, con especialidad el empleado para los adultos, encontrará resumido en un sólo oficio lo que estaba distribuido antiguamente en varios actos.

Un dia hacia el catecúmeno la declaracion de renunciar á Satanas, que repetía al ir á recibir el bautismo. Otro dia se verificaba la ceremonia de tocar los oídos y las ventanas de la nariz de los catecúmenos, que se designaba con el nombre de *ephpheta*. Venían luego los exorcismos, las genuflexiones, las señales de la cruz en la frente y en el cuerpo; la insuflacion sobre el candidato y otros ritos misteriosos (1). La ceremonia más solemne era la de la unción, que no estaba reducida á la cabeza, sino que se extendía á todo el cuerpo.

Aprendían tambien los catecúmenos de memoria el Credo, pero no se les enseñaba la doctrina de la sagrada Eucaristía sino hasta despues del bautismo.

Fabiola y sus compañeras pasaron tranquila y solemnemente la Cuaresma, empleadas en ejercicios de penitencia y preparacion, hasta que por fin llegó la Pascua.

No entra en nuestro plan describir el ceremonial de la Iglesia en la administracion de los Sacramentos. La liturgia recibió su mayor desarrollo despues de la paz de Constantino; además de que muchas de las espléndidas formalidades exteriores eran del todo incompatibles con la dura persecucion que sufría la Iglesia en la época que historiamos. Basta-

(1) Estos se hallarán intercalados con repeticiones del *Pater noster*, sobretudo en lo concerniente al bautismo de los adultos.

nos haber demostrado que , no solo las doctrinas y grandes ritos sagrados, sino hasta las ceremonias accesorias, eran entonces las mismas que hoy subsisten. Si nuestro ejemplo se considera digno de imitacion , no faltará tal vez quien tome á su cargo ilustrar un período más brillante que el que hemos elegido.

El bautismo de Fabiola y su servidumbre no fue acompañado de mas regocijos que la alegría puramente espiritual de las regeneradas. Los títulos de la ciudad estaban todos cerrados, y entre ellos el de San Pastor, donde se hallaba el bautisterio papal.

Así, pues , al amanecer del venturoso día señalado se encaminó nuestra pequeña comitiva , rodeando las murallas de la ciudad , á la parte opuesta de la misma ; y tomando la vía *Portuensis* ó camino del puerto , situado en la embocadura del Tiber, se metió por unas viñas inmediatas á los jardines del César y bajó al cementerio de Ponciano, famoso por reposar en él los mártires persas san Abdon y san Senen.

Pasaron toda la mañana orando y preparándose , y hacia la tarde principiaron los oficios solemnes, que debian durar toda la noche.

El bautismo no ofreció en realidad sino una ceremonia húngre. En las entrañas de la tierra , en un pequeño estanque ó cisterna de cuatro á cinco piés de profundidad, recogíanse las aguas de un manantial subterráneo, claras , pero frias y pálidas, si así se nos permite expresarnos, por estar el depósito que las contenia construido de *tufo* ó roca volcánica. Un largo tramo de escalones conducia á aquel tosco bautisterio, y un ligero borde saliente á los lados servia de apoyo al ministro y al catecúmeno, el cual era sumergido por tres veces en las aguas regeneradoras.

Todo se conserva actualmente como entonces existia, sin mas diferencia que la de verse ahora en la bóveda del bautisterio una pintura que representa á san Juan bautizando á Jesucristo, obra probablemente de un siglo despues.

Seguia inmediatamente al bautismo la confirmacion , y entonces el neófito, ó hijo recién nacido de la Iglesia, des-

pues de recibir la instruccion debida era admitido por primera vez al banquete del Redentor y alimentado con el pan de los ángeles.

Muy entrado estaba ya el día de Pascua cuando regresó Fabiola á su quinta. Un silencioso y prolongado abrazo fue la única congratulacion de Miriam y Fabiola. Eran ambas tan felices y estaban tan satisfechas y recompensadas de lo que cada cual hiciera por la otra durante meses enteros, que en vano buscarian palabras con que expresar sus afectos. El pensamiento que más enorgullecía y embargaba exclusivamente á Fabiola era el haberse elevado al nivel de su antigua esclava, no en virtud ó grandeza de alma, ni en celestial sabiduría, ni en mérito á los ojos de Dios, porque en todo esto se reconocia infinitamente inferior, sino como hija de Dios, como heredera de su eterno reino, como miembro vivo del Cuerpo de Cristo, como partícipe de su misericordia y del premio de su redencion, como una de sus nuevas criaturas: en esto sí que se sentia igual á Miriam, y rebosando alegría y satisfaccion no pudo ménos de manifestarlo á su amiga.

Jamas la enorgullecíó tanto un magnífico traje ó gala como la blanca túnica que recibiera al salir del bautisterio y que debía llevar por espacio de ocho días.

Pero nuestro misericordioso Padre sabe cómo mezclar nuestros goces y penas, y nos envia las últimas cuando nos tiene mejor preparados para sobrellevarlas. En el cordial abrazo á que aludimos notó Fabiola por primera vez la fatigosa respiracion y opresion de pecho de su hermana querida. Desechó por el momento toda idea de inquietud, pero envió á llamar á Dionisio rogándole que viniese al día siguiente.

Aquella misma noche celebraron juntas la fiesta de Pascua, y la satisfaccion de Fabiola era indecible al verse sentada á la cabecera de la mesa al lado de Miriam presidiendo á sus esclavas convertidas y á la servidumbre de Ines, de la cual no quiso desprenderse. No recordaba haber asistido en su vida á cena más deliciosa.

A la mañana siguiente muy temprano llamó Miriam á



Fabiola y le rogó se sentara á su lado. Acariciándola como nunca, le dijo :

—Querida hermana mia , ¿ qué harás cuando yo te deje?  
Oprimida de dolor la pobre Fabiola respondió :

—¿ Vas á dejarme ? ¡ Yo me lisonjeaba de vivir siempre juntas como dos hermanas ! Pero si deseas ausentarte de Roma , ¿ no me permitirás que te acompañe siquiera para cuidarte y servirte ?

Sonrióse Miriam , pero las lágrimas asomaron á sus ojos ; y cogiendo de la mano á su hermana le señaló con el dedo al cielo.

Fabiola comprendió su pensamiento y dijo :

—¡ Oh ! no, no, amadísima hermana ; pídele , pues nada te negará , que yo no te pierda. ¿ Qué será de mí sin tí ? No, tú no morirás. Ya que aprendí á conocer cuánto puede en nuestro favor la intercesion de los que reinan con Cristo, rogaré á Ines (1) y á Sebastian que intercedan por mí y alejen tan terrible calamidad. Trata de restablecerte. Estoy segura, Miriam , que tu dolencia no es grave. La estacion templada y el aire puro y sano de Campania restaurarán pronto tus fuerzas. Allí sentadas juntas al borde de la fuente hablaremos de cosas mejores que la filosofía.

Miriam movió la cabeza, no con tristeza, sino con gozo, y replicó :

—No hay ya remedio, querida mia. Dios me conservó para presenciar este día venturoso. Pero su mano, que hasta

- (1) *Agne sepulchrum est Romulea in domo,  
Fortis puella , martyris inclita.  
Conspectu in ipso condita turrium  
Servat salutem virgo Quiritum :  
Necnon et ipsos protegit advenas,  
Puro ac fideli pectore supplices.*

*Prudentius.*

En la ciudad de Roma está el sepulcro de Ines , vírgen esforzada y mártir ilustre, que construido en frente mismo de las torres de los muros conserva la salud de los quirites y protege hasta á los extranjeros que le suplican con corazon leal y puro.

ahora guardó mi vida , se extiende hoy para llevarme al sepulcro. Mis dias están contados.

—¡No tan pronto , no tan pronto! exclamó sollozando Fabiola.

—No, no será mientras lleves tu vestido blanco , querida hermana , respondió Miriam. Sé que desearás vestir luto por mí , y por nada te privaría una hora de tu mística blancura.

Cuando llegó Dionisio notó grande alteracion en la enferma , á quien hacia algun tiempo no habia visitado. Sucedió lo que tenia previsto : la insidiosa punta de la daga se habia enroscado al hueso y dañado la pléura , sobreviniendo rápidamente la tisis. Dionisio confirmó, pues , el triste presentimiento de Miriam.

Fabiola bajó al sepulcro de Ines á pedir á Dios la resignacion que le faltaba. Allí permaneció largo rato en fervorosa oracion bañada en lágrimas , y despues volvió al cuarto de la enferma y le dijo con voz entera y firme :

—Hermana , cúmplase la voluntad del Señor. Estoy dispuesta á entregarle todo, hasta á ti misma. Pero, te lo suplico, dime ahora tu deseo. ¿Qué debo hacer de tí despues de separarte en este mundo de mi lado?

Levantó Miriam la vista al cielo y respondió :

—Pon mi cuerpo á los piés de Ines, y vive para guardarnos y para pedirle en tus oraciones que interceda por mí, hasta que venga del Oriente un extranjero que será portador de felices nuevas.

El domingo siguiente, domingo de las sagradas vestiduras, obtuvo Dionisio permiso especial para celebrar en el cuarto de Miriam y le administró la santa Comunion en calidad de Viático (1); comunión privada que, segun afirman san Agustin y otros, no era un privilegio raro. Despues de los sagra-

(1) San Ambrosio celebró misa en casa de una señora que habitaba allende el Tíber (Paulino en la vida del santo, *Oper.*, t. II, ed. Bened.); y san Agustin menciona á un sacerdote que la celebró en una casa que suponian infestada por los espíritus malignos. (*De Civ. D.*, lib. XIII, c. 8).

dos misterios le administró la Extrema Uncion, último sacramento que confiere la Iglesia, recitando las oraciones acostumbradas mientras la ungía con el óleo sagrado.

Fabiola y toda su servidumbre, que asistieron á aquellos solemnes ritos con lágrimas y oraciones, bajaron luego á la cripta, y terminados los oficios divinos volvieron ya enlutadas al cuarto de Miriam.

—Llegó la hora, dijo esta á Fabiola tomándole la mano. Perdóname si en algo falté á mis deberes, y dejé alguna vez de darte buen ejemplo.

No eran palabras aquellas para que Fabiola pudiera contenerse, y prorumpió en copioso llanto.

Miriam trató de consolarla diciendo:

—Pon en mis labios, hermana mía, el signo de nuestra salvación cuando veas que ya no pueda hablar; y tú, buen Dionisio, cuando deje de existir acuérdate de mí en el altar de Dios.

Dionisio empezó á orar en alta voz á su lado y Miriam fué acompañando sus oraciones hasta que la voz se apagó en su garganta. Sus labios seguían, sin embargo, moviéndose para besar la cruz que le presentaban; y así continuó, con la mirada plácida y tranquila, hasta que al fin llevándose la mano á la frente y luego al pecho para hacer la señal de la cruz la dejó caer yerta sobre el lecho.

Iluminó una rápida sonrisa su semblante y espiró como han espirado despues tantos millares de cristianos.

Fabiola lloró amargamente y por largo tiempo su pérdida; pero esta vez lloró como los que tienen esperanza.

## PARTE TERCERA.

---

Victoria.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### El extranjero del Oriente.

No parece al llegar á esta parte de nuestra narracion sino que andamos vagando en la soledad de un desierto. Uno tras otro han desaparecido cuantos nos acompañaban y sostenian con sus palabras, acciones é ideas : triste y aterradora es la perspectiva que do quiera que miremos se presenta á nuestra vista. Empero ¿debe extrañarnos lo que nos aflige? Hemos trazado, no un período de paz en la historia de la Iglesia, sino dias terribles de zozobra, combates y sangre; y era muy natural que los más valientes y heróicos sucumbieran los primeros. Hemos resucitado el recuerdo de la persecucion más cruel que sufrió la Iglesia, de una época en que llegó el furor de los mónstruos hasta proponer que se levantase una columna en memoria del perpétuo exterminio del nombre cristiano. ¿Es tan raro, pues, que los más puros y los más santos obtuvieran las primeras palmas?

Y sin embargo, á pesar de tanto estrago los padecimientos de la Iglesia no cesaron por entónces, sino que decretado su exterminio viósele sufrir todavía más encarnizada perse-

cucion. Durante veinte años consecutivos una sucesion de tiranos perseguidores continuaron sin tregua la espantosa guerra, ya en una, ya en otra parte del mundo, extendiéndose aun en los tiempos del gran Constantino á aquellas regiones que no estaban sometidas á su cetro. Diocleciano, Galerio, Maximino y Licinio en Oriente, Maximiano y Majencio en Occidente, no concedieron momento de reposo á los cristianos en sus estados respectivos. Semejante á una *tromba* que se extiende sobre todo un hemisferio, recorriendo diversas comarcas en su asoladora violencia, despues que los ominosos anuncios de su espantosa llegada las han sumido simultáneamente en la oscuridad, la persecucion de que hablamos descargó su furia destruyendo cuanto era cristiano, primero sobre una nacion, luego sobre otra, pasando de Italia á África, dirigiéndose del Asia superior á la Palestina y al Egipto, retrocediendo á la Armenia, sin dejar país alguno en sosiego, ántes bien suspendiéndose sobre el imperio entero como una negra nube preñada de rayos y centellas.

La Iglesia, no obstante, crecia, prosperaba y desafiaba al mundo del pecado. Los pontífices pasaban uno tras otro del solio pontificio al cadalso; celebrábanse concilios en las oscuras salas de las catacumbas; acudian á Roma obispos de todas partes con riesgo de sus vidas á consultar al sucesor de san Pedro; cruzábanse cartas afectuosas, llenas de caridad, de exhortaciones y consuelos, entre el Jefe supremo de la cristiandad y las iglesias cristianas; sucedíanse los obispos y ordenaban presbíteros y otros ministros del altar que reemplazasen á los sacrificados y sirviesen de blanco en los baluartes de la ciudad á los tiros del enemigo; y continuaba, por último, sin interrupcion ni temor de ruina, el establecimiento del reino imperecedero de Cristo.

En medio de tantos sobresaltos y conflictos se echaron los cimientos de ese grandioso sistema, destinado á producir en siglos posteriores resultados tan estupendos. La persecucion ahuyentaba de las ciudades á muchos que se refugiaban en los desiertos de Egipto, en donde nació el estado monástico; y el yermo se regocijó y floreció como un lirio, brotando de

todas partes flores y frutos, y resonó con cánticos de alegría y de alabanza (1). Por manera que mientras Diocleciano era despojado ignominiosamente de la púrpura y moría pobre, viejo y abandonado; y Galerio era devorado vivo por úlceras y gusanos, declarando en un edicto la impotencia de sus esfuerzos; y Maximiano Hercúleo se ahorcaba, género de muerte que escogió por más infamante; y Majencio perecía ahogado en el Tíber; y Maximino, herido por la Justicia divina, espiraba en medio de tormentos desgarradores como los que había hecho sufrir á los cristianos, pues hasta sus ojos saltaron de las órbitas; y Licinio era condenado á muerte por Constantino; mientras tan desastroso fin tenían los perseguidores de la Iglesia, la Esposa de Cristo, que todos habían trabajado por destruir, se conservaba joven y floreciente como nunca, y dispuesta á entrar en su gran carrera de engrandecimiento y dominio universal.

El año 313, despues de derrotar á Majencio, otorgó Constantino entera libertad á la Iglesia. Aun cuando no la describiesen antiguos cronistas podríamos fácilmente figurarnos la alegría y gratitud que tal cambio causaria en los pobres cristianos: no son mayores la gratitud y gozo con que los habitantes de una ciudad diezmada por la peste se encuentran y saludan al dejar por primera vez sus hogares, así que se anuncia oficialmente que cesó de afligirlos el terrible azote. Despues de diez años de estar separados y escondidos, pudiendo apenas reunirse las familias en los cementerios más inmediatos á sus casas, muchos ignoraban quiénes de sus amigos ó deudos habían sucumbido víctimas, y quiénes sobrevivido á la catástrofe. Tímidos al principio y animándose paulatinamente se aventuraron á mostrarse en público: los edificios donde antiguamente se congregaban, no vistos aun por los nacidos en aquellos diez años, no tardaron en ser limpiados, reparados, adornados y purificados (2): por último, el culto divino se celebró pública y libremente.

(1) Isaías, c. XXXV, v. 1, 2.

(2) Ceremonia usada despues de la profanacion.

Constantino decretó tambien la devolucion á los cristianos de los bienes confiscados, pero con la discreta cláusula de que los actuales poseedores serian indemnizados por el erario (1). La Iglesia se dedicó entónces á desplegar toda la belleza de sus ritos é instituciones, y destinó á su primitivo uso las basilicas existentes, ó construyó otras en los sitios más principales de Roma.

No imagine el lector que vayamos á [narrarle una larga historia: quédese reservada á persona más apta la tarea de presentar en todo su esplendor la grandeza y encantos del cristianismo despues de rotas sus cadenas: á nosotros sólo nos incumbe mostrar desde una altura la tierra de promision que se extiende á nuestros piés como un paraíso de deleites: no somos el Josué que debe introducir en ella á todo un pueblo. Lo que vamos á decir en esta reducida tercera parte de nuestro humilde libro es sólo lo estrictamente necesario para completarle.

Supondrémos, pues, llegado el año 318, quince despues de las últimas escenas de sangre á que acabamos de asistir. El tiempo y las leyes han afianzado la seguridad de la religion cristiana y puesto á la Iglesia en estado de desarrollarse y completar su organizacion. Muchos de los que al renacer la paz bajaban avergonzados la cabeza porque compraron la vida con algun acto de debilidad han expiado ya su falta por medio de la penitencia; y de cuando en cuando es saludado con respeto por los transeuntes algun anciano á quien ven con un ojo abrasado, ó con las manos mutiladas, ó con los piés arrastrando por tener cortados los tendones de las rodillas, imperfecciones todas adquiridas en los tormentos que los fieles sufrían por Cristo en la persecucion (2).

Si remontándose á este período place á nuestro amigo el lector salir con nosotros por la puerta Nomentana y acompa-

(1) Eusebio, H. E., lib. X, c. 5.

(2) En el Oriente algunos gobernadores, cansados de las ejecuciones en masa, adoptaron al fin de la persecucion este modo cruel de castigar á los cristianos.—Véase á Eusebius.

ñarnos al valle que le es ya conocido, observará los tristes estragos causados en la quinta de Fabiola. En lugar de árboles frondosos se levantan ahora largos piés derechos que sostienen andamios y altas pilas de ladrillos; los cuadros de flores se hallan ocupados por columnas y trozos de mármoles. Esa trasformacion es debida á que, habiendo venido Constantia, la hija de Constantino, á orar al sepulcro de Ines para obtener la curacion de una úlcera maligna, cuando todavía no era cristiana, tuvo una consoladora aparicion y quedó completamente sana; y ahora que está ya bautizada paga su deuda de gratitud construyendo sobre el mismo sepulcro una hermosa basilica. Entre tanto se permitia á los fieles la libre entrada en la cripta, y era grande el concurso de peregrinos que á ella acudian de todas partes.

Una tarde que Fabiola regresaba de la ciudad despues de pasar el dia visitando á los enfermos de un hospital establecido en su propia casa, se le acercó el *fossor* ó sepulturero que cuidaba del cementerio, y le dijo con aire misterioso y agitado:

—Señora, juraria que está ahí el extranjero de Oriente que há tan largo tiempo aguardais.

Fabiola, que conservaba siempre en la memoria como un depósito sagrado las últimas palabras de Miriam, preguntó con viveza:

—¿Dónde?

—Ha vuelto á marcharse, replicó el sepulturero.

Entristeciósese Fabiola, pero volvió á interrogarle:

—Y ¿cómo sabes que era él?

—Os diré: esta mañana me llamó la atencion entre la multitud un hombre al parecer de ménos de cincuenta años, pero que agobiado por los pesares y la penitencia se doblaba al peso de una vejez prematura. Sus cabellos lo mismo que su larga barba comienzan ya á blanquear; vestia un traje oriental y llevaba el manto que generalmente usan los monjes de esa region. Al acercarse al sepulcro de Ines se arrojó sobre el pavimento con tan abundantes lágrimas, amargos sollozos y prolongados suspiros, que movió á compasion á



cuantos le rodeaban. Muchos se le acercaron y dijeron en voz baja: «Hermano, grande es tu afliccion, pero no llores, que la santa es misericordiosa. Cobra ánimo, hermano, que todos rogarémos por tí,» le decian otros (1). Pero él permanecía inconsolable. Yo dije para mí entónces: «En presencia de santa tan dulce y bondadosa sólo un hombre en el mundo puede afligirse y desesperarse hasta ese extremo.»

—Prosigue, prosigue. ¿Qué hizo luego?

—Despues de largo rato se levantó, y sacando del pecho una resplandeciente y hermosa sortija la colocó sobre el sepulcro. Me parece haber visto esa sortija muchos años ántes.

—Bien. ¿Qué más?

—Luego volvióse, me vió, y reconociéndome por el traje se me acercó, y sin alzar los ojos del suelo y temblando de arriba abajo me preguntó tímidamente: «¿Sabes, hermano, dónde está enterrada aquí una jóven de Siria llamada Miriam?» Le mostré con el dedo el sepulcro, y despues de un momento de penoso silencio, en el cual se patentizaba el profundo pesar que le oprimia, me volvió á decir con tal agitacion que la voz le temblaba: «¿Sabes, hermano, de qué murió? De tísis,» le respondí. «¡Gracias, Dios mio!» exclamó soltando un hondo suspiro, que pareció aliviarle de un gran peso, y cayendo póstrado en el suelo. En esa postura permaneció más de una hora gimiendo y llorando, hasta que al fin se llegó á la sepultura, besó afectuosamente la losa que la cubria y se retiró.

—El es, no hay duda, Torcuato, exclamó con ardor Fabiola. Y ¿por qué no le detuviste?

—No me atreví, señora; luego que reconocí su cara no tuve valor para mirarle de frente. Mas estoy seguro que volverá porque marchó en direccion á la ciudad.

—Es preciso que le encontremos, añadió Fabiola. ¡Ah, Miriam, mi querida Miriam! Con que ¿tuviste este consolador presentimiento en la hora de tu muerte?

(1) Esta escena es histórica.

## CAPÍTULO II.

## El extranjero en Roma.

A la mañana siguiente muy temprano aquel peregrino de quien Torcuato hablara á Fabiola vió al pasar por el Foro un grupo de personas reunidas al rededor de un hombre que les servia de mofa y á quien irritaban con palabras. No se hubiera detenido ciertamente á presenciar escena tan vulgar y en paraje tan transitado á no oir un nombre que le era familiarísimo. Acercóse entónces al grupo y distinguió en medio á un hombre más jóven que él, pero con la particularidad de que así como él parecia más viejo de lo que era por lo descolorido y extenuado, el otro representaba todavía más edad por el extremo contrario, pues estaba calvo, hinchado y tenia la cara abotagada y cubierta de pústulas y granos. Sus miradas fluctuantes y malignas, su porte y voz daban á conocer al hombre entregado á la bebida; sus vestidos eran ademas asquerosos harapos.

—Sí, sí, Corvino, le decia á la saxon un mozalvete; ahora tendrás tu merecido. ¡Qué! ¿No sabes que Constantino va á venir este año á Roma? ¿No crees que ahora les llegó su vez á los cristianos?

—No por cierto, respondió el beodo; no tienen ellos alma para eso. Me acuerdo que los temimos cuando Constantino despues de la muerte de Majencio promulgó su primer decreto sobre la libertad del cristianismo; pero al año siguiente nos sacó del susto declarando libres por iguales todos los cultos (1).

—Todo lo que quieras, dijo otro resuelto á atormentarle. Pero ¿piensas que no tendrá echado el ojo á todo el que to-

(1) Eusebio : véase arriba.

mó parte activa en la última persecucion ? Ya verás cómo aplica la *lex talionis* (1): latigazo por latigazo, quemadura por quemadura, fiera por fiera.

—Y ¿quién dice eso ? preguntó Corvino palideciendo.

—¡ Toma ! Seria muy natural, dijo uno.

—Y muy justo, añadió otro.

—Corriente, dijo el cínico borracho. Siempre dejarán en paz al que se vuelva cristiano, y yo declaro que me volveria cualquier cosa ántes que estar...

—Donde Pancracio estuvo, dijo maliciosamente un tercero.

—¡ Cállate ! gritó furioso Corvino. Si vuelves á mentar ese nombre...

Y le amenazó con el puño.

—Ya, ya, porque te anuncio cómo morirás, exclamó el más jóven echando á correr. ¡ Que salga ! ¡ que salga una pantera para Corvino ! ¡ una pantera !

Y diciendo así huyeron todos los circunstantes de aquel tigre en forma humana, que en su furor corria tras ellos arrojándoles piedras é imprecaciones.

El peregrino presenció desde cierta distancia el final de aquella escena y prosiguió luego su camino. Corvino á paso más lento tomó el mismo, que era el que conducia á la basílica del Laterano, ya entónces catedral de Roma.

De repente se oyó un fuerte rugido acompañado de un agudísimo grito. Era Corvino, que al pasar por el Coliseo cerca de las cavernas donde estaban encerradas las fieras que debian luchar entre sí en celebridad de la visita del emperador cristiano, impelido por esa curiosidad tan natural en las personas que se consideran víctimas de alguna fatalidad que tiene relacion con un objeto especial, se acercó á la jaula de una magnífica pantera. Apoyado en los barrotes de la reja principió á provocar con ademanes y palabras al animal diciéndole:

—Anda, que si has de ser tú la que Pancracio me dijo

(1) La ley del talion era en Roma la misma que se prescribe en la legislacion de Moises: *ojo por ojo, diente por diente*.

que me despedazaria , no te tienen poco asegurada en la jaula.

Irritada en aquel momento la fiera saltó sobre él , y por entre los hierros le clavó las garras en la garganta , alcanzando á cogerle con la boca un pedazo de carne. El miserable fue recogido y llevado á su casa , no muy distante de allí. Siguióle á ella el extranjero, y la halló sucia, incómoda, inhabitable , sin mas sirvientes que un esclavo viejo, al parecer decrépito y tan embotado y embrutecido como su amo. El extranjero envió al esclavo por un cirujano, que tardó en llegar, y entre tanto restañó lo mejor que pudo la sangre del herido.

Mientras se empleaba en esta ocupacion se puso á mirarle Corvino con ojos desenchajados como los de un loco.

—¿ No me conoces ? le preguntó con solemne acento el peregrino.

—¿ Si te conozco ? No... Sí... Aguarda , deja que te mire... ¡ Ah ! ya , ¡ la zorra ! ¡ mi zorra ! ¿ Te acuerdas de cuando cazábamos juntos á esos aborrecidos cristianos ? ¿ En dónde has estado metido todo este tiempo ? ¿ A cuántos has atrapado ?

Y prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—Cálmate , Corvino , cálmate ; de lo contrario se acabó toda esperanza para tí. Además, ten entendido que no gusto de que me hables de eso, porque yo tambien soy cristiano.

—¡ Cristiano tú ! exclamó Corvino fuera de sí. ¡ Tú que derramaste más que hombre alguno la sangre de los más esclarecidos ! ¿ Te perdonaron ? ¿ Puedes dormir tranquilamente ? ¿ No te persiguen todas las noches las furias ? ¿ No te asaltan horribles fantasmas ? ¿ No te chupan la sangre del corazon víboras ponzoñosas ? Si así es , dime cómo te has desembarazado de ellas, para que yo haga otro tanto. Si no, estarán presentándoseme de continuo... Pero ¡ oh rabia ! ¿ Por qué no te atormentan como á mí ?

—¡ Ah , Corvino ! He padecido tanto como tú ; mas hallé el remedio y te lo revelaré así que te reconozca el facultativo, que está ya en la puerta.

El cirujano examinó la herida y la vendó ; pero dió muy pocas esperanzas de vida , especialmente porque el enfermo tenía ya la sangre inflamada de resultas de sus excesos.

Luego que el cirujano se retiró volvió el extranjero á ocupar su puesto al lado de Corvino y le habló de la misericordia de Dios y de lo pronto que está siempre á perdonar al más perverso de los pecadores, de lo cual era él mismo una prueba fehaciente. Pero el infeliz Corvino parecia sumido en una especie de estupor, pues estaba como si oyera y no comprendiera lo que le decian. Por último, habiéndole expuesto su bondadoso instructor los misterios fundamentales del cristianismo, más bien con la esperanza que con la seguridad de persuadirle, continuó diciendo :

—Mira , pues, Corvino, si deseas saber de qué modo obtiene perdón de sus crímenes el que profesa esas creencias, te diré que es por medio del bautismo que le regenera , es decir, renaciendo por el agua y por el Espíritu Santo.

—¿Cómo? exclamó el enfermo con un gesto de repugnancia.

—Por el baño en el agua regeneradora.

—¿Agua á mí? ¿agua? dijo Corvino. ¡No quiero agua! ¡Llévatela!

Y un fuerte estremecimiento agitó su garganta.

Alarmado el peregrino procuró calmarle y dijo :

—No pienses que calenturiento como estás te sacaríamos de aquí para sumergirte en el agua (el enfermo despidió una especie de rugido); no ; para el bautismo clínico (1) bastan unas cuantas gotas ; las que contiene esta vasija.

El extranjero le mostró el agua contenida en un jarrito, y al verla Corvino tembló, arrojó espuma por la boca y cayó en una horrible convulsion de agonía , exhalando gritos que más parecian aullidos de fieras que acentos humanos.

Conoció entónces el peregrino que la mordedura de la

(1) El bautismo clínico, ó sea de las personas que no podian moverse de la cama , se administraba vertiéndoles agua sobre la cabeza ó simplemente rociándolas con ella.—Bingham , lib. XI , c. 2.

pantera habia producido la hidrofobia con todos sus atroces síntomas. Sus esfuerzos reunidos á los del esclavo bastaban apenas en ciertos momentos para sujetar al herido. En los parasismos que le acometian por intervalos prorumpia en espantosas y violentas blasfemias contra Dios y los hombres, y luego que se calmaba repetia entre gruñidos :

—¡Agua á mí! Quieren darme agua. ¡Agua , agua! No la quiero. Fuego, fuego es lo que tengo y me consume : fuego por dentro, fuego por fuera. ¡Ya suben las llamas, ya me rodean , ya avanzan , ya se acercan... se acercan!

Y manoteaba rechazando con sus manos las supuestas llamas á uno y otro lado del lecho, ó soplabá como queriendo extinguir á fuerza de soplos las que creia tener al rededor de la cabeza , ó bien volviéndose á los espectadores de tan terrible escena les gritaba :

—¿Por qué no apagais esas llamas? ¿No veis que van á devorarme?

Así pasó aquel triste día , así aquella lúgubre noche, durante la cual se aumentó la fiebre, y el delirio, y las convulsiones, y los accesos de rabia. El cuerpo estaba sin embargo totalmente postrado. Pudo al fin incorporarse en la cama , y mirando de hito en hito con ojos vidriosos á un objeto que se figuraba tener delante, exclamó con voz ahogada por la más concentrada cólera :

—¡Atras, Pancracio ! ¡Vete! Ya me has mirado bastante. Sujeta esa pantera... sujétala fuerte. ¿No ves que va á saltar á mi garganta? Ya viene... ya se abalanza... ¡Oh...!

Y con las manos crispadas como si arrancase de su garganta á la fiera , rasgó los vendajes de la herida. Corrió sobre él un chorro de sangre y cayó de espaldas en el inmundo lecho, quedando yerto y repugnante cadáver.

Despavorido el extranjero alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Justicia de Dios! Ya te siento. ¡Esta es la muerte de un impenitente perseguidor de tu Cristo !

## CAPÍTULO III

y último.

Al siguiente día salió el peregrino muy temprano á evacuar el negocio que le trajera á Roma, y del que le distrajerón los sucesos referidos en el capítulo anterior. Anduvo primero preguntando en las inmediaciones de los portales de Jano por el paradero de cierto sugeto, y luego que le halló se dirigieron juntos á una oficina pequeña y sucia, situada debajo del Capitolio en la subida del *Clivus Asyli*. Sacaron allí varios libros viejos y mohosos y recorrieron una por una sus páginas, hasta que dieron con la fecha de los cónsules Diocleciano Augusto por la octava vez y Maximiano Hercúleo Augusto por la séptima vez (1). En ellas encontraron varios apuntes que se referían á ciertos documentos. Tomaron un rollo de pergamino cubierto de polvo, que llevaba la fecha y estaba rotulado conforme á la referencia; lo repasaron, y el resultado satisfizo al parecer á entrambas partes.

—Esta es la primera vez en mi vida, dijo el dueño de aquella especie de caverna, que veo á un sugeto presentarse para solventar sus deudas, despues de quince años de haberse zafado de sus acreedores. ¿Supongo que seréis cristiano?

—Lo soy, por la misericordia de Dios.

—Ya me lo figuraba. Mandadme, señor. Tendré sumo placer en poderos servir al moderado interes que mi padre Efrain, que está en el seno de Abrahan.

—Bueno. Veo por esas cuentas que mi deuda está ya pagada. Quedad en paz.

Quedóse parado el judío mirando al peregrino, que se alejaba, y cuando ya no podía oírle murmuró:

(1) A. D. 303.

—Valiente tonto será, cuando se toma ese trabajo; debo decirlo con perdon suyo.

Con paso firme y semblante más sereno se encaminó en derechura el peregrino á la quinta de la via Nomentana. Despues de renovar sus oraciones en la cripta se acercó al más reanimado sepulturero, y como si nunca se hubieran separado le dijo :

—Torcuato , ¿ podré hablar con la señora Fabiola?

—Seguramente , respondió el sepulturero. Sígueme.

Ninguno de los dos aludió , en tanto que andaban juntos, á los tiempos pasados ni á sucesos de épocas posteriores. Parecian haber convenido instintivamente en borrar su pasado de la memoria de los hombres , como deseaban que se borrara de la de Dios. Fabiola , que no salió de la quinta aquel día y el anterior, aguardando la vuelta del extranjero, estaba á la sazón sentada en el jardín junto á una fuente. Torcuato se la mostró con el dedo al peregrino y se retiró.

Levantóse Fabiola en cuanto vió acercarse la visita por tanto tiempo esperada, y experimentó una viva emocion al encontrarse en su presencia.

—Señora , dijo con un tono de profunda humildad y grave sencillez , no me atreveria jamas á presentarme ante vos si á ello no me impelieran un deber de justicia y muchos de gratitud.

—Oroncio , replicó Fabiola , ¿ no es este vuestro nombre ? (El peregrino bajó la cabeza en señal de asentimiento.) Pues bien , Oroncio: no teneis obligacion alguna para conmigo, á no ser la que nos impuso el grande Apóstol cuando nos recomendó que nos amáramos unos á otros.

—Ya sé que pensais así; mas con todo, siendo tan indigno pecador como soy, os repito que no osara ponerme en vuestra presencia por menor motivo que el de un deber imperioso de justicia. Sé cuán agradecido debo estar á las bondades y cariño de que colmasteis á la que me es ahora más cara que lo fue jamas hermana alguna á un hermano en la tierra, y sé ademas con qué ternura cumplisteis para con ella los deberes de caridad por mí desatendidos.



—Para eso me la enviasteis, interrumpió Fabiola, para que fuese el ángel de mi vida. Acordáos, Oroncio, que José fue vendido por sus hermanos tan sólo para que fuera el salvador de su raza.

—Sois á la verdad demasiado indulgente con un perverso, dijo el peregrino. Mas no vengo á daros las gracias sólo por el afecto y bondad con que tratasteis á la que al fin os recompensó debidamente. Hasta esta mañana no ha llegado á mi noticia vuestra generosidad y misericordia con quien no tenia á ellas ningun título.

—No os comprendo, interrumpió Fabiola.

—Me explicaré, replicó Oroncio. Hace ya muchos años que pertenezco á una comunidad, en Palestina, de varones que viven separados del mundo en los desiertos, y dividen las horas del día y aun de la noche entre el canto de las alabanzas del Señor, la contemplacion y el trabajo de sus manos. Severas penitencias por nuestras pasadas culpas, ayunos, lágrimas de arrepentimiento y oraciones constituyen nuestra regla. ¿Habeis oido hablar por aquí de esas comunidades?

—La fama de los santos ermitaños Pablo y Antonio es tan grande en Oriente como en Occidente, repuso Fabiola.

—Con el más aprovechado discípulo del último he vivido, sostenido por su ejemplo y animado por sus consejos. Dominábame, sin embargo, un pensamiento que me impedía entregarme confiadamente á la esperanza de salvacion, aun despues de largos años de penitencia. Señora, ántes de abandonar á Roma contraí una deuda de cuantía con exorbitantes réditos, que acumulados al capital debian formar una cantidad enorme: yq no podia eludir esa obligacion sin faltar á la justicia; pero pobre cenobita (1), que vivia escasamente del producto de las esteras que tejia con hojas de palmas y de los escasos vegetales que crecian en la arena del desierto, ¿cómo podria descargarme de esta obligacion? Sólo un medio me quedaba: entregarme al acreedor en cla-

(1) Nombre de los religiosos que hacian vida comun.

se de esclavo, trabajar para él, sufrir con paciencia sus golpes é improperios, ó dejar que me vendiera á otro en buen precio, pues todavía estoy fuerte y robusto. En uno y otro caso tendria el ejemplo de nuestro Salvador para guiarme y alentarme, y de todos modos entregando mi propia persona cedia cuanto poseo. Resuelto á ejecutarlo así, pasé esta mañana al Foro, hallé al hijo de mi acreedor, examinó sus libros y hallamos completamente saldadas mis cuentas por vos. Soy, pues, noble Fabiola, vuestro esclavo.

Y diciendo esto se arrodilló humildemente á sus plantas.

—Levantáos, levantáos, dijo Fabiola volviendo á un lado los ojos para ocultar sus lágrimas. No sois, no, mi esclavo, sino mi querido hermano en el Señor.

Obligándole luego á sentarse á su lado, añadió:

—¿Podriais, Oroncio, referirme lo que os indujo á adoptar la vida que habeis abrazado?

—Lo haré, señora, brevemente. Recordaréis aquella triste noche que huí de Roma. Acompañábame un hombre...

La voz se le anudó en la garganta.

—Sé á quién aludis, interrumpió Fabiola: á Eurotas.

—Al mismo, á esa maldicion de nuestra familia, ó ese autor de todos mis padecimientos y los de mi inolvidable hermana. Vímonos precisados á fletar muy cara una embarcacion en Brindis, y de allí nos hicimos á la vela para Chipre, en donde para ganar el sustento nos dedicámos al comercio y á mil especulaciones, pero todas fracasaron: pesaba evidentemente sobre nosotros un terrible é inexorable anatema. Agotados nuestros recursos resolvimos pasar á otro punto á probar fortuna, y nos trasladámos á Palestina, deteniéndonos algun tiempo en Gaza, donde nos vímos reducidos á la indigencia. Alejábase todo el mundo de nosotros sin que supiésemos la causa, bien que mi conciencia me decia que llevaba la señal de Cain en la frente.

Detúvose Oroncio un rato, derramó copiosas lágrimas y luego prosiguió:

—Por último, cuando todo estuvo agotado y sólo nos quedaban algunas joyas de que siempre rehusó desprenderse

Eurotas por motivos que ignoro, á pesar de su inmenso valor, me apremió con insistencia á que volviese de nuevo á mi antiguo odioso oficio de denunciar cristianos, porque estaba á punto de estallar una persecucion terrible. Neguéme por la primera vez en mi vida á obedecerle. Un dia empero me rogó que le acompañase á pasear fuera de las puertas de Gaza. Accedí y alejámonos hasta llegar á un sitio delicioso en medio del desierto: era una estrecha cañada cubierta de verdor, á la que daban sombra erguidas y frondosas palmeras, por entre las cuales se deslizaba un arroyo cristalino que bajaba de un manantial abierto en una roca á la parte superior del vallecillo. Vimos en aquella roca grutas y cavernas; pero nos parecieron inhabitadas, porque no se oia otro ruido que el murmullo del agua al desprenderse. Nos habíamos sentado á descansar, cuando de repente me dirigió Eurotas estas aterradoras palabras: «Llegó al fin el momento de cumplir la terrible resolucion que formé de no sobrevivir á la ruina de nuestra familia. Aquí vamos á morir los dos: las fieras devorarán nuestros cuerpos, y nadie sabrá el fin de los últimos representantes de nuestro linaje.» Sacando entonces dos frasquitos de diferente tamaño me alargó el mayor y bebió el contenido del pequeño. Me negué á tomar el mio y aun le eché en cara que fuesen desiguales las dosis, á lo que me contestó que él era viejo y yo joven, y estaban calculadas con arreglo á nuestras fuerzas respectivas. Rehusé por segunda vez porque me repugnaba morir; pero arrastrado por una especie de furia infernal se abalanzó á mí, que estaba sentado, me tendió de espaldas y vertió á la fuerza en mi garganta todo el contenido del frasco sin dejar una gota, diciendo: «Hemos de morir los dos juntos.» Perdí instantáneamente el sentido y cuando volví á recobrarlo me hallé en una caverna con un anciano venerable, á quien pedí de beber y acercó á mis labios un cuenco de madera lleno de agua. «¿Dónde está Eurotas?» pregunté. «¿Os referís á vuestro compañero?» respondió el anciano monje. «Sí,» repuse. «Ha muerto,» me respondió. Ignoro por qué fatalidad sucedió esto; mas bendigo de todo corazon á Dios porque

me preservó. Aquel buen anciano era Hilarion, oriundo de Gaza, que despues de vivir largo tiempo con san Antonio en Egipto habia regresado aquel año (1) para establecer en su país una comunidad de cenebitas y ermitaños y contaba ya varios discípulos. Moraban en los huecos de aquellas peñas á poca distancia unos de otros, se reunian para comer á la sombra de aquellas palmas y ablandaban su duro pan en el agua de aquella fuente. Su bondad para conmigo, su alegre devocion y la vida santa que llevaban fuéronme cautivando á medida que recobraba la salud. Presentóseme bajo una forma sublime la religion que tanto persiguiera; agolpábanse á mi memoria los consejos de mi querida madre y el ejemplo de mi hermana; en suma, cediendo á las inspiraciones de la gracia confesé arrepentido mis pecados á los piés de un sacerdote (2) y recibí el bautismo la víspera de Pascua.

—¡Dichosa coincidencia! exclamó Fabiola. Somos doblemente hermanos; somos hijos gemelos de la Madre Iglesia, porque yo tambien renací á la vida eterna aquel mismo dia. Mas ¿qué piensas hacer ahora?

—Regresar esta noche á mi retiro, dijo Oroncio. He llenado ya los dos objetos de mi viaje, que eran extinguir mi deuda y depositar una pequeña ofrenda en el santuario de Ines. Os acordaréis que vuestro buen padre, sin intencion y sólo equivocadamente, añadió sonriéndose, me hizo concebir la ilusion de que ella codiciaba mis joyas. ¡Qué necio fui entónces! Sin embargo, despues de mi conversion resolví consagrarle la más preciosa joya que Eurotas conservaba, y esta resolucion está tambien cumplida.

—Y ¿teneis recursos para el viaje? preguntó tímidamente Fabiola.

—Abundantísimos, respondió Oroncio, pues tengo la caridad de los flees. Traigo cartas del obispo de Gaza, que me proporcionarán donde quiera el sustento, y albergue. Pero

(1) A. D. 303.

(2) Los neófitos se confesaban privadamente ántes de ser bautizados. —Bingham, *Orígenes*, lib. XI, c. VIII, pár. 14.

aceptaré de vos un bocado de pan y un vaso de agua en nombre de un discípulo de Cristo.

Levantáronse y miéntras se dirigian á la casa vieron precipitarse por entre la cerca á una mujer, que cual una loca corrió hácia ellos y cayó á sus piés exclamando :

—¡Oh! ¡Salvadme, mi querida ama, salvadme, que me viene persiguiendo para matarme!

Fabiola reconoció en aquella desventurada criatura á su antigua esclava Jubala, á pesar de que su cabeza estaba cubierta de canas : venia desgredñada y todo su aspecto revelaba una espantosa miseria.

Pidióle que se explicara, y dijo la africana :

—Mi marido há ya tiempo que me trata con harta dureza y crueldad ; pero hoy está más brutal que nunca. ¡Libradme de él, señora!

—Tranquilízate, Jubala, que aquí no corres riesgo alguno. Pero creo que estás muy léjos de ser dichosa. ¡No te he visto en tanto tiempo!

—¿Para qué habia de venir á contaros mis penas? ¡Ah! ¿Por qué os dejé y salí de vuestra casa, en donde tan feliz seria aprendiendo á vuestro lado y al de Graia y Eufrosina á ser buena y tambien cristiana?

—¡Cómo! ¿Piensas realmente en eso, Jubala?

—Mucho tiempo há, señora, que lo pienso en medio de mis amarguras y remordimientos, porque observo cuán felices y contentos viven los cristianos, aun los que ántes de recibir el bautismo fueron tan malvados como yo. Pues bien, porque me he instruido en la doctrina cristiana, gracias á Dios y á un amigo que me la enseña, y porque esta mañana se lo insinué á mi marido, me ha golpeado brutalmente y amenazado con quitarme la vida.

—¿Desde cuándo te trata mal tu marido? preguntó Oroncio, que habia oido hablar á Eurotas de aquel matrimonio.

—Casi desde que nos casámos, respondió Jubala. En los primeros dias le hablé de las proposiciones que ántes me hiciera un oscuro extranjero llamado Eurotas, y desde entonces principió ya á atormentarme. ¡Qué hombre tan malvado

era ese Eurotas, qué alma tan negra, qué villano tan descarado é incapaz de remordimiento! Con él están desgraciadamente enlazados los recuerdos que más me despedazan el alma.

—¿Cómo así? preguntó Oroncio con viva curiosidad.

—Cuando se disponía para dejar á Roma me encargó que le preparase dos pociones narcóticas, una mortífera para un enemigo que debia caer prisionero, y otra que sólo produjese la privacion temporal del sentido por si la necesitara él mismo. Al entregárselas iba á explicarle que al contrario de lo que á primera vista aparecia, el frasco pequeño encerraba un veneno enérgico, concentrado en una corta dosis, y el mayor uno más diluido y por lo tanto más débil; pero llegó en aquel instante mi marido, y en un arranque de celos me arrojó á empujones de la estancia. No pude, pues, advertirle, y temo que el viejo sirio haya cometido una equivocacion y como consecuencia una muerte involuntaria.

Fabiola y Oroncio se miraron en silencio, maravillados de los justos decretos de la Providencia divina. De repente exhaló un agudo grito Jubala; volvieron los ojos y vieron con horror que en el pecho de la infeliz temblaba una flecha. Mientras fué á sostenerla Fabiola miró detras de sí Oroncio y divisó por encima de la cerca un rostro negro que se sonreia con horrible expresion. Un instante despues atravesó á caballo un numida con el arco tendido al hombro á estilo de los partos, para defenderse de cualquiera que intentase perseguirle.

La flecha habia pasado entre Oroncio y Fabiola.

—Jubala, le preguntó esta, ¿deseas morir cristiana?

—De todo mi corazon.

—¿Crees en Dios trino y uno?

—Creo firmemente en todo lo que la Iglesia nos enseña.

—Y ¿en Jesucristo, que nació y murió por nuestros pecados?

—Sí, y en todo lo que vos creéis.

Pero le faltó la voz.

—Dáos prisa, Oroncio, corred, gritó Fabiola señalando á la fuente.

Oroncio, que estaba ya junto al pilon, metió las dos manos, y llenando de agua el hueco de ellas, fué corriendo á verterla sobre la cabeza de la malhadada africana, pronunciando las palabras del bautismo.

Jubala espiró á tiempo que el agua regeneradora se mezclaba con la sangre de la expiacion.

Pasada tan deplorable, pero consoladora escena, entraron en la casa Oroncio y Fabiola, y dieron á Torcuato las oportunas instrucciones para el entierro de la convertida doblemente bautizada.

Oroncio echó de ver en seguida el notable contraste que presentaba el modesto y sencillo ajuar de la habitacion de Fabiola con el espléndido lujo que reinara en su antigua morada. Lo que más excitó su atencion fue una urna ó relicario engastado en piedras preciosas que habia en un aposento interior, y que dejaba apénas entrever una cortina ricamente bordada que colgaba delante.

Aproximóse y leyó esta inscripcion:

LA SANGRE DE LA BIENAVENTURADA MIRIAM  
VERTIDA POR MANOS CRUELES.

Oroncio se puso primeramente pálido, luego encendido, y casi vaciló. Fabiola, que lo observaba, se le acercó, y poniéndole la mano sobre el brazo, le dijo con afabilidad y franqueza:

—Oroncio, este relicario contiene objetos que deben sonrojarnos y avergonzarnos; pero que sin embargo no nos privan ahora de la esperanza.

Esto diciendo describió la cortina, detras de la cual vió Oroncio, sobre una bandeja de cristal, el pañuelo bordado que tan íntima conexion tenia con su historia y la de su hermana, y encima dos instrumentos cortantes, cuyas puntas habia enmohecido la sangre. En uno de ellos reconoció Oroncio su propia daga; el otro le pareció uno de esos instrumentos de venganza femenina con que las señoras romanas castigaban cruelmente á sus esclavas, y cuyo uso le era conocido.

—Ambos, dijo Fabiola, herimos y derramamos la sangre de aquella á quien ahora acatamos como hermana en el cielo. En cuanto á mí, debo deciros que la gracia divina empezó á penetrar en mi alma desde el día en que, cometiendo aquel acto de crueldad, la presente ocasion de dar tan relevante prueba de virtud. Y ¿vos, Oroncio?

—Tambien yo desde el momento en que maltratándola bárbaramente la ví desplegar tan sublime heroismo cristiano, empecé á sentir sobre mí la mano de Dios, que me condujo al arrepentimiento y perdon de mis culpas.

—Así sucede siempre, replicó Fabiola. El ejemplo de nuestro Redentor ha hecho los mártires, y el ejemplo de los mártires nos conduce á Dios. La sangre de los confesores ablanda nuestros corazones; sólo la del Cordero sin mancha purifica nuestras almas. La sangre de los mártires pide misericordia; la de Dios la concede. ¡Ojalá no olvide nunca la Iglesia en sus días de triunfo y de paz lo mucho que debe al siglo de los mártires! En cuanto á nosotros dos, le debemos la nueva vida espiritual á que hemos resucitado. ¡Que los que sólo lean la historia de este siglo obtengan por este medio la misma gracia y misericordia!

Arrodilláronse y oraron juntos en silencioso recogimiento á los piés del relicario.

En seguida se separaron para no volverse á ver en vida.

Oroncio llevó por algunos años más una vida ejemplar de mortificacion y penitencia. Un montecillo cubierto de yerba, á que daban sombra las palmeras del valle inmediato á Gaza, indicaba el sitio en donde dormia el sueño de los justos.

Y al cabo de muchos años, consagrados exclusivamente á obras de caridad y santidad, pasó á reposar en paz Fabiola, en compañía de Ines y de Miriam.

FIN.





# ÍNDICE.

PRÓLOGO—CENSURA. . . . .	Pág. 7
--------------------------	-----------

## PRIMERA PARTE.—Paz.

CAPÍTULO PRIMERO.—La casa cristiana. . . . .	19
CAP. II.—El hijo del mártir. . . . .	23
CAP. III.—La consagracion. . . . .	29
CAP. IV.—La familia pagana. . . . .	34
CAP. V.—La visita. . . . .	43
CAP. VI.—El banquete. . . . .	48
CAP. VII.—Pobres y ricos. . . . .	55
CAP. VIII.—El fin del primer día. . . . .	64
CAP. IX.—Las reuniones. . . . .	69
CAP. X.—Otras reuniones. . . . .	81
CAP. XI.—Cuatro palabras al lector. . . . .	92
CAP. XII.—El lobo y la zorra. . . . .	99
CAP. XIII.—La caridad. . . . .	104
CAP. XIV.—Los extremos se tocan. . . . .	107
CAP. XV.—Vuelve la caridad. . . . .	116
CAP. XVI.—El mes de octubre. . . . .	118
CAP. XVII.—La comunidad cristiana. . . . .	132
CAP. XVIII.—La tentacion. . . . .	146
CAP. XIX.—La caída. . . . .	152

## PARTE SEGUNDA.—El Combate.

CAPÍTULO PRIMERO.—Diógenes. . . . .	166
CAP. II.—Los cementerios. . . . .	179
CAP. III.—Lo que Diógenes no podia decir de las cata- cumbas. . . . .	189
CAP. IV.—Lo que Diógenes podia contar de las cata- cumbas. . . . .	199
CAP. V.—Sobre el suelo. . . . .	207

	<u>Pág.</u>
CAP. VI.—Deliberaciones. . . . .	211
CAP. VII.—Muerte lúgubre. . . . .	220
CAP. VIII.—Más lúgubre todavía. . . . .	225
CAP. IX.—El falso hermano. . . . .	230
CAP. X.—La ordenacion en diciembre. . . . .	234
CAP. XI.—Las vírgenes. . . . .	242
CAP. XII.—La quinta Nomentana. . . . .	249
CAP. XIII.—El edicto. . . . .	254
CAP. XIV.—El descubrimiento. . . . .	263
CAP. XV.—Explicaciones. . . . .	267
CAP. XVI.—El lobo en el aprisco. . . . .	272
CAP. XVII.—La primera flor segada. . . . .	286
CAP. XVIII.—Justicia retributiva. . . . .	295
CAP. XIX.—La doble venganza. . . . .	307
CAP. XX.—Las obras públicas. . . . .	316
CAP. XXI.—Las cárceles. . . . .	321
CAP. XXII.—El Viático. . . . .	327
CAP. XXIII.—La lucha. . . . .	339
CAP. XXIV.—El soldado cristiano. . . . .	348
CAP. XXV.—Tentativa para libertar á Sebastian. . . . .	354
CAP. XXVI.—Vuelve Sebastian á la vida. . . . .	364
CAP. XXVII.—La segunda corona. . . . .	371
CAP. XXVIII.—Primera parte del día crítico. . . . .	378
CAP. XXIX.—Segunda parte del mismo día. . . . .	387
CAP. XXX.—Tercera parte del mismo día. . . . .	400
CAP. XXXI.—Dionisio. . . . .	416
CAP. XXXII.—El sacrificio aceptado. . . . .	421
CAP. XXXIII.—Historia de Miriam. . . . .	431
CAP. XXXIV.—Muerte gloriosa. . . . .	439

### **PARTE TERCERA.—Victoria.**

CAP. PRIMERO.—El extranjero del Oriente. . . . .	450
CAP. II.—El extranjero en Roma. . . . .	456
CAP. III Y ÚLTIMO. . . . .	461

FIN DEL ÍNDICE.





BIBLIOTECA CENTRAL

84-8°

25

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001919638

Digitized by Google

